Relatos del mar

De Colón a Hemingway

«En el camarote, sentados alrededor de una lámpara que, con su luz agonizante, volvía aún más tétrica la oscuridad, todo el mundo tenía algún naufragio o catástrofe que relatar.» Washington Irving, «La travesía»

El 25 de diciembre de 1492 Cristóbal Colón anotaba en su Diario que la nao Santa María acababa de encallar en la costa noroeste de la actual República Dominicana. Con este pasaje se inicia nuestra antología de Relatos del mar, preparada por Marta Salís: 46 piezas de distintos géneros, épocas y nacionalidades que ilustran, a través de la narración histórica o la literatura de creación, la fascinación que el mar ha ejercido desde siempre sobre el ser humano.

Memorias de exploradores, capitanes negreros, esclavos y náufragos se combinan con relatos de pescadores, piratas, buscadores de tesoros y simples pasajeros; la dimensión épica convive con la exploración lírica, sin olvidar los buques fantasma y toda la contribución del mar al género fantástico. Veremos a Jack London haciendo surf y a un elegante matrimonio, en un cuento de Scott Fitgerald, a punto de zozobrar, real y figuradamente, en el curso de una larga travesía. Asistiremos con Turguénev a un incendio en el mar y con Kafka a la confesión de un hombre condenado a vagar en una barca por toda la eternidad. La nómina de autores aquí representados reúne varios nombres clave de la literatura universal.

Autores recogidos en esta antología: Hernando Colón, Alexandre O. Exquemelin, Daniel Defoe, Olaudah Equiano, Washington Irving, James Fenimore Cooper, Wilhelm Hauff, Hugh Crow, Daniel Tyerman y George Bennet, Nathaniel Hawthorne, Richard Henry Dana, hijo, Edgar Allan Poe, Charles Dickens, Anthony Trollope, Henry James, Benito Pérez Galdós, Jules Verne, Robert Louis Stevenson, Iván S. Turguénev, Guy de Maupassant, Lev N. Tolstói, Herman Melville, Antón P. Chéjov, Rudyard Kipling, Bram Stoker, Marcel Schwob, Fritdjof Nansen, Stephen Crane, Rainer Maria Rilke, Winston Churchill, Pío Baroja, Joshua Slocum, Emilio Salgari, Emilia Pardo

Bazán, William H. Hodgson, Jack London, Richard Middleton, Maksim Gorki, Saki, Joseph Conrad, Franz Kafka, Liam OFlaherty, Francis Scott Fitzgerald, Ernest Hemingway, Roald Dahl.

AA. VV.

Relatos del mar

De Colón a Hemingway

ePub r1.0
Titivillus 19.03.16

Título original: *Relatos del mar*
AA. VV., 2014
Selección: Marta Salís
Traducción: Marta Salís, Damián Alou, doctor de la Buena Maison, Melitón Cardona, Anton Dieterich, Víctor Gallego Ballestero, Isabel Hernández, Javier Marías, Cristina Marín Rubio, Aurelio Martínez Benito, Catalina Martínez Muñoz, Fernando Otero Macías, Carmelina Payá, Antonio Samons, Miguel Temprano García y Francisco Torres Oliver

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Presentación

La presente antología, ordenada cronológicamente a partir de la fecha de publicación, incluye una variada selección de relatos que giran en torno al mar, esa gran fuente de inspiración literaria, y que pretende reflejar toda su belleza, misterio y crueldad, así como la fascinación que ha ejercido siempre sobre el ser humano.

No hemos tenido intención de hacer una antología «histórica» remontándonos a los orígenes de la literatura: empezar con la epopeya de Gilgamesh, el paso del mar Rojo, el regreso de Ulises a Ítaca o las aventuras de Jasón y los argonautas en busca del vellocino de oro nos habría obligado a trazar un itinerario demasiado exhaustivo y arduo de medir en número de páginas. Si iniciamos nuestro viaje con Cristóbal Colón, aunque en fecha de publicación le preceda el fragmento de Antonio de Pigafetta, es porque el descubrimiento de América (1492) se considera uno de los acontecimientos históricos que, junto con la toma de Constantinopla (1453), señalan el inicio de la Edad Moderna. De un modo u otro, el mar se hace Historia, y luego literatura, en cuanto se convierte en canal para expediciones y conquistas, y a esta visión tantas veces turbia que ha definido característicamente el mundo «conectado» y sin *non plus ultra* en el que vivimos está dedicada buena parte de nuestra antología.

En nuestra selección hay relatos y fragmentos de novelas y de otras obras más extensas, pero hemos querido que los relatos fueran mayoría.

Se reúnen aquí textos de ficción y de no ficción. Entre estos últimos, el lector encontrará memorias de carácter personal, como las del esclavo Olaudah Equiano, el capitán negrero Hugh Crow, los misioneros Daniel

Tyerman y George Bennet, el capitán Joshua Slocum −primer navegante que dio la vuelta al mundo en solitario− y el escritor Iván S. Turguénev; pero también testimonios de navegantes y exploradores como Cristóbal Colón, Antonio de Pigafetta y Fritdjof Nansen, cargados de valor histórico.

Dentro de la ficción encontraremos algunos nombres clave de la narrativa occidental y, entre ellos, autores que fueron marinos o tuvieron una experiencia directa del mar, por lo que su obra puede considerarse fehacientemente documentada: James Fenimore Cooper, Herman Melville, Robert Louis Stevenson, Joseph Conrad y Jack London serían un buen ejemplo.

En el capítulo de la ficción, inevitablemente, predominará el elemento épico: tormentas, naufragios, piratas, motines, batallas… El mar, en definitiva, romántico, una tradición que se ha mantenido hasta nuestros días, no pocas veces con un sesgo imperialista. No hemos olvidado sus derivaciones a lo fantástico y sobrenatural (los buques fantasma de Wilhelm Hauff y de Richard Middleton o la «kafkización» de la leyenda del holandés errante), a lo terrorífico (el gigantesco remolino de Edgar Allan Poe, los monstruos marinos de Rudyard Kipling y el cielo en llamas de William Hope Hodgson) e incluso a lo milagroso (los tres eremitas de Lev N. Tolstói)… pues ¿acaso los milagros y el mar no tienen una larga tradición?

Tampoco podían faltar autores representativos del género de aventuras más popular, como es el caso de Jules Verne y de Emilio Salgari, incorporados al imaginario colectivo; ni dejar a un lado el elemento *gore*, presente tanto en los textos documentales (Alexandre O. Exquemelin, cirujano-barbero de los piratas del Caribe) como en los creativos (Bram Stoker y sus piratas malayos).

Toda esta dimensión épica puede tratarse también de un modo realista, no solo en las memorias o episodios autobiográficos, como hacen Richard Henry Dana hijo, en sus dos años como simple marinero, o Stephen Crane, en sus veinticuatro horas a la deriva en un bote salvavidas; sino también en los cuentos: los pescadores y los soldados heridos que pueblan los relatos aquí elegidos de Guy de Maupassant, Antón P. Chéjov, Emilia Pardo Bazán y Maksim Gorki servirán para ilustrarlo. Pero, con el tiempo, irán apareciendo tratamientos humorísticos e irónicos que desmitificarán el escenario de tanta

lucha del hombre contra los elementos; los relatos de Saki y Roald Dahl serían el ejemplo culminante, pero también el pirata vocacional de Marcel Schwob, el vodevil criminal de Henry James y la comedia burguesa de Francis Scott Fitzgerald. Esta última enlazaría con los relatos de simples pasajeros, con un mar ya «domesticado», que empiezan brillantemente con Daniel Defoe y siguen con Anthony Trollope y Winston Churchill, aunque éste dé a su historia un giro inesperado.

Daniel Defoe convierte el mar en escenario de una fábula moral muy poco edificante, que, casi dos siglos antes, ya apuntaba Fray Antonio de Guevara en *De muchos trabajos que se pasan en las galeras* (1539): «En una peligrosa tormenta se ponen los marineros a rezar, se ocupan en suspirar, se toman a llorar, la cual pasada, se asientan muy despacio a comer, parlar, a jugar, a pescar y aun a blasfemar, contando unos a otros el peligro en que se vieron y las promesas que hicieron».

Fue, sin embargo, el romanticismo, ya entrado el siglo XIX, el que trajo la visión exaltada e idealista del mar. No habían faltado, en siglos anteriores, testimonio y advertencias sobre esta «pasión» por entonces inimaginable como tal. La vida de aventuras y libertad con que soñaban muchos de los que embarcaban contrastaba con la áspera realidad: el trabajo era duro, los riesgos grandes, los salarios bajos y el espacio vital agobiante. Demasiado esfuerzo para un final que rara vez era feliz. Fray Tomás de la Torre, que acompañó en sus viajes a fray Bartolomé de las Casas a mediados del siglo XVI, ya había dejado escrito: «El navío es una cárcel muy estrecha y muy fuerte de donde nadie puede huir aunque no lleve grillos ni cadenas y tan cruel que no hace diferencia entre los presos e igualmente trata y estrecha a todos»; y Eugenio de Salazar, un burlón pasajero de la época, decía en una de sus cartas, con tanta gracia como exageración: «También hay […] piojos y tan grandes, que algunos se almadían y vomitan pedazos de carne de grumetes… Tiene el navío grandísima copia de volatería de cucarachas, que aquí llaman curianas, y grande abundancia de montería de ratones, que muchos de ellos se aculan y resisten a los monteros como jabalíes». El mismísimo Miguel de Cervantes, que sabía de lo que hablaba, se refirió en *El licenciado Vidriera* (1613) a «la extraña vida de aquellas marítimas casas adonde lo más del tiempo maltratan las chinches, roban los forzados, enfadan los marineros, destruyen los ratones

y fatigan las maretas». Nuestros antepasados llegaron a decir, jugando con la dicción, que «mar» venía de «amargura», y apostillaron la cuestión afirmando, como el ya citado fray Antonio de Guevara, que la mar era «muy deleitosa de mirar y muy peligrosa de pasear». Por no hablar del mareo, del que sabía mucho Charles Darwin, que pasó cinco años en ese estado a bordo del Beagle, y sobre el que Charlotte Brontë escribió, en *Villete* (1853), este fragmento de jocoso final:

> Al caer la noche el mar se encrespó: olas cada vez más grandes azotaban con fuerza el costado del barco. Era extraño pensar que solo nos rodeaban el agua y la oscuridad, y sentir que la nave avanzaba sin perder el rumbo, a pesar del ruido, el oleaje y el creciente temporal. Algunas piezas del mobiliario empezaron a caerse y fue necesario trincarlas para que no se movieran; los pasajeros estaban cada vez más mareados; la señorita Fanshawe declaró entre gemidos que se moría.
>
> —Todavía no, querida —dijo la camarera−. Acabamos de llegar a puerto.

Volviendo a nuestra antología, tampoco falta en ella el mar como espacio para la reflexión pausada, que se inicia en estas páginas con Washington Irving a principios del siglo XIX. Con Nathaniel Hawthorne, el lirismo capaz de desprenderse de un simple paseo por la playa parece difícil de superar, aunque Robert Louis Stevenson y su océano de niebla le disputen ese honor. Y seguirán su estela autores como Herman Melville −que nos hará sentir la poderosa «llamada del mar» con ese viejo marinero para el que las inmensas praderas semejan el océano−, Rainer Maria Rilke, Pío Baroja, Maksim Gorki… Y, pensándolo bien, ¿no es «El congrio», de Liam O'Flaherty, el colmo de lo lírico?

Hemos querido, por otra parte, huir de lo obvio y no incluir fragmentos de los grandes clásicos de la literatura del mar, como *Robinson Crusoe*, *Moby Dick*, *Veinte mil leguas de viaje submarino*, *La isla del tesoro*, *Capitanes intrépidos*, *El lobo de mar*, *Juventud*, *El viejo y el mar*, etc. Sabemos que los lectores echarán de menos muchas cosas, entre ellas, por ejemplo, la visión del mar de las literaturas orientales, pero creemos que ninguno de los textos elegidos —especialmente por su representatividad, originalidad o atractivo— les sobrará.

Otro de nuestros propósitos ha sido cubrir, dentro de las fronteras de la

tradición occidental, distintas épocas y nacionalidades. Es cierto que predominan los autores anglosajones, pero no podemos olvidar que en sus países −todos ellos islas o lejanos continentes− la importancia del mar dio lugar a un auténtico género literario. No es extraño que una de las primeras obras de la literatura inglesa sea «The Seafarer» [El navegante], un vigoroso poema sobre el mar recogido en el *Exeter Book*, también conocido como *Codex Exoniensis*, en el siglo X. Cuatro relatos rusos, cuatro españoles, tres franceses, tres alemanes, dos italianos, uno noruego y uno holandés, flamenco o francés (no se sabe con certeza el lugar de origen de Alexandre O. Exquemelin) se suman a la gran mayoría de ingleses, irlandeses y norteamericanos. Pero, aunque falten autores de otros países, el lector recorrerá con estas páginas todos los continentes. Buena travesía.

MARTA SALÍS

De Malua a Ocoloro

(fragmento de *Relación del primer viaje alrededor del mundo)*
Antonio de Pigafetta
(1536)

Traducción: Cristina Marín Rubio

ANTONIO DE PIGAFETTA (1480/1491?-1534) nació en Vicenza, en la República de Venecia, en el seno de una familia aristócrata. Estudió astronomía, geografía y cartografía. Perfeccionó su educación al servicio de monseñor Francesco Chiericati, alto cargo en la Roma del papa León X, al que acompañó a España en 1518. Al conocer el proyecto del navegante portugués Magallanes de abrir una ruta por el oeste hacia las Indias Orientales, decidió unirse a la expedición. Tras lograr el beneplácito real y obtener cartas de recomendación destinadas a la Casa de Contratación y al propio Magallanes, viajó a Sevilla, donde logró alistarse en la tripulación expedicionaria con el cargo de «sobresaliente», destinado por lo general a jóvenes nobles enrolados en busca de aventuras o experiencia militar. Pigafetta viajaría en la nave almirante, la Trinidad, al mando de Magallanes, capitán general de la expedición, y estaría con él en el momento de su muerte. La flota estaba compuesta por cinco carabelas y doscientos sesenta y cinco hombres, de los que solo sobrevivirían dieciocho; Pigafetta fue uno de ellos. La aventura duraría tres años, desde la partida en octubre de 1519, hasta el regreso de la única embarcación superviviente, la Victoria, capitaneada por Juan Sebastián Elcano, el 6 de septiembre de 1522. Pigafetta escribió un diario a bordo y recogió sus experiencias en la *Relazione del primo viaggio intorno al mondo*, publicada en Venecia en 1536. En el texto de Pigafetta —un documento de extraordinario valor histórico—, además de una exhaustiva información geográfica y etnográfica, aflora su atracción por lo fabuloso, como veremos en el fragmento seleccionado.

De Malua a Ocoloro

(fragmento de *Relación del primer viaje alrededor del mundo*)

Nuestro viejo piloto de Maluco nos dijo que en estos lugares hállase una isla llamada Arucheto; y que los hombres y las mujeres que la habitan no miden más de un codo y que sus orejas son tan grandes como ellos: de una hacen su jergón y cúbrense con la otra; van rapados y desnudos, corren con gran ligereza y hablan con voz débil y aguda; viven en cuevas debajo de la tierra y aliméntanse de peces y de una cosa que crece entre el tronco y la corteza de un árbol, blanca y redonda como un confite de cilantro, a la que llaman *ambulon*; mas las fuertes corrientes de agua y los muchos escollos nos impidieron llegar hasta allí.

Sábado, a 25 de enero de MCCCCCXXII; partimos de la isla de Malua; el domingo 26 llegamos a una isla grande, a cinco leguas de aquélla, entre mediodía y garbino. Bajé a tierra sin compañía para hablar con el principal de una villa llamada Amaban, a fin de que nos suministrara provisiones: respondiome que nos daría búfalos, puercos y cabras; mas no pudimos cerrar el trato al exigir aquél muchas mercaderías por un búfalo. Como andábamos escasos de ellas, y acuciados por el hambre, retuvimos en el navío a un principal de otra villa, llamada Balibo, y a su hijo; y por miedo a que los matáramos, nos proporcionó sin demora seis búfalos, cinco cabras y dos puercos; y para cumplir el número de diez puercos y diez cabras, diéronnos

un búfalo, pues así lo habíamos acordado. Después los mandamos a tierra contentísimos y cargados de paño, telas indias de seda y de algodón, hachuelas, dagas indianas, tijeras, espejos y cuchillos.

El principal al que primero hablé era servido solo por mujeres. Andan desnudas todas ellas como en las otras islas; y en las orejas llevan aretes pequeños de oro, de los cuales penden hebras de seda; y llevan en los brazos tantas pulseras de oro y de latón que les alcanzan hasta el codo. Los hombres van como las mujeres, si no es que llevan colgados al cuello unas cosas de oro, redondas como una tajadera, y pequeñas peinetas de caña adornadas con aretes de oro prendidas en los cabellos; y algunos llevan rabillos secos de calabaza como pendientes.

Hállase en esta isla el sándalo blanco, y en ninguna otra parte puede encontrarse; hay jengibre, búfalos, puercos, cabras, gallinas, arroz, higos, caña dulce, naranjas, limones, cera, almendras, alubias y otras cosas y papagayos de diversos colores. En la otra parte de la isla habitan cuatro hermanos, que son los reyes. En el lugar que nos hallábamos había villas, y algunas de las principales. Los nombres de los cuatro territorios de los reyes son: Oibich, Lichsana, Suai y Cabanaza. Oibich es el mayor; dijéronnos que en un monte de Cabanaza había mucho oro; y todos adquieren de lo que han menester con trozos pequeños de ese metal. En esta parte de la isla contratan todo el sándalo y la cera los de Java y de Malaca. Hallamos aquí un junco de Luson, venido a acordar la compra de sándalo.

Estos pueblos son gentiles; tal cual nos contaron, cuando van a cortar el sándalo aparéceseles el demonio en diversas formas y pregúntales de qué cosas han menester, y les dice que se las pidan; por esta aparición caen enfermos unos cuantos días.

El sándalo ha de cortarse en cierta fase de la luna, pues de otra suerte no resultaría bueno. La mercadería necesaria para contratar el sándalo es: paño rojo, telas, hachetas, hierro y clavos. Esta isla está muy poblada y es muy larga de levante a poniente, y estrecha de mediodía a tramontana. Hállase a diez grados de latitud del Antártico y a ciento sesenta y cuatro grados y medio de la línea de demarcación, y se dice Timor. En todas las islas que hemos hallado en este archipiélago reina el mal de San Job y más aquí que en otros lugares, y lo llaman *for franchi*, es decir, «mal portugués».

Nos dijeron que a una jornada de aquí, entre poniente y maestral, hállase una isla donde la canela abunda; y se dice Ende. Sus moradores son gentiles y no tienen rey; y en el mismo camino hay muchas islas, una detrás de otra, hasta la Java Mayor y el cabo de Malaca; tienen por nombre: Tanabutun, Crenochile, Bimacore, Arauaran, Main, Zumbava, Lamboch, Chorum y Java Mayor. Estos pueblos no la llaman Java, sino Jiaoa. Las mayores villas de Java son: Magepahor (su rey, cuando vivía, era el gobernador de todas estas islas y llamábase rajá Pathiunus), Sunda (en ésta la pimienta crece en muy grande abundancia); Daha, Dama, Gaghiamada, Minutarangan, Cipara, Sidain, Tuban, Cressi, Cirubaia e Balli. Y la Java Menor es la isla de Madura, que está a media legua de la Java Mayor.

Y como nos dijeron, cuando un principal de la Java Mayor muere, queman su cuerpo; su esposa favorita se adorna con guirnaldas de flores y hácese portar por tres o cuatro hombres sobre unas angarillas por todo el pueblo; y riendo y consolando a sus parientes, que lloran, les dice: no lloréis, porque voyme a cenar con mi marido y a dormir con él esta noche. Llévanla luego al fuego donde arde su esposo; y volviéndose ella hacia sus parientes los consuela otra vez y se arroja a la hoguera. Si no lo hiciere no sería mujer de bien, ni verdadera esposa del marido muerto.

Y dijéronnos también que cuando los jóvenes de Java se enamoran de alguna dama, se atan con hilo unos cascabelillos entre el miembro y el prepucio, y vanse a las ventanas de sus enamoradas, y fingiendo orinar y sacudiendo el miembro hacen sonar aquellos cascabelillos hasta que sus enamoradas los oyen. Enseguida ellas bajan y hacen su voluntad, siempre con aquellos pequeños cascabelillos, pues es para ellas un gran divertimento sentirse sonar dentro de sí. Estos cascabelillos están recubiertos y cuanto más se cubren más suenan.

Nuestro piloto más viejo nos cuenta que hay una isla llamada Ocoloro, bajo la Java Mayor, solo habitada por mujeres: y que a éstas las fecunda el viento; luego que dan a luz, si el que naciere es varón, lo matan y, si es hembra, la crían, y si vienen hombres a su isla los matan siempre que pueden.

Diario de Colón: 25 de diciembre de 1492, día de Navidad

(fragmento de *Historia del Almirante*)
Hernando Colón
(1571)

HERNANDO COLÓN (1488-1539) hijo natural de Cristóbal Colón, se educó en la corte como paje del príncipe don Juan, segundo hijo de los Reyes Católicos. Se convirtió en un afamado cosmógrafo, y su biblioteca privada fue una de las más importantes del Renacimiento; la Biblioteca Colombina llegaría a tener veinte mil volúmenes, de los que solo una pequeña parte ha llegado hasta nosotros. En su *Historia del Almirante* −un alegato a favor de su padre, así como una de las fuentes más valiosas para conocer el descubrimiento de América, los primeros asentamientos europeos y las costumbres de los indígenas− narró la vida y los cuatro viajes de Cristóbal Colón, al que había acompañado en el último. La obra, escrita entre 1536 y 1539, no se publicaría hasta 1571 en italiano. El fragmento elegido en esta antología —y que Cristóbal Colón narra en primera persona, pues Hernando lo copia de su *Diario*— corresponde al primer viaje, que partió de Palos el 3 de agosto de 1492 y regresó a ese mismo puerto el 15 de marzo de 1493. La transcripción del *Diario de Colón* que hizo fray Bartolomé de las Casas en su *Historia de las Indias*, escrita entre 1552 y 1561, cuenta la pérdida de la nao Santa María de un modo muy parecido, aunque en tercera persona.

El 25 de diciembre de 1492, los planes de Colón se vieron profundamente alterados cuando una distracción del piloto de la Santa María hizo que la nao encallara y quedara inservible en lo que hoy se llama la bahía del Caracol, en Haití. Como en La Niña, capitaneada por Vicente Yáñez Pinzón, no había espacio para los tripulantes de la nao, Colón tomó la importante decisión de fundar la primera colonia en tierras del Nuevo Mundo, el «Fuerte de Navidad», donde quedaron treinta y nueve hombres al mando de Diego de Arana. Un mes antes, las desavenencias entre Colón y Martín Alonso Pinzón, al mando de La Pinta, habían llegado a su punto culminante, y los barcos se habían separado.

Diario de Colón: 25 de diciembre de 1492, día de Navidad

(fragmento de *Historia del Almirante*)

CÓMO EL ALMIRANTE PERDÓ SU NAVE EN UNOS BAJOS, POR NEGLIGENCIA DE LOS MARINEROS, Y EL AUXILIO QUE LE DIO EL REY DE AQUELLA ISLA

Continuando el Almirante lo que sucedió, dice que el lunes 24 de diciembre hubo mucha calma, sin el menor viento, excepto un poco que le llevó desde el Mar de Santo Tomás a la Punta Santa, junto a la cual estuvo cerca de una legua, hasta que, pasado el primer cuarto, que sería una hora antes de media noche, se fue a descansar, porque hacía ya dos días y una noche que no había dormido; y, por haber calma, el marinero que tenía el timón, lo entregó a un grumete del navío; «lo cual —dice el Almirante en su *Diario*— yo había prohibido en todo el viaje, mandándoles que, con viento o sin viento, no confiasen nunca el timón a mozos. A decir la verdad, yo me creía seguro de bajos y de escollos, porque el domingo que yo envié las barcas al rey, habían pasado al Este de la Punta Santa, unas tres leguas y media, y los marineros habían visto toda la costa, y las peñas que hay desde la Punta Santa al Este Sudoeste, por tres leguas, y habían también visto por dónde se podía pasar.

Lo cual en todo el viaje yo no hice; y quiso Nuestro Señor que, a media noche, hallándome echado en el lecho, estando en calma muerta, y el mar tranquilo como el agua de una escudilla, todos fueron a descansar, dejando el timón al arbitrio de un mozo. De donde vino que, corriendo las aguas, llevaron la nave muy despacio encima de una de dichas peñas, las cuales, aunque era de noche sonaban de tal manera que a distancia de una legua larga se podían ver y sentir. Entonces, el mozo que sintió arañar el timón, y oyó el ruido comenzó a gritar alto; y oyéndole yo, me levanté de pronto, porque antes que nadie sentí que habíamos encallado en aquel paraje. Muy luego, el patrón de la nave a quien tocaba la guardia salió, y le dije a él y a los otros marineros, que, entrando en el batel que llevaban fuera de la nave, y tomada un áncora, la echasen por la popa. Por esto, él con otros muchos, entraron en el batel, y pensando yo que harían lo que les había dicho, bogaron adelante, huyendo con el batel a la carabela, que estaba a distancia de media legua. Viendo yo que huían con el batel, que bajaban las aguas y que la nave estaba en peligro, hice cortar pronto el mástil, y aligerarla lo más que se pudo, para ver si podíamos sacarla fuera. Pero bajando más las aguas, la carabela no pudo moverse, por lo que se ladeó algún tanto y se abrieron nuevas grietas y se llenó toda por debajo de agua. En tanto llegó la barca de la carabela para darme socorro, porque viendo los marineros de aquélla que huía el batel, no quisieron recogerlo, por cuyo motivo fue obligado a volver a la nave.

No viendo yo remedio alguno para poder salvar ésta, me fui a la carabela, para salvar la gente. Como venía el viento de tierra, había pasado ya gran parte de la noche y no sabíamos por donde salir de aquellas peñas, temporicé con la carabela hasta que fue de día, y muy luego fui a la nao por dentro de la restinga, habiendo antes mandado el batel a tierra con Diego de Arana[1], de Córdoba, alguacil mayor de justicia de la armada, y Pedro Gutiérrez, repostero de estrados de Vuestras Altezas, para que hiciesen saber al rey lo que pasaba, diciéndole que por ir a visitarle a su puerto, como el sábado anterior me rogó, había perdido la nave frente a su pueblo, a legua y media, en una restinga que allí había. Sabido esto el rey, mostró con lágrimas grandísimo dolor de nuestro daño, y luego mandó a la nave toda la gente del pueblo, con muchas y grandes canoas. Y con esto, ellos y nosotros comenzamos a descargar y, en breve tiempo, descargamos toda la cubierta.

Tan grande fue el auxilio que con ello dio este rey. Después, él en persona, con sus hermanos y parientes, ponía toda la diligencia, así en la nave como en la tierra, para que todo fuese bien dispuesto; y de cuando en cuando mandaba a alguno de sus parientes, llorando, a rogarme que no sintiese pena, que él me daría cuanto tenía. Certifico a Vuestras Altezas que, en ninguna parte de Castilla, tan buen recaudo en todas las cosas se pudiera poner, sin faltar una agujeta, porque todas nuestras cosas las hizo poner juntas cerca de su palacio, donde las tuvo hasta que desocuparon las casas que él daba para conservarlas. Puso cerca, para custodiarlas, hombres armados, a los cuales hizo estar toda la noche, y él con todos los de la tierra lloraba como si nuestro daño les importase mucho. Tanto son gente de amor y sin codicia, y convenibles para toda cosa, que certifico a Vuestras Altezas, que en el mundo creo que no hay mejor gente, ni mejor tierra; ellos aman a sus próximos como a sí mismos, y tienen una habla la más dulce del mundo, y mansa, y siempre con risa; ellos andan desnudos, hombres y mujeres, como sus madres las parió; mas crean Vuestras Altezas que entre sí tienen costumbres muy buenas, y el rey muy maravilloso estado, de una cierta manera tan continente, que es placer de verlo todo; y la memoria que tienen, y todo lo que quieren ver, y preguntan qué es y para qué».

Tomó Morgan la ciudad de Maracaibo

(fragmento de *Piratas de América*)
Alexandre O. Exquemelin
(1678)

Traducción: Doctor de la Buena Maison

DE ALEXANDRE OLIVIER EXQUEMELIN (hacia 1645-después de 1707) no se sabe si era francés, flamenco u holandés. Empleado de la Compañía Francesa de las Indias Occidentales, fue vendido como esclavo en Tortuga en 1666. En su cautiverio aprendió el oficio de cirujano y, en calidad de tal, abrazó la Ley de la Costa e ingresó en la congregación de los piratas. Sirvió a las órdenes de L'Olonnais, de Morgan y de Bertrand d'Ogeron. Hasta el catastrófico desembarco en la costa occidental de Puerto Rico en 1674, participó activamente en el corso y en los asaltos a las plazas de tierra firme. Estuvo presente en los dos saqueos de Maracaibo, en las dos tomas de la isla de Santa Catalina y en la toma e incendio de Panamá. Alexandre Exquemelin, el médico de los piratas, como lo llamaba Alejo Carpentier, debió de ser un hombre de cultura que más parece un personaje del XVIII que un filibustero de mediados del XVII. Su libro, además de ser un alucinante testimonio de lo que fue la brutalidad de su siglo, está plagado de datos de contabilidad militar, así como de observaciones geográficas, científicas y antropológicas. El cirujano-barbero terminó sus días en Ámsterdam ejerciendo la medicina y consumiendo pacíficamente las rentas de su azarosa vida.

Este fragmento de *Piratas de América* (*De Americaensche Zee-Rovers*), publicado en holandés en Ámsterdam en 1678, es de una traducción española de 1681, firmada por el doctor de la Buena Maison, que conoció varias ediciones en el XVII y en el XVIII.

Tomó Morgan la ciudad de Maracaibo

(fragmento de *Piratas de América*)

TOMÓ MORGAN LA CIUDAD DE MARACAIBO, SITUADA DEL LADO DE LA NUEVA VENEZUELA. PIRATERÍAS QUE SE COMETIERON EN SUS MARES Y RUINA DE TRES NAVÍOS ESPAÑOLES QUE HABÍAN SALIDO A IMPEDIR LOS CORSOS DE PIRATAS

Poco tiempo después de la llegada a Jamaica, el tiempo necesario para que los piratas gastaran toda la riqueza sobredicha, volvieron a resolverse a otra empresa y a buscar nueva fortuna. Dio Morgan[2] orden a todos los capitanes de sus navíos de que se juntaran en la isla de la Vaca, situada en el lado sur de la isla Española, como en lo precedente ya hicimos mención. Juntos que fueron y se les agregaron después cantidad de otros piratas, tanto franceses como ingleses por razón de que el nombre de Morgan era muy notorio en todas las regiones circunvecinas a causa de los grandes frutos de sus empresas. Estaba aún en Jamaica un navío inglés, que había venido de la Nueva Inglaterra, armado con 36 piezas de artillería y que, por orden del gobernador, vino a juntarse con Morgan para fortificar su flota, y darle mayor ánimo para grandes empresas. Sentíase el caudillo muy fuerte con un navío de tanta importancia (era el mayor de toda su flota) en su favor, y aún quiso agregar a los suyos otro que allí había, de veinticuatro piezas de hierro y doce

de bronce, perteneciente a los franceses. Pero por no fiarse los franceses de los ingleses, el capitán rehusó.

Estos tales franceses habían encontrado en la mar un navío inglés, y, teniendo necesidad de vituallas, tomó una partida de las que llevaba el inglés, sin dar ningún dinero a cambio, sino solo una asignación para Jamaica y Tortuga. Sabía Morgan que no podía ganar nada en la voluntad del capitán francés para convencerle de que le siguiese, de modo que le armó una estratagema convidándole a él y a algunos de su gente para comer en su navío mayor. Una vez llegados al convite, los hizo a todos prisioneros con el pretexto de reclamaciones por haber hecho molestia al navío que encontraron y del que tomaron vituallas sin pagar.

Inmediatamente juntó consejo Morgan para deliberar sobre qué plaza sería la primera acometida, y determinaron ir hacia la isla Savona, para asaltar a cualquier navío español que por mala fortuna se separase de la flota que se dirigía a España. Comenzaron a festejar la resolución del consejo, brindando a la salud del rey de Inglaterra, y por su buen viaje, pero no duró largo tiempo el alborozo, sin mezcla de un funesto suceso. Fue éste que a cada brindis disparaban un tiro y su mala fortuna quiso que una chispa cayera en el pañol de la pólvora y que hizo saltar el navío en el aire, con trescientos cincuenta ingleses, además de los franceses que estaban prisioneros. De todos estos que a bordo estaban no escaparon más que unos treinta que se hallaban detrás, en la cámara de popa, porque los ingleses acostumbran a hacer su pañol en la proa, aunque verdaderamente hubieran escapado más si no hubieran estado borrachos del todo.

La pérdida de un tan grande navío fue causa de que los ingleses y los franceses entraran en conflicto. Acusaban los ingleses a los franceses de haber prendido fuego a la pólvora del navío perdido, y de que tenían intención de piratear sobre ellos, según interpretaban una comisión del gobernador de Baracoa que hallaron cuando tomaron su navío, y que decía que dicho gobernador les permitía cruzar sobre los ingleses, en cualquier parte que los hallasen, por causa de la multitud de insolencias que habían cometido contra los vasallos de S. M. Católica, en tiempo de paz entre las dos coronas. Y aunque en verdad dicha comisión no era fundamentalmente para piratear sobre los ingleses sino es para traficar con los españoles (según el

capitán francés decía) no obstante, tal capitán no podía justificarse; y así los ingleses se lo llevaron con su navío a Jamaica. Llegado allí reclamó ante la Justicia la restitución de su navío, pero en lugar de devolvérselo le retuvieron prisionero con amenazas de ahorcarlo.

Ocho días después de la pérdida del navío, Morgan, instigado por su ordinario humor de crueldad y avaricia, hizo buscar sobre las aguas del mar los cuerpos de los míseros que habían perecido, no con la humana intención de enterrarlos, si bien al contrario, con la mezquina de sacar algo de bueno en sus vestidos y adornos. Si hallaban algunos con sortijas de oro en los dedos, se los cortaban para sacárselas y los dejaba en aquel estado a merced de la voracidad de los peces. Finalmente prosiguieron viaje con la intención de llegar a la isla de Savona, que era el lugar de su destino. Eran entre todos quince navíos, de los que Morgan mandaba el mayor, armado de catorce piezas de artillería, sumando toda la gente que componía la flota el número de seiscientos hombres, que llegaron en pocos días a la isla llamada Cabo de Lobos, del lado sur de la isla Española, entre el cabo de Tiburón y Punta de Espada, pero no pudieron pasar de allí, a causa de vientos contrarios, en el espacio de tres semanas que duraron, pese a los esfuerzos que Morgan hizo y a las mañas que usó. Al fin de dicho tiempo montaron el cabo y vieron al otro lado un navío inglés al que abordaron (supieron que venía de Inglaterra) y compraron de él lo que habían menester de vituallas.

Prosiguió Morgan su ruta hasta el puerto de Ocoa, donde echó pie a tierra y envió a alguna de su gente a buscar agua, y los víveres que pudiesen recoger para ahorrar los que la flota traía. Mataron muchos animales, entre ellos algunos caballos, pero los españoles, irritados por ello, intentaron armar una treta a los piratas. Hicieron venir trescientos o cuatrocientos soldados de Santo Domingo (que está muy cerca de allí) y les pidieron que cazasen en todos los contornos cerca de la mar y arriba en los bosques con el fin de que cuando volvieran los piratas no hallasen de qué subsistir. Volvieron éstos a los pocos días con ánimo de cazar, y, no hallando a qué tirar un escopetazo, se entraron por las selvas cosa de cincuenta hombres. Los españoles hicieron juntar una tropa grande de vacas, y pusieron como guardas a dos o tres hombres. Cuando los piratas vieron las vacas, mataron un número suficiente, y aunque los españoles lo veían todo desde lejos no quisieron impedirlo, pero

llegó el momento de cargarlas y se echaron sobre los cazadores con furia y valor extraordinario, gritando: «Mata, mata». Abandonaron bien presto los piratas la presa, retirándose poco a poco, pero cuando se sintieron seguros descargaron sobre los españoles e hicieron caer a gran parte de ellos.

Visto por los demás el desastre de los suyos procuraron huir y llevarse consigo los cuerpos muertos y heridos de sus compañeros. Pero no contentos los piratas con lo allí sucedido corrieron con presteza a los bosques y mataron a la mayor parte de los que habían quedado. Al día siguiente, encarnizado Morgan con lo que había pasado, fue él mismo con doscientos hombres a buscar al resto de los españoles y, no hallando a nadie, vengó su cruel rabia prendiendo fuego a las casas de los pobres y desolados fugitivos, con lo que se volvió algo más satisfecho a su navío por haber cometido algún mal, que era (y aún creo que será) su sedienta ambición.

Impacientaba a Morgan aguardar a los navíos que aún no habían llegado y resolvió largar velas, poniendo proa a la isla Savona, que era el punto de reunión: mas llegado que hubo, y no hallando ninguno de los navíos que esperaba entró en gran impaciencia, obligado a aguardar algunos días. Entretanto le faltaron vituallas y envió una tropa de ciento cincuenta hombres a la isla Española para pillar en las aldeas que están alrededor de Santo Domingo, pero, advertidos los españoles de su venida, se prepararon en tan buen orden, que los piratas no se atrevieron a desembarcar, teniendo por mejor volverse a la presencia de Morgan que perecer. Pasó éste revista de su gente, en vista de que los otros navíos no llegaban, y contó poco más de quinientos hombres. Los navíos que tenía consigo eran ocho, la mayor parte muy pequeños, y aunque tenía decidido cruzar en las costas de Caracas y arruinar todas las villas y lugares de aquella parte hallándose por entonces con tan pocas fuerzas, mudó de sentimiento por el consejo de su capitán francés que era miembro de su flota, y que había servido a L'Olonnais en semejantes empresas y en la toma de Maracaibo, por lo que conocía bien las entradas, salidas, fuerzas y mañas, para el caso de volverlo a ejecutar en compañía de Morgan. Tras oír al francés, concluyeron volver a saquear Maracaibo persuadidos de las facilidades. Levantaron áncoras y se encaminaron hacia Curaçao, pero siendo esta isla descubierta, echaron pie a tierra en otra isla cercana que se llamaba Ruba, situada a doce leguas de

Curaçao, al lado del occidente. Guárdanla pocos hombres, aunque los indios que la habitan están sujetos a la corona de España y hablan español, a causa de la Religión Católica, que es cultivada por algunos sacerdotes que envían de la Tierra Firme.

Los moradores de esta isla comercian con los piratas que llegan a ella a comprar carneros, corderos y cabras, que ellos venden a cambio de lienzo, hilo y cosas de este género. Es muy estéril la tierra, toda la subsistencia consiste en las tres cosas sobredichas y en un poco de trigo que no es de mala calidad. Cría muchísimos insectos ponzoñosos, así como víboras y arañas, tan perniciosas que si alguno es mordido por ellas, para ser librado de la rabiosa muerte que causa su veneno, debe ser atado de pies y manos y dejado así veinticuatro horas por lo menos sin comer ni beber nada. Ancorado delante de esta tierra compró Morgan muchos carneros, corderos y la leña que le era necesaria para toda su flota, y tras haber permanecido allí dos días, partió por la noche para que no se viera la ruta que tomaba.

Al día siguiente llegaron a la mar de Maracaibo, guardándose siempre de ser descubiertos desde Vigilia, por cuya razón ancoraron en un sitio donde no podían ser apercibidos. Llegado el anochecer volvieron a navegar, de modo que al día siguiente, al alba, se hallaban exactamente en la barra del Lago. Los españoles habían fabricado una nueva fortaleza después del asalto de L'Olonnais, desde la cual disparaban la artillería contra los piratas, mientras ponían su gente en barcas para saltar a tierra. Uno y otro partido se defendieron con valor y coraje durante el día entero, hasta que, llegada la noche, Morgan se acercó al castillo, y lo examinó sin hallar a nadie dentro, pues que los españoles lo habían abandonado antes de que los piratas llegasen dejando una cuerda calada y encendida que tocaba la pólvora de un pañol, con la idea de que los piratas entrarían y saltarían por los aires al saltar el castillo; y así hubiera sucedido si hubiesen tardado un cuarto de hora más en llegar, pues no había mecha para más largo tiempo. Quitó la mecha Morgan con presteza y así se salvó y a toda su gente con él. En el castillo encontró gran cantidad de pólvora, de la que hizo provisión. Derrumbó parte de las murallas y clavó dieciséis piezas de artillería de ocho, doce hasta veinticuatro libras de calibre. Encontró en la fortaleza cantidad grande de mosquetes y otras municiones y otros pertrechos de guerra.

Se ordenó al día siguiente que entrasen los navíos, y se repartieran entre ellos la pólvora y los pertrechos, una vez cargado lo cual, embarcaron todos para continuar el camino hacia Maracaibo. Pero hallaron las aguas muy bajas, por lo que no pudieron pasar cierto banco que estaba a la entrada del Lago y tuvieron que transbordar a la gente en barcas y chalupas ligeras, con las que llegaron al día siguiente por la mañana frente a Maracaibo e hicieron fuego con la pequeña artillería que habían podido llevar consigo. Corrieron al punto a la fortaleza llamada de la Barra, que hallaron del mismo modo que la precedente desguarnecida, porque habían huido todos los bosques; dejando también la villa sin más gente que algunos miserables que no tenían nada que perder.

Luego que hubieron entrado, los piratas buscaron por todos los rincones gente escondida que los pudiese atacar pero no habiendo hallado a nadie, cada partido (según estaban en los navíos) escogió para sí las mejores casas que hallaron. La iglesia, en común, fue electa para cuerpo de guardia, y en ella vivían a lo militar de modo muy insolente. El mismo día de su llegada enviaron una tropa de cien hombres, en busca de los moradores y de sus bienes, de ellos trajeron al siguiente día un número de treinta entre hombres, mujeres y niños, y cincuenta mulos además cargados con diversas y buenas mercaderías. Pusieron en tormento a todos estos míseros prisioneros para hacerles decir dónde estaban los demás y sus bienes. Entre las crueldades que usaron entonces, una fue la de darles tratos de cuerda, y, al mismo tiempo, muchos golpes con palos y otros instrumentos; a otros agarrotaban cuerdas alrededor de la cabeza hasta que les hacían reventar los ojos, de modo que ejecutaron contra aquellos inocentes toda suerte de inhumanidades jamás hasta entonces imaginadas. Los que no querían confesar, o que no tenían nada que mostrar, murieron a manos de aquellos tiranos homicidas. Este género de tratos duró el espacio de tres semanas en cuyo tiempo no dejaron de salir todos los días fuera de la villa, buscando siempre a quien atormentar y robar, y sin volver jamás sin pillaje y nuevas riquezas.

Ya que tenían cien familias aún vivas y de las más, y todos sus bienes, decidió Morgan ir a Gibraltar[3], con cuyo designio armó de nuevo la flota, proveyéndola muy abundantemente. Embarcó a todos los prisioneros y al instante levantó áncoras: y, largando velas, navegó hacia aquella plaza

resuelto a presentar batalla. Había enviado antes algunos prisioneros a Gibraltar, para que conminasen a los moradores a rendirse con la amenaza de que, si no los haría pasar todos a cuchillo sin dar cuartel al más impetrante. Llegó, en fin, con su flota frente a Gibraltar, desde donde los españoles tiraban cantidad de gruesas balas de artillería, mas, no obstante, los piratas se animaban los unos a los otros diciendo: «Menester es que primero comamos con un poco de amargura para que después lleguemos a gustar con favor el dulzor del azúcar». Echaron al día siguiente toda la gente en tierra cuando amanecía, y guiados por el francés que dijimos no caminaron por la senda ordinaria, sino que atravesando los bosques, llegaron a Gibraltar por la parte en que no les esperaban los moradores porque antes habían hecho muestra de avanzar por derecho, para engañar mejor a los españoles, quienes, viéndose débiles y acordándose de lo que dos años antes había les pasó con L'Olonnais, huyeron como pudieron, llevándose consigo toda la artillería, de modo que los piratas no hallaron en la aldea más que a un pobre tonto, a quien preguntaron dónde se habían huido los moradores, y en qué parte estaban sus bienes encubiertos. Respondió éste a todo no sabía nada. Diéronle trato de cuerda de modo que, a fuerza de tormentos, gritaba: «No me atormentéis más, venid, yo os mostraré mis muebles y mi dinero». Creían que era una persona rica que se había disfrazado con vestidos pobres, y fingía hablar en lengua necia, así que se fueron con él, que les guió a una desdichada casilla, en la cual tenía algunos platos de tierra, otras cosillas de poca monta y tres reales de a ocho, que había escondido con las demás chucherías bajo tierra. Preguntáronle su nombre y el bobo dijo: «Llámome don Sebastián Sánchez, y soy hermano del gobernador de Maracaibo». Cuando que tal oyeron, le volvieron a poner en tormentos. Levantándole en el aire con cuerdas, y, atándole a los pies y cuello grandes pesos, le quemaban pegadas a la cara, hojas de palma, con lo que en media hora murió. Cortaron después las cuerdas de que estaba colgando, y arrastraron el cuerpo hasta el bosque, donde le dejaron sin enterrar.

El mismo día salió un partido de piratas en busca de alguien en quien emplear sus infames horas, y volvieron con un honesto labrador y dos hijas suyas a los que (según sus costumbres) querían martirizar, en caso que no mostraran los lugares en que estaban escondidos los otros moradores. Sabía

dicho labrador de algunos, en busca de quienes fue con los tiránicos piratas, pero los españoles que se habían dado cuenta de que sus enemigos los perseguían por todas partes habían huido mucho más lejos, a los bosques casi impenetrables en los que habían hecho chozas para preservar de las inclemencias del tiempo los pocos bienes que pudieron consigo transportar. Habiendo creído, pues, los piratas que eran engañados por el labrador, se encolerizaron rabiosamente contra él (pese a todas las excusas que el pobre hombre les daba, y a sus humildísimas súplicas para que le respetasen la vida) y lo ahorcaron de un árbol.

Dividiéronse después en diversas tropas y corrieron a las plantaciones, sabedores de que los españoles retirados no podrían vivir en los bosques de lo que encontrasen en ellos y tendrían que acudir a las plantaciones en busca de víveres a sus dichos. Encontraron un esclavo, a quien prometieron montañas de oro, y que lo libertarían y lo llevarían a Jamaica si les descubría los lugares en donde estaban los de Gibraltar. Condújoles a una tropa de españoles que hicieron prisioneros, le ordenaron los piratas que matase a alguno de ellos para que por este delito se viese impedido de dejar su infame compañía. Cometió el negro mucho mal contra los españoles y siguió las infortunadas trazas de los piratas, que, al cabo de ocho días, volvieron a Gibraltar con muchos prisioneros, y algunos mulos cargados de riquezas. Preguntaron aparte a cada prisionero (eran entre todos cosa de doscientos cincuenta) dónde tenían el resto de sus bienes y si sabían de los de los otros. Los que no quisieron confesar fueron atormentados de horrible modo. Había entre ellos un portugués, al cual cierto negro hacía pasar por muy rico. Preguntáronle por sus riquezas y respondió que no tenía en este mundo más que cien reales de a ocho y que un mozo suyo se los había robado dos días antes y, aunque con juramentos protestaba ser así, no le creyeron, sino que al contrario, sin consideración de su vejez, tenía sesenta años, le dieron trato de cuerda y le rompieron los brazos por detrás de las espaldas. Después y en vista de que no quería o no podía declarar le dieron otro género de tormento peor y más bárbaro que el precedente. Lo colgaron de los cuatro dedos gordos, de las manos y los pies, a cuatro estacas altas donde ataron cuerdas de las que tiraban como por clavija de harpa y con palos fuertes daban con toda fuerza en dichas cuatro cuerdas, de modo que el cuerpo de aquel miserable paciente

reventaba de dolores inmensos. No contentos con tan cruel tortura, cogieron una piedra que pesaba más de doscientas libras y se la pusieron brutalmente encima del vientre, y tomando hojas de palma, las encendían, aplicándoles a la cara del desdichado portugués, hasta que tanto ella como sus cabellos se abrasaron, y viendo que ni aún con tales vejaciones conseguían su propósito, le desataron, y, medio muerto, le llevaron a la iglesia (que era por entonces su cuerpo de guardia) y en ella le amarraron a un pilar, en el que le dejaron sin comer ni beber, sino tenuísimamente, lo que bastaba para vivir, penando algunos días, el tiempo en que esperaban que descubriría algún tesoro. Así pasó cuatro o cinco, hasta que pidió hablar con alguno de los otros prisioneros por medio de quien trataría de buscar dinero para satisfacer la demanda. Vino el tal prisionero que pedía e hizo prometer por él a los piratas quinientos reales de a ocho, pero ellos se hacían los sordos ante tan corta suma, y, en lugar de aceptarla, le dieron muchos palos más, diciéndole: «Cuando dices quinientos, es menester digas quinientos mil que, si no, te costará la vida». Finalmente, después de mucho asegurar que era hombre miserable, un pobre tabernero, se arregló con ellos en mil pesos, que en poco tiempo hizo buscar y entregar, y así quedó libre, aunque tan mal tratado, que no sé si con tantos males viviría largas horas.

No acabaron con el portugués las crueldades inventadas por el infernal espíritu de aquellos desalmados, pues a algunos los colgaron por los *compañones*, dejándolos de aquel modo hasta que caían por tierra al desgarrarse las partes verecundas, y, si con eso no morían inmediatamente, los atravesaban con las espadas, por más que cuando no lo hacían no solían durar más de cuatro o cinco días, agonizantes. A otros los crucificaban, y con torcidas encendidas, les pegaban fuego entre las junturas digitales de manos y pies, a algunos les metían los pies en el fuego y de aquel modo los dejaban asar. Cuando hubieron hecho estas y otras tragedias con los blancos, comenzaron con los negros esclavos, a quienes no trataron con menos rigor que a sus amos.

Hubo un esclavo que prometió a Morgan conducirle a la ría que desemboca en el Lago, y en la que se hallaban un navío y cuatro barcas ricamente cargadas que pertenecían a los de Maracaibo. Descubrió el mismo esclavo el sitio donde el gobernador de Gibraltar estaba con la mayor parte de

mujeres del lugar, pero débese decir que declaró todo esto a causa de las amenazas de que le ahorcarían si no decía lo que sabía. Enviaron al punto doscientos hombres en dos saetías hacia dicha ría, en busca de lo que decía el esclavo, y Morgan en persona con trescientos cincuenta hombres fue a coger al gobernador, que estaba retirado en una isleta que está en medio de la ría, y en la que había hecho una fortaleza para su defensa. Habiendo oído que venía Morgan con gran fuerza en busca suya, se retiró sobre una montaña, que no estaba lejos de allí, a la cual no se podía subir si no por un paso muy estrecho, de tal modo que quien pretendiese el ascenso debía hacer pasar su gente de uno en uno. Tardó dos días en llegar Morgan a la isleta, y hubiera proseguido hasta la montaña si no hubiera sido que le advirtieron la imposibilidad de vencer la subida, no solo por lo agrio de la senda; pero también porque el gobernador, arriba, estaba muy bien preparado de municiones de guerra. Además que el cielo envió una tan grande lluvia que todo el bagaje de los piratas y la pólvora se echaron a perder, y de entre ellos se perdieron muchos, pasando un río que, por las avenidas de tantas lluvias, salió de madre; en ella perecieron algunas mujeres y niños, y muchos mulos cargados de plata y otros bienes que, en los campos, habían robado de los moradores fugitivos. De modo que todo estaba tan maltratado y sus personas en no menos ruinoso estado, que si por entonces los españoles hubieran tenido una tropa de cincuenta hombres con picas o lanzas podrían haber destruido enteramente a los piratas sin encontrar resistencia; mas el temor que los españoles concibieron desde el principio fue tal que solo oír el rumor de las hojas de árboles en los bosques, se imaginaban que eran ladrones. Finalmente, después que los piratas hubieron corrido algunas veces media hora en el agua metidos hasta la cintura, se salvaron en su mayor parte, pero las mujeres y criaturas prisioneras murieron casi todas.

Pasados doce días de su partida en busca del gobernador, volvieron a Gibraltar con muchos prisioneros. Dos días después llegaron también las saetías que fueron a la ría, trayéndose consigo cuatro barcas y algunos prisioneros, aunque la mayor parte de las mercaderías que dichas barcas habían tenido no las hallaron ya dentro de ellas cuando las tomaron, porque advertidos los españoles de la salida de los piratas, en busca de ellas, las descargaron con presteza, con ánimo de prender fuego a las embarcaciones

una vez vacías. No se dieron prisa los españoles en hacerlo y dejaron parte de los bienes dentro del navío y barcas, cuando se vieron obligados a huir dejando a los piratas razonable presa, que condujeron a Gibraltar, donde después de haber hecho diversas insolencias, muertes, saqueos, estupros y otras semejantes, en cinco semanas que allí campearon, resolvieron la partida dando (como última prueba de sus picardías) orden de rescate quema[4], porque si no, abrasarían hasta las piedras de los cimientos. Salieron los pobres afligidos y después que hubieron recorrido todos los contornos, buscando a su conmoradores volvieron diciendo a Morgan no habían podido hallar casi a nadie y que a los que hallaron habían respondido que el gobernador les había prohibido dar tributo de quema, mas que, no obstante, tuviese un poco de paciencia, que entre ellos recogerían la suma de cinco mil reales de a ocho, y que por el resto le darían algunos de ellos mismos en prendas que llevarían consigo a Maracaibo, hasta que fuese satisfecho del todo.

Como hubiese Morgan estado largo tiempo fuera de la villa, y conociendo que los españoles habían tenido tiempo suficiente para hacerse fuertes e impedirles la salida del Lago, les concedió lo que pedían y se dio prisa en hacer poner en orden todo lo necesario para su salida. Dio libertad a todos los prisioneros, después de haberse rescatado, pero retuvo todos los esclavos consigo. Diéronle las cuatro personas del acuerdo, en prenda de lo que se le debía aún enviar, y le reclamaron el esclavo (de quien en lo precedente hicimos relación) al que querían pagar bien, mas Morgan no quiso entregarlo por temor a que lo quemasen vivo, según sus méritos. Levantaron al fin las áncoras, y se hicieron a la vela con la mayor celeridad que pudieron, encaminándose hacia Maracaibo, adonde llegaron en cuatro días, y donde hallaron las cosas en el mismo estado que las dejaron cuando salieron. Recibieron allí una noticia de boca de un miserable viejo enfermo, que moraba solo en la villa, y que les dijo que había tres navíos de guerra españoles a la entrada del Lago, aguardando que saliesen, y que habían provisto el castillo de muy buena artillería y otros pertrechos, tanto como la gente y de municiones y víveres.

No dejó de inquietar a Morgan la relación del viejo, y envió una de sus barcas, la más ágil, hacia el puerto, para reconocer lo que en él había. Al día

siguiente volvió la barca confirmando lo que les habían relatado, porque vieron a los navíos tan de cerca, que estuvieron en peligro de ser hundidos por los balazos de artillería que les tiraron. Dijeron que el navío mayor era de cuarenta piezas, el otro de treinta y el menor de veinticuatro. Sobrepasaba esta fuerza a las de Morgan, así es que la noticia causó consternación en los piratas, el mayor navío de los cuales no estaba armado más que de catorce piezas. Parecíales a todos que no cabía a Morgan esperanza, considerando que era forzoso atravesar por lo agrio de aquellos tres fuertes navíos y del castillo o perecer. No veían modo de escapar por mar o por tierra y hubieran sin duda preferido los tres navíos vinieran a buscarlos a la villa, a que se quedasen a la entrada del Lago, donde era de temer la ruina de su flota, que consistía en la mayor parte en barcas.

No teniendo otra salida, cobró Morgan nuevo coraje, y envió un español al gobernador y general de los tres navíos, pidiéndole tributo de incendio por la villa de Maracaibo. Volvió éste dos días después y trajo a Morgan una carta de dicho general, del tenor siguiente:

CARTA DE DON ALONSO DEL CAMPO Y ESPINOSA, ALMIRANTE DE LA FLOTA DE ESPAÑA, A MORGAN, CAUDILLO DE PIRATAS

Habiendo oído por nuestros amigos y circunvecinos nuevas de que habéis osado hacer hostilidades en las tierras, ciudades, villas y lugares pertenecientes al dominio de S. M. Católica, mi Señor, yo he venido aquí, según mi obligación, cerca del castillo que vos habéis arrancado del poder de una partida de cobardes poltrones, el cual castillo he hecho asediar, y en el que he mandado poner en orden la artillería que Vos habíades echado por tierra. Mi intención es disputaros la salida del Lago, y seguiros por todas partes, a fin de mostraros cuál es mi deber. No obstante, si queréis devolver con humildad todo lo que habéis tomado, así como los esclavos y otros prisioneros, os dejaré salir benignamente, con tal que os retiréis a vuestro país, mas, en caso que queráis oponeros a ésta mi proposición, os aseguro que haré venir barcas de Caracas, y pondré en ellas mis tropas, que enviaré a Maracaibo para haceros perecer a todos por el filo de la espada. Ésta es mi última resolución. Sed prudentes en el no abusar de mi bondad ni responder a ella con ingratitud. Conmigo vienen excelentes soldados que no anhelan sino tomar venganza de Vos y de vuestra gente por las crueldades y malas acciones que habéis cometido contra la nación española de América. Fecho en mi real navío, La Magdalena, que está al

ancla a la entrada del Lago de Maracaibo, en 24 de abril de 1669.

DON ALONSO DEL CAMPO Y ESPINOSA

Tan pronto como Morgan recibió esta carta reunió a toda su gente en la plaza del Mercado de Maracaibo y, después de haberla leído en francés y en inglés, pidió opiniones sobre la materia, preguntando si preferían devolver todo lo que habían tomado para conseguir libertad o pelear.

Respondieron todos por igual que sin vacilación preferían pelear, derramando hasta la última gota de sangre de sus venas, a devolver tan ligeramente la presa que habían ganado con tanto riesgo de sus vidas. Había entre ellos uno, que dijo a Morgan: «Yo me atrevo a destruir el mayor de los navíos, solo con doce personas. La manera será ésta: haremos un *brulot*, o navío de fuego, como el que tomamos en la ría de Gibraltar, y para que no conozcan que es un *brulot*, pondremos en los costados piezas de madera con monteras y sombreros encima, para que parezcan hombres desde lejos. Lo mismo haremos en las portiñolas de la artillería, que llenaremos de cañones contrahechos. El estandarte será de guerra, desplegado al modo de quien convida al combate». Oída esta proposición por la junta, fue aprobada por todos, aunque los temores no estaban del todo disipados. Quisieron, no obstante, probar de acuerdo con don Alonso, y le propusieron, por medio de dos personas que Morgan le envió, lo siguiente: que dejarían Maracaibo, sin hacer daño alguno ni pedir tributo de incendio, pondrían en libertad a la mitad de los esclavos y a todos los prisioneros, sin rescate, y enviarían a los cuatro principales moradores que tenían en prendas de las contribuciones prometidas por los de Gibraltar. Oída por don Alonso la proposición de los piratas, respondió que no quería oír una palabra más sobre tales propósitos y que, al contrario, que si tardaban dos días en rendirse voluntariamente, bajo las condiciones que les había ofrecido, los vendría a rendir por la fuerza.

Cuando Morgan oyó las resoluciones de don Alonso, hizo poner en orden todas las cosas para pelear y salir con violencia del Lago sin devolver nada. Hicieron, primeramente, guardar y atar bien a los prisioneros y esclavos,

después recogieron toda la pez y azufre que se pudo hallar en la villa para aprestar el *brulot* sobredicho y dispusieron otras invenciones de pólvora y azufre, como hojas de palma bien embreadas en alquitrán. Decidieron cubrir las pipas de la artillería y pusieron debajo de cada una seis cartuchos de pólvora; aserraron la mitad de la obra muerta del navío, a fin de que la pólvora hiciese mejor su operación y fabricaron nuevas portiñolas, donde pusieron, en lugar de artillería, tamboriles de negros; en los bordes plantaron piezas de madera, que representaban cada una un hombre con su sombrero o montera, armado de mosquete, espada y charpas.

Preparado de este modo el *brulot* se dispusieron todos para ir a la entrada del puerto. Metieron a todos los prisioneros en una barca grande, y en otra a todas las mujeres y cuanta plata, joyas y otras cosas ricas tenían. En otras colocaron los fardos de mercadería y cosas de mayor bulto. En cada una de estas barcas había doce hombres bien armados. Tenía orden el *brulot* de ir delante para arrojarse sobre el gran navío. Ordenado todo, Morgan tomó juramento a todos sus camaradas, de que se defenderían contra los españoles hasta la última gota de su sangre, sin pedir cuartel en ningún caso, y prometió que quien así se defendiese sería grandemente recompensado.

Con estas disposiciones y briosa resolución se hicieron a la vela y fueron al encuentro de los españoles en 30 de abril del año 1669. Hallaron a toda la flota española en medio del puerto amarrada al áncora, y Morgan (por ser ya tarde, y casi oscuro) hizo echar al agua todas las áncoras de su flota, con ánimo de pelear desde allí, de noche, a la pelea si les convidaban. Ordenó que se hiciesen en todos los navíos guardias de vigilancia hasta el alba, en que (habiendo los unos de los otros a un tiro de artillería) se encaminaron derechamente hacia los españoles, quienes a la vista de sus movimientos, hicieron lo mismo. El *brulot* iba delante, proa al gran navío, al que abordó en muy poco tiempo. El almirante, conociendo que era un navío de fuego, quiso escapar, pero intentolo tarde, de suerte que la llama prendió en el navío, y al instante saltó por los aires toda la popa, y después se sumergió el resto y perecieron. El segundo navío que veía arder su almirante se escapó hacia el castillo, frente al que los mismos españoles lo hundieron porque preferían perderlo que caer en manos de piratas. El tercero, que no tuvo tiempo de huir, cayó en poder de sus enemigos. Los que echaron a pique cerca del castillo el

segundo navío, vieron a los piratas con ánimo de aprovechar lo que pudieran del naufragio, mas los que estaban aún dentro, le prendieron fuego para que no gozasen sus enemigos del expolio. El primer ímpetu del fuego en el primer navío echó hacia las orillas de la mar a algunos, tanto muertos como vivos, y los piratas los quisieron salvar, pero prefirieron los que nadaban perecer a ser salvados, por razones que contaré adelante.

Hincháronse de orgullo y soberbia los piratas con tan feliz victoria, obtenida en tan breve tiempo y con tanta desigualdad de fuerzas, y llenos de arrogancia fueron todos a tierra, con la intención de tomar el castillo. Pero resultó estar éste bien provisto de gente, gruesa artillería y municiones, mientras que ellos no tenían más que sus mosquetes, y unas pocas granadas de mano, porque su artillería era incapaz (por muy pequeña) de hacer brecha en las murallas. Pasaron, pues, el resto del día disparando con los mosquetes, y, al anochecer, quisieron avanzar para echar granadas dentro del fuerte; pero los españoles despedían furiosos tanta llama cuanta en las oficinas de Marte y de Vulcano se enciende, de modo que no les era a los piratas de ningún provecho el acercarse, ni quedar más largo tiempo en tal disputa, pues experiencia tenían de estas cosas, así que, viendo treinta hombres de los suyos muertos y otros tantos heridos, se retiraron a sus navíos.

Temerosos los españoles que al día siguiente volvieran los piratas con pretensiones de renovar el ataque, y de que emplazaran su artillería contra el castillo, trabajaron toda la noche para poner las cosas en orden, y se emplearon particularmente en allanar algunas prominencias, desde las cuales se podía atacar la fortaleza.

No intentó Morgan volver a tierra y empleó su tiempo en agarrar a algunos españoles que nadaban aún, con la esperanza de pescar parte de las riquezas que se perdieron en los navíos del naufragio. Cogió entre ellos a un piloto del navío más pequeño, con quien tuvo largas conferencias, en que le preguntó variedad de cosas, entre ellas el número de gente que los tres navíos españoles llevaban y si eran de esperar otros, y de qué parte habían salido a buscarlo. Respondióle el piloto en lengua española diciendo:

«Mi Señor, tened generosa voluntad, si os agrada, de no permitir hacerme algún mal, pues soy un extranjero. Yo os diré todo lo que pasó hasta la llegada a este lago. Envionos el Consejo de España con seis navíos bien

armados, y con orden de cruzar en estos mares contra los ingleses, arruinándoles todo lo que pudiéramos.

»Diéronse estas órdenes a causa de la noticia que llegó a la corte de España de la toma y ruina de Puerto Bello y de otras plazas, sucesos cuya lamentación había llegado a los oídos del rey, consejo y pueblo a quienes pertenece la conservación de este Nuevo Mundo. Por tales hechos, había protestado la corte a la de Inglaterra, pero el rey de ésta respondió que no había dado jamás patentes ni comisiones para hostilizar a los vasallos de S. M. Católica. Y así, para vengarse, el rey de España mandó armar seis navíos que envió a estas partes, bajo de la dirección de don Agustín de Bustos, a quien se le dio el cargo de almirante. Éste tal venía en el navío llamado Nuestra Señora de la Soledad, armado con cuarenta y ocho piezas de artillería altas y ocho bajas; el vicealmirante, don Alonso del Campo y Espinosa, mandaba el navío llamado La Concepción, fuerte de cuarenta y cuatro piezas altas y ocho bajas. Venían otros cuatro; el primero se llamaba La Magdalena, que tenía treinta y seis piezas altas y doce bajas, con doscientos cincuenta hombres, el San Luis, con veintiséis piezas altas y doce bajas, y con doscientos hombres. La Marquesa, con dieciséis piezas altas y ocho bajas, y ciento cincuenta hombres, el Nuestra Señora del Carmen, con dieciocho piezas altas y ocho bajas y también con ciento cincuenta hombres.

»Estábamos ya en Cartagena, de donde los dos mayores navíos se volvieron a España, según orden que recibieron, porque se dijo que eran muy grandes para cruzar en estas costas. Partió de allí don Alonso del Campo y Espinosa con cuatro navíos hacia Campeche para buscar a los ingleses. Llegamos al puerto de dicha villa, pero allí nos sobrevino un gran torbellino de la parte del norte, que nos hizo perder uno de los cuatro navíos llamado Nuestra Señora del Carmen. Salimos de allí para la isla Española, a la cual avistamos en poco tiempo, y nos dirigimos al puerto de la ciudad de Santo Domingo, en el cual oímos que habían visto pasar una flota de Jamaica y que de ella echaron alguna gente a tierra en una plaza llamada Alta Gracia; en donde hicieron prisionero a uno de dicha flota que confesó que los ingleses tenían designio de ir a la ciudad de Caracas. Con estas nuevas, don Alonso hizo al instante levantar las áncoras y atravesamos hasta la otra parte de la Tierra Firme, a la vista de dicha Caracas y allí encontramos una barca que

nos aseguró que la flota de Jamaica estaba en la Laguna de Maracaibo, y que consistía en siete navíos y una barca.

»Con estas noticias vinimos aquí y cuando llegamos a la entrada de este lago hicimos un disparo de artillería para advertir a un piloto que venía de tierra que éramos españoles. Vino éste con otros y nos contaron que los ingleses habían tomado la villa de Maracaibo, y que por entonces estaban saqueando Gibraltar. Oído que hubo don Alonso dichas relaciones, arengó a todos sus oficiales, soldados y marineros y les prometió repartir entre todos todo lo que ganasen a los ingleses. Ordenó que se condujese al castillo la artillería que cogimos del navío que se perdió y otras dos piezas de su propio navío de a diez y ocho libras. Los pilotos nos condujeron al puerto y don Alonso hizo venir a la gente que estaba en tierra a su presencia y dispuso reforzar el castillo con cien hombres además de los que habían vuelto después de la salida de los ingleses. Poco después nos trajeron las nuevas de que habíais vuelto a Maracaibo, adonde don Alonso os escribió una carta, dándoos cuenta de su llegada y designio, y exhortándoos a rendir y restituir todo lo que habíais tomado, lo cual no quisisteis hacer, y, en resumen, renovó su primera promesa e intento. Y habiendo hecho dar de cenar a toda su milicia y gente espléndidamente, exhortó a todos para que no diesen cuartel a los ingleses que cayesen en sus manos, lo cual fue causa que se ahogaran tantos por no atreverse a pedir cuartel. Dos días antes que vinieseis contra nosotros vino un negro a don Alonso y le dijo: “Señor, mirad con atención, que los ingleses han hecho y preparado un navío de fuego para abrazar vuestra flota”. No quiso creer don Alonso la advertencia del negro y respondió: “¿Tienen por ventura esas gentes entendimiento para preparar navío de fuego? ¿O se pueden hallar en su poder los instrumentos que se requieren?”.

Cuando tan patente y largamente este piloto hubo contado todas estas cosas, Morgan le trató muy humanamente, y con mucho regalo, tanto que ante las ventajas que le ofrecía se quedó en su servicio, descubriéndole aún, cómo en el navío que pereció, había gran cantidad de plata, hasta la suma de cuatro mil pesos, y que ésa era la causa de haber visto diversas veces a muchos españoles cerca del navío que se perdió. Dispuso Morgan que uno de sus navíos quedase allí (cuando hubiese ocasión) y pescase la plata que

pudiese, y él, con todo el resto de la flota, se volvió a Maracaibo, donde hizo reparar el gran navío que tomó, y muy bien acomodado, le eligió para sí mismo, dando el que tenía a uno de sus capitanes.

Envió después una persona al almirante, demandándole dinero de tributo de quema por la villa de Maracaibo, so pena de hacerla enteramente abrasar. Considerando los españoles habían tenido desgracia con los piratas, y no sabiendo por qué medio librarse de ellos, acordaron pagar, aunque don Alonso no consintió.

Enviáronle a decir a Morgan qué suma pretendía, y respondioles que treinta mil pesos, y quinientas vacas para que sus navíos abundasen en carnes. Prometía, en tal caso, que no haría molestia alguna a los prisioneros, ni arruinaría la villa. Finalmente, se pusieron de acuerdo en veinte mil pesos, además de las quinientas vacas, que el día siguiente los españoles llevaron con una partida del dinero, y mientras los piratas salaban la carne, volvieron con el resto de la suma que acordaron hasta dichos veinte mil reales de a ocho.

No quiso entregar Morgan, todavía, los prisioneros porque temía los cañonazos de la artillería del castillo a la salida del lago, y así resolvió de no liberarlos hasta que se hubiera zafado del alcance de sus balas, esperando que por tal medio obtendrían libre paso. Hízose a la vela toda la flota para ir donde habían dejado el navío que debía pescar la plata del que quemaron, el cual halló con la suma de ciento cincuenta mil pesos que habían cogido, con otras muchas piezas de plata, como espadas y otras cosas de este género. Hallaron también cantidad de retales de a ocho, todos pagados y casi derretidos por el gran fuego de la quema del navío. No sabía Morgan por qué camino evitar los males que el castillo le podría causar a la flota, y así dijo a los prisioneros que les era necesario concertar con el gobernador que abriera paso a su salida porque, si no quería consentir, los haría ahorcar a todos en sus navíos.

Juntáronse todos los prisioneros a conferenciar para decidir a quién enviarían a convencer a don Alonso, y escogieron a algunos de entre ellos para esta embajada. Fueron a tierra y llegaron rogando y suplicando al almirante que mirase con ojos de compasión a los afligidos prisioneros que estaban con sus mujeres y criaturas en poder de Morgan, y que diese su

palabra de que dejaría salir libremente toda la flota de piratas sin molestia alguna, que era el único remedio para salvar las vidas de los que allá quedaban amenazados todos de horca, en caso que no se concediese a los piratas lo que pedían. Respondioles don Alonso, reprendiéndoles por su cobardía: «Si vosotros hubierais sido fieles al Rey, impidiéndoles la entrada, como yo les impediré la salida, no hubierais causado estos males, ni a vosotros mismos ni a toda nuestra nación, que ha sufrido tanto a causa de vuestra debilidad. En fin, yo no concederé jamás lo que demandan, y mantendré el respeto de mi Rey, según mi cargo».

Volviéronse los españoles con mucha tristeza y sin esperanza, y contaron a Morgan todo lo que el gobernador les había dicho. Después de oírlos, dijo Morgan: «Yo buscaré medios, si don Alonso no los quiere dar». Hizo repartir los expolios, como si no hubiera de tener ocasión para hacerlo en otra parte, ante el temor de que alguna tempestad los separase y que la posesión de lo mejor no hiciese prevaricar a alguno de sus capitanes. Comenzaron a repartir según sus leyes, tras haber jurado no tener ninguno en su particular cosa alguna. Contaron, tanto en dinero como en joyas, por valor de doscientos cincuenta mil reales de a ocho, además de la infinidad de mercaderías y esclavos que repartieron a cada navío o barca, según les tocaba.

Hecho todo esto, continuaba la cuestión de cómo podrían pasar el castillo y salir del Lago. Usaron de una estratagema de no mala invención; y fue que el mismo día en que determinaron aventurar la salida para la noche siguiente embarcaron mucha gente en chalupas, y se acercaron a las orillas de la tierra, como si quisieran desembarcar. Encubriéronse entre las ramas de la costa y allí se quedaron tendidos a lo largo dentro de las chalupas, todos cubiertos, para que al regresar (como lo hicieron a los navíos) juzgasen los del castillo que habían dejado emboscada en tierra, ya que no podían ver desde lejos más que dos o tres personas que bogaban en cada bote; y esto lo repitieron desde cada navío muchas veces, de suerte que los españoles juzgaron que vendrían a forzarles el castillo con escalas cuando la noche se acercase, por cuya razón, trasladaron al lado que mira a tierra mucha artillería y la mayor fuerza de sus armas, dejando casi desamparada la parte de la mar.

Llegada la noche zarparon los piratas, y caminaron con el favor de la claridad de la luna, dejándose llevar del reflujo de la mar, hasta cerca del

castillo, y allí con gran prisa izaron las velas. Los españoles, teniéndolos a la vista y muy cerca, hicieron transportar, con la mayor agilidad que pudieron, la artillería que estaba del otro lado, y dispararon furiosamente sobre los piratas, pero éstos teniendo el viento favorable, habían ya pasado en su mayor parte, antes que los del castillo pusiesen las cosas en el orden conveniente, de manera que los piratas no perdieron muchos de los suyos, ni recibieron gran menoscabo en sus navíos. Cuando ya estaban fuera del alcance de la artillería, envió Morgan una chalupa hacia el castillo, y en ella algunos prisioneros, y después que obtuvo una barca permitió a todos los demás volverse cada cual a su morada; pero, no obstante, retuvo a los de Gibraltar, por haber venido a pagar los de su tierra lo que debían aún del tributo de quema de su lugar. Cuando ya se decidió a partir, mandó Morgan disparar contra el castillo siete piezas de artillería con bala por despedida, pero no le respondieron ni con un solo mosquetazo.

Al siguiente día les sobrevino una gran tempestad que les obligó a anclar en una profundidad de cinco o seis brazas, pero la mar estaba tan agitada, que las áncoras no pudieron aguantar a los navíos, de modo que les fue forzoso de irse a mayor altura, donde corrieron gran riesgo de perderse, pues a cualquier lado que hubiesen querido ir, fuese para caer en manos de españoles, o en las de indios, no habrían obtenido cuartel. Corridas todas estas tempestades, el viento cesó, lo cual les causó gran regocijo.

Mientras Morgan hizo su fortuna en los saqueos mencionados, los compañeros que se habían separado en cabo de Lobos para ir a coger el navío, de que ya en su lugar hablamos, fueron muy maltratados y poco afortunados, pues habiendo llegado a la isla de Savona, no hallaron a ninguno de los suyos, ni una carta que Morgan dejó al partir de allí en un lugar donde le pareció que la hallarían. Y no sabiendo qué camino tomar, resolvieron asaltar alguna plaza para buscar su fortuna. Eran en total cerca de cuatrocientos hombres repartidos en cuatro navíos y una barca. Nombraron almirante a uno de ellos que se había distinguido en la toma de Puerto Bello, y al que llamaban antes capitán Ansel. Éste resolvió asaltar la villa de Cumaná, situada en la tierra firme de Caracas, a unas sesenta leguas del lado occidental de la isla de la Trinidad. Desembarcados en aquella costa, mataron a algunos indios costeños y se dirigieron a la villa, pero los españoles,

acompañados de los indios, les disputaron con tal brío la entrada que, confusamente, y con mucha pérdida se retiraron y se volvieron a sus navíos, y con ellos a Jamaica, donde los chasquearon pesadamente los otros que llegaron con Morgan, diciéndoles: «Veamos si el dinero que trajisteis de Cumaná es de tan buenos quilates como el que nosotros traemos de Maracaibo».

Entre Dover y Calais

(fragmento de *Roxana*)
Daniel Defoe
(1724)

Traducción: Miguel Temprano García

DANIEL DEFOE (1660?-1731) nació en Londres, hijo de un fabricante de velas presbiteriano. Estudió en la Academia Presbiteriana para Disidentes de Newington Greene, donde recibió una educación basada en lenguas modernas y conocimientos científicos, muy alejada de los patrones clásicos. Se estableció como comerciante y conoció la prosperidad tanto como la quiebra. Interesado por la política, escribió algunas sátiras y en 1697 publicó su primera obra extensa, *An Essay Upon Projects*. Prestó servicios al gobierno *whig* del rey Guillermo III y ocupó un cargo en Hacienda. Su poema satírico *The True-Born Englishman* (1701) fue un éxito, pero su irónico ataque a la intolerancia de la Iglesia anglicana en *The Shortest Way with the Dissenters* (1703), ya durante el reinado de Ana Estuardo y bajo gobierno *tory*, le valió una pena de prisión. Acogido a la protección de un político *tory*, Robert Harley, escribió durante nueve años la gaceta de la que éste era propietario, la *Review*. Compuso en 1703 el que se considera el primer reportaje moderno, *The Storm*, sobre una gran tormenta que asoló el sur de Inglaterra. Defoe no escribió su primera obra de ficción hasta 1719, pero con ella creó un mito universal: *Robinson Crusoe*. A ésta siguieron *Moll Flanders* y *Diario del año de la peste* en 1722, y *Roxana* en 1724.

Quizá pueda sorprender que elijamos aquí un fragmento de *Roxana*, una novela en primera persona sobre la vida de «una cortesana afortunada», en vez de uno de otras obras suyas más directamente relacionadas con el mar. Pero es interesante comprobar, sobre todo después de la narración de Exquemelin, cómo ya en 1724 una travesía podía ser narrada por un simple pasajero, y cómo una tormenta podía servir de marco a un episodio no heroico, sino de carácter moral. Bueno… lo cierto es que las dos pasajeras no son tan simples, sino bastantes peculiares, y que la moraleja, por su parte, es poco edificante…

Entre Dover y Calais

(fragmento de *Roxana*)

Cuando pasé en el barco entre Dover y Calais y tuvimos a mi amada Inglaterra a la vista, la Inglaterra a la que tenía por mi país natal, pues me había educado allí, aunque no hubiese nacido en ella, me poseyó una especie de alegría, y sentí tantos deseos de volver que le ofrecí al capitán del barco veinte *pistoles* por dejarme desembarcar en los Downs, y cuando me dijo que eso era imposible y que no lo haría ni por cien *pistoles*, deseé secretamente que se levantase una tormenta y empujase el barco, quisiéranlo ellos o no, a la costa de Inglaterra, para que yo pudiera desembarcar en suelo inglés.

Aquel perverso deseo no se apartó de mi imaginación en las dos o tres horas siguientes, pero el capitán gobernó la nave para que siguiera rumbo norte y pronto perdimos de vista la tierra por ese lado y solo divisamos la costa flamenca a nuestra derecha, o, como dicen los marinos, por estribor, y al perderla de vista, el deseo de desembarcar en Inglaterra disminuyó y pensé en lo absurdo que era, pues, si hubiese desembarcado en Inglaterra, habría tenido que volver a Holanda a cobrar mis letras de cambio y, como no tenía allí ningún corresponsal, no habría podido hacerlo sin ir en persona. Pocas horas después de perder de vista Inglaterra, el tiempo empezó a cambiar, y el viento silbó de tal modo que los marinos se dijeron unos a otros que se avecinaba una mala noche. Faltaban dos horas para la puesta del sol, habíamos pasado junto a la costa de Dunquerque y creo recordar que dijeron

que acabábamos de avistar Ostende; luego el viento empezó a arreciar, el mar se encrespó y todo empezó a tener muy mal aspecto, sobre todo para nosotros, que no sabíamos lo que nos esperaba. Por fin cayó una noche muy oscura, el viento refrescó y sopló más y más hasta que, dos horas después de anochecer, se desató una terrible tormenta.

Aquélla no era la primera vez que navegaba, pues había ido desde La Rochelle a Inglaterra cuando era niña y luego desde Londres, por el río Támesis, hasta Francia, tal como he contado antes. Pero el terrible clamor de los hombres sobre mi cabeza me asustó, pues nunca había estado en una tormenta y jamás había visto ni oído nada parecido y, una vez que me asomé a la puerta de la antecámara, como la llaman ellos, me horrorizaron la oscuridad, la fuerza del viento, la temible altura de las olas y el apresuramiento con que actuaban los marineros holandeses a quienes no entendía ni palabra, por lo que no sabía si estaban rezando o blasfemando; y, como digo, todo aquello me llenó de horror y, en suma, hizo que me asustara mucho.

Volví al camarote y me encontré con mi doncella Amy, que estaba muy mareada, por lo que poco antes le había dado un sorbo de licor a fin de que se le asentara el estómago. Cuando me vio volver y sentarme sin decir palabra, me miró de soslayo dos o tres veces y por fin acudió corriendo a mi lado.

—Querida señora —dijo—, ¿qué es lo que ocurre? ¿Por qué estáis tan pálida?

Yo seguí sin decir nada, pero extendí las manos al cielo dos o tres veces. Amy siguió insistiendo hasta que le dije sin más:

—Sal a verlo tú misma a la puerta de la antecámara como he hecho yo.

Se fue de inmediato y se asomó tal como le había dicho, pero la pobre muchacha volvió más espantada y horrorizada de lo que la vi jamás, retorciéndose las manos y gritando que estábamos condenados y que íbamos a ahogarnos y que estábamos todos perdidos. Irrumpió en el camarote fuera de sí, como una loca, igual que habría hecho cualquiera en aquella situación.

Yo estaba muy asustada, pero al verla tan aterrorizada me serené un poco y empecé a hablar con ella para infundirle ánimos. Le dije que no todos los barcos a los que sorprendía una tempestad acababan hundiéndose y que tenía la esperanza de que no nos ahogaríamos, pues, aunque era cierto que aquella

tormenta era terrible, los marineros no parecían tan preocupados como nosotros, y así seguí confortándola lo mejor que pude, a pesar de que yo estaba tan espantada como ella y notaba también la cercanía de la muerte, y me remordía la conciencia y me angustiaba mucho, pues no tenía nadie que me consolara.

Pero, como Amy estaba mucho peor, es decir, mucho más asustada por la tormenta que yo, tuve que hacer lo imposible por tranquilizarla. Ya he dicho que parecía una loca y que iba de aquí para allá por el camarote gritando que estaba condenada, ¡condenada!, y que nos ahogaríamos todos sin remedio y otras cosas parecidas. Por fin el barco, empujado por alguna ola especialmente violenta, dio una fuerte sacudida y derribó a Amy, que seguía muy débil por el mareo, y que se golpeó en la cabeza contra el mamparo del camarote —como lo llaman los marinos— y se quedó tendida en el suelo o la cubierta como si hubiese muerto.

Yo grité pidiendo ayuda, pero lo mismo habría podido gritar en lo alto de una montaña donde no hubiese nadie a diez kilómetros a la redonda, pues los marineros estaban tan atareados y hacían tanto ruido que nadie me oyó ni vino a ayudarme; así que abrí la puerta del camarote y me asomé a la antecámara para pedir auxilio, pero, para mi mayor espanto, topé con dos marineros que estaban arrodillados rezando, mientras uno gobernaba el timón y emitía también una especie de gemido, que yo tomé por sus oraciones, pero, al parecer, era la respuesta que daba a los de arriba cuando le indicaban en qué dirección virar.

Allí no iban a ayudarme a mí ni a la pobre Amy, que seguía tendida en tal estado que era imposible saber si estaba viva o muerta. Volví con ella muy asustada, la incorporé un poco en cubierta y la apoyé contra las tablas del mamparo, saqué una botellita del bolsillo y se la puse debajo de la nariz y le froté las sienes, pero, a pesar de todos mis esfuerzos, siguió sin dar muestras de vida. Luego le busqué el pulso y apenas noté que estuviera viva; sin embargo, después de un rato empezó a recuperarse y, al cabo de media hora, volvió en sí, aunque al principio no recordaba nada de lo que le había sucedido.

Cuando se recobró del todo, me preguntó dónde estábamos. Le respondí que seguíamos en el barco, aunque solo Dios sabía por cuánto tiempo.

—¿Cómo, señora, es que no ha amainado la tormenta?

—No, no, Amy —contesté.

—Pero, señora, si hace un momento el mar estaba en calma.

Se refería al rato que había pasado sin sentido.

—En calma, Amy —dije—, ni mucho menos, tal vez se calme cuando todos nos hayamos ahogado y estemos en el cielo.

—¡En el cielo, señora! —respondió ella—. ¿Cómo osáis hablar así? ¡En el cielo! ¡Yo en el cielo! ¡No, no, si me ahogo, me condenaré! ¿Es que no sabéis lo malvada que he sido? He sido la puta de dos hombres, y he vivido una vida abominable de vicio y perversidad a lo largo de catorce años. ¡Oh, señora, vos lo sabéis y Dios también! Y ahora voy a morir ahogada. ¡Oh! ¿Qué será de mí? ¡Estoy perdida para siempre! ¡Sí, señora, para siempre! ¡Para toda la eternidad! ¡Estoy perdida! ¡Perdida! ¡Si me ahogo, estoy perdida!

Todo eso, como es fácil imaginar, era como otras tantas puñaladas en el alma de cualquiera que estuviese en mi situación y enseguida pensé: «¡Pobre Amy! ¿Qué eres tú que yo no sea? ¿Qué has sido tú que no haya sido yo también? No, soy culpable de mi pecado y también del tuyo». Luego recordé que no solo había sido lo mismo que Amy, sino también el instrumento que había utilizado el demonio para pervertirla, que la había desnudado y prostituido con el mismo hombre con quien yo me había degradado, que ella se había limitado a imitarme y a seguir mi perverso ejemplo, y que, igual que habíamos pecado juntas, lo más probable era que nos hundiésemos juntas.

Mientras los gritos de Amy resonaban en mis oídos, no dejaba de repetirme: «Soy la única culpable de todo esto; he sido tu perdición, Amy; te he empujado hasta aquí, y ahora tendrás que sufrir por los pecados que te he hecho cometer; y, si tú has de condenarte para siempre, ¿qué será de mí? ¿Cuál será mi castigo?».

Cierto que yo me limité a pensarlo y a suspirar para mis adentros, mientras que Amy gritaba y chillaba y daba voces como si estuviera sufriendo una terrible agonía.

No sabía cómo consolarla y, de hecho, no había mucho que decir, aunque logré que se serenase un poco y pude impedir que los del barco supiesen a qué se refería. No obstante, incluso en los momentos de más serenidad, siguió

expresando su miedo y su terror por la vida tan depravada que había llevado y continuó gritando que iba a condenarse y otras cosas parecidas, lo que resultó terrible para mí, que conocía perfectamente mi propia situación.

Aquellas consideraciones hicieron que yo también me arrepintiera de mis pecados y exclamara —aunque fuese en voz baja— dos o tres veces: «Señor, apiádate de mí», a lo que añadí un gran número de resoluciones acerca de la vida que llevaría a partir de entonces, si Dios tenía a bien perdonarme esta vez: viviría como una soltera virtuosa y gastaría la mayor parte de lo que había ganado de forma tan malvada en actos de caridad y haciendo el bien.

Repasé, bajo tan terribles aprensiones, la vida que había llevado y la consideré con el mayor asco y desprecio; me sonrojé y me pregunté a mí misma cómo había podido renunciar a la modestia y el honor y prostituirme por el dinero; y pensé que, si Dios tenía a bien librarme de la muerte esa vez, todavía tenía la posibilidad de volver a ser la de antes.

Amy aún fue más allá: rezó y se comprometió a llevar una nueva vida si Dios la perdonaba ahora. La tormenta siguió toda la noche, hasta que empezó a clarear y la luz del día nos ofreció cierto consuelo, pues ninguno habíamos contado con volver a verla, pero el mar seguía alzándose tan alto como una montaña y el ruido del agua era casi tan espantoso como la visión de las olas y no se veía tierra por ninguna parte, ni los marineros tenían la menor idea de dónde estábamos. Por fin, con gran alegría, divisaron tierra, que resultó ser Inglaterra y la costa de Suffolk, y pusieron rumbo a la orilla; con mucho peligro y grandes dificultades lograron llegar a Harwich, donde nos pusimos a salvo de morir, aunque el barco estaba tan maltrecho y lleno de agua que, si no hubiésemos llegado a tierra ese mismo día, se habría hundido sin remedio antes de la noche, según la opinión de los marineros y de los trabajadores que contrataron en tierra para reparar las vías de agua.

Amy resucitó en cuanto oyó que habían divisado tierra y se precipitó a cubierta, pero enseguida volvió conmigo y me dijo:

—¡Oh, señora! Es cierto que han avistado tierra, parece solo una franja de nubes, y tal vez lo sea, pero, si es tierra, está todavía muy lejos, y el mar está tan revuelto que todos moriremos antes de alcanzarla. No he visto nunca olas así, son altas como montañas, sin duda nos engullirán a todos, ahora que tenemos tierra a la vista.

Yo había concebido la esperanza de que, ya que habían avistado tierra, tuviéramos una oportunidad de librarnos, y le respondí que ella no entendía los fenómenos de la naturaleza y que podía estar segura de que, si habían visto tierra, pondrían rumbo hacia ella en el acto y nos llevarían a algún puerto; pero según Amy la distancia era enorme, la costa parecía solo una franja de nubes y las olas eran tan altas como montañas, por lo que no parecía haber ninguna esperanza y lo más probable era que nos hundiéramos antes de alcanzarla, por eso estaba tan desanimada. Sin embargo, el viento soplaba del este y nos empujó tan furiosamente hacia tierra que, media hora más tarde, cuando me asomé a la puerta de la antecámara vi la costa mucho más cerca de lo que imaginaba Amy, así que volví a entrar y la consolé y yo misma cobré ánimos.

Al cabo de una hora, o un poco más, vimos, para nuestra infinita satisfacción, el puerto de Harwich, y el barco se dirigió directamente a él, y pocos minutos después estábamos en aguas más tranquilas. Y así se cumplió, aunque contra mi voluntad y mis verdaderos intereses, mi deseo de desembarcar en Inglaterra, aunque fuese empujada por una tormenta.

Sin embargo, aquel incidente no nos fue de mucha ayuda a Amy ni a mí, pues, una vez pasado el peligro, el miedo a la muerte desapareció con él; sí, y también el miedo a lo que nos esperaba después de la muerte; nuestra conciencia de la vida que habíamos llevado desapareció y, al vernos salvadas, volvimos a ser las mismas de antes, si no peores. No hay nada más cierto que el hecho de que el arrepentimiento que se produce por mero temor a la muerte desaparece en cuanto desaparece dicho temor. Y que el arrepentimiento en el lecho de muerte, o en plena tormenta, que es muy similar, no suele ser sincero.

No obstante, no pretendo decir que eso ocurriera de inmediato, el miedo que habíamos pasado duró todavía un tiempo, y al menos la impresión no se disipó tan rápido como la tormenta. Sobre todo para la pobre Amy, que, en cuanto puso un pie en la orilla, se echó al suelo y besó la tierra y dio gracias a Dios por haberla librado del mar, y volviéndose hacia mí cuando se incorporó me dijo:

—Señora, no volveré a embarcarme jamás.

La tragedia de la esclavitud

(fragmento de *La interesante narración de*
la vida de Olaudah Equiano,
o Gustavus Vassa, el africano)
Olaudah Equiano
(1789)

Traducción: Marta Salís

OLAUDAH EQUIANO (1745-1797) nació en una aldea igbo en el sudeste de la actual Nigeria. Fue secuestrado a los once años y vendido como esclavo a unos traficantes blancos, que lo llevaron a la isla de Barbados y luego a Virginia, donde lo compró un teniente de la armada británica, que le dio el nombre de Gustavus Vassa (en honor al rey sueco del mismo nombre) y con el que navegó varios años. Más tarde fue vendido a un capitán de las Antillas, y después a un comerciante cuáquero de Filadelfia, Robert King, que le enseñó a leer y a escribir, y lo educó en la fe cristiana, y al que Equiano compró su libertad en 1766. Después de participar en una expedición al Ártico y de viajar a América Central y Turquía, se estableció en Inglaterra en 1777. En Londres se unió al movimiento abolicionista, que lo animó a escribir *La interesante narración de la vida de Olaudah Equiano, o Gustavus Vassa, el africano (The Interesting Narrative of the Life of Olaudah Equiano, Or Gustavus Vassa, the African)*, que se publicaría en 1789 y le reportaría fama y fortuna.

El fragmento elegido relata la travesía en el barco negrero que lo llevó a la isla de Barbados, y es sin duda un testimonio extraordinario sobre el horror del *Middle Passage*, la ruta de la esclavitud. Se calcula que más de diez millones de africanos fueron conducidos como esclavos al hemisferio occidental, y que más de un millón murió cruzando el Atlántico.

La tragedia de la esclavitud

(fragmento de *La interesante narración de la vida de Olaudah Equiano, o Gustavus Vassa, el africano*)

Lo primero que vi cuando llegué a la costa fue el mar y el barco negrero, fondeado a la espera de su cargamento. Aquello me llenó de asombro, que enseguida se convirtió en terror cuando me subieron a bordo. Algunos tripulantes se apresuraron a tocarme y zarandearme para ver si estaba sano; y yo tuve el convencimiento de haber entrado en un mundo de malos espíritus que iban a matarme. El color de su piel, tan distinto del nuestro, el cabello largo y el idioma que hablaban (muy diferente de cualquiera que yo hubiera oído antes) corroboraron mis temores. Cuanto veía me causaba tanto horror que, si hubiera tenido diez mil mundos, gustosamente me habría desprendido de ellos para cambiarme por el esclavo más humilde de mi país. Cuando, además, miré a uno y otro lado y descubrí una enorme caldera ardiendo y un montón de negros de toda clase encadenados juntos con expresión triste y desalentada, se acabaron mis dudas sobre el destino que me aguardaba; y, presa del terror y de la angustia, caí en la cubierta desmayado. Cuando me recuperé un poco, había unos negros a mi alrededor, que me parecieron los mismos que habían recibido dinero por llevarme a bordo; trataron de animarme con sus palabras, pero fue inútil. Les pregunté si aquellos blancos tan feos, con la cara roja y el pelo suelto, iban a devorarnos. Me contestaron que no; y un tripulante me trajo un poco de licor en un vaso de vino; pero me dio tanto miedo que no quise cogerlo. Así que me lo dio uno de los negros; y, cuando bebí un poco, en vez de recobrarme como era su intención, me llenó

de consternación el efecto que causó en mí, pues era la primera vez que probaba semejante licor. Poco después, desembarcaron los negros que me habían llevado a bordo, y yo me sumí en la desesperación. Comprendí que se esfumaba cualquier posibilidad de regresar a mi país natal, o siquiera un atisbo de esperanza de alcanzar la costa que ahora consideraba hospitalaria; e incluso llegué a pensar que mi anterior esclavitud era preferible a todo aquel horror, aún más espantoso por el hecho de no saber lo que me esperaba. Apenas tuve tiempo de abandonarme al desconsuelo; enseguida me bajaron a la bodega, donde me recibió un olor nauseabundo desconocido para mi olfato. Así que, entre el hedor y las lágrimas, empecé a sentirme tan abatido y mareado que ni podía comer, ni tenía ganas de tomar nada. Lo único que quería era que el último amigo que me quedaba, la muerte, me liberase. Pero muy pronto, bien a mi pesar, dos hombres blancos trajeron comida; y, cuando me negué a probarla, uno de ellos me agarró con fuerza las manos, me tumbó sobre un cabrestante, según creo, y me ató los pies, mientras el otro me azotaba con violencia. Jamás me habían tratado así; y aunque, al no estar acostumbrado al agua, me asustaba, como es natural, ese elemento que veía por primera vez, si hubiera podido saltar la red, me habría arrojado por la borda; pero era imposible. Además, la tripulación vigilaba estrechamente a los que no estaban encadenados en las cubiertas para que no nos tiráramos al mar; y vi a algunos de aquellos infortunados prisioneros africanos con heridas terribles por intentarlo, y cómo eran azotados a todas horas por negarse a comer. Éste fue a menudo mi caso. No tardé en encontrar algunos compatriotas entre los pobres encadenados, lo que me tranquilizó un poco. Les pregunté qué sería de nosotros; me dieron a entender que los blancos nos llevarían a su país, a fin de que trabajáramos para ellos. Entonces me animé un poco, y pensé que, si solo era cuestión de trabajar, mi situación no era tan desesperada, aunque seguí temiendo que los blancos me mataran, ¡parecían tan despiadados!; pues jamás había visto entre seres humanos tales ejemplos de crueldad; y no solo con nosotros los negros, sino también con algunos de los suyos. Recuerdo un blanco en particular, al que, mientras estábamos en cubierta, azotaron tan brutalmente con una larga cuerda junto al palo de trinquete que murió a consecuencia de los golpes; y después lo arrojaron por la borda como si fuera un animal. Esto hizo que me dieran más miedo; estaba

convencido de que me tratarían del mismo modo. No pude sino contar mis temores y recelos a algunos de mis compatriotas: les pregunté si nuestros captores no eran de ningún sitio y vivían siempre en aquel hueco (el barco); me dijeron que no, que eran de un país lejano. «Entonces −quise saber−, ¿por qué nunca hemos sabido de ellos?» Me dijeron que por lo lejos que vivían. Les pregunté entonces dónde estaban sus mujeres y si se parecían a ellos. Me explicaron que sí. «Y ¿por qué −dije yo− no las vemos?» Me contestaron que las habían dejado en casa. Pregunté cómo podía avanzar el barco. Me dijeron que no lo sabían; pero que los blancos ponían telas en los mástiles con ayuda de las cuerdas que yo veía, y entonces el barco iba hacia delante; y que tenían algún hechizo o encantamiento para que el barco se parara cuando querían. Esto me dejó pasmado, y tuve la seguridad de que eran espíritus. En consecuencia, anhelé más que nunca alejarme de ellos, pues pensaba que me sacrificarían: pero mis deseos fueron en vano, pues estábamos tan acuartelados que era imposible que ninguno de nosotros se escapara. Mientras seguimos en la costa, casi siempre estuve en cubierta; y un día, para mi gran sorpresa, vi entrar uno de esos navíos con las velas izadas. En cuanto los blancos lo divisaron, dieron un fuerte grito que nos llenó de asombro; pero aún nos maravilló más que el barco pareciera agrandarse a medida que se acercaba. Finalmente, fondeó al alcance de mi vista; y, cuando largaron el ancla, algunos de mis compatriotas y yo observamos con verdadero pasmo cómo se detenía; y no estuvimos convencidos de que no fuera cosa de magia. Acto seguido, sus hombres arriaron los botes y vinieron a bordo de nuestro barco; y todos parecieron muy contentos de encontrarse. Algunos recién llegados también nos estrecharon la mano a los negros, y nos hicieron gestos, supongo que para comunicarnos que nos llevarían a su país; pero no entendimos nada. Finalmente, cuando estibaron toda la carga, los blancos se prepararon para zarpar con muchos ruidos aterradores, y a nosotros nos pusieron bajo cubierta para que no viéramos cómo maniobraban el barco. Pero éste fue el menor de mis sufrimientos. Mientras estuvimos en la costa, el hedor de la bodega era tan repugnante que resultaba peligroso estar allí, y a algunos nos habían permitido quedarnos en cubierta, al aire libre; pero ahora que todo el cargamento del barco estaba encerrado allí, la pestilencia era insoportable. Un espacio tan reducido y un clima tan caluroso, unidos al

hecho de que el barco fuera tan abarrotado que apenas si podíamos cambiar de postura, volvieron la atmósfera de lo más agobiante. La gente empezó a sudar de tal modo que, con tantos olores nauseabundos, el aire no tardó en ser irrespirable; y entre los esclavos se propagó una enfermedad, de la que murieron muchos, víctimas, podría decirse, de la ciega avaricia de sus compradores. Esta espantosa situación se veía agravada por el tormento de las cadenas, que había llegado a ser insufrible; y por la suciedad de los cubos para las necesidades, donde los niños se caían a menudo y estaban a punto de ahogarse. Los gritos de las mujeres, y los gemidos de los moribundos convertían todo aquello en una escena de horror casi inimaginable. Afortunadamente quizá para mí, llegué a estar tan débil que consideraron necesario que pasara la mayor parte del tiempo en cubierta. Y, dada mi extrema juventud, no me pusieron los grillos. En aquella situación, esperaba compartir en cualquier momento la suerte de mis compañeros, a los que casi diariamente subían a cubierta a punto de expirar; algo que yo empecé a desear para poner fin a mi sufrimiento. Con frecuencia pensaba que muchos de los habitantes de las profundidades eran más felices que yo. Envidiaba la libertad que disfrutaban, y deseaba cambiar mi destino por el de ellos. Cualquier incidente servía únicamente para volver mi situación más dolorosa, y reforzar mis temores y mi opinión sobre la crueldad de los blancos. Un día pescaron un montón de peces; y, cuando se dieron un hartazgo de ellos, para asombro de cuantos nos hallábamos en cubierta, en vez de darnos los que sobraban como esperábamos, los arrojaron por la borda a pesar de nuestras súplicas; y algunos de mis compatriotas, muertos de hambre, aprovecharon la oportunidad de coger alguno a escondidas cuando pensaban que nadie les veía; pero los descubrieron, y su tentativa fue castigada con unos buenos latigazos. Un día, con el mar en calma y una ligera brisa, dos de mis compatriotas que estaban encadenados juntos (yo andaba cerca de ellos en ese momento), prefiriendo la muerte a semejante vida de sufrimiento, se las arreglaron no sé cómo para atravesar la red y tirarse al mar; acto seguido, siguió su ejemplo otro esclavo desesperado que, como estaba enfermo, no tenía grilletes. Y creo que muchos más se habrían apresurado a hacer lo mismo de no habérselo impedido los miembros de la tripulación, que inmediatamente dieron la voz de alarma. Los que estábamos en mejor estado

fuimos llevados bajo cubierta, y hubo más ruido y confusión que nunca para detener el barco y arriar un bote que fuera tras los esclavos. Sin embargo, dos de aquellos desdichados se ahogaron; aunque capturaron al tercero, y después lo azotaron sin piedad por preferir la muerte a la esclavitud. Y, de esa manera, continuamos soportando más penalidades de las que puedo describir, penalidades que son inherentes a este execrable comercio. Muchas veces estuvimos a punto de asfixiarnos por la falta de aire, pues a menudo pasaban varios días sin que nadie ventilara la bodega. Esto y el hedor de los cubos acabaron con muchos. Durante la travesía vi por primera vez peces voladores, que me dejaron boquiabierto: con frecuencia volaban por encima del barco y muchos caían en la cubierta. También descubrí para qué servía un cuadrante; había visto con asombro cómo los marineros hacían observaciones con él, y era incapaz de entender lo que significaba. Al final advirtieron mi sorpresa; y uno de ellos, deseoso de aumentarla, así como de satisfacer mi curiosidad, me hizo mirar con él. Las nubes me parecieron tierra firme, que desaparecía cuando pasaban. Esto me maravilló aún más; y me quedé más convencido que nunca de que estaba en otro mundo, y de que cuanto me rodeaba era mágico. Finalmente, avistamos la isla de Barbados, y los blancos que iban a bordo dieron un fuerte grito y nos hicieron muchos gestos de alegría. No sabíamos bien qué pensar; pero, cuando el barco se acercó, vimos con claridad el puerto y otros barcos de diferentes tipos y tamaños. Pronto estuvimos fondeados entre ellos delante de Bridge Town. Muchos dueños de plantaciones y comerciantes subieron a bordo, aunque había anochecido. Nos separaron en grupos y nos examinaron detenidamente. También nos hicieron dar saltos y señalaron hacia tierra, dándonos a entender que iríamos allí. Al ver esto, pensamos que aquellos hombres tan feos nos comerían; y, cuando poco después volvimos a la bodega, estábamos tan asustados y temblorosos que en toda la noche no se oyeron más que amargos llantos y gemidos, hasta tal punto que los blancos acabaron enviando desde tierra algunos viejos esclavos para que nos tranquilizaran. Nos dijeron que no nos comerían, pero que tendríamos que trabajar, y que enseguida iríamos a tierra, donde encontraríamos a muchos compatriotas. Estas palabras fueron un gran alivio; y lo cierto es que, nada más desembarcar, se nos acercaron africanos de todas partes. Nos condujeron inmediatamente al patio del traficante, donde nos

encerraron al igual que ovejas en un redil, sin tener en cuenta el sexo ni la edad. Como todo era nuevo para mí, cada cosa que veía me llenaba de asombro. Lo primero que me sorprendió es que las casas tuvieran pisos, y no se parecieran en nada a las de África; pero lo que más me maravilló es que la gente fuera a caballo. No entendía lo que significaba; y pensé que aquellos blancos dominaban el arte de la hechicería. En medio de mi estupor, uno de mis compañeros de cautiverio habló con un compatriota, y ambos comentaron que los caballos eran iguales que los suyos. Yo les entendí, aunque su país estaba muy lejos del mío, y me pareció extraño porque yo nunca había visto caballos en África; pero luego, cuando hablé con otros esclavos de diferentes lugares, descubrí que hay muchos caballos allí, y más grandes que los que estábamos viendo. No pasamos muchos días bajo la custodia del traficante antes de que nos vendieran como era su costumbre, que es la siguiente: después de una señal (como golpear un tambor), los compradores se precipitan al patio donde los esclavos están confinados y eligen el grupo que más les gusta. El griterío y estruendo con que se hace, y la avidez visible en el rostro de los compradores contribuyen a aumentar la angustia de los aterrorizados africanos, que, como es lógico, los consideran los ministros de esa destrucción a la que se creen abocados. De este modo, sin el menor escrúpulo, familiares y amigos se ven separados, la mayoría de ellos para no volver a encontrarse jamás. Recuerdo que en mi barco, en la zona de los hombres, había varios hermanos que luego se vendieron en grupos diferentes; y fue de lo más conmovedor oír sus gritos y su llanto cuando los separaron. ¡Vosotros que os llamáis cristianos! No podría preguntaros un africano, habiendo aprendido esto de vuestro Dios (que dice: «Lo que queráis que os hagan los hombres, hacédselo vosotros igualmente»[5]), ¿no es suficiente arrancarnos de nuestro país y de nuestros amigos para trabajar en aras de vuestro lujo y afán de lucro? ¿Acaso los sentimientos más tiernos deben también sacrificarse a vuestra codicia? Parientes y amigos, aún más queridos tras la separación de sus familias, ¿han de apartarse además los unos de los otros, impidiendo así que, en medio de la oscura esclavitud, tengan el pequeño consuelo de estar juntos y compartir penas y sufrimientos? ¿Por qué los padres han de perder a sus hijos, los hermanos a sus hermanas, los maridos a sus mujeres? Sin duda se trata de un

nuevo refinamiento de la crueldad, que no ayuda a expiar este pecado, sino que aumenta la aflicción y añade un nuevo horror a la tragedia de la esclavitud.

La travesía

Washington Irving
(1819)

Traducción: Marta Salís

WASHINGTON IRVING (1873-1859) nació en Nueva York, hijo de un comerciante escocés. Estudió Derecho y empezó a colaborar en distintos periódicos con artículos satíricos sobre la sociedad neoyorquina. Entre 1804 y 1808 viajó por Europa por razones de salud y, a su regreso, publicó una colección de sus artículos, *Salgamundi* (1808). En 1809, con el pseudónimo de Diedrich Knickerbocker, presunto historiador holandés, que mantendría mucho tiempo y que llegaría a convertirse en símbolo de los antiguos habitantes de la ciudad, publicó *History of New York*. Gracias al éxito de esta obra y coincidiendo con la quiebra de la empresa familiar, pudo dedicarse profesionalmente a escribir. En 1819-1820 aparece *The Sketch Book of Geoffrey Crayon, Gent*., donde se incluían dos de sus más famosos relatos, «Rip Van Winkle» y «La leyenda de Sleepy Hollow». Nombrado agregado de la embajada de Estados Unidos en España, ahí se inspiraría para escribir sus célebres *Cuentos de la Alhambra* (1826), clásico ejemplo de la vertiente exótica de la literatura romántica; fue también secretario de embajada en Londres y embajador en España. En sus últimos años se dedicaría a escribir biografías de grandes personalidades como Oliver Goldsmith, Mahoma y George Washington. Murió en 1859 en Sunnyside, la finca familiar a orillas del Hudson.

«La travesía» («The Voyage»), publicado el 23 de junio de 1819, es uno de los treinta y cuatro ensayos y relatos reunidos en *The Sketch Book of Geoffrey Crayon, Gent.* Aquí el narrador, un típico viajero romántico, vive ya en un mundo convencido de que la navegación «ha difundido la luz del conocimiento y los beneficios de una vida civilizada»: hasta las tormentas no son más que breves episodios compensados por días radiantes, y él puede dedicarse a pensar que «una travesía está llena de cosas sobre las que reflexionar»…

La travesía

Navíos, navíos, os describiré
en medio del mar,
me acercaré y descubriré
aquello que protegéis
y planeáis,
cuál es vuestro propósito y vuestra meta.
Uno zarpa a lejanas tierras para comerciar y traficar,
otro queda para proteger el país de los invasores,
un tercero vuelve a casa con copiosas y ricas mercancías.
Hola, imaginación mía, ¿dónde volarás?

Antiguo poema

Para un norteamericano que visita Europa, la larga travesía que se ve obligado a hacer es un excelente preparativo. La ausencia temporal de los escenarios y ocupaciones mundanas infunde un estado de ánimo especialmente idóneo para recibir impresiones nuevas y muy vívidas. La vasta extensión de agua que separa los hemisferios es como una página en blanco. No hay esa transición gradual que, como ocurre en Europa, permite que los rasgos y la población de un país se mezclen casi imperceptiblemente con los de otro. En cuanto pierdes de vista la tierra que abandonas, no hay más que vacío, hasta que pisas la orilla opuesta y te ves de pronto arrojado al ajetreo y las novedades de un mundo nuevo.

Cuando se viaja por tierra hay una continuidad en el paisaje, y una sucesión ininterrumpida de personas y acontecimientos que perpetúan la

historia de nuestra vida y mitigan el efecto de ausencias y separaciones. Arrastramos, es cierto, «una cadena extensible» cada vez que damos un paso en nuestro peregrinaje; pero es una cadena que no se rompe, que podemos seguir eslabón por eslabón, sabiendo que el último nos sujeta a casa con firmeza. Sin embargo, un largo viaje por mar nos cercena de golpe. Sentimos que se han soltado las amarras de una vida tranquila y ordenada para ir a la deriva, a merced de un mundo incierto. Se abre un abismo, no solo imaginario sino real, entre nosotros y nuestro hogar; un abismo sujeto a la tempestad, el miedo y la incertidumbre, que vuelve la distancia palpable y el regreso precario.

Al menos, ése fue mi caso. Mientras la última línea azulada de mi país natal se desvanecía como una nube en el horizonte, sentí como si hubiera cerrado un tomo del mundo con sus preocupaciones, y dispusiera de tiempo para la meditación antes de abrir otro. Además, el país que ahora desaparecía de mi vista y que guardaba cuanto yo más amaba en la vida, ¿qué vicisitudes atravesaría, que cambios experimentaría, antes de mi retorno? Cuando uno se va a ver mundo, ¿quién sabe dónde lo llevarán las corrientes impredecibles de la existencia; o cuándo regresará; o si estará en su destino volver a visitar los escenarios de su infancia?

He dicho que en el mar no hay más que vacío; debería corregir mis palabras. Para quien es propenso a soñar despierto, y gusta de perderse en ensoñaciones, una travesía está llena de cosas sobre las que reflexionar: y es que las maravillas del mar y del cielo parecen invitar al espíritu a abstraerse de los asuntos mundanos. Me encantaba apoyarme en el pasamanos del castillo de proa o trepar a la cofa en un día de calma, y pasar horas sumido en mis pensamientos en el seno apacible de un mar estival. Me quedaba mirando las masas de nubes doradas que asomaban por encima del horizonte, e imaginaba en ellas reinos mágicos que yo podía poblar a mi antojo; y contemplaba la suave ondulación de las olas plateadas que avanzaban como si quisieran morir en aquella afortunada costa.

Sentía una mezcla deliciosa de seguridad y de miedo cuando observaba desde tan vertiginosa altura los monstruos de las profundidades y sus cabriolas prodigiosas: manadas de marsopas dando brincos en la proa del barco; una orca impulsando lentamente su enorme silueta por encima de la

superficie; o un voraz tiburón cruzando velozmente, como un espectro, las aguas azules. Mi imaginación evocaba cuanto había escuchado y leído sobre el mundo acuático: los bancos de peces que recorren sus valles insondables, los monstruos informes que acechan en los mismos cimientos de la tierra, y los indómitos fantasmas que pueblan los relatos de pescadores y marineros.

A veces una vela en la lejanía, deslizándose por el borde del océano, se convierte en otro motivo de ociosa especulación. ¡Qué interesante fragmento de un mundo que corre al reencuentro de la gran masa de la existencia! ¡Qué monumento tan glorioso de la inventiva humana! En cierto modo, ha triunfado sobre el viento y las olas; ha hecho comulgar los dos extremos del mundo; ha establecido un intercambio de bendiciones, vertiendo en las regiones estériles del norte la suntuosidad del sur; ha difundido la luz del conocimiento y los beneficios de una vida civilizada, uniendo así las partes diseminadas de la raza humana, entre las que la naturaleza parecía haber erigido una barrera infranqueable.

Un día avistamos un objeto informe que flotaba en el agua. En el mar, cualquier cosa que rompe la monotonía de la inmensidad que nos rodea llama poderosamente la atención. Resultó ser el mástil de un barco que sin duda había naufragado; pues quedaban restos de los pañuelos con que algunos tripulantes se habían amarrado al palo para no ser arrastrados por el oleaje. No había nada que permitiera averiguar el nombre de la nave. Debía de llevar muchos meses a la deriva: racimos de moluscos se adherían fuertemente a él, y algas de largos filamentos adornaban sus costados.

Pero ¿dónde estará la tripulación?, pensaba yo. Hacía mucho tiempo que su lucha había terminado: se habían ahogado en el fragor de la tempestad; y sus huesos, cada vez más blanquecinos, yacían en las cavernas submarinas. El silencio, el olvido, como las olas, habían caído sobre ellos, y nadie podía contar la historia de su final. ¡Cuántos suspiros habrían flotado en el aire por ese barco! ¡Cuántas oraciones se habrían elevado junto al fuego de un hogar sumido en la desolación! ¡Cuántas veces la amante, la esposa, la madre habrían buscado entre las noticias diarias alguna pequeña pista inesperada de este vagabundo del mar! ¡Cuánta esperanza trocada en angustia, angustia en miedo, y miedo en desesperación! ¡Ay! Jamás se recuperará nada que el amor pueda llevar en su corazón. ¡Lo único que se sabrá es que el barco zarpó de

su puerto y nunca se volvió a saber de él!

La visión de estos restos, como siempre, dio lugar a que se contaran un montón de historias truculentas. Especialmente aquella noche cuando el tiempo, hasta entonces apacible, empezó a tornarse oscuro y amenazador y auguró una de esas tormentas repentinas que interrumpen a veces la serenidad de una travesía veraniega. En el camarote, sentados alrededor de una lámpara que, con su luz agonizante, volvía aún más tétrica la oscuridad, todo el mundo tenía algún naufragio o catástrofe que relatar. Me impresionó sobremanera una historia muy breve del capitán:

—Una vez que estaba navegando por los grandes bancos de Terranova —dijo— en un barco de gran solidez y belleza, una de esas nieblas densas que imperan en la zona redujo considerablemente nuestra visibilidad, aunque fuera de día; y por la noche se volvió tan espesa que apenas podíamos distinguir un objeto a dos esloras. Dejé una luz en el tope del palo y un vigía pendiente de los pesqueros que acostumbran echar el ancla en los bancos. Soplaba una alegre brisa y nos deslizábamos veloces por el agua. De pronto el vigía dio la alarma con un «¡Vela a proa!», que gritó apenas unos segundos antes de que chocáramos. Era una pequeña goleta fondeada, que estaba de costado. La tripulación dormía y había cometido el descuido de no izar una luz. Le dimos justo en el través. La violencia del golpe, el tamaño y el peso de nuestro barco la sumergieron bajo las olas; pasamos por encima y nos alejamos impulsados a mayor velocidad. Mientras la goleta se hundía debajo de nosotros, alcancé a ver dos o tres desdichados, medio desnudos, que salían corriendo de la cabina; acababan de saltar de su cama para ser tragados por las olas. Sus gritos, al ahogarse, se mezclaron con el viento; la racha que los trajo hasta nosotros nos alejó demasiado para seguir oyéndolos. ¡Nunca olvidaré aquellos gritos! Nos costó bastante virar, ¡íbamos tan deprisa! Regresamos al lugar donde, según nuestros cálculos, el pesquero estaba fondeado. Lo buscamos varias horas entre la densa niebla. Disparamos algunos cañonazos, y aguzamos el oído por si algún superviviente pedía auxilio; pero reinaba el silencio, y nunca volvimos a saber de ellos.

Reconozco que estas historias, durante un tiempo, pusieron fin a mis hermosas fantasías. La tormenta se recrudeció por la noche. En el mar se desató una tremenda confusión. Se oía el estruendo lúgubre y terrible del

fuerte oleaje. Un abismo llama a otro[6]. A veces la gran masa de nubes negras parecía saltar en pedazos con los relámpagos que se agitaban entre las crestas de espuma, y volvían doblemente terrible la oscuridad que se abatía luego. Las olas, semejantes a montañas, repetían y prolongaban el bramido de los truenos, que retumbaban sobre la inmensidad del furioso océano. Al ver cómo el barco se balanceaba y hundía la proa entre aquellas cavernas rugientes, parecía un milagro que recuperara el equilibrio y conservara la flotabilidad. Sus vergas se sumergían en el agua; su proa estaba casi sepultada bajo el oleaje. De vez en cuando una ola gigantesca parecía a punto de volcarlo, y solo un hábil movimiento del timón impedía la catástrofe.

Cuando me retiré al camarote, aquella terrible escena siguió haciéndome compañía. Los silbidos del viento en la jarcia semejaban lamentos funerarios. El crujido de los mástiles, la tensión y el ronquido de los mamparos —mientras el barco avanzaba penosamente por un mar embravecido— eran aterradores. El estrépito de las olas que rompían en el costado del barco resonaba en mis oídos; como si la Muerte, furiosa con esta prisión flotante, buscara su presa: bastaría arrancar un clavo o abrir una grieta para dejarla entrar.

Un día radiante, sin embargo, con un mar en calma y una brisa favorable, ahuyentó enseguida todos esos pensamientos sombríos. En el mar, es imposible resistirse a la benéfica influencia del buen tiempo y de un bonito viento. Cuando el barco navega a todo trapo, con las velas hinchadas, deslizándose alegremente por las ondulantes olas, ¡qué majestuosa y gallarda es su estampa! ¡Qué autoridad parece tener sobre el líquido elemento!

Podría llenar un libro con las ensoñaciones de un viaje por mar, pues, en mi caso, estoy siempre enfrascado en ellas; pero ha llegado el momento de acercarse a la costa.

Una mañana hermosa y soleada, el emocionante grito de «¡Tierra!» se oyó desde la cofa. Solo quienes han vivido esta experiencia pueden imaginar el delicioso aluvión de sensaciones que se desencadena en un corazón americano la primera vez que ve Europa. Asocia tantas cosas con ese nombre. Es la tierra de promisión, ligada a cuanto escuchó en su niñez, y sobre la que tanto ha meditado en sus años de estudio.

Desde ese instante hasta el momento de la llegada reinó una excitación

febril. Los buques de guerra que merodeaban por la costa como gigantescos guardianes; los cabos de Irlanda, irrumpiendo en el canal; las montañas de Gales, alzándose imponentes hasta las nubes: todo nos parecía digno de interés. Mientras subíamos el río Mersey, escudriñé la costa con un telescopio. Mis ojos se deleitaron en la contemplación de las cuidadas casas, con sus arbustos podados y su césped verde. Vi las ruinas de una abadía invadida por la hiedra, y la aguja de una pequeña iglesia sobre la cima de una colina cercana. Todo era típicamente inglés.

El viento y la marea eran tan favorables que el barco entró directamente al muelle. Estaba abarrotado de gente; unos eran meros espectadores, otros esperaban impacientes a sus amigos o familiares. Pude distinguir al consignatario. Lo reconocí por su ceño fruncido y su aire inquieto. Con las manos en los bolsillos, silbaba pensativo y caminaba de un lado para otro por un pequeño espacio que la multitud le había cedido, por deferencia, debido a su importancia momentánea. Se repitieron vítores y saludos entre tierra firme y el barco, mientras los amigos se buscaban con la mirada. Me fijé especialmente en una joven vestida con sencillez, pero de figura y ademanes interesantes. Se inclinaba hacia delante entre la multitud; su mirada recorrió el barco mientras atracaba, tratando de encontrar una cara muy querida. Parecía triste y decepcionada cuando oí una voz muy débil que la llamaba. Era de un pobre marinero que había enfermado durante la travesía, y había despertado la simpatía de cuantos íbamos a bordo. Con el buen tiempo, sus compañeros le extendían un colchón en un rincón sombreado de cubierta, pero había empeorado tanto últimamente que no se movía de su hamaca; su único deseo, susurraba, era ver a su mujer antes de morir. Le habían sacado a cubierta mientras navegábamos río arriba, y ahora se apoyaba en un obenque, tan pálido y demacrado que no era de extrañar que ni la mirada del amor lo reconociera. Pero, al oír su voz, los ojos de ella se clavaron en su rostro, y leyeron en el acto un enorme sufrimiento; la joven dio un grito apenas perceptible, y se retorció las manos, presa de una silenciosa desesperación.

Todo eran prisas y ajetreo. El encuentro entre conocidos, los saludos de los amigos, las consultas de los hombres de negocios… Yo era el único que estaba solo y no hacía nada. Ningún amigo me esperaba, nadie vendría a darme la bienvenida. Pisé la tierra de mis antepasados, pero me sentí un

extranjero en ella.

El naufragio del Ariel

(fragmento de *El piloto*)
James Fenimore Cooper
(1823)

Traducción: Marta Salís

JAMES FENIMORE COOPER (1789-1851) nació en Burlington, Nueva Jersey, el penúltimo de doce hijos. Creció en Cooperstown, una colonia en el interior del estado de Nueva York, fundada por su padre. Después de estudiar tres años en la Universidad de Yale, se enroló de marinero en un barco mercante, el Stirling, y más tarde se alistó en la Marina, que abandonaría en 1811. Estas experiencias le ayudarían a escribir una serie de novelas ambientadas en el mar —*El piloto* (1823), *The Red-Rover* (1827), *The Water-Witch* (1830), *The Two Admirals* (1842), *Wing-and-Wing* (1842), *Ned Myers* (1843), *Afloat and Ashore* (1844), *Miles Wallingford* (1844) y *The Sea Lions* (1849)— que, con su idealización romántica y su vigor, abrieron un camino nuevo que culminaría el *Moby Dick* de Melville. En *El piloto* aparece por primera vez en la escena marítima el espíritu de lord Byron y de Walter Scott, que darían un giro a la visión del mar en la literatura norteamericana. Entre sus demás obras cabe destacar los *Leatherstocking Tales*, cinco novelas que narran las aventuras del explorador Natty Bumppo, uno de los personajes más famosos de la literatura estadounidense; *El último mohicano* (1826) sería la más famosa. El autor pasó los últimos años de su vida en Cooperstown, donde murió.

El piloto (The Pilot), ambientada en la revolución norteamericana, se publicó en dos volúmenes el 29 de diciembre de 1823 (Charles Wiley ed., Nueva York).

El naufragio del Ariel

(fragmento de *El piloto*)

El Ariel siguió luchando contra los vientos y el océano varias horas, antes de que despuntara el día y los angustiados marineros pudieran darse cuenta realmente del peligro que corrían. A medida que arreciaba el temporal, fueron quitando trapo poco a poco, hasta que solo quedó el indispensable para evitar que la goleta se dirigiera, impotente, contra la costa. Mientras amanecía lentamente, el comandante Barnstable examinó el cielo con una inquietud que denotaba cómo los presentimientos del contramaestre habían dejado de parecerle exagerados. A barlovento, contempló las masas de agua verde, coronadas de espuma, que se abalanzaban sobre la costa con una violencia incontenible; y el aire parecía llenarse de brillantes piedras preciosas cuando los rayos del sol naciente iluminaban los rociones entre ola y ola. Hacia tierra, la visión era aún más aterradora. Los acantilados, a menos de dos millas a sotavento de la goleta, desaparecían a veces, casi por completo, tras las pirámides de agua que el furioso elemento, al ver su violencia inesperadamente reprimida, lanzaba a gran altura por los aires, como si quisiera rebasar los límites que la naturaleza había puesto bajo su dominio. Toda la costa, desde el lejano cabo del sur hasta los escollos bien conocidos que se extendían más allá de su rumbo, en dirección contraria, mostraba un ancho cinturón de espuma, que sin duda habría destruido el barco más majestuoso que se hubiera adentrado en él.

El Ariel seguía flotando sobre las olas, grácil y a salvo, aunque, cediendo al impulso de las aguas, bajara a veces al fondo de un abismo que parecía entreabrirse para tragárselo. El quedo rumor del inminente peligro se había corrido por la goleta; y los marineros, después de mirar con desesperanza las escasas velas con que podían enfrentarse a la tempestad, se volvían para contemplar la línea lóbrega de la costa, que parecía ofrecer una alternativa tan poco alentadora. Incluso Dillon[7] se enteró del peligro que les amenazaba; se arrastró fuera de su escondite en la cabina, y subió a cubierta sin que nadie lo advirtiera, devorando con oídos ávidos las opiniones que salían de labios de los hoscos marineros.

En aquel momento de confusión general, Tom Coffin[8], el contramaestre, mostraba una resignación encomiable. Sabía que habían hecho todo lo humanamente posible por alejar el velero de tierra, y, para sus ojos experimentados, era evidente que no había servido de nada; pero, como se consideraba una parte del Ariel, estaba dispuesto a afrontar su mismo destino, fuera cual fuera. El abatimiento que reflejaba el rostro sincero de Barnstable no estaba en absoluto vinculado a su persona, sino a esa especie de responsabilidad paterna que asume todo comandante. La disciplina de la tripulación, sin embargo, continuaba inquebrantable. Es cierto que un par de marineros de los más viejos dejaron entrever su intención de ahogar en alcohol su temor a la muerte; pero Barnstable les conminó a entregar sus pistolas en un tono que frenó la iniciativa, y, aunque él no llegó a tocarlas, su criado las dejó a la vista sobre el cabrestante. Ése fue el único gesto de insubordinación entre sus leales tripulantes. Incluso parecían dedicar una atención desmedida, o así lo creería alguien de tierra firme, a las tareas más insignificantes; y unos hombres que, a todas luces, deberían destinar sus últimos momentos a preparar la hora suprema estaban enfrascados en los detalles más triviales. Adujaban los cabos, y reparaban los pequeños desperfectos ocasionados por las olas que barrían a cada instante la cubierta del Ariel, con el mismo cuidado y precisión que si el barco siguiera fondeado en el puerto del que acababa de zarpar. De ese modo, la autoridad extendía su brazo sobre la silenciosa tripulación, no con el vano deseo de conservar el ejercicio, ya inútil, del poder, sino con miras a mantener esa camaradería que podía aún proporcionarles un último rayo de esperanza.

—El Ariel no puede navegar contra este mar, con tan poco trapo —dijo Barnstable con pesimismo, dirigiéndose al contramaestre, que, con los brazos cruzados y un aire de fría resignación, se balanceaba en el borde del castillo de proa mientras la goleta parecía a punto de ser tragada por las olas—. El pobre tiembla como un niño asustado cuando se topa contra el agua.

Tom suspiró, y movió la cabeza antes de contestar:

—Si hubiéramos aguantado una hora más la gavia del palo mayor, habríamos logrado mantener la distancia a tierra y alejarnos a barlovento de los bajos; pero en esta situación, señor, ningún ser humano podría conseguir que un barco ganase barlovento. Nos vamos sin remedio contra la costa, y estaremos en los rompientes en menos de una hora, a menos que Dios quiera que el viento deje de soplar.

—Nuestra única esperanza es echar el ancla; puede que eso nos salve.

Tom se volvió hacia su comandante, y respondió solemnemente, y con esa seguridad que solo puede mostrar un hombre de dilatada experiencia en los momentos de grave peligro:

—Si engrilletáramos la más pesada de nuestras anclas, este mar se la llevaría aunque solo estuviera aguantando el bote auxiliar. Un temporal del nordeste en el mar del Norte tiene que remitir por sí solo; y el fuerte viento no amainará hasta que el sol ilumine la tierra con sus rayos. Entonces se calmará; pues a menudo los vientos parecen reverenciar demasiado el esplendor de los cielos para soplar tenaces en su presencia.

—Hemos de cumplir nuestro deber con la patria y con nosotros —dijo Barnstable—; vamos, que junten las dos anclas de proa y amarren una estacha al anclote. Echaremos las dos anclas al mismo tiempo, y viraremos doscientas cuarenta brazas. Es posible que funcione. Que preparen la maniobra de fondeo, y echen abajo los mástiles; así el viento solo azotará el casco desnudo.

—Ay, si el viento fuera nuestro único enemigo, podríamos vivir aún cuando el sol se ocultara tras esas montañas —exclamó el contramaestre—; pero ¿qué estacha es capaz de resistir la tensión de un barco sumergido casi siempre hasta el trinquete?

La tripulación, sin embargo, ejecutó la orden con una especie de sumisión desesperada a la voluntad de su comandante. Cuando se ultimaron los

preparativos, echaron las anclas y el anclote a fondo, y, en el mismo instante en que el Ariel se aproó al viento, cortaron con hachas lo poco que quedaba de sus altos e inclinados mástiles. El estruendo de la arboladura al caer sobre la cubierta no pareció impresionar a nadie en medio de aquella escena tan endiablada de peligro; y los marineros continuaron en silencio la tarea estéril de limpiar el barco de aquellos restos. Todos siguieron con la vista los maderos que se alejaban flotando, arrastrados por las olas, a fin de presenciar, con una especie de curiosidad febril, el efecto de su colisión con aquellas rocas tan pavorosamente cercanas; pero mucho antes de que pudieran adentrarse en el ancho cinturón de espuma, éstos desaparecieron bajo las furiosas aguas. Toda la tripulación del Ariel comprendió entonces que acababan de adoptarse las últimas medidas para su salvación; y, cada vez que el barco se sumergía con violencia en el seno de unas olas que inundaban el castillo de proa, los angustiados marineros creían ver cómo cedía el hierro que aún se agarraba al fondo, u oían el estrépito al romperse de los filamentos del cabo que aún los mantenía unidos a las anclas. Mientras los tripulantes se vieron ofuscados por las falsas esperanzas que alentaban los movimientos de la goleta, Dillon deambuló por el barco sin que nadie se fijara en él; su expresión inquieta, su respiración jadeante y sus puños apretados pasaron desapercibidos para aquellos hombres cuya única inquietud era encontrar el modo de salvarse. Pero, cuando en el frenesí de la desesperación, arrastrado por las olas que barrían la cubierta, osó acercarse al grupo de marineros congregado junto al cañón del contramaestre, la mirada de ferocidad y rencor inquebrantable que éstos le lanzaron entrañó una amenaza que él estaba demasiado perturbado para comprender.

—Si está cansado de este mundo —le dijo Tom, cuando en uno de los bandazos pasó a su lado—, aunque no creo que ni usted ni yo sigamos mucho tiempo en él, no tiene más que acercarse a los marineros; pero, si necesita unos instantes para arrepentirse de su conducta antes de ser llevado ante su Creador, y escuchar el cuaderno de bitácora del cielo, le aconsejaría que se quedara lo más cerca posible del capitán Barnstable o de mí.

—¡Prométame que me salvará si naufragamos! —exclamó Dillon, aferrándose a las primeras palabras amables que le habían dirigido desde su captura—. Si lo hace, me encargaré de que viva con holgura; sí, será rico el

resto de su vida.

—Ha incumplido usted demasiadas promesas para la paz de su alma —respondió el contramaestre, sin resentimiento aunque con severidad—; pero no seré yo quien golpee a una ballena que se desangra.

Las súplicas de Dillon se vieron interrumpidas por un grito de horror que se elevó entre los hombres a proa, y que pareció aún más terrible en el fragor de la tempestad. Acto seguido, la goleta se alzó sobre la cresta de una ola y, cayendo de través a la mar, fue arrastrada hacia el acantilado, como una burbuja en los rápidos de una catarata.

—Se ha partido el fondeo —dijo Tom, sin que flaqueara su paciencia ni su resignación—; pero ¡haremos que el fin del Ariel sea lo más dulce posible!

Mientras hablaba, cogió la caña y puso el rumbo adecuado para embestir las rocas con la proa.

La angustia infinita que reflejó el rostro moreno de Barnstable no tardó ni un segundo en desvanecerse; el capitán habló con energía y decisión a sus hombres:

—Tranquilos, muchachos, no perdáis la calma; aún *podéis* salvaros: nuestro poco calado nos permitirá acercarnos a la costa, y todavía está bajando la marea. Tened los botes listos, y estad preparados.

La tripulación de la ballenera, saliendo de una especie de letargo al oír estas palabras, saltó al interior del ligero bote, que fue arriado en un momento, y empezó a cabalgar sobre la espuma sin golpear el costado de la goleta gracias al esfuerzo titánico de sus hombres. Llamaron al contramaestre con gritos unánimes; pero Tom movió la cabeza, en silencio, sin soltar la caña, y con la vista clavada en las caóticas aguas que les aguardaban. El otro bote, el más grande de los dos, fue soltado de los pescantes; y el bullicio y ajetreo del momento impidió que sus tripulantes fueran conscientes del horror de la escena que los rodeaba. Pero la voz atronadora del contramaestre: «¡Cuidado, agarraos fuerte!», les hizo detenerse; y el Ariel fue arrastrado por una ola que estrelló su quilla contra los rompientes. El golpe fue tan violento que arrojó al suelo a cuantos desatendieron el grito de advertencia, y el temblor que invadió la goleta fue como la convulsión final de una naturaleza viva. Los marineros menos experimentados creyeron que el peligro había pasado el tiempo que tardaron en recobrar el aliento; pero una ola

descomunal siguió a la que acababa de azotarles, y, levantando el velero de nuevo, lo lanzó aún más lejos sobre el lecho de rocas mientras la cresta rompía sobre su aleta, barriendo la cubierta con una furia casi incontenible. Los temblorosos marineros vieron cómo el bote que acababan de soltar era arrancado de sus manos y se estrellaba contra el pie del acantilado, donde no quedó ni un fragmento de él cuando las aguas se retiraron. Pero la gigantesca ola dejó el Ariel en una posición que, en cierto modo, protegió sus cubiertas de la violencia de sus sucesoras.

—Vamos, muchachos, tenéis que marcharos —dijo Barnstable, en cuanto pasó el momento de terrible incertidumbre—; aún tenéis la ballenera, que os llevará, al menos, cerca de la costa; embarcad en ella, muchachos. Que Dios os bendiga, que Dios os bendiga a todos. Habéis sido leales y honrados, y estoy seguro de que no os abandonará; salid, amigos míos, en este momento de calma.

Los marineros saltaron, en una masa de cuerpos humanos, al interior de la ligera embarcación, que estuvo a punto de hundirse con aquel peso inusitado; pero, cuando miraron a uno y otro lado, se dieron cuenta de que Barnstable, Merry, Dillon y el contramaestre seguían en la cubierta del Ariel. El primero paseaba con aire melancólico, quizá no exento de amargura, por las tablas empapadas de la goleta, mientras el joven cadete, cogiéndole del brazo, le suplicaba inútilmente que abandonara el barco. Dillon se aproximó varias veces al costado donde estaba la ballenera, pero la expresión amenazadora de sus tripulantes le obligó siempre a alejarse desesperado. Tom se había sentado en el talón del bauprés, donde continuaba en silencio con aspecto resignado; y su única respuesta a los gritos y llamadas de sus compañeros de a bordo fue señalarles la costa con la mano.

—Escúcheme bien —dijo el cadete, con los ojos llenos de lágrimas—; si no lo hace por mí, ni por usted, señor Barnstable, ni por la esperanza en la misericordia divina, salte a la ballenera por el amor de mi prima Katherine.

El joven teniente interrumpió su atribulado paseo, y, contemplando los acantilados, pareció dudar; pero al instante miró los restos del Ariel, y contestó:

—Jamás, Merry, jamás; si ha llegado mi hora, afrontaré mi destino.

—Escuche los gritos de sus hombres, señor. No piensan marcharse sin

usted, y el bote se destrozará contra el costado de la goleta.

Barnstable le indicó con un gesto que se subiera en la ballenera, y se alejó en silencio.

—Bueno —dijo Merry con firmeza—, si es el deber de un teniente quedarse en su barco cuando se hunde, lo mismo ocurre con un cadete. Vamos, márchense; ni el señor Barnstable ni yo abandonaremos la goleta.

—Muchacho, tu vida me ha sido confiada, y soy responsable de ella —exclamó su comandante, levantando al joven a la fuerza y tirándolo en brazos de los marineros—. Marchaos ya, y que Dios vele por vosotros; el bote está demasiado cargado para llegar sin peligro a tierra.

Aun así, los marineros vacilaron al ver que el contramaestre se acercaba con paso firme; quizá hubiera cambiado de parecer, y convenciese al teniente de que se uniera a su tripulación. Pero Tom, siguiendo el ejemplo de su comandante, agarró a Barnstable bruscamente y lo arrojó por la borda con una fuerza sobrehumana. Al mismo tiempo, liberó el bote soltando el pasador que lo fijaba, y, elevando sus grandes manos al cielo, exclamó en medio de la tempestad:

—En lo que respecta a mí, ¡hágase la voluntad de Dios! Vi poner la primera tabla del Ariel, y viviré lo suficiente para verla desaparecer de su casco; después, no quiero vivir más.

Pero, antes de que pronunciara la mitad de estas palabras, sus compañeros se vieron arrastrados demasiado lejos para oírlas. La ballenera resultaba imposible de gobernar, por la carga que llevaba, así como por la furia del oleaje; y la última vez que Tom vio la pequeña embarcación que tanto amaba ésta se elevaba sobre la cresta de una ola. Luego cayó en picado, e instantes después sus restos se convirtieron en astillas al estrellarse contra las rocas más cercanas. El contramaestre seguía en el lugar donde había largado la amarra, y contempló los numerosos brazos y cabezas que aparecían en la superficie, a escasos intervalos: unos se dirigían con un esfuerzo titánico hacia la playa, que empezaba a vislumbrarse a medida que bajaba la marea; otros daban vueltas enloquecidas, en el frenesí de la impotencia y la desesperación. El leal marinero dio un grito de alegría cuando vio que Barnstable salía del mar, arrastrando a Merry sano y salvo hasta la arena, seguido de varios hombres tan empapados y exhaustos como ellos. Muchos

otros tripulantes llegaron de un modo similar hasta la orilla; pero, cuando Tom volvió a su asiento en el bauprés, no pudo evitar que sus ojos vieran con horror los cuerpos sin vida de algunos de sus compañeros, lanzados contra las rocas con una furia que pronto no dejo en ellos casi el menor vestigio de forma humana.

A bordo de la goleta que se hundía no quedaban más que Dillon y el contramaestre. El primero presenció, sumido en una especie de sopor desesperado, la escena que acabamos de relatar; pero, cuando la sangre solidificada volvió a circular por su corazón, se acercó muy despacio a Tom con ese sentimiento de egoísmo que vuelve más soportable una desgracia sin remedio cuando otro la comparte.

—Cuando la marea baje —dijo, con una voz que traicionaba el miedo que le atenazaba, aunque sus palabras mostraran un renacimiento de la esperanza —, podremos ir andando hasta la orilla.

—Solo ha existido un Ser, un único Ser, bajo cuyos pies el agua era tan firme como la cubierta de un barco —respondió el contramaestre—; y sería necesario todo su poder para caminar sobre esas rocas hasta la arena.

El viejo lobo de mar hizo una pausa, y volviendo sus ojos, que reflejaban una mezcla de desprecio y de compasión, a su compañero, añadió con un profundo respeto:

—Si usted hubiera pensado en Él cuando hacía buen tiempo, sería menos digno de lástima en la tempestad.

—¿Sigue creyendo que el peligro es grande? —preguntó Dillon.

—Solo para quienes tienen motivos para temer la muerte. ¡Escuche! ¿Oye ese ruido hueco bajo los pies?

—¡Es el viento que azota el barco!

—Es el pobre Ariel —dijo el contramaestre, conmovido— que da sus últimos gemidos. El agua está rompiendo sus cubiertas, y dentro de unos minutos, el velero más hermoso que ha surcado jamás los mares ¡será como las astillas que caen de sus cuadernas cuando se conforman!

—¿Por qué, entonces, se ha quedado a bordo? —gritó Dillon, trastornado.

—Para morir en mi ataúd si ésa es la voluntad de Dios —respondió Tom —. Estas olas son para mí lo que la tierra es para usted. Nací sobre ellas, y siempre he deseado que fueran mi sepultura.

—Pero yo… ¡no estoy preparado para morir! —exclamó Dillon—. ¡No puedo morir! ¡No voy a morir!

—Pobre desgraciado —murmuró el contramaestre—; tendrá que irse al otro mundo como los demás. Cuando a uno le llega su hora, no se puede eludir la llamada.

—Sé nadar —añadió Dillon, abalanzándose sobre el costado del barco—. ¿No hay ninguna tabla, ningún cabo, que pueda llevarme?

—No. O lo hemos cortado, o se lo ha llevado el mar. Si va a luchar por su vida, llévese un corazón decidido y una conciencia inmaculada, y confíe el resto a Dios.

—¿A Dios? —repitió Dillon, presa de la enajenación—. ¡No conozco a ningún Dios! ¡No hay ningún Dios que me conozca!

—¡Silencio! —exclamó el contramaestre, con una voz profunda que pareció surgir de los elementos—. ¡Silencio, blasfemo!

Los fuertes crujidos de la tablazón del Ariel, batido por el oleaje, aumentaron la desesperación y el pánico de Dillon, que se arrojó de cabeza al mar.

El agua, que las olas empujaban con violencia hasta la playa, retrocedía inexorable al océano, formando remolinos en distintos lugares. Dillon, sin saberlo, se tiró en el borde de uno de ellos, junto a las mismas rocas en que había encallado la goleta, y que los barqueros llamaban «el vórtice»; y, cuando las olas le separaron un poco del barco, fue arrastrado por una corriente impetuosa a pesar de sus esfuerzos desesperados. Era un buen nadador, ligero y vigoroso, y su combate fue duro y prolongado. Con la costa justo delante de sus ojos, y a muy poca distancia, fue como si una falsa aparición le empujara a seguir luchando, aunque no sirviera de nada. El contramaestre, que al principio había seguido sus movimientos con total indiferencia, comprendió con una mirada rápida el peligro que corría, y, olvidando su propio destino, gritó tan fuerte que no solo le oyó la víctima que se enfrentaba al oleaje, sino también sus camaradas en la playa:

—¡Nade hacia la izquierda y salga del remolino! ¡Vaya hacia el sur!

Dillon estaba demasiado aterrorizado para entender su consejo; pero lo siguió ciegamente, y poco a poco cambió de dirección, hasta que su rostro volvió a mirar el Ariel. La corriente lo empujó lateralmente hacia las rocas, y

quedó atrapado en un remolino, donde solo pudo entablar combate con las olas, cuya violencia interrumpía la goleta. En aquella situación, continuó luchando, pero sus fuerzas estaban demasiado maltrechas para vencer la resistencia que encontraba. Tom buscó un cabo a su alrededor, pero no encontró ninguno; todos habían sido arrojados al mar con la arboladura, o habían sido arrastrados por las olas. En aquel momento de desaliento, sus ojos se tropezaron con los del desamparado Dillon. Aunque el contramaestre era un hombre sereno y curtido, se llevó involuntariamente una mano a la cara, como si quisiera borrar la mirada de desesperación que leyó en ellos; y, cuando unos instantes después la retiró, vio cómo el cuerpo de la víctima se hundía poco a poco en el océano, sin cejar en su lucha, agitando —con regularidad pero sin fuerza— brazos y piernas en el agua para llegar al barco encallado, y conservar una existencia que había malgastado sin pensar en la eternidad.

«¡Pronto conocerá a su Dios, y sabrá que su Dios le conoce!», dijo para sí el contramaestre.

Y, mientras pensaba esto, el Ariel se rindió a un mar inclemente; y, tras una sacudida brutal, su estructura de madera se deshizo y fue arrastrada contra las rocas, con el cuerpo del cabal contramaestre entre sus despojos.

La historia del barco fantasma

Wilhelm Hauff
(1826)

Traducción: Isabel Hernández

WILHELM HAUFF (1802-1827) nació en Stuttgart, hijo de un jurisconsulto. Tras la muerte del padre, se trasladó con su madre y hermanos a Tubinga. Estudió Teología y Filosofía en esta ciudad, pero sus frecuentes lecturas y un viaje por el Rhin le llevaron por el camino literario. Al tiempo que empezó a escribir, trabajó como tutor de los hijos del barón von Hügel en Stuttgart. Animado por la señora Hügel, Hauff publicó su primer almanaque de cuentos en 1826. Este año sería clave para el joven poeta y escritor, pues dejaría su trabajo, viajaría por Europa, y escribiría las novelas *Lichtenstein,* inspirada en su admirado Walter Scott, *El hombre en la luna*, una parodia de las novelas sentimentales de su tiempo, y la inacabada *Memorias de Satán,* que recuerda a E. T. A. Hoffmann. En todas ellas hay reminiscencias de Tieck, de Jean Paul y de Brentano, los grandes románticos de la época, pero su originalidad da un toque especial a sus creaciones. En 1827 se convirtió en redactor del *Morgenblattes* de Cotta. Hauff murió unos días antes de cumplir veinticinco años. En 1928 se publicaría su tercer almanaque de cuentos, entre los que está «El corazón frío», su pieza más famosa y, según Hugo von Hoffmanstahl, el cuento más hermoso de la literatura alemana. Wilhelm Hauff es tan famoso y admirado en Alemania como Andersen o los hermanos Grimm.

«La historia del barco fantasma» («Die Geschichte von dem Gespensterschiff») fue escrito en 1825 y publicado en 1826, en su primer *Almanaque de cuentos para hijos e hijas de clases cultas*, e introduce en esta antología, con un sabor orientalista netamente romántico, el género fantástico asociado al mar.

La historia del barco fantasma

Mi padre tenía una pequeña tienda en Basora. No era ni rico ni pobre, sino una de esas personas que no se atreven a arriesgar nada, por miedo a perder lo poco que tienen. Me educó con sencillez y rectitud y pronto logró que estuviera en condiciones de ayudarlo. Justo cuando yo tenía dieciocho años, falleció tras haber cerrado su primer gran negocio, probablemente de pena por haber confiado al mar mil piezas de oro. Poco después tuve que considerarlo dichoso por haber muerto, porque a las pocas semanas llegó la noticia de que el barco al que mi padre había encomendado sus bienes se había hundido. Pero este accidente no logró doblegar mi ánimo juvenil. Convertí en dinero todo lo que me había dejado y me marché a probar suerte en el extranjero, acompañado únicamente por un viejo criado de mi padre que, por fiel lealtad, no quería separarse ni de mí ni de mi suerte.

En el puerto de Basora nos embarcamos con viento favorable. El barco en el que me había hecho a la mar se dirigía a la India. Llevábamos ya quince días navegando por la ruta habitual cuando el capitán nos anunció una tormenta. Puso cara de preocupación, pues al parecer no conocía suficientemente las aguas navegables de esa zona para hacer frente a una tormenta con calma. Mandó arriar todas las velas y seguimos avanzando lentamente. Se había hecho de noche, era clara y fría, y el capitán pensaba ya que se había equivocado en los indicios de tormenta. De repente, un barco que no habíamos visto antes pasó muy cerca del nuestro. Desde la cubierta llegaban unos gritos de furia, lo cual me causó no poco asombro en esos

angustiosos momentos previos a una tormenta. Pero el capitán que estaba a mi lado se puso pálido como un muerto.

—¡Mi barco está perdido! —exclamó—. ¡Ahí va la muerte!

Antes de haber podido siquiera preguntar qué significaba esta curiosa exclamación, los marineros se precipitaron sobre nosotros entre alaridos y gritos.

—¿Lo habéis visto? —gritaban—. ¡Ahora sí que estamos perdidos!

Sin embargo, el capitán ordenó leer pasajes edificantes del Corán y él mismo se puso al timón. Pero ¡en vano! La tormenta iba arreciando ostensiblemente y no había transcurrido siquiera una hora cuando el barco encalló y se detuvo. Se lanzaron botes al agua y, apenas habían logrado ponerse a salvo los últimos marineros, el barco se hundió ante nuestros ojos y yo quedé a la deriva como un mendigo. Pero la tragedia no terminó ahí. La tormenta se enfureció aún más, resultaba imposible dominar el bote. Yo me había abrazado bien fuerte a mi viejo criado, y nos prometimos no separarnos en ningún momento. Por fin se hizo de día. Pero con la primera luz del alba el viento volcó el bote en el que íbamos. No volví a ver jamás a ninguno de mis marineros. La caída me había aturdido y, cuando desperté, me hallaba en brazos de mi viejo y fiel criado, que se había salvado sobre el bote volcado y me había arrastrado con él. La tormenta había amainado. De nuestro barco no se veía rastro, pero no lejos de nosotros descubrimos otro barco hacia el que nos empujaban las olas. Al aproximarnos me di cuenta de que era el mismo que por la noche había pasado junto a nosotros y que tanto había asustado al capitán. Sentí un extraño pavor ante aquel barco. Lo que había dicho el capitán, que se había visto confirmado de forma tan atroz, el desolado aspecto del barco, en el que, por mucho que nos acercáramos, por muy alto que gritáramos, no aparecía nadie, todo ello me aterró. Pero era nuestra única salvación, de manera que alabamos al profeta por habernos salvado la vida tan milagrosamente.

De la proa colgaba una larga amarra. Remando con manos y pies nos dirigimos a ella para agarrarla. Finalmente lo logramos. De nuevo me puse a dar voces, pero el barco continuó en silencio. Trepamos entonces por la amarra, en primer lugar yo por ser el más joven. Pero ¡horror! ¡Qué espectáculo se ofreció a mi vista al pisar la cubierta! El suelo estaba teñido de

sangre, en él había unos veinte o treinta cadáveres con ropajes turcos, en el palo mayor había un hombre, ricamente ataviado, con el sable en la mano, pero con el rostro pálido y desfigurado, un gran clavo le atravesaba la frente y lo tenía sujeto al mástil: también él estaba muerto. El pánico aprisionaba mis pasos, apenas me atrevía a respirar. Finalmente mi acompañante subió también. A él le sorprendió de igual modo la visión de la cubierta en la que no había nada con vida, sino únicamente un montón de muertos. Por fin nos atrevimos a avanzar tras haber invocado al profeta en medio de nuestra angustia. A cada paso mirábamos a nuestro alrededor por si se ofrecía algún espectáculo nuevo, aún más terrible. Pero todo siguió como estaba. A lo largo y a lo ancho no había nada vivo más que nosotros y el océano. Ni siquiera nos atrevíamos a hablar en voz alta, por temor a que el capitán muerto, clavado al mástil, dirigiera sus ojos inmóviles hacia nosotros o a que alguno de los muertos volviera la cabeza. Al final llegamos a una escalera que conducía a la bodega. Sin querer nos detuvimos y nos miramos, pues ninguno se atrevía del todo a decir lo que pensaba.

—¡Oh, mi señor! —dijo mi fiel criado—. Aquí ha sucedido algo espantoso. Pero aunque el barco esté ahí abajo lleno de asesinos, prefiero entregarme a su gracia y a su inmisericordia antes que seguir más tiempo entre estos muertos.

Yo pensaba como él; sacamos fuerzas de flaqueza y bajamos expectantes. Pero, también allí reinaba un silencio sepulcral, y lo único que resonaba en la escalera eran nuestros pasos. Estábamos en la puerta del camarote. Pegué la oreja y escuché: no se oía nada. Abrí. El cuarto ofrecía un panorama de absoluto desorden. Ropas, armas y otros objetos yacían allí revueltos. Nada estaba en su sitio. La tripulación, o por lo menos el capitán, debía de haber estado bebiendo hacía poco, porque las cosas seguían aún por allí. Seguimos avanzando de aposento en aposento, de cámara en cámara; por todas partes hallamos magníficas reservas de seda, perlas, azúcar y demás. Yo estaba rebosante de alegría ante tal espectáculo, porque, dado que no había nadie en el barco, pensaba poder apropiarme de todo; pero Ibrahím me recordó que probablemente estábamos aún muy lejos de tierra, adonde no podríamos llegar solos y sin ayuda humana.

Nos deleitamos con las comidas y bebidas que encontramos en

abundancia y, al final, volvimos a subir a la cubierta. Pero allí la piel seguía poniéndosenos de gallina ante el terrible espectáculo de los cadáveres. Decidimos librarnos de ellos y arrojarlos por la borda. Pero ¡cuán aterrados nos sentimos al comprobar que no podíamos mover de su sitio a ninguno! Estaban como pegados al suelo por algún hechizo y habría sido necesario levantar el suelo de la cubierta para retirarlos, y para eso carecíamos de herramientas. Tampoco el capitán se dejaba despegar de su mástil; ni siquiera pudimos quitarle el sable de su mano rígida. Pasamos el día sumidos en tristes cavilaciones sobre nuestra situación y, al empezar a hacerse de noche, permití al viejo Ibrahím que se echara a dormir; yo mismo, sin embargo, quería hacer guardia en la cubierta por ver si había alguna salvación. Pero, cuando salió la luna y por las estrellas pude calcular que debían ser las once, se apoderó de mí un sueño tan imposible de resistir que, sin querer, me recosté detrás de un barril que había en cubierta. Pero era más sopor que sueño, pues podía oír claramente el mar golpeando el costado del barco y las velas crujiendo y silbando al viento. De repente creí oír voces y pasos en cubierta. Intenté incorporarme para mirar. Pero una fuerza invisible me atenazaba los miembros; ni siquiera podía abrir los ojos. Pero las voces se hicieron cada vez más claras; era como si una tripulación bien alegre anduviera por cubierta. De tanto en tanto me parecía oír la fuerte voz de un superior; también oí con claridad arriar e izar las velas. Poco a poco, sin embargo, fui perdiendo el sentido, caí en un sueño más profundo, en el que solo creí percibir un ruido de armas, y no desperté hasta que el sol, en lo alto, me quemaba en la cara. Asombrado miré a mi alrededor; la tormenta, el barco, los muertos y todo lo que había oído aquella noche me parecía un sueño, pues, cuando levanté la vista, lo encontré todo igual que el día anterior. Los muertos yacían inmóviles, inmóvil seguía el capitán en el mástil. Me reí de mi sueño y me puse en pie para buscar a mi viejo criado.

Estaba en el camarote, muy pensativo.

—¡Oh, mi señor! —exclamó al verme entrar—. Preferiría yacer en lo más profundo del mar antes que pasar otra noche en este barco embrujado.

Le pregunté por la causa de su preocupación y me respondió:

—Después de haber dormido unas horas, me desperté y tuve la sensación de que alguien iba de un lado a otro por encima de mi cabeza. Primero pensé

que seríais vos; pero eran al menos veinte personas las que andaban por arriba, y también escuché voces y gritos. Por último oí unos pasos que bajaban ruidosamente por la escalera. Yo no podía dominarme, solo de vez en cuando recuperaba la conciencia por momentos, y entonces vi al mismo hombre que está clavado al mástil sentado en aquella mesa, cantando y bebiendo; pero ese que está en el suelo no muy lejos de él vestido de escarlata estaba sentado a su lado y lo ayudaba a beber.

Eso fue lo que me contó mi viejo criado.

Podéis creer, amigos míos, que no me sentí nada bien, porque no era ninguna ilusión: yo también había oído perfectamente a los muertos. Navegar con semejante compañía me resultaba aterrador. Pero mi Ibrahím volvió a sumirse en hondas cavilaciones.

—¡Ya lo tengo! —exclamó finalmente; había recordado un ensalmo que le había enseñado su abuelo, un hombre muy experimentado, gran viajero, y que lo ayudaría contra cualquier fantasma o aparición. Afirmó asimismo que esa noche podría evitar ese sueño antinatural que nos había invadido si rezábamos con fervor algunos pasajes del Corán. La proposición del anciano me gustó. Con angustiosa expectación vimos acercarse la noche. Junto al camarote había un pequeño cuartito, decidimos resguardarnos allí. Hicimos varios agujeros en la puerta, lo suficientemente grandes para ver todo el camarote a través de ellos; luego cerramos la puerta lo mejor que pudimos e Ibrahím escribió el nombre del profeta por todos los rincones. De ese modo aguardamos los horrores de la noche. Debían de ser otra vez aproximadamente las once cuando empezó a atacarme un sueño terrible. Mi compañero me aconsejó entonces que rezara algunos pasajes del Corán, cosa que en verdad me ayudó. De repente arriba todo pareció cobrar vida; los cabos crujían, unos pasos recorrían la cubierta, y podían distinguirse con claridad varias voces. Llevábamos ya varios minutos de tensa espera cuando oímos algo que bajaba por las escaleras del camarote. Cuando el anciano lo oyó, empezó a recitar el ensalmo contra fantasmas y encantamientos que le había enseñado su abuelo:

Igual da si desde el éter bajáis,
si desde el fondo del mar os alzáis,
si en oscura cripta dormitáis,

o si desde el fuego llegáis:
vuestro amo y señor Alá es,
a él los espíritus deben obedecer.

He de confesar que yo no creía en absoluto en ese ensalmo, y los pelos se me pusieron de punta cuando la puerta se abrió de golpe. Entró aquel hombre alto y elegante, que había visto clavado al mástil. El clavo seguía atravesándole el cerebro, pero se había envainado el sable; tras él entró otro hombre, menos suntuosamente vestido, al que también había visto arriba en el suelo. El capitán, pues lo era sin duda alguna, tenía el rostro pálido, una gran barba negra y unos ojos que giraban furiosos, con los que recorrió todo el camarote. Pude verlo con toda claridad al pasar por delante de nuestra puerta, pero no pareció prestar atención al cuarto que nos ocultaba. Ambos se sentaron a la mesa que estaba en medio del camarote y comenzaron a hablar en voz alta, casi a gritos, en una lengua desconocida. El tono fue subiendo y encrespándose hasta que finalmente el capitán, con el puño cerrado, dio en la mesa un golpe que retumbó por todo el camarote. Con una terrible carcajada el otro se levantó de un salto y le hizo señas al capitán para que lo siguiera. Éste se puso en pie, desenvainó el sable y ambos salieron. Respiramos aliviados cuando se hubieron marchado, pero nuestro miedo estaba aún lejos de llegar a su fin. En la cubierta el ruido era cada vez mayor. Se oían carreras precipitadas de un lado para otro, gritos, risas y aullidos. Al final estalló un estrépito auténticamente infernal, tanto que creímos que la cubierta con todas sus velas se nos venía abajo, fragor de armas y gritos… pero de repente un profundo silencio. Cuando, al cabo de muchas horas, nos atrevimos a subir, lo encontramos todo exactamente igual que antes: ni uno solo había cambiado de posición. Todos estaban tiesos como un poste.

Así pasamos varios días en el barco; se dirigía siempre hacia el este, donde, según mis cálculos, debía haber tierra firme, pero aunque de día recorría muchas millas, de noche parecía siempre volver a desandarlas, porque una y otra vez nos encontrábamos en el mismo punto al salir el sol. No podíamos encontrar otra explicación más que cada noche los muertos navegaban hacia atrás con ayuda del viento. Para evitarlo, arriamos todas las velas antes de que se hiciera de noche, y utilizamos el mismo método que en la puerta del camarote; escribimos el nombre del profeta en pergamino y

también el ensalmito del abuelo, y lo atamos alrededor de las velas arriadas. Angustiados esperamos el resultado en nuestro cuartito. Esta vez los fantasmas parecían aún más fuera de sí; pero, en cualquier caso, a la mañana siguiente las velas seguían enrolladas, tal como las habíamos dejado. De día izábamos solo las necesarias para que el barco avanzara tranquilamente y, de ese modo, en cinco días recorrimos un buen trecho.

Finalmente, al amanecer del sexto día avistamos tierra a escasa distancia, y dimos gracias a Alá y a su profeta por nuestra milagrosa salvación. Ese día y la noche siguiente bordeamos una costa y a la mañana del séptimo creímos ver una ciudad a poca distancia; con gran esfuerzo lanzamos un ancla que tocó fondo de inmediato, echamos al agua un pequeño bote que había en cubierta y empezamos a remar con todas nuestras fuerzas rumbo a la ciudad. Al cabo de media hora entramos en un río que desembocaba en el mar y nos bajamos en la orilla. A las puertas de la ciudad preguntamos cómo se llamaba y nos dijeron que era una ciudad india, situada no muy lejos de la zona en la que yo me había propuesto embarcarme en un primer momento. Nos dirigimos a un caravasar para aliviarnos un poco de nuestro aventurado viaje. Allí mismo pregunté por algún hombre sabio e inteligente, dando a entender al posadero que me gustaría encontrar a alguno que supiera de hechizos. Me llevó a una calle apartada, a una casa modesta, llamó a la puerta y me hicieron entrar, indicándome que preguntara solo por Muley.

En el interior salió a mi encuentro un ancianito de barba cana y nariz larga y me preguntó qué deseaba. Le dije que iba buscando al sabio Muley, y me respondió que era él mismo. Le pedí entonces que me aconsejara qué hacer con los muertos y cómo proceder para sacarlos del barco. Me respondió que aquella gente del barco probablemente estaba hechizada en el mar por algún delito cometido; que creía que el hechizo se rompería si los llevábamos a tierra, pero que esto no se podría hacer más que desclavando todas las tablas sobre las que yacían. Que el barco con todos sus bienes me pertenecía por la gracia de Dios y por derecho, porque era yo quien lo había encontrado, pero que debía guardar el secreto y hacerle un pequeño regalo con mis riquezas; a cambio él me ayudaría con sus esclavos a sacar a los muertos. Le prometí recompensarlo generosamente y nos pusimos en camino con cinco esclavos provistos de sierras y hachas. De camino, el mago Muley no dejó de

alabar nuestra feliz idea de atar alrededor de las velas los pasajes del Corán.

Dijo que había sido la única forma de poder salvarnos.

Era aún bastante pronto cuando llegamos al barco. Todos nos pusimos a trabajar de inmediato y al cabo de una hora ya había cuatro en la barcaza. Algunos esclavos tuvieron que llevarlos a tierra remando para enterrarlos allí. Al regresar contaron que los cadáveres les habían ahorrado el esfuerzo de enterrarlos, puesto que, tan pronto como los hubieron depositado en tierra, se habían desintegrado. Continuamos liberando a los muertos con las sierras y antes de que se hiciera de noche ya los habíamos llevado a todos a tierra. Al final solo quedaba a bordo el que estaba clavado al mástil. En vano tratamos de sacar el clavo de la madera, pero no había fuerza capaz de moverle ni un solo pelo. Yo no sabía qué hacer; no era posible cortar el mástil para llevarlo a tierra. Pero Muley nos sacó del apuro. Rápidamente mandó a la orilla a un esclavo para que trajera un recipiente con tierra. Cuando lo tuvo, el mago pronunció unas misteriosas palabras y lo vació sobre la cabeza del muerto. Al instante éste abrió los ojos, respiró profundamente y la herida del clavo empezó a sangrarle en la frente. Entonces extrajimos el clavo sin dificultad y el herido se desplomó en brazos de uno de los esclavos.

—¿Quién me ha traído hasta aquí? —dijo cuando pareció haberse recuperado un poco.

Muley me señaló y yo me acerqué a él:

—Te lo agradezco, forastero desconocido, me has liberado de largos tormentos. Hace cincuenta años que mi cuerpo navega por estas olas y mi espíritu estaba condenado a volver a él cada noche. Pero ahora mi cabeza ha tocado la tierra y ya puedo irme tranquilo con mis ancestros.

Le pedí que nos contara cómo había llegado a esa terrible situación y dijo:

—Hace cincuenta años yo era un hombre respetado y poderoso y vivía en Argel; el afán de lucro me empujó a equipar un barco y darme a la piratería. Llevaba ya un tiempo dedicándome a este negocio cuando un día, en Zante, acogí a bordo a un derviche que quería viajar de balde. Mis compañeros y yo éramos gente burda y no respetábamos mucho al santo varón, yo mismo incluso me burlaba de él. Pero, como en una ocasión, en un rapto de sagrado fervor, me reprochara lo pecaminoso de mi vida, se apoderó de mí la ira una noche en que había estado bebiendo mucho en mi camarote junto con mi

timonel. Furioso por lo que me había dicho aquel derviche, y que yo no hubiera consentido que me dijera siquiera un sultán, subí a cubierta a toda prisa y le hundí mi puñal en el pecho. Moribundo nos maldijo a mí y a mi tripulación a no poder morir ni vivir hasta que nuestras cabezas rozaran la tierra. El derviche murió y lo arrojamos al mar burlándonos de sus amenazas. Pero aquella misma noche se cumplieron sus palabras. Una parte de mi tripulación se rebeló contra mí. Luchamos con furia denodada hasta que mis partidarios sucumbieron y a mí me clavaron al mástil. Pero también los rebeldes sucumbieron a sus heridas y mi barco fue pronto una inmensa tumba. También a mí se me turbó la vista, me quedé sin aliento y creí morir. Pero era solo una rigidez que me tenía atado; la noche siguiente, a la misma hora a la que habíamos arrojado al derviche al mar, todos mis camaradas y yo despertamos: la vida había vuelto, pero no podíamos hacer ni decir nada más que lo que habíamos dicho y hecho aquella noche. Así llevamos cincuenta años navegando, no podemos vivir ni morir, pues ¿cómo podríamos llegar a tierra? Con loca alegría navegábamos siempre a toda vela hacia cualquier tormenta, porque esperábamos estrellarnos contra un escollo y que nuestras fatigadas cabezas descansaran por fin en el fondo del mar. No lo conseguimos. Sin embargo, ahora voy a morir. ¡Gracias otra vez, mi desconocido salvador! ¡Si los tesoros pueden recompensarte, toma mi barco como símbolo de mi gratitud!

Justo después de acabar de hablar el capitán inclinó la cabeza y expiró. Él también se convirtió enseguida en polvo, igual que sus compañeros. Lo recogimos en una cajita y lo enterramos en tierra; de la ciudad, no obstante, me llevé a algunos trabajadores que dejaron mi barco en óptimas condiciones. Tras haber intercambiado por otras con gran beneficio las mercancías que tenía a bordo, recluté a algunos marineros, colmé de regalos a mi amigo Muley y me embarqué rumbo a mi patria. Pero di un rodeo, haciendo escala en muchas islas y países para llevar mis mercancías al mercado. El profeta bendijo mi empresa. Al cabo de nueve meses volví a entrar en Basora, tan rico como me había hecho el moribundo capitán. Mis conciudadanos se asombraron de mis riquezas y de mi suerte, y simplemente creían que había encontrado el valle de los diamantes del célebre marino Simbad. Dejé que lo creyeran, pero a partir de ese momento los jóvenes de

Basora, apenas han cumplido los dieciocho años, tienen que salir a recorrer el mundo para hacer fortuna, igual que yo. Yo, sin embargo, viví tranquilo y en paz, haciendo cada cinco años un viaje a La Meca para agradecer al Señor en lugar sagrado sus bendiciones y rezar para que acogiera en el paraíso al capitán y su gente.

Recuerdos de un capitán negrero

(fragmento de *Recuerdos del capitán Hugh Crow de Liverpool*)
Hugh Crow
(1830)

Traducción: Marta Salís

HUGH CROW (1765-1829) nació en Ramsey, en la isla de Man, en el seno de una familia de comerciantes. Perdió el ojo derecho en su infancia, y a los quince años empezó a trabajar con un carpintero de ribera. Se embarcó a los diecisiete, y, aunque al principio estaba lleno de «prejuicios» —según sus palabras— contra el tráfico de esclavos, en 1790 aceptó el puesto de segundo oficial en el Elizabeth, un barco negrero. En total haría trece viajes dedicado a este comercio, los últimos siete como capitán, a lo largo de diecisiete años; y es muy posible que, al mando del Kitty Amelia, su barco fuera el último en salir de África Occidental con un cargamento de esclavos. Cuando en 1807 el Parlamento británico aprobó la Ley para la Abolición del Comercio de Esclavos (una ley que puso fin al comercio de esclavos en el Reino Unido, pero no a la esclavitud en sí; para eso habría que esperar hasta la Ley de Abolición de Esclavitud de 1883), Crow, que había ganado una fortuna, se retiró y compró una finca en su ciudad natal. En 1817 se trasladó a Liverpool, donde escribiría sus memorias, un documento excepcional para entender el debate sobre la esclavitud que se libró en el siglo XVIII.

Recuerdos del capitán Hugh Crow de Liverpool (*Memoirs of Captain Hugh Crow, of Liverpool*) fue publicado en 1830, un año después de su muerte, tanto en Londres (Longmans) como en Liverpool (G. y J. Robinson).

Recuerdos de un capitán negrero

(fragmento de *Recuerdos del capitán Hugh Crow de Liverpool*)

En aquel entonces recibí varias ofertas para viajar de segundo oficial a la costa africana, pero, como muchos otros, no me había desembarazado de mis prejuicios contra ese comercio: la mera palabra «esclavo» me inspiraba aversión, sin darme cuenta de que en esa época yo era tan esclavo como el que más; y, aunque no fuera un contrato ventajoso, acepté embarcarme como segundo oficial en el Elizabeth, el primer barco que zarpaba rumbo a Jamaica.

Nos hicimos a la mar en noviembre de 1789, bajo las órdenes del capitán Innes. En una tempestad en el Canal de la Mancha, y mientras arriábamos las vergas del juanete, hacia las dos de la madrugada, uno de nuestros marineros, un joven excelente llamado M'Cauley, se cayó desde la cruceta al mar, que estaba muy embravecido. El barco navegaba muy deprisa; y, entre el estruendo del viento y de las olas pudimos oír con claridad los gritos del infortunado que se ahogaba. Nuestra aflicción resultará fácil de imaginar, pues no podíamos prestarle la menor ayuda, debido a la oscuridad y a la violencia del temporal.

Después de cruzar el golfo de Vizcaya, el tiempo súbitamente mejoró, aunque diluviara. Cuando dejó de llover, acudimos todos a cubierta para presenciar uno de los fenómenos atmosféricos más asombrosos que he visto nunca. La superficie del mar, hasta el horizonte, era como una lámina de fuego. Nadie a bordo había contemplado antes semejante prodigio, y

dedujimos que era el efecto de la lluvia torrencial sobre un mar espejeante.

Mi nuevo capitán no tenía tan buen carácter como mi amigo el capitán Ward, aunque yo hacía cuanto podía para resultar útil. Empleaba un método sencillo pero efectivo para fustigar a los marineros reacios a cumplir las tareas peligrosas o difíciles en la arboladura. Siempre que los veía dudar cuando llegaba el momento de arrizar las gavias, subía de un salto al palo y me descolgaba luego por la jarcia; y entonces, por supuesto, les decía: «A las vergas, y sin rezongar». Este tipo de reprobación era incluso más eficaz que un castigo; pues, aunque hay muchos marineros testarudos, en conjunto, no existen hombres más generosos a la hora de reconocer la superioridad de otros, ni más dispuestos a seguir su ejemplo. Este recurso para que fueran más diligentes era en aquellos tiempos muy necesario, ya que el segundo oficial vivía normalmente en el entrepuente con la marinería, y la familiaridad que, como es natural, nacía entre ellos no favorecía nada el mantenimiento de la autoridad.

Nuestra estancia en Jamaica pasó sin pena ni gloria. En el viaje de vuelta tuve la fortuna de granjearme la estima del capitán, lo que me procuró una gran satisfacción. Cuando navegábamos cerca de la isla de Cape Clear, nos enteramos por un bergantín de que Inglaterra estaba a punto de declarar la guerra a España; en consecuencia, tuvimos miedo de que nos obligaran a alistarnos. Echamos el ancla en la boya del noroeste a principios de agosto de 1790, después de una breve travesía; y allí, con el mayor apresuramiento y desorden, saltamos a los botes para huir de aquellos tiburones de tierra, las cuadrillas que forzaban a los hombres a enrolarse. Como algunos de los marineros estaban medio borrachos, nos faltó poco para ahogarnos, ya que embarrancamos de noche en un banco de arena al lado de Formby. Había en aquel momento varias barcazas en el río, con las bodegas abarrotadas de desdichados marineros y hombres de tierra firme capturados para el ejército. Estos lugares de hacinamiento no eran mucho mejores que pocilgas: sin embargo, nuestro gran estadista apenas decía, o susurraba siquiera, algo sobre la lastimosa situación de quienes se amontonaban en aquellos receptáculos de sufrimiento. Todas las palabras, toda la conmiseración de aquellos días, eran para los esclavos negros: los esclavos blancos no eran dignos de consideración, aunque no puedo evitar pensar que la caridad de los que se

mostraban tan locuaces debería en justicia haber empezado en casa. En aquella ocasión tuvimos la suerte de escapar de las cuadrillas, y una vez más me encontré sano y salvo en Liverpool.

Seguía teniendo horror a las palabras «esclavo» y «esclavitud», pero mis amigos acabaron con mis objeciones a un viaje africano. De hecho, lo más probable es que, si no hubiera navegado por esa costa, habría seguido siendo un *esclavo blanco* hasta la fecha; aunque posiblemente tendría un catre en una cárcel o en un asilo. Me nombraron segundo oficial de un bergantín precioso, propiedad del señor J. Dawson y llamado el Prince, bajo el mando del capitán H…, un ascenso que debía sobre todo a las recomendaciones de los dos últimos capitanes con que había navegado; y con ese puesto hice mi.

PRIMER VIAJE A ÁFRICA

Zarpamos en octubre de 1790 rumbo a Rotterdam, con el fin de recoger un cargamento de licores y otras mercancías con destino a Annamaboe, en la Costa del Oro. Después de abandonar Holanda, sufrimos mucho tiempo vientos huracanados, y el barco, con la cubierta casi siempre bajo el agua, estuvo con frecuencia al borde del naufragio. Nuestro capitán cayó en la desesperación, y expuso sus peores temores a los tripulantes. Tamaña imprudencia solo podía agravar nuestra situación; y me esforcé por contrarrestar su influencia dando ánimos y sirviendo de ejemplo.

El tiempo, finalmente, mejoró; pero nuestro capitán se puso enfermo, y el gobierno del barco recayó casi por completo en mí. Pusimos nuestro bergantín a son de mar; y, después de arrojar por la borda ocho sacos de lastre que llevábamos en la bodega, se deslizó gallardo y veloz por el agua. Mientras tanto, el capitán se recuperó poco a poco, aunque no totalmente: y estaba tan malhumorado que no solo se sentía desgraciado él sino que hacía la vida imposible a cuantos le rodeaban.

Fondeamos en Annamaboe en diciembre de 1790, después de siete semanas de travesía. Pasamos unas tres semanas sin poder comerciar, pues acababa de morir el rey de esos territorios y se habían suspendido todas las

transacciones. Conforme a una brutal costumbre del país, con motivo de la muerte de un príncipe mataron a veintitrés de sus mujeres mientras estábamos allí; y no hay duda de que muchas otras corrieron la misma suerte antes de nuestra llegada. No obstante, contraer matrimonio con esos grandes hombres era para la familia de las jóvenes un honor inestimable. Según me dijeron, el difunto rey de Dahomey, un extenso reino del interior, tenía setecientas mujeres, y todas ellas fueron sacrificadas tras su fallecimiento; el capitán Ferrer, un caballero inteligente y respetuoso, que casualmente estaba en Dahomey cuando se perpetró tan terrible matanza, lo atestiguó más tarde en la Cámara de los Comunes británica. La declaración, sin embargo, sirvió de poco, pues el señor Wilberforce[9] y su partido descalificaron todo su testimonio.

Con cierto retraso, zarpamos de Annamaboe (donde conocí a mi excelente amigo el capitán Luke Mann) y nos dirigimos a un lugar llamado Lagos, con negros, y desde allí hasta Benin. Pasamos varios meses comerciando entre estos dos rincones, lo que me permitió adquirir muchos conocimientos, como timonel, de esa parte de la costa. Me encantaba la amabilidad de los nativos de Benin, que son una raza verdaderamente noble y dócil. Cuando se encontraban con un europeo, hincaban la rodilla derecha, aplaudían tres veces y exclamaban: «Doe ba, doe ba»; a saber: «¡Te reverenciamos!». Luego te estrechaban la mano a su manera, dando tres golpecitos con el dedo.

Los agentes que nuestro armador, el señor Dawson, empleó en distintos lugares de la costa murieron víctima del clima a los pocos meses de llegar; y, con el fin de transmitirle la triste noticia lo antes posible, cargamos el barco de marfil y otros artículos y zarpamos de Benin. Llegamos a Liverpool en agosto de 1791; y, en cuanto me recuperé de un ataque de ictericia, me enrolé como oficial de cubierta en un hermoso barco, The Bell, al mando del capitán Rigby y propiedad del señor Wm. Harper, que se dirigía a Cape Mount, en la Costa de Barlovento africana.

Llegamos a nuestro destino sanos y salvos, y embarcamos treinta negros; de ahí seguimos a Bissau, donde recogimos otros treinta, y luego a Nueva Calabar. Cerca del puerto, subió a bordo «Mi señor», un piloto negro, al que los nativos llamaban así a causa de su deformidad, muy poco habitual en esa

parte de África. «Mi señor» consideraba indispensable para la seguridad del barco oficiar ciertas ceremonias antes de levar anclas. Dirigiéndose solemnemente a los tiburones, que son sagrados en Bonny, rezó para que cruzáramos los bajíos a salvo, al tiempo que arrojaba al mar *brandy*, carne de vacuno y pan a modo de ofrenda propiciatoria. Finalmente, nos pidió que leváramos anclas, y nos llevó sin percances a Nueva Calabar.

Un día, cuando estaba en la orilla, me sorprendió ver a unos nativos del interior del país entregados a un juego que, dadas las circunstancias, ejecutaban con destreza. Varios de ellos hacían de cabras, tigres y otros animales, e imitaban su comportamiento y su carácter con asombrosa precisión y agudeza. Había también bastantes jóvenes que jugaban a algo parecido a los dados, así que me recordaron a algunos de nuestros compatriotas; pues son muchos los africanos que se pierden por culpa del juego.

Durante nuestra escala, los Jew-Jew o sacerdotes juzgaron a uno de los nativos por cierta fechoría y, aunque el delito no fue probado, le condenaron a cruzar nadando una pequeña ensenada, cerca del pueblo, abarrotada siempre de tiburones, que en ese país se protegen con más rigor incluso que las liebres y los faisanes en Inglaterra; pues esos enemigos formidables del género humano (¡extraña contradicción!) son sagrados para los nativos, y se castiga con la muerte a cualquiera que les cause daño. El pobre desgraciado no tardó en ser conducido a la orilla, rodeado de un gran número de sacerdotes y nativos, puesto que yo era el único blanco presente. Después de oficiar una serie de ritos, le obligaron a entrar en el agua, mientras yo aguardaba horrorizado su inminente fin. Los espectadores gritaron desaforadamente mientras nadaba, y para gran asombro de todos, y mi no menor deleite, ¡el infeliz llegó sano y salvo al otro lado! Incluso sus enemigos le consideraron entonces inocente; había salido ileso de una terrible prueba de la que quizá nadie había escapado antes, y sus amigos lo trajeron de vuelta como a un héroe. Fue realmente extraordinario que los tiburones no lo devoraran, ya que, por orden de los sacerdotes, se les alimentaba a menudo en esa ensenada, así que estaban adiestrados en abalanzarse vorazmente sobre sus presas humanas.

Una mañana bajé a tierra con algunos compañeros para conseguir agua.

Justo al llegar al manantial, vimos un tiburón enorme que se acercaba enfurecido a un hombre que bañaba a su hijito al lado de la orilla. Gritamos lo más fuerte posible para alertarlo, y corrimos hacia allí. El nativo, al advertir que el peligro era inminente —pues el tiburón estaba tan cerca, y él caminaba tan despacio, que no tenía ninguna esperanza de escapar—, lanzó al niño con todas sus fuerzas hacia la costa, decidido a salvarle la vida aunque él estuviera condenado a perderla. Cuando estábamos a un paso, el tiburón, ávido de saltar sobre el nativo, se adentró en una zona con muy poco fondo, donde se quedó dando aletazos y retorciéndose para recuperar su situación de ventaja; el hombre pudo entonces coger a su hijito y llegar a la playa. La emoción de aquel padre al salvarse de milagro es imposible de describir.

Con el viejo piloto de nuevo a bordo, y tras esperar pacientemente a que oficiara su ceremonia de siempre para gozar del favor de los tiburones, levamos anclas a última hora de la tarde. Poco después, nos alcanzó un tornado, acompañado de rayos, truenos, relámpagos y lluvia; y, antes de que pudiéramos cargar las velas o echar el ancla, nos vimos empujados hacia la costa. El piloto se arrodilló en el castillo de proa, y rezó una serie de oraciones en las que mezclaba reproches a sus «Jew-Jew» por enviar el barco contra las rocas. El capitán no sabía cómo actuar; yo, mientras tanto, con ayuda de mi amigo el señor Cummins, nuestro segundo oficial (y capitán en la actualidad), infundí ánimos a la tripulación hasta que conseguimos arriar las velas. El temporal y la oscuridad de la noche volvieron nuestra situación espeluznante. Para aligerar el barco, pedimos a un grupo de hombres que vaciara los barriles de agua y arrojara la leña por la borda. Entretanto, los gritos de los pobres negros en la bodega eran de lo más angustiosos.

El velero, finalmente, escoró casi hasta la regala; y, temiendo que los negros se ahogaran, a riesgo de nuestras vidas, dejamos que subieran a cubierta. En aquel momento eran, como mínimo, diez veces más que nosotros. Dependíamos solo de la buena disposición de los sesenta que habíamos embarcado en la Costa de Barlovento, de una raza superior a la de Nueva Calabar: y no nos decepcionaron. Se dieron cuenta del peligro que afrontábamos, y nos ayudaron tanto que no tengo la menor duda de que tuvieron un papel decisivo a la hora de salvar el barco.

Cuando la tormenta cesó, se nos acercaron varias canoas grandes llenas

de nativos que, tal como imaginamos, planeaban matarnos. Al advertir, sin embargo, que teníamos a bordo tantos hombres de la Costa de Barlovento, desistieron de atacarnos, aunque se quedaron al lado entonando sus canciones de guerra. Nosotros continuamos nuestros esfuerzos para aligerar el barco y, después de levar un ancla, logramos ponerlo a flote con ayuda de la marea. Como había encallado en la arena, apenas había sufrido daños. El viejo piloto negro repetía sin cesar que su ídolo, el tiburón, era el artífice de la salvación del barco y de la carga.

El primer oficial no tenía las aptitudes que requería la situación; y nuestro capitán carecía de tacto y firmeza para imponer su autoridad. Ante la insistencia de este último, accedí a ocupar el puesto de primer oficial el resto del viaje, algo que, en aquellas circunstancias, no resultaba nada fácil. Además de dar órdenes a quien había sido mi oficial superior, tenía que imponer de nuevo una estricta disciplina entre una tripulación que, por la negligencia de mi antecesor y la debilidad del capitán, era presa de la insubordinación. Lo cierto es que, aunque parezca vanidoso por mi parte, sin el señor Cummins y sin mí, el viaje habría sido un fracaso y una ruina. Ese mérito, al menos, ha de reconocérsenos, pues nunca recibimos ni medio penique para recompensar nuestros encomiables esfuerzos.

Finalmente, nos hicimos a la mar y, unos quince días después llegamos a la isla portuguesa de Annabón, habitada únicamente por negros que hablan portugués. Allí conseguimos nuevas provisiones, y continuamos nuestro viaje.

Unos días más tarde, un hombre de la Costa de Barlovento se cayó por la borda mientras ayudaba a limpiar la cubierta, y, como llevábamos todo el velamen y nuestra velocidad era de siete u ocho nudos, tardamos algún tiempo en dar la vuelta. Deseoso de salvar al pobre muchacho, si era posible, ordené a cuatro tripulantes que me acompañaran; nos dirigimos en un bote que hacía agua al lugar donde pensábamos que había caído, y estuvimos una hora buscándolo en vano. Nuestras esperanzas se debilitaron al acercarse la noche. Finalmente, cuando íbamos a desistir de nuestro empeño, lo encontramos extenuado, a punto de ahogarse. Solo Dios sabe cómo se las arregló para mantenerse a flote tanto tiempo, en un mar embravecido. Nos apresuramos a subirlo al bote, y remamos hacia el barco, que solo

divisábamos gracias a los faroles que la tripulación —al perdernos de vista, alarmada por el peligro que corríamos en semejante embarcación— había colgado en el costado de barlovento. Antes de llegar, estábamos casi inundados de agua. Dos de los hombres achicaban sin cesar, y los otros dos remaban frenéticamente, mientras yo llevaba el timón y el pobre negro yacía medio muerto en el banco de popa. Gracias a la Divina Providencia logramos abarloarnos a The Bell, con gran alegría de cuantos estaban a bordo. Este hecho me hizo aún más popular entre la tripulación y los negros.

Llegamos a la isla de Dominica tras siete semanas de travesía, y pronto nos deshicimos de nuestra carga con sustanciosos beneficios. Entonces subieron a bordo un grupo de soldados heridos con sus esposas; y descubrimos que era más difícil mantener el orden y el decoro entre esos blancos, sobre todo si eran mujeres, que entre los negros. Zarpamos con rumbo a Inglaterra, y, a los pocos días de navegación, el tiempo se puso tempestuoso; entraba tanta agua por la borda que las escotillas tenían que ir cerradas, y los pobres heridos corrían peligro de asfixiarse. El capitán Coombe y el teniente Loftus, los dos oficiales que supervisaban su traslado, así como todo el mundo a bordo, les prodigaron todas las atenciones posibles; pero muchos de ellos, minados ya por la enfermedad, murieron durante la tormenta. Avistamos finalmente Irlanda, y, poco después, mientras escribía en el cuaderno de bitácora en la entrecubierta, miré casualmente por uno de los portillos y vi consternado que teníamos una roca a menos de veinte metros. Corrí a cubierta y di la alarma, y, como el viento soplaba un poco de tierra, nos las arreglamos para escapar de un peligro que era inminente. Se trataba de un bajo de las islas Saltee, y, si yo no lo hubiera visto accidentalmente, el barco habría naufragado y no quedaría nadie para contarlo.

Llegamos a Liverpool en abril de 1792, después de una tormentosa travesía de seis semanas. Tuve el placer de cenar a menudo con el capitán Coombe y el teniente Loftus. El primero me invitó a acompañarlo a Londres, donde tenía amigos relacionados con la navegación; y el teniente Loftus me colmó también de atenciones y amables ofertas. Mi objetivo, sin embargo, era trabajar para el señor W. Boats, un empleo de lo más respetable; y, para mi gran satisfacción, fui nombrado segundo oficial (que equivalía a primer

oficial en otra compañía) de su barco The Jane, al mando del capitán Reuben Wright, que zarpaba rumbo a Bonny, en la costa de África[10].

En 1792 había muchas leyes que regularizaban el comercio de esclavos, y que todos los que conocían el negocio aprobaban con entusiasmo. Una de ellas estipulaba que solo se llevaran cinco negros por cada tres toneladas de carga; y, como el señor Wilberforce era uno de los promotores de estas normas tan acertadas, aprovecho la ocasión para felicitarle por primera y última vez. Su propuesta, sin embargo, para que los capitanes de África —que se juegan la vida para que nuestras colonias funcionen, y él y otros puedan quedarse tranquilamente en casa— llevaran un distintivo me pareció tan impertinente como descortés; y su regulación para que se den 100 libras a los capitanes y 50 libras a los médicos que desembarquen su carga sin haber perdido un número determinado de esclavos *negros* es totalmente ridícula. Nadie se acordaba de los esclavos blancos, los pobres marineros; ellos podían morir sin que nadie lo lamentara. Pero ¿a quién en su sano juicio se le ocurriría pensar que, después de pagar quizá 25 libras por un negro, sus propietarios no iban a preocuparse de él, y proporcionarle todo lo necesario para que su salud no se deteriorara? Mucho nos hemos reído otros capitanes y yo del señor Wilberforce y su partido al recibir nuestra gratificación de 100 libras. Y en relación con lo que se ha insinuado en este país sobre los capitanes de África, a saber, que algunas veces arrojan a los esclavos por la borda, no merece siquiera tenerse en cuenta, pues no solo va en contra de su propio interés sino del resto de la humanidad. En el comercio de esclavos, como en cualquier otro, había tantos individuos malos como buenos, y es de justicia diferenciarlos, y no condenar a todos por los delitos de unos pocos.

Zarpamos de Liverpool en junio de 1792, con cuarenta marineros a bordo, todos con buen ánimo y excelente salud, y llegamos a Bonny tras una desapacible travesía de nueve semanas. Justo cuando llegamos murió el anciano rey Pepple. Pasaron tres meses antes de que jefes y sacerdotes se pusieran de acuerdo para elegir un regente hasta que el hijo del difunto alcanzara la mayoría de edad; y que, como uno de sus deberes, «reabriera el comercio» con una ceremonia que oficiaba siempre el rey o el regente. El viejo Bonny, un jefe muy inteligente, fue escogido para el cargo, y siguió el ritual establecido para dicha ceremonia. Cuando el rey o el regente salían de

la orilla, nosotros izábamos las banderas y disparábamos siete cañonazos; y los que iban en la canoa real, al abarloarse a nosotros, tras algunos ensalmos y murmullos, rompían un huevo contra el costado del barco. Luego subían a bordo y cobraban sus impuestos (que en Bonny eran alrededor de 400 libras por embarcación); desde ese momento podíamos comerciar y hacer cuantos trueques deseáramos.

Mientras estábamos en Bonny, pasé tres meses tan enfermo que temí quedarme inválido, y convertirme en un lisiado menesteroso. Los médicos me desahuciaron varias veces, y debí mi recuperación, en gran medida, a la bondad sin límites del capitán. Durante nuestra escala ocurrió lo siguiente: un rico comerciante de la ciudad, que tenía un montón de mujeres, sospechoso de intrigar con algunas de ellas, fue llevado ante una asamblea o cónclave de grandes hombres, dirigidos por el sumo sacerdote. El juicio duró varios días, y el acusado fue declarado culpable y atado a un tronco en medio del río para ser pasto de los tiburones, que siempre andaban cerca de la superficie cuando la marea estaba muy alta o muy baja. La condena se puso en práctica, y el pobre desdichado tuvo que sufrir terriblemente, ya que gran parte de su cuerpo estaba fuera del agua cuando los tiburones atacaron. Presencié aquel horror, y más tarde me contaron que se había probado su inocencia, y que a su jefe le habían cortado una oreja por proferir una falsa acusación. Pronto tuve ocasión de contemplar otro ejemplo doloroso de la implacable voracidad de los tiburones. Una mañana, dos mujeres eboe, ayudantes del cocinero, se tiraron al agua para nadar hasta la orilla. No llevaban ni un minuto en el agua, a escasos metros del barco, ¡cuando los tiburones las destrozaron! Fue espeluznante ver lo mucho que sufrieron; y sus gritos de agonía todavía resuenan en mis oídos.

Habiendo completado nuestro cargamento de alrededor de cuatrocientos negros, nos hicimos a la mar tras una escala de cinco meses en Bonny, durante la que perdimos varios miembros de la tripulación y algunos esclavos. Nos dirigimos hacia Dominica para recibir órdenes, pero, justo antes de llegar a la isla, nos detuvo la fragata de Su Majestad Blanche, y nos comunicó que Inglaterra estaba en guerra con Francia y había tomado la isla de Tobago. Nos apresuramos, por lo tanto, a llevar nuestros cañones, que eran doce, a cubierta y, como teníamos abundante munición, enseguida

estuvimos en condiciones de defender el barco si nos atacaban los corsarios franceses.

Desde Dominica pusimos rumbo a Montego Bay, donde nos deshicimos de nuestra carga. Después de conseguir más cañones, y de darle al barco un aire lo más brioso posible, zarpamos hacia Inglaterra en abril de 1793, y cruzamos la corriente del golfo sin incidentes. Iba a bordo un esquelético muchacho negro de Bonny, al que llamábamos Huesitos[11], que tendría unos quince años. Cuando subimos hacia el norte, empezó a pasar mucho frío; y, como estaba muy encariñado conmigo, se acercó una mañana a mi litera, y me dijo:

—Amo Crow, algo me está mordiendo, y no puedo ver qué es.

Luego me pidió en su jerga que le diera un traguito de licor y otra cosa que solo entendí cuando agarró mi cajonera. Di al muchacho cuanto necesitaba, y, como ya tenía zapatos, medias y chaqueta, se quedó bien equipado. Llegamos a Liverpool en junio, después de un tedioso viaje de doce meses. Tuve la suerte de complacer a todo el mundo, y continué en mi mismo puesto de trabajo.

La historia del capitán Pollard

(fragmento del *Diario*)
Daniel Tyerman y George Bennet
(1831)

Traducción: Francisco Torres Oliver

Los misioneros **DANIEL TYERMAN** (1773-1828) y **GEORGE BENNET** (1774-?) fueron enviados por la London Missionary Society para que informaran sobre la situación de varias misiones en el Pacífico y el Lejano Oriente. En abril de 1823, en el puerto de Raiatea, la isla más grande del archipiélago de Sotavento de las islas de la Sociedad, Bennet se encontró con el capitán George Pollard, quien hacía solo dos meses había perdido su segundo ballenero, el Two Brothers. El relato de Bennet retrata al capitán sumido en la más honda desesperación. Tras perder un segundo ballenero, sabía que su carrera había terminado. Pollard había sido el capitán del Essex, hundido por un cachalote el 20 de noviembre de 1820, cuya terrible historia conmocionó a la Norteamérica del XIX e inspiró el *Moby Dick* de Herman Melville.

El presente texto está tomado del *Journal of Voyages and Travels by the Rev. Daniel Tyerman and George Bennet, Esq*. (Ed. de James Montgomery, 2 vols., Frederick Westley y A. H. Davis, Londres, 1831, II, pp. 24-29).

La historia del capitán Pollard

(fragmento del *Diario*)

16 de abril [1823]: Hemos encontrado aquí en el puerto [Raiatea, islas de la Sociedad] el bergantín americano Pearl, capitán Chandler, que ha entrado a reparar, dado que le ha aparecido una vía de agua en alta mar; y a bordo de esta nave, para nuestra gran alegría y sorpresa, hemos topado con nuestros amigos el señor y la señora Chamberlain, de las islas Sandwich. No esperábamos volver a ver sus rostros en este mundo. Sin embargo, por motivos que hemos sabido cuando nos separamos, y aprobamos, regresan con su joven familia a América. Nos han contado de manera gratificante la llegada sin novedad y cordial acogida de que han sido objeto el señor y la señora Ellis en Oahu por parte de nuestros amigos misioneros americanos allí, así como por el rey, los jefes y el pueblo: todos les honraron como servidores del Altísimo, llegados entre ellos para enseñar a una nación sin *religión*, única doctrina bajo el cielo que merece ese nombre.

Había tres capitanes a bordo de este bergantín que iban de pasajeros para América. Los barcos de dos de ellos habían naufragado, y el del tercero había sido confiscado. Uno era el capitán George Pollard, cuya singular y dramática historia, en el caso de su anterior naufragio (como seguramente recordará el señor Bennet), merece ser recogida tal como él la cuenta. En esencia es como sigue:

«Mi primer naufragio fue en alta mar, el 20 de noviembre de 1820, cerca del ecuador, a unos 118º longitud W más o menos. El barco, un ballenero de los Mares del Sur, se llamaba el Essex. Ese día habíamos salido tras unos cachalotes, y de hecho teníamos dos arponeados y los botes los seguían para cogerlos, cuando vi que uno enorme, de unos ochenta a noventa pies de largo, avanzaba a gran velocidad por el agua, derecho hacia el barco. Esperábamos que cuando viera el obstáculo en su camino se desviara, o se sumergiera y pasara por debajo. Pero ¡no! El animal chocó con toda su fuerza contra el codaste; de haber recibido el golpe en una parte menos firme el barco habría reventado; así y todo retemblaron cada tabla y bao del casco.

»La ballena, como herida por un impacto grave e inesperado, sacudió su enorme cabeza, y se alejó a tan considerable distancia que durante un rato la perdimos de vista por la aleta de estribor; de lo cual nos alegramos, esperando que lo peor hubiera pasado. Casi una hora después vimos al mismo pez; no había ninguna duda al respecto por su tamaño, y por la dirección supimos que venía nuevamente hacia nosotros. Inmediatamente nos dimos cuenta del peligro, pero fue imposible esquivarlo. Volvió a embestir de cabeza contra nuestro costado, y abrió tal brecha que el casco se inundó rápidamente hasta la cubierta. Esta segunda vez, pensando que se iba a ir al fondo, arriamos tres botes con la mayor celeridad, y embarcó todo el mundo en ellos, veinte en total: siete, siete y seis. Al poco rato, como no se hundía, nos arriesgamos a subir a bordo otra vez, y perforando la cubierta conseguimos sacar galleta, carne, agua, ron, dos sextantes, un cuadrante y tres compases. Nos llevamos todo esto, junto con algún aparejo, unos mosquetes, pólvora, etc.; repartimos las existencias entre las tres pequeñas tripulaciones, y aparejamos los botes lo mejor que pudimos, de manera que tocamos a un compás cada uno, dos un sextante y un cuadrante, pero ni sextante ni cuadrante el tercero. Luego, en vez de dirigirnos a algún puerto, estábamos tan desconcertados y perplejos que seguimos sin movernos, contemplando el barco como fascinados. Éramos incapaces de abandonarlo; hasta que, al cabo de muchas horas, osciló ligeramente, y se hundió a continuación. No hay palabras que puedan expresar nuestra emoción. Nos miramos, miramos el sitio donde hacía poco había estado a flote, y no

dejamos de mirar hasta que la conciencia de nuestra abandonada y peligrosa situación nos movió a hacer algo, si aún era posible salvarnos.

»Entonces deliberamos sobre el mejor rumbo que podíamos tomar: al oeste hacia la India, al este hacia Sudamérica, o al sudoeste hacia las islas de la Sociedad. Sabíamos que no estábamos a mucha distancia de Tahití, pero desconocíamos a tal punto la condición y carácter de sus habitantes que temíamos ser devorados por caníbales si nos poníamos a su alcance. Así que decidimos dirigirnos a Sudamérica, que calculábamos que estaba a más de dos mil millas. Pusimos, pues, proa al este y, aunque zarandeados durante varios días por las borrascas, conseguimos navegar juntos. No mucho después descubrimos que a uno de los botes se le había aflojado una tabla, lo que no era de extrañar, porque las balleneras están construidas en tingladillo y son muy ligeras, con tablas de media pulgada. Para remediar esta alarmante avería acudimos los demás, y tras pasar la carga del bote dañado a los otros dos, le levantamos el costado lo más posible, y conseguimos afirmar la tabla del fondo. Por este accidente se nos mojó de agua salada algo de galleta. Dividimos ésta equitativamente entre las tres tripulaciones. La comida y el agua, entretanto, pese a nuestra rigurosa economía, disminuía deprisa. Las fuerzas se nos habían agotado no solo por las privaciones, sino por las fatigas que teníamos que pasar para mantener las pequeñas embarcaciones a flote en medio de las tempestades que nos acosaban continuamente. Una noche de mal tiempo nos separamos; y aunque encontramos uno de los botes, no volvimos a ver ni a saber más del tercero, que probablemente pereció en la mar, ya que no llevaba sextante ni cuadrante.

»Cuando ya habíamos consumido el último bocado y no teníamos nada, después de tres semanas en alta mar, nos saludó la visión de una isla baja, deshabitada, a la que arribamos con esperanza, pero que nos decepcionó amargamente. Había algunos arbustos medio secos y muchas rocas en ese lugar perdido. Las únicas provisiones que pudimos conseguir fueron unas cuantas aves y huevos de éstas; pero no tardaron en disminuir; las aves huyeron asustadas y abandonaron sus nidos vacíos después de saquearlos nosotros una o dos veces. Lo que más nos agobiaba era la falta de agua dulce; no encontramos ni gota en ninguna parte, hasta que en la raya misma de la bajamar descubrimos un pequeño manadero en la arena; pero era demasiado

insuficiente para que saciara la sed de todos antes de que lo cubrieran las olas al subir la marea.

»Como no teníamos aquí otra perspectiva que la de morir de hambre, decidimos hacernos nuevamente a la mar. Tres camaradas, sin embargo, prefirieron quedarse, y les prometimos mandar un barco a recogerlos si conseguíamos llegar a un puerto cristiano. Con una pequeñísima ración de galleta cada uno, y poquísima agua, nos aventuramos otra vez en el inmenso océano. A los pocos días se nos habían agotado las provisiones. Dos hombres murieron; y no tuvimos otra alternativa que alimentarnos de sus restos. Los asamos para secarlos con un fuego que encendimos sobre el lastre de arena del fondo de los botes. Cuando se nos acabaron estos víveres, ¿qué podíamos hacer? Nos miramos unos a otros con ideas espantosas en el pensamiento; pero mantuvimos la boca sellada. Estoy seguro de que todos nos queríamos como hermanos; sin embargo, nuestras miradas decían claramente qué había que hacer. Echamos suertes, y la fatalidad recayó en mi pobre grumete. Al punto me adelanté y le dije: "¡Mi querido muchacho, *si no quieres tu suerte*, mataré al primero que te toque!". El pobre muchacho, flaco, vaciló un momento; luego apoyó despacio la cabeza en la regala, y murmuró: "*La quiero igual que los demás*". Un momento después fue despachado, y no quedó nada de él. Creo que entonces murió otro por sí mismo, y nos lo comimos también. Pero no puedo decirles más; el cerebro me arde al recordarlo; no sé qué añadir; he olvidado decir que antes nos habíamos separado del segundo bote. Pasamos unos días más de horror y desesperación, tumbados en el fondo del bote, incapaces de levantarnos, y apenas si podíamos mover un brazo, cuando asomó un barco a la vista. Nos subieron a bordo, y nos trataron con extrema amabilidad. El segundo bote perdido fue recogido también en alta mar, y salvados sus supervivientes. Después zarpó un barco en busca de los compañeros que se habían quedado en la isla desierta, y los rescató».

El capitán Pollard concluyó su lúgubre historia diciendo con una voz de desaliento que jamás podrá olvidar quien la oyó: «Un tiempo después llegué a Estados Unidos, país de donde soy, y me dieron el mando de otro barco.

También lo he perdido en un segundo naufragio frente a las islas Sandwich; de manera que ahora me encuentro totalmente arruinado. Ningún armador me confiará nunca más un ballenero, porque todo el mundo dirá que llevo la mala suerte encima».

Huellas a la orilla del mar

Nathaniel Hawthorne
(1838)

Traducción: Marta Salís

NATHANIEL HAWTHORNE (1804-1864) nació en 1804 en Salem, Massachusetts. Cuando tenía cuatro años, su padre, capitán de la marina mercante, murió de fiebre amarilla cerca de Surinam; y, desde entonces hasta casi su matrimonio con Sophia Peabody, en 1842, llevó una vida extraña y solitaria, recluido en la mansión familiar junto a su madre y sus dos hermanas, con las que casi ni se veía ni hablaba. En su soledad, leía y escribía, especialmente cuentos fantásticos, envuelto en la innatural atmósfera de la casa y en su historia de recuerdos trágicos (uno de sus antepasados fue juez en el famoso proceso de las brujas de Salem), que novelaría posteriormente en *La casa de los siete tejados* (1851). Entre sus obras cabe destacar las novelas *La letra escarlata* (1850), *La granja de Blithedale* (1852) y *El fauno de mármol* (1860), así como numerosos relatos breves que recogería, entre otros volúmenes, en *Cuentos contados dos veces* (1837), *Musgos de una vieja casa parroquial* (1846) *El libro de las maravillas* (1852) y *Cuentos de Tanglewood* (1852). Además de inspector de aduanas en Boston, participó brevemente en la experiencia de la comuna de Brook Farm, fue cónsul de Estados Unidos en Liverpool, y vivió en Florencia, Roma y Londres. Murió en Plymouth, Nueva Inglaterra, en 1864.

«Huellas a la orilla del mar» («Footprints on the Sea-Shore») se publicó por primera vez en *The United States Magazine and Democratic Review* en enero de 1838, y fue incluido en la segunda edición de *Cuentos contados dos veces* (James Munro & Company, Boston, diciembre de 1841). Este relato es el primero de nuestra antología que transcurre en la costa, en una playa que incita «fantasías, recuerdos y realidades presentidas». El mar es aquí el lírico compañero del «señor Solitario».

Huellas a la orilla del mar

Un espíritu que, sin escapar a veces del sofocante sol del mundo para zambullirse en el agua fresca de la soledad, sea capaz de conservar la salud y el vigor tiene que ser muy diferente del mío. Periódicamente, y con bastante frecuencia, los bosques y el océano —uno con el rugido de sus olas, el otro con el murmullo de sus ramas— me invitan a alejarme de los lugares frecuentados por los hombres. Pero tengo que andar muchos kilómetros para encontrarme a la sombra de un árbol primigenio, y todavía más para perderme entre una espesura de troncos centenarios, y esconderme del cielo y de la tierra bajo el misterio del umbrío follaje. En mi vida cotidiana, lo más parecido a un bosque que tengo al alcance es una hectárea de árboles junto a una granja de las afueras. Por ese motivo, cuando mi anhelo de soledad se vuelve imperioso, voy a la costa, cuya línea de rocas escarpadas y playas vírgenes se extiende muchos kilómetros alrededor de nuestra bahía. Al emprender mi último paseo, una mañana de septiembre, hice el voto ermitaño de no intercambiar pensamientos ni compartir placeres sociales con nadie, y obtener toda la felicidad de la jornada de la costa, del mar y del cielo —de la comunión de mi alma con ellos—, y de fantasías, recuerdos y realidades presentidas. Seguro que eso es suficiente para alimentar un día el espíritu humano. ¡Adiós, entonces, mundo ajetreado! Hasta que tus luces nocturnas se enciendan en la calle, hasta que iluminen mi cara enrojecida por el mar cuando regrese a casa, libérame de tus ataduras y déjame ser un pacífico forajido.

Recorro a buen paso caminos y atajos; y, después de bajar con dificultad por unos peñascos, me encuentro en el extremo de una larga playa. ¡Cómo vibra de alegría el espíritu, y se acrecienta de pronto la sensación de existir hasta la plenitud del inmenso piélago azul y soleado! ¡Todo un saludo y un homenaje al Mar! Desciendo hasta la orilla, hundo la mano en la ola que viene a mi encuentro y me mojo la frente. El rugido de eco lejano es la voz del océano que nos da la bienvenida. Su aliento salado trae una bendición. Y ahora paseemos juntos —la imaginación del lector cogida del brazo de la mía — por esta preciosa playa, que se extiende casi dos kilómetros desde el promontorio escarpado hasta aquella pendiente de rocas quebradas. Delante de nuestros ojos, el mar; detrás, un abrupto montículo cuyo borde cubierto de yerba se desprende año tras año, dejando caer sus matas verdes en el erial que tiene debajo. La playa en sí es una gran extensión de arena tostada y centelleante, en la que apenas se ven guijarros. Cerca de la orilla, hay una franja humedecida que resplandece bajo el sol y refleja las imágenes como un espejo; y, cuando avanzamos por ella, alrededor de nuestras pisadas surge un destello de arena seca, que vuelve a empaparse al levantar el pie. En algunos lugares queda marcada la suela del zapato, con su puntera cuadrada y todo; en otros, la arena es de una firmeza tan marmórea que tenemos que dar un fuerte pisotón para dejar siquiera la huella del talón de hierro. Todo a lo largo de la playa retoza la espuma de las olas: tan pronto finge abalanzarse sobre la tierra, para morir luego con un murmullo manso, besando la arena; como, después de tanto esfuerzo inútil, se eleva formando una línea ininterrumpida, que crece al tiempo que avanza sin una mota de espuma en su cresta verde. ¡Con qué rugido feroz se precipita sobre la costa e inunda la playa!

Al recorrer con la mirada el filo de las olas, recuerdo que me sorprendió, como le habría ocurrido a Robinson Crusoe, una sensación de vida humana en el círculo mágico de mi soledad. En la lejanía, en el otro extremo de la playa, al igual que nereidas u otros seres etéreos sobre la espuma ligera, había un grupo de muchachas. Acababa de divisarlas cuando desaparecieron envueltas en la sombra de las rocas. Para consolarme, pues de buena gana las habría contemplado un rato, conocí a una bandada de aves marinas. Estas pequeñas ciudadanas del mar y del aire iban por la playa delante de mí, a tiro de piedra, supongo que buscando alimento en la orilla. Y, sin embargo, con

una filosofía que la humanidad haría bien en imitar, disfrutaban siempre de trabajar para su sustento. El mar era el gran compañero de juegos de cada pequeña ave. Lo perseguían cuando se retiraba, y luego huían veloces de la ola amenazante, que a veces las alcanzaba y les hacía perder pie. Pero flotaban tan ligeras como una de sus plumas sobre la cresta que se rompía. Aleteando grácilmente, parecían descansar en la evanescente espuma. Su imagen —figuritas patilargas, de espalda gris y pecho níveo— se reflejaba en el espejo de la brillante arena con la nitidez de la realidad. A medida que yo avanzaba, se alejaban volando una veintena o dos de metros, y, al posarse de nuevo, reanudaban su coqueteo con el agua; y de este modo me acompañaron por la playa, como una hermosa fantasía, hasta que, en la parte más lejana, alzaron el vuelo hacia el océano y desaparecieron. Después de entablar amistad con estos pequeños espíritus de las olas, es de lamentar que no quede de ellos más recuerdo que sus innumerables y diminutas huellas en la arena.

Cuando llegamos al otro extremo de la playa, es agradable, e incluso beneficioso, volver sobre nuestros pasos y rememorar lo que sentíamos e imaginábamos en el camino de ida. Nuestras pisadas, bien visibles, nos guiarán con una conciencia vigilante por los vagabundeos involuntarios del pensamiento y de la fantasía. En este lugar seguimos el reflujo de las olas para coger una concha que el mar parecía resistirse a abandonar. Allí encontramos un alga de grandes hojas parduzcas, y la arrastramos tirando de su largo tallo serpentino. Aquí cogimos un cangrejo herradura por la cola, y contamos las múltiples pinzas del curioso monstruo. Allí escarbamos la arena en busca de guijarros, y los lanzamos por encima del agua. Aquí nos mojamos los pies mientras observábamos una medusa que las olas, después de haberla abandonado, intentaban llevarse de nuevo. Allí bordeamos un pequeño arroyuelo que atraviesa la playa; su profundidad era cada vez menor, y al final se hundía en la arena y moría en el intento de rendir un pequeño tributo a la mar océana. Aquí algo inesperado parece habernos sorprendido; pues nuestras huellas dan vueltas y vueltas, y se entremezclan confusamente, como si hubiéramos encontrado un laberinto en la parte llana de la playa. Y allí, en medio de nuestro ocioso pasatiempo, nos sentamos en casi la única roca que rompe la lisura de la arena, y nos entregamos a unas meditaciones sobrecogedoras e inesperadas sobre la majestuosidad y el horror de las

profundidades. Y así, siguiendo nuestras pisadas, rastreamos el curso caprichoso de nuestra naturaleza, y le echamos miradas furtivas sin que imagine siquiera que alguien lo observa. Estas miradas siempre nos hacen más sabios.

Una playa tan extensa nos permite disfrutar de otro entretenimiento. Con el bastón se pueden escribir versos, versos de amor, si uno lo prefiere, y dedicárselos a una mujer. También se pueden plasmar pensamientos, emociones, deseos, cálidos efluvios de los rincones secretos del corazón, que no verteríamos sobre la arena sin la certeza de que, casi antes de que el cielo pueda leerlos, los borrara el mar. Esperemos, pues, hasta que las palabras desaparezcan. Y, como el lienzo es lo bastante grande, dibujemos caras enormes, tan enormes como la Esfinge en las arenas egipcias, y dotémoslas de cuerpos acordes con su inmensidad, y de piernas que puedan llegar en dos zancadas a aquella isla. El juego infantil se vuelve portentoso a una escala así. Aunque, después de todo, la actividad más fascinante es escribir nuestro nombre en la arena. ¡Que las letras sean gigantescas, de más de dos pasos grandes, y de tres en los trazos largos! ¡Que sus incisiones sean profundas para perdurar! ¡Ni estadistas, ni guerreros ni poetas han empleado su fuerza en una causa mejor! ¿Hemos acabado? Volvamos, entonces, dentro de un par de horas en busca de tan enérgica inscripción. El mar la habrá hecho desaparecer, del mismo modo que las olas del tiempo borran implacables los nombres de estadistas, guerreros y poetas. ¡Mira cómo la espuma se ríe de nosotros!

Al final de la playa, empiezo a trepar por los peñascos, avanzando con dificultad entre las ruinas de un espigón destrozado por los embates de un enemigo feroz. Las rocas se alzan en toda clase de posiciones: algunas tienen los pies en la espuma, y la mitad superior cubierta de algas; otras han sido horadadas y parecen casi cuevas por la infatigable perseverancia de un mar que puede permitirse pasar siglos socavando una roca o puliendo un guijarro. Un risco se eleva cual monumento funerario de un gigante cuyas venas semejaran inscripciones en un idioma desconocido. Imaginemos que son caracteres olvidados de una raza prehistórica; o que la mano de la naturaleza ha grabado allí un enigma que, si yo supiera descifrar, volvería más sabia y más feliz a la humanidad. ¡Cuántas veces me ha inquietado esa misma idea!

Pero dejemos que siga siendo un misterio. Un angosto pasaje, que parece tallado en el corazón mismo de un peñasco enorme, permite que la rugiente marea avance y retroceda, llenándolo de espuma tumultuosa y dejando después su lecho de guijarros negros desnudo y centelleante. En esta cavidad hubo antaño una veta de piedra más porosa, que las olas han roído poco a poco mientras los muros de granito siguen incólumes. ¡Con qué violencia y estruendo arrastra el mar los guijarros cuando se retira por un momento a sus profundidades! Con intervalos, el lecho del angosto pasaje se seca casi por completo; pero enseguida aparecen dos o tres olas inmensas que pugnan por entrar al mismo tiempo. Dos golpean la roca de través, mientras la tercera se precipita dentro; y se oyen tres rugidos que parecen de furia y de victoria. Una nevisca de rociones de espuma inunda la cavidad. Soy incapaz de contemplar la escena sin pensar que un monstruo, dotado de vida y de una energía avasalladora, lucha por abrirse camino a través del angosto pasaje. Y ¡qué contraste vislumbrar el mar radiante y sereno más allá de las aguas tumultuosas!

Se descubren muchas cosas interesantes entre estos peñascos quebrados. Una vez, por ejemplo, hallé una foca muerta que un temporal reciente había arrastrado hasta una grieta en las rocas; su cuerpo inerte yacía bajo un montón de algas, como si el monstruo marino intentara ocultarse. En otra ocasión, un tiburón blanco pareció a punto de abalanzarse sobre mí para tragarme; sin tenerlas todas conmigo, me acerqué lo bastante para comprobar que el escualo ya había muerto a manos de algún pescador de la bahía. En el mismo paseo encontré un pájaro, un gran pájaro gris, pero, con mis conocimientos de ornitología, fui incapaz de decidir si era un somormujo, un ganso salvaje o el mismísimo albatros del Viejo Marinero[12]. Descansaba con tal naturalidad en su lecho de algas, con la cabeza pegada al ala, que tuve la sensación de que vivía, y avancé con mucho sigilo para que no alzara de pronto el vuelo. Pero el ave marina no volvería a planear entre las nubes, ni cabalgaría a lomos de sus olas primigenias; así que me acerqué, y le arranqué una de las plumas moteadas de la cola para guardarla de recuerdo. Otro día, descubrí un hueso enorme en una hendidura en la roca: medía casi cuatro metros de largo, era curvo como una cimitarra, y estaba engalanado con pequeños percebes y moluscos y cubierto en parte de algas marinas. Algún

leviatán de otros tiempos habría utilizado esa enorme masa de quijada. Curiosidades de un orden menor pueden observarse en una poza algo profunda, que vuelve a llenarse de agua con la marea, pero es un lago entre los peñascos excepto cuando llega la pleamar. En el fondo de esta charca crecen plantas acuáticas; algunas se alzan imponentes bajo la superficie, y proyectan sombras a la luz del sol. Los pececillos cruzan veloces de un lado a otro, y se esconden entre las algas. Hay un cangrejo solitario, que parece llevar una vida de ermitaño y no tratarse con ninguno de sus vecinos; y también varios «cinco dedos», pues solo conozco el nombre que les dan los niños. Si uno se familiariza con estos fenómenos, puede mirar la poza e imaginar el misterioso fondo del océano. Pero ¿dónde están los cascos y las maderas esparcidas de los barcos hundidos? ¿Dónde, los tesoros que acapara el viejo océano? ¿Dónde, el cañón corroído? ¿Dónde, los cadáveres y esqueletos de los marineros que perecieron en tempestades y batallas?

En mi último paseo (era un día de septiembre, aunque tan caluroso que parecía verano), me acerqué a la poza que acabo de mencionar y ¿qué vi sino tres muchachas sentadas en el borde —de veras, no es ninguna invención— lavándose los pies níveos en el agua iluminada por el sol? Sí, ésa era la cálida realidad de aquellas visiones que habían huido de mí en la playa. ¡Escuchad sus alegres voces mientras se salpican con los pies! No me han visto. Tengo que ocultarme tras esa roca, y volver a escabullirme.

A decir verdad, a pesar de mi voto de soledad, hay algo en este encuentro que hace latir mi corazón con una sensación extraña y placentera. Sé que esas muchachas son de carne y hueso, pero las he visto tan fugazmente que se confunden con los seres ideales de mi imaginación. Me agrada, asimismo, mirar desde lo alto de un peñasco cómo un pequeño grupo de niños cogen guijarros y conchas nacaradas, y juegan con la espuma de las olas, como si fuera la barba canosa del viejo océano. Tampoco quebranto mi aislamiento al contemplar aquel barco fondeado delante de la costa, balanceándose como en sueños, elevándose y hundiéndose con el oleaje; mientras la tripulación —cuatro caballeros con chaquetas cortas y ajustadas— anda a vueltas con los sedales de pesca. Pero sí esquivo, sin embargo, con paso apresurado y cierta inquina, la presencia de cualquier caminante meditabundo como yo, reconocible por el bastón de peregrino, el paso lento, el aire tímido y la

mirada tanto observadora como absorta. De un hombre así, como si me asustara mi otro yo, me alejo corriendo por las rocas; y me refugio en un recoveco que muchas horas secretas me han dado derecho a considerar mío. Lucharía por él incluso con el patán que esgrimiera un título de propiedad. ¿No se han fundido mis meditaciones con los muros de roca y los suelos de arena, haciendo que éstos formen parte de mí?

Es un hueco en la línea del acantilado, junto al que se eleva un abrupto precipicio que rodea casi por completo una pequeña explanada de arena. Frente a él, aparece el mar como entre las columnas de un pórtico. Por detrás, el precipicio se interrumpe y entremezcla con una tierra que no solo nutre a unas matas trepadoras, sino también a unos árboles que se aferran a la roca con sus raíces desnudas y parecen luchar con fiereza por su equilibrio y un suelo que les permita subsistir. Son abetos; pero las pesadas ramas de los robles caen desde las alturas, arrojando sus bellotas a la playa y esparciendo sus hojas marchitas sobre las olas. Estamos en otoño, y el acantilado se ha revestido de un esplendor multicolor; de arriba abajo cuelgan guirnaldas escarlatas; de cada grieta brotan matorrales de flores amarillas y escaramujos, con sus hojas teñidas de carmesí y sus bayas brillantes; cada mirada me descubre una tonalidad diferente de belleza, en contraste con la austera roca gris. El agua de un manantial gotea por el precipicio y llena una pequeña cisterna cerca de su base. La vacío de un trago, y me parece fresca y pura. Este rincón escondido será mi comedor. Y ¿cuál será mi festín? Unas galletas, más sabrosas al mojarlas en agua de mar, una mata de hinojo marino recogido en la playa, y una manzana de postre. Entretanto, la cisterna se ha vuelto a llenar de agua; y, mientras bebo, agradezco a Dios, más efusivamente que por un banquete municipal, por hacer que un poco de pan y agua me parezca un festín.

Terminado el almuerzo, me tumbo en la arena cuan largo soy, y, mientras disfruto del sol, dejo que mi cabeza fantasee a su antojo. Los muros de mi ermita carecen de lengua para contar mis locuras, aunque a veces me gustaría que tuvieran oídos para escucharlas, y un alma para comprenderlas. Este lugar es mágico. Los ensueños invaden su recinto, y revolotean a mi alrededor a la luz del sol; no necesitan que el sueño me tape los ojos para volver invisibles los objetos reales. Aquí puedo inventar la historia de dos

amantes, y hacer que sus sombras cobren vida y se reflejen en el agua tranquila, mientras pasean por la playa sin dejar huellas. Aquí, si lo deseo, puedo invocar una única sombra y convertirme en su enamorado. Sí, soñador; aunque tu corazón solitario sentirá más frío con estas fantasías. A veces también vuelve el Pasado y me encuentra en este lugar, y entre su séquito llegan rostros que eran alegres cuando los conocí, pero no parecen serlo ahora. ¡Ojalá mi escondite fuera más remoto para que el Pasado no pudiera encontrarme! Marchaos, amigos de antaño, y dejadme escuchar el rumor del mar: una voz melancólica, pero menos triste que las vuestras. ¿De qué misterios habla? ¿De barcos hundidos y dónde reposan? ¿De islas lejanas e ignotas, cuyos hijos de piel tostada nada saben de otras islas ni continentes, convencidos de que las estrellas del cielo son sus vecinas más cercanas? Nada de eso. ¿De qué, entonces? ¿Acaso lleva siglos hablando sin decir nada? No; pues todos estos siglos encuentran su expresión en la voz inmutable del océano, y advierten al que escucha de que se despreocupe de las vicisitudes mortales, y deje que la idea infinita de la eternidad impregne su alma. Esto es sabiduría; y, por ese motivo, pasaré la siguiente media hora construyendo barquitos con fragmentos de madera traídos por el mar, y echándolos al agua para que naveguen, con una pluma de gaviota a modo de vela, rumbo al lejano Catai. A pesar de eso, ¡cómo se burlaría el mercader de mí!

A fin de cuentas, ¿qué hay de verdad en esta filosofía? Podría encontrar mil argumentos en su contra. Bueno, permite entonces que aquella roca tan alta y abrupta, medio cubierta por las olas, sea mi antagonista (¡mira!, parece contrariada: ruge, brama y echa espumarajos), y yo practique la oratoria como aquel ateniense que hablaba con el mar enfurecido y salía victorioso[13]. Mi discurso virginal es el vencedor, pues el caballero de las algas no tiene otra réplica que un estruendo imposible de mitigar. Su voz se seguirá oyendo mucho después de que la mía sea acallada. Vuelvo a dar un grito, y éste resuena por todo el acantilado. ¡Qué dicha para un hombre tímido sentirse solo y poder alzar la voz sin correr peligro de que nadie lo oiga! Pero… ¡chsss! ¡Silencio, buen amigo! ¿De dónde viene esa pequeña risa? Una risa musical, pero ¿cómo puede haber una risa así en medio de mi soledad? Levanto la vista, y alcanzo a ver tres rostros en lo alto del

acantilado, al igual que ángeles entre el cielo y yo. ¡Ah, hermosas jóvenes, podéis reíros de mi elocuencia! ¡Ya sonreí yo cuando vi vuestros pies níveos en la poza!

La luz del sol ha abandonado mi ermita, y solo queda un destello en la arena, justo donde se encuentra con el mar. Un sinfín de lúgubres fantasías vendrán a acecharme si continúo en la penumbra creciente de estas rocas grises. Es un lugar sombrío para ciertos estados de ánimo. Trepemos, pues, por los peñascos y detengámonos un momento en su borde para contemplar la oquedad junto al mar donde hemos estado, y muy pocos pueden estar, suficiente para nuestro entretenimiento y —sí, ¡digámoslo sin miedo!— más que suficiente para nuestra felicidad. ¡Qué solitario se ve ese recoveco! ¡Y qué oscuro! ¡Como todos los lugares que ha visitado la felicidad! Allí yace mi sombra en el sol crepuscular, con la cabeza en el agua. Le lanzaré unos guijarros. ¡Le he dado! ¡Le he dado! Aplaudo victorioso, y veo cómo mi sombra aplaude con sus manos irreales y reclama el triunfo para sí. Pero ¡cuántas tonterías he hecho hoy! ¡Hasta mi sombra se burla de mí!

¡A casa! ¡A casa! Es hora de apresurarnos y volver a casa. Es hora, sí; pues, mientras el sol se hunde en el Poniente, al mar le invade la melancolía y las olas adquieren una tonalidad triste. En medio de la superficie desolada, unas velas en lontananza parecen haber perdido el rumbo y no ser terrenas. Mi espíritu vaga a lo lejos, pero, al no encontrar dónde descansar, vuelve tembloroso. Tendría que haberme marchado ya. Pero no me arrepiento del día de aislamiento, que no ha sido, sin embargo, de soledad; pues el inmenso mar fue mi compañero y las pequeñas aves marinas, mis amigas; el viento me contó sus secretos, y figuras etéreas revolotearon alrededor de mi ermita. Semejante compañía hace mella en el carácter de un hombre, como si lo hubieran admitido en el círculo de las criaturas inmortales. Y cuando, a la hora de más ajetreo, recorra las calles llenas de gente, la influencia de este día perdurará; de tal modo que andaré entre los hombres con afecto y simpatía, como un hermano, pero sin unirme íntimamente a la masa indiferenciada de la humanidad. Tendré mis propios pensamientos y emociones, y conservaré intacta mi individualidad.

Pero es bueno, la víspera de un día así, sentir y saber que hay hombres y mujeres en el mundo. Es lo que siento y sé en estos momentos; pues allí

abajo, en la costa, un grupo de pescadores han llegado a tierra con sus esquifes y preparan su escamosa presa en una hoguera encendida, entre dos ásperas rocas, con maderas que el mar ha arrastrado hasta la playa. Las tres muchachas que creí imaginarias también les acompañan. En la penumbra cada vez mayor, mientras las olas rompen con violencia cerca del fuego, el resplandor rojizo de las llamas da un aire acogedor a la pequeña ensenada salvaje, cubierta de guijarros y algas, y abierta al «melancólico océano». Además, el humo que asciende por el acantilado trae el aroma suculento de una cazuela de pescado y de un caldero de sopa, y me recuerda que solo he comido pan y agua, un poco de hinojo marino y una manzana. Pienso que la reunión nocturna podría acoger a un invitado más en la roca plana que le sirve de mesa; y, si faltaran cucharas, podría coger una concha de almeja en la arena. Ya me han visto; y, ¡que la bendición de un hambriento descienda sobre ellos!, un marinero me lanza un grito hospitalario: «¡Hola, señor Solitario! ¡Baje a cenar con nosotros!». Las damas agitan sus pañuelos. ¿Puedo negarme? No; y reconozco que, después de mis diversiones solitarias, éste es el momento más grato de un Día en la Playa.

Doblar el cabo de Hornos

(fragmento de *Dos años al pie del mástil*)
Richard Henry Dana, hijo
(1840)

Traducción: Francisco Torres Oliver

RICHARD HENRY DANA, hijo (1815-1882), nació en Cambridge, Massachusetts, hijo de un abogado que había abandonado su profesión para dedicarse a la crítica literaria y a la poesía. Y, aunque la situación familiar no era económicamente boyante, el muchacho recibió una educación esmerada. En 1831, tuvo que dejar Harvard por culpa de un sarampión que le había afectado la vista y, al volver a casa de su padre, se sintió una carga para él. En el *Autobiographical Sketch* que escribiría en 1841, da cuenta de su decisión de embarcarse sin poder asegurar «qué fue lo decisivo, si el deseo de curar mi vista, mi pasión por la aventura y la atracción por la novedad de una vida al pie del mástil, o la ansiedad de escapar de la deprimente situación de inactividad y dependencia de mi casa». Así, en 1834, partió de Boston, como marinero de cubierta, en el buque mercante Pilgrim rumbo a California, travesía que poco después de regresar narraría en *Dos años al pie del mástil* —publicada en 1840— con gran éxito y repercusión duradera. Dana terminó sus estudios de Derecho y ejerció su profesión; escribió un manual legal para marineros, *The Seaman's Friend* (1841), fue un destacado abolicionista y desempeñó cargos políticos, pero su espíritu viajero no le abandonó y le impulsaría a recorrer el mundo en varias ocasiones. Murió en Roma en 1882.

Dos años al pie del mástil (*Two Years Before the Mast*), como relato autobiográfico de la experiencia de un marinero raso, se apartaba de la tradición romántica y su realismo influyó en la literatura posterior, incluso en la de James Fenimore Cooper; Herman Melville, que calificó la obra de «incomparable», reconoció su deuda en *Chaqueta blanca* (1850). El episodio que aquí reproducimos narra, por lo demás, un clásico de la tradición marinera: el paso del cabo de Hornos; pero es novedoso porque está visto como parte de la rutina —y de la disciplina— de un trabajo, y centrado en una larga y tediosa espera.

Doblar el cabo de Hornos

(fragmento de *Dos años al pie del mástil*)

En nuestro primer intento de doblar el cabo, cuando llegamos a su latitud estábamos casi mil setecientas millas al oeste, pero al correr hacia el estrecho de Magallanes ganamos tanto para el este que el segundo intento lo acometimos desde una distancia de no más de cuatrocientas o quinientas millas, con muchas esperanzas, por este medio, de pasar abiertos del hielo, pensando que los ventarrones del este que habían predominado durante bastante tiempo lo empujarían hacia el oeste. Con viento largo unas dos cuartas, las vergas un poco braceadas a barlovento, dos gavias completamente arrizadas y el trinquete con un rizo tomado, nos abrimos bastante hacia el sur; y casi de una guardia a otra, al subir a cubierta, el aire se fue haciendo más frío y las olas más altas. Sin embargo no veíamos hielo; y teníamos muchas esperanzas de evitarlo completamente, cuando una tarde, hacia las tres, mientras dormíamos la siesta en el descanso de guardia: «¡Todos a cubierta!», nos llamó un vozarrón tremendo. «¡Venga, venga! ¡Que nadie se pare a vestirse… antes de que se nos eche encima!» Saltamos de las literas y subimos corriendo. Oímos la voz fuerte y seca del capitán que daba órdenes como si fuese cuestión de vida o muerte, y corrimos a popa, a las brazas, sin pararnos a mirar hacia proa porque no había un segundo que perder. El timón iba cerrado a sotavento, las vergas de popa se agitaban y el barco estaba virando. Despacio, con los cabos tiesos y la jarcia helada, movimos las vergas, que se resistían y chascaban como si arrancáramos un tablón incrustado en el hielo. El barco viró limpiamente por redondo;

afirmamos las vergas, y nos abrimos en otra bordada, dejando a popa, justo bajo nuestra aleta de babor, un gran islote de hielo que se dibujaba en la niebla, y cuya altura superaba nuestras cofas; a uno y otro lado de él se adivinaban borrosamente extensos bancos de hielos que se mecían y cabeceaban en la superficie. Ahora estábamos a salvo, y navegábamos hacia el norte; pero solo unos minutos más, de no haber sido porque vigilaban atentos los de la guardia, habríamos ido contra el hielo, y los viejos huesos de nuestro barco habrían flotado esparcidos por el océano Antártico. Después de navegar hacia el norte unas horas, viramos y, con el viento de proa, navegamos rumbo al sur y al este. Durante toda la noche seguimos vigilando desde todos los parajes de la cubierta; y cada vez que se avistaba hielo por una u otra amura, se daba una metida de timón y se braceaban las vergas; y, reaccionando rápidamente el barco, lográbamos navegar francos. La habitual voz de «¡Hielo a proa!», «¡Hielo por la amura de sotavento!», «¡Otro islote!», en el mismo tono, seguidas de las mismas órdenes, parecía devolvernos a la situación de la semana anterior. Durante nuestra guardia en cubierta, que fue de doce a cuatro, el viento sopló de proa, acompañado de cellisca y granizo; y facheamos, con la gavia mayor arrizada, todo el tiempo que duró la guardia. Durante la guardia siguiente sobrevino un recalmón, acompañado de lluvia copiosa, hasta que amaneció, momento en que empezó el viento del oeste, aclaró el tiempo, y nos descubrió todo el océano —en la derrota que habríamos llevado de no haber sido por el viento de proa y la calma— completamente sembrado de hielo. Aquí, pues, tuvimos que interrumpir nuestra marcha, viramos, y una vez más navegamos hacia el norte y el este, no para el estrecho de Magallanes, sino para iniciar otro intento de doblar el cabo desde más al este; porque el capitán estaba decidido a doblarlo, si podía hacerse, con perseverancia, y porque a la tercera iba la vencida.

Con viento favorable, no tardamos en navegar francos del banco de hielo, y hacia mediodía teníamos solo islotes flotando aquí y allá en el océano. El sol brillaba sin nubes, y la mar era azul oscuro, con penachos de espuma blanca en las olas que corrían empujadas por un fuerte sudoeste. Nuestro barco solitario surcaba trabajosamente el agua como contento de salir del encierro, en tanto los islotes de hielo, de diversos tamaños y formas, aparecían diseminados en el océano, reflejando los brillantes rayos del sol, y

desplazándose lentos hacia el norte empujados por el ventarrón. Era un espectáculo que contrastaba con casi todo lo que habíamos presenciado últimamente; no solo era hermoso, sino que sugería vida; porque no hacía falta mucha fantasía para imaginar que estos islotes eran masas animadas que se habían liberado de las «frías regiones de gruesas cuadernas de hielo»,[14] y se abrían camino, con el viento y las corrientes, unos aislados, otros en flotillas, hacia climas más amables. Ningún lápiz ha plasmado jamás nada que pueda parecerse al auténtico efecto de un iceberg. En un cuadro, son masas enormes y toscas hincadas en la mar; porque el cuadro es incapaz de comunicar su principal belleza y grandiosidad: su movimiento lento y majestuoso, los remolinos de la nieve en sus cimas, los gruñidos y chasquidos tremendos de sus volúmenes. Esto el gran iceberg; en cuanto a los bloques pequeños y lejanos, parecen, navegando en una mar suave a la luz de un día claro, mágicas islitas flotantes de zafiro.

De rumbo nordeste fuimos metiendo poco a poco al este; y al cabo de unas doscientas millas, lo que nos llevó lo más cerca de la costa de Tierra del Fuego que se podía sin correr peligro, y después de perder completamente de vista los hielos, pusimos proa al sur por tercera vez para intentar el paso del cabo. El tiempo seguía siendo claro y frío, con ventarrón fuerte del oeste que nos acercaba deprisa a la latitud del cabo, con perspectivas de doblarlo pronto. Una tarde agradable, un hombre que había subido a la cofa del trinquete a enmendar los rolines, cantó a voz en cuello y con evidente alegría: «¡Vela!». No habíamos visto tierra ni barco ninguno desde que zarpamos de San Diego, y cualquiera que haya cruzado en solitario el ancho de un océano puede imaginar la emoción que un anuncio así puede producir a bordo: «¡Vela!», gritó el cocinero saliendo disparado de la cocina; «¡Vela!», gritó un hombre, tras quitar el cuartel del escotillón, a la guardia de abajo que inmediatamente saltó de las literas y subió corriendo a cubierta; y «¡Vela!», gritó el capitán, hacia la escalera, al pasajero que se encontraba en la cámara. Además de la alegría de ver un barco y seres humanos en tan remoto lugar, era importante para nosotros saber si había hielo al este, y averiguar la longitud; porque no teníamos cronómetro, y habíamos sufrido tanto abatimiento que casi habíamos perdido nuestra estima, y las ocasiones para tomar observaciones lunares no son frecuentes ni seguras en una región como

el cabo de Hornos. Por todas estas razones, la excitación de nuestra pequeña comunidad fue en aumento; y habían empezado a hacerse conjeturas, y a exponer lo que pensaban sobre lo que el capitán querría saber, cuando el de arriba cantó: «¡Otra vela, grande, por la amura de barlovento!». Esto sonó un poco raro; pero no flaqueó nuestra fe en que eran velas. Finalmente, el de la cofa dio otra voz, y dijo que le parecía que era tierra. «¡Tú ves visiones! —exclamó el primer oficial que estaba mirando con el catalejo—; son islotes de hielo, si la vista no me falla.» Unos momentos después comprobamos que el primer oficial tenía razón, y se desvanecieron todas nuestras esperanzas. Y, en vez de avistar lo que más ansiábamos, nos encontramos con lo que más temíamos, y lo que creíamos haber perdido de vista definitivamente. No obstante, no tardamos en dejarlos a popa, después de pasar entre ellos en un trecho de unas dos millas; y a la puesta del sol el horizonte se hallaba franco en todas direcciones.

Dado que teníamos buen tiempo, no tardamos en llegar y pasar la latitud del cabo; y después de navegar bastante más al sur para abrirnos lo suficiente, empezamos a enfilar hacia el este, con buenas perspectivas de doblar y poner rumbo norte al otro lado en pocos días. Pero la mala suerte pareció acordarse de nosotros; porque no llevábamos cuatro horas navegando con este rumbo, cuando nos sorprendió un recalmón; y a la media hora el cielo se cubrió de nubes; nos llegaron algunas ráfagas dispersas del este con rociones de nieve y cellisca; y una hora más tarde nos habíamos puesto a la capa con la gavia mayor arrizada, y éramos abatidos de plano a sotavento por la borrasca más feroz que habíamos sufrido hasta ahora, y que nos venía de proa derecho, del este. Parecía como si el genio del lugar se hubiese irritado al descubrir que casi nos habíamos escurrido entre sus dedos y se abatiera sobre nosotros con furia multiplicada. Los marineros decían que cada racha de viento que sacudía los obenques y silbaba en la jarcia decía al viejo cascarón: «¡No pasarás! ¡No pasarás!».

Durante ocho días estuvimos yendo a la deriva de esta manera. A veces —generalmente hacia mediodía— teníamos calma; una o dos veces vimos asomar unos momentos una esfera de cobre en el punto donde debía hallarse el sol; y un golpe de viento o dos del oeste nos trajo cierta esperanza de que al fin íbamos a tener viento favorable. Durante los dos primeros días

aprovechamos estas rachas, largando los rizos de las gavias y cazando las amuras de las mayores; pero al comprobar que solo trabajaba a nuestro favor cuando entraba el ventarrón, no tardamos en dejarlo, y facheamos arrizados. Teníamos menos nieve y granizo que cuando estábamos al oeste, pero más abundancia de algo peor para un marinero en tiempo frío: una lluvia copiosa. La nieve te ciega y es malísima cuando te acercas a la costa; pero para molestia de verdad no hay nada como la lluvia con un tiempo glacial. Una tormenta de nieve es emocionante y no te moja la ropa (lo que es de grandísima importancia para el marinero); pero cuando tienes lluvia constante no hay escapatoria. Te cala hasta los huesos, y es inútil intentar protegerse. Hacía tiempo que habíamos gastado toda nuestra ropa seca y, como los marineros no tenemos otra forma de secarla que tendiéndola al sol, no podíamos hacer otra cosa que ponernos la menos mojada. Al terminar cada guardia, cuando bajábamos, nos quitábamos la que llevábamos puesta y la escurríamos, sujetando un pantalón entre dos —uno de cada extremo—; y lo mismo las chaquetas. Los calcetines, manoplas y demás los escurríamos también; luego lo poníamos a secar todo contra los mamparos. Después, palpándola, cogíamos la que notábamos menos mojada, nos la poníamos a fin de estar preparados para cualquier llamada, nos tumbábamos, nos tapábamos con las mantas, y dormíamos hasta que sonaban los tres golpes en el escotillón y rugía desde cubierta la voz lúgubre de «¡Guardia de estribor a cubierta! ¡Los de abajo: las ocho campanadas! ¿Habéis oído?»; y, tras la respuesta malhumorada de: «¡Sí, sí!» desde el castillo, nos enviaban arriba otra vez.

En cubierta todo estaba oscuro como boca de lobo y en calma chicha, con la lluvia cayendo a cántaros sin parar; o, más generalmente, con un ventarrón duro que traía la lluvia horizontal, alternándola a veces con granizo y cellisca; con la cubierta inundada de agua que iba de banda a banda, y los pies perpetuamente mojados porque no podíamos retorcer las botas como si fueran unos calzoncillos, ni había betún que resistiera el agua constante. En un tiempo así, la humedad y los pies fríos son inevitables; aunque no son los más insignificantes de los pequeños factores que contribuyen a la incomodidad del paso del cabo en invierno. Se cruzaban unas palabras las guardias al cambiar, se efectuaba el relevo en el timón, ocupaba el primer

oficial su puesto en el alcázar, ocupaban el suyo los serviolas en las amuras, y cada hombre tenía su estrecho corredor para desplazarse de proa a popa; o, más exactamente, para oscilar de cabilla en cabilla, porque la cubierta estaba demasiado resbaladiza de hielo y de agua para moverse demasiado por ella. Para poder andar, lo que era completamente necesario para matar el tiempo, a uno de nuestra guardia se le ocurrió enarenar la cubierta; después, cuando la lluvia no era lo bastante fuerte para llevársela, se instauró la norma de esparcir arena de fregar la cubierta por la banda de barlovento del alcázar, el combés y el castillo; así hacíamos un buen corredor por el que paseábamos de proa a popa, de dos en dos, hora tras hora, durante nuestras largas, monótonas e incómodas guardias. De un toque a otro parecía que pasaba una hora o dos en vez de media, y que transcurría un siglo hasta que nos llegaba el grato son de las ocho campanadas. Nuestro único interés era entretener el tiempo. Buscábamos cualquier cosa que rompiera la monotonía del tiempo; hasta la pesadez de dos horas de timón, que nos tocaba a todos por turno, era recibida como un alivio. Incluso el recurso infalible de las largas historias, que entretenían muchas guardias, parecía que nos fallaba ya; porque llevábamos tanto tiempo juntos que habíamos oído la biografía de cada cual hasta sabérnosla de memoria. Cada uno se sabía la vida entera de los demás, y estábamos total y literalmente cansados de hablar. No teníamos humor para cantar ni bromear, y en realidad cualquier risa o expresión de alegría nos habría sonado extraña al oído y no la habríamos soportado, como tampoco silbar o tocar ningún instrumento de viento. El último recurso, el de especular sobre el futuro, parecía ahora fuera de lugar, porque nuestra situación desalentadora, y el peligro en que verdaderamente estábamos (cada día esperábamos vernos empujados otra vez hacia los hielos) ponía una boza a todo esto. Insensiblemente, empezamos a cambiar la frase de «cuando lleguemos a casa» por la de «si llegamos a casa»; y finalmente dejamos de hablar del asunto por tácito acuerdo.

En este estado de cosas se nos encendió una nueva luz y se nos abrió una nueva posibilidad de distracción gracias a un cambio en la guardia. Uno de nuestra guardia tuvo que ser relevado durante dos o tres días porque tenía mal una mano (en tiempo frío el más pequeño corte o golpe se vuelve una llaga), y su lugar lo ocupó el carpintero. Fue una suerte, y se suscitó todo un debate

sobre a quién le tocaba acompañar. Como el carpintero era un hombre de alguna formación, y habíamos tenido bastante relación él y yo, decidió acompañarme a mí en los paseos. Era finlandés; pero hablaba inglés muy bien, y me contó muchas cosas de su país: sus costumbres, su comercio, su gente, lo poco que sabía de su gobierno (descubrí que no le caían bien los rusos), así como sus viajes, su llegada a América, su noviazgo y matrimonio; se había casado con una compatriota suya, una modista a la que había conocido en Boston. Yo tenía muy poco que contarle de mi vida tranquila y sedentaria en casa; y a pesar de nuestros mejores esfuerzos, que alargaron estas historias durante cinco o seis guardias, acabamos agotando todos los temas; y lo pasé a otro de la guardia, y apelé a mis propios recursos.

Me puse a discurrir un método de pasar el tiempo que conjugara cierto provecho con una manera de distraer las horas de tedio. En cuanto subía a cubierta, ocupaba mi sitio y reanudaba mi paseo regular, empezaba a recitar para mis adentros, en un orden regular, una serie de materias que tenía en la memoria. Primero, las tablas de multiplicar y de pesas y medidas; después los estados de la Unión con sus capitales; los condados de Inglaterra con sus capitales; los reyes de Inglaterra por orden cronológico, y gran parte de la nobleza que saqué de un almanaque que teníamos a bordo; después, la numeración kanaka. Esto me ayudaba a sobrellevar mi situación; y a base de repetir estas listas despacio, con largas pausas, a menudo me ocupaban hasta las dos campanadas. A continuación la emprendía con los Diez Mandamientos, el capítulo treinta y nueve de Job, y algunos pasajes más de las Sagradas Escrituras. Lo siguiente —jamás variaba este orden— era el poema *Castaway*, de Cowper, uno de mis preferidos, cuyo metro solemne y carácter melancólico, así como el incidente en que está basado, concordaba muy bien con la guardia solitaria en la mar. Después, sus versos a Mary, sus palabras a la chova, y un breve extracto de *Table Talk* (recurría a menudo a Cowper porque casualmente tenía un volumen de sus poemas en el cofre); el *Ille et nefasto* de Horacio, y *Erl King*[15] de Goethe. Después de recitar todo esto, me dedicaba a repasar de manera más general todo lo que era capaz de recordar, en prosa y en verso. Así, con alguna pausa de vez en cuando para relevar al del timón, recoger la corredera o visitar la bota del agua potable, transcurría la guardia más larga; y era tan regular en mis silenciosos recitados

que si no me interrumpía alguna faena del barco casi podía predecir el número de campanadas que iban a dar.

Nuestros descansos de guardia no eran más variados que las guardias en cubierta. Habíamos renunciado a todo lo que fuera lavar, coser o leer; no hacíamos otra cosa que comer, dormir y relevarnos en las guardias, y llevábamos lo que podríamos llamar una vida cabo de Hornos. El castillo de proa era demasiado incómodo para estar sentados; así que cada vez que bajábamos de la guardia nos tumbábamos en las literas. Para evitar que entrara la lluvia y los rociones de mar que saltaban por encima de las amuras nos veíamos obligados a tener cerrado el escotillón, con lo que el castillo casi era estanco. Y en este cuchitril mojado y con goteras teníamos que estar, con un aire tan cargado que la llama de la lámpara que se balanceaba en medio de los baos se ponía a veces azul, con un gran halo de aire viciado alrededor. Sin embargo, nunca me he sentido mejor de salud que después de tres semanas de vida así. Gané bastante peso, y comíamos todos como caballos. Después de cada guardia, cuando bajábamos, y antes de acostarnos, le dábamos un repaso al cajón del pan y a la gaveta de la carne. Cada hombre se tomaba su cuarto de té caliente mañana y noche. Y mucho nos alegrábamos; porque ningún néctar ni ambrosía fueron tan dulces para los ociosos inmortales como eran un cazo de té caliente, una galleta dura y una tajada de buey frío para nosotros después de una guardia en cubierta. La verdad es que éramos meros animales, y de haber durado esta clase de vida un año en vez de un mes, habríamos acabado siendo poco más que la jarcia del barco. En todo el tiempo no vimos ni de lejos una navaja barbera, una brocha o una gota de agua, salvo la que nos proporcionaban la lluvia y los rociones. Porque el agua dulce la teníamos racionada; y ¿quién se iba a desnudar y a lavar en cubierta con agua salada, en medio de la nieve y el granizo, y con el termómetro a diecisiete bajo cero?

Tras unos ocho días de constantes colladas del este, el viento empezó a rolar de vez en cuando al sur y a soplar duro, lo que, como estábamos bastante al sur, nos permitó bracear un poco por barlovento y mantener el rumbo con toda la vela que podíamos aguantar. Estos cambios duraban poco, y tarde o temprano el viento volvía a la cuarta de antes; sin embargo, avanzábamos algo cada vez, e íbamos cayendo poco a poco al este. Una

noche, después de uno de estos cambios de viento, y de haber estado todos en pie gran parte del tiempo, se quedó en cubierta nuestra guardia, con la vela mayor colgando en los brioles, lista para ser cargada cuando fuera preciso. Comenzó a soplar cada vez con más fuerza, con el granizo y la nieve azotando el barco como otras tantas furias, y de manera tan espesa que no se veía nada. La vela mayor gualdrapeaba y zapateaba con ruido atronador. Entonces subió a cubierta el capitán y ordenó aferrarla. Iba el primer oficial a llamar a toda la gente, cuando el capitán le contuvo, y dijo que si se los hacía subir a las vergas demasiado a menudo iban a reventar; que, dado que le tocaba a nuestra guardia estar en cubierta, nos ocupáramos nosotros de eso como de lo demás. Así que subimos, y jamás se me olvidará ese trabajo. Nuestra guardia había quedado tan reducida por enfermedad y por haberse quedado otros en California que, descontando al del timón, solo éramos el tercer oficial, tres hombres y yo para las vergas, de manera que a lo más podíamos intentar aferrar primero un brazo y después el otro. Salimos al de barlovento y nos pusimos manos a la obra. Como los palos machos eran cortos y las vergas muy largas, la vela tenía un gratil de casi cincuenta pies y una caída corta, más acortada aún por la ancha faja de rizos que llevaba tomada, lo que sacaba el puño fuera de su sitio y producía un bolso casi tan ancho como la verga de sobrejuanete de mesana. Además de esta dificultad, la verga en la que trabajábamos estaba cubierta de hielo; los tomadores, relingas de caída y marchapiés tiesos y duros como mangueras, y la misma vela tan rígida como si estuviera forrada con láminas de cobre. Soplaba un auténtico huracán en el que se alternaban turbonadas de lluvia, nieve y granizo. Teníamos que asir la vela con las manos desnudas. No podías fiarte de las manoplas, porque como se te escurrieran estabas perdido: los botes iban todos trincados en cubierta y no había nada que se pudiera arriar para recogerte. Necesitábamos cada uno de los dedos que Dios nos había dado. Varias veces tuvimos la vela sobre la verga, pero el viento nos la echó abajo antes de conseguir trincarla. Hacían falta hombres para dar cada vuelta a los tomadores; y una vez pasadas era casi imposible hacerles el nudo. A menudo teníamos que dejarlo para golpearnos las manos en la vela a fin de que no se nos helaran. Transcurrido un rato —que me pareció una eternidad—, de una u otra forma dejamos aferrado el brazo de barlovento, y pasamos al suplicio

del de sotavento. Aquí fue peor, porque el bulto de la vela estaba abatido a sotavento, y como la verga se hallaba un poco embicada por la escora del barco, hubo que traerlo todo a barlovento. Cuando estuvieron aferrados los brazos, se nos había vuelto a soltar el bolso, lo que significó más trabajo. Finalmente la tuvimos toda trincada, aunque habíamos estado casi hora y media en la verga, y nos parecía un siglo. Cuando subimos acababan de tocar las cinco campanadas, y poco después de bajar tocaron las ocho. Quizá parezca esto trabajar despacio; pero si se tiene en cuenta la situación, y que solo éramos cinco hombres para una vela con la mitad de yardas cuadradas de lona que la vela mayor del Independence, buque de sesenta cañones y con una dotación de setecientos hombres en sus sollados, no extrañará que no fuéramos deprisa. Nos alegró bastante pisar la cubierta, y mucho más bajar al castillo. El marinero más viejo de la guardia dijo cuando estuvimos abajo: «No se me va a olvidar esa vela mayor; supera todas mis peripecias pesqueras. Fuera de bromas: aferrar una vela mayor primero a un brazo de su verga y luego al otro, frente al cabo de Hornos, es poco menos que para matar a un hombre».

La mayor parte de los dos días siguientes el viento se mantuvo bastante estable del sur. Evidentemente, habíamos avanzado mucho y teníamos esperanzas de estar pronto a la altura del cabo, si es que no estábamos ya. Fiábamos muy poco en nuestra estima, dado que no había habido oportunidad de tomar una observación y habíamos sido demasiado abatidos para que nuestra derrota estimada se aproximara a nuestra situación verdadera. Si el tiempo aclaraba lo suficiente para permitirnos tomar una observación o divisar tierra, sabríamos dónde estábamos; y en esta posibilidad, y en la de topar con alguna vela procedente del este, confiamos casi enteramente.

Viernes, 22 de julio. Este día tuvimos ventarrón constante del sur y navegamos con vela acortada y las vergas aliviadas un poco por las brazas de barlovento. Las nubes empezaron a levantar y mostraron signos de abrirse. Estaba por la tarde en el entrepuente con el señor Hatch, el tercer oficial, y otros dos llenando de los toneles el cajón de pan de proa, cuando surgió un resplandeciente rayo de sol, irrumpió por la escalera de la cámara y atravesó la lumbrera, iluminándolo todo abajo y comunicando una oleada de calor al corazón de cada uno. Era algo que no veíamos desde hacía semanas: un

anuncio, un don del cielo. Incluso el rostro más duro y curtido acusó su influjo. Justo en ese momento oímos un grito desde todos los parajes de la cubierta, y el primer oficial se asomó a la escalera de la cámara y llamó al capitán, que estaba sentado abajo. No distinguimos lo que decía, pero el capitán dio una patada a la silla y apareció en cubierta en un par de saltos. No sabíamos qué pasaba; y aunque estábamos deseosos de averiguarlo, la disciplina del barco no nos permitía abandonar nuestros puestos. Sin embargo, como no nos llamaron, comprendimos que no se trataba de ningún peligro. Nos apresuramos a terminar lo que estábamos haciendo, cuando, al ver asomar por la despensa la cara negra del mayordomo, el señor Hatch lo llamó para averiguar qué pasaba: «¡Tierra a la vista, señó! ¿No ha oído la vos de tierra? ¡El capitán dise que é el cabo de Hornos!».

Esto nos hizo dar un nuevo respingo; terminamos enseguida lo que estábamos haciendo y subimos a cubierta; y allí se veía tierra, exactamente por el través de babor, y alejándose lentamente hacia la aleta. Nos quedamos todos embobados mirando: el capitán y los oficiales en el alcázar, el cocinero en la cocina, y los marineros en proa; incluso el señor Nuttall, el pasajero, que llevaba encerrado en su concha casi un mes y apenas le había visto nadie, y casi se nos había olvidado que estaba a bordo, salió como una mariposa y se puso a dar saltitos vivarachos como un pájaro.

Era la isla de Staten Land, justo al este del cabo de Hornos. No creo que vuelva a poner los ojos en un lugar de aspecto más desolado: pelada, accidentada y cercada de rocas y hielo, con alguna pequeña mancha vegetal de arbustos raquíticos aquí y allá, entre peñascos y cerros abruptos. Era el lugar idóneo para situarse en la confluencia de los dos océanos, fuera del ámbito del cultivo humano, y para enfrentarse a los vientos y nieves de un invierno perpetuo. Sin embargo, a pesar de su desolación, su visión nos resultaba grata; no solo porque era la primera tierra que veíamos, sino porque nos anunciaba que habíamos pasado el cabo: estábamos en el Atlántico; y eso, con veinticuatro horas de brisa como la que teníamos, podía significar que habíamos vencido al océano Antártico. Además, nos daba nuestra latitud y longitud mejor que ninguna observación: el capitán sabía ahora dónde estábamos igual que si estuviéramos frente a la punta del muelle largo de Boston.

En medio de la alegría general, el señor Nuttall dijo que le gustaría bajar a la isla y estudiar un lugar donde probablemente ningún ser humano había puesto jamás el pie; pero el capitán le dio a entender que vería la isla, muestras y demás en… otro lugar, antes que arriar un bote o retrasar el viaje un solo instante por él.

Fuimos dejando tierra a popa poco a poco, y a la puesta del sol teníamos el Atlántico claro ante nosotros.

Un descenso al Maelström

Edgar Allan Poe
(1841)

Traducción: Marta Salís

EDGAR ALLAN POE (1809-1849) nació en Boston, hijo de dos actores de teatro itinerantes. Al quedar huérfano a los dos años, lo recogió un rico comerciante de Richmond, Virginia, llamado John Allan. Su vida disipada y su afición a la bebida y al juego le distanciaron de su padre adoptivo, que se negó a pagar sus deudas y le obligó a buscar trabajo. Después de escribir tres volúmenes de poemas, sería el relato «Manuscrito encontrado en una botella», publicado en 1833 en la revista *Sunday Visitor* de Baltimore, el que le abriría las puertas del mundo literario. Aunque él se consideraba un poeta por encima de todo —su dominio del ritmo y la sonoridad del verso en *El cuervo*, *Las campanas* o *Annabel Lee* son asombrosos—, es en la prosa donde el genio y la originalidad de Poe encuentran su máxima expresión. Sus cuentos se desarrollan casi siempre en ambientes góticos y siniestros, plagados de intervenciones sobrenaturales, y preludian la literatura moderna de terror, el género policíaco y la ciencia-ficción, como vemos en «La caída de la casa Usher», «Los crímenes de la calle Morgue», «El pozo y el péndulo», «El escarabajo de oro» y «La verdad sobre el caso Valdemar». Destaca, asimismo, su única novela *Las aventuras de Arthur Gordon Pym* (1838). Entre otras corrientes, su obra influiría notablemente en los simbolistas franceses (sobre todo en Baudelaire, que lo daría a conocer en Europa).

«Un descenso al Maelström» («A Descent into the Maelström»), publicado en 1841 en la *Graham's Magazine*, convertiría al gigantesco remolino en un gran mito literario: el capitán Ahab de Melville hablaría de él en *Moby Dick* (1851) y el capitán Nemo de Julio Verne desaparecería con el Nautilus en su interior al final de *Veinte mil leguas de viaje submarino* (1869-1870). August Derleth, del círculo de H. P. Lovecraft, escribiría el relato *El engendro del Maelström* (1939) y Arthur C. Clarke la obra de ciencia ficción *Maeström II* (1962).

Un descenso al Maelström

> Los caminos del Señor en la Naturaleza, al igual que en la Providencia, no son como los nuestros; del mismo modo que nuestras creaciones no son comparables a la inmensidad, el misterio y la profundidad de Sus obras, *tan insondables como el pozo de Demócrito*.
>
> JOSEPH GLANVILL

Habíamos llegado a la cima del acantilado. Durante unos minutos, el anciano pareció demasiado agotado para hablar.

—No hace mucho tiempo —dijo, finalmente—, le habría guiado hasta aquí tan bien como el menor de mis hijos; pero, hace unos tres años, me ocurrió algo que jamás le ha ocurrido a otro mortal… o, al menos, a ninguno que lograra sobrevivir para contarlo; y las seis horas de terror cerval que padecí destrozaron tanto mi cuerpo como mi alma. Pensará usted que soy muy viejo, pero no es así. En menos de un día, este pelo negro como el azabache se volvió blanco, mis brazos y mis piernas perdieron su vigor y mis nervios se desataron; por eso tiemblo al menor esfuerzo y me asusta una sombra. ¿Sabe que a duras penas puedo asomarme a este pequeño precipicio sin sentir vértigo?

El «pequeño precipicio», en cuyo borde se había tendido a descansar tan irreflexivamente que la parte más voluminosa de su cuerpo colgaba sobre el abismo —lo único que impedía que se despeñara era un codo sobre el resbaloso filo—, este «pequeño precipicio», un corte vertical de brillante roca

negra, se elevaba casi quinientos metros por encima de centenares de riscos. Por nada del mundo me habría acercado a menos de cinco metros de su borde. Lo cierto es que me impresionó tanto el peligro que corría mi compañero que me tumbé en el suelo cuan largo soy, me aferré a los arbustos que nos rodeaban, y no me atreví siquiera a mirar el cielo, mientras intentaba en vano deshacerme de la idea de que la furia de los vientos socavaría los cimientos de aquella montaña. Pasó mucho tiempo antes de que pudiera reunir el valor suficiente para sentarme y mirar a lo lejos.

—Olvide todas esas fantasías —dijo el guía—; lo he traído hasta aquí para que vea lo mejor posible el lugar donde ocurrió lo que acabo de mencionar; y para contarle toda la historia con el escenario delante.

»Nos encontramos —continuó, con la meticulosidad que le caracterizaba —, nos encontramos muy cerca de la costa noruega, a sesenta y ocho grados de latitud, en la extensa provincia de Norland y en el tenebroso distrito de Lofoten. La montaña en cuya cima nos sentamos es Helseggen, la Nublada. Si se incorpora un poco… agárrese a la hierba si tiene vértigo… ¡así! Y ahora mire hacia el mar, más allá del cinturón de bruma que tenemos debajo.

Seguí sus indicaciones y, medio mareado, contemplé una inmensa extensión de océano, cuyas aguas negras me recordaron la descripción que hizo el geógrafo nubio[16] del *Mare Tenebrarum*. Ninguna mente humana sería capaz de imaginar tanta desolación. A derecha e izquierda, hasta donde alcanzaba la vista, se elevaban, como murallas del mundo, una hilera de acantilados horriblemente negros y escarpados, cuyo lúgubre aspecto intensificaban las olas que, con sus enfurecidas crestas blancas, embestían contra ellos, aullando y rugiendo incesantemente. Justo enfrente del promontorio donde estábamos, y unas seis o siete millas mar adentro, se veía un islote inhóspito; aunque sería más exacto decir que su posición se adivinaba por la violencia del oleaje que la rodeaba. Unas dos millas más cerca, había otro islote más pequeño, terriblemente abrupto y árido, salpicado de oscuras formaciones rocosas a su alrededor.

El aspecto del mar, en el espacio que se abría entre el islote más lejano y la costa, resultaba muy extraño. A pesar de que el viento soplaba hacia tierra con tanta violencia que un bergantín en alta mar portaba una vela de capa con dos rizos, mientras su casco desaparecía una y otra vez bajo las olas, en aquel

espacio no se veía un mar embravecido, sino tan solo breves, repentinos y coléricos rociones que saltaban tanto en contra del viento como en otras direcciones. Apenas había espuma, solo al lado de las rocas.

—La isla más alejada —prosiguió el anciano— es la que los noruegos llaman Vurrgh. A medio camino está Moskoe. A una milla al norte se encuentra Ambaaren. Más allá encontramos Islesen, Hotholm, Keildhelm, Suarven y Buckholm. Y todavía más lejos, entre Moskoe y Vurrgh, están Otterholm, Flimen, Sandflesen y Stockholm. Éstos son sus verdaderos nombres; aunque esa necesidad de ponerles un nombre a todas supongo que es tan incomprensible para usted como para mí. ¿Oye algo? ¿Nota algún cambio en el agua?

Llevábamos unos diez minutos en lo alto del Helseggen, al que habíamos ascendido desde el interior de Lofoten, por lo que no habíamos visto el mar hasta alcanzar la cima. Mientras el anciano hablaba, empecé a oír un ruido cada vez más fuerte, como el mugido de una gran manada de bisontes en las praderas americanas; y, al mismo tiempo, vi cómo el mar que teníamos a nuestros pies, que los marinos calificarían de *picado,* se convertía rápidamente en una corriente que avanzaba hacia el este. Y, mientras la contemplaba, adquirió una velocidad monstruosa. Su rapidez e impetuosidad aumentaban por momentos. Cinco minutos después, todo el mar hasta Vurrgh era presa de una furia incontrolable; pero donde esa ira alcanzaba la cúspide era entre Moskoe y la costa. Allí, la vasta superficie de agua se dividía en mil canales contrapuestos, y hervía súbitamente de frenética agitación —encrespándose, bullendo, silbando—, al tiempo que daba vueltas y formaba gigantescos e innúmeros vórtices, que giraban y se hundían hacia el este con una rapidez que el agua adquiere únicamente al caer por un precipicio.

Unos minutos después se produjo otro cambio radical. La superficie del mar pareció alisarse, y los remolinos se desvanecieron uno tras otro mientras surgían enormes franjas de espuma, que, esparciéndose y mezclándose, acabaron adquiriendo el movimiento giratorio de los vórtices desaparecidos, como si fueran el germen de otro gigantesco. De repente, muy de repente, éste adquirió una existencia clara y bien definida, formando un círculo con un diámetro de más de una milla. El borde del remolino lo marcaba un gran cinturón de espuma fulgurante, pero ninguna de sus partículas se deslizaba

por la boca del terrorífico embudo, cuyo interior, hasta donde alcanzaba la vista, era una pared lisa de agua negra como el azabache, con un ángulo de inclinación de cuarenta y cinco grados respecto al horizonte; giraba vertiginosamente, con un movimiento oscilante e infernal, mientras lanzaba al viento una voz sobrecogedora —medio alarido, medio rugido— que ni las imponentes cataratas del Niágara podrían emular en su caída mortal.

La montaña temblaba desde sus cimientos, y las rocas se tambaleaban. Me tumbé boca abajo, y me aferré a unos hierbajos presa del nerviosismo.

—Esto solo *puede* ser —dije finalmente al anciano— el gran remolino del Maelström.

—Así lo llaman algunos —me respondió—. Nosotros, los noruegos, lo conocemos como el Moskoe-ström por la isla de Moskoe.

Los relatos más comunes de éste vórtice no me habían preparado en absoluto para lo que estaba viendo. El de Jonas Ramus[17], quizá el más detallado, está muy lejos de transmitir la magnificencia y el horror de la escena, así como la perturbadora e incontenible sensación de *irrealidad* que se apodera del espectador. Ignoro desde dónde lo divisó este autor, o en qué momento; pero no pudo ser desde la cima del Helseggen, ni durante una tormenta. Algunos de los pasajes de su descripción, sin embargo, merecen citarse por su minuciosidad, aunque sean demasiado endebles para ilustrar el espectáculo:

> Entre Lofoten y Moskoe —escribe—, la profundidad del agua es de unos setenta metros; pero al otro lado, en dirección a Ver (Vurrgh), la profundidad disminuye hasta el punto de no permitir el paso de un barco, sin el riesgo de que éste encalle en las rocas, incluso cuando hay bonanza. Al subir la marea, la corriente entre Lofoten y Moskoe alcanza una velocidad vertiginosa; pero el estruendo de su impetuoso reflujo apenas lo igualarían las cataratas más pavorosas. El fragor se oye a muchos kilómetros, y los vórtices y abismos son tan inmensos y profundos que, si un barco se ve atraído por ellos, acaba siendo tragado y arrastrado al fondo, donde se destroza contra las rocas; y, cuando las aguas se calman, sus fragmentos son devueltos a la superficie. Pero estos intervalos de quietud se producen solo justo antes de que cambie la marea, cuando hace buen tiempo, y un cuarto de hora después su violencia poco a poco recomienza. Cuando la corriente es más tumultuosa, y una tempestad intensifica su furia, es peligroso acercarse a menos de una milla. Botes, yates y buques han caído en sus fauces por no tomar precauciones. Con frecuencia, asimismo, las ballenas que se aproximan demasiado son víctimas

> de su violencia; es imposible describir sus bramidos mientras luchan en vano por salvarse. En una ocasión, un oso que intentaba nadar desde Lofoten hasta Moskoe fue atrapado por la corriente y arrastrado a las profundidades, dando unos rugidos tan terribles que se oían desde la costa. Numerosos abetos y pinos, absorbidos por el remolino, vuelven a la superficie convertidos casi en astillas. Esto muestra claramente que el fondo está lleno de rocas escarpadas, contra las que los árboles se hacen pedazos. Esta corriente la regulan las mareas, que alcanzan la pleamar y la bajamar cada seis horas. En 1645, en el segundo domingo antes de Cuaresma, su fragor e impetuosidad fueron tales que en la costa se derrumbaron las casas de piedra.

En cuanto a la profundidad del agua, no entiendo cómo pudieron comprobar la parte más cercana al vórtice. Los «setenta metros» deben de referirse a las partes del canal a escasa distancia de Moskoe o de Lofoten. La profundidad del centro del Moskoe-ström tiene que ser muchísimo mayor; basta dirigir una somera mirada al abismo del remolino desde la cima del Helseggen para confirmarlo. Al mirar desde lo alto el rugiente Flegetonte[18], no pude evitar sonreír ante la ingenuidad con que el virtuoso Jonas Ramus narra, como algo difícilmente creíble, las anécdotas de ballenas y osos; me parecía obvio que los mayores navíos de guerra, ante aquella terrible fuerza de atracción, opondrían la misma resistencia que una pluma frente al huracán, y desaparecían al instante.

Los intentos de explicar el fenómeno —recuerdo que algunos de ellos me parecieron suficientemente convincentes en el momento de la lectura— dejaban ahora mucho que desear. La idea más extendida es que éste vórtice, al igual que otros tres remolinos más pequeños entre las islas Feroe, «tienen su origen en la colisión de las olas que se elevan y rompen, en el flujo y reflujo, contra un arrecife de rocas y bancos de arena, que aprisiona las aguas de tal modo que éstas se precipitan como una catarata; y así, cuánto más sube la marea, más pronunciada es la caída. El resultado natural de todo esto es un remolino o vórtice, cuyo prodigioso poder de succión ha quedado demostrado con experimentos a menor escala». Éstas son las palabras de la *Enciclopedia británica*. Kircher[19] y otros imaginan que en el centro del canal del Maelström hay un abismo que penetra en el globo terráqueo y vuelve a surgir en algún lugar remoto (el golfo de Botnia sería una de las hipótesis mencionadas). Esta opinión, por infundada que parezca, fue la que, al

contemplar la escena, más me convenció; y, al comentárselo a mi guía, me sorprendió oírle decir que, aunque casi todos los noruegos creían en esa teoría, él discrepaba de ella. En cuanto a la primera explicación, confesó su incapacidad para comprenderla; y yo estuve de acuerdo con él, pues, por muy verosímil que parezca sobre el papel, resulta completamente ininteligible, e incluso absurda, ante el fragor de aquel abismo.

—Ya ha podido ver bien el remolino —dijo el anciano—; si se coloca con cuidado detrás de esa peña, para estar al socaire y no oír tanto el estruendo del agua, le contaré una historia que lo convencerá de que sé algo sobre el Moskoe-ström.

Me puse donde decía, y él continuo:

—Mis dos hermanos y yo éramos dueños de un pesquero con aparejo de goleta de unas setenta toneladas, con el que faenábamos entre las islas que hay más allá de Moskoe, cerca de Vurrgh. Siempre hay buena pesca donde se forman remolinos, si uno sabe aprovechar la oportunidad y tiene el valor de intentarlo; pero, entre los habitantes de la costa de Lofoten, nosotros tres éramos los únicos que navegábamos habitualmente por esa zona. Lo normal es ir mucho más al sur, donde se puede pescar a cualquier hora, sin demasiados riesgos; por eso la gente prefiere hacer más millas. Pero los lugares escogidos aquí, entre las rocas, no solo ofrecen mayor variedad, sino también mucha más abundancia; así que cogíamos en un solo día lo que otros más medrosos a duras penas conseguían en una semana. Lo cierto es que para nosotros se trataba de una especulación desesperada: el riesgo de perder la vida era nuestro trabajo y la valentía, nuestro capital.

»Dejábamos el barco en una pequeña ensenada, a unas cinco millas al norte; y, cuando hacía buen tiempo, solíamos aprovechar los quince minutos de aguas en calma para cruzar el canal principal del Moskoe-ström, mucho más allá del vórtice, y después fondeábamos en algún lugar cerca de Otterham, o Sandflesen, donde los remolinos no son tan violentos. Nos quedábamos allí hasta que, al acercarse de nuevo el cambio de marea, levábamos el ancla y poníamos rumbo a tierra. Nunca emprendíamos esta expedición sin un buen viento de través que nos permitiera ir y volver; un viento que tuviéramos la seguridad de que no nos fallaría al regresar; y era raro que nos equivocáramos en eso. Dos veces, en seis años, nos vimos

obligados a pasar la noche fondeados por culpa de una encalmada, algo extraño en estas latitudes; y en una ocasión tuvimos que quedarnos casi una semana, muertos de hambre, debido a un temporal que se desató poco después de nuestra llegada, y nos impidió cruzar un canal embravecido. Esa vez habríamos sido arrastrados mar adentro, a pesar de nuestros esfuerzos (pues los remolinos nos hacían girar con tanta violencia que, al final, la cadena se enredó en el ancla y empezamos a garrear), si no nos hubiéramos topado con una de las innumerables corrientes cruzadas que hoy están aquí y mañana desaparecen, que nos empujó al socaire de Flimen, donde, afortunadamente, pudimos dar fondo.

»No podría contarle ni la vigésima parte de las dificultades que encontrábamos en nuestro lugar de pesca —muy poco seguro, incluso con buen tiempo—, pero siempre nos las arreglábamos para sortear el Moskoeström sin problemas; aunque a veces tuviera el corazón en un puño cuando llegábamos un minuto antes o después del cambio de marea. Había veces en que el viento no era tan fuerte como pensábamos al zarpar, y recorríamos menos millas de las deseadas, mientras la corriente volvía el pesquero ingobernable. Mi hermano mayor tenía un hijo de dieciocho años, y yo dos robustos mozalbetes. Habrían sido una gran ayuda en esas ocasiones, tanto con los remos como con la pesca; pero, de algún modo, aunque nosotros arriesgáramos la vida, éramos incapaces de permitir que los jóvenes corrieron peligro; pues, sin lugar a dudas, el peligro era terrible.

»En unos días hará tres años que ocurrió lo que voy a contarle. Fue el 10 de julio de 18…, una fecha que la gente de esta parte del mundo no olvidará jamás, debido al huracán que asoló la región, el más violento de cuantos han surgido del cielo. Y, sin embargo, durante toda la mañana, y hasta última hora de la tarde, había soplado una brisa suave y constante del sudoeste, mientras brillaba el sol; y ni el marinero más viejo y experimentado habría previsto lo que se avecinaba.

»Nosotros tres —mis dos hermanos y yo— cruzamos a las islas hacia las dos de la tarde, y no tardamos en llenar la bodega con una excelente pesca, que, tal como comentamos, aquel día abundaba más que nunca. A las siete, *según mi reloj*, levamos anclas y pusimos rumbo a casa, a fin de pasar el punto más peligroso del Ström en el momento de mayor calma, que sería a

las ocho.

»Zarpamos con un buen viento a estribor y, durante un tiempo, navegamos veloces sin la menor sensación de peligro, pues no teníamos ningún motivo para inquietarnos. De pronto nos sorprendió una ráfaga procedente de Helseggen. Esto era insólito, algo que no nos había ocurrido nunca, y yo empecé a sentirme intranquilo, sin saber exactamente por qué. Intentamos ceñir, pero los remolinos nos impidieron avanzar; e iba a proponer que volviéramos al lugar donde habíamos estado fondeados cuando, al mirar a popa, vimos todo el horizonte envuelto en una extraña nube cobriza que se elevaba con una rapidez asombrosa.

»Entretanto, la brisa que nos había empujado se desvaneció, y la ausencia total de viento nos dejó a merced de la corriente. Pero esta situación no duró lo suficiente para que pudiéramos reflexionar. En menos de un minuto la tormenta estuvo encima de nosotros, en menos de dos el cielo se cubrió de nubes; y, entre esto y la violencia de los rociones, todo se puso tan oscuro que dejamos de vernos unos a otros.

»Sería una locura intentar describir el huracán que siguió. Ni el más anciano marinero de Noruega ha vivido jamás nada parecido. Largamos las velas antes de que nos alcanzara; pero, en la primera racha, los dos palos cayeron por la borda como si los hubieran aserrado… y uno de ellos se llevó consigo a mi hermano menor, que se había amarrado a él por seguridad.

»Nuestro barco se convirtió en la pluma más ligera que jamás ha flotado en el agua. Tenía una cubierta corrida, y solamente una pequeña escotilla a proa, que dejábamos siempre trincada antes de cruzar el Ström, como medida de precaución. De no haber sido así, nos habríamos ido a pique enseguida, pues llegamos a estar sumergidos bajo las olas. No sé cómo escapó a la muerte mi hermano mayor, ya que nunca tuve la oportunidad de averiguarlo. En cuanto a mí, tan pronto como hube amollado el trinquete, me tendí en cubierta, con los pies apoyados en la pequeña borda de proa y las manos agarradas a un cáncamo cercano al pie del palo de trinquete. Si actué así (sin duda del mejor modo posible) fue por instinto, pues estaba demasiado aturdido para pensar.

»Mientras estábamos bajo el agua, como he dicho, yo contenía la respiración y me aferraba al cáncamo. Cuando fui incapaz de resistir más, me

puse de rodillas sin soltar las manos y saqué la cabeza. Nuestra pequeña embarcación pareció sacudirse entonces como un perro al salir del agua, librándose así, en cierto modo, de las aguas que la anegaban. Estaba tratando de sobreponerme al estupor que me embargaba para decidir qué hacer cuando sentí que alguien me agarraba el brazo. Era mi hermano mayor, y mi corazón saltó de alegría, pues estaba convencido de que se había caído al mar. Pero esa alegría se convirtió al instante en horror, pues acercó la boca a mi oreja y gritó: *¡Moskoe-ström!*

»Nadie sabrá nunca lo que sentí entonces. Me estremecí de la cabeza a los pies como si sufriera una violenta convulsión febril. Sabía demasiado bien lo que significaba esa palabra, y lo que mi hermano quería darme a entender. El viento nos empujaba hacia el vórtice del Ström, y ¡nada podía salvarnos!

»Ya sabe que para cruzar el *canal* del Ström nos alejábamos siempre del remolino, aunque el tiempo fuera excelente, y esperábamos cautelosos a que las aguas se calmaran con el cambio de marea; pero ahora nos dirigíamos inexorablemente hacia su vórtice, ¡en medio de semejante huracán! “Seguro que llegamos en el momento propicio —pensé—, nos queda esa esperanza.” Pero enseguida me maldije por ser tan loco como para confiar en un milagro. Sabía muy bien que estábamos perdidos, y habría dado igual que el barco fuera diez veces mayor que un navío de noventa cañones.

»A estas alturas se había agotado la primera furia de la tempestad, o quizá no la sentíamos tanto al navegar por delante de ella; pero el mar llano y espumoso, contenido en un principio por el viento, se alzaba ahora como una cordillera. Un extraño cambio, asimismo, se había producido en el cielo. A nuestro alrededor, y en todas direcciones, seguía oscuro como boca de lobo, pero casi encima de nosotros se había abierto un círculo entre las nubes (el cielo más límpido que había visto jamás), de intenso color azul, a través del cual resplandecía la luna con un brillo inusitado. Iluminaba cuanto nos rodeaba con enorme claridad… pero ¡santo Dios!, qué terrible era lo que mostraba.

»Hice una o dos tentativas de hablar con mi hermano, pero, aunque no lograra entender por qué, el ruido era tan atronador que, a pesar de gritarle con todas mis fuerzas al oído, no conseguí que me oyera una sola palabra. De pronto movió la cabeza, mortalmente pálido, y levantó un dedo como si

quisiera decirme: “¡Escucha!”.

»Al principio no entendí a qué se refería, pero no tardó en venirme al pensamiento una idea horrible. Saqué mi reloj del bolsillo. No funcionaba. Contemplé su esfera a la luz de la luna, y me eché a llorar mientras lo arrojaba al océano. *¡Se había parado a las siete! Habíamos dejado atrás el momento de calma, y el remolino del Ström ¡estaba en el apogeo de su furia!*

»Cuando un barco está bien construido, debidamente trimado y sin demasiada carga, las olas de un fuerte temporal, cuando navega de largo, parecen deslizarse siempre por debajo de su casco (algo de lo más extraño para un hombre de tierra firme); a eso le llaman *correr* el temporal en lenguaje marino.

»Hasta entonces habíamos surcado las olas con pericia; pero, de pronto, una gigantesca masa de agua nos golpeó justo en la bovedilla y nos elevó con ella… arriba, muy arriba, como si fuéramos a alcanzar el cielo. Jamás habría imaginado que una ola pudiera llegar tan alto. Y después iniciamos un vertiginoso descenso, y nos sumergimos bruscamente en el agua; mientras la cabeza me daba vueltas, sentí como si cayera en sueños desde la cima de una montaña. Pero, al llegar a la cresta, había echado una ojeada a mi alrededor, y eso me había bastado. En un instante conocí nuestra posición exacta. El vórtice del Moskoe-ström estaba delante de nosotros, a un cuarto de milla; pero se parecía tan poco al remolino de siempre como el que está viendo usted al que forma un molino de agua. Si no hubiera sabido dónde estábamos, y lo que nos esperaba, no habría reconocido el lugar. Al verlo, cerré involuntariamente los ojos, presa del horror. Mis párpados se apretaron como en un espasmo.

»No habrían pasado más de dos minutos cuando de repente sentimos que las olas decrecían, y la espuma nos envolvió. El barco viró a babor con brusquedad y salió disparado en esa dirección, como un rayo. En el mismo instante, el estruendo del agua se vio completamente ahogado por una especie de chillido agudo… un sonido comparable al de miles de barcos que dejaran escapar al unísono el vapor de sus calderas. Nos encontrábamos en el cinturón de espuma que rodea siempre el remolino; y pensé, como es natural, que un segundo después nos precipitaríamos en el abismo, cuyo fondo solo veíamos borrosamente debido a la increíble velocidad con que avanzábamos.

El barco no parecía hundirse en el agua, sino flotar como una burbuja de aire en la superficie. A estribor se hallaba el vórtice; a babor, la inmensidad del océano que habíamos abandonado. Se alzaba como un muro gigantesco, retorciéndose entre nosotros y el horizonte.

»Aunque resulte extraño, en cuanto estuvimos en las fauces del abismo, me sentí más sereno que mientras me acercaba a ellas. Al abandonar toda esperanza, me libré de gran parte del terror que me había paralizado. Supongo que fue la desesperación lo que templó mis nervios.

»Quizá parezca jactancioso, pero lo que le cuento es cierto: empecé a reflexionar sobre lo magnífico que era morir de esa manera, y lo ridículo que era preocuparme de algo tan insignificante como mi propia vida ante una manifestación tan maravillosa del poder de Dios. Estoy convencido de que me sonrojé cuando esta idea me vino al pensamiento. Poco después sentí la más viva curiosidad por el remolino. Me entraron ganas de explorar sus profundidades, incluso a costa del sacrificio que iba a hacer; y mi mayor pesar era que nunca podría contar a los viejos amigos que me esperaban en tierra los misterios que iba a desentrañar. No hay duda de que eran fantasías extrañas para un hombre en una situación tan crítica, y a menudo he pensado que las vueltas del barco en el interior del vórtice debieron de aturdirme un poco.

»Otra circunstancia me ayudó a recobrar la serenidad, y fue que cesara el viento, incapaz de llegar hasta donde estábamos; pues, como ha visto usted, el cinturón de espuma está bastante más bajo que el nivel del océano, y éste se alzaba ante nosotros como una imponente cordillera negra. Si nunca ha pasado un fuerte temporal en alta mar, no puede hacerse una idea de la confusión que crean el viento y las olas juntos. Ciegan, ensordecen y ahogan, despojándonos de cualquier capacidad de acción o reflexión. Pero ahora nos veíamos, en gran medida, libres de tales molestias; del mismo modo que a los condenados a muerte se les permiten ciertos caprichos, prohibidos para ellos cuando su suerte es aún incierta.

»Es imposible saber cuántas vueltas dimos. Giramos y giramos a toda velocidad una hora quizá, volando más que flotando, acercándonos al centro del vórtice, cada vez mas pegados a su espeluznante borde interior. Durante todo este tiempo, seguí aferrado al cáncamo. Mi hermano se agarraba en popa

a un pequeño tonel vacío, bien amarrado bajo la toldilla y lo único que no se había llevado el mar al barrer la cubierta. Cuando nos aproximábamos al borde de la cavidad que llevaba al fondo del océano, mi hermano se soltó y vino hacia el cáncamo, donde, presa del terror, trató de desprender mis manos, ya que no era un asidero lo bastante grande ni seguro para los dos. Mi desconsuelo no pudo ser mayor al verlo actuar así, aunque comprendí que un miedo cerval le había hecho perder el juicio. No quise, sin embargo, pelear con él. Sabía que daba igual quién se aferrara al cáncamo, así que se lo cedí para ir al tonel de popa. No me costó mucho alcanzarlo, pues el barco giraba a un ritmo constante y sin perder la estabilidad, cabeceando únicamente entre los inmensos surcos que formaban el remolino. Acababa de ocupar mi nueva posición cuando dimos un brusco bandazo a estribor, y nos precipitamos de proa en el abismo. Murmuré una apresurada oración, y pensé que todo había terminado.

»Durante el vertiginoso descenso, me agarré instintivamente con más fuerza al tonel y cerré los ojos. Por espacio de unos segundos no me atreví a abrirlos, esperando mi inminente aniquilación; y me sorprendió no verme enzarzado en una lucha agónica con el agua. Pero los segundos transcurrían. Y yo seguía vivo. La sensación de caída había cesado; y el movimiento del barco se parecía mucho al de antes, cuando nos encontrábamos en el cinturón de espuma, con la salvedad de que ahora estaba menos atravesado. Me armé de valor y volví a mirar lo que me rodeaba.

»Jamás olvidaré el miedo, el horror y la admiración con que contemplé la escena. El pesquero parecía suspendido, como por arte de magia, a mitad de camino, en el interior de un embudo de gigantesca circunferencia y prodigiosa profundidad, cuyas paredes completamente lisas habrían parecido de ébano de no ser por la asombrosa rapidez con que giraban y el deslumbrante y fantasmal resplandor que irradiaban, pues los rayos de la luna llena, desde el círculo abierto entre las nubes que he mencionado antes, derramaban su gloria dorada sobre las negras paredes hasta desaparecer en las más recónditas profundidades del abismo.

»Al principio estaba demasiado aturdido para observar las cosas con precisión. Lo único que veía era aquella explosión de terrorífica grandeza. Cuando me recuperé un poco, sin embargo, miré instintivamente hacia abajo.

En esa dirección, debido a la posición del barco —suspendido en la superficie inclinada del vórtice—, ningún obstáculo me impedía ver a gran distancia. Sin escorar apenas, con la cubierta paralela al agua, que tenía una inclinación de más de cuarenta y cinco grados, parecíamos caer casi en vertical. Observé, sin embargo, que no me resultaba más difícil sostenerme que si el barco hubiera estado a nivel; supongo que se debía a la velocidad con que girábamos.

»Los rayos de la luna parecían llegar hasta el fondo del impresionante abismo: pero no pude ver nada con claridad por culpa de la espesa niebla que lo envolvía todo, y sobre la que se cernía un majestuoso arco iris, semejante al angosto y tambaleante puente que, según los musulmanes, es el único camino entre el Tiempo y la Eternidad. Aquella niebla, o vapor de agua, se debía sin duda al encontronazo de las grandes paredes del embudo cuando se juntaban en el fondo; pero no intentaré describir el aullido que, desde aquella niebla, se elevaba hasta el cielo.

»Nuestro primer deslizamiento en la cavidad, desde el cinturón de espuma de la parte superior, nos hizo descender un largo tramo; pero el resto de la bajada fue un caos. Giramos y giramos, no con un movimiento uniforme sino entre balanceos y sacudidas, que unas veces nos llevaban a escasos centenares de metros y otras nos hacían completar casi el círculo del remolino. Nuestro descenso era lento, pero muy perceptible.

»Al contemplar la enorme extensión de ébano líquido por la que éramos arrastrados, me di cuenta de que nuestro pesquero no era el único objeto succionado por el remolino. Por encima y por debajo de nosotros había restos de barcos, y una gran cantidad de maderamen y troncos de árboles, así como cosas más pequeñas, como muebles, cajas rotas, toneles y duelas. He descrito ya la curiosidad contra natura que sustituyó a mi terror inicial. Ésta pareció aumentar a medida que me acercaba a mi pavoroso destino. Empecé a observar, con extraño interés, los innúmeros objetos que flotaban a nuestro alrededor. *Tenía* que estar delirando, pues hasta me *divirtió* calcular la velocidad relativa con que descendía cada uno hacia la espuma del fondo. “Este abeto —me oí decir— será lo siguiente que desaparezca”; pero luego me decepcionó ver que los restos de un mercante holandés caían antes. Finalmente, después de varias conjeturas de esa naturaleza sin acertar nunca,

este hecho… el hecho de equivocarme siempre, me movió a unas reflexiones que de nuevo hicieron temblar mis brazos y mis piernas, y latir con fuerza mi corazón.

»No era el pánico el que me afectaba de ese modo, sino el nacimiento de una *esperanza* más viva. Surgía en parte del recuerdo, y en parte de la observación. Me acordé de la gran variedad de objetos que llegaban a la costa de Lofoten, y que el Moskoe-ström había succionado y arrojado luego al exterior. Casi todos estaban destrozados, de un modo espantoso, tan erosionados y ásperos que semejaban un montón de astillas; pero también me vino a la memoria que *algunos* estaban en perfecto estado. Lo único que se me ocurría para explicar esa diferencia es que los objetos destrozados fueran los que el remolino se había *tragado por completo*, y los otros hubieran caído en él cuando la marea estaba más próxima a su fin, o, por algún motivo, hubieran descendido tan despacio que no hubieran llegado al fondo antes de que cambiara la marea en uno u otro sentido. Me pareció posible que, en ambos casos, dichos objetos fueran devueltos al nivel del océano, sin correr el destino de los que hubieran caído antes en el vórtice o hubieran sido succionados a mayor velocidad. Hice, asimismo, tres observaciones importantes. La primera era que, por regla general, cuanto más grandes eran los objetos, más rápido descendían; la segunda, que entre dos masas de la misma extensión, una esférica y otra *de cualquier forma*, la que descendía a mayor velocidad era la esfera; la tercera, que entre dos masas de idéntico tamaño, una cilíndrica y otra de cualquier forma, era el cilindro el succionado con más lentitud. Desde que escapé de la muerte, he hablado varias veces sobre esto con un viejo maestro de la zona; fue él quien me enseñó a usar las palabras “cilindro” y “esfera”. Me explicó —aunque he olvidado las razones — que lo que yo había observado era la consecuencia natural de las formas de los objetos flotantes; y me mostró cómo un cilindro, en el interior de un vórtice, ofrecía mayor resistencia a ser succionado, y era arrastrado con mucha más dificultad que otro objeto de su mismo volumen, de la forma que fuera.[20].

»Había un factor sorprendente que reforzaba en gran medida estas observaciones, y aumentaba mi deseo de verificarlas: cada vez que dábamos una vuelta, veíamos una especie de barril, una verga o un mástil, mientras

que numerosos objetos que se encontraban a nuestro nivel cuando abrí los ojos para contemplar el prodigioso vórtice estaban ahora mucho más arriba y parecían no haberse movido apenas de su posición inicial.

»Dejé de tener dudas sobre lo que debía hacer. Decidí amarrarme al tonel, soltarlo de la popa y arrojarme con él al agua. Llamé la atención de mi hermano señalándole los barriles que flotaban cerca de nosotros, e hice cuanto pude para que entendiera mis intenciones. Pensé que al fin había comprendido lo que me disponía a hacer, pero, fuera esto cierto o no, movió la cabeza con desesperación y se negó a soltar el cáncamo. Era imposible llegar hasta él; la situación exigía actuar sin demora; y así, con gran amargura, lo abandoné a su suerte. Me amarré bien al tonel con los cabos que lo habían sujetado bajo la toldilla, y me tiré al mar sin un instante de vacilación.

»El resultado fue exactamente el que esperaba. Como soy yo quien le cuenta esto, y puede ver que *escapé* con vida, y además sabe ya cómo logré hacerlo, abreviaré el fin de una historia que usted puede adivinar. Más o menos una hora después de que yo abandonara el barco, que se había alejado de mí y estaba a una gran profundidad, vi cómo daba tres o cuatro vueltas descontroladas y muy rápidas, y se precipitaba en el caos de espuma llevando consigo a mi querido hermano. El tonel al que me había amarrado descendió algo más de la mitad de la distancia entre el fondo del abismo y el punto donde me había arrojado al agua antes de que se produjera un cambio enorme en la naturaleza del vórtice. Las paredes del gigantesco embudo se volvieron cada vez menos empinadas; la rotación del remolino, cada vez menos violenta. Poco a poco, desaparecieron la espuma y el arco iris, y pareció elevarse lentamente el fondo del abismo. El cielo estaba despejado, el viento había caído, y la luna llena resplandecía en el oeste cuando me encontré en la superficie del océano, delante de la costa de Lofoten, y en el lugar donde *había estado* el Moskoe-ström. Era el momento de calma entre las dos mareas, pero el mar seguía embravecido a causa del huracán. Las olas me empujaron con violencia al canal del Ström, y pronto estuve cerca de la costa, en la zona donde se pesca. Un bote me recogió, completamente exhausto y mudo después de tanto horror. Los que me subieron a bordo eran mis viejos amigos y compañeros de faena, pero no me reconocieron, como si fuese un

viajero que regresara del mundo de los espíritus. Mi pelo, negro como el azabache la víspera, estaba tan blanco como lo ve en estos momentos. Me dijeron que también había cambiado la expresión de mi rostro. Les conté mi historia, pero no me creyeron. Ahora se la cuento a *usted*, aunque no espero que le dé más crédito que los alegres pescadores de Lofoten.

Tempestad

(fragmento de *David Copperfield*)
Charles Dickens
(1850)

Traducción: Marta Salís

CHARLES DICKENS (1812-1870) nació en Portsmouth, segundo de los ocho hijos de un funcionario de la Marina. A los doce años, encarcelado el padre por deudas, tuvo que ponerse a trabajar en una fábrica de betún. Su educación fue irregular: aprendió por su cuenta taquigrafía, trabajó en el bufete de un abogado y finalmente fue corresponsal parlamentario de *The Morning Chronicle*. Sus artículos, luego recogidos en *Bosquejos de Boz* (1836-1837) tuvieron un gran éxito y, con la aparición en esos mismos años de *Los papeles póstumos del club Pickwick*, Dickens se convirtió en un auténtico fenómeno editorial. Novelas como *Oliver Twist* (1837), *Nicholas Nickeby* (1838-1839) o *Barnaby Rudge* (1841) alcanzaron una enorme popularidad, así como algunas crónicas de viajes, como *Estampas de Italia* (1846). Con *Dombey e hijo* (1846-1848) inicia su época de madurez novelística, de la que son buenos ejemplos *David Copperfield* (1849-1850), su primera novela en primera persona, y su favorita, en la que elaboró algunos episodios autobiográficos, *Casa desolada* (1852-1853), *La pequeña Dorrit* (1855-1857), *Historia de dos ciudades* (1859) y *Grandes esperanzas* (1860-1861). Trabajador infatigable, Dickens escribió además relatos breves, artículos, dirigió dos revistas —*Household Words* y *All the Year Round*— e hizo varias giras de conferencias por Gran Bretaña y Estados Unidos. Murió en Londres en 1870.

«Tempestad» es un fragmento del capítulo LV de *David Copperfield*, novela publicada por entregas de mayo de 1849 a noviembre de 1850 por Bradbury & Evans (Londres), editores de Dickens desde 1844 hasta 1858. Para Tolstói, que consideraba *David Copperfield* el mayor hallazgo de Dickens, este capítulo de la tempestad era el patrón por el que debería juzgarse toda obra de ficción.

Tempestad

(fragmento de *David Copperfield*)

Me acerco ahora a un episodio de mi vida, tan inolvidable y tan terrible, tan ligado por una infinita variedad de lazos a cuanto lo ha precedido en estas páginas, que, desde el principio de mi relato, lo he visto crecer y crecer en el horizonte, como una elevada torre en medio de una llanura, proyectando su anunciada sombra incluso sobre las vicisitudes de mis días infantiles.

Muchos años después de que ocurriera, seguía soñando con él. Me he despertado a menudo sobresaltado, recordándolo con tanta viveza como si oyera aún su furia desatada en mi tranquilo dormitorio, en medio del silencio de la noche. Y aún hoy sueño a veces con él, aunque con intervalos cada vez más inciertos y más largos. No hay en mi alma una asociación de ideas tan fuerte como la que vincula este episodio a un viento tempestuoso o a la simple mención de la orilla del mar. Intentaré describirlo aquí con la misma claridad con que ocurrió. No lo recuerdo, lo veo; pues es como si volviera a suceder ante mis ojos.

Como se acercaba rápidamente el día en que el barco de los emigrantes debía zarpar, mi buena y vieja Peggotty (con el corazón destrozado por mi causa) vino a Londres. Yo estaba siempre con ella, con su hermano y con los Micawber (que ahora pasaban mucho tiempo juntos); pero jamás vi a Emily.

Poco antes de su partida, una tarde en que me hallaba a solas con Peggotty y su hermano, nos pusimos a hablar de Ham.[21] Peggotty nos

explicó con cuánta ternura se había despedido de ella, y la serenidad y la hombría que había mostrado. Sobre todo en los últimos tiempos, que ella consideraba los más duros para él. Era un tema del que la buena mujer nunca se cansaba de hablar; y nuestro interés por escuchar las numerosas anécdotas que ella tenía que contarnos, después de vivir tanto tiempo con Ham, no era menor que su deseo de relatarlas.

Por aquel entonces, mi tía y yo estábamos desocupando las dos casitas de Highgate; yo tenía intención de viajar al extranjero, y mi tía pensaba regresar a su casa de Dover. Habíamos alquilado temporalmente unas habitaciones en Covent Garden. Mientras me dirigía a ellas, después de la conversación que acabo de relatar, reflexionando sobre mi último encuentro con Ham en Yarmouth, empezó a flaquear mi propósito original de dejar una carta para Emily cuando me despidiera de su tío en el barco, y decidí que sería mejor escribirle aquella misma noche. Pensé que tal vez ella deseara, después de recibir mi misiva, enviar algunas palabras de despedida a su infortunado pretendiente. Tenía que darle esa oportunidad.

Así pues, me senté en mi dormitorio antes de acostarme y escribí a la joven. Le conté que había estado con Ham y que él me había pedido que le transmitiera lo que en su momento relaté en estas páginas. Se lo repetí fielmente. No habría sido necesario extenderme sobre ello, aunque hubiese tenido derecho a hacerlo. Ni yo ni nadie podíamos encarecer la profunda fidelidad y bondad de Ham. Dejé la carta fuera, a fin de que la enviaran por la mañana; añadí unas líneas para el señor Peggotty, rogándole que se la entregara a Emily; y me fui a la cama con las primeras luces del día.

Estaba más débil de lo que creía; y, como no logré conciliar el sueño hasta después de salir el sol, seguí acostado, sin poder descansar, hasta bastante tarde. Me despertó la presencia silenciosa de mi tía junto a la cabecera. Sentí su proximidad en medio de mis sueños, como supongo que hacemos todos en esos momentos.

—Trot, querido —me dijo, cuando abrí los ojos—, no acababa de decidirme a molestarte. El señor Peggotty está aquí; ¿le digo que suba?

Le contesté que sí, y éste no tardó en aparecer.

—Señorito Davy —exclamó, después de darnos un apretón de manos—, he entregado su carta a Emily y ésta es su respuesta; me ha rogado que le

pida a usted que la lea y que, si no ve nada malo en ella, tenga la bondad de hacérsela llegar a Ham.

—¿La ha leído usted? —quise saber.

Asintió tristemente con la cabeza. La abrí, y leí lo siguiente:

> He recibido tu mensaje. ¡Oh, qué puedo escribir yo para agradecer tu bendita generosidad y tu bondad conmigo!
>
> He guardado tus palabras junto a mi corazón. Las conservaré allí hasta mi muerte. Son espinas crueles, pero ¡me proporcionan tanto consuelo! He rezado al leerlas, ¡oh, he rezado tanto! Cuando veo cómo eres, y cómo es el tío, comprendo cómo debe de ser Dios, y me atrevo a llorar ante Él.
>
> Y ahora, adiós para siempre. Adiós para siempre en este mundo, queridísimo amigo. Tal vez en el más allá, si soy perdonada, vuelva a despertar con la inocencia de un niño y pueda reunirme contigo. Con todo mi agradecimiento y mis bendiciones, ¡adiós para siempre jamás!

Y ésa era la carta, emborronada por las lágrimas.

—¿Puedo decirle que no ve nada malo en ella y que tendrá la bondad de hacérsela llegar a Ham, señorito Davy? —inquirió el señor Peggotty, cuando la hube leído.

—Por supuesto que sí —repliqué—, pero estoy pensando…

—¿Sí, señorito Davy?

—Estoy pensando que será mejor que vaya de nuevo a Yarmouth. Tengo tiempo de sobra para ir y volver antes de que zarpe el barco. No hago más que acordarme de Ham y de su soledad. Poner en sus manos esta carta escrita por Emily, en un momento como éste, y que usted pueda decirle a ella, en el instante de partir, que él la ha recibido, será algo bueno para los dos. Acepté solemnemente el encargo de Ham, pobre y querido muchacho, y cuanto haga para cumplirlo me parecerá poco. El viaje no es ninguna molestia para mí. Estoy muy nervioso, me sentará bien un poco de movimiento. Saldré esta misma noche.

A pesar de que trató de disuadirme, me di cuenta de que era de mi misma opinión; y, si yo hubiera necesitado que me alentaran un poco, aquello habría bastado. El señor Peggotty, a petición mía, se dirigió a las oficinas de la diligencia y me reservó un asiento en el pescante de la silla de posta. Salí al anochecer, en ese carruaje, por la carretera que había recorrido en medio de

tantas vicisitudes.

—¿No cree que tenemos un cielo verdaderamente extraordinario? —pregunté al cochero en nuestro primer tramo fuera de Londres—. No recuerdo haber visto nada parecido.

—Tampoco yo… No, nada parecido. Es el viento, señor. Parece que se avecinan grandes desgracias en la mar.

Se veía una tenebrosa confusión de nubes errantes —manchadas aquí y allá de un color que se asemejaba al humo de la madera verde—, formando impresionantes cúmulos que parecían más altos que la distancia entre ellos y los más profundos abismos de la tierra; y la insensata luna parecía zambullirse impetuosa en aquel caos, como si, en una terrible perturbación de las leyes de la naturaleza, se hubiera extraviado y tuviese miedo. El viento había soplado todo el día, y en aquellos momentos arreciaba con extraordinaria violencia. Una hora después, su fuerza había aumentado, el cielo se había oscurecido y silbaba con furia.

A medida que avanzaba la noche, las nubes se cerraron y cubrieron todo el cielo, que se volvió completamente negro, y el viento siguió ululando cada vez más fuerte. Y alcanzó tal intensidad que nuestros caballos a duras penas podían avanzar. Muchas veces, en medio de las tinieblas (estábamos a finales de septiembre, cuando las noches no son cortas), los nobles brutos que iban en cabeza dieron media vuelta o se detuvieron en seco; y con frecuencia nos asaltó el temor de que el viento volcara el carruaje. Antes de que estallara la tormenta, llegaron fuertes ráfagas de lluvia, como chaparrones de acero; y, en esos momentos, cuando podíamos refugiarnos bajo un árbol o al socaire de algún muro, nos deteníamos de buen grado ante la imposibilidad de continuar la lucha.

La tormenta seguía arreciando cuando amaneció. Yo había estado en Yarmouth cuando los marineros decían que soplaba un viento endemoniado, pero jamás había visto nada igual, ni siquiera parecido. Llegamos a Ipswich (con mucho retraso, pues, desde que estuvimos a quince kilómetros de Londres, habíamos tenido que disputar al viento cada centímetro de camino) y encontramos a sus gentes apiñadas en la plaza del mercado; habían abandonado la cama en mitad de la noche, temiendo que se cayeran las chimeneas. Algunos se congregaron en el patio de la posada, mientras

cambiábamos los caballos, y nos contaron que el viento había arrancado grandes planchas de plomo del campanario de la iglesia y las había arrojado en una callejuela ahora intransitable. Otros nos hablaron de los campesinos que, al venir de los pueblos cercanos, habían visto árboles gigantescos arrancados de cuajo y almiares enteros desparramados por campos y caminos. Pero la tormenta no amainaba, sino que cada vez rugía con más violencia.

Avanzamos con dificultad, cada vez más cerca del mar, desde donde aquel viento infernal soplaba en dirección a la costa, y su fuerza se hizo más y más aterradora. Mucho antes de divisar el agua, sentimos sus rociones en nuestros labios, y cayó sobre nosotros una lluvia salada. La marea estaba muy baja, y quedaban a la vista kilómetros y kilómetros de aquel vasto arenal pegado a Yarmouth; y el agua se agitaba con violencia en sus pozas y charcas, arrojando hacia nosotros sus pequeñas y furiosas olas. Cuando el mar apareció ante nuestros ojos, las olas, que veíamos a intervalos en el horizonte por encima del abismo ondulante, daban la impresión de ser otra costa con sus torres y edificios. Finalmente, llegamos a la ciudad; y los vecinos salían de sus casas, ladeados y con los cabellos ondeando, asombrados de que la silla de posta hubiera podido abrirse camino en una noche como aquélla.

Reservé una habitación en la vieja posada, y me dirigí a la playa para contemplar el mar; tambaleándome por la calle, que estaba cubierta de arena, de algas y de retazos volantes de espuma de mar; temeroso de las tejas y pizarras que caían; aferrándome a las personas con que me cruzaba, en las esquinas menos protegidas. Al acercarme a la playa, vi no solo a los marineros sino a la mitad de los habitantes de Yarmouth, al socaire de los edificios; algunos desafiaban de vez en cuando la furia de la tormenta para mirar mar adentro, y el viento los desviaba de su camino cuando regresaban haciendo zigzag.

Me uní a aquellos grupos; y encontré mujeres que lloraban porque sus maridos habían salido a pescar arenques y ostras, y ellas pensaban, con razón, que sus botes se habrían ido a pique antes de conseguir ponerse a salvo. Había entre la gente viejos marinos de cabellos grises que movían la cabeza, mientras miraban el mar y el cielo y hacían comentarios entre sí; armadores, nerviosos y preocupados; niños que se apiñaban y escrutaban el rostro de sus

mayores; e incluso rudos marineros, inquietos y angustiados, que, desde sus lugares de refugio, apuntaban con el catalejo hacia el mar, como si estuvieran vigilando a un enemigo.

Aquel mar embravecido, cuando logré detenerme a mirar el oleaje, en medio del viento huracanado y de un torbellino de piedras y de arena, me dejó estupefacto. La más insignificante de las gigantescas murallas de agua que avanzaban hacia nosotros y, al llegar a su punto más alto, se desplomaban, convirtiéndose en espuma, parecía capaz de tragarse toda la ciudad. Cuando la ola se retiraba con un ronco rugido, parecía dejar profundas cavidades en la playa, como si quisiera socavar la tierra. Cuando algunas de aquellas montañas de cresta blanca bramaban y se hacían pedazos antes de llegar a tierra, cada uno de sus fragmentos parecía poseído por toda la fuerza de su ira y corría a fundirse con otro monstruo. Las colinas onduladas se transformaban en valles, los valles ondulados (por los que a veces pasaba volando a baja altura un solitario petrel) se alzaban hasta convertirse en colinas; masas de agua temblaban y sacudían violentamente la orilla con el ruido de un trueno, y todas aquellas formas avanzaban tumultuosamente, desplazándose y cambiando sin cesar su fisonomía; la costa imaginaria se elevaba y descendía en el horizonte con sus torres y edificios, y las espesas nubes se movían a gran velocidad. Tuve la impresión de asistir al desgarramiento y cataclismo de toda la naturaleza.

Al no encontrar a Ham entre la gente que aquel temporal memorable (pues todavía lo recuerdan como el más violento que ha azotado esas costas) había congregado en la playa, decidí ir a su casa. Estaba cerrada; como nadie respondió a mi llamada, me dirigí por callejuelas y pequeños senderos hasta el astillero donde trabajaba. Allí me contaron que se había ido a Lowestoft, donde ciertas reparaciones urgentes precisaban de su habilidad; pero que volvería al día siguiente, muy temprano.

Regresé a la posada; y, después de haberme lavado y vestido, y de haber intentado dormir en vano, eran las cinco de la tarde. No llevaba ni cinco minutos sentado junto a la chimenea de la sala cuando el camarero vino a atizar el fuego, como una excusa para entablar conversación, y me dijo que dos carboneros se habían hundido con toda su tripulación a pocos kilómetros de distancia; y que habían visto otros barcos en la rada, luchando

desesperadamente por no acercarse a la costa.

—¡Que Dios se apiade de ellos y de todos los pobres marineros si tenemos otra noche como la de ayer! —exclamó.

Me sentía terriblemente solo y abatido, y la ausencia de Ham me inquietaba mucho más de lo que hubiera sido lógico esperar. Los acontecimientos de los últimos tiempos me habían afectado más de lo que yo creía; y haber estado tantas horas expuesto a la furia del viento me había dejado bastante aturdido. Mis recuerdos y mis pensamientos estaban tan enmarañados que había perdido toda noción del tiempo y del espacio. De modo que, si hubiera salido a la calle, no creo que me hubiese sorprendido encontrar a una persona que yo supiera con certeza que estaba en Londres. Para decirlo de otro modo, mi cerebro sentía una extraña indiferencia a esa clase de cosas; aunque se hallaba, al mismo tiempo, muy activo con todos los recuerdos que aquel sitio despertaba en mí, y que eran especialmente claros y vívidos.

En ese estado, me apresuré a asociar, de forma inconsciente, la triste noticia que acababa de darme el camarero sobre los barcos con mi preocupación por Ham. Lo cierto es que temía que volviera de Lowestoft por mar y naufragase. Y esa angustia empezó a atormentarme de tal modo que decidí volver al astillero antes de cenar y preguntar al dueño si creía posible que Ham regresara en barco. En caso de que existiera la menor posibilidad, iría a Lowestoft para impedirlo y lo traería conmigo.

Encargué rápidamente la cena y volví al astillero. Llegué justo a tiempo, ya que el dueño, con una linterna en la mano, estaba cerrando la puerta. Se echó a reír cuando oyó mi pregunta, y respondió que no me preocupara, que ningún hombre en su sano juicio, o que estuviera trastornado, se embarcaría con un temporal como aquél, y menos que nadie Ham Peggotty, que había nacido para ser marinero.

Lo sabía de antemano, y por eso me había avergonzado llevar a cabo algo que, sin embargo, me sentía obligado a hacer. Regresé a la posada. Si un viento como aquél podía arreciar, creo que estaba arreciando. Sus rugidos y bramidos, el traqueteo de puertas y ventanas, el ulular de las chimeneas, el movimiento de la casa que me servía de refugio, y el tumulto prodigioso de la mar eran todavía más aterradores que por la mañana. Además, ahora reinaba

una profunda oscuridad, que añadía a la tormenta nuevos horrores, reales y ficticios.

No podía comer, no podía quedarme quieto, no podía concentrar mi atención en nada. Algo dentro de mí, respondiendo débilmente a la tormenta exterior, agitaba las profundidades de mi memoria, y la sumía en la confusión. Y, a pesar del torbellino de mis pensamientos, que corrían enloquecidos al compás del mar ensordecedor, la tormenta y mi inquietud por Ham se hallaban siempre en primer término.

Se llevaron mi comida sin que apenas la hubiera probado, e intenté animarme con un vaso o dos de vino. Fue inútil. Me adormecí junto al fuego, sin perder la conciencia del estruendo exterior ni del lugar donde me encontraba. Ambas sensaciones quedaron eclipsadas por un terror nuevo e indefinible; y, cuando me desperté… o mejor dicho, cuando conseguí librarme del letargo que parecía haberme atado a la silla, todo mi cuerpo, sin saber por qué, se estremeció de miedo.

Paseé de un lado a otro de la habitación, intenté leer un viejo manual de geografía, escuché el espantoso fragor; contemplé los rostros, escenas y siluetas que dibujaban las llamas. Finalmente, el tictac del impasible reloj de pared me atormentó de tal modo que decidí acostarme.

Resultaba tranquilizador saber, en una noche como aquélla, que algunos criados de la posada habían decidido hacer guardia hasta que rayara el alba. Me fui a la cama, completamente exhausto y con la cabeza embotada; pero, al acostarme, esas sensaciones desaparecieron como por arte de magia, y me encontré completamente despierto y con los sentidos aguzados.

Durante horas estuve allí, escuchando el viento y el agua; tan pronto imaginaba oír gritos en el mar como los cañonazos de alarma o el derrumbamiento de algunas casas de la ciudad. Me levanté varias veces a mirar por la ventana; pero lo único que veía era el reflejo en los cristales de la pequeña vela que había dejado encendida y de mi semblante ojeroso, que me contemplaba desde el oscuro vacío.

Al final, mi agitación alcanzó tal paroxismo que me vestí presuroso y bajé corriendo las escaleras. En la enorme cocina, donde pude entrever ristras de cebollas y tocinos colgando de las vigas, los criados de guardia se habían agrupado, en las actitudes más variadas, alrededor de una mesa que, de modo

expreso, habían alejado de la gran chimenea y habían acercado a la puerta. Una bonita joven, que tenía los oídos tapados con su delantal y los ojos clavados en la puerta, lanzó un grito cuando aparecí, creyendo que era un fantasma; pero sus compañeros mostraron mayor presencia de ánimo y se alegraron de que alguien los acompañara. Un hombre, volviendo al asunto que habían estado discutiendo, me preguntó si pensaba que las almas de los tripulantes de los carboneros hundidos vagaban por la playa, en medio del temporal.

Debí de estar con ellos un par horas. En una ocasión, abrí el portón del patio y contemplé la calle desierta. La arena, las algas y los copos de espuma volaban por doquier; y tuve que pedir ayuda para cerrar de nuevo el portón, e impedir que el viento lo abriera.

Cuando regresé a mi cuarto solitario, reinaba en él una lúgubre oscuridad; pero para entonces estaba agotado y, al meterme de nuevo en la cama, caí (desde lo alto de una torre hasta el fondo de un precipicio) en un profundo sueño. Tengo la impresión de que durante mucho tiempo, a pesar de que soñaba estar en otro lugar y ver escenas muy diferentes, el viento seguía silbando en mi cabeza. Finalmente, perdí ese último contacto con la realidad y, en compañía de dos amigos muy queridos, que no sé quiénes eran, me encontré asediando una ciudad en medio de un intenso cañoneo.

El retumbar de los cañones era tan violento y continuo que no pude oír algo que me hubiera gustado mucho escuchar, hasta que, con gran esfuerzo, me desperté. Era de día… las ocho o las nueve de la mañana; la tempestad rugía, en el lugar de las baterías; y alguien me llamaba y golpeaba la puerta.

—¿Qué ocurre? —exclamé.

—¡Un naufragio! ¡Muy cerca!

Salté de mi cama y pregunté de qué barco se trataba.

—Una goleta, de España o Portugal, cargada de fruta y vino. ¡Dese prisa, señor, si quiere verla! En la playa dicen que está a punto de hacerse pedazos.

La voz excitada se alejó gritando por las escaleras; me vestí lo más rápidamente que pude y me precipité a la calle.

Muchos hombres y mujeres corrían delante de mí, todos en la misma dirección: la playa. Me sumé a su carrera y, adelantando a gran número de ellos, no tardé en verme frente al mar enfurecido.

Es posible que el viento hubiera amainado un poco para entonces, aunque no más que, si en mis sueños, hubiesen acallado media docena de cañones entre varios centenares. Pero el mar, después de la agitación que había sufrido durante toda la noche, resultaba infinitamente más aterrador que la víspera. Parecía como si todo se hubiera hinchado desde entonces; y la altura que alcanzaban las olas, y el modo en que se precipitaban unas tras otras y llegaban a la playa, en huestes interminables, era un espectáculo sobrecogedor.

Con la dificultad de no oír otra cosa que el viento y las olas, y con la muchedumbre, y la indescriptible confusión, y mis primeros esfuerzos por mantenerme en pie sin que me tiraran las fuertes ráfagas, me sentía tan confuso que, cuando busqué con la mirada el barco, lo único que distinguí fueron las crestas espumeantes de las gigantescas olas. Un marinero que estaba a mi lado, a medio vestir, señaló hacia la izquierda con su brazo desnudo (en el que una flecha tatuada apuntaba en la misma dirección). Y entonces, ¡oh, Dios mío!, vi la goleta, ¡justo delante de nosotros!

Uno de los mástiles se había partido, más de dos metros sobre cubierta, y caía hacia un lado, en una maraña de velas y de jarcia; y todos esos restos, cada vez que el barco cabeceaba y daba bandazos (lo que hacía sin cesar y con una violencia inconcebible), golpeaban el costado como si quisieran perforarlo. Incluso en aquellas condiciones seguían intentando cortar y desprenderse de ese trozo de palo; pues, cuando la goleta, que estaba de través, se volvió hacia nosotros en su balanceo, distinguí con claridad cómo los hombres de a bordo se afanaban con sus hachas, especialmente una silueta joven y vigorosa de largos cabellos rizados que destacaba sobre las demás. Pero un fuerte clamor, que llegó a oírse incluso por encima del viento y del agua, se elevó en aquel instante en la orilla; pues el mar, barriendo la cubierta del barco, arrastró hombres, arboladura, barriles, tablas, amuradas y montones de objetos parecidos, al oleaje en ebullición.

El segundo mástil continuaba en pie, con los jirones de la vela rifada y un revoltijo de cabuyería rota batiendo de una banda a otra. El barco había tocado fondo una vez —me gritó con voz ronca al oído el mismo marinero—, y luego volvió a elevarse antes de tocar fondo de nuevo. Me pareció entenderle que estaba partiéndose por la mitad, y no me fue difícil creerlo,

pues el cabeceo y el balanceo eran tan brutales que ninguna construcción humana podría resistir mucho tiempo. Mientras hablaba, se oyó otro grito de piedad en la playa. Cuatro hombres surgieron de las profundidades con el barco, aferrados a la jarcia del mástil que quedaba; en la parte más alta, la silueta vigorosa de cabellos rizados.

Había una campana a bordo; y, mientras el barco cabeceaba y daba bandazos, como una criatura desesperada que hubiera enloquecido, mostrándonos unas veces toda la cubierta cuando escoraba hacia la playa, y otras solamente la quilla, cuando dando un brusco bandazo escoraba hacia el mar abierto, la campana sonaba; y su tañido, el toque de difuntos de aquellos desdichados, llegaba hasta nosotros empujado por el viento. Una vez más perdimos de vista la goleta, y una vez más resurgió. Dos de los hombres habían desaparecido. En la playa creció la angustia. Los hombres gemían y juntaban las manos; las mujeres chillaban y volvían las cabezas hacia otro lado. Algunos corrían como locos de un lado a otro, pidiendo ayuda a gritos, aunque no se pudiera hacer nada. Yo estaba entre ellos, e imploraba frenéticamente a un grupo de marineros que conocía que no dejaran ahogarse ante nuestros ojos a aquellos dos desgraciados.

Me explicaron con gran agitación (no sé cómo, pues yo no estaba suficientemente sereno para comprender lo poco que era posible oír) que un bote salvavidas había intentado salvarlos valerosamente una hora antes, pero que sus esfuerzos habían resultado en vano; y que ningún hombre era tan temerario para lanzarse al mar con un cabo y servir de puente con los náufragos, que era lo único que podía hacerse. Entonces me di cuenta de que una sensación nueva conmocionaba a la muchedumbre reunida en la playa, y vi cómo la gente se apartaba y Ham se abría paso hacia la orilla.

Corrí hacia él… por lo que recuerdo, para repetir mi llamamiento de socorro. Pero, aunque estaba muy aturdido por aquel espectáculo tan terrible y tan nuevo para mí, su aire decidido y el modo en que miraba el mar —exactamente igual que al día siguiente de la fuga de Emily— me hicieron comprender el peligro que le amenazaba. Le sujeté con los dos brazos; y supliqué a los hombres con los que había estado hablando que no le escucharan, que no cometiesen un asesinato, que no le dejaran moverse de la playa.

Otro grito se elevó en la orilla; y, al mirar los restos del barco, vimos cómo la vela cruel golpeaba una y otra vez al hombre que estaba más abajo hasta tirarlo al agua, y flotaba triunfante alrededor de la silueta vigorosa, que había quedado sola en el mástil.

Frente a semejante espectáculo, y frente a la determinación de aquel hombre, no solo serenamente dispuesto a arriesgarlo todo sino también acostumbrado a dirigir a la mitad de los presentes, mis súplicas resultaron tan inútiles como si se las hubiera dirigido al viento.

—Señorito Davy —dijo alegremente, cogiéndome las manos—, si ha llegado mi hora, no hay nada que podamos hacer. Y, si no ha llegado, seguiré esperándola. ¡Que Dios le bendiga y nos bendiga a todos! ¡Compañeros, preparadme! ¡Voy a meterme en el agua!

Fui apartado, aunque sin violencia, a cierta distancia, donde la gente que me rodeaba me detuvo, insistiendo, según oí confusamente, en que Ham estaba decidido a ir, con ayuda o sin ella, y que yo pondría en peligro las precauciones que estaban tomando para su seguridad si molestaba a los hombres que se encargaban de ello. No sé lo que les dije ni lo que me contestaron; pero vi mucho movimiento en la playa, y hombres que corrían con los cabos de un cabestrante que había cerca, y entraban en un corro de siluetas que me impidieron seguir viendo a Ham. Luego lo vi solo, con su jersey y su pantalón marinero; con un cabo en la mano, o atado a la muñeca, y otro alrededor del cuerpo; varios hombres, de los mejores, agarraban este último por un extremo, a escasa distancia, mientras él lo dejaba sin tensar en la arena.

Era evidente, incluso para un ojo tan poco experimentado como el mío, que la goleta se estaba rompiendo. Vi que se estaba partiendo por la mitad y que la vida del hombre solitario que había en el mástil pendía de un hilo. Pero seguía aferrado a él. Llevaba en la cabeza un extraño gorro rojo, diferente del de los marineros, de un color más claro; y, mientras las pocas tablas que quedaban entre él y la destrucción se tambaleaban y combaban, y sonaba con antelación el toque de difuntos, todos le vimos agitarlo. Y, al contemplar su gesto, creí enloquecer, pues el recuerdo de un amigo, antaño muy querido, acudió a mi memoria.

Ham observó el mar, solo, con el aliento en suspenso a sus espaldas y la

tempestad ante él, hasta que una ola enorme se retiró; entonces, con una mirada a los que sujetaban el cabo amarrado a su cuerpo, se lanzó tras ella. En un instante, se encontró luchando con el agua, elevándose con las montañas, cayendo con los valles, perdido bajo la espuma, y arrastrado de nuevo hacia la orilla. Sus compañeros halaron rápidamente de él.

Se hallaba herido. Desde donde yo estaba, distinguí sangre en su rostro; pero él hizo caso omiso. Pareció dar apresuradamente algunas instrucciones para que los hombres le dejaran más libre —o eso creí comprender por el movimiento de su brazo— y volvió a lanzarse al agua.

Y se dirigió hacia la goleta, elevándose con las montañas, cayendo con los valles, perdido bajo la tumultuosa espuma, arrastrado hacia la orilla, arrastrado hacia el barco, luchando dura y valerosamente. La distancia era insignificante, pero la fuerza del mar y del viento lo convertían en una contienda mortal. Al final, se aproximó a la goleta. Estaba tan cerca que con una más de sus vigorosas brazadas habría podido aferrarse a ella… pero una gigantesca muralla de agua verde avanzó hacia la orilla, desde el otro lado del barco; Ham pareció subir de un poderoso salto hasta su cresta… ¡y el barco desapareció!

Al correr hacia el lugar desde donde tiraban del cabo, vi arremolinados algunos pequeños fragmentos, como si acabara de romperse un simple barril. Se leía la consternación en todos los rostros. Y lo arrastraron hasta mis pies… inconsciente… muerto. Lo llevaron hasta la casa más cercana y, ahora que nadie me lo impedía, me quedé a su lado, ayudando activamente mientras trataban por todos los medios de reanimarlo; pero la inmensa ola le había asestado un golpe mortal, y su generoso corazón había dejado de latir para siempre.

Al sentarme junto a la cama, cuando la esperanza se había perdido y todo había terminado, un pescador, que conocía desde que Emily y yo éramos niños, pronunció quedamente mi nombre en la puerta.

—Señor —exclamó, mientras las lágrimas corrían por su curtido rostro, que, al igual que sus labios temblorosos, había adquirido una palidez cenicienta—, ¿quiere acompañarme?

El viejo recuerdo que había acudido a mi memoria se reflejaba en su mirada. Le pregunté, aterrorizado, apoyándome en el brazo que él me ofrecía:

—¿Ha arrojado el mar algún cuerpo a la orilla?

—Sí.

—¿Lo conozco?

No respondió.

Pero me llevó a la orilla. Y en el lugar donde Emily y yo habíamos buscado conchas, de niños… en el lugar en que unos pequeños fragmentos de la vieja goleta, destrozada por el temporal de la noche anterior, habían sido esparcidos por el viento… entre las ruinas del hogar que él había agraviado… lo vi tendido, con la cabeza apoyada en el brazo, como lo había visto dormir tantas veces en el internado.[22].

El viaje a Panamá

Anthony Trollope
(1861)

Traducción: Marta Salís

ANTHONY TROLLOPE (1815-1882) nació en Londres, hijo menor de un abogado en bancarrota y de la escritora Frances Milton Trollope. Después de estudiar en Winchester y en Harrow, consiguió un puesto de funcionario en el Servicio de Correos, donde trabajó más de treinta años. En 1841 fue enviado a Irlanda, país que siempre le fascinó. Allí conoció a Rose Heseltine, con la que contrajo matrimonio y tuvo dos hijos. Narrador de gran finura psicológica, publicó su primera obra en 1847 y, a lo largo de su prolífica carrera, escribió cuarenta y siete novelas, varios libros de viajes y numerosos ensayos y relatos breves. Trollope reflejó como nadie la sociedad clerical inglesa en su serie de novelas ambientadas en la imaginaria Barchester: *El custodio* (1855), *Torres Barchester* (1857), *Doctor Thorne* (1858), *Framley Parsonage* (1859-1860), *The Small House at Allington* (1864), *The Last Chronicle of Barset* (1867); pero también escribió novelas políticas y sociales, entre las que cabe destacar: *Orley Farm* (1862), *Can You Forgive Her?* (1864-1865), *He Knew He Was Right* (1869) y *The Way We Live Now* (1875).

«El viaje a Panamá» («The Journey to Panama») fue escrito en noviembre de 1861 y se publicó ese mismo año en *The Victoria Regia: Original Contributions in Poetry and Prose*, (Emily Faithfull and Company), editado por Adelaide Proctor. Años después formaría parte del volumen de relatos *Lotta Schmidt and Other Stories* (Strahan, agosto de 1867). En este relato, que transcurre a bordo de un transatlántico, el viaje por mar —aunque sea de negocios o de recreo— también propicia acontecimientos alejados de la «existencia rutinaria y convencional», si bien en un entorno que no es más que la opresiva concentración de las tristes reglas sociales del mundo de tierra.

El viaje a Panamá

Es muy posible que, para nuestros contemporáneos, no haya un tipo de vida más alejado de su existencia rutinaria y convencional que la que se ven obligados a llevar a bordo de un transatlántico. En esas travesías nacen toda clase de amistades y se soportan toda clase de enemistades. Los más activos establecen ciertas líneas de política transitoria, y los que necesitan emociones se encargan de tejer con entusiasmo las intrigas, por lo general inocentes en sus conclusiones; mientras que los perezosos e indolentes se hunden en la insignificancia y el desprecio de todos, siendo éste su destino a bordo de un barco y en cualquier otro lugar. Sin embargo, las diversiones y el ajetreo de esa clase de vida no comienzan hasta el tercer o cuarto día de viaje. Hombres y mujeres se miran al principio con recelo y mal disimulada antipatía. Están muy lejos de adivinar los sentimientos que más tarde aflorarán, e imaginan diez, quince, veinte días de aburrimiento y mareo. Este último desaparece, como estado general, en la tarde del segundo día; y el aburrimiento, hacia la mañana del cuarto día. Entonces los hombres empiezan a pensar que las mujeres no son tan feas, vulgares e insípidas; y las mujeres dejan a un lado los monosílabos, olvidan el apego que inicialmente sentían por su pequeño camarote, y se vuelven afables, tal vez incluso más que cuando están en tierra. Y surgen las alianzas entre los propios hombres. Cuando entran en ese nuevo mundo, se observan generalmente unos a otros con profunda aversión, y piensan que quienes les rodean son tipos vulgares, o quizá algo peor; sin embargo, cuatro días después, o incluso antes, todos tienen dos o tres amigos

íntimos con los que conversan y fuman, y a los que comunican los detalles, y tal vez las intrigas, de su viaje. Las amistades femeninas nacen más lentamente, pues es posible que la desconfianza de las mujeres sea mayor que la de los hombres; pero lo cierto es que, una vez desarrolladas, también son más fuertes y a veces acaban siendo sumamente entrañables.

Con todo, las alianzas más extraordinarias son las que se establecen entre damas y caballeros. Es algo inevitable a bordo de un barco, como ocurre en tierra firme, y la intención de nuestro relato es contar la historia de una de esas amistades. Tales relaciones, por muy cordiales que sean, casi nunca pueden ser duraderas. Aunque estén llenos de dulce romanticismo, pues la gente se vuelve muy sentimental en medio de las incomodidades de una travesía, semejantes idilios suelen ser breves e ilusorios y, de vez en cuando, peligrosos.

Existen varias de estas grandes rutas oceánicas, de las que nadie parece discutir que Inglaterra sea su centro. Está la gran línea marítima del Este, que sale de Southampton, atraviesa el golfo de Vizcaya y sigue hasta el Mediterráneo; cruza el istmo de Suez y se ramifica para dirigirse a Australia, la India, Ceilán y China. Y también la gran línea marítima americana, que atraviesa el Atlántico rumbo a Nueva York o Boston con la exactitud de un reloj. En esta travesía, los días son tan rutinarios que los idilios escasean. Hay una o dos rutas marítimas más en América del Norte, que quizá tengan el mismo inconveniente. Luego está la línea de paquebotes de la costa de África, muy romántica, según he oído decir; y la gran ruta de las Indias Occidentales, a la que se encuentra ligada nuestra pequeña historia; y que no es una gran ruta por sus islas, que en la actualidad se hallan sumidas en la pobreza, sino porque desde allí continúa hasta México y Cuba, la Guayana y las repúblicas de Nueva Granada y Venezuela, América Central y el istmo de Panamá, desde donde se dirige a California, la isla de Vancouver, el Perú y Chile.

No es difícil imaginar cuán variopintos son los grupos que abandonan las costas de Gran Bretaña para seguir esa ruta. Hay franceses, por regla general muy poco románticos, que se dirigen a sus islas azucareras; hay españoles viejos, españoles de España, que buscan rehacer sus fortunas entre las ruinas de su antiguo imperio; y españoles nuevos, es decir, españoles de las

repúblicas americanas que, a pesar de hablar la misma lengua, no parecen españoles ni por sus modales ni por su fisonomía: hombres y mujeres con un poco, tal vez, de sangre india, muy amantes de los dólares y no demasiado aficionados a las cosas bellas de la vida. Hay asimismo holandeses y daneses, rumbo a sus islas. Hay ciudadanos de las barras y de las estrellas que llegan a todas partes… y quizá también, por desgracia, ciudadanos de una nueva bandera sureña con hojas de palmera.[23] Y hay ingleses de toda clase y condición… y también inglesas.

Constantemente, hay mujeres que se ven obligadas a hacer solas esa larga travesía. Unas van a reunirse con sus maridos, otras a buscar uno, o quizá a abandonarlo. Algunas jóvenes educadas en Inglaterra regresan a sus lejanos hogares al otro lado del Atlántico; y otras siguen a sus familiares, que han ido con antelación a colonizar un país extranjero. Que nadie piense que esas féminas se embarcan completamente solas, y pisan la cubierta sin ayuda de un brazo amigo. Por lo general, se ven encomendadas a alguna persona prudente y de más edad y, cuando se pasean por el barco, parecen ser miembros de algún grupo. Sin embargo, la mitad de las veces, su verdadera soledad se pone de manifiesto al cabo de cierto tiempo. La persona prudente tal vez no es muy amable con ellas; y hacia el cuarto día, al atardecer, entablan una nueva amistad.

No hace mucho tiempo nació una de esas alianzas en las circunstancias que voy a relatar. Un hombre… no demasiado joven, pues había cumplido treinta años, pero todavía joven, zarpó de Southampton en uno de los grandes vapores de las Indias Occidentales, con el propósito de cruzar el istmo de Panamá y continuar desde allí hasta California y la isla de Vancouver. Sería demasiado largo explicar el motivo de tan largo viaje. Baste decir que no era la maldita codicia del oro —*auri sacra fames*—[24] lo que le empujaba; y que tampoco tenía intención de establecerse en aquellas lejanas colonias de Gran Bretaña. Era viudo, y es muy posible que su hogar le resultara penoso sin la joven esposa que tan pronto había perdido. Al subir a bordo, iba acompañado de un caballero unos quince años mayor que él, con quien compartiría camarote hasta St. Thomas. Los dos se habían presentado con anterioridad, por lo que parecían viejos amigos al embarcar en el Serrapiqui; pero acababan de conocerse en Southampton, y mi héroe, que se llamaba Ralph

Forrest, estaba solo en el mundo cuando se quedó mirando desde el costado del barco cómo se alejaban las costas de Hampshire.

—Será mejor que nos ocupemos de nuestros sitios, amigo mío —dijo su nuevo conocido, dándole una palmadita en la espalda.

El señor Mathew Morris era un experimentado viajero, y sabía cómo intimar en seguida con sus compañeros temporales. Sus continuos periplos le habían ayudado a perder la timidez y, cuando se empeñaba, en media hora convertía a cualquier hombre en su hermano, y en diez minutos a cualquier mujer en su hermana.

—¿De nuestros sitios? ¿Qué sitios? —preguntó Forrest.

—Y ¿de ese modo piensa llegar a California? Como no espabile, querido amigo, apenas comerá y beberá hasta su regreso a Inglaterra. ¿Acaso no sabe que el barco está lleno hasta los topes?

Forrest reconoció que esto era cierto.

—En el comedor caben cien personas sentadas, y hay ciento treinta pasajeros a bordo. Los que no espabilen tendrán que pelearse por un asiento. Pero yo he dejado nuestras tarjetas en los platos y he reservado dos sitios. Será mejor que bajemos para que ninguno de esos españoles nos los quite.

Forrest siguió a su amigo, y encontró las largas mesas casi llenas de expectantes comensales. Al llegar a su asiento, un futuro vecino le comunicó, en tono muy poco amable, que estaba usurpando el lugar de una dama; y, cuando el joven se disponía a abandonarlo, el señor Mathew Morris se lo impidió. Se enzarzaron entonces en una pequeña discusión que, sin embargo, acabó felizmente sin derramamiento de sangre. La dama no estaba presente en aquellos momentos, y el caballero gruñón[25] accedió a ocupar un asiento libre al otro lado de la mesa.

Durante los tres primeros días, la dama no apareció. El caballero gruñón, que, como Forrester supo después, era propietario de unos almacenes en Bridgetown, Barbados, iba en compañía de otras señoras. Primero se presentó la hija, que bajó cautelosamente a cenar el segundo día, declarando que sería incapaz de tomar un bocado y anunciando que tendría que retirarse a los cinco minutos. En aquella ocasión, sin embargo, logró sorprender agradablemente a sus amigos, y también a sí misma. Luego comparecieron la mujer del caballero gruñón y el hermano de la mujer del caballero gruñón,

cuya constitución parecía verse tan afectada por el mar como la de las damas; y finalmente, en el desayuno del cuarto día, la señorita Viner entró en el comedor y ocupó su asiento a la derecha del señor Forrest.

Él la había visto en cubierta con anterioridad, mientras ella trataba en vano de ponerse cómoda en uno de los bancos, y le había comentado a su acompañante que era muy poco atractiva, casi fea. Queridas señoritas, ¡eso es lo que los hombres dicen de vosotras la primera vez que os ven a bordo de un barco! La señorita Viner estaba triste y angustiada, y además se sentía indispuesta. No le gustaba el mar. No le gustaba lo más mínimo el caballero gruñón, a quien la habían confiado. No le gustaba especialmente la mujer del caballero gruñón; y detestaba a su hija, con la que compartía camarote. Esa joven se había mareado mucho y había sido muy egoísta, y la señorita Viner también se había mareado mucho y probablemente había sido igual de egoísta. Aunque hubieran sido ángeles, se habrían odiado en aquellas circunstancias. No era de extrañar que al señor Forrest le hubiera parecido fea mientras se retorcía en el duro banco, tratando inútilmente de ponerse cómoda.

—Mejorará muchísimo antes de que lleguemos al trópico —dijo el señor Morris—; y allí no la encontrará tan fea. Es la dama que se sentará a su lado en el comedor.

—¡Vaya por Dios! —exclamó Forrest.

Sin embargo, se mostró muy cortés con ella cuando apareció en el comedor el cuarto día por la mañana. En los paquebotes rumbo a las Indias Occidentales, se bajan las escaleras para comer; en las travesías entre Liverpool y Estados Unidos, éstas se suben.

La señorita Viner no era ni mucho menos una jovencita. Ella también tenía casi treinta años. Al intentar adivinar su edad, las señoras que iban a bordo le habían calculado treinta y seis, pero se equivocaban. Tenía una bonita figura y, cuando se encontraba en tierra, en su estado natural y en posesión de todas sus facultades, resultaba muy atractiva. Tenía unos ojos muy expresivos, la tez morena clara y una bonita dentadura; su cabello era castaño oscuro y muy brillante, y había un toque de sensibilidad y de humor en sus labios que le habrían ahorrado las desagradables críticas del señor Forrest si éste la hubiera conocido en circunstancias más favorables.

—La verá con frecuencia —le dijo el señor Morris justo después del desayuno, cuando empezaban a prepararse para el almuerzo fumando un cigarro—. Cruzará el istmo de Panamá y seguirá hasta el Perú.

—¿Cómo demonios lo sabe?

—A estas alturas sé muy bien dónde van todos: el viejo Grumpy me lo ha contado. La tiene a su cargo hasta St. Thomas, pero no sabe nada de ella. Allí la dejará en manos del capitán. Tendrá ocasión de ser muy amable con ella cuando naveguen juntos por el Caribe.

El señor Forrest le contestó que no creía que fuera a conocerla mucho mejor; pero no volvió a hacer más comentarios sobre su falta de belleza. Ella le había dirigido un par de palabras en la mesa, y él se había dado cuenta de que sus ojos eran expresivos y su voz, muy dulce.

—Yo también voy a Panamá —le dijo a la señorita Viner el quinto día por la mañana.

En aquel momento el tiempo era espléndido y el sol de octubre que brillaba en el cielo, mientras continuaban sin detenerse su camino hacia el Sur, era suave y de lo más agradable. El gigantesco buque, casi inmóvil en medio del Atlántico, se deslizaba por el agua a una velocidad de doce millas por hora. Las cosas eran todo lo encantadoras que pueden ser a bordo de un barco, y Forrest había olvidado lo fea que le había parecido al principio la señorita Viner. En aquellos instantes, mientras hablaba con ella, estaban pasando por las Azores, y él le había prestado los prismáticos para que contemplara los naranjos que crecían en sus laderas. No habían conseguido divisarlos, pero ese pequeño contratiempo no había turbado su sosiego.

—Yo también voy a Panamá —había dicho Forrest.

—¿De veras? —exclamó ella—. Entonces no me sentiré tan terriblemente sola y triste. Me daba tanto miedo el viaje desde St. Thomas…

—No se sentirá triste, si yo puedo evitarlo —señaló él—. No soy un gran viajero, pero prometo hacer cuanto esté en mis manos.

—Oh, gracias.

—Es una pena que el señor Morris no siga con usted. Se siente como en casa en todas partes, y conoce el paso del istmo tan bien como Regent Street.

—¿Se refiere a su amigo?

—Me refiero a mi amigo, si así quiere llamarlo; y espero que

efectivamente lo sea, pues le aprecio mucho. Sin embargo, apenas le conozco más que a usted. Estoy tan solo como usted… quizá más.

—Pero un hombre nunca lo pasa mal estando solo —le interrumpió ella.

—¿Eso cree? No piense que es una descortesía por mi parte, señorita Viner, decirle que tal vez se equivoque. Uno siente cuando el zapato le aprieta, pero no se da cuenta de lo ajustada que es la bota del vecino.

—Quizá tenga razón —respondió ella; y guardó unos instantes de silencio, durante los que fingió buscar de nuevo los naranjos—. Pero hay cosas peores, señor Forrest, que estar solo en el mundo. Una mujer desearía a menudo que la dejaran sola.

Entonces se alejó de él y fue a sentarse al lado de la mujer del caballero gruñón, consciente tal vez de que sería prudente interrumpir una conversación que, en vista de lo poco que conocía al señor Forrest, se estaba volviendo demasiado íntima.

—Se llevan ustedes a las mil maravillas, querida —dijo la dama de Barbados.

—Bastante bien, gracias, señora —contestó la señorita Viner.

—El señor Forrest parece muy agradable. Le digo a Amalia —Amalia era la joven compañera de camarote con la que la señorita Viner era incapaz de hacer las paces—, le digo a Amalia que se equivoca al no aceptar las atenciones de los caballeros que van a bordo; si no se exceden —y pronunció con gran énfasis ese «exceden»—, no veo nada malo en ello.

—Ni yo tampoco —exclamó su interlocutora.

—Pero Amalia es tan especial…

—Lo mejor es tomar esas cosas como vienen —dijo la señorita Viner, refiriéndose tal vez a que esas cosas nunca iban al encuentro de Amalia—. Si una dama sabe lo que hace, no tiene por qué temer las atenciones de un caballero.

—Eso es precisamente lo que le digo a Amalia; pero ¿sabe, querida?, ella no tiene tanta experiencia como nosotras.

Ésos eran los cumplidos que se intercambiaban la señorita Viner y la prudente señora que la tenía a su cargo, así que no es de extrañar que la primera se sintiera incómoda con su «grupo», tal como todo el mundo consideraba a la familia del gruñón de Barbados.

—Se lleva usted divinamente con la señorita Viner —dijo Mathew Morris a su joven amigo.

—No es para tanto, se lo aseguro —repuso Forrest.

—¿Ya no le parece tan fea como antes?

—¡Fea! No es nada fea. No recuerdo haber dicho que lo fuera. Aunque tampoco es ninguna belleza.

—No; supongo que no será hermosa hasta dentro de tres días. Cuando llegue a Panamá, se habrá convertido en un dechado de perfecciones. Sé cómo funcionan esas cosas.

—Esa clase de cosas no funcionan demasiado rápido en mi caso —dijo Forrest, con seriedad—. La señorita Viner es una joven muy interesante, y, como parece que su ruta y la mía van a coincidir por algún tiempo, será mejor que nos tratemos con cortesía. Sobre todo porque sus acompañantes no tienen pinta de ser muy amables con ella.

—No; no lo son. No hay ningún joven con ellos. He observado que, por lo general, a bordo de un barco solo los solteros son amables con las solteras. Es una conocida regla náutica. Qué calor hace, ¿verdad? Empezamos a sentir el aire del trópico. Iré a fumar un cigarro dentro para refrescarme.

Y el señor Morris se dirigió a la zona del barco donde se reunían los fumadores. Forrest, sin embargo, no le acompañó, sino que se fue a la proa del barco, se tumbó cuan largo era sobre una vela y empezó a meditar sobre lo solitaria que era su vida.

En el Serrapiqui, los camarotes de la cubierta más alta daban a una larga galería que rodeaba esa parte del barco que está justo encima del salón, por lo que, desde ella, se podían examinar cómodamente las viandas que colocaban en las mesas. Esos buques tienen por costumbre tocar dos veces la campana antes de comer, con un intervalo de media hora. Al oír el primer aviso, las señoras iban al camarote para arreglarse, pero, como en el mar no es necesario vestirse con demasiada elegancia, normalmente terminaban de acicalarse antes de que la campana sonara por segunda vez, y las pasajeras se congregaban en la galería un cuarto de hora antes de bajar al comedor. Al principio esperaban solas, pero poco a poco se unían a ellas algunos de los hombres más decididos, y al final la galería se convertía en una especie de pequeño salón. Los camarotes del grupo de la señorita Viner daban a un

costado de esta galería, y el del señor Morris y Forrest al otro. Hasta entonces, Forrest se había contentado con quedarse en su lado, dirigiendo de vez en cuando alguna palabra a las damas; pero ese día se acercó audazmente a ellas nada más lavarse las manos, y se colocó entre Amalia y la señorita Viner.

—Esto está abarrotado de gente, mamá —se quejó Amalia.

—Sí, querida —respondió su madre—. Pero nosotras ¿qué podemos hacer?

—El camarote de señoras está casi vacío —dijo la señorita Viner.

El caso es que no hay ningún lugar a bordo que las mujeres detesten más que el camarote de señoras. El señor Forrest no se movió, pero tal vez lo habría hecho de haber comprendido las verdaderas intenciones de Amalia.

Entonces tocaron por segunda vez la campana. El señor Grumpy ofreció el brazo a la señora Grumpy, el cuñado ofreció el brazo a Amalia, y Forrest siguió su ejemplo con la señorita Viner. La joven vaciló unos instantes y luego se agarró a él, y, al hacerlo, dejó de estar física y espiritualmente a cargo del prudente y casado señor Grumpy para ponerse en manos del tal vez imprudente y sin duda soltero señor Forrest. Se equivocaba. Una bondadosa y maternal anciana de Jamaica, que había presenciado todo, sabía que se equivocaba y tuvo ganas de decírselo. Pero hay cosas que las ancianas de buen corazón no saben cómo decir. Al fin y al cabo, sería solo durante el viaje. Es posible que la señorita Viner fuera imprudente, pero ¿quién iba a enterarse en el Perú? Quizá fuera el mundo el que se equivocaba, no la señorita Viner.

«*Honi soit qui mal y pense*»,[26] se dijo mientras cogía el brazo de Forrest; y, al apoyarse en él, se sintió menos sola que antes.

Aquel día permitió que su amigo le sirviera un vaso de vino de su licorera.

—¿No debería beber de la mía, señorita Viner? —preguntó el señor Grumpy en voz alta; pero, antes de que pudiera recibir una respuesta, era un hecho consumado.

—No corra demasiado, querido amigo —aconsejó Morris a nuestro héroe aquella noche, mientras paseaban juntos por cubierta antes de acostarse—. Con esta clase de asuntos, es muy fácil meterse en un embrollo.

—No creo que deba temer nada en especial —replicó Forrest.

—Supongo que no; pero vaya con mucho cuidado. A las viejas brujas como la señora Grumpy les gusta irse de la lengua. Ya verá los desagradables rumores que circulan a bordo cuando naveguen rumbo a Panamá, y nadie les quitará el ojo de encima.

Después de esats advertencias, el señor Forrest se puso en guardia, y durante un día y medio su intimidad con la señorita Viner apenas progresó. Aquéllas fueron, probablemente, las horas más aburridas de su viaje.

La señorita Viner se dio cuenta y retrocedió. El segundo día por la tarde, paseó un poco por cubierta con el endeble cuñado y, cuando vio acercarse al señor Forrest, se enfrascó en su libro. No pretendía hacer daño a nadie y, si a ella no le asustaban los comentarios de la gente, ¿por qué tenían que asustarle a él? De modo que le dio la espalda durante la cena, y no quiso beber de su copa.

—Tome un poco de mi vino, señorita Viner —dijo el señor Grumpy en voz muy alta; pero ese día la joven se negó a beber.

El sol se pone rápidamente cuando uno se acerca al trópico, y el día había terminado y reinaba la oscuridad cuando el señor Forrest salió a cubierta poco después de las seis. Pero la noche era templada y muy hermosa, y en los bancos se oía un murmullo de alegres voces. El joven estaba triste y angustiado, con la sensación de que le habían abandonado. Solo le gustaba una persona a bordo, ¿por qué debía evitarla, y ser evitado por ella? No tardó en divisarla. La familia Grumpy tenía un banco y la señorita Viner estaba de pie junto a él, apoyada en el costado del barco.

—¿Dará un paseo esta noche, señorita Viner? —inquirió.

—Creo que no —respondió ella.

—Entonces seguiré preguntándoselo hasta que lo sepa con certeza. Le sentará bien, no la he visto pasear en todo el día.

—¿De veras? Entonces daré una vuelta. ¡Oh, señor Forrest, si supiera lo que ha sido tener que convivir con esa gente!

Y aquella noche, gracias a ese comentario, nació entre ellos algo parecido a la confianza de una verdadera amistad. Se contaron esas cosas que solo se cuentan los amigos, y sus respuestas tuvieron esa cordialidad que surge de la comprensión y de la amistad. ¡Ay! Los dos eran muy necios, pues la amistad

y la comprensión deberían tener unas raíces más profundas.

Ella le contó su historia. Se dirigía al Perú para contraer matrimonio con un hombre casi veinte años mayor que ella. El noviazgo había durado diez largos años. Se había iniciado debido a una serie de circunstancias. Entonces había tenido la posibilidad de romper el compromiso, pero ahora no tenía más remedio que casarse. Él era rico, y ella no tenía un céntimo. Él había pagado incluso su pasaje y su vestuario. Ella no había accedido a dar aquel paso irrevocable hasta que perdió su única fuente de ingresos en Inglaterra. Había vivido los dos últimos años con un familiar que ahora estaba muerto.

—Y él también es primo mío… un primo lejano; debe comprenderlo.

—Y ¿usted le ama?

—¿Amarle? ¿Como usted amaba a la que ha perdido? ¿Como le amaba ella cuando se aferró a usted antes de expirar? No; desde luego que no… jamás sabré lo que es esa clase de amor.

—Y ¿es bueno?

—Es un hombre duro. Los hombres se endurecen cuando se dedican a los negocios como él. Estuvo en Inglaterra hace cinco años, y entonces me juré a mí misma que nunca me casaría con él. Pero me escribe cartas muy amables.

Forrest guardó silencio unos instantes, pues estaban de nuevo en la proa, sentados sobre la vela que había alrededor del bauprés; luego le respondió:

—Una mujer jamás debería casarse con un hombre al que no ama.

—¡Ah! —exclamó ella—. Como es natural, usted censurará mi conducta. A las mujeres siempre se las trata así. No tienen elección, y después se les reprocha no haber escogido bien.

—Pero usted podría haberlo rechazado.

—No; era imposible… No puedo explicárselo todo: cómo me hicieron esa proposición matrimonial, y por qué acepté si se daban una serie de circunstancias. Éstas se dan ahora y tengo que cumplir mi promesa. He aceptado su dinero y no tengo escapatoria. Es fácil decir que una mujer nunca debería casarse sin estar enamorada; tan fácil como decir que un hombre no debería pasar hambre. Pero hay hombres que pasan hambre… aunque trabajen de firme.

—No pretendía juzgarla, señorita Viner.

—Pero yo me juzgo, y ¡censuro tan a menudo mis actos! ¿Dónde estaría

dentro de media hora si me arrojara al mar? A menudo deseo hacerlo. ¿Nunca se siente tentado de poner fin a todo?

—El agua parece fresca y dulce, pero reconozco que me asusta lo que me espera en sus profundidades.

—A mí también; por eso no lo hago.

—Tenemos que soportar el peso de nuestro dolor… El mío es lo bastante opresivo.

—¿El suyo, señor Forrest? ¿Acaso no puede recurrir a los hermosos recuerdos del pasado y no tiene un futuro esperanzador? ¿Qué puedo recordar o esperar yo? Pero ¡Dios mío!, son casi las ocho, llevan una hora tomando el té. ¿Qué dirá mi cancerbero? ¡Me daría igual si esas dos mujeres cerraran la boca!

Entonces se puso en pie y regresó a la popa del barco; pero, al sentarse en la mesa con disimulo, vio que la señora Grumpy la observaba.

Hasta St. Thomas la travesía continuó como siempre. El sol se volvió abrasador, y los pasajeros de la cubierta inferior protestaron enérgicamente por tener cerrados los portillos de babor. Los españoles se pasaban el día quejándose en sus camarotes, y las señoras se preparaban para el cambio de barco que todos harían en St. Thomas. La amistad entre Forrest y la señorita Viner prosiguió, y la señora Grumpy dijo cosas muy desagradables. En una ocasión se atrevió a sermonear a la señorita Viner; pero esta dama sabía cómo defenderse, y la señora Grumpy no salió bien parada. La peligrosa alianza, como acabo de decir, continuó; pero ninguno de los dos hacía nada que estuviera mal. Se sentaban juntos y conversaban, pues cada uno estaba al corriente de las circunstancias del otro; y, de no haber sido por las remilgadas advertencias de algunas señoras, no habría pasado nada. En realidad no pasaba demasiado. A muy pocos pasajeros les importaba si la señorita Viner había encontrado o no un admirador. Casi todos los que se dirigían a Panamá eran españoles y, al acercarse el momento de la gran separación, la gente tenía otras cosas en que pensar.

Y entonces llegó el momento de separarse. Entraron en el precioso puerto de St. Thomas con las primeras luces del día, sin saber —la mayoría de ellos — que se encontraban en el lugar más insalubre de todas aquellas islas infestadas de fiebre amarilla. St. Thomas es muy bonito desde el mar; y no

puede decirse nada más en su favor. Después hubo un enorme ajetreo. Un barco tras otro se acercaban al costado del gran buque que había llegado de Inglaterra, y cada uno se llevaba su carga de pasajeros y equipaje. El primer barco que zarpaba era el que descendía por las islas de Sotavento hasta Demerara, llevándose al señor Grumpy y a toda su familia.

—Adiós, señorita Viner —dijo la señora Grumpy—. Espero que termine sin contratiempos el viaje; pero tenga cuidado.

—Estoy segura de que todo irá bien —añadió Amalia, besando enérgicamente a su enemiga.

Es asombroso lo mucho que pueden odiarse dos mujeres jóvenes sin que eso les impida darse un beso de despedida.

—Decir que todo irá bien —respondió la señorita Viner— me parece excesivo. Pero no creo que nada vaya especialmente mal. Adiós, señor —exclamó, tendiendo la mano al señor Grumpy.

Éste se disponía a abandonar el barco cargado de paraguas, bastones y abrigos, y se vio obligado a dejarlos en el suelo para tener la mano libre.

—Adiós —dijo él—. Espero que se las arregle hasta que encuentre a su amigo en el istmo.

—En eso confío, señor —contestó ella; y así se despidieron.

Luego se hacía a la mar el paquebote de Jamaica.

—Supongo que jamás volveremos a vernos —dijo Morris, mientras estrechaba calurosamente la mano de su amigo—. Siempre es así. Respete los derechos de ese caballero del Perú, no vaya a ser que le clave un cuchillo por la espalda.

—No tengo el menor deseo de perjudicarle.

—Me alegro mucho; y ahora más vale que nos digamos adiós —y ellos también se separaron.

A la mañana siguiente zarpaba el barco que se dirigía a México; y el tercer día por la tarde, el que iba a Colón, como llamamos los ingleses a la ciudad que hay a este lado del istmo de Panamá. A este paquebote se trasladaron la señorita Viner y el señor Forrest con todos sus efectos; y, ahora que el cancerbero de tres cabezas había desaparecido, ella aceptó con naturalidad que él hiciera todas esas pequeñas cosas que los hombres deben hacer por las mujeres cuando viajan. En esas circunstancias, una mujer sola

se siente muy desamparada, se desanima fácilmente, y es incapaz de hacer valer sus derechos para conseguir un buen alojamiento; supongo que muy poca gente puede culpar a la señorita Viner y a sus pertenencias de ponerse en manos de la única persona dispuesta a ser amable con ellas.

Al anochecer, el barco salió del puerto de St. Thomas; y, mientras avanzaba, Ralph Forrest y Emily Viner se quedaron juntos en la popa, contemplando cómo se alejaban las luces de la ciudad. Si hay un lugar en la tierra que me resulte odioso es esa pequeña isla danesa, donde tantos de nuestros jóvenes marinos son enviados a morir (sin que exista un buen motivo). Pero éste no es lugar para discutir ese asunto.

—Me quedan cinco días de poder ser yo misma —exclamó la señorita Viner—. Es mi cuota de libertad en esta vida.

—¡En nombre de Dios, no diga algo tan terrible!

—¿Debo entonces mentir y decir cosas que son falsas, o guardar silencio y no despegar los labios en las últimas horas en que puedo hablar? Ésa es la realidad. A usted puedo contarle que es así, ¿por qué le molestan mis palabras?

—No me molesta nada que pueda hacer por usted.

—Es cierto. Ahora que mi íncubo se ha ido a Barbados, déjeme ser libre uno o dos días. Me gustaría saber si existe la posibilidad de que la máquina del barco se estropee y nosotros nos quedemos seis meses a la deriva. Imagino que sería una vileza desearlo.

—Nos moriríamos de hambre; nada más.

—¿Con una vaca a bordo, y una docena de ovejas vivas, y miles de gallos y de gallinas? Haremos escala en Santa Marta y Cartagena. ¿Qué pasaría si huyera en Santa Marta?

—Supongo que me vería obligado a huir con usted.

—Tiene razón; pero, como no deseo arruinar su reputación, no lo haré. Sin embargo, no le perjudicaría mucho que el barco naufragara, y esperar a que llegase el siguiente paquebote.

—Señorita Viner —dijo Forrest tras unos instantes de silencio; mientras tanto, se había acercado a ella, quizá demasiado, dadas las circunstancias—, en nombre de todo lo que es bueno, verdadero y femenino, regrese a Inglaterra. Con sus sentimientos, si es que puedo juzgarlos por las palabras

que usted pronuncia medio en broma…

—Señor Forrest, no bromeo.

—Con sus sentimientos, una casa de beneficencia en Inglaterra sería mejor que un palacio en el Perú.

—Una casa de beneficencia inglesa sería mejor, pero no tiene sus puertas abiertas para mí. No puede imaginar lo que es tener amigos… no, amigos no, parientes, suficientemente cercanos para interesarse por tu respetabilidad, pero no lo bastante para preocuparse por tu felicidad. Se quitan respetablemente de en medio a Emily Viner casándola con el señor Gorloch en el Perú. Ella no volverá a molestarles, y podrán nombrarla tranquilamente en los círculos familiares. Lo que ocurre, señor Forrest, es que hay personas que no tienen con qué vivir.

—Yo regresaría a Inglaterra —insistió él, después de una nueva pausa—. Cuando me habla con tanta amargura de los cinco días de libertad que le quedan, se me hiela la sangre. Regrese, señorita Viner, y enfréntese a lo peor. El señor Gorloch estará esperándola en Panamá. Quédese a este lado del istmo y escríbale que tiene que marcharse. Yo le llevaré el mensaje.

—Y ¿cómo volveré a Inglaterra? ¿Andando? —preguntó la señorita Viner.

—He reflexionado sobre eso —respondió Forrest con dulzura—; hay momentos en los que un hombre puede aventurarse a ofrecer algo que, en circunstancias normales, sería un atrevimiento. El dinero, en cantidades moderadas, no es un problema para mí. A cambio de lo valerosamente que la he defendido de su cancerbero de las Indias Occidentales, me dejará arreglar ese asunto con un agente de Colón.

—Me gusta hablar sin rodeos, señor Forrest. Su propuesta, según creo, es darme unas cincuenta guineas.

—Bueno; si quiere decirlo de ese modo… Si le gusta hablar sin rodeos, eso es lo que pretendo.

—Así que, en este viaje, habré robado no solo al hombre que conozco sino también al que no conozco. Me asusta ese destino en el fondo del mar del que ya hablamos, pero preferiría enfrentarme a él que actuar como me sugiere.

—De los sentimientos existentes entre ustedes, por supuesto, no puedo

erigirme en juez…

—No, no; no puede. Pero es horrible por mi parte no agradecérselo. Se lo agradezco mucho, señor Forrest. Eso que sería una vileza que yo aceptara, es noble… muy noble por su parte ofrecerlo. Me alegro; soy incapaz de explicar por qué, pero me alegro de haber tenido una proposición como la suya. Sin embargo, piense en mí como una hermana y comprenderá que no puedo aceptar… y que no podría hacerlo aunque tuviera suficiente valor para traicionar a ese otro hombre.

Y de ese modo atravesaron el mar Caribe, reanudando con frecuencia conversaciones de ese tenor. Hicieron escala en Santa Marta y en Cartagena, dos puertos del continente, y en ambos lugares él la acompañó a tierra. Se dio cuenta de que era una mujer bastante culta, deseosa de ver y aprender cuanto podía en sus viajes. El último día, cuando se acercaban al istmo, pareció expresar sus sentimientos de un modo más tranquilo y apacible que antes, y hablar con menos tristeza.

—Después de todo, ¿no debería gustarme? —exclamó—. Viene desde el lejano Callao únicamente para recibirme. ¿Qué hombre iría de Londres a Moscú a recoger a una esposa?

—Yo lo haría… y luego daría la vuelta al mundo… si estuviera enamorado de ella.

—Sí; pero ¡a una esposa que nunca le ha declarado su amor! No es más que un asunto de conveniencia. Bueno, ya he cerrado mi baúl, y le entregaré la llave al señor Gorloch antes de abrirlo de nuevo. Está en su derecho a tenerla, pues ha pagado casi todo lo que hay en su interior.

—Mira usted las cosas de un modo tan prosaico.

—Una mujer debe hacerlo, o se verá siempre en apuros. Descuide, se lo presentaré y le explicaré cuanto ha hecho por mí; cómo se enfrentó al cancerbero y todas las demás cosas.

—Sin duda alguna me alegrará conocerle.

—Pero no le contaré su ofrecimiento de devolverme a Inglaterra; al menos no todavía. Si es bueno y cariñoso conmigo, se lo diré más adelante. No sé guardar secretos, como se habrá dado cuenta. Supongo que cruzaremos el istmo enseguida, ¿no le parece?

—Eso dice el capitán.

—¡Mire! —exclamó, devolviéndole sus prismáticos—. Veo a los hombres en el pantalán de madera… sí; y el humo de una locomotora.

Y en poco más de una hora el barco había girado alrededor del ancla.

Colón o Aspinwall, como debería llamarse, es un lugar tan detestable como St. Thomas. No es tan odioso para un inglés, pues los ingleses no pasan por allí más de lo necesario. Solo almacenamos en ese puerto lo imprescindible. Considerando, sin embargo, sus propios méritos, Aspinwall no es un lugar agradable. Por suerte, los viajeros que cruzan el istmo hasta el Pacífico nunca están condenados a quedarse allí mucho tiempo. Si llegan por la mañana temprano, el tren sale inmediatamente hacia Panamá. De lo contrario, se quedan a bordo hasta el día siguiente. Como es lógico, dicho tránsito afecta principalmente a los norteamericanos, pues es el camino mejor y más seguro de Nueva York a California.

Menos de una hora después de desembarcar, los agentes de aduanas de Nueva Granada habían inspeccionado el equipaje y los pasajeros se encontraban en los vagones de tren atravesando el istmo. Los agentes de esos lugares remotos siempre parecen simios imitando las acciones de los hombres. Los agentes de Aspinwall abren y miran los baúles como podrían hacerlo los monos, y es evidente que no saben cuál es su responsabilidad, y que no tienen la menor idea de qué clase de mercancías deben dejar pasar. En Europa inspeccionan el equipaje antes de entrar en un país, y ¿por qué no van a ser ellos como los europeos?

—Me pregunto si estará en la estación —dijo la señorita Viner, cuando habían pasado casi las tres horas de viaje.

Forrest se dio cuenta de que le temblaba la voz y de que estaba cada vez más nerviosa.

—Si ha llegado a Panamá, seguro que está en el andén. Que yo sepa, no han telegrafiado la llegada del barco de Perú.

—Entonces me queda un día… tal vez dos. No sabemos cuántos. Ojalá estuviera allí. Lo peor de todo es la incertidumbre.

—Tendrá que abrir nuevamente su baúl…

Cuando llegaron a la estación de Panamá, el paquebote de la costa sudamericana se encontraba en la rada, pero sus pasajeros aún no habían bajado a tierra. Por ese motivo, Forrest acompañó a la señorita Viner al hotel

y, cuando la joven salió de su habitación, se quedó con ella en el salón de los clientes. Tendrían que quedarse cuatro o cinco días, y Forrest se había apresurado a reservar un dormitorio para ella. La había ayudado a subir el equipaje y a colocar el baúl, así que todos creyeron en el hotel que era su amigo. Después tuvieron noticias de que los pasajeros estaban desembarcando, y él se puso tan nervioso como ella.

—Bajaré a recibirlo —exclamó Forrest—. Y a decirle dónde está usted. No tardaré en encontrarlo por su apellido.

Y salió de la estancia.

Todo el mundo conoce el desorden con que los pasajeros llegan al hotel después de bajarse de un gran barco. Primero aparecen dos o tres hombres enérgicos y acalorados que, a fuerza de gritos y amenazas, han conseguido desembarcar los primeros. Siempre les alojan en las peores habitaciones, pues los posaderos saben que las personas más ricas —las que tienen más equipaje — se mueven con mayor lentitud. Forrest se cruzó con cuatro o cinco individuos de esa clase en el vestíbulo, pero no estuvo tentado de preguntarles nada. Un caballero que, por su edad, podría haber sido el señor Gorloch se apresuró a declarar que era un conde español. Luego llegó un anciano solo, con una pequeña bolsa en la mano. Era uno de esos hombres que se precian de viajar de polo a polo libres de toda carga, y que jamás necesitan ayuda para llevar su equipaje. Como la calle estaba desierta, Forrest se dirigió a él.

—Gorloch —exclamó el caballero—, ¡Gorloch! ¿Acaso es amigo suyo?

—No, lo es de una amiga —respondió Forrest.

—Ah, entiendo… claro —dijo su interlocutor, y luego pareció vacilar—. Joven —añadió entonces—, el señor Gorloch murió en Callao siete días antes de que el barco se hiciera a la mar. Será mejor que hable con el señor Cox.

Y el anciano siguió su camino con la pequeña bolsa.

¡El señor Gorloch había muerto!

«¡Muerto! —pensó Forrest, apoyándose en el muro del hotel mientras continuaba de pie en la calle—. Ella ha venido hasta aquí, y ¡él se ha marchado para siempre!», y le asaltaron toda clase de pensamientos. ¿Quién habría de contárselo a la señorita Viner? Y ¿cómo acogería la noticia? ¿Sería, en el fondo, un alivio para ella encontrar esa libertad que tanto había

deseado? O ahora que se ponían a prueba, de un modo tan terrible, sus verdaderos sentimientos, ¿lamentaría quizá la pérdida de hogar y de riqueza, así como de la posición que la vida en el Perú le habría proporcionado? Y, sobre todo, ¿sería la muerte repentina de alguien tan cercano un espantoso golpe para ella?

¿Qué debía hacer? ¿Cómo mostrarle su amistad? Cuando entraba de nuevo lentamente por la puerta del hotel, donde se apiñaban hombres y mujeres, un atractivo caballero de mediana edad le preguntó si su nombre era Forrest.

—Me han dicho —dijo el desconocido cuando el joven le contestó— que es usted amigo de la señorita Viner. ¿Ha oído la triste noticia de Callao?

Aquel caballero, al parecer, no había conocido al señor Gorloch, pero se había comprometido a llevar una carta a la señorita Viner. Se la entregó al señor Forrest, sobre el que recayó la difícil tarea de dar la noticia a su pobre amiga. Hiciera lo que hiciera, debía ser enseguida, pues todos los que habían llegado en el vapor del Pacífico estaban al corriente de la historia, y era responsabilidad suya que la señorita Viner no se enterara del suceso de forma repentina, de boca de un desconocido.

Forrest subió al salón y encontró a la señorita Viner sentada entre un numeroso grupo de mujeres. Se acercó a ella y, cogiendo su mano, le pidió en voz baja que saliera unos instantes.

—¿Dónde está el señor Gorloch? —inquirió la joven—. Algo pasa. ¿Qué sucede?

—¡Hay tanta gente aquí! Salgamos un momento.

Y la condujo a su habitación.

—¿Dónde está el señor Gorloch? —repitió ella—. ¿Qué ocurre? Le ha pedido que me diga que ya no me quiere. Dígame, ¿soy una mujer libre?

—Es usted una mujer libre, señorita Viner.

A pesar de ser ella quien había formulado la pregunta, la respuesta pareció dejarla perpleja; pero la verdad ni se le había pasado por la imaginación.

—Así están las cosas —dijo—. Bueno; ¿qué más? ¿Ha escrito? Me compró como si fuera una bestia de carga, supongo que tiene derecho a tratarme como le dé la gana.

—Tengo una carta; pero, querida señorita Viner…

—Cuéntemelo todo… enseguida. Deseo conocer los detalles.

—Es usted una mujer libre, señorita Viner, pero le resultará muy doloroso saber por qué.

—¿Lo ha perdido todo en algún negocio? ¿Se ha arruinado?

—Ha muerto, señorita Viner.

La joven le miró fijamente como si no entendiera sus palabras. Luego retrocedió poco a poco y se sentó en la cama.

—Ha muerto… señor Forrest —exclamó.

Él no dijo nada, pero le entregó la carta, que ella cogió y leyó maquinalmente. La había escrito el socio del señor Gorloch, y en ella le explicaba todo lo que debía saber.

—¿Quiere que la deje sola? —preguntó Forrest cuando ella terminó de leerla.

—Dejarme sola; sí… no. Pero será mejor que se marche para que pueda reflexionar un poco. ¡Ay de mí! ¿Por qué habré hablado así de él?

—No ha dicho usted nada inconveniente.

—Sí; muchos de mis comentarios han sido crueles. Pero las palabras que uno dice se olvidan fácilmente. Déjeme sola ahora, pero no tarde en volver. No tengo nadie más con quien hablar.

Forrest se marchó y, al ver que la comida del hotel estaba lista, entró en el comedor y almorzó. Luego dio un paseo por las decrépitas y tórridas callejuelas de la ciudad; al cabo de dos horas de ausencia, regresó al cuarto de la señorita Viner. Cuando llamó a la puerta, ella le abrió, y el joven vio su ropa desparramada por el suelo.

—Como ve, estoy preparando mi vuelta. El barco sale de nuevo hacia St. Thomas pasado mañana.

—Hace muy bien en regresar… en regresar enseguida. Oh, señorita Viner… Emily, ahora, al menos… tiene que dejar que la ayude.

Llevaba pensando en ella las dos últimas horas, y su voz se había vuelto muy agradable para él, y sus ojos muy brillantes.

—Claro que lo hará —repuso ella—. ¿Acaso no me está ayudando ahora al hablar conmigo?

—Y ¿me permitirá arrogarme el derecho de actuar como su protector?

—¿Mi protector? No necesito esa clase de ayuda. Los días que pasemos juntos en este sitio usted será mi amigo.

—No regresará sola. Mis viajes no significan nada para mí. Emily, volveré a Inglaterra con usted.

—Por nada del mundo —exclamó ella, poniéndose en pie—. Dejando a un lado la cuestión de que cambie absurdamente sus planes, ¿cree que podríamos viajar juntos después de la muerte del señor Gorloch? Le he hablado con dureza de él; y, ahora que debo llorar su muerte, ¿podría hacerlo de corazón si usted estuviera conmigo? Mientras él vivía, pensé que tenía derecho a decir lo que pensaba, al menos en esos últimos días. Usted y yo nos separaríamos y jamás volveríamos a vernos; y yo tenía la impresión de que éramos dos personas alejadas del mundo que, por algún tiempo, podían romper con su vida ordinaria. Pero eso ha terminado. En lugar de continuar con usted, debo pedirle que me borre de su memoria.

—Emily, jamás la olvidaré.

—Deje que sus labios me olviden. No le he dado ningún motivo para hablar bien de mí, y es usted demasiado bueno para criticarme.

Después le explicó lo que decía la carta. Su vuelta a Inglaterra estaba organizada. Le habían enviado dinero, y el señor Gorloch, en su testamento, se había preocupado de su bienestar; no había sido excesivamente generoso, dada su riqueza, pero sus necesidades estaban cubiertas.

De modo que se separaron en Panamá. La señorita Viner no le permitió siquiera cruzar el istmo con ella, pero le apretó afectuosamente la mano cuando él la dejó en la estación.

—¡Que Dios la bendiga! —exclamó Forrest.

—¡Lo mismo digo, amigo mío! —respondió ella.

Y ella partió sola hacia Inglaterra mientras él proseguía su viaje a California.

Un error trágico

Henry James
(1864)

Traducción: Marta Salís

HENRY JAMES (1843-1916) nació en Nueva York, en el seno de una familia rica y culta de origen irlandés. Recibió una educación ecléctica y cosmopolita, que se desarrolló en gran parte en Europa. En 1875, se estableció en Inglaterra, después de publicar en Estados Unidos sus primeros relatos. El conflicto entre la cultura europea y la norteamericana está en el centro de muchas de sus obras, desde sus primeras novelas, *Roderick Hudson* (1875), *El americano* (1876-1877) o *Los europeos* (1878), hasta la trilogía que culmina su carrera: *Las alas de la paloma* (1902), *Los embajadores* (1903) y *La copa dorada* (1904). Entre sus novelas cabe destacar también *Retrato de una dama* (1879), *Washington Square* (1881) y *Las bostonianas* (1886). Maestro de la novela breve, algunos de sus logros más celebrados se encuentran en este género: *Daisy Miller* (1879), *Los papeles de Aspern* (1888), *Otra vuelta de tuerca* (1898), *En la jaula* (1898) o *Los periódicos* (1903). Escribió, asimismo, numerosos relatos breves.

«Un error trágico» («A Tragedy of Error»), obra de un jovencísimo James y el primer cuento que publicó, apareció en *The Continental Monthly* en febrero de 1864. Inopinadamente, el mar es aquí escenario de un curioso vodevil criminal.

Un error trágico

I

Un pequeño faetón inglés estaba detenido delante de la oficina de correos de una ciudad portuaria francesa. Dentro iba una dama con el velo echado y una sombrilla que le tapaba el rostro. Mi relato empieza cuando un caballero sale de esa oficina y le entrega una carta.

El caballero se quedó unos instantes al lado del carruaje antes de subir. Ella le dio la sombrilla para que la sostuviera, y luego se subió el velo, mostrando lo hermosa que era. La pareja parecía despertar un gran interés entre los transeúntes, pues casi todos se quedaban observándolos e intercambiaban miradas elocuentes. Los que en ese momento fijaban su atención en ellos vieron cómo la dama palidecía mientras sus ojos recorrían la carta. Su acompañante también lo advirtió, y, sentándose enseguida a su lado, cogió las riendas y se alejó velozmente por la calle principal de la ciudad; pasó por delante del puerto, y cogió una carretera solitaria que bordeaba el mar. Allí aflojó la marcha. La dama iba recostada en el asiento, con el velo bajado de nuevo y la carta desplegada en el regazo. Parecía inconsciente, y su acompañante vio que tenía los ojos cerrados. Al comprobar esto, se apresuró a quitarle la carta y leyó lo siguiente:

Southampton, 16 de julio de 18…

Mi querida Hortense:

Verás por el matasellos que estoy mil leguas más cerca de casa que la última vez que escribí, pero apenas tengo tiempo para explicarte el cambio. M. P. me ha concedido un inesperado *congé*[27]. Después de tantos meses de separación, podremos pasar unas semanas juntos. ¡Alabado sea Dios! Hemos llegado de Nueva York esta mañana, y he tenido la suerte de encontrar un barco, el Armorique, que zarpa directamente rumbo a H. El correo parte enseguida, pero es probable que a nosotros nos detenga unas horas la marea; así que recibirás esta misiva un día antes de mi llegada: el capitán calcula que atracaremos el jueves a primera hora de la mañana. ¡Ah, Hortense! ¡Qué despacio pasa el tiempo! Todavía faltan tres días. Si no te escribí desde Nueva York es porque no quería atormentarte con una espera que, dadas las circunstancias, me atrevo a suponer encontrarías demasiado larga. Adiós. Pronto estaremos juntos.

Tu fiel,
C. B.

Cuando volvió a dejar la carta en el regazo de la dama, el rostro del caballero estaba casi tan pálido como el de ella. Con la mirada extraviada, a duras penas logró impedir que sus labios soltaran una maldición. Entonces volvió los ojos hacia su vecina. Después de vacilar unos instantes, en los que destensó tanto las riendas que el caballo se puso al paso, le tocó dulcemente en el hombro.

—Bueno, Hortense —le dijo, en tono animado—, ¿qué pasa? ¿Te has quedado dormida?

Hortense abrió lentamente los ojos y, al ver que habían salido de la ciudad, se levantó el velo. Sus facciones estaban paralizadas por el miedo.

—Lee esto —dijo ella, tendiéndole la carta.

El caballero la cogió, y fingió leerla de nuevo.

—¡Ah…! El señor Bernier regresa. ¡Fantástico! —exclamó.

—¿Fantástico? —repitió Hortense—. No deberíamos bromear en un momento tan crítico, amigo mío.

—Tienes razón —respondió él—, será un encuentro solemne. Dos años de ausencia es mucho tiempo.

—¡Oh, cielos! No me atreveré a mirarle a la cara —exclamó Hortense, echándose a llorar.

Se cubrió el rostro con una mano, y extendió la otra hacia la de su amigo. Pero él estaba tan absorto que no reparó en su gesto. De pronto volvió a la realidad empujado por los sollozos de la dama.

—Vamos, vamos —dijo el caballero, como si quisiera convencerla de que no recelara de un peligro que también planeaba sobre él, ya que la serenidad de su amiga mitigaría sus temores—. Y ¿qué pasa si viene? No tiene por qué enterarse de nada. Se quedará muy poco tiempo, y volverá a hacerse a la mar tan confiado como el día que llegue.

—¿Que no tiene por qué enterarse de nada? Me dejas boquiabierta. Todas las lenguas que le saluden, aunque solo sea con un *bon jour*, irán con cuentos sobre la mala conducta de ciertas personas.

—¡Bah! La gente no se fija en nosotros tanto como crees. Tú y yo, *n'est-ce pas*?, apenas tenemos tiempo para preocuparnos de los defectos de nuestros vecinos. Además, no somos los únicos, para bien o para mal. Si un barco naufragara en aquellas rocas mar adentro, los pobres diablos que intentaran alcanzar la costa aferrados a un mástil no dirigirían muchas miradas a quienes lucharan contra las olas a su lado. Tendrían los ojos puestos en la orilla, y solo se preocuparían de salvarse ellos. En la vida todos vamos a la deriva en medio de un proceloso mar; y peleamos para alcanzar una *terra firma* de riqueza, amor u holganza. El estruendo de las olas que levantamos a nuestro alrededor y la espuma que arrojamos sobre nuestros ojos nos impide oír y ver las palabras y los actos de nuestros semejantes. Siempre y cuando conservemos nuestro pellejo, ¿qué nos importan los demás?

—Ay, pero ¿si no lo logramos? Cuando perdemos la esperanza, deseamos que los demás se hundan. Colgamos pesos de su cuello, y nos sumergimos en las charcas más sucias en busca de piedras que lanzarles. Amigo mío, eres incapaz de sentir los disparos que no te apuntan. No es de ti de quien la gente murmura, sino de mí: una pobre mujer se tira al mar desde aquel muelle, y se ahoga antes de que una mano amable tenga tiempo de impedirlo; su cadáver flota sobre las aguas delante de todo el mundo. Cuando su marido se acerque para ver por qué la gente se aglomera, ¿faltarán buenos amigos que le den la buena nueva de la muerte de su esposa?

—Mientras la mujer se mantenga a flote, Hortense, nadie pensará que se

ha ahogado. Solo al hundirse y desaparecer, se extinguirá toda esperanza.

Hortense guardó silencio, mirando el mar con los ojos hinchados.

—Louis —dijo al fin—, hablábamos metafóricamente: estoy casi decidida a ahogarme, literalmente.

—¡Qué tontería! —exclamó Louis—. Un acusado se declara inocente, y se ahorca en la cárcel. ¿Qué dicen los periódicos? La gente habla, ¿no? ¿Acaso no puedes hablar igual que ellos? Una mujer se equivoca desde el momento en que calla y se niega a luchar. Y eso lo haces demasiado a menudo. Tu pañuelo siempre es una especie de bandera blanca.

—No lo sé —dijo Hortense sin inmutarse—; quizá tengas razón.

Hay momentos de dolor en los que algunos aspectos del objeto de nuestra angustia parecen tan intrascendentes como otros que no tienen nada que ver. Los ojos de Hortense seguían pendientes del mar. Hubo otro silencio.

—¡Mi pobre Charles! —murmuró finalmente—. ¡A qué clase de hogar regresas!

—Hortense… —dijo el caballero, como si no la hubiera oído; aunque, para una tercera persona, de no haber sido así jamás habría añadido lo siguiente—: Ya sabes que nunca se me ocurriría traicionar nuestro secreto. Pero te garantizo que, mientras el señor Bernier esté aquí, ningún mortal dirá una sola palabra.

—Da lo mismo —dijo Hortense suspirando—. No tardará ni diez minutos en adivinarlo.

—Oh, eso —dijo secamente su acompañante— es cosa tuya.

—¡Señor de Meyrau! —exclamó la dama.

—En mi opinión —continuó él—, al comprometerme a esto, he cumplido con mi parte.

—¿Con tu parte? —sollozó Hortense.

El señor de Meyeau no contestó, pero, con un fuerte latigazo, llevó al caballo galopando por la carretera. No dijeron nada más. Hortense iba recostada en el asiento del carruaje, gimiendo y ocultando el rostro bajo el pañuelo. Su acompañante, muy erguido, con los dientes apretados y el ceño fruncido, miraba hacia delante, fustigando de vez en cuando el caballo para que no aminorara su frenético paso. Un caminante podría haberlo tomado por un raptor que escapara con su víctima, cansada de oponer resistencia. Los

viajeros que los conocían podrían, quizá, haber visto un profundo significado en aquella analogía accidental. Y así, con un *détour*[28], volvieron a la ciudad.

Cuando Hortense llegó a casa, subió directamente a un pequeño tocador que había en el segundo piso, y se encerró en él. Esta habitación se encontraba en la parte trasera de la casa; y su doncella, que en ese momento paseaba por el jardín largo y estrecho que se extendía hasta el agua, donde había un embarcadero para botes, la vio cerrar las contraventanas y apagar las velas antes de quitarse el sombrero y la capa. Se quedó sola un par de horas. A las cinco, un poco más tarde de la hora en que solían avisarla para que vistiera de noche a su señora, la doncella llamó a la puerta de Hortense y ofreció sus servicios. La señora, desde dentro, le contestó que tenía migraña y no se vestiría.

—¿Le preparo algo, señora? —preguntó Josephine—. ¿Una tisana, una bebida caliente, alguna cosa?

—Nada, nada.

—¿Cenará la señora?

—No.

—Sería mejor que no se acostara con el estómago vacío.

—Tráeme una botella de vino… no, de *brandy*.

Josephine obedeció. Cuando volvió, Hortense estaba en el umbral; y, como una de las contraventanas se había abierto de par en par, la criada pudo ver que, aunque el sombrero estaba en el sofá, su señora seguía con la capa puesta y tenía el rostro blanco como la cera. La criada comprendió que no debía ofrecerle su apoyo ni hacer preguntas.

—¿La señora no desea nada más? —se atrevió a decir mientras le pasaba la bandeja.

Hortense respondió que no con la cabeza, cerró la puerta y echó la llave.

Josephine se quedó desconcertada, sin saber qué hacer, y aguzó el oído. El silencio era total. Finalmente, se agachó muy despacio y miró por el ojo de la cerradura.

Esto es lo que vio:

Su señora se había acercado a la ventana abierta, y, de espaldas a la puerta, contemplaba el mar. Una de sus manos, colgando lánguidamente, sujetaba el cuello de la botella; la otra se posaba en un vaso medio lleno de

agua que, junto a una carta abierta, estaba en una mesa cercana. Siguió en la misma postura hasta que Josephine empezó a cansarse de esperar. Pero, cuando estaba a punto de perder la esperanza de ver satisfecha su curiosidad, su señora levantó la botella y el vaso, y llenó este último. Josephine miró con más atención. Hortense lo sostuvo unos instantes contra la luz, y luego se bebió el *brandy* de un trago.

Josephine fue incapaz de reprimir un silbido involuntario. Pero su sorpresa se convirtió en asombro cuando vio que su señora se servía un segundo vaso. Hortense, sin embargo, lo dejó en la mesa después de dar unos sorbos, como si se le hubiera ocurrido una idea de pronto, y cruzó rápidamente la habitación. Se agachó delante de una vitrina y sacó unos pequeños prismáticos de ópera. Regresó a la ventana con ellos, se los llevó a los ojos, y volvió a quedarse un rato mirando el mar. Con qué intención es algo que Josephine no logró entender. Lo único perceptible para ella fue que su señora dejó súbitamente los binoculares en la mesa y se desplomó en una butaca, cubriéndose el rostro con las manos.

Josephine fue incapaz de contener su asombro más tiempo. Bajó corriendo a la cocina.

—Valentine —dijo a la cocinera—, ¿qué demonios le pasará a la señora? No quiere cenar, está bebiendo *brandy* como una descosida, ha estado mirando el mar con unos prismáticos, y ahora está llorando a lágrima viva con una carta en el regazo.

La cocinera dejó de pelar patatas y levantó la vista con un guiño de lo más expresivo.

—¿Qué puede ser —exclamó— sino que el señor regresa?

II

Cuando dieron las seis, Josephine y Valentine seguían discutiendo las posibles causas y consecuencias de lo que esta última acababa de insinuar. De pronto, sonó la campanilla de la señora Bernier. Josephine se alegró mucho de atender su llamada. Encontró a su señora bajando la escalera, peinada,

envuelta en una capa y cubierta con un velo, sin el menor indicio de agitación, pero muy pálida.

—Voy a salir —dijo la señora Bernier—; si viene el señor vizconde, dile que estoy en casa de mi suegra y deseo que me espere.

Josephine le abrió la puerta, y se quedó observándola mientras cruzaba el patio delantero.

—En casa de su suegra —refunfuñó la doncella—, ¡qué desvergonzada!

Cuando Hortense llegó a la calle, no se dirigió a través de la ciudad hacia el barrio antiguo donde residía esa anciana dama, la madre de su marido, sino que siguió una ruta muy diferente. Enfiló el camino del muelle, al lado del puerto, hasta llegar a una zona muy concurrida, en la que vivían sobre todo pescadores y barqueros. Allí se retiró el velo de la cara. Empezaba a oscurecer. Andaba como si no quisiera que se fijasen en ella, pero sí escudriñar a la gente que le rodeaba. Vestía con tanta sencillez que no había nada en su apariencia que llamara la atención; sin embargo, si alguien hubiera reparado en ella, por el motivo que fuera, se habría quedado impresionado por la intensidad con que escrutaba todos los semblantes con que se cruzaba. Era como si tratara de reconocer en medio de la multitud a un amigo que no hubiera visto en muchos años, o más bien, quizá, a un enemigo del que llevara mucho tiempo sin saber nada. Finalmente, se detuvo ante un tramo de escalera, al pie del cual había un embarcadero para media docena de botes, que se usaban para cruzar pasajeros de un lado a otro del puerto cuando se cerraba el puente levadizo que permitía el paso de los barcos. Mientras esperaba, fue testigo de la siguiente escena:

Un hombre con un gorro de pescador de lana roja estaba sentado en el escalón más alto, fumando una pipa rota y mirando el agua. Al volver la cabeza, vio un niño que, con una jarra en los brazos, corría por el muelle hacia una vivienda miserable.

—¡Eh, mocoso! —gritó—. ¿Qué llevas? Ven aquí.

El pequeño miró hacia atrás, pero, en vez de obedecerle, apretó el paso.

—¡Maldita sea! ¡Ven aquí —repitió el hombre, furioso—, o te retorceré el pescuezo! ¿Qué pasa? ¿Es que no piensas obedecer a tu tío?

El niño se detuvo, y se acercó apesadumbrado a su pariente, mirando varias veces hacia la casa, como si quisiera apelar a una autoridad superior.

—¡Vamos, date prisa! —prosiguió el hombre—. O tendré que ir a buscarte. ¡Venga!

El pequeño se quedó a unos pasos de los escalones, y miró a su tío con recelo, abrazado a la jarra.

—Vamos, mocoso, acércate más.

El niño guardó un silencio imperturbable, a pesar de todo, y continuó inmóvil. Su sedicente tío se inclinó de pronto hacia delante y, con un amplio movimiento del brazo, arrastró al pequeño hacia él, agarrándole una muñeca quemada por el sol.

—¿Por qué no vienes cuando se te llama? —preguntó, cogiéndole con la otra mano un mechón de pelo sucio; y zarandeó al pequeño hasta que éste se tambaleó—. ¿Por qué no has venido, mocoso maleducado? ¿Eh? ¿Eh? ¿Eh? —exclamó, acompañando cada exclamación de un nuevo zarandeo.

El niño no contestó. A pesar de estar en las garras de su tío, intentó en vano volver el cuello y pedir auxilio a alguien de la casa.

—Vamos, no muevas la cabeza. Mírame y responde. ¿Qué hay en esa jarra? No mientas.

—Leche.

—¿Para quién?

—Para la abuela.

—Deberían ahorcarla.

El hombre soltó al pequeño, y le quitó la jarra que apretaba débilmente contra el pecho; inclinó ésta hacia la luz, examinó su contenido, se la llevó a los labios y la vació de un trago. El niño, aunque liberado, no retrocedió. Observó cómo su tío apuraba la jarra. Después, cuando sus miradas se cruzaron, dijo:

—Era para el bebé.

El hombre se quedó unos instantes indeciso. Pero el niño pareció adivinar el encono de su pariente, pues, en cuanto terminó de hablar, escapó corriendo como un rayo, justo a tiempo de eludir el golpe de la jarra que, con gran estruendo, le lanzó a los talones. Cuando perdió de vista al pequeño, se volvió de nuevo hacia el mar, y cogió la pipa entre los dientes frunciendo el ceño y murmurando algo que a la señora Bernier le sonó muy parecido a: «¡Maldito bebé! ¡Ojalá se ahogara!».

Hortense fue muda espectadora de este pequeño drama. Una vez concluido, se dio la vuelta y desanduvo casi veinte metros con la mano en la cabeza. Luego retrocedió y se dirigió al hombre.

—Buen hombre —dijo, en un tono muy amable—, ¿es de usted alguno de estos botes?

Él levantó la vista para mirarla. En un instante, la pipa estaba fuera de la boca, y en su lugar había una gran sonrisa. Se levantó, llevándose la mano al gorro.

—Sí, señora; a su servicio.

—¿Podría cruzarme a la otra orilla?

—No necesita usted un bote; el puente levadizo está bajado —respondió uno de sus compañeros al pie de los escalones, mirando el puente.

—Ya lo sé —dijo la señora Bernier—; pero quiero ir al cementerio, y con un bote tendré que andar casi un kilómetro menos.

—El cementerio está cerrado a estas horas.

—*Allons*, deja en paz a la señora —exclamó el hombre al que ella se había dirigido en un principio—. Venga por aquí, señora.

Hortense se sentó en la popa del barco. El hombre cogió los remos.

—¿Quiere que crucemos directamente?

Hortense miró a uno y otro lado.

—Hace una tarde preciosa —dijo—; ¿qué tal si me lleva hasta el faro y me deja lo más cerca posible del cementerio en el camino de vuelta?

—Muy bien —contestó el barquero—; serán quince *sous*[29]— y empezó a remar enérgicamente.

—*Allez*, le pagaré bien —dijo la señora Bernier.

—Quince *sous* es la tarifa —insistió el hombre.

—Deme un bonito paseo y le daré cien —exclamó Hortense.

Su acompañante no dijo nada. Era evidente que prefería fingir que no había oído el comentario. No decir nada era probablemente la manera más digna de recibir una promesa demasiado generosa para no ser una broma.

Por algún tiempo reinó el silencio, roto únicamente por el chapoteo de los remos y el ruido que se oía de la costa y de los barcos más cercanos. La señora Bernier examinó con mucho disimulo el rostro del barquero. Era un hombre de unos treinta y cinco años, de expresión obstinada, sombría y

brutal. Es posible que esos rasgos se vieran exagerados por la tediosa monotonía de su trabajo. Sus ojos carecían de ese destello de picardía que había brillado en ellos cuando estaba tan *empressé*[30] ofreciéndole sus servicios. Su cara parecía mejor entonces… siempre que el vicio sea mejor que la ignorancia. Decimos que un semblante se ilumina con una sonrisa; y es cierto que ese centelleo fugaz es como una vela en una habitación oscura. Arroja un rayo de luz sobre la lóbrega tapicería de nuestra alma. El rostro de los pobres, generalmente, varía muy poco. Hay una clase muy numerosa de seres humanos limitados por su destino a un único cambio de expresión, o quizá, mejor dicho, a una única expresión. ¡Ay de mí! ¡Esas caras de los que van desnudos o visten andrajos; cuyo reposo es estancamiento y cuya actividad, vicio; ignorantes en sus peores momentos, infames en los mejores!

—No reme tan deprisa —dijo finalmente Hortense—. ¿No quiere descansar un poco?

—La señora es muy amable —contestó el barquero, apoyándose en los remos—. Pero, si me ha contratado por horas —añadió, esbozando de nuevo aquella sonrisa maliciosa—, no debería verme holgazanear.

—Supongo que trabaja usted mucho —exclamó la señora Bernier.

El hombre movió con cierta brusquedad la cabeza, como si quisiera dar a entender lo difícil que era imaginar hasta qué punto doblaba el espinazo.

—Llevo levantado desde las cuatro de la mañana, arrastrando fardos y cajas por el muelle, y navegando con mi pequeño bote… deslomándome sin poder descansar cinco minutos. *C’est comme ça*. Algunas veces le digo a mi compañero: creo que me voy a zambullir en el agua para secarme. ¡Ja, ja, ja!

—Y, por supuesto, ganará usted poco —dijo la señora Bernier.

—Menos que nada. Justo lo que me mantiene suficientemente gordo para servir de alimento al hambre.

—¿Cómo? ¿No le da para comer lo necesario?

—Lo necesario es un concepto muy elástico, señora. Puede reducirse hasta que el grado superior a nada signifique lujo. Comer lo necesario para mí a veces es alimentarme de aire. Si no me privo de él es porque no puedo.

—¡Cómo se puede ser tan desdichado!

—¿Quiere saber qué he comido hoy?

—Dígamelo —respondió la señora Bernier.

—Una rebanada de pan negro con un arenque en salazón es cuanto ha pasado por mis labios en las últimas doce horas.

—¿Por qué no busca un trabajo mejor?

—Si muriera esta noche —prosiguió el barquero, sin prestar atención a su pregunta, como si el afán de compadecerse de sí mismo le empujara más allá de las señales de auxilio—, ¿qué quedaría para enterrarme? Con la ropa que llevo podría comprarme un féretro. Por el precio de este viejo y raído traje, que no me ha durado ni un año, podría conseguir otro que no se estropearía en cien años. *La bonne idée!*

—¿Por qué no busca un trabajo mejor pagado? —repitió Hortense.

El hombre volvió a meter los remos en el agua.

—¿Un trabajo mejor pagado? Tengo que trabajar para conseguir trabajo. Eso también he de ganármelo. El trabajo equivale a un salario. Casi todo lo que me embolso el sábado por la noche es la promesa de trabajar las semanas siguientes. Llevar cincuenta toneles desde el barco hasta el almacén significa dos cosas: treinta *sous* y cincuenta toneles más que llevar al día siguiente. Así que una mano aplastada o un hombre dislocado significan veinte francos para el farmacéutico y *bon jour*[31] para mi negocio.

—¿Está casado? —preguntó Hortense.

—No, gracias. No me han maldecido con esa bendición. Pero tengo una madre anciana, una hermana y tres sobrinos que dependen de mí. La mayor es demasiado vieja para trabajar; la joven, demasiado holgazana; y los pequeños, demasiado jóvenes. Pero ninguno de ellos es demasiado viejo ni demasiado joven para tener hambre, *allez*. ¡Que me aspen si no soy un padre para ellos!

Hubo una pausa. El hombre se puso a remar de nuevo. La señora Bernier, inmóvil, siguió observando la fisonomía del barquero. El sol crepuscular le daba de lleno en el rostro, que parecía casi resplandecer. Las facciones de Hortense quedaban oscurecidas contra el cielo de poniente, y resultaban indistinguibles para su acompañante.

—¿Por qué no se marcha de aquí? —preguntó ella, finalmente.

—¿Marcharme? ¿Cómo? —exclamó el hombre, levantando la vista con esa ruda avidez con que la gente de su clase recibe las propuestas que afectan a sus intereses, incluyendo las sugerencias más filantrópicas en esa ansia

desconfiada con que la experiencia les ha enseñado a defender su parte del trato; el único tipo de propuesta que ésta les ha permitido conocer.

—Váyase a otro lugar —dijo Hortense.

—¿Dónde, por ejemplo?

—A un nuevo país… América.

El hombre soltó una carcajada. La señora Bernier pareció más interesada por la expresión de su rostro que turbada, algo habitual cuando uno sabe que ha hecho el ridículo.

—¡Cómo se nota que es usted una dama! Si escribe para que me amueblen unas habitaciones *là-bas*[32], iré encantado. Pero no quiero saltar al vacío. América y Argelia son dos bonitas palabras para atiborrar un estómago vacío cuando se está tumbado al sol, sin trabajo, como cuando llenamos una pipa de tabaco y dejamos que las volutas de humo se eleven alrededor. Pero se desvanecen ante una chuleta y una botella de vino. Cuando la tierra sea tan llana y el aire tan puro que se pueda divisar la costa americana desde aquel embarcadero, prepararé mi fardo. No antes.

—¿Tiene miedo, entonces, de arriesgarse?

—No tengo miedo a nada, *moi*. Pero tampoco soy un idiota. No pienso dar una patada a mis *sabots*[33] hasta que no tenga un par de zapatos. Aquí puedo andar descalzo. No quiero encontrar agua donde esperaba tierra firme. En cuanto a América, ya he estado allí.

—¡Ah! ¿Ha estado allí?

—Conozco Brasil, México, California y las Antillas.

—¡Ah!

—He estado en Asia, también.

—¡Ah!

—*Pardieu*, en China y en la India. ¡Oh, he visto el mundo! He doblado tres veces el cabo de Hornos.

—¿Ha sido marinero, entonces?

—Sí, señora; catorce años.

—¿En qué barco?

—¡Bendito sea Dios!, en medio centenar.

—¿Franceses?

—Franceses, ingleses y españoles; la mayoría españoles.

—¿De veras?

—Sí, en mala hora se me ocurrió.

—¿Por qué?

—¡Fue una vida de perros! Habría ahogado a cualquier perro que me hubiera jugado la mitad de las malas pasadas que tantas veces presencié.

—Y ¿usted nunca participó en ellas?

—Perdone, pero no les fui a la zaga. Fui tan buen español y tan brutal como cualquiera. Medí mi navaja con los mejores, y la saqué tan deprisa, y la clavé tan profundo como ellos. Le enseñaría mis cicatrices si no fuera una dama. Pero le aseguro que encontraría sus réplicas en la piel de una docena de españoles.

Pareció remar con renovado vigor al recordar esto. Reinó el silencio.

—¿Cree usted —dijo la señora Bernier, poco después—, recuerda usted… mejor dicho, tiene conciencia de haber matado alguna vez a un hombre?

Los remos del barquero vacilaron unos instantes. Éste clavó la mirada en el rostro de su pasajera, demasiado ensombrecido aún por su emplazamiento para resultar distinguible. El tono de la pregunta había traicionado lisa y llanamente su curiosidad. El hombre dudó unos segundos, y luego esbozó una de esas sonrisas conscientes, cautelosas y ambiguas que tanto sirven para el reconocimiento de un delito como para su rechazo culpable.

—*Mon Dieu!* —exclamó, encogiéndose de hombros—. Menuda pregunta… Nunca he matado a nadie sin un motivo.

—Por supuesto que no —dijo Hortense.

—Aunque un motivo en Sudámerica, *ma foi!*[34] –añadió el barquero, —no lo sería aquí.

—Eso imagino. ¿Cuál sería un motivo allí?

—Bueno, si maté a un hombre en Valparaíso… y no digo que lo hiciera, ¿eh?, fue porque mi navaja se clavó más de lo que yo quería.

—Pero ¿por qué se la clavó?

—No lo hice. Si lo hubiera hecho, habría sido para defenderme de su ataque.

—Y ¿por qué tenía que atacarle él?

—*Ventrebleu!*[35] Hay tantas razones como embarcaciones en este puerto.

—¿Por ejemplo?

—Bueno, conseguir en un barco el puesto al que él aspiraba.

—¿Por algo así? ¿Cómo es posible?

—Oh, y por cosas más insignificantes. Porque una muchacha me diera doce naranjas que le había prometido a él.

—¡Qué extraño! —dijo la señora Bernier, con una risita aguda—. Un hombre que le guardara esa clase de rencor ¿vendría entonces a apuñalarle como quien no quiere la cosa?

—Exactamente. Me clavaría la navaja hasta el mango con un juramento, y cinco minutos después estaría cantando y abriendo un melón con ella.

—Y, cuando una persona tiene miedo, o vergüenza, o es incapaz de vengarse por sí misma, ¿puede él… o ella, si es una mujer, contratar a alguien para que lo haga en su lugar?

—*Parbleu!*, los pobres diablos a la caza de un trabajo así son tan numerosos en la costa sudamericana como los *commissionnaires*[36] en este país.

El barquero estaba de lo más sorprendido por la fascinación que ejercía aquel escabroso tema sobre una señora tan elegante; pero es obvio que tenía facilidad de palabra, y es probable que el placer de darle esa información y de escucharse a sí mismo fuera mayor que su asombro.

—Y en Sudamérica —prosiguió— nunca olvidan las rencillas. Si un hombre no cumple su palabra un día, tendrá que acabar haciéndolo. El odio de los españoles es como el sueño perdido; puedes retrasarlo un tiempo, pero al final te pasa factura. Los granujas siempre cumplen sus promesas entre ellos. Un enemigo a bordo es muy divertido. Es como dos toros encerrados en el mismo prado. Solo puedes quedarte medio minuto quieto si estás apoyado en una valla. Ni siquiera cuando entabla amistad contigo resulta fiable. Meterse con él es como beber de una jarra de peltre. Y ocurre lo mismo en todas partes. Deja que tu sombra se cruce una vez en el camino de un español, y él siempre la verá ahí. Si no ha vivido nunca fuera de estas malditas ciudades europeas tan organizadas, no puede ni imaginar cómo son las cosas en una ciudad portuaria de Sudamérica, con la mitad de la población esperando a la otra mitad detrás de una esquina. Aunque no veo que sea mucho mejor aquí, donde todo el mundo espía a su vecino. Allí encuentras un

asesino a cada paso, aquí un *sargent de ville*… En cualquier caso, la vida *là-bas* solía recordarme sobre todo a la navegación por un canal de escasa profundidad, donde no sabes en qué roca infernal puedes encallar. Todos los hombres tienen cuentas pendientes con sus vecinos, como madame con su *fournisseur*[37]; y, *ma foi,* ésas son las únicas cuentas que saldan. Es posible que el capitán del Santiago me devuelva uno de estos días los preciosos calificativos que le dediqué cuando nos despedimos, pero jamás me pagará el salario que me debe.

Una breve pausa siguió a esta exposición de las virtudes de los españoles.

—Entonces, ¿usted no ha matado a nadie?

—¡Por supuesto que sí! ¿Le horroriza?

—En absoluto. Sé que a menudo es algo justificable.

El hombre guardó silencio, tal vez sorprendido, pues lo siguiente que dijo fue:

—La señora ¿es española?

—En eso, quizá lo sea.

Su acompañante enmudeció de nuevo. El silencio se prolongó. La señora Bernier lo interrumpió con una pregunta que puso al descubierto cómo el pensamiento de ambos había seguido el mismo curso.

—¿Qué motivo suficiente hay en este país para matar a un hombre?

El barquero soltó una carcajada que resonó por encima del agua. Hortense se arrebujó en su capa.

—Me temo que no hay ninguno.

—¿No existe el derecho de legítima defensa?

—Sí, claro que sí. Y yo debería saber algo de eso. Pero es un derecho que *ces messieurs* del *Palais* reconocen muy pocas veces.

—En Sudamérica y esos países, cuando un hombre te hace la vida imposible, ¿qué se hace?

—*Mon Dieu!* Supongo que matarlo.

—¿Y en Francia?

—Supongo que suicidarte. ¡Ja, ja, ja!

En ese momento llegaron a la punta del gran rompeolas, que acababa en el faro y era uno de los límites de la parte interior del puerto. El sol se había puesto.

—Ya estamos en el faro —dijo el hombre—; está oscureciendo. ¿Quiere que volvamos?

Hortense se puso en pie, y se quedó mirando el mar.

—Sí —respondió finalmente—, puede regresar sin prisa.

Cuando el bote dio la vuelta, ella se sentó de nuevo y, sacando una mano por la borda, la metió en el agua y contempló cómo, al avanzar, la superficie se ondulaba.

Finalmente, levantó la vista y miró a su acompañante. Ahora que el rostro de Hortense reflejaba la luz crepuscular de poniente, el barquero pudo ver que estaba mortalmente pálida.

—Debe de ser muy duro para usted salir adelante —dijo ella—: me encantaría ayudarle.

El hombre se sobresaltó, y la miró fijamente unos instantes. ¿Sería porque ese comentario no armonizaba con la expresión que distinguía vagamente en sus ojos? Luego se llevó la mano al gorro.

—La señora es muy amable. Y ¿qué haría por mí?

La señora Bernier le devolvió la mirada.

—Confiaré en usted.

—¡Ah!

—Y le recompensaré.

—¡Vaya! ¿La señora tiene un trabajo para mí?

—Un trabajo importante —exclamó Hortense, asintiendo con la cabeza.

El hombre no dijo nada, esperando, al parecer, una explicación. Su cara mostraba la sombría irritación de toda naturaleza mezquina cuando está confundida.

—¿Es usted un hombre valiente?

Esta pregunta le aclaró todo. La repentina expansión de sus facciones la contestó. No se pueden tocar ciertos asuntos con un inferior sin sacrificar las barreras que te separan de él. Hay pensamientos, sentimientos, visiones fugaces y presagios que nivelan todas las desigualdades sociales.

—Lo bastante valiente —respondió el barquero— para cualquier cosa que me encargue.

—¿Lo bastante valiente para cometer un crimen?

—No de balde.

—Si le pidiera que pusiera en peligro su tranquilidad espiritual, que arriesgase su seguridad personal por mí, por supuesto que no sería un favor. Le daría diez veces el peso en oro de cada gramo que aumentara la carga de su conciencia por mi culpa.

El hombre la miró con dureza y detenimiento en medio de la penumbra.

—Sé lo que quiere de mí —dijo finalmente.

—Muy bien —exclamó ella—; y ¿está dispuesto a hacerlo?

El barquero siguió con la vista clavada en ella. Hortense le devolvió la mirada como una mujer que ya no tiene nada que ocultar.

—Expóngame el caso.

—¿Conoce el Armorique, un barco de vapor?

—Sí; viene de Southampton.

—Llegará mañana muy temprano. ¿Podrá cruzar la barra?

—No; no hasta el mediodía.

—Eso imaginaba. Verá, espero a una persona… un hombre.

La señora Bernier pareció incapaz de continuar, como si hubiera perdido la voz.

—¿Y bien? —dijo el barquero.

—Él es la persona —se detuvo de nuevo.

—La persona que…

—La persona de la que quiero deshacerme.

Hubo unos instantes de silencio. El hombre fue el primero en hablar.

—¿Ha ideado algún plan?

Hortense asintió con la cabeza.

—Escuchémoslo.

—La persona en cuestión —dijo la señora Bernier— estará impaciente por saltar a tierra antes del mediodía. Verá su casa desde el barco si, como usted dice, éste se queda fondeado. Si él consiguiera un bote, no tendría problemas para desembarcar. *Eh bien!* Supongo que me entiende.

—¡Ajá! ¿Se refiere a mi bote… a *este* bote?

—¡Dios mío!

La señora Bernier se levantó de un salto, extendió los brazos y se desplomó de nuevo en su banco, ocultando el rostro entre las rodillas. El barquero se apresuró a dejar los remos apoyados en la borda, y puso las

manos en los hombros de Hortense.

—*Allons donc*, ¡en nombre del diablo, no se desmorone! —dijo él—; llegaremos a un acuerdo.

Arrodillado en el fondo del bote, y sujetándola para que no se cayera, consiguió que se pusiera en pie, aunque con la cabeza agachada.

—¿Quiere que acabe con él en el bote?

No hubo respuesta.

—¿Es un hombre mayor?

Hortense movió débilmente la cabeza para negarlo.

—¿De mi edad?

Ella asintió.

—*Sapristi!*[38] No será tan fácil.

—No sabe nadar —dijo Hortense, sin alzar la vista—; es… es cojo.

—*Nom de Dieu!* —El barquero bajó las manos. Hortense se apresuró a levantar la mirada—. ¡Lo que faltaba! Bueno, da lo mismo —añadió finalmente—, me ayudará a reconocerlo.

—*Mais oui*. Y, además de eso, pedirá que le lleve a la *Maison* Bernier, la casa cuya parte trasera da al mar, en la prolongación del gran muelle. *Tenez*, casi puede verla desde aquí.

—La conozco —respondió el barquero, y se quedó en silencio, como si se hiciera y contestara él mismo una pregunta.

Hortense estaba a punto de interrumpir el hilo de pensamientos que adivinaba en él cuando el hombre se le anticipó.

—¿Cómo puedo estar seguro de mi parte? —quiso saber.

—¿De su recompensa? He pensado en ello. Este reloj es una garantía de lo que podré y estaré encantada de darle cuando todo termine. Hay perlas por valor de dos mil francos en la tapa.

—*Il faut fixer la somme*[39] –dijo el hombre, sin tocar el reloj.

—Eso depende de usted.

—Bien. Sabe que tengo derecho a pedir un precio muy alto.

—Naturalmente. Dígame cuánto.

—Solo una gran suma me animaría a considerar su propuesta. *Songez donc*[40], es un ASESINATO lo que me está pidiendo.

—El precio… dígame el precio.

—*Tenez* —continuó el hombre—, la caza furtiva es siempre peligrosa. Las perlas de ese reloj son tan valiosas porque llegar hasta ellas puede costar vidas humanas. Usted quiere que yo sea su pescador de perlas. Que así sea. Pero tiene que asegurarme un descenso seguro; porque es un descenso, ¿sabe? ¡Ajá! Tiene que proporcionarme una escafandra segura; algo que me permita respirar mientras hago mi trabajo. ¡Cuando pienso en un puñado de napoleones!

—Buen hombre, no deseo hablar con usted ni escuchar sus ocurrencias. Lo único que pretendo es saber su precio. No estoy negociando la compra de un par de pollos. Proponga una suma.

El barquero había vuelto a sentarse y a coger los remos. Se inclinó para dar un impulso largo y lento al bote, acercando su rostro al de la mujer que lo tentaba. Se quedó unos instantes con el cuerpo echado hacia delante y los ojos fijos en la señora Bernier. Es posible que en aquellos momentos fuera una suerte para Hortense —ya la había ayudado antes a conseguir sus propósitos— ser tan hermosa. Un rostro poco agraciado habría acentuado la monstruosidad de la negociación. De pronto, con un movimiento rápido y convulso, el hombre completó su palada.

—*Pas si bête!*[41] Propóngala usted.

—Muy bien —dijo Hortense—, si así lo desea. *Voyons*: le daré lo que puedo. Tengo joyas por valor de quince mil francos. Serán suyas; o, si eso le compromete, le daré su valor en metálico. En casa, en una caja, guardo mil francos en oro. Serán para usted. Le pagaré un pasaje y lo esencial para ir a América. Tengo amigos en Nueva York. Les escribiré para que le consigan trabajo.

—Y dejará que mi madre y mi hermana le hagan la colada, ¿no? ¡Ja, ja, ja! Joyas, quince mil francos; más otros mil, dieciséis; pasaje a América… en primera clase, quinientos francos; lo esencial, ¿qué quiere decir con eso?

—Cuanto necesite para salir adelante *là-bas.*

—¿Un escrito que certifique que no soy un asesino? *Ma foi*, sería mejor que continuara dando esa impresión. Me ha sido muy útil, al menos a este lado del océano. Digamos veinticinco mil francos.

—De acuerdo, pero ni uno más.

—¿Puedo confiar en usted?

—¿Acaso no lo estoy haciendo yo? Tiene suerte de que no me permita pensar en el riesgo que corro.

—Quizá en eso estemos igualados. Ninguno de los dos puede tener presentes ciertas posibilidades. Muy bien, yo también confiaré en usted… *Tiens!* —exclamó el barquero—, ya estamos al lado del muelle. —Y, llevándose la mano al gorro con aire solemne y burlón, añadió—: Señora, ¿todavía quiere visitar el cementerio?

—Vamos, rápido, ayúdeme a desembarcar —dijo la señora Bernier, impaciente.

—En cierto modo, ya hemos estado entre los muertos —contestó el barquero, dándole la mano.

III

Eran más de las ocho cuando la señora Bernier llegó a su casa.

—¿Ha venido el señor de Meyrau? —preguntó a Josephine.

—Sí, señora; y, al enterarse de que estaba usted fuera, dejó una nota, *chez Monsieur*.

Hortense encontró una carta sellada sobre la mesa del despacho centenario de su marido. Decía lo siguiente:

> Me ha entristecido mucho no encontrarte en casa. Quería decirte algo. He aceptado una invitación para cenar y pasar la noche en C., pensando que causaría buena impresión. Por el mismo motivo, he decidido coger el toro por los cuernos, y subir a bordo del vapor cuando regrese, a fin de dar la bienvenida al señor de Bernier, el privilegio de un viejo amigo. Me han dicho que el Armorique fondeará fuera de la barra al amanecer. ¿Qué te parece? Aunque es demasiado tarde para que yo me entere. Aplaude mi *savoir faire*; acabarás haciéndolo de todos modos. Ya verás cómo eso allana las dificultades.

—¡Perpleja! ¡Estoy perpleja! —dijo entre dientes Hortense después de leer la nota—. ¡Dios me libre de mis amigos!

Fue varias veces de un lado para otro de la habitación, y finalmente se puso a hablar sola, como suele hacer la gente en los momentos de paroxismo.

—¡Bah! Será incapaz de levantarse al amanecer. Se quedará dormido, sobre todo después de la cena de esta noche. El otro llegará antes que él… ¡Pobre de mí, he sufrido demasiado para fracasar al final!

Josephine regresó para ofrecerse a desvestir a su señora. Esta última, en su afán de tranquilizarse, le preguntó lo primero que se le ocurrió.

—¿Estaba solo el señor vizconde?

—No, señora; otro caballero le acompañaba… El señor de Saulges, creo. Vinieron en un carruaje, con dos bolsas de viaje.

Aunque hasta el momento he considerado más oportuno, empujado por un exagerado temor a atrincherarme en el terreno de la ficción, relatarles lo que esta pobre mujer hacía y decía, en lugar de lo que pensaba, voy a revelarles ahora lo que pasaba por su cabeza:

«¿Será un cobarde? ¿Irá a abandonarme, o querrá solo pasar estas últimas horas jugando y bebiendo? Tendría que haberse quedado conmigo. ¡Ah! Amigo mío, qué poco haces por mí, que soy capaz de cualquier cosa por ti: cometer un asesinato e incluso… ¡que el cielo me ayude!, suicidarme. Pero supongo que sabe lo que hace. De todas formas, se acostará tardísimo.»

Cuando la cocinera llegó esa noche, Josephine, que la esperaba levantada, le dijo:

—No te puedes imaginar el aspecto que tiene la señora. Parece diez años más vieja que esta mañana. ¡Virgen santísima! ¡Menudo día ha tenido!

—Espera a mañana —contestó el oráculo Valentine.

Más tarde, cuando las criadas subieron a acostarse en la buhardilla, vieron una luz por debajo de la puerta de Hortense; y, durante la noche, Josephine, que dormía justo encima de ella, y que no logró conciliar el sueño (por simpatía, digamos), oyó movimientos debajo que le indicaron que su señora estaba incluso más desvelada que ella.

IV

Había bastante ajetreo alrededor del Armorique cuando fondeó fuera del puerto de H… al rayar el alba del día siguiente. Un caballero, con un abrigo,

un bastón y una bolsa de viaje, se aproximó a él en un pequeño bote de pesca, que abandonó para subir a bordo.

—¿Está el señor Bernier? —preguntó a uno de los oficiales, el primer hombre que encontró.

—Supongo que ya ha desembarcado, señor. Hace un rato preguntó por él un barquero, y creo que se han marchado juntos.

El señor de Meyrau reflexionó unos instantes. Luego cruzó a la otra banda del barco, mirando hacia tierra. Asomándose por la amurada, vio un bote vacío amarrado a la escala que subía por el costado.

—Ese bote va a la ciudad, ¿no? —dijo a uno de los tripulantes que andaba por allí.

—Sí, señor.

—¿Dónde está el dueño?

—Imagino que llegará enseguida. Hace un momento estaba hablando con uno de los oficiales.

De Meyrau bajó por la escala, y se sentó en la popa del bote. Mientras el marinero al que acababa de dirigirse le pasaba la bolsa, una cara con un gorro rojo se asomó por la amurada.

—¡Oiga, buen hombre! —gritó de Meyrau—. ¿Es éste su bote?

—Sí, señor, a su servicio —respondió el del gorro rojo, acercándose a lo alto de la escala, y mirando atentamente el bastón y el bolso de viaje del caballero.

—¿Puede llevarme a la ciudad, a casa de la señora Bernier, al final del muelle nuevo?

—Por supuesto, señor —contestó el barquero, deslizándose por la escala —. Es usted justo el caballero que buscaba.

Una hora después, Hortense Bernier salió de la casa y empezó a cruzar lentamente el jardín en dirección a la terraza que daba al mar. Las criadas, que habían bajado temprano, la habían encontrado levantada y vestida; aunque, más bien, parecía no haberse desvestido, pues llevaba la misma ropa que la víspera.

—*Tiens!* —exclamó Josephine, al verla—. La señora envejeció diez años ayer, y ha envejecido otros diez esta noche.

Cuando la señora Bernier llegó al centro del jardín, se detuvo unos

instantes a la escucha. Luego dio un grito terrible. Pues, en la parte más baja de la terraza, había visto aparecer una figura que se acercaba a ella cojeando y con los brazos extendidos.

La muerte de Churruca

(fragmento de *Trafalgar*)
Benito Pérez Galdós
(1873)

BENITO PÉREZ GALDÓS (1843-1920) nació en Las Palmas de Gran Canaria, décimo hijo de un coronel del ejército. A los diecinueve años se trasladó a Madrid, donde conocería a Francisco Giner de los Ríos, fundador de la Institución Libre de Enseñanza, quién le animó a escribir y le introdujo en el krausismo. *La fontana de oro* (1870), *La sombra* (1871) y *El audaz* (1871) fueron sus primeras novelas, muy influenciadas aún por el Romanticismo. En 1873 empezó a publicar los *Episodios nacionales*, la historia novelada de gran parte del siglo XIX, un conjunto de cuarenta y seis episodios, divididos en cinco series, que arrancan en 1805 con la batalla de Trafalgar y finalizan en 1875 con la Restauración de la monarquía borbónica, y en los que se mezclan personajes de ficción con personajes históricos, acontecimientos políticos y militares con sucesos cotidianos y privados. La evolución ideológica del autor es perceptible desde el aliento épico de la primera serie hasta el amargo escepticismo final. Galdós, para muchos el mejor novelista español después de Cervantes, abrió el camino al naturalismo en nuestra literatura. Entre sus novelas cabe destacar: *Doña Perfecta* (1876), *Marianela* (1878), *Fortunata y Jacinta* (1886-1887) —junto con *La Regenta* de Leopoldo Alas «Clarín», la novela más representativa del realismo español —, *Miau* (1888), *Tristana* (1892), *Nazarín* (1895) y *Misericordia* (1897).

«La muerte de Churruca» es el capítulo XIII de *Trafalgar*, la primera novela de la primera serie de los *Episodios nacionales*; y su narrador, el joven gaditano Gabriel de Araceli, es el criado de un viejo oficial de la Armada en la reserva. La obra se publicó por primera vez en 1873 (Imprenta y Litografía de La Guirnalda, Madrid).

La muerte de Churruca

(fragmento de *Trafalgar*)

La lancha se dirigió… ¿a dónde? Ni el mismo Marcial sabía a dónde nos dirigíamos. La obscuridad era tan fuerte, que perdimos de vista las demás lanchas, y las luces del navío Pince se desvanecieron tras la niebla, como si un soplo las hubiera extinguido. Las olas eran tan gruesas, y el vendaval tan recio, que la débil embarcación avanzaba muy poco, y gracias a una hábil dirección no zozobró más de una vez. Todos callábamos, y los más fijaban una triste mirada en el sitio donde se suponía que nuestros compañeros abandonados luchaban en aquel instante con la muerte en espantosa agonía.

No acabó aquella travesía sin hacer, conforme a mi costumbre, algunas reflexiones, que bien puedo aventurarme a llamar filosóficas. Alguien se reirá de un filósofo de catorce años; pero yo no me turbaré ante las burlas, y tendré el atrevimiento de escribir aquí mis reflexiones de entonces. Los niños también suelen pensar grandes cosas; y en aquella ocasión, ante aquel espectáculo, ¿qué cerebro, como no fuera el de un idiota, podría permanecer en calma?

Pues bien: en nuestras lanchas iban españoles e ingleses, aunque era mayor el número de los primeros, y era curioso observar cómo fraternizaban, amparándose unos a otros en el común peligro, sin recordar que el día anterior se mataban en horrenda lucha, más parecidos a fieras que a hombres. Yo miraba a los ingleses, remando con tanta decisión como los nuestros; yo

observaba en sus semblantes las mismas señales de terror o de esperanza, y, sobre todo, la expresión propia del santo sentimiento de humanidad y caridad, que era el móvil de unos y otros. Con estos pensamientos, decía para mí: «¿Para qué son las guerras, Dios mío? ¿Por qué estos hombres no han de ser amigos en todas las ocasiones de la vida como lo son en las de peligro? Esto que veo, ¿no prueba que todos los hombres son hermanos?».

Pero venía de improviso a cortar estas consideraciones, la idea de nacionalidad, aquel sistema de islas que yo había forjado, y entonces decía: «Pero ya: esto de que las islas han de querer quitarse unas a otras algún pedazo de tierra, lo echa todo a perder, y sin duda en todas ellas debe de haber hombres muy malos, que son los que arman las guerras para su provecho particular, bien porque son ambiciosos y quieren mandar, bien porque son avaros y anhelan ser ricos. Estos hombres malos son los que engañan a los demás, a todos estos infelices que van a pelear; y para que el engaño sea completo, les impulsan a odiar a otras naciones; siembran la discordia, fomentan la envidia, y aquí tienen ustedes el resultado. Yo estoy seguro —añadí—, de que esto no puede durar: apuesto doble contra sencillo a que dentro de poco los hombres de unas y otras islas se han de convencer de que hacen un gran disparate armando tan terribles guerras, y llegará un día en que se abrazarán, conviniendo todos en no formar más que una sola familia».

Así pensaba yo. Después de esto he vivido setenta años, y no he visto llegar ese día.

La lancha avanzaba trabajosamente por el tempestuoso mar. Yo creo que Marcial, si mi amo se lo hubiera permitido, habría consumado la siguiente hazaña: echar al agua a los ingleses y poner la proa a Cádiz o a la costa, aun con la probabilidad casi ineludible de perecer ahogados en la travesía. Algo de esto me parece que indicó a mi amo, hablándole quedamente al oído, y D. Alonso debió de darle una lección de caballerosidad, porque le oí decir:

—Somos prisioneros, Marcial; somos prisioneros.

Lo peor del caso es que no divisábamos ningún barco.

El Pince se había apartado de donde estaba; ninguna luz nos indicaba la presencia de un buque enemigo. Por último, divisamos una, y un rato después la mole confusa de un navío que corría el temporal por barlovento, y aparecía en dirección contraria a la nuestra. Unos le creyeron francés, otros inglés, y

Marcial sostuvo que era español. Forzaron los remeros, y no sin trabajo llegamos a ponernos al habla.

—¡Ah del navío! —gritaron los nuestros.

Al punto contestaron en español:

—Es el San Agustín —dijo Marcial.

—El San Agustín se ha ido a pique —contestó don Alonso—. Me parece que será el Santa Ana, que también está apresado.

Efectivamente, al acercarnos, todos reconocieron al Santa Ana, mandado en el combate por el teniente general Álava. Al punto los ingleses que lo custodiaban dispusieron prestarnos auxilio, y no tardamos en hallarnos todos sanos y salvos sobre cubierta.

El Santa Ana, navío de 112 cañones, había sufrido también grandes averías, aunque no tan graves como las del Santísima Trinidad; y si bien estaba desarbolado de todos sus palos y sin timón, el casco no se conservaba mal. El Santa Ana vivió once años más después de Trafalgar, y aún habría vivido más si por falta de carena no se hubiera ido a pique en la bahía de la Habana en 1816. Su acción en las jornadas que refiero fue gloriosísima. Mandábalo, como he dicho, el teniente general Álava, jefe de la vanguardia, que, trocado el orden de batalla, vino a quedar a retaguardia. Ya saben ustedes que la columna mandada por Collingwood se dirigió a combatir la retaguardia, mientras Nelson marchó contra el centro. El Santa Ana, amparado solo por el Fougueux, francés, tuvo que batirse con el Royal Sovereign y otros cuatro ingleses; y a pesar de la desigualdad de fuerzas, tanto padecieron los unos como los otros, siendo el navío de Collingwood el primero que quedó fuera de combate, por lo cual tuvo aquél que trasladarse a la fragata Eurygalus. Según allí refirieron, la lucha había sido horrorosa, y los dos poderosos navíos, cuyos penoles se tocaban, estuvieron destrozándose por espacio de seis horas, hasta que herido el general Álava, herido el comandante Gardoqui, muertos cinco oficiales y noventa y siete marineros, con más de ciento cincuenta heridos, tuvo que rendirse el Santa Ana. Apresado por los ingleses, era casi imposible manejarlo a causa del mal estado y del furioso vendaval que se desencadenó en la noche del 21; así es que cuando entramos en él se encontraba en situación bien crítica, aunque no desesperada, y flotaba a merced de las olas, sin poder tomar dirección alguna.

Desde luego me sirvió de consuelo el ver que los semblantes de toda aquella gente revelaban el temor de una próxima muerte. Estaban tristes y tranquilos, soportando con gravedad la pena del vencimiento y el bochorno de hallarse prisioneros. Un detalle advertí también que llamó mi atención, y fue que los oficiales ingleses que custodiaban el buque no eran, ni con mucho, tan complacientes y bondadosos como los que desempeñaron igual cargo a bordo del Trinidad. Por el contrario, eran los del Santa Ana unos caballeros muy foscos y antipáticos, y mortificaban con exceso a los nuestros, exagerando su propia autoridad y poniendo reparos a todo con suma impertinencia. Esto parecía disgustar mucho a la tripulación prisionera, especialmente a la marinería, y hasta me pareció advertir murmullos alarmantes, que no habrían sido muy tranquilizadores para los ingleses si éstos los hubieran oído.

Por lo demás, no quiero referir incidentes de la navegación de aquella noche, si puede llamarse navegación el vagar a la ventura, a merced de las olas, sin velamen ni timón. No quiero, pues, fastidiar a mis lectores repitiendo hechos que ya presenciamos a bordo del Trinidad, y paso a contarles otros enteramente nuevos y que sorprenderán a ustedes tanto como me sorprendieron a mí.

Yo había perdido mi afición a andar por el combés y alcázar de proa, y así, desde que me encontré a bordo del Santa Ana, me refugié con mi amo en la cámara, donde pude descansar un poco y alimentarme, pues de ambas cosas estaba muy necesitado. Había allí, sin embargo, muchos heridos a quienes era preciso curar, y esta ocupación, muy grata para mí, no me permitió todo el reposo que mi agobiado cuerpo exigía. Hallábame ocupado en poner a don Alonso una venda en el brazo, cuando sentí que apoyaban una mano en mi hombro; me volví y encaré con un joven alto, embozado en luengo capote azul, y al pronto, como suele suceder, no le reconocí; mas contemplándole con atención por espacio de algunos segundos, lancé una exclamación de asombro: era el joven don Rafael Malespina, novio de mi amita.

Abrazole don Alonso con mucho cariño, y él se sentó a nuestro lado. Estaba herido en una mano, y tan pálido por la fatiga y la pérdida de la sangre, que la demacración le desfiguraba completamente el rostro. Su

presencia produjo en mi espíritu sensaciones muy raras, y he de confesarlas todas, aunque alguna de ellas me haga poco favor. Al punto experimenté cierta alegría viendo a una persona conocida que había salido ilesa del horroroso luchar; un instante después el odio antiguo que aquel sujeto me inspiraba se despertó en mi pecho como dolor adormecido que vuelve a mortificarnos tras un periodo de alivio. Con vergüenza lo confieso: sentí cierta pena de verle sano y salvo; pero diré también en descargo mío que aquella pena fue una sensación momentánea y fugaz como un relámpago, verdadero relámpago negro que obscureció mi alma, o mejor dicho, leve eclipse de la luz de mi conciencia, que no tardó en brillar con esplendorosa claridad.

La parte perversa de mi individuo me dominó un instante; en un instante también supe acallarla, acorralándola en el fondo de mi ser. ¿Podrán todos decir lo mismo? Después de este combate moral vi a Malespina con gozo porque estaba vivo, y con lástima porque estaba herido; y aún recuerdo con orgullo que hice esfuerzos para demostrarle estos dos sentimientos. ¡Pobre amita mía! ¡Cuán grande había de ser su angustia en aquellos momentos! Mi corazón concluía siempre por llenarse de bondad; yo hubiera corrido a Vejer para decirle: «Señorita doña Rosa, vuestro don Rafael está bueno y sano».

El pobre Malespina había sido transportado al Santa Ana desde el Nepomuceno, navío apresado también, donde era tal el número de heridos, que fue preciso, según dijo, repartirlos para que no perecieran todos de abandono. En cuanto suegro y yerno cambiaron los primeros saludos, consagrando algunas palabras a las familias ausentes, la conversación recayó sobre la batalla: mi amo contó lo ocurrido en el Santísima Trinidad, y después añadió:

—Pero nadie me dice a punto fijo dónde está Gravina. ¿Ha caído prisionero, o se retiró a Cádiz?

—El general —contestó Malespina— sostuvo un horroroso fuego contra el Defiance y el Revenge. Le auxiliaron el Neptune, francés, y el San Ildefonso y el San Justo, nuestros; pero las fuerzas de los enemigos se duplicaron con la ayuda del Dreadnoutgh, del Thunderer y del Poliphemus, después de lo cual fue imposible toda resistencia. Hallándose el Príncipe de Asturias con todas las jarcias cortadas, sin palos, acribillado a balazos, y

habiendo caído herido el general Gravina y su mayor general Escaño, resolvieron abandonar la lucha, porque toda resistencia era insensata y la batalla estaba perdida. En un resto de arboladura puso Gravina la señal de retirada, y acompañado del San Justo, el San Leandro, el Montañés, el Indomptable, el Neptune y el Argonauta, se dirigió a Cádiz, con la pena de no haber podido rescatar el San Ildefonso, que ha quedado en poder de los enemigos.

—Cuénteme usted lo que ha pasado en el Nepomuceno —dijo mi amo con el mayor interés—. Aún me cuesta trabajo creer que ha muerto Churruca, y a pesar de que todos lo dan como cosa cierta, yo tengo la creencia de que aquel hombre divino ha de estar vivo en alguna parte.

Malespina dijo que desgraciadamente él había presenciado la muerte de Churruca, y prometió contarlo puntualmente. Formaron corro en torno suyo algunos oficiales, y yo, más curioso que ellos, me volví todo oídos para no perder una sílaba.

—Desde que salimos de Cádiz —dijo Malespina—, Churruca tenía el presentimiento de este gran desastre. Él había opinado contra la salida, porque conocía la inferioridad de nuestras fuerzas, y además confiaba poco en la inteligencia del jefe Villeneuve. Todos sus pronósticos han salido ciertos; todos, hasta el de su muerte, pues es indudable que la presentía, seguro como estaba de no alcanzar la victoria. El 19 dijo a su cuñado Apodaca: «Antes que rendir mi navío, lo he de volar o echar a pique. Éste es el deber de los que sirven al Rey y a la patria». El mismo día escribió a un amigo suyo, diciéndole: «Si llegas a saber que mi navío ha sido hecho prisionero, di que he muerto».

»Ya se conocía en la grave tristeza de su semblante que preveía un desastroso resultado. Yo creo que esta certeza y la imposibilidad material de evitarlo, sintiéndose con fuerzas para ello, perturbaron profundamente su alma, capaz de las grandes acciones, así como de los grandes pensamientos.

»Churruca era hombre religioso, porque era un hombre superior. El 21, a las once de la mañana, mandó subir toda la tropa y marinería; hizo que se pusieran de rodillas, y dijo al capellán con solemne acento: “Cumpla usted, padre, con su ministerio, y absuelva a esos valientes que ignoran lo que les espera en el combate”. Concluida la ceremonia religiosa, les mandó poner en

pie, y hablando en tono persuasivo y firme, exclamó: “¡Hijos míos: en nombre de Dios, prometo la bienaventuranza al que muera cumpliendo con sus deberes! Si alguno faltase a ellos, le haré fusilar inmediatamente, y si escapase a mis miradas o a las de los valientes oficiales que tengo el honor de mandar, sus remordimientos le seguirán mientras arrastre el resto de sus días miserable y desgraciado”.

»Esta arenga, tan elocuente como sencilla, que hermanaba el cumplimiento del deber militar con la idea religiosa, causó entusiasmo en toda la dotación del Nepomuceno. ¡Qué lástima de valor! Todo se perdió como un tesoro que cae al fondo del mar. Avistados los ingleses, Churruca vio con el mayor desagrado las primeras maniobras dispuestas por Villeneuve, y cuando éste hizo señales de que la escuadra virase en redondo, lo cual, como todos saben, desconcertó el orden de batalla, manifestó a su segundo que ya consideraba perdida la acción con tan torpe estrategia. Desde luego comprendió el aventurado plan de Nelson, que consistía en cortar nuestra línea por el centro y retaguardia, envolviendo la escuadra combinada y batiendo parcialmente sus buques, en tal disposición, que éstos no pudieran prestarse auxilio.

»El Nepomuceno vino a quedar al extremo de la línea. Rompiose el fuego entre el Santa Ana y el Royal Sovereign, y sucesivamente todos los navíos fueron entrando en el combate. Cinco navíos ingleses de la división de Collingwood se dirigieron contra el San Juan; pero dos de ellos siguieron adelante, y Churruca no tuvo que hacer frente más que a fuerzas triples.

»Nos sostuvimos enérgicamente contra tan superiores enemigos hasta las dos de la tarde, sufriendo mucho; pero devolviendo doble estrago a nuestros contrarios. El grande espíritu de nuestro heroico jefe parecía haberse comunicado a soldados y marineros, y las maniobras, así como los disparos, se hacían con una prontitud pasmosa. La gente de leva se había educado en el heroísmo, sin más que dos horas de aprendizaje, y nuestro navío, por su defensa gloriosa, no solo era el terror, sino el asombro de los ingleses.

»Éstos necesitaron nuevos refuerzos: necesitaron seis contra uno. Volvieron los dos navíos que nos habían atacado primero, y el Dreadnoutgh se puso al costado del San Juan, para batirnos a medio tiro de pistola. Figúrense ustedes el fuego de estos seis colosos, vomitando balas y metralla

sobre un buque de 74 cañones. Parecía que nuestro navío se agrandaba, creciendo en tamaño, conforme crecía el arrojo de sus defensores. Las proporciones gigantescas que tomaban las almas, parecía que las tomaban también los cuerpos; y al ver cómo infundíamos pavor a fuerzas seis veces superiores, nos creíamos algo más que hombres.

»Entre tanto, Churruca, que era nuestro pensamiento, dirigía la acción con serenidad asombrosa. Comprendiendo que la destreza había de suplir a la fuerza, economizaba los tiros, y lo fiaba todo a la buena puntería, consiguiendo así que cada bala hiciera un estrago positivo en los enemigos. A todo atendía, todo lo disponía, y la metralla y las balas corrían sobre su cabeza, sin que ni una sola vez se inmutara. Aquel hombre, débil y enfermizo, cuyo hermoso y triste semblante no parecía nacido para arrostrar escenas tan espantosas, nos infundía a todos misterioso ardor, solo con el rayo de su mirada.

»Pero Dios no quiso que saliera vivo de la terrible porfía. Viendo que no era posible hostilizar a un navío que por la proa molestaba al San Juan impunemente, fue él mismo a apuntar el cañón, y logró desarbolar al contrario. Volvía al alcázar de popa, cuando una bala de cañón le alcanzó en la pierna derecha, con tal acierto, que casi se la desprendió del modo más doloroso por la parte alta del muslo. Corrimos a sostenerlo, y el héroe cayó en mis brazos. ¡Qué terrible momento! Aún me parece que siento bajo mi mano el violento palpitar de un corazón, que hasta en aquel instante terrible no latía sino por la patria. Su decaimiento físico fue rapidísimo: le vi esforzándose por erguir la cabeza, que se le inclinaba sobre el pecho, le vi tratando de reanimar con una sonrisa su semblante, cubierto ya de mortal palidez, mientras con voz apenas alterada, exclamó: *Esto no es nada. Siga el fuego*.

»Su espíritu se rebelaba contra la muerte, disimulando el fuerte dolor de un cuerpo mutilado, cuyas postreras palpitaciones se extinguían de segundo en segundo. Tratamos de bajarle a la cámara; pero no fue posible arrancarle del alcázar. Al fin, cediendo a nuestros ruegos, comprendió que era preciso abandonar el mando. Llamó a Moyna, su segundo, y le dijeron que había muerto; llamó al comandante de la primera batería, y éste, aunque gravemente herido, subió al alcázar y tomó posesión del mando.

»Desde aquel momento la tripulación se achicó: de gigante se convirtió en enano; desapareció el valor, y comprendimos que era indispensable rendirse. La consternación de que yo estaba poseído desde que recibí en mis brazos al héroe del San Juan, no me impidió observar el terrible efecto causado en los ánimos de todos por aquella desgracia. Como si una repentina parálisis moral y física hubiera invadido la tripulación, así se quedaron todos helados y mudos, sin que el dolor ocasionado por la pérdida de hombre tan querido diera lugar al bochorno de la rendición.

»La mitad de la gente estaba muerta o herida; la mayor parte de los cañones desmontados; la arboladura, excepto el palo de trinquete, había caído, y el timón no funcionaba. En tan lamentable estado, aún se quiso hacer un esfuerzo para seguir al Príncipe de Asturias, que había izado la señal de retirada; pero el Nepomuceno, herido de muerte, no pudo gobernar en dirección alguna. Y a pesar de la ruina y destrozo del buque; a pesar del desmayo de la tripulación; a pesar de concurrir en nuestro daño circunstancias tan desfavorables, ninguno de los seis navíos ingleses se atrevió a intentar un abordaje. Temían a nuestro navío, aun después de vencerlo.

»Churruca, en el paroxismo de su agonía, mandaba clavar la bandera, y que no se rindiera el navío mientras él viviese. El plazo no podía menos de ser desgraciadamente muy corto, porque Churruca se moría a toda prisa, y cuantos le asistíamos nos asombrábamos de que alentara todavía un cuerpo en tal estado; y era que le conservaba así la fuerza del espíritu, apegado con irresistible empeño a la vida, porque para él en aquella ocasión vivir era un deber. No perdió el conocimiento hasta los últimos instantes; no se quejó de sus dolores, ni mostró pesar por su fin cercano; antes bien, todo su empeño consistía sobre todo en que la oficialidad no conociera la gravedad de su estado, y en que ninguno faltase a su deber. Dio las gracias a la tripulación por su heroico comportamiento; dirigió algunas palabras a su cuñado Ruiz de Apodaca, y después de consagrar un recuerdo a su joven esposa, y de elevar el pensamiento a Dios, cuyo nombre oímos pronunciado varias veces tenuemente por sus secos labios, expiró con la tranquilidad de los justos y la entereza de los héroes, sin la satisfacción de la victoria, pero también sin el resentimiento del vencido; asociando el deber a la dignidad, y haciendo de la

disciplina una religión; firme como militar, sereno como hombre, sin pronunciar una queja, ni acusar a nadie, con tanta dignidad en la muerte como en la vida. Nosotros contemplábamos su cadáver aún caliente, y nos parecía mentira; creíamos que había de despertar para mandarnos de nuevo, y tuvimos para llorarle menos entereza que él para morir, pues al expirar se llevó todo el valor, todo el entusiasmo que nos había infundido.

»Rindiose el San Juan, y cuando subieron a bordo los oficiales de las seis naves que lo habían destrozado, cada uno pretendía para sí el honor de recibir la espada del brigadier muerto. Todos decían: “Se ha rendido a mi navío”, y por un instante disputaron reclamando el honor de la victoria para uno u otro de los buques a que pertenecían. Quisieron que el comandante accidental del San Juan decidiera la cuestión, diciendo a cuál de los navíos ingleses se había rendido, y aquél respondió: “A todos, que a uno solo jamás se hubiera rendido el San Juan”.

»Ante el cadáver del malogrado Churruca, los ingleses, que le conocían por la fama de su valor y entendimiento, mostraron gran pena, y uno de ellos dijo esto o cosa parecida: “Varones ilustres como éste, no debían estar expuestos a los azares de un combate, y sí conservados para los progresos de la ciencia de la navegación”. Luego dispusieron que las exequias se hicieran formando la tropa y marinería inglesa al lado de la española, y en todos sus actos se mostraron caballeros, magnánimos y generosos.

»El número de heridos a bordo del San Juan era tan considerable, que nos transportaron a otros barcos suyos o prisioneros. A mí me tocó pasar a éste, que ha sido de los más maltratados; pero ellos cuentan poderlo remolcar a Gibraltar antes que ningún otro, ya que no pueden llevarse al Trinidad, el mayor y el más apetecido de nuestros navíos.

Aquí terminó Malespina, el cual fue oído con viva atención durante el relato de lo que había presenciado. Por lo que oí, pude comprender que a bordo de cada navío había ocurrido una tragedia tan espantosa como la que yo mismo había presenciado, y dije para mí: «¡Cuánto desastre, Santo Dios, causado por las torpezas de un solo hombre!». Y aunque yo era entonces un chiquillo, recuerdo que pensé lo siguiente: «Un hombre tonto no es capaz de hacer en ningún momento de su vida los disparates que hacen a veces las naciones, dirigidas por centenares de hombres de talento».

Los amotinados de la Bounty

Jules Verne
(1879)

Traducción: Marta Salís

JULES VERNE (1828-1905) nació en Nantes, hijo de un abogado. Estudió y se doctoró en Derecho en París, siguiendo los deseos de su padre; cuando decidió dedicarse a las letras, ése dejó de mantenerlo. Con la ayuda de los Dumas, padre e hijo, obtuvo un empleo en el Théâtre-Lyrique de París y consiguió estrenar en 1850 una comedia, *Les pailles rompues*. En 1851 empezó a publicar relatos en la revista *Le Musée des Familles*. En 1857 se convirtió en agente de bolsa y empezó a viajar por Inglaterra, Escocia, Noruega y Escandinavia. En 1862 propuso al editor Pierre-Jules Hetzel su novela *Cinco semanas en globo*, que se publicaría al año siguiente con un éxito extraordinario, y se ligaría a él con un contrato para escribir novelas y cuentos para el *Magasin d'Éducation et de Récreation* durante veinte años. Ahí inició su serie de *Viajes extraordinarios*, que llegaría a ocupar sesenta y cuatro volúmenes. *Viaje al centro de la Tierra* (1864), *De la Tierra a la Luna* (1865), *Los hijos del capitán Grant* (1868), *Veinte mil leguas de viaje submarino* (1870), *La vuelta al mundo en ochenta días* (1873), *La isla misteriosa* (1874-1875), *Miguel Strogoff* (1876) o *Las tribulaciones de un chino en China* (1879) son algunas de sus más célebres novelas, que cautivaron a los lectores y entraron a formar parte del imaginario universal de los siglos XIX y XX.

«Los amotinados de la Bounty» («Les revoltés de la Bounty») apareció en la revista *Le Musée des Familles* en 1879, y se publicó ese mismo año en la colección *Viajes extraordinarios* (J. Hetzel et C., París). El texto original, dicen algunos, es obra de Gabriel Marcel, un geógrafo de la Biblioteca Nacional de Francia con el que Verne había escrito *Los grandes navegantes del siglo XVIII*. Verne habría corregido el manuscrito y adquirido sus derechos por 300 francos. Narrado por primera vez por su principal afectado, el capitán Bligh, en 1790, convertido en poema por lord Byron en *The Island* en 1823, este motín no tardaría en incorporarse al imaginario romántico y de él se harían múltiples versiones en la literatura y en el cine. Esta que aquí ofrecemos da cuenta de su popularidad.

Los amotinados de la Bounty

I. EL ABANDONO

Ni una gota de viento, ni una pequeña onda en la superficie del mar, ni una nube en el cielo. Las espléndidas constelaciones del hemisferio austral se destacan con una pureza incomparable. Las velas de la Bounty cuelgan a lo largo de las vergas, el navío está inmóvil, y la luz de la luna, desvaneciéndose con la llegada de la aurora, ilumina el espacio con un fulgor indefinible.

La Bounty, velero de doscientas quince toneladas y con una tripulación de cuarenta y seis hombres, había zarpado de Spithead el 23 de diciembre de 1787, al mando del capitán Bligh, marino con mucha experiencia pero un poco rudo, que había acompañado al capitán Cook en su último viaje de exploración.

La Bounty tenía encomendada la misión de transportar a las Antillas el árbol del pan, que crece copiosamente en el archipiélago de Tahití. Tras una escala de seis meses en la bahía de Matavai, William Bligh, habiendo estibado un millar de estos árboles, zarpó con rumbo a las Indias Occidentales, después de una breve estancia en las islas de los Amigos.

Con frecuencia, el carácter receloso e irascible del capitán daba pie a escenas muy desagradables entre él y alguno de los oficiales. Sin embargo, la tranquilidad que reinaba a bordo de la Bounty el 28 de abril de 1789, al despuntar el alba, no parecía presagiar en absoluto los graves hechos que iban

a acontecer.

Todo parecía en calma, en efecto, cuando de pronto una animación insólita se extendió por el barco. Algunos marineros se congregaron, intercambiaron unas palabras en voz baja, y desaparecieron con paso rápido.

¿Era el relevo de la guardia de la mañana? ¿Se había producido a bordo algún accidente inesperado?

—Sobre todo no hagan ruido, amigos míos —dijo Fletcher Christian, el segundo de la Bounty—. Bob, cargue su pistola, pero no dispare hasta que yo dé la orden. Churchill, coja su hacha y rompa la cerradura del camarote del capitán. Una última recomendación: ¡lo quiero vivo!

Seguido por una docena de marineros armados con sables, machetes y pistolas, Christian se dirigió al entrepuente; después de apostar a dos centinelas junto al camarote de Stewart y de Peter Heywood, el contramaestre y un guardiamarina de la Bounty, se detuvo delante de la puerta del capitán.

—¡Vamos, muchachos! —dijo—. ¡A derribarla con el hombro!

La puerta cedió ante el vigoroso empuje, y los marineros irrumpieron en el camarote.

Sorprendidos en primer lugar por la oscuridad, y reflexionando quizá sobre la gravedad de sus actos, tuvieron unos instantes de duda.

—¡Eh! ¿Qué pasa? ¿Quién tiene la osadía de…? —gritó el capitán poniéndose en pie de un salto.

—¡Cállate, Bligh! —contestó Churchill—. Cállate y no intentes resistir, o te amordazo.

—No es necesario que te vistas —añadió Bob—. Siempre estarás elegante, aunque te colguemos en el palo de mesana.

—Átele las manos por detrás de la espalda, Churchill —dijo Christian—, y súbalo al puente.

—Los capitanes más terribles se vuelven inofensivos cuando uno sabe cómo tratarlos —observó John Smith, el filósofo del grupo.

Entonces el cortejo, sin preocuparse de despertar a los marineros de la última guardia, aún dormidos, volvió a subir la escalera y reapareció en el puente.

Era un motín en toda regla. Solo otro oficial a bordo, Young, uno de los guardiamarinas, había hecho causa común con los amotinados.

En cuanto a los tripulantes, los que dudaban habían cedido por el momento, mientras que los demás, sin armas ni jefe, seguían como espectadores el drama que iba a producirse ante sus ojos.

Todos estaban en el puente, formados en silencio; contemplaban el aplomo de su capitán, que, medio desnudo, avanzaba con la cabeza alta entre aquellos hombres acostumbrados a temblar ante él.

—Bligh —dijo Christian, con voz áspera—, queda destituido de su mando.

—No reconozco su derecho… —respondió el capitán.

—No perdamos el tiempo con protestas inútiles —exclamó Christian, interrumpiendo a Bligh—. En estos momentos hablo en nombre de toda la tripulación de la Bounty. Sin haber salido de Inglaterra ya teníamos motivos de queja por sus sospechas injuriosas y su conducta brutal. Cuando digo nosotros, me refiero tanto a los oficiales como a los marineros. ¡No solo se ha negado siempre a ofrecernos una reparación, sino que ha rechazado nuestras quejas con desprecio! ¿Acaso somos perros para que nos insulte a todas horas? ¡Canallas, bandidos, mentirosos, ladrones! ¡Ninguna expresión le parecía lo bastante fuerte, ningún insulto lo bastante grosero para nosotros! ¡La verdad es que habría que no ser un hombre para soportar una vida así! Y yo, yo que soy su compatriota, que conozco a su familia, que he navegado ya dos veces a sus órdenes, ¿me he librado de esto? ¿No me ha acusado ayer mismo de robarle unas miserables frutas? ¿Y los hombres? ¡Grilletes por una nimiedad! ¡Veinticuatro latigazos por una nadería! Pues bien, ¡todo se paga en este mundo! ¡Ha sido demasiado generoso con nosotros, Bligh! ¡Ahora es nuestro turno! Sus insultos, sus injusticias, sus acusaciones delirantes, las torturas físicas y morales que ha infligido a su tripulación desde hace un año y medio, ¡tendrá que expiarlos duramente! Capitán, aquellos a los que ha ofendido le han juzgado, y ha sido usted condenado. ¿No es así, camaradas?

—Sí, sí, ¡a muerte! —gritaron casi todos los marineros, amenazando a su capitán.

—Capitán Bligh —prosiguió Christian—, algunos han propuesto que le colguemos con un cabo entre el cielo y el agua. Otros, destrozarle la espalda con el gato de nueve colas, hasta que la muerte le sobrevenga. Les falta imaginación. Se me ha ocurrido algo mejor. Además, no es usted el único

culpable. Aquellos que han ejecutado siempre sus órdenes fielmente, por crueles que fueran, se desesperarían si tuvieran que estar bajo mi mando. Merecen acompañarlo donde el viento les lleve.

—¡Que traigan la chalupa!

Un murmullo de desaprobación acogió las últimas palabras de Christian, que no pareció preocuparse. El capitán Bligh, al que estas amenazas no intimidaron, aprovechó unos instantes de silencio para tomar la palabra.

—Oficiales y marineros —dijo con firmeza—, en calidad de oficial de la Marina Real, y comandante de la Bounty, protesto contra el trato que me quieren dar. Si tienen alguna queja del modo en que he ejercido el mando, pueden juzgarme ante un tribunal marcial. Pero sin duda no han reflexionado sobre la gravedad del acto que están a punto de consumar. ¡Rebelarse contra su capitán significa desafiar las leyes existentes, volver imposible su regreso a la patria, pasar a ser tratados como piratas! ¡Tarde o temprano, significa una muerte ignominiosa, la muerte de los traidores y los rebeldes! ¡En nombre del honor y de la obediencia que me juraron, les conmino a cumplir con su deber!

—Sabemos perfectamente a qué nos exponemos —respondió Churchill.

—¡Ya es suficiente! —gritó la tripulación, dispuesta a pasar a la acción.

—Muy bien —dijo Bligh—, si necesitan una víctima, que sea yo, pero ¡solo yo! ¡Los compañeros que condenan conmigo se limitaron a ejecutar mis órdenes!

La voz del capitán se vio ahogada por un concierto de gritos, y Bligh tuvo que renunciar a la idea de conmover a aquellos corazones que se habían vuelto despiadados.

Mientras tanto, se habían adoptado las medidas para que las órdenes de Christian fueran ejecutadas.

Sin embargo, se había entablado un acalorado debate entre el segundo y algunos de los amotinados, que querían abandonar en medio del mar al capitán Bligh y a sus compañeros sin darles un arma, sin dejarles siquiera un poco de pan.

Algunos, entre los que se encontraba Churchill, pensaban que el número de los que tenían que abandonar la nave no era lo bastante elevado. Era necesario deshacerse también, decía, de todos los hombres que, al no haber intervenido directamente en el complot, tenían dudas. No se podía confiar en

los que se contentaban con aceptar los hechos consumados. A él, por su parte, seguía doliéndole la espalda por los latigazos que le habían dado por desertar en Tahití. Lo mejor y más rápido para curarse sería que le entregaran al comandante, ¡él sabría cómo vengarse, y con su propia mano!

—¡Hayward! ¡Hallett! —gritó Christian, dirigiéndose a dos de los oficiales, sin tener en cuenta los comentarios de Churchill—. ¡A la chalupa!

—¿Qué le he hecho, Christian, para que me trate así? —dijo Hayward—. ¡Me envía a la muerte!

—¡Las recriminaciones son inútiles! Obedezca, de lo contrario… Fryer, embarque usted también.

Pero estos oficiales, en lugar de dirigirse a la chalupa, se acercaron al capitán Bligh, y Fryer, que parecía el más decidido, se inclinó hacia él diciendo:

—Comandante, ¿quiere que intentemos recuperar el barco? No tenemos armas, es cierto; pero estos amotinados, cogidos por sorpresa, no opondrán resistencia. Si alguno de nosotros muere, ¡da lo mismo! Podemos intentarlo, ¿qué le parece?

Los oficiales se disponían ya a lanzarse sobre los amotinados, que estaban arriando la chalupa, cuando Churchill, al que no se le había escapado esta conversación, a pesar de su brevedad, los rodeó con varios hombres armados y los obligó a embarcar.

—¡Millward, Muspratt, Birket, y vosotros —dijo Christian, dirigiéndose a unos marineros que no habían intervenido en el motín—, bajad al entrepuente y escoged lo más valioso que tengáis! Acompañaréis al capitán Bligh. Tú, Morrison, ¡vigila a estos rufianes! Purcell, puede coger su caja de carpintero.

Dos mástiles con su vela, algunos clavos, una sierra, un trozo de lona, cuatro pequeños envases con ciento veinticinco litros de agua, setenta quilos de galleta, quince quilos de carne de cerdo salada, seis botellas de vino, seis botellas de ron, los licores del capitán: eso fue cuanto los abandonados pudieron embarcar.

Les tiraron, asimismo, dos o tres sables viejos, pero no les permitieron llevar ningún arma de fuego.

—¿Dónde están Heywood y Stewart? —dijo Bligh, cuando estuvo en la chalupa—. ¿También ellos me han traicionado?

No le habían traicionado, pero Christian había decidido que se quedaran a bordo.

El capitán tuvo entonces un momento de desánimo y flaqueza muy comprensible, que enseguida superó.

—Christian —dijo—, le doy mi palabra de que olvidaré cuanto acaba de suceder si abandona su abominable plan. Se lo suplico, ¡piense en mi mujer y en mi familia! Cuando muera, ¿qué será de los míos?

—Si hubiera tenido usted un poco de honor —respondió Christian—, las cosas no habrían llegado tan lejos. ¡Si hubiera pensado un poco más a menudo en su mujer y en su familia, en las mujeres y en las familias de los demás, no habría sido tan duro, tan injusto con todos nosotros!

Cuando le tocó embarcar, el segundo contramaestre intentó convencer a Christian.

Fue en vano.

—Llevo sufriendo mucho tiempo —contestó este último con amargura—. ¡No saben hasta qué punto he vivido atormentado! ¡No! ¡Esta situación no podía durar ni un día más! Además, no ignoran ustedes que yo, el segundo de a bordo, ¡he sido tratado siempre como un perro! Sin embargo, ahora que voy a separarme del capitán Bligh, al que probablemente no volveré a ver jamás, me gustaría, por compasión, que albergara alguna esperanza de salvarse. ¡Smith!, baje al camarote del capitán y traiga su ropa, su nombramiento, su cuaderno de bitácora y su cartapacio. Y dele también mis tablas náuticas y mi propio sextante. ¡Así tendrá alguna posibilidad de salvar a sus compañeros y sobrevivir él mismo!

Las órdenes de Christian fueron ejecutadas, no sin algunas protestas.

—Y ahora, Morrison, largue la amarra —gritó el segundo de a bordo, convertido en capitán—, y ¡que se haga la voluntad de Dios!

Mientras los amotinados despedían al capitán Bligh y a sus infortunados compañeros con sus exclamaciones irónicas, Christian, apoyado en la borda, fue incapaz de apartar los ojos de la chalupa que se alejaba. Este valeroso oficial, cuya conducta leal y sincera habían elogiado hasta entonces todos los comandantes a los que había servido, ya no era más que el jefe de un grupo de bandidos. Nunca podría ver de nuevo a su anciana madre, ni a su novia, ni las costas de la isla de Man, su patria. Se sentía despojado de su propia

estima, ¡deshonrado ante todos! ¡El castigo seguía ya al pecado!

II. LOS ABANDONADOS

Con sus dieciocho pasajeros, entre oficiales y marineros, y las escasas provisiones que llevaba, la chalupa que conducía a Bligh estaba tan cargada que apenas sobresalían cuarenta centímetros por encima del agua. Con seis metros y medio de eslora y menos de dos metros de manga, la chalupa parecía perfecta como auxiliar de la Bounty; pero, para llevar una tripulación tan numerosa, para realizar una travesía un poco larga, sería difícil encontrar una embarcación más detestable.

Los marineros, confiando en la energía y en la habilidad del capitán Bligh y de los oficiales que compartían su suerte, remaban con vigor, y la chalupa se deslizaba rápidamente sobre las olas.

Bligh no había dudado nunca lo que debía hacer. En primer lugar, tenían que volver lo antes posible a Tofoa, la más cercana del grupo de islas de los Amigos, de la que habían zarpado unos días antes, a fin de recoger los frutos del árbol del pan y abastecerse nuevamente de agua; luego se dirigirían a Tonga-Tabu. Sin duda podrían cargar los víveres suficientes para navegar hasta la parte holandesa de Timor si, por miedo a los indígenas, no hacían ninguna escala en los innumerables archipiélagos que encontrarían en su singladura.

El primer día transcurrió sin incidentes, y oscurecía cuando avistaron las costas de Tofoa. Por desgracia, su litoral era tan rocoso, la playa tan batida, que era imposible desembarcar de noche. Tuvieron que esperar, por tanto, a que amaneciera.

Bligh, salvo que se tratara de una necesidad perentoria, no quería tocar las provisiones de la chalupa. Era necesario, pues, que la isla les alimentara a sus hombres y a él. Pero esto parecía muy difícil, ya que, al desembarcar, no encontraron el menor rastro de sus habitantes. Algunos de ellos, sin embargo, no tardaron en aparecer; y, al ser bien recibidos, fueron seguidos de otros, que les ofrecieron un poco de agua y algunas nueces de coco.

La turbación de Bligh era grande. ¿Qué decirles a aquellos indígenas que ya habían comerciado con la Bounty en su última escala? A toda costa, había que ocultarles la verdad, a fin de no destruir el prestigio que gozaban los extranjeros en esas islas.

¿Decirles que iban en busca de provisiones para el barco que los esperaba en alta mar? Imposible, ¡la Bounty no se veía siquiera desde la cima de las colinas! ¿Decirles que el navío había naufragado y ellos eran los únicos supervivientes? Parecía la historia más verosímil. Quizá eso les conmoviera, y les empujara a completar las provisiones de la chalupa. Bligh se decidió por esta última explicación, a pesar de sus peligros, y avisó a sus hombres para que todos lo supieran.

Mientras escuchaban sus palabras, los indígenas no dieron la menor muestra de alegría ni de tristeza. Sus rostros solo reflejaron un profundo asombro; era imposible adivinar lo que pensaban.

El 2 de mayo, la cantidad de nativos llegados de otros rincones de la isla aumentó de manera inquietante, y Bligh se percató enseguida de la hostilidad de sus intenciones. Algunos incluso trataron de varar la embarcación en la orilla, y solo se retiraron ante las manifestaciones enérgicas del capitán, que tuvo que amenazarlos con su machete. Entretanto, algunos de los hombres que Bligh había enviado en busca de provisiones volvieron con doce litros de agua.

Había llegado el momento de abandonar aquella isla tan poco hospitalaria. Al atardecer, todo estaba preparado, pero no parecía fácil llegar hasta la chalupa. La playa estaba llena de indígenas que entrechocaban piedras, dispuestos a arrojarlas. La chalupa tenía que acercarse mucho a tierra y atracar únicamente cuando los hombres estuvieran listos para embarcar.

Los ingleses, de lo más inquietos por la actitud hostil de los nativos, bajaron a la orilla entre doscientos indígenas, que solo esperaban una señal para atacar. Sin embargo, acababan de embarcar todos cuando Bancroft, uno de los marineros, tuvo la funesta idea de volver a la playa para recoger algo que había olvidado. En un instante, este imprudente se vio rodeado de nativos que lo mataron a pedradas sin que sus compañeros, que carecían de armas de fuego, pudieran ayudarlo. Además, en ese preciso instante, empezaron a atacarlos a ellos también con una lluvia de piedras.

—¡Vamos, muchachos! —gritó Bligh—. ¡Rápido a los remos! ¡Y con fuerza!

Los nativos se adentraron entonces en el mar y lanzaron contra la chalupa una nueva andanada de piedras. Varios hombres fueron heridos. Pero Hayward, cogiendo una de las piedras que habían caído en la embarcación, apuntó a uno de los asaltantes y le dio entre los dos ojos. El indígena cayó de espaldas con un grito terrible al que respondieron los hurras de los ingleses. Su infortunado camarada había sido vengado.

Sin embargo, varias canoas salieron de la playa para darles caza. Solo un combate, de aciago desenlace, habría podido acabar con esta persecución si el segundo contramaestre no hubiera tenido una idea luminosa. Sin sospechar que imitaba a Hipómenes en su lucha con Atalanta[42], se quitó la chaqueta y la tiró al mar. Los nativos, olvidando que más vale pájaro en mano que ciento volando, se detuvieron a recogerla; y esta maniobra permitió a la chalupa doblar la punta de la bahía.

Mientras tanto, había oscurecido y los indígenas, desalentados, abandonaron la persecución.

Este primer conato de desembarco fue demasiado desgraciado para que volvieran a intentarlo; ésa era al menos la opinión del capitán Bligh.

—Ha llegado el momento de tomar una decisión —dijo—. La escena que acabamos de vivir en Tofoa se repetirá, estoy seguro, en Tonga-Tabu, y en cualquier lugar donde queramos atracar. Siendo tan pocos, y sin armas de fuego, estaremos completamente a merced de los indígenas. Al no tener objetos que intercambiar, no podemos comprar víveres, y es imposible que los consigamos por la fuerza.

»De modo que solo dependemos de nuestros propios recursos. Y ustedes saben tan bien como yo, amigos míos, lo miserables que son estos nativos. ¿No es mejor conformarse con lo que tenemos que arriesgar, cada vez que desembarquemos, la vida de algunos de nosotros? Sin embargo, no quiero ocultarles el horror de nuestra situación. ¡Para llegar a Timor tendremos que recorrer unas mil doscientas leguas, y contentarnos con una onza de galleta y un vaso pequeño de agua al día! Es el precio de la salvación; siempre, además, que encuentre en ustedes la obediencia más absoluta. ¡Contéstenme sin reservas! ¿Están de acuerdo en intentarlo? ¿Juran obedecer mis órdenes

sean las que sean? ¿Prometen someterse sin protestas a estas privaciones?

—¡Sí, sí, lo juramos! —gritaron unánimemente los compañeros de Bligh.

—Amigos míos —dijo el capitán—, es necesario también olvidar nuestros resentimientos, nuestras antipatías y nuestros odios: sacrificar, en una palabra, nuestros rencores personales por el interés de todos, que es lo único que debe guiarnos.

—Lo prometemos.

—Si ustedes cumplen su palabra —añadió Bligh—, y en caso de necesidad yo sabré cómo obligarlos, respondo de su salvación.

Pusieron entonces rumbo al oeste-noroeste. El viento, que era bastante fuerte, pasó a ser una tempestad en la noche del 4 de mayo. El mar se encrespó de tal modo que la embarcación desaparecía entre las olas, y parecía incapaz de mantenerse a flote. El peligro era cada vez mayor. Empapados y muertos de frío, los muy desdichados solo pudieron reconfortarse con una taza de té de ron y la cuarta parte de un fruto del árbol del pan medio podrido.

Al día siguiente, y los días que siguieron, la situación no mejoró. La embarcación pasó entre innúmeras islas, de las que salieron algunas canoas.

¿Era para darles caza, o para comerciar con ellos? Albergando esa duda, habría sido una imprudencia detenerse. Además, la chalupa, con las velas hinchadas por el fuerte viento, las dejaba enseguida muy atrás.

El 9 de mayo se desencadenó una terrible tormenta. Los truenos y los relámpagos se sucedían sin interrupción. La lluvia caía con una fuerza que las tormentas más violentas de nuestro clima en modo alguno nos permiten imaginar. Era imposible que la ropa se secara. Bligh tuvo entonces la idea de mojarla en agua de mar e impregnarla de sal, a fin de que la piel recuperara así un poco del calor perdido con la lluvia. Con todo, esas lluvias torrenciales que causaron tanto sufrimiento al capitán y a sus compañeros, les libraron de otra tortura aún peor: la tortura de la sed que un calor abrasador habría despertado enseguida en ellos.

El 17 de mayo por la mañana, después de una tormenta infernal, las quejas se hicieron unánimes.

—Nunca conseguiremos llegar a la Nueva Holanda —gritaron los pobres infortunados—. ¡Calados hasta los huesos por la lluvia, extenuados, sin un momento de descanso jamás! Muriéndonos de hambre, ¿no aumentará usted

nuestra ración, capitán? ¡Da igual que se agoten nuestras provisiones! ¡Podremos reponerlas fácilmente al llegar a la Nueva Holanda!

—Me niego —respondió Bligh—. Sería una locura. ¿Cómo? No hemos recorrido más que la mitad de la distancia que nos separa de Australia, y ¿ya están desesperados? ¿Acaso creen que será fácil encontrar víveres en las costas de la Nueva Holanda? Eso es porque no conocen ni el país ni a sus habitantes.

Y Bligh empezó a describir a grandes rasgos la naturaleza de su suelo, las costumbres de los indígenas, lo poco que podían confiar en que les dispensaran un buen recibimiento, todas las cosas que había aprendido en su viaje con el capitán Cook. Por esta vez, sus compañeros de infortunio le escucharon y guardaron silencio.

Los quince días siguientes brilló un sol radiante, que permitió que su ropa se secara. El 27 franquearon los rompientes que rodean la costa oriental de la Nueva Holanda. El mar estaba en calma tras ese cinturón madrepórico, y algunos grupos de islas, de exótica vegetación, les alegraron la vista. Desembarcaron, y avanzaron con cautela. La única huella de la presencia de los nativos eran viejos restos de hogueras.

Podían, pues, pasar una noche tranquila en tierra. Pero necesitaban comer. Afortunadamente, uno de los marineros descubrió un banco de ostras. Se dieron un auténtico festín.

Al día siguiente, Bligh encontró en la chalupa un cristal de aumento, un eslabón y azufre. Eso les permitió encender fuego para cocinar la caza o el pescado.

A Bligh se le ocurrió entonces dividir la tripulación en tres grupos: uno debía quedarse y organizar la chalupa; los otros dos, ir en busca de víveres. Pero varios hombres se quejaron amargamente, diciendo que preferían no cenar que adentrarse en la isla.

Uno de ellos, más violento o irritado que sus compañeros, tuvo la osadía de decir al capitán:

—¡Un hombre vale lo mismo que otro, y no sé por qué va a llevarse usted siempre la mejor parte! ¡Si tiene hambre, vaya a buscar comida! ¡Yo haré sin dificultad lo que tenga que hacer usted aquí!

Bligh, comprendiendo que debía cortar de cuajo ese espíritu de

amotinamiento, cogió uno de los machetes y, arrojando otro a los pies del rebelde, le gritó:

—¡Defiéndete o te mato como a un perro!

Esta actitud enérgica hizo recapacitar al amotinado, y el descontento general se calmó. Mientras duró la escala, la tripulación de la chalupa recogió ostras, moluscos y agua dulce en abundancia.

Un poco más lejos, en el estrecho de Endeavour, de los dos destacamentos enviados a cazar tortugas y aves marinas, el primero regresó con las manos vacías; el segundo trajo seis charranes, pero habría cogido muchos más si uno de los cazadores, alejado de sus compañeros, no los hubiera espantado. Este hombre, según confesó más tarde, capturó nueve y se los comió crudos *in situ*.

Sin los víveres y el agua dulce que acababan de encontrar en la costa de la Nueva Holanda, no hay duda de que el capitán Bligh y sus compañeros habrían perecido. Además, todos se hallaban en un estado lamentable: macilentos, deshechos, extenuados; parecían auténticos cadáveres.

La travesía en alta mar, a fin de llegar a Timor, fue una repetición dolorosa de los sufrimientos que los infortunados habían padecido ya antes de alcanzar las costas de la Nueva Holanda. Solo que la capacidad de resistencia había disminuido en todos, sin excepción. Al cabo de unos días, tenían las piernas hinchadas.

En ese estado de debilidad extrema, se vieron asediados por la necesidad de dormir a todas horas. Era el presagio de un final que no podía tardar mucho en llegar. Consciente de ello, Bligh repartió una ración doble a los más débiles y procuró infundirles un poco de esperanza.

Finalmente, en la mañana del 12 de junio, avistaron las costas de Timor, después de recorrer tres mil seiscientas dieciocho leguas en las condiciones más espantosas. El recibimiento que dispensaron a los ingleses en Cupang fue de lo más caluroso. Se quedaron dos meses en la ciudad para recuperarse. Después Bligh, que había comprado una pequeña goleta, navegó hasta Batavia, donde se embarcó rumbo a Inglaterra.

El 14 de marzo de 1790 los abandonados desembarcaron en Portsmouth. El relato de los tormentos padecidos despertó la simpatía general y la indignación de todas las personas de buen corazón. El almirantazgo se

apresuró a armar la Pandora, una fragata de veinticuatro cañones y una tripulación de ciento sesenta hombres, y la envió en persecución de los amotinados de la Bounty.

Veamos qué había sido de ellos.

III. LOS AMOTINADOS

Después de abandonar en alta mar al capitán Bligh, la Bounty, zarpó rumbo a Tahití. Ese mismo día llegaron a Tubuai. El paisaje risueño de esta pequeña isla, rodeada de un cinturón de rocas madrepóricas, invitaba a Christian a desembarcar; pero el aire de los nativos era demasiado amenazante, y se quedaron a bordo.

El 6 de junio de 1789 fondearon en la rada de Matavai. El asombro de los tahitianos fue mayúsculo cuando reconocieron a la Bounty. Los amotinados encontraron de nuevo a los indígenas con los que habían comerciado en una escala anterior, y les contaron una historia en la que aparecía el nombre del capitán Cook, del que los tahitianos guardaban un gran recuerdo.

El 29 de junio, los amotinados iniciaron el regreso a Tubuai, y empezaron a buscar una isla alejada de la ruta habitual de navegación, cuya tierra fuera lo bastante fértil para alimentarlos, y en la que pudieran vivir seguros.

Vagaron, así, de archipiélago en archipiélago, cometiendo toda clase de saqueos y de excesos, que la autoridad de Christian casi nunca lograba impedir. Después, atraídos nuevamente por la fertilidad de Tahití, por las costumbres pacíficas y sencillas de sus habitantes, regresaron a la bahía de Matavai. Allí, dos tercios de la tripulación se apresuraron a bajar a tierra. Pero, esa misma noche, la Bounty levó anclas y desapareció, antes de que los marineros desembarcados pudieran sospechar siquiera la intención de Christian de zarpar sin ellos.

Abandonados a su suerte, estos hombres se establecieron sin lamentarlo demasiado en diferentes zonas de la isla. Stewart, el contramaestre, y Heywood, el guardiamarina, los dos oficiales que Christian había excluido del castigo impuesto a Bligh, y había retenido en la Bounty en contra de su

voluntad, se quedaron en Matavai, donde Stewart pronto contrajo matrimonio con la hermana del rey Tippao. Morrison y Millward se presentaron ante el jefe Peno, que les dio la bienvenida. En cuanto a los otros marineros, se adentraron en la isla y no tardaron en casarse con tahitianas.

Churchill y un tipo de lo más violento llamado Thompson, después de perpetrar toda clase de crímenes, se enzarzaron en una pelea. Churchill murió en la lucha, y Thompson apedreado por los nativos. Así perecieron dos de los amotinados que más se habían implicado en la rebelión. Los demás, por el contrario, con su conducta apacible, se ganaron enseguida el aprecio de los tahitianos.

Sin embargo, Morrison y Millward sentían gravitar sobre su cabeza la amenaza del castigo y eran incapaces de vivir tranquilos en esa isla donde tan fácil sería encontrarlos. Entonces se les ocurrió la idea de construir una goleta con la que intentarían llegar a Batavia, a fin de desaparecer en medio del mundo civilizado. Con ocho de sus compañeros, sin más herramientas que las de un carpintero, lograron, no sin grandes penalidades, construir un pequeño velero que llamaron Resolution; lo fondearon en una bahía detrás de uno de los pequeños cabos de la isla, llamado la punta de Venus. Pero la dificultad insalvable de fabricar unas velas les impidió hacerse a la mar.

Durante ese tiempo, convencidos de su inocencia, Stewart cultivó un jardín y Peter Heywood recopiló un vocabulario que más tarde sería de gran utilidad para los misioneros ingleses.

Sin embargo, habían transcurrido dieciocho meses cuando, el 23 de marzo de 1791, un navío dobló la punta de Venus y se detuvo en la bahía de Matavai. Era la Pandora, enviada tras los amotinados por el almirantazgo inglés.

Heywood y Stewart se apresuraron a subir a bordo, dijeron sus nombres y sus cargos, y declararon que no habían tomado parte en el motín; pero no les creyeron, y también fueron encadenados, al igual que sus compañeros, sin que nadie indagara nada. Tratados del modo más inhumano, cargados de cadenas, con la amenaza de ser fusilados si empleaban la lengua tahitiana para hablar entre ellos, fueron encerrados en una jaula de poco más de tres metros, situada en un extremo del castillo de popa, a la que un aficionado a la mitología puso el nombre de la «caja de Pandora».

El 19 de mayo, la Resolution, a la que habían provisto de velas, y la Pandora se hicieron a la mar. Durante tres meses, estos dos barcos cruzaron el archipiélago de los Amigos, donde se suponía que Christian y los demás amotinados habrían podido refugiarse. La Resolution, de pequeño calado, prestó un gran servicio en aquella travesía; pero desapareció en las cercanías de la isla de Chatam, y, aunque la Pandora dedicó varios días a su búsqueda, jamás volvió a saberse nada de ese velero, ni de los cinco marinos que llevaba a bordo.

La Pandora se dirigía a Europa con sus prisioneros cuando, en el estrecho de Torres, chocó contra un arrecife de coral y se hundió inmediatamente con treinta y uno de sus marineros y cuatro de los amotinados.

Los tripulantes y los prisioneros que sobrevivieron al naufragio llegaron a un islote de arena. Allí, oficiales y marineros se guarecieron bajo unas tiendas de lona; pero los rebeldes, expuestos a un sol abrasador que caía a plomo, tuvieron que enterrarse en la arena hasta el cuello para encontrar un poco de alivio. Los náufragos pasaron varios días en ese islote; luego alcanzaron la isla de Timor en las chalupas de la Pandora; y la vigilancia rigurosa a la que fueron sometidos los rebeldes no se relajó en ningún momento pese a la gravedad de las circunstancias.

Cuando llegaron a Inglaterra en el mes de junio de 1792, los amotinados comparecieron ante un consejo de guerra presidido por el almirante Hood. Las deliberaciones duraron seis días y terminaron con la absolución de cuatro acusados y la condena a muerte de otros seis, por el delito de deserción y secuestro del navío confiado a su custodia. Cuatro de los condenados fueron ahorcados a bordo de un barco de guerra; los otros dos, Stewart y Peter Heywood, cuya inocencia se vio finalmente reconocida, fueron indultados.

Pero ¿qué había sido de la Bounty? ¿Había naufragado con los últimos amotinados? Era algo imposible de saber.

En 1814, veinticinco años después de la escena que da comienzo a esta narración, dos buques de guerra ingleses cruzaban Oceanía bajo el mando del capitán Staines. Al sur del archipiélago Peligroso, se encontraron ante una isla montañosa y volcánica que Carteret[43] había descubierto en su viaje alrededor del mundo, y a la que había dado el nombre de Pitcairn. No era más que un cono, casi sin playas, que se elevaba a pico sobre el mar, cubierto

hasta la cima de bosques de palmeras y árboles de pan. Nadie había pisado esa isla; estaba a mil doscientas millas de Tahití, a 25º de latitud sur y 180º 8’ de longitud oeste; solo medía siete kilómetros de circunferencia, y dos kilómetros y medio en su eje mayor, y lo único que se conocía de ella eran los datos de Carteret.

El capitán Staines decidió inspeccionarla y buscó un lugar adecuado para desembarcar.

Al acercarse a la costa, le sorprendió divisar algunas cabañas, unas plantaciones, y, en la orilla, a dos nativos que, después de meter en el agua una embarcación y de franquear con habilidad la resaca, se dirigieron a su barco. Pero su asombro no pudo ser mayor cuando les oyó decir, en excelente inglés, estas palabras:

—¡Eh, ustedes! ¿Nos tiran un cabo para subir a bordo?

En cuanto pisaron la cubierta, los dos robustos remeros se vieron rodeados de estupefactos marineros, que les bombardearon con preguntas que ellos no supieron contestar. Conducidos ante el comandante, fueron interrogados formalmente.

—¿Quiénes son?

—Yo me llamo Fletcher Christian y mi compañero, Young.

Estos nombres no significaron nada para el capitán Staines, que estaba muy lejos de pensar en los supervivientes de la Bounty.

—¿Desde cuándo están aquí?

—Hemos nacido en este lugar.

—¿Qué edad tienen?

—Yo veinticinco —contestó Christian—, y Young dieciocho.

—¿Sus padres llegaron a este lugar después de un naufragio?

Entonces Christian hizo al capitán Staines la conmovedora confesión que sigue, y que puede resumirse así:

Al zarpar de Tahití, abandonando allí a veintiún compañeros, Christian, que llevaba a bordo de la Bounty el relato del viaje del capitán Carteret, puso rumbo a la isla de Pitcairn, cuya posición juzgó conveniente para el propósito que perseguía. Veintiocho hombres componían aún la tripulación de la Bounty. Eran Christian, el cadete Young y siete marineros, además de seis tahitianos, tres de ellos acompañados de sus mujeres y un niño de diez meses,

y tres hombres y seis mujeres nativos de Tubuai.

La primera precaución que tomaron Christian y sus compañeros, en cuanto llegaron a la isla de Pitcairn, fue destruir la Bounty para que no los descubrieran. No cabía duda de que perdían cualquier posibilidad de abandonar la isla, pero su seguridad así lo exigía.

El establecimiento de la pequeña colonia no resultó fácil, pues eran hombres cuyo único vínculo era el delito que habían cometido juntos. No tardó en haber sangrientas peleas entre los tahitianos y los ingleses. De ahí que en 1794 solo sobrevivieran cuatro amotinados. Christian había muerto acuchillado por uno de los indígenas. Todos los tahitianos habían sido masacrados.

Uno de los ingleses, que había encontrado el modo de fabricar un licor con la raíz de una planta autóctona, acabó embruteciéndose con el alcohol y, en un ataque de *delírium trémens*, se despeñó por un acantilado.

Otro, en un acceso de furia, se abalanzó sobre Young y un marinero llamado John Adams, que se vieron forzados a matarlo. En 1800, Young murió durante una violenta crisis de asma.

John Adams fue entonces el único superviviente de la tripulación de amotinados.

Sin otra compañía que varias mujeres y veinte niños, nacidos de la unión de sus compañeros con las tahitianas, el carácter de John Adams sufrió un profundo cambio. Solo tenía treinta y seis años; pero había presenciado tantas escenas de violencia y tantas matanzas, había visto tanta ruindad en la naturaleza humana que, tras hacer un examen de conciencia, decidió enmendarse.

En la biblioteca de la Bounty, conservada en la isla, había una Biblia y varios libros de oraciones. John Adams, que los leía con frecuencia, se volvió un hombre religioso, inculcó unos principios excelentes en la joven población, que lo consideraba como un padre, y se convirtió por necesidad en el legislador, gran sacerdote y, por así decir, rey de Pitcairn.

Sin embargo, hasta 1814, estuvieron continuamente en vilo. En 1795, un barco se acercó a Pitcairn y los cuatro supervivientes de la Bounty se escondieron en los bosques más inaccesibles, y no se atrevieron a bajar a la bahía hasta que éste se marchó. Se obró con idéntica prudencia en 1808,

cuando un capitán norteamericano desembarcó en la isla, donde encontró un cronómetro y una brújula que envió al almirantazgo inglés; pero el almirantazgo no pareció interesarse por las reliquias de la Bounty. Lo cierto es que, en aquella época, existían en Europa otras preocupaciones mucho más graves.

Esto fue lo que contaron al comandante Staines los dos nativos, ingleses por parte de padre, uno hijo de Christian, el otro de Young; pero, cuando Staines pidió ver a John Adams, éste se negó a subir a bordo sin saber qué sería de él.

El comandante, después de asegurar a los dos jóvenes que el delito de John Adams había prescrito, pues habían transcurrido veinticinco años desde el motín de la Bounty, bajó a tierra y fue recibido por una población compuesta de cuarenta y seis adultos y muchos niños.

Todos eran altos y vigorosos, con rasgos ingleses muy marcados. Las jóvenes, sobre todo, eran increíblemente hermosas; y su modestia las volvía aún más atractivas.

Las leyes vigentes en la isla eran muy sencillas. En un registro se anotaba lo que ganaba cada uno con su trabajo. La moneda era desconocida; las transacciones se hacían a base de intercambios, pero no había industria porque carecían de materias primas. La única ropa que llevaban eran sombreros enormes y cinturones de hierba. La pesca y la agricultura eran sus principales ocupaciones. Los matrimonios solo se celebraban con el permiso de Adams, y cuando el hombre había desbrozado y plantado un terreno lo bastante grande para mantener a su futura familia.

El comandante Staines, después de recoger unos datos de lo más curiosos sobre esta isla, perdida en uno de los rincones menos transitados del Pacífico, volvió a hacerse a la mar y regresó a Europa.

Años después, la azarosa vida de John Adams se extinguió. Murió en 1829, y ocupó su lugar el reverendo George Nobbs, que desempeñó desde entonces las funciones de sacerdote, médico y maestro de escuela.

En 1853, los descendientes de los amotinados de la Bounty eran ciento setenta. Desde entonces, la población aumentó sin cesar, y llegó a ser tan numerosa que, tres años más tarde, gran parte de ella tuvo que establecerse en la isla de Norfolk, donde hasta entonces habían enviado a los convictos. Pero

algunos de los emigrantes echaban de menos Pitcairn, aunque Norfolk fuera cuatro veces más grande, su tierra extraordinariamente fértil y las condiciones de vida mucho más fáciles. Al cabo de dos años, varias familias volvieron a Pitcairn, donde continúan prosperando.

Éste fue el desenlace de una aventura que había empezado de manera tan trágica. En el origen, amotinados, asesinos, locos; y ahora, bajo la influencia de los principios de la moral cristiana y de la instrucción impartida por un pobre marinero convertido, la isla de Pitcairn se ha convertido en la patria de una población amable, hospitalaria y feliz, donde se encuentran las costumbres patriarcales de la edad antigua.

Las brumas del mar

(fragmento de *Los colonos de Silverado*)
Robert Louis Stevenson
(1883)

Traducción: Marta Salís

ROBERT LOUIS STEVENSON (1850-1894) nació en Edimburgo, hijo único de un próspero ingeniero de una familia de constructores de faros. Aunque todos esperaban que siguiera la profesión familiar, se le permitió estudiar Derecho; pero, al terminar la carrera en 1875, tenía ya muy clara su vocación de escritor. Aquejado ya por entonces de una enfermedad respiratoria de la que nunca se desprendería, viajó por Francia y conoció el mundo literario y artístico. Sus primeros libros fueron precisamente crónicas de viaje: *An Inland Voyage* (1876) y *Viajes con una burra* (1897). Enamorado de la norteamericana Fanny Osbourne, cruzó el Atlántico y todo el continente hasta California para casarse con ella, según dejaría constancia en *El emigrante por gusto* (1894) y su continuación *Across the Plains* (1894). Sin embargo, fue el universo de sus ficciones el que cautivó su siglo y, desde entonces, la posteridad: entre sus inolvidables creaciones cabe mencionar *La isla del tesoro* (1883), *La flecha negra* (1883), *Secuestrado* (1886), *El doctor Jekyll y el señor Hyde* (1886), además de numerosos relatos breves, como los recogidos en *Las nuevas mil y una noches* (1882). Constante viajero, a la vez por espíritu de aventura y por motivos de salud, se instalaría en 1889 en Upolu, una isla de los mares del Sur. De esa época son *Los traficantes de naufragios* (1892), *Bajamar* (1894) y los ensayos *En los mares del Sur* (1894). Al morir, fue enterrado en la cima del monte Vaea.

«Las brumas del mar» («The Sea Fogs») es el capítulo V de *Los colonos de Silverado (The Silverado Squatters)*, publicado por Chatto & Windus en octubre de 1883. Stevenson describe en esta obra su nada convencional «luna de miel» con Fanny Osbourne; los recién casados, acompañados del hijo de ella y un perro, se instalaron dos meses en una mina de plata abandonada de la legendaria Silverado, buscando el aire puro de las montañas que, dada su mala salud, el autor necesitaba. Desde esas montañas, como se verá, tuvo un día una insólita visión marina.

Las brumas del mar

(fragmento de *Los colonos de Silverado*)

> Como un espectro alto y blanco
> envuelto en una sábana,
> la fría neblina el muro del castillo escala
> y pone la mano en tu mejilla.
>
> LONGFELLOW[44]

Un cambio de luz me despertaba por la mañana. A cierta hora, las largas ranuras verticales de la ventana que daba al oeste, cuyas lamas se habían contraído y separado, resplandecían de pronto como líneas de un azul deslumbrante, tan oscuro y luminoso a un tiempo que me fascinaba su combinación. Un poco antes, la claridad del cielo era muy tenue, pero el sol iluminaba la ladera de la montaña que cierra el cañón, y su maravillosa luz dorada, verde y rosácea entraba también, aunque más suavemente y con la tonalidad del arco iris, por las rendijas de nuestra vieja ventana. Si dormía profundamente, era el azul intenso lo que me despertaba; si mi sueño era más ligero, abría los ojos con la luz más mágica y temprana.

Un domingo, hacia las cinco de la mañana, me despertó esa primera claridad. Me levanté y fui a la ventaba que daba al este, no para decir mis oraciones sino buscando un poco de aire. No había soplado una gota de

viento en toda la noche. La víspera, el pequeño vendaval particular que azotaba nuestro cañón a última hora de la tarde, diez minutos o quizá un cuarto de hora, había cesado enseguida; en las horas siguientes, ni la más leve brisa había movido la copa de los árboles; y en nuestro barracón, lleno de grietas, aquella mañana hacía más calor del habitual. Pero, en cuanto llegué a la ventana, el espectáculo que contemplé me hizo olvidar todo; me vestí en dos patadas y bajé a la plataforma por el viejo y tambaleante tablón.

El sol seguía oculto tras la cima de las colinas de enfrente, aunque ya brillaba en nuestra ladera, unos seis metros por encima de mi cabeza. Pero el paisaje, salvo algún rasgo muy cercano, había cambiado por completo. El valle de Napa había desaparecido, así como la falda de las montañas y las boscosas estribaciones de la cordillera; y en su lugar, a menos de trescientos metros por debajo de mí, se extendía un inmenso océano ondulante. Era como si la noche anterior me hubiera acostado en un rincón montañoso del interior del país, y me hubiera despertado en una bahía de la costa. Había presenciado esas inundaciones desde abajo; en Calistoga me había levantado al alba y había salido al exterior, tosiendo y estornudando, bajo un grisáceo vapor marino, como un cielo nublado de muchos metros de altura: una visión monótona para el artista, y una experiencia dolorosa para el enfermo. Pero sentarse allí arriba, al aire libre y bajo la cúpula despejada del cielo, y contemplar a mis pies el valle sumergido era extrañamente diferente e incluso un placer para la vista. En la lejanía, las cimas de las colinas parecían pequeñas islas. Más cerca, una espuma humeante azotaba el pie de los acantilados e inundaba las pequeñas calas de las escarpadas montañas. El color de ese océano brumoso era inolvidable. En las Hébridas, unos instantes antes de ponerse el sol, había visto algo parecido en el mar. Pero el blanco no era tan opalino; ni reinaba allí, lo que sorprendentemente acrecentaba el efecto, aquella quietud cristalina. Incluso en calma, el mar trabaja con afán, gimiendo entre las algas o susurrando sobre la arena; pero aquel vasto océano brumoso se hallaba en un éxtasis de silencio, sin que el aire dulce de la mañana temblara con un sonido.

Sentado en un montículo, empecé a observar que la superficie de aquel océano era más desigual de lo que parecía a primera vista. En el extremo sur, una pequeña colina de niebla se elevaba hacia el cielo e, iluminada ya por el

sol, brillaba en el horizonte como las gavias de un gigantesco barco. Había ondas gigantescas que parecían inmóviles, como las olas de un mar helado; y, sin embargo, al mirarlas de nuevo, no estuve seguro de que no avanzaran lentas y majestuosas. Y, mientras lo dudaba, un promontorio que se elevaba a unos siete u ocho kilómetros, con un pequeño grupo de hermosos pinos en la cima, se vio alcanzado y tragado por ellas. Reapareció poco después, con todos sus pinos, pero solo como un islote que las aguas enseguida volvieron a anegar para siempre. Esto me obligó a mirar más cerca, y vi que, en todas las ensenadas a lo largo de la cadena montañosa, se acumulaba una bruma cada vez más alta, como si la empujara algún viento inaudible para mí. Podía seguir su avance: un pino que se volvía borroso y luego desaparecía detrás de otro; aunque a veces ninguna neblina me avisaba, sino que el blanco y opaco océano pegaba un salto y se tragaba de golpe un trozo de montaña. Había sido para huir de esa bruma venenosa por lo que me había alejado de la costa e instalado en aquel lugar de las montañas. Y ahora, mira, llegaba para asediarme en las alturas; pero lo hacía con tanta belleza que mi primer pensamiento fue de bienvenida.

El sol estaba mucho más alto, y, entre las montañas, arrojaba sus largos rayos dorados sobre el blanco océano. Un águila, o alguna otra rapaz de gran tamaño, volaba describiendo círculos sobre la copa de los pinos más cercanos; y se cernía, suspendida en el aire y un poco de costado, como si quisiera contemplar aquella insólita desolación, espiando quizá aterrorizada los nidos de sus compañeras. Después, con un largo grito, volvió a marcharse hacia el condado de Lake y un aire más claro. Finalmente, tuve la sensación de que las aguas empezaban a retirarse. Las viejas señales, cuya desaparición me había ayudado a medir su avance —un peñasco aquí, un imponente pino allá—, comenzaron a resurgir, en orden inverso, a la luz del día. Pensé que el peligro de la bruma había pasado. No se trataba del diluvio universal; solo era una llovizna matutina que ahora se dirigiría al mar, su lugar de origen. Y así, de lo más aliviado, y regocijado en gran medida por la visión, entré en la casa para encender el fuego.

Supongo que serían casi las siete cuando volví a la plataforma para mirar el panorama. El océano de bruma se había extendido enormemente; y, a unos cien metros por debajo de mí, en la profunda cavidad donde se encuentran la

garita de peaje y la carretera que lleva al condado de Lake, había inundado la ladera, y avanzaba hacia el otro lado como una especie de humo denso. El viento había trepado con él; y, aunque no había llegado donde yo estaba, los árboles se agitaban a mis pies; podía oír sus largos y estridentes suspiros.

Media hora más tarde, la niebla envolvía la sucesión de cumbres al otro lado del barranco, aunque una estribación de la montaña la mantuviera alejada aún de nuestro cañón. El valle de Napa y las colinas que lo rodeaban se habían desvanecido. La bruma blanca, iluminada por el sol, se derramaba sobre el condado de Lake en una catarata enorme y discontinua, mientras se agitaban las copas de los árboles que aparecían y desaparecían entre sus aguas. Había refrescado, y empecé a toser. La bruma despedía un fuerte olor, parecido al de una lavandería, pero impregnado de sal marina.

De no haber sido por dos cosas, el espolón que servía de dique y el gran valle contiguo que absorbía rápidamente todo lo que ascendía, nuestra pequeña plataforma en el cañón habría quedado sepultada bajo treinta metros de aire salino y envenenado. La vista nos tenía extasiados. El viento no nos alcanzaba, y estábamos justo encima de la bruma. Escuchábamos la voz del primero como si fuera la música de un escenario; y hundíamos la mirada en aquella niebla, como si viéramos fluir un riachuelo desde el parapeto de un puente. Y así, contemplábamos una exhibición extraña, impetuosa, mudable y silenciosa del poder de la naturaleza, y observábamos cómo el paisaje familiar cambiaba a cada instante como las imágenes de un sueño.

A la imaginación le encanta jugar con lo ilusorio. Si se hubiera tratado realmente del diluvio, mis sentimientos habrían sido más intensos, pero la emoción muy parecida. Me recreé con aquella idea del mismo modo que un niño, entre el regocijo y el terror, se refugia y huye de las creaciones de su fantasía. Verlo así me ayudaba. Y, cuando finalmente empecé a correr montaña arriba, no solo fue por huir del frío que me hacía toser, sino también por diversión.

Antes de llegar a la cima, dominé una vez más la parte superior de la bruma; pero era muy diferente de la que había visto al amanecer. Por un lado, el sol estaba más cerca de su cenit, y la superficie brillaba y se ondulaba como una gran llanura del norte, cubierta de una capa matinal de nieve que ningún hombre hubiera hollado. Por otro, el nuevo nivel debía de estar unos

cuatrocientos metros por encima del anterior, así que solo continuaban visibles cinco o seis puntos del paisaje quebrado que se extendía a mis pies. El valle de Napa se unía al de Sonoma, al oeste. Más cerca, solo una franja muy estrecha e irregular de riscos escarpados quedaba sin sumergir; y entre sus grietas se esparcía la bruma, como un océano que inundara en el este una tierra soleada de brillante color azul. Allí desaparecía instantáneamente; pues caía en el fondo de los valles siguiendo la cuenca de las aguas; y las cimas de las colinas se recortaban aún con claridad sobre la parte oriental del cielo.

A través de la cavidad donde estaba la garita de peaje y por encima de las cumbres vecinas del otro lado, el diluvio era impresionante. Un chorro de vapor se elevaba a gran altura, y caía luego adoptando las formas más fabulosas. La velocidad de su curso era como un torrente de montaña. Aquí y allá, algunos árboles sacaban su copa y volvían después a sumergirla; y, durante unos segundos, la rama de un pino muerto pareció el brazo de un hombre a punto de ahogarse. Pero la imaginación continuaba insatisfecha, y al oído le faltaba algo. Si aquello hubiera sido realmente agua (como parecía), cuán ensordecedor habría sido su rugido mientras avanzaba deshaciendo montañas y arrancando pinos de raíz. Y, sin embargo, era agua… y agua de mar, además: verdaderas olas del Pacífico —solo un poco enrarecidas— meciéndose en el aire entre la cima de las colinas.

Seguí subiendo entre los crujidos de la gravilla roja y el bajo sotobosque del monte Santa Helena, hasta que pude ver justo debajo Silverado, y admirar el rincón tan abrigado en que se había construido. La soleada llanura de bruma estaba cientos de metros por encima; detrás del espolón que nos protegía, una gigantesca acumulación de vapor algodonoso amenazaba con romperse e inundar nuestra casa; pero el vórtice que pasaba por la garita de peaje era demasiado fuerte; y allí estaba nuestra pequeña plataforma, a merced del diluvio, pero disfrutando aún de la luz del sol. Hacia las once, sin embargo, una llovizna fina sobrevoló nuestro amable espolón, y empecé a pensar que la bruma había encontrado a su Jonás después de todo. Pero fue su última tentativa. El viento cambió de dirección mientras almorzábamos, y empezó a soplar con rachas violentas que venían de la cima de las montañas; y, hacia la una y media, todo aquel universo de brumas marinas había sido ahuyentado y avanzaba hacia el sur convertido en pequeños jirones de nubes.

Y, en lugar de una playa solitaria, nos encontramos viviendo una vez más en lo alto de las montañas, con una tierra verde brillante a nuestros pies, y el humo ligero de Calistoga flotando en el aire.

Ésta fue la gran campaña de Rusia de aquella temporada. De vez en cuando, de madrugada, se divisaba a lo lejos una pequeña laguna blanca de bruma, en el valle de Napa; pero ni las cumbres volvieron a ser atacadas, ni Silverado quedó nuevamente aislado del mundo circundante.

Un incendio en el mar

Iván Serguéievich Turguénev
(1883)

Traducción: Víctor Gallego Ballestero

IVÁN SERGUÉIEVICH TURGUÉNEV (1818-1883) nació en Orel, hijo de un militar retirado y de una rica terrateniente. Se crió en Spásskoie, en la finca materna, educado por tutores; estudió filosofía en Moscú, San Petersburgo y Berlín, de donde regresó a Rusia convertido en un liberal occidentalista. A partir de entonces su vida transcurrió entre su país y distintas ciudades de Europa, especialmente París, sin que llegara a establecer en ninguna parte residencia fija. En 1847 inició en la revista *El Contemporáneo (Sovremennik)* la serie de *Relatos de un cazador*; una visión realista de la vida campesina rusa que, según se dijo, influyó en la decisión del zar Alejandro II de emancipar a los siervos de la gleba. Su primera novela, *Rudin* se publicó en 1856, cuando el autor gozaba ya de una gran notoriedad. Siguieron, entre otras, *Nido de nobles* (1859), *En vísperas* (1860), *Padres e hijos* (1862), *Humo* (1867) y *Tierras vírgenes* (1876). Sobre el protagonista de *Nido de nobles* pesa una maldición que parece pensada para el mismo Turguénev: «No harás tu nido en ninguna parte, y andarás errante toda la vida».

«Un incendio en el mar» («Un incendie en mer») es el último texto que escribió para sus *Páginas autobiográficas* (1869-1883), un compendio de episodios e impresiones de su vida siempre inquieta e itinerante. Se trata de un recuerdo de juventud, y fue dictado en francés a Pauline Viardot poco antes de su muerte, en su residencia de Bougival, cerca de París. Tras aprobar Turguénev su traducción al ruso, el relato fue publicado, póstumamente, en la edición de sus *Obras completas* de 1883. Para esta traducción se ha utilizado la versión original francesa. En él se puede leer una frase realmente excepcional: «Se tiene razón en afirmar que nada iguala el aspecto trágico de un naufragio, a no ser su aspecto cómico».

Un incendio en el mar

Era el mes de mayo de 1838.

Viajaba con muchos otros pasajeros, a bordo del Nicolás I, que cubría la ruta entre San Petersburgo y Lübeck. En aquella época la situación de los ferrocarriles era aún poco floreciente, por lo que todos los que viajaban lo hacían por mar. Por esa misma razón, muchos de ellos llevaban una silla de posta para continuar su viaje por Alemania, Francia, etc.

Llevábamos a bordo, aún lo recuerdo, veintiocho coches. Éramos unos doscientos ochenta pasajeros, una veintena de los cuales eran niños.

En aquel entonces, yo era muy joven y no me mareaba, por lo que disfruté mucho con todas las novedosas impresiones. En el barco viajaban algunas damas, notablemente bellas y bonitas. (¡Ay, la mayoría ya ha muerto!)

Era la primera vez que mi madre me dejaba viajar solo y había tenido que jurarle que me comportaría con prudencia y sobre todo que no tocaría las cartas… y fue precisamente esa última promesa la que me hizo faltar a la primera.

Una noche, en particular, se había reunido en la sala general un nutrido grupo de personas, entre ellas varios banqueros muy conocidos en San Petersburgo. Todas las noches jugaban a las cartas, y las piezas de oro, que entonces se veían con más frecuencia que ahora, hacían un ruido ensordecedor.

Uno de esos señores, viendo que me mantenía aparte y no sabiendo la

razón que motivaba ese comportamiento, me propuso bruscamente que tomara parte en el juego. Cuando, con la ingenuidad de mis dieciocho años, le expliqué la causa de mi abstención, se echó a reír y, dirigiéndose a sus compañeros, gritó que había encontrado un tesoro: un joven que no había tocado una carta y que, por tanto, estaba predestinado a tener una suerte enorme, inaudita, ¡la verdadera suerte del inocente!…

No sé cómo sucedió, pero al cabo de diez minutos estaba sentado ante la mesa de juego y, con la mano llena de cartas y una parte asegurada, jugaba, jugaba como un loco.

Hay que confesar que el viejo proverbio no resultó falso. El dinero me venía a manos llenas; dos montones de oro se levantaban sobre la mesa, a ambos lados de mis manos temblorosas y cubiertas de sudor. El banquero que me había impulsado a jugar no dejaba de alentarme, de animarme… En verdad, ¡creí que mi fortuna ya estaba hecha!…

De pronto, la puerta de la sala se abrió de par en par, dejando paso a una señora que se puso a gritar con voz quebrada y desfallecida: «¡El barco está ardiendo!», y se desvaneció sobre el sofá. Fue como una violenta conmoción; todos saltaron de su asiento; el oro, la plata, los billetes de banco echaron a rodar, desparramados por todas partes, y todos nos precipitamos fuera. ¿Cómo no habíamos reparado antes en el humo que ya nos envolvía? ¡No lo comprendo! La escalera estaba llena de gente. Reflejos de un rojo denso, de un rojo de carbón de piedra brillaban por todas partes. En un abrir y cerrar de ojos todo el mundo se concentró en el puente. Dos grandes torbellinos de humo se elevaban a ambos lados de la chimenea y a lo largo de los mástiles, y un estrépito espantoso se levantó para no cesar ya. Se produjo un desorden indescriptible; se advertía que el sentimiento de conservación se había apoderado violentamente de todos los seres humanos, de mí el primero. Recuerdo haber cogido a un marinero por el brazo y haberle prometido diez mil rublos en nombre de mi madre si conseguía salvarme. El marinero, naturalmente, no tomó en serio mis palabras; se liberó de mi abrazo, sin que yo insistiera más, pues comprendía que cuanto había dicho carecía de sentido. Por lo demás, casi todo lo que veía a mi alrededor tampoco lo tenía. Se tiene razón en afirmar que nada iguala el aspecto trágico de un naufragio, a no ser su aspecto cómico. Por ejemplo, un rico propietario, aterrorizado, se

arrastraba por el suelo, besando frenéticamente la cubierta; al cabo de un rato, cuando la gran cantidad de agua arrojada en las aberturas de los depósitos de carbón aplacó momentáneamente la violencia de las llamas, se irguió en toda su altura y gritó con voz atronadora: «Hombres de poca fe, ¿cómo habéis podido creer que nuestro Dios, el Dios de los rusos, nos abandonaba?». Pero en ese mismo instante las llamas renacieron aún con mayor ímpetu y el pobre hombre de mucha fe volvió a ponerse a cuatro patas y a besar la cubierta. Un general, con la mirada extraviada, no dejaba de gritar: «¡Hay que enviar un correo al emperador! Se le envió un correo durante la revuelta de las colonias militares, en la que yo estuve presente, ¡y eso sirvió para que algunos de nosotros nos salváramos!». Un caballero, con un paraguas en la mano, se puso de repente a destrozar con furia un pequeño y poco logrado retrato al óleo colocado sobre su caballete (que se encontraba allí, entre los equipajes), practicando con la punta de su paraguas cinco agujeros en el lugar de los ojos, la nariz, la boca y las orejas. Acompañaba semejante destrucción con exclamaciones de esta guisa: «¿Para qué puede servir esto ahora?». Y ¡esa tela ya no le pertenecía! Un hombre gordo, bañado en lágrimas, con el aspecto de un cervecero alemán, no dejaba de vociferar con voz llorosa: «¡Capitán! ¡Capitán!». Y, cuando el capitán, impacientado, le cogió finalmente por el cuello de la chaqueta y le gritó: «Bueno, ¿qué pasa? Yo soy el capitán. ¿Qué es lo que quiere?», el hombre gordo se le quedó mirando con aire estúpido y siguió gimiendo: «¡Capitán!».

Con todo, fue ese capitán el que nos salvó la vida. En primer lugar, cambiando, antes de que se hiciera imposible entrar en la sala de máquinas, la dirección de nuestro navío, que, de haber enfilado directamente Lübeck en lugar de virar bruscamente hacia la costa, habría ardido irremediablemente antes de llegar a puerto; y en segundo lugar, ordenando a los marineros que sacaran sus cuchillos y se lanzaran sin piedad sobre todas las personas que trataran de coger una de las dos chalupas que todavía nos quedaban, pues las otras, a causa de la inexperiencia de los pasajeros que habían querido lanzarlas al mar, habían zozobrado.

Los marineros, daneses en su mayoría, con su rostro enérgico y frío y el reflejo casi sanguinolento de las llamas en la hoja de sus cuchillos, inspiraban un respeto involuntario. La borrasca, bastante fuerte, aumentó aún más con el

incendio que aullaba en más de un tercio de la nave. Debo confesar, para agravio de mi sexo, que las mujeres, en esa circunstancia, mostraron más aplomo que la mayor parte de los hombres. Pálidas y blancas, la noche las había sorprendido en el lecho (apenas lucían otro vestido que sus mantas), me parecieron, a pesar de lo incrédulo que ya era en aquel entonces, ángeles caídos del cielo para avergonzarnos y comunicarnos valor. Por lo demás, también algunos hombres mostraron valentía. Recuerdo sobre todo a M. D., exembajador de Rusia en Copenhague; se había quitado los zapatos, la corbata y la chaqueta, cuyas mangas se había anudado sobre el pecho, y, sentado sobre un cable grueso y tenso, balanceaba los pies, fumaba tranquilamente su cigarro y miraba a unos y a otros con cierto aire de piedad burlona. En cuanto a mí, me refugié en una de las escalas exteriores y me senté en uno de los últimos peldaños. Contemplaba con estupor la espuma roja que borboteaba por debajo de mí; algunos de sus vellones me saltaban a la cara. Me decía: «¡Es aquí donde voy a tener que morir, a los dieciocho años!». Pues estaba decidido a ahogarme antes que abrasarme. Las llamas se encorvaban por encima de mí; podía distinguir perfectamente su aullido del de las olas.

No lejos de mí, en la misma escala, estaba sentada una viejecilla, una cocinera, probablemente de alguna de las familias que se dirigían a Europa. Con la cabeza hundida en las manos, parecía murmurar alguna plegaria. De repente, lanzó sobre mí una rápida mirada y ya porque leyera en mi rostro una determinación funesta, ya por alguna otra razón, me agarró del brazo y, con una voz casi suplicante, me dijo con insistencia: «No, señor, nadie tiene derecho a disponer de su propia vida y usted menos que los otros. Hay que sufrir la suerte que la Providencia nos envíe; de otro modo se trataría de un suicidio y sería usted castigado en el otro mundo».

No tenía ningún deseo de suicidarme, pero por una suerte de bravata bastante inexplicable en mi posición, en dos o tres ocasiones me mostré dispuesto a ejecutar la intención que me suponía; y en cada una de esas ocasiones la pobre vieja se abalanzaba sobre mí para impedir que cometiera lo que a sus ojos era un gran crimen. Al final, dominado por una especie de vergüenza, me detuve. En efecto, ¿por qué representar una comedia semejante en presencia de una muerte que en ese mismo momento creía

verdaderamente inminente e inevitable? Por lo demás, no tuve tiempo de darme cuenta de cuán extraños eran esos sentimientos ni de admirar la falta de egoísmo (eso que en la actualidad se denominaría altruismo) de la pobre mujer, pues en ese momento el aullido de las llamas que se elevaban por encima de nosotros redoblaron su violencia; también en ese mismo instante, una voz de bronce (sin duda la de nuestro ángel salvador) exclamó por encima de nosotros: «¿Qué hacéis ahí, desgraciados? ¡Vais a perecer, seguidme!». Y enseguida, sin saber quién nos llamaba ni dónde había que ir, la buena mujer y yo nos pusimos en pie, como accionados por un resorte, y nos lanzamos a través del humo, en pos de un marinero con una chaqueta azul, al que veíamos trepar delante de nosotros por una escala de cuerda. Sin saber por qué, trepé detrás de él por aquella escala. Creo que en ese momento, si se hubiera lanzado al agua o hubiera realizado cualquier otra acción extraordinaria, le habría imitado ciegamente. Después de haber subido dos o tres escalones, el marinero saltó con esfuerzo sobre lo alto de uno de los coches, cuya parte baja comenzaba ya a arder. Salté tras él y oí cómo la vieja saltaba detrás de mí; después, desde lo alto de ese primer coche, el marinero saltó a un segundo, y a continuación a un tercero, siempre seguido por mí; de ese modo, llegamos a la parte delantera del buque.

Casi todos los pasajeros se habían reunido allí. Los marineros, bajo la supervisión del capitán, se ocupaban en bajar al mar una de las dos chalupas, afortunadamente la más grande. Por encima de la otra borda del buque, divisé el abrupto acantilado que desciende hasta Lübeck, vivamente iluminado por el incendio. Había cerca de dos kilómetros hasta ese acantilado. Yo no sabía nadar. El lugar en el que habíamos encallado (pues eso es lo que había sucedido sin que nos diéramos cuenta) era probablemente muy poco profundo, pero las olas eran muy altas. No obstante, en cuanto divisé el acantilado se apoderó de mí el convencimiento de que estaba salvado, y para estupefacción de los que me rodeaban di varios saltos en el aire al tiempo que gritaba: «¡Hip! ¡Hip! ¡Hurra!». No quise aproximarme al lugar en que la multitud se apelotonaba para alcanzar la escala que conducía a la gran chalupa. Había allí muchas mujeres, viejos y niños; además, una vez que vi el acantilado, ya no tenía prisa, pues me sentía seguro de mi salvación. Advertí con asombro que casi ninguno de los niños tenía miedo; algunos de ellos,

incluso, dormían en brazos de sus madres. No murió ninguno.

En medio del grupo de pasajeros, reparé en un general de alta talla, con las ropas chorreantes de agua, que inmóvil, se apoyaba contra un banco situado horizontalmente, que acababa de arrancar del barco. Me enteré de que, en un primer momento de terror, había rechazado brutalmente a una mujer que quería pasar antes que él para saltar a una de las primeras embarcaciones que zozobraron. Cogido por un *steward*, que lo devolvió al barco, el viejo soldado sintió vergüenza de su cobardía momentánea y juró que sería el último en abandonar la nave, después del capitán. Era un hombre de estatura elevada, pálido, con un desgarrón sangrante en la frente, y lanzaba a su alrededor miradas contritas y resignadas, como pidiendo perdón.

Durante todo ese tiempo, me fui aproximando al lado izquierdo del buque, y advertí que nuestra pequeña chalupa danzaba sobre las olas como un juguete; dos marineros que se encontraban en ella hacían gestos a los pasajeros para que se decidieran a saltar. Pero no era tarea fácil, pues el Nicolás I era un vapor de gran altura y era necesario caer a plomo para que la chalupa no volcara. Finalmente me decidí: en primer lugar puse mis pies en una cadena de ancla, que se extendía en el exterior del buque, y ya estaba dispuesto a lanzarme cuando una masa pesada y blanda se abalanzó sobre mí: una mujer se había agarrado a mi cuello y pendía inerte a lo largo de mi cuerpo. Confieso que mi primera intención fue apoderarme violentamente de aquella mano y desembarazarme de esa masa arrojándola por encima de mi cabeza; pero felizmente no obedecí a ese primer impulso. El choque hizo que los dos cayéramos al agua, pero por fortuna se encontraba allí, flotando delante de mi nariz, una cuerda que colgaba de no sé dónde; me aferré a ella ansiosamente con una mano, despellejándomela hasta hacerme sangre… Luego, lanzando una mirada por debajo de mí, me di cuenta de que tanto mi fardo como yo nos encontrábamos en el interior de la chalupa y… dando gracias a Dios, me dejé deslizar… El barco crujió por todas sus junturas… «¡Hurra!», gritaron los marineros. Deposité a mi compañera desvanecida en el fondo de la barca y me volví hacia el vapor, en el que divisé una gran cantidad de cabezas, sobre todo de mujeres, que se apretujaban febrilmente a lo largo de la borda.

«¡Salten!», grité extendiendo los brazos. En ese instante, el éxito de mi

audacia y la convicción de haberme salvado de las llamas me proporcionaron una fuerza y un valor inefables. Recogí a las tres únicas mujeres que se decidieron a saltar a mi chalupa con la misma facilidad con que se cogen manzanas en época de cosecha. Es de señalar que cada una de esas damas lanzaba un penetrante grito en el momento en que se arrojaban desde lo alto del buque, y al llegar abajo se desmayaban. Un caballero, probablemente perturbado, estuvo a punto de matar a una de esas desdichadas al arrojar un pesado cofrecillo que se rompió al chocar contra nuestra lancha y dejó al descubierto un neceser bastante rico. Sin preguntarme si tenía derecho a disponer de él, se lo regalé inmediatamente a los dos marineros, que lo aceptaron sin mayores escrúpulos. A continuación nos pusimos a remar hacia la orilla, acompañados de los siguientes gritos: «¡Vuelvan pronto! ¡Traigan la chalupa!». De ese modo, en el momento en que no hubo más que un metro de profundidad, tuvimos que descender. Desde una hora antes caía una lluvia fina y fría, que no tuvo ningún efecto sobre el incendio, pero que nos caló definitivamente hasta los huesos.

Finalmente llegamos a la bendita orilla, que no era más que un inmenso charco de lodo líquido y viscoso, en el que uno se hundía hasta las rodillas.

Nuestra barca se alejó rápidamente y, lo mismo que la gran chalupa, se puso a transportar a la gente del barco a la orilla. Pocos pasajeros perecieron, solo ocho en total; uno había caído en el depósito de carbón, otro se había ahogado por haber querido cargar con todo su dinero. Este último, del que apenas conocía el nombre, había jugado conmigo al ajedrez una buena parte de la jornada, y lo había hecho con tanto encarnizamiento que el príncipe W., que seguía nuestra partida, acabó exclamando: «¡Juega usted como si se tratara de un asunto de vida o muerte!».

En cuanto a los equipajes, se perdieron casi todos, lo mismo que los coches.

Entre las damas que habían escapado al naufragio había una tal señora T., muy hermosa y amable, que se veía muy apurada a causa de sus cuatro hijas y de sus niñeras. Había sido abandonada en la playa, con los pies desnudos y los hombros apenas cubiertos. Me sentí obligado a hacer el papel de caballero galante, lo que me costó la chaqueta, que había conservado hasta ese momento, la corbata e incluso las botas; además, un campesino con un carro

tirado por dos caballos, a quien había encontrado en lo alto del acantilado y al que había enviado al encuentro de las náufragas, no juzgó oportuno esperarme, y partió para Lübeck con todas mis pasajeras, de modo que me quedé solo, medio desnudo y calado hasta los huesos, en presencia del mar, en el que nuestro barco acababa lentamente de consumirse. Y digo bien, pues nunca hubiera creído que una máquina tan grande pudiera ser destruida tan rápidamente. No era más que una amplia mancha resplandeciente inmóvil sobre el mar, atravesada por los contornos negros de las chimeneas y los mástiles, y recorrida por el vuelo cansino e indiferente de las gaviotas; después se convirtió en un gran penacho de cenizas sembradas de pequeñas chispas que se desparramaban en vastas líneas curvas sobre las olas ya menos agitadas. ¿Acaso no es también nuestra propia vida un puñado de cenizas que se dispersan al viento?, pensé.

Afortunadamente para el filósofo, cuyos dientes comenzaban a castañetear, otro carretero vino en su ayuda. El buen hombre me pidió dos ducados, pero en compensación me envolvió en su gruesa hopalanda y me cantó dos o tres canciones mecklemburguesas que me parecieron bastante bonitas. De ese modo llegamos a Lübeck al amanecer; allí volví a encontrarme con mis compañeros de infortunio, con los que partí para Hamburgo. En esa ciudad recibimos veinte mil rublos de plata que el emperador Nicolás, que se encontraba de paso en Berlín, nos enviaba por medio de un ayuda de campo. Se reunieron todos los hombres y decidieron que se ofreciera esa suma a las pasajeras, lo que nos resultó extremadamente fácil, pues en esa época todo ruso que iba a Alemania gozaba de un crédito ilimitado. ¡No sucede lo mismo ahora!

El marinero al que había prometido una suma exorbitante en nombre de mi madre si me salvaba la vida vino a reclamar el cumplimiento de mi promesa. Pero, como no estaba seguro de su identidad y además no había hecho nada por mí, solo le ofrecí un tálero, que aceptó agradecido.

En cuanto a la pobre vieja cocinera que había manifestado tanto interés por la salud de mi alma, no volví a verla. No obstante, ya pereciera ahogada o abrasada, estoy seguro de que tiene un lugar reservado en el Paraíso.

En la mar

Guy de Maupassant
(1883)

Traducción: Marta Salís

GUY DE MAUPASSANT (1850-1893) nació en 1850 en el castillo de Miromesnil, en el seno de una ennoblecida familia normanda. De la mano de Flaubert, amigo de su madre, conoció en París a la sociedad literaria del momento; fue funcionario y periodista, y en 1880 publicó su cuento «Bola de sebo» en el volumen colectivo *Las veladas de Médan*, piedra fundacional del movimiento naturalista. Otros cuentos como los contenidos en *La casa Tellier* (1881) o *Mademoiselle Fifi* (1882) lo acreditaron como uno de los maestros del género, de modo que, cuando en 1883 salió a la luz su primera novela *Una vida*, ya era un escritor famoso. A esta novela siguieron otras de la talla de *Buen amigo* (*Bel-Ami*) (1885), *Mont-Oriol* (1887), *Pierre y Jean* (1888), *Fuerte como la muerte* (1889) y *Nuestro corazón* (1890). Murió en París, víctima de una enfermedad hereditaria que lo llevó a la locura.

«En la mar» («En mer») apareció por primera vez en la revista *Gil Blas* el 12 de febrero de 1883, bajo el seudónimo Maufrigneuse, y se incluyó en el volumen *Cuentos de la becada*, publicado ese mismo año por Rouveyre et Blond, en París. Maupassant dedicó el relato al escritor naturalista Henry Céard, uno de sus compañeros en *Las veladas de Médan*.

En la mar

Las siguientes líneas se leían recientemente en los periódicos:

> BOULONGNE-SUR-MER, 22 de enero. Una desgracia terrible acaba de sumir en la consternación a nuestra población marítima, que tanto ha sufrido ya en los dos últimos años. El pesquero al mando del patrón Javel, cuando entraba en el puerto, se ha visto empujado hacia el oeste por la corriente y se ha estrellado contra las rocas de la escollera del espigón.
>
> A pesar de los esfuerzos del barco de salvamento y de las estachas arrojadas con un fusil lanzacabos, cuatro hombres y el grumete han perdido la vida.
>
> El mal tiempo continúa. Se temen nuevos siniestros.

¿Quién es este patrón Javel? ¿El hermano del manco?

Si el pobre hombre embestido por el oleaje, y ahogado quizá bajo los restos de su barco hecho pedazos, es el que yo pienso, vivió hace dieciocho años otro drama terrible y simple, como lo son siempre estas tragedias formidables de la mar.

El mayor de los Javel era entonces el patrón de una trainera.

La trainera es el barco de pesca por excelencia. Sólida para enfrentarse sin miedo al mal tiempo, de casco redondo, mecida sin cesar por las olas como un corcho, siempre a la intemperie, siempre azotada por los vientos inclementes y salados del canal de la Mancha, brega en la mar, infatigable, con la vela henchida, arrastrando por un costado una red enorme que araña el fondo del océano, y desprende y recoge todos los bichos dormidos en las rocas, los peces planos pegados en la arena, los pesados cangrejos de pinzas

ganchudas, las langostas de bigotes puntiagudos.

Cuando la brisa es suave y la ola corta, el barco empieza a pescar. La red, sujeta a lo largo de una vara grande de madera reforzada con hierro, desciende con ayuda de dos cables que se deslizan por dos poleas en los dos extremos de la embarcación. Y la embarcación, derivando por el viento y la corriente, arrastra este aparejo que asola y devasta el fondo del mar.

Javel llevaba a bordo a su hermano pequeño, cuatro hombres y un grumete. Había salido de Boulogne un día de cielo despejado para calar la red.

Pero enseguida se levantó viento, y la entrada de una borrasca obligó al pesquero a huir. Navegó hasta la costa de Inglaterra; pero la mar enfurecida rompía contra los acantilados, se abalanzaba sobre la tierra, haciendo imposible la entrada en los puertos. El pequeño barco puso proa a alta mar y se dirigió nuevamente a las costas de Francia. El temporal seguía haciendo infranqueables los muelles, envolviendo en espuma, ruido y peligro cualquier acceso a un refugio.

El pesquero dio media vuelta y avanzó veloz sobre la cresta de las olas, bamboleándose con violencia, inundado de agua, castigado por los golpes de mar, pero brioso a pesar de todo, acostumbrado a aquel mal tiempo que lo tenía a veces cinco o seis días errante entre los dos países vecinos sin poder atracar en ninguno.

Finalmente, el huracán se calmó cuando estaban en alta mar y, aunque seguía habiendo marejada, el patrón ordenó calar la red.

Así pues, el gran aparejo de pesca fue arrojado por la borda, y dos hombres en proa y otros dos en popa empezaron a filar por las pastecas los cabos que lo sujetaban. De pronto tocó fondo, pero una ola enorme hizo que el barco se escorara, y el menor de los Javel, que estaba a proa y dirigía el calado de la red, se tambaleó, y su brazo quedó atrapado entre el cabo destensado un instante por la sacudida y la madera por donde se deslizaba. El hombre hizo un esfuerzo desesperado, intentado levantar el cabo con la otra mano, pero el arrastre ya había comenzado y el cabo tensado no cedió.

Crispado por el dolor, llamó a sus compañeros. Todos corrieron en su ayuda. Su hermano dejó el timón. Se abalanzaron sobre el cabo, tratando de liberar el brazo que estaba destrozando. Fue inútil.

—Hay que cortarlo —dijo un marinero, y sacó del bolsillo un gran cuchillo que podría, de un golpe, salvar el brazo del menor de los Javel.

Pero cortar el cabo significaba perder la red, y esa red valía dinero, mucho dinero, mil quinientos francos; y su dueño era el mayor de los Javel, muy celoso siempre de sus bienes.

—No, no lo cortes… espera, voy a orzar —gritó, angustiado.

Y después de correr al timón, metió toda la caña a sotavento.

El barco apenas obedeció, paralizado por aquella red que lo inmovilizaba, y empujado, para colmo, por la fuerza de la deriva y del viento.

El menor de los Javel había caído de rodillas, con los dientes apretados y los ojos extraviados. No decía nada. Su hermano regresó, temeroso aún del cuchillo del marinero.

—Espera, espera, no cortes, echaremos el ancla.

Fondearon dando toda la cadena, y después hicieron virar el molinete para quitar tensión a los cabos de la red. Éstos al final se amollaron, y los marineros liberaron el brazo inerte, bajo una manga de lana ensangrentada.

El menor de los Javel parecía idiotizado. Le quitaron la camisa y vieron algo terrible: un amasijo de carne del que la sangre manaba a chorros, como impulsada por una bomba. El hombre miró su brazo y murmuró:

—Está jodido.

Luego, como la hemorragia empezaba a encharcar la cubierta del barco, uno de los marineros gritó:

—Se va a desangrar, hay que hacerle un torniquete.

Trajeron una piola, un cabo delgado oscuro y embreado, y, atándoselo al brazo por encima de la herida, apretaron con todas sus fuerzas. Los chorros de sangre se debilitaron poco a poco: finalmente cesaron por completo.

El menor de los Javel se puso en pie, con el brazo colgando a un lado. Lo cogió con la otra mano, lo levantó, lo giró, lo sacudió. Estaba completamente destrozado, los huesos rotos; solo los músculos sujetaban esa parte de su cuerpo. Lo contempló con tristeza, pensativo. Se sentó en una vela plegada, y los compañeros le aconsejaron que mojara continuamente la herida para evitar el mal negro.

Le acercaron un balde; y, cada dos por tres, con ayuda de un vaso, humedecía la horrible herida echando en ella un chorrito de agua clara.

—Estarías mejor abajo —le dijo su hermano.

Siguió su consejo, pero al cabo de una hora volvió a subir, pues no se sentía bien solo. Y además prefería el aire libre. Se sentó sobre su vela y empezó a mojarse el brazo de nuevo.

La pesca era buena. Los grandes peces de vientre blanco yacían a su lado, sacudidos por los espasmos de la muerte; él los miraba sin dejar de empapar su carne aplastada.

Muy cerca de Boulogne el viento volvió a arreciar; y el pequeño barco reanudó su rumbo enloquecido, brincando y dando pantocazos, zarandeando al desdichado herido.

Anocheció. El mal tiempo continuó hasta la aurora. Al salir el sol, avistaron nuevamente la costa de Inglaterra, pero, como la mar estaba menos embravecida, regresaron a Francia ciñendo.

Al atardecer, el menor de los Javel llamó a sus compañeros y les mostró unas manchas negras, que hablaban de putrefacción en la parte del brazo que ya no estaba unido a él.

Los marineros las examinaron, dando su opinión.

«Podría ser la Negra», pensó uno.

—Tienes que meterlo en agua salada —aconsejó otro.

Trajeron, por tanto, agua salada y la vertieron en la herida. El menor de los Javel se puso lívido, rechinó los dientes y se retorció de dolor, pero no gritó.

Después, cuando el escozor se hubo calmado:

—Dame tu cuchillo —dijo a su hermano.

Éste le obedeció.

—Sujétame el brazo en el aire, bien recto, hacia arriba.

Así lo hizo.

Entonces empezó a cortarse él mismo. Suavemente, con mucho cuidado, rebanando los último tendones con aquella hoja tan afilada como una navaja de afeitar; y enseguida no quedó más que un muñón. Dio un profundo suspiro

y dijo:

—No había otro remedio. Estaba jodido.

Parecía aliviado y respiraba con fuerza. Y empezó a echarse nuevamente agua en el trozo de brazo que le quedaba.

El tiempo no mejoró aquella noche, y no pudieron volver a tierra.

Cuando amaneció, el menor de los Javel cogió su brazo cortado y lo examinó con detenimiento. Estaba gangrenado. Sus compañeros se acercaron también a examinarlo, y lo pasaron de mano en mano, tanteándolo, dándole la vuelta, olfateándolo.

Su hermano mayor dijo:

—Tienes que tirarlo al mar enseguida.

Pero él se enfadó.

—¡Ah, no! ¡Ni hablar! Me niego. Es mío, ¿no?… Para eso es mi brazo.

Lo cogió y se lo puso entre las piernas.

—Se va a pudrir de todos modos —dijo el mayor de los Javel.

Entonces el herido tuvo una idea. Para conservar el pescado cuando estaban mucho tiempo en la mar, lo apilaban en barriles con sal.

—Podría meterlo en salmuera, ¿no? —preguntó.

—Tiene razón —exclamaron los demás.

De modo que vaciaron uno de los barriles, hasta el borde ya de la pesca de los últimos días; y, al fondo, pusieron el brazo. Luego lo cubrieron con sal, y volvieron a meter, uno a uno, todos los pescados.

Uno de los marineros bromeó:

—Espero que no lo vendamos en la rula.

Y todo el mundo se rió, menos los dos Javel.

El viento no amainaba. Estuvieron dando bordos delante de Boulogne hasta la mañana siguiente a las diez. El menor de los Javel siguió humedeciendo sin cesar su herida.

De vez en cuando se levantaba e iba de un extremo a otro del barco.

Su hermano, al timón, lo seguía con la mirada y movía la cabeza.

Finalmente, entraron en puerto.

El médico examinó la herida y la encontró en buen estado. Vendó el muñón y ordenó reposo. Pero Javel no quiso acostarse sin haber recuperado su brazo, y volvió rápidamente al puerto para buscar el barril que había

marcado con una cruz.

Lo vaciaron en su presencia y él recuperó el brazo, perfectamente conservado en la salmuera, arrugado y frío. Lo envolvió en una toalla que había llevado con ese fin, y regresó a casa.

Su mujer y sus hijos examinaron con detenimiento aquellos restos, palparon los dedos y limpiaron los granos de sal que quedaban bajo las uñas; después llamaron al carpintero para que fabricara un pequeño ataúd.

Al día siguiente toda la tripulación del pesquero asistió al entierro del brazo cortado. Los dos hermanos, uno al lado del otro, encabezaban el cortejo. El sacristán de la parroquia llevaba el cadáver bajo la axila.

El menor de los Javel dejó de navegar. Consiguió un humilde empleo en el puerto y, cuando hablaba más tarde de su accidente, decía en voz baja a su interlocutor:

—Si mi hermano hubiera querido cortar la red, yo aún tendría mi brazo, seguro. Pero él solo pensó en su provecho.

12 de febrero de 1883.

Los tres eremitas

Lev N. Tolstói
(1886)

Traducción: Víctor Gallego Ballestero

LEV NIKOLÁIEVICH TOLSTÓI (1828-1910) nació en Yásnaia Poliana, en la región de Tula, en el seno de una familia aristócrata. En 1844 empezó Derecho y Lenguas Orientales en la Universidad de Kazán, pero dejó los estudios y llevó una vida algo disipada en Moscú y San Petersburgo. En 1851 se enroló con su hermano mayor en un regimiento de artillería en el Cáucaso. En 1852 publicó *Infancia*, el primero de los textos autobiográficos que, seguido de *Adolescencia* (1854) y *Juventud* (1857) le hicieron famoso, así como sus recuerdos de la guerra de Crimea, de corte realista y antibelicista, *Relatos de Sevastópol* (1855-1856). La fama, sin embargo, le disgustó y, después de un viaje por Europa en 1857, decidió instalarse en Yásnaia Poliana, donde fundó una escuela para hijos de campesinos. El éxito de su monumental novela *Guerra y paz* (1865-1869) y de *Anna Karénina* (1873-1877), dos hitos de la literatura universal, no alivió una profunda crisis espiritual, de la que dio cuenta en *Mi confesión* (1878-1882), donde prácticamente abjuró del arte literario y propugnó un modo de vida basado en el Evangelio, la castidad, el trabajo manual y la renuncia a la violencia. A partir de entonces el grueso de su obra lo compondrían fábulas, cuentos de orientación popular, tratados y ensayos como *Qué es el arte* (1898), y algunas obras de teatro como *El poder de las tinieblas* (1886) y *El cadáver viviente* (1900); su única novela de esa época fue *Resurrección* (1899), escrita para recaudar fondos para la secta pacifista de los dujobori (guerreros del alma). En 1901 fue excomulgado por la Iglesia ortodoxa. Murió en 1910, rumbo a un monasterio, en la estación de tren de Astápovo.

«Los tres eremitas» («Tri startsa») se publicó en la revista *El Campo Niva* en 1886. No podía faltar en esta antología un cuento donde el mar fuera escenario de acontecimientos milagrosos.

Los tres eremitas

> Y al orar no charléis neciamente como los gentiles, pues se imaginan que con su mucha palabrería serán escuchados. No os hagáis, pues, semejantes a ellos, que bien sabe vuestro Padre de qué tenéis necesidad antes de que se lo pidáis.
>
> Mateo, 6, 7-8

Un obispo navegaba desde la ciudad de Arjánguelsk al monasterio de las Solovki. En el mismo barco viajaban algunos peregrinos para visitar los santos lugares. El viento era propicio, el cielo estaba despejado y la mar en calma. Los peregrinos —algunos estaban tumbados, otros comían o estaban sentados en grupos— charlaban entre sí. El obispo subió también a cubierta y se puso a caminar arriba y abajo por el puente. Al acercarse a la proa, vio que se habían reunido unas cuantas personas. Un mujik pequeño señalaba con la mano un punto en el mar, al tiempo que hablaba, y los demás le escuchaban. El obispo se detuvo y miró el punto que señalaba el mujik, pero no vio más que agua, que resplandecía a la luz del sol. Se acercó más y aguzó el oído, pero el mujik, al ver al obispo, se quitó el gorro y guardó silencio. Los demás hicieron lo mismo y le saludaron respetuosamente.

—No os intimidéis, amigos —dijo el obispo—. También yo he venido a escuchar lo que estabas contando, buen hombre.

—Este pescador nos hablaba de unos eremitas —exclamó un mercader, que parecía más atrevido.

—Y ¿qué decía? —preguntó el obispo, acercándose a la borda y sentándose en una caja—. Cuéntamelo y te escucharé. ¿Qué señalabas?

—Ese islote que despunta allí —dijo el mujik, indicando con el dedo a la derecha—. En ese islote viven unos eremitas, ocupados en la salvación de su alma.

—¿Dónde está ese islote? —preguntó el obispo.

—Haga el favor de mirar donde señala mi mano. ¿No ve una nubecilla? Debajo de ella y un poco más a la izquierda se ve como una franja de tierra.

El obispo estuvo mirando un buen rato, pero, falto de costumbre, no divisó más que agua, que brillaba a la luz del sol.

—No la veo —dijo—. Y ¿quiénes son esos eremitas que viven allí?

—Unos hombres de Dios —respondió el mujik—. Hace tiempo que había oído hablar de ellos, pero no tuve ocasión de verlos hasta el verano pasado.

Y el pescador se puso a contar que una vez había salido a pescar y las olas lo arrastraron precisamente hasta esa isla; no sabía dónde estaba. Por la mañana fue a reconocer el terreno y se encontró con una choza de tierra; junto a ella había un eremita; al poco salieron los otros dos. Le dieron de comer, le secaron la ropa y le ayudaron a reparar la barca.

—¿Qué aspecto tienen? —preguntó el obispo.

—Uno es pequeño, giboso y muy viejo, lleva un hábito muy gastado; tendrá más de cien años, las canas de su barba se han vuelto ya casi verdes, pero no hace más que sonreír y tiene un aspecto tan radiante como un ángel del cielo. El segundo es un poco más alto, también viejo; lleva un caftán raído y tiene una barba ancha y gris, con reflejos amarillentos; es tan fuerte que dio la vuelta a mi barca como si fuese una tina, sin darme tiempo a ayudarlo; también él resplandecía de gozo. El tercero es alto y su barba, blanca como la nieve, le llega hasta las rodillas; tiene un aspecto sombrío, con cejas protuberantes, y no lleva otro vestido que una estera atada a la cintura.

—Y ¿de qué hablaron contigo? —preguntó el obispo.

—Hacían casi todo en silencio; solo entre ellos intercambiaban alguna palabra. Se entendían con la mirada. Le pregunté al alto si llevaban mucho tiempo viviendo allí. Él frunció el ceño, dijo algo y se enfadó; pero en ese momento el anciano pequeño, sonriendo, lo cogió del brazo y entonces el alto

se calmó. El anciano se limitó a comentar: «Ten compasión de nosotros», y a continuación volvió a sonreír.

Mientras el mujik hablaba, el barco se iba acercando a las islas.

—Ahora se ve perfectamente —dijo el mercader—. Haga el favor de mirar, ilustrísima —dijo, señalando un punto.

El obispo miró en la dirección indicada y vio una franja negra: era el islote. Después de contemplarlo un rato, el obispo dejó la proa, se dirigió a popa y se acercó al piloto.

—¿Qué islote es ese que se ve allí? —preguntó.

—No tiene nombre. Hay muchos así.

—¿Es cierto que viven allí unos eremitas, ocupados en la salvación de su alma?

—Eso dicen, ilustrísima, pero yo no sé si es verdad. Algunos pescadores dicen que los han visto. Pero es posible que no sean más que habladurías.

—Me gustaría desembarcar en esa isla para ver a los eremitas —dijo el obispo—. ¿Cómo podría hacerlo?

—El barco no puede acercarse —dijo el piloto—. Se puede ir en barca, pero hay que pedir permiso al capitán.

Llamaron al capitán.

—Me gustaría ver a esos eremitas —dijo el obispo—. ¿Podría llevarme allí?

El capitán intentó disuadirlo.

—Claro que puedo. Pero perderíamos mucho tiempo. Además, me atrevería a asegurar a su ilustrísima que no merece la pena verlos. He oído decir a la gente que los ancianos que viven en ese islote son completamente estúpidos, no entienden nada y apenas son capaces de pronunciar una palabra, como los peces del mar.

—Me gustaría verlos —insistió el obispo—. Le recompensaré por las molestias. Lléveme, por favor.

No había nada que hacer. Los marineros fueron a sus puestos, cambiaron la disposición de las velas. El piloto puso un nuevo rumbo y el barco se dirigió al islote. Llevaron a proa una silla para el obispo, que se sentó y se quedó mirando. Todos los pasajeros se reunieron en la proa y se pusieron a mirar el islote. Los que tenían la vista más aguda veían ya los riscos de la

orilla y señalaban la cabaña de tierra. Uno consiguió distinguir a los tres eremitas. El capitán sacó el catalejo, echó un vistazo y se lo pasó al obispo.

—Es cierto —dijo—. En la orilla, a la derecha de esa gran roca, hay tres hombres.

El obispo miró por el catalejo, orientándolo en la dirección adecuada, y vio a tres hombres: uno alto, otro más bajo y un tercero muy pequeño; estaban en la orilla, cogidos de la mano.

El capitán se acercó al obispo.

—El barco no puede acercarse más, ilustrísima. Si desea continuar, tendrá que ir en bote, mientras nosotros nos anclamos aquí.

Al punto soltaron el cable, echaron el ancla, arriaron las velas y el barco empezó a cabecear. A continuación bajaron un bote, los remeros saltaron dentro de él y el obispo descendió por una escala; una vez abajo, el obispo se sentó en un banco y los remeros se pusieron a bogar rumbo a la isla. Cuando estuvieron a tiro de piedra, vieron a los tres eremitas: el alto solo llevaba una estera atada a la cintura, el mediano vestía un caftán raído y el viejo giboso se cubría con un hábito muy usado; estaban de pie, cogidos de la mano.

Los remeros acercaron la barca a la orilla y atracaron. El obispo saltó a tierra.

Los eremitas lo recibieron con una reverencia y él les dio su bendición, a la que respondieron inclinándose aún más. Entonces el obispo les dijo:

—He oído, eremitas de Dios, que vivís aquí ocupados en la salvación de vuestra alma, rezando a Jesucristo por vuestros semejantes; como yo, indigno siervo del Señor, he sido designado por la gracia de Dios para apacentar su rebaño, he querido veros también a vosotros, servidores de Dios para instruiros en lo que pueda.

Los eremitas sonrieron y se miraron en silencio.

—Decidme cómo os ocupáis de la salvación de vuestra alma y cómo servís a Dios —exclamó el obispo.

El de estatura media suspiró y se quedó mirando al más anciano; el alto frunció el ceño y también se quedó mirando al más anciano, que sonrió y dijo:

—Nosotros, siervo de Dios, no sabemos servir al Señor; nos servimos a nosotros mismos y nos ocupamos de nuestro sustento.

—Y ¿cómo rezáis a Dios? —preguntó el obispo.

—Rezamos así —dijo el eremita anciano—: vosotros sois tres; nosotros somos tres; ten piedad de nosotros.

En cuanto el eremita anciano pronunció esas palabras, los tres levantaron los ojos al cielo y exclamaron:

—Vosotros sois tres; nosotros somos tres. ¡Ten piedad de nosotros!

El obispo sonrió y dijo:

—Seguramente habéis oído hablar de la Santísima Trinidad, pero no debéis rezar así. Siento afecto por vosotros, eremitas de Dios, y me doy cuenta de que queréis agradar al Señor, pero no sabéis cómo servirle. No es así como se reza; escuchadme y os enseñaré. El rito que os voy a enseñar no lo he inventado yo; Dios mismo, en las Sagradas Escrituras, ha ordenado a todos los hombres que le recen de ese modo.

Y el obispo explicó a los eremitas cómo Dios se había revelado a los hombres; les habló de Dios Padre, de Dios Hijo y del Espíritu Santo y añadió:

—Dios Hijo bajó a la tierra para salvar a los hombres y nos enseñó a rezar así. Escuchad y repetid conmigo: Padre nuestro —comenzó el obispo.

Un eremita repitió:

—Padre nuestro.

El segundo repitió también:

—Padre nuestro.

Y el tercero:

—Padre nuestro.

—Que estás en los cielos.

Los tres eremitas quisieron repetir esas palabras, pero el mediano se equivocó y lo dijo de otro modo; tampoco el alto, que iba desnudo, lo dijo bien, pues el bigote le cubría la boca y no podía pronunciar con claridad; en cuanto al más anciano, solo acertó a balbucir unas palabras incomprensibles, pues no tenía dientes.

El obispo empezó de nuevo y los tres eremitas repitieron. El obispo se acomodó en una piedra y los tres eremitas, sentados a su alrededor, le miraban los labios y repetían lo que les decía. Pasó el día entero, hasta la caída de la tarde, instruyéndolos; decía diez, veinte, cien veces cada palabra, y los eremitas la repetían. Y, cuando se equivocaban, los corregía y los

obligaba a empezar desde el principio.

No los dejó hasta que no les hubo enseñado entera la oración del Señor. Primero la recitaron con él y luego solos. El primero que la comprendió fue el eremita de estatura mediana, que la repitió solo de principio a fin. El obispo le ordenó que la repitiera una y otra vez, y al final también los otros consiguieron recitarla entera.

Empezaba a oscurecer y la luna surgía por encima del mar cuando el obispo se levantó para regresar al barco. Se despidió de los eremitas, que se inclinaron casi hasta el suelo. Les rogó que se levantaran, los besó uno por uno y, tras pedirles que rezaran del modo que les había enseñado, subió al bote y zarpó.

Mientras navegaba hacia el barco, el obispo oía a los tres eremitas, que repetían en voz alta la oración del Señor. Cuando se acercaron al barco, las voces ya no se oían; pero aún podía verlos a la luz de la luna, en el mismo lugar de la orilla en que los había dejado: el más pequeño en el medio, el más alto a la derecha y el mediano a la izquierda. En cuanto el obispo llegó al navío y subió a bordo, levaron anclas, izaron las velas, que se llenaron de viento, y la embarcación siguió su camino. El obispo se sentó en la popa y se quedó mirando el islote. Al principio aún se divisó a los eremitas, pero luego desaparecieron de su vista; solo se distinguía el islote, que al rato también se desvaneció, y solo quedó el mar, que centelleaba a la luz de la luna.

Los peregrinos se fueron a dormir y a bordo se hizo el silencio. Pero el obispo no tenía sueño y se quedó solo en la popa, mirando el mar, hacia allí donde había desaparecido el islote, al tiempo que pensaba en los bondadosos eremitas. Recordaba cuánto se habían alegrado al aprender la oración y daba gracias al Señor por haberlo enviado en ayuda de esos hombres de bien, a los que había enseñado la palabra divina.

Estuvo un rato pensando y mirando el mar hacia allí donde había desaparecido el islote. La luz cabrilleaba aquí y allá, sobre las olas, y al obispo los ojos le hacían chiribitas. De pronto vio que algo resplandecía y blanqueaba en la estela luminosa de la luna: acaso un ave, una gaviota o la vela de una barca. El obispo miró con mayor atención. «Es una barca de vela que se dirige a nuestro encuentro —pensó—. No tardará en alcanzarnos. Hace un momento parecía tan lejana y ahora está muy próxima. Pero no es

una barca y se diría que tampoco una vela. En cualquier caso, algo se dirige hacia aquí y está cada vez más cerca.» El obispo no acertaba a distinguir de qué se trataba: no era una barca ni un ave ni un pez. Parecía un hombre, pero era demasiado grande; además, un hombre no podría estar allí, en medio del mar. El obispo se levantó y se acercó al piloto:

—Mira eso —le preguntó—. ¿Qué es? ¿Qué es, hermano? ¿Qué es? —repitió, aunque ya distinguía claramente lo que era: los tres eremitas corrían sobre el mar, bañados por la luz de la luna, con las canosas barbas resplandecientes, y se acercaban tan deprisa al barco como si éste estuviese detenido.

El piloto se volvió y se quedó aterrado. Soltó el timón y se puso a gritar con todas sus fuerzas:

—¡Señor! ¡Los eremitas vienen a nuestro encuentro y andan por el mar como por tierra firme!

Los pasajeros le oyeron, se levantaron y se abalanzaron sobre la popa. Todos vieron cómo los eremitas corrían cogidos de la mano; los dos de los extremos hacían señas para que pararan la embarcación. Los tres corrían por el agua como si fuesen por tierra firme, pero sin mover los pies.

Antes de que el barco se detuviese, los eremitas ya lo habían alcanzado; se acercaron a la borda, alzaron la cabeza y dijeron a una sola voz:

—¡Nos hemos olvidado de la oración, siervo de Dios! Mientras la repetíamos, nos acordábamos; pero luego dejamos de repertirla durante una hora, se nos olvidó una palabra y a continuación todo se vino abajo. Ya no nos acordamos de nada. Enséñanosla otra vez.

El obispo hizo la señal de la cruz, se inclinó hacia los eremitas, por encima de la borda, y dijo:

—Vuestra oración es grata al Señor, eremitas divinos. No me corresponde a mí enseñaros. ¡Rezad por nosotros, pecadores!

El obispo los saludó con una profunda reverencia. Los eremitas se detuvieron, se giraron y volvieron sobre sus pasos por encima de las olas. Hasta el amanecer se vio un resplandor en el lugar por el que se habían alejado.

(1885)

John Marr

Herman Melville
(1888)

Traducción: Miguel Temprano García

HERMAN MELVILLE (1819-1891) nació en Nueva York, hijo de un comerciante. Muerto el padre en la ruina en 1832, tuvo que dejar la escuela y trabajar en los más diversos empleos. En 1839 se embarcó en un buque mercante, y en 1841 en un ballenero, que abandonó junto con un compañero en las islas Marquesas, donde vivieron con una tribu caníbal. De allí fue rescatado por un ballenero australiano, del que desertó tras un motín. Después de una temporada en Honolulu, se enroló en la fragata *United States* y volvió a Estados Unidos en 1844. De todos estos viajes surgieron las novelas que publicaría a lo largo de los siete años siguientes: *Taipí* (1846) y *Omú* (1847), ambientadas en los mares del Sur; *Mardi* (1849), una fantasía alegórica; *Redburn* (1849), sobre su primer viaje; *Chaqueta Blanca* (1850) sobre la travesía a bordo del *United States*; y *Moby Dick* (1851), que, pese a su actual celebridad, pasó casi inadvertida. Su obra posterior tampoco contó con las simpatías del público: *Pierre o las ambigüedades* (1852), *Israel Potter* (1855), *The Piazza Tales* (1856) y *The Confidence-Man* (1857) no le permitieron seguir viviendo de la literatura. En 1866 consiguió un empleo de inspector de aduanas en el puerto de Nueva York. En esa ciudad murió veinticinco años después, en 1891.

Su relato «John Marr» se incluyó en una colección de poemas publicada privadamente por Melville en 1888 y titulada *John Marr and Other Sailors*. La presente traducción se ha basado en esta edición. Es el único retrato de un marino retirado de «corazón imaginativo», cuyo único consuelo en las llanuras es el recuerdo del mar.

John Marr

John Marr, nacido, hacia finales de siglo, en Norteamérica, de madre desconocida, y marino, desde la infancia hasta la madurez, bajo diversas banderas, incapacitado por fin para la vida marinera por una herida sufrida durante un enfrentamiento cuerpo a cuerpo con los piratas de los Cayos, se traslada finalmente a tierra a fin de ganarse la vida con un empleo menos activo. Consigo se lleva también su condición errante adquirida como marinero.

Después de varios traslados, primero como fabricante de velas de puerto en puerto, luego aventurándose como tosco carpintero en el interior, se instala por fin, alrededor de 1838 y dedicado a esta última profesión, en lo que entonces era una pradera fronteriza salpicada de bosquecillos de robles y de las escasas cabañas de troncos de una pequeña colonia de uno de nuestros estados más antiguos. Aquí, hace una pausa en sus viajes, y se casa.

Poco después, una fiebre, la plaga de los nuevos poblados en el barro infecto, cuya pálida librea no tarda en mostrarse, tras un tiempo, en muchos de sus habitantes, se lleva a su joven esposa y a su hijo recién nacido. Son devueltos a la tierra con sobrios ritos en un ataúd construido con sus propias manos: otro túmulo, aunque pequeño, en la inmensa pradera, no lejos del lugar donde otros constructores de túmulos de una raza solo presumible dejaron su cerámica y sus huesos, en un barro común, bajo una extraña terraza de forma serpenteante.

Con una franca tranquilidad en su porte, atezado y sombrío, con una

mirada capaz de aplacarse o de destellar, pero carente de dureza aunque a veces deje traslucir una profunda melancolía, este hombre sin parientes tenía afectos que, una vez asignados, no era fácil desplazar o reasignar a otro objeto. Llegado por entonces a la edad mediana, decide no abandonar jamás el suelo que acoge a los únicos seres unidos a él por el amor y los lazos familiares. Le alquila su cabaña de troncos a un recién llegado, que se muestra encantado de conseguirla y se instala en ella con su familia.

Aunque su sensación de tristeza va disminuyendo con el tiempo, el vacío de su corazón persiste. Si le hubiera sido posible resignarse, habría tratado de llenar ese vacío cultivando relaciones sociales cada vez más íntimas con una gente cuyos propósitos pretendía compartir hasta el final, unas relaciones añadidas al mero lazo del trabajo diario que surge de participar de las mismas penalidades y de hacer de la ayuda mutua algo consabido. Pero entonces, sin que se pueda culpar a nadie, se detiene.

Acostumbrados a la compañía, los hombres prácticos deben conversar sobre asuntos de la vida diaria. Pero, a propósito de las personas o los sucesos, uno no siempre puede hablar del presente y mucho menos especular sobre el futuro; uno necesita recurrir al pasado, que para los hombres es, en todos los sentidos, una herencia común y les proporciona la base de una benévola comunión.

Pero el pasado de John Marr no era el pasado de aquellos pioneros. Las manos de ellos habían asido la esteva del arado, las de él el timón del navío. No conocían más que a los suyos y sus costumbres; él había conocido todo el ancho mundo. Tan inevitablemente limitado era el alcance intelectual y, en consecuencia, el rango de las simpatías de aquel grupo particular de emigrantes, labradores hereditarios de la tierra, que el océano, apenas una leyenda para sus padres, se había convertido, tras su traslado al interior, en poco más que un rumor tradicional y vago.

Era gente sobria y acostumbrada a las monótonas penalidades; ascéticos por necesidad no menos que por inclinación moral; casi todos sincera, aunque estrechamente religiosos. A su manera eran amables en caso de necesidad; pero a un hombre familiarizado —como no podía menos que estarlo John Marr a raíz de sus previos viajes sin hogar— con la vida fácil y libre de las tabernas que ofrecían diversión barata en algunas antiguas y agradables

ciudades portuarias de la época, y aún más acostumbrado a la compañía de los marinos de ese mismo tiempo, le faltaba algo. Ese algo era la jovialidad, la flor de la vida que brota de cierto sentido de la alegría. Y no podían proporcionárselo aquellos duros trabajadores aquejados de malaria, gente que no había conocido un día de fiesta, demasiado recta e incapaz de disimular cualquier cosa que no sintieran verdaderamente. Durante el descascarillado del maíz, la menos solemne de sus reuniones, el solitario marinero trataba de apartar sus propios pensamientos de la tristeza y de atraer su atención sin mencionar los trabajos y esfuerzos a los que estaban acostumbrados, y recurría naturalmente a alguna historia o cuadro marinero, aunque pronto volvía a encerrarse en sí mismo y guardaba silencio sin que nadie le animara a seguir. En una de esas ocasiones, un anciano —un herrero y gran predicador los domingos— le dijo honradamente: «Amigo, aquí no sabemos nada de eso».

Semejante indiferencia por parte de sus semejantes, apartados de todo lo artificioso de la vida, y por vocación —en aquellos días apenas se empleaba maquinaria— casi emparentados con la Naturaleza, le parecía a John Marr en consonancia con la apatía que mostraba la propia Naturaleza en una pradera donde nadie, salvo los desaparecidos constructores de túmulos, había dejado un rastro duradero.

A los escasos indios que quedaban en los alrededores —casi exterminados en la última guerra por un ejército regular de hombres blancos, una guerra que los hombres rojos libraron por su suelo natal y por sus derechos naturales— les habían obligado a instalarse en unos eriales más allá del Misisipí que ahora ocupaban estados y municipalidades. Previamente, los bisontes, que antes pastaban incontables en rebaños procesionales o ramoneaban como en interminable orden de batalla por aquellos pastos, se habían retirado, mermados en número, ante los cazadores, en conjunto una raza muy distinta de los pioneros agricultores, aunque generalmente les sirvieran de avanzadilla. Ese doble éxodo de hombres y bestias dejó la llanura convertida en un desierto, verde y florido, sin duda, pero casi tan olvidado como el Obi siberiano. Si exceptuamos los gallos de las praderas, que a veces salían volando asustados de entre la espesa hierba, y los pichones que, en la época migratoria, llegaban a tapar el sol en densas bandadas como una nube

de tormenta, los pájaros escaseaban extrañamente.

Una tranquilidad inexpresiva reinaba en la llanura horas y horas. «Es el lecho de un mar muerto», decía para sus adentros el solitario marinero —que no tenía nada de geólogo— cuando meditaba en el crepúsculo sobre las ondulaciones fijas de aquella inmensa extensión aluvial limitada tan solo por el horizonte, y echaba en falta la agitación que, para los ojos y los oídos despiertos, anima siempre las aparentes soledades de las profundidades.

Pero una escena muy distinta a sus propios antecedentes puede hacerle a uno evocarlos pese a todo. Circundada por una misma orilla, a John Marr la pradera le recordaba el océano.

Antes de aquel último y más remoto traslado, se las había arreglado para mantener una esporádica correspondencia con algunos de sus antiguos compañeros, los muchachos de algunos de sus viajes. Pero ahora estaba tan aislado de todo y de todos como los demás colonos; aislado de todo, salvo por las noticias que pudiera traer, a través de las herbosas olas, la goleta de la pradera, el nombre vernáculo que se daba en aquellas épocas y lugares a la carreta de los emigrantes que viajaba, cubierta con un arqueado toldo de tela de vela, a través de la vasta campiña. Todavía no había ninguna oficina de correos; ni siquiera un tosco y pequeño buzón de bisagras de cuero colocado a la distancia adecuada sobre una estaca a lo largo de algún solitario y verde camino, que sirviera de percha para las aves, y que con el tiempo, y el avance intermitente de la frontera, se convirtiera tal vez en algún musgoso monumento que diera fe de otro límite superado por la vida civilizada; una vida que, en Norteamérica, apenas puede decirse que tenga hoy otra frontera por el oeste que el océano que baña Asia. A través de esas llanuras, hoy superpobladas con ciudades opulentas, inmensas llanuras cercadas por todas partes para delimitar las prósperas granjas —esos pálidos ciudadanos y esos saludables granjeros son, en parte, los descendientes de los primeros colonos macilentos en una región que hacía medio siglo apenas producía lo suficiente para sostener al hombre, pero que hoy envía los excedentes de su cosecha de trigo al mundo entero—; en toda esa pradera, hoy surcada por doquier por raíles y cables, apenas había entonces más que un camino. El viajero de largas distancias utilizaba los lejanos bosques de robles de formas diversas y los nuevos poblados, aún más lejanos, como puntos de referencia; de lo

contrario se guiaba por la posición del sol. A principios del verano, incluso al ir de un campamento al siguiente, el viaje podía consumir horas o la mayor parte del día, y viajar era casi como navegar. En ciertas hondonadas entre las largas, verdes y suaves ondulaciones, tan suaves como el océano en calma cuando recibe y somete a su propia tranquilidad las olas levantadas por algún huracán lejano unos días antes, uno veía los primeros indicios de que se acercaban unos extraños a lo lejos, como cuando se divisa una vela en el mar, por el blanco del toldo de la carreta que vadeaba entre la espesa vegetación y quedaba oculta por ella, o, cuando estaba más cerca, por las orejas del tiro de caballos que asomaban, sobre los lirios o sobre la hierba crecida.

Exuberante aquella naturaleza, pero, para su habitante, dejar atrás un amigo en el último rincón del mundo no solo era perderlo de vista, sino como privarlo de existencia.

Aunque no era posible que todos los compañeros marinos de John Marr hubieran fallecido, cuando pensaba en ellos eran como los fantasmas de los muertos. A medida que aquella sensación le fue abocando más y más a meditaciones retrospectivas, aquellos fantasmas, junto con los de su mujer y su hijo, se convirtieron en sus compañeros espirituales, perdieron parte de su inicial imprecisión, fueron adoptando un sombrío parecido con una vida silenciosa y se fueron iluminando con esa aureola que circunda cualquier afecto del pasado cuando se une a lo que anhela intensamente un corazón imaginativo.

Gúsiev

Antón P. Chéjov
(1890)

Traducción: Víctor Gallego Ballestero

ANTÓN PÁVLOVICH CHÉJOV (1860-1904) nació en Taganrog, a orillas del mar de Azov, en el sur de Rusia. Hijo de un modesto comerciante, antiguo siervo que había conseguido comprar su libertad, así como la de su mujer y sus hijos, hizo sus primeros estudios en su ciudad natal. En 1879 ingresó en la Facultad de Medicina de la Universidad de Moscú: «La familiaridad con las ciencias naturales y los métodos científicos —escribiría— siempre me ha tenido en guardia, y siempre he intentado, cuando ha sido posible, ser coherente con los hechos de la ciencia, y, cuando no lo ha sido, he preferido no escribir». Desde el primer curso empezó a publicar «cuadros humorísticos» en revistas, con los que conseguía mantener a toda su familia (su padre, endeudado, su madre y sus hermanos habían tenido que trasladarse con él a Moscú), y pocos años después ya era un escritor profesional reconocido. 1888 fue un año clave en su carrera: publicó una novela corta *La estepa*, escribió su primera obra teatral, *Ivanov*, y recibió el premio Pushkin. En 1890 viajó a la isla de Sajalín, «con la intención de escribir un libro sobre nuestra colonia penal», que aparecería al año siguiente con el título *La isla de Sajalín.* En 1896 estrenó *La gaviota*, su primer gran éxito en la escena, al que siguieron *El tío Vania* (1899), *Tres hermanas* (1901) y *El jardín de los cerezos* (1904). Maestro del relato corto, algunas de sus obras más importantes se encuentran en ese género, en el que ha ejercido una influencia que aún hoy sigue vigente.

«Gúsiev» («Gusev») apareció en la revista *Tiempo Nuevo (Novoe Vremia)* el 25 de diciembre de 1890. Transcurre en la enfermería de un barco que conduce a unos soldados de vuelta a casa. El escrupuloso seguimiento del caso y la observación de la naturaleza (de la que el mar es símbolo atroz) se lleva aquí hasta un extremo realmente inusitado.

Gúsiev

I

Han caído ya las primeras sombras, la noche está al llegar.

Gúsiev, un soldado raso al que han enviado de vuelta a casa, se incorpora en su catre y dice con voz queda:

—¿Me oyes, Pável Iványich? Un soldado me dijo en Suchan que en mitad de la travesía su barco chocó con un enorme pez que les abrió la quilla.

El hombre al que Gúsiev se dirige, de condición indefinida y al que en la enfermería del barco todos llaman Pável Iványich, no responde, como si estuviera sordo.

De nuevo se hace el silencio… El viento sopla entre los aparejos, la hélice zumba, las olas rugen, chirrían los catres, pero el oído ya se ha acostumbrado a esos sonidos y los hombres tienen la impresión de que a su alrededor todo duerme y calla. El tedio es indescriptible. Los tres enfermos —dos soldados y un marinero— que se han pasado el día entero jugando a las cartas, duermen y sueñan en voz alta.

Se diría que el barco comienza a cabecear. El lecho de Gúsiev sube y baja lentamente, como si suspirara, y así una, dos, tres veces… Algún objeto golpea el suelo y tintinea: probablemente ha caído una jarra.

—Se ha desencadenado el viento… —dice Gúsiev, aguzando el oído.

Esta vez Pável Iványich tose y responde con voz irritada:

—Que si un pez ha chocado con el fondo, que si el viento se ha desencadenado… ¿Es que acaso el viento es una fiera que pueda romper sus cadenas?

—Así hablan los cristianos.

—Y los cristianos son tan ignorantes como tú… Dios sabe las cosas que dicen. Hay que tener la cabeza sobre los hombros y reflexionar. ¡Qué tipo más estúpido!

Pável Iványich sufre de mareos. Cuando el barco se balancea, se enfada y se irrita por la menor menudencia. En opinión de Gúsiev, se enfada sin motivo. ¿Qué hay de extraño o de complicado en ese pez, por ejemplo, o en que el viento se desencadene? Supongamos que el pez sea del tamaño de una montaña y tenga el lomo duro como un esturión; supongamos también que donde termina el mundo haya unos gruesos muros de piedra y que los vientos malignos estén encadenados a ellos… Si no se han liberado de sus cadenas, ¿por qué se agitan sobre la superficie del mar como posesos y aúllan como perros? Si no están encadenados, ¿qué pasa con ellos cuando reina la calma?

Gúsiev pasa largo rato pensando en peces del tamaño de una montaña y en gruesas cadenas herrumbrosas; luego se siente dominado por el aburrimiento y empieza a evocar su aldea natal, a la que regresa después de quince años de servicio en el Extremo Oriente. Ante sus ojos se perfila un enorme estanque cubierto de nieve… A un lado se alza una fábrica de porcelana de color ladrillo, con una alta chimenea y nubes de humo negro; al otro, la aldea… Del patio de la quinta isba, contando desde el fondo, sale el trineo de su hermano Alekséi; detrás va sentado su hijo Vanka, con grandes botas de fieltro, y su hija Akulka, con idéntico calzado. Alekséi está achispado y Vanka se ríe; Akulka lleva el rostro embozado, de modo que no puede verlo.

«Esperemos que los niños no se hielen… —Piensa Gúsiev—. Señor —susurra—, concédeles sentido común y buen juicio para que respeten a sus padres y no sean más listos que ellos…»

—Se necesitan suelas nuevas —delira el marinero enfermo con voz de bajo—. ¡Sí, sí!

Los pensamientos de Gúsiev se interrumpen y, en lugar de un estanque, ve de pronto, sin venir a cuento, una gran cabeza de buey sin ojos; el caballo

y el trineo ya no avanzan, sino que giran en medio de un humo negro. En cualquier caso, se alegra de haber visto a su familia. La felicidad le corta la respiración, siente un hormigueo en todo el cuerpo, le tiemblan los dedos.

—¡Quiera Dios que podamos volver a vernos! —Delira; en ese momento abre los ojos y busca en la penumbra un vaso de agua.

Bebe, se acuesta y de nuevo desfilan por su cabeza el trineo, la cabeza de buey sin ojos, el humo, las nubes… Y así hasta el amanecer.

II

Al principio se perfila en las tinieblas un círculo azul: es el ventanuco redondo; luego, poco a poco, Gúsiev empieza a distinguir a su vecino Pável Iványich, quien duerme sentado, porque tumbado se ahoga. Tiene un rostro grisáceo, nariz larga, aguileña, ojos a los que su terrible delgadez hace parecer enormes, sienes hundidas, barba rala, cabellos largos… Por su rostro resulta imposible determinar su condición social: ¿es un noble, un comerciante o un campesino? A juzgar por su expresión y sus cabellos largos, se le podría tomar por un anacoreta o un novicio, pero basta oírle hablar para darse cuenta de que no tiene nada de monje. La tos, el ambiente sofocante y su propia enfermedad lo han agotado; respira con dificultad y sus labios secos se mueven. Cuando advierte que Gúsiev le está mirando, se vuelve hacia él y dice:

—Empiezo a adivinar… Sí… Ahora lo entiendo todo perfectamente.

—¿Qué es lo que entiende, Pável Iványich?

—Pues verás… Me parecía muy raro que personas gravemente enfermas como vosotros, en lugar de guardar reposo, os encontrarais en un vapor sofocante y abrasador, que no para de balancearse; en una palabra, en un lugar donde la amenaza de muerte es constante; pero ahora lo veo todo claro… Sí… Vuestros médicos os han puesto en este barco para desembarazarse de vosotros. Estaban hartos de ocuparse de animales de vuestra especie… No les pagáis, les causáis molestias y echáis a perder sus informes con vuestra muerte. ¡En definitiva, sois ganado! Pero librarse de

vosotros no es difícil… Basta, en primer lugar, con no tener conciencia ni humanidad y, en segundo, con engañar a las autoridades del barco. No es necesario tener en cuenta la primera condición, pues en ese sentido somos unos verdaderos artistas; en lo que respecta a la segunda, es suficiente con tener un poco de experiencia. En una muchedumbre de cuatrocientos soldados y marineros sanos, cinco enfermos pasan desapercibidos; en definitiva, os traen al barco y os mezclan con hombres sanos; luego se hace el recuento a toda prisa y, en el barullo general, nadie advierte ninguna anormalidad; ahora bien, una vez que el vapor ha levado anclas, los oficiales descubren que en cubierta yacen varios paralíticos y tuberculosos en fase terminal…

Gúsiev no comprende a Pável Ivánich; pensando que le está amonestando, dice a modo de justificación:

—Me tumbé en cubierta porque no tenía fuerzas; cuando hicimos el trasbordo de la barcaza al vapor, sentí un frío tremendo.

—¡Es indignante! —continúa Pável Ivánich—. ¡Saben perfectamente que no soportaréis esta larga travesía y de todos modos os meten aquí! Supongamos que llegueis al océano Índico, ¿y después? Solo de pensarlo da miedo… ¡Ése es el pago por vuestros años de leal e irreprochable servicio! —Pável Ivánich adopta una expresión maligna, tuerce la boca en una mueca de disgusto y añade, respirando con dificultad—: ¡A esa gente habría que crucificarla en los periódicos, hacerla picadillo!

Los dos soldados enfermos y el marinero se despiertan y se ponen a jugar a las cartas. El marinero está reclinado en el catre, mientras los soldados se han sentado en el suelo, a su lado, en posturas muy incómodas. Uno de ellos tiene el brazo derecho vendado y la mano cubierta de un apósito en forma de gorro, de manera que debe sostener las cartas en la axila derecha o en el pliegue del codo y jugar con la mano izquierda. El balanceo es muy pronunciado. Imposible levantarse, ni beber té, ni tomar los medicamentos.

—¿Eras ordenanza? —le pregunta Pável Ivánich a Gúsiev.

—En efecto.

—¡Dios mío, Dios mío! —dice Pável Ivánich, moviendo la cabeza con aire pesaroso—. Arrancar a un hombre de su nido familiar, llevarlo a quince mil verstas de distancia, obligarle a contraer la tuberculosis; y todo eso ¿para

qué?, permitidme que os lo pregunte. ¡Para convertirlo en ordenanza de algún capitán Kopeikin o de algún alférez Dirka[45]! ¡Menuda lógica!

—Las tareas no son difíciles, Pável Iványich. Te levantas por la mañana, limpias las botas, preparas el samovar, arreglas la habitación y ya no tienes que ocuparte de nada. El teniente se pasa todo el santo día dibujando planos, de modo que puedes hacer lo que te plazca: rezar a Dios, leer un libro, dar un paseo. Que Dios conceda a todo el mundo una vida semejante.

—¡Sí, está muy bien! El teniente dibuja planos y tú te pasas todo el día en la cocina, pensando en tu país… Planos… ¡No se trata de planos, sino de la vida de los hombres! No se vive dos veces, hay que aprovechar cada momento.

—Así es, Pável Iványich, pero a los malvados no se les tolera en ninguna parte, ni en casa, ni en el trabajo; en cambio, si te comportas como es debido y obedeces, nadie te ofenderá. Los señores son instruidos, comprensivos… En cinco años no he pasado un solo día en el calabozo y, si la memoria no me falla, solo me han pegado una vez…

—¿Por qué?

—Por una pelea. Tengo el genio muy vivo, Pável Iványich. Cuatro chinos entraron en nuestro patio; creo que llevaban leña, pero no me acuerdo bien. Estaba aburrido, así que les molí las costillas; uno de esos malditos empezó a sangrar por la nariz… El teniente lo vio por el ventanuco, se enfadó y me dio una bofetada.

—Eres un estúpido, me das lástima… —murmura Pável Iványich—. No entiendes nada.

Totalmente agotado por el balanceo, cierra los ojos; tan pronto echa la cabeza hacia atrás como la reposa sobre el pecho. Varias veces trata de tumbarse, pero no lo consigue: el asma se lo impide.

—Y ¿por qué la emprendiste con esos cuatro chinos? —pregunta al cabo de un rato.

—Porque sí. Entraron en el patio y les golpeé.

Se produce un silencio… Los jugadores continúan la frenética partida durante unas dos horas, entre reniegos constantes. Gúsiev vuelve a ver el estanque, la fábrica, la aldea… Vislumbra de nuevo el trineo, Vanka ríe otra vez, mientras la tonta de Akulka abre la pelliza y saca las piernas: miradme,

buenas gentes, parece decir, mis botas son nuevas, no como las de Vanka.

—¡Va a cumplir seis años y sigue sin entrar en razón! —Delira Gúsiev—. En lugar de enseñar las piernas, ven a darle de beber a tu tío, el soldado. Te haré un regalo.

De pronto aparece Andréi con un fusil de chispa al hombro y una liebre muerta, seguido del viejo judío Isáichik, que le propone cambiarle la pieza por un trozo de jabón; luego ve una ternera negra en el umbral, más tarde a Domna zurciendo una camisa y llorando, y por último otra vez la cabeza de buey sin ojos, el humo negro…

Alguien lanza un estridente grito arriba, unos marineros pasan corriendo; parece como si arrastraran un objeto enorme por cubierta o una madera hubiera crujido. Vuelven a pasar hombres corriendo… ¿No habrá sucedido alguna desgracia? Gúsiev levanta la cabeza, aguza el oído y abre los ojos: los dos soldados y el marinero han retomado el juego de cartas; Pável Iványich está sentado y mueve los labios. El ambiente es sofocante, las fuerzas apenas alcanzan para respirar, la sed acucia, pero el agua está caliente y tiene un sabor nauseabundo… El balanceo no cesa.

De pronto a uno de los soldados que juegan a las cartas le sucede algo extraño… Llama corazones a los diamantes, se equivoca en las cuentas y se le caen las cartas; luego, asustado, sonríe con aire estúpido y pasea la mirada por todos los presentes.

—Ahora vuelvo, muchachos… —dice, tumbándose en el suelo.

Sus compañeros se quedan perplejos. Lo llaman, pero no responde.

—Stepán, ¿no estarás enfermo? —le pregunta el soldado del brazo vendado—. Tal vez haya que llamar al pope.

—Stepán, bebe agua… —dice el marinero—. Vamos, amigo, bebe.

—¿Por qué le pones la jarra entre los dientes? —Se enfada Gúsiev—. ¿Es que estás ciego, cabeza de chorlito?

—¿Qué pasa?

—¿Qué pasa? —Le remeda Gúsiev—. ¡No respira, está muerto! ¡Eso es lo que pasa! Que gente más tonta, Dios mío.

III

El barco ya no cabecea y Pável Ivánich ha recuperado su alegría. Ya no está enfadado. Luce una expresión jactanciosa, provocativa y socarrona, como si quisiera decir: «Sí, os voy a contar una broma que os vais a partir de risa». El ventanuco redondo está abierto y una brisa ligera acaricia su cara. Se oyen algunas voces y un chapoteo de remos en el agua… Al lado mismo del ventanuco alguien berrea con voz aguda y desagradable: probablemente un chino está cantando.

—Sí, hemos llegado a puerto —dice Pável Ivánich, con una sonrisa burlona—. Un mes más y estaremos en Rusia. Sí, ilustrísimos señores soldadotes. Llegaré a Odessa y de allí me dirigiré directamente a Járkov, donde tengo un amigo escritor. Iré a verle y le diré: bueno, muchacho, deja por un tiempo tus repugnantes argumentos de amoríos femeninos y las bellezas de la naturaleza y ocúpate de desenmascarar a los granujas de dos patas… ¿Quieres temas? Pues aquí los tienes… —Se quedó pensativo durante un minuto y añadió—: Gúsiev, ¿sabes cómo los he engañado?

—¿A quiénes, Pável Ivánich?

—A ésos… Figúrate, en este barco solo hay camarotes de primera clase y de tercera, y a los de tercera mandan únicamente a los campesinos, es decir, a los patanes. Si llevas levita y te pareces, aunque sea de lejos, a un señor o a un burgués, te piden que viajes en primera clase. Revienta si quieres, pero suelta quinientos rublos. «¿Por qué, permítame que le pregunte, han establecido ustedes un reglamento semejante? ¿No será que quieren realzar el prestigio de los intelectuales rusos?» «En absoluto. Tan solo se trata de que un hombre como Dios manda no puede viajar en tercera: es demasiado sucio y desagradable.» «¿Sí? Gracias por sus atenciones por los hombres como Dios manda. Pero, en cualquier caso, ya sea desagradable o no, no dispongo de quinientos rublos. No me he quedado con dinero público, no he explotado a los extranjeros, no me he ocupado del contrabando, no he matado a nadie a latigazos, de modo que juzgue usted: ¿tengo derecho a ocupar una plaza en primera clase y, en consecuencia, a contarme entre los miembros de la intelectualidad rusa?» Pero la lógica no les impresiona… Así que tuve que recurrir a la astucia. Me vestí con un caftán y unas botas altas de mujik, puse cara de granuja borracho y le dije al agente: «Deme un billete de tercera,

excelencia…».

—Y ¿a qué estamento pertenece usted? —le pregunta el marinero.

—Al clero. Mi padre era un honrado pope. Siempre decía la verdad a la cara a los grandes de este mundo, lo que le costó no pocos sinsabores —Pável Iványich está fatigado de hablar y se sofoca, pero de todos modos continúa—: Sí, yo siempre digo la verdad a la cara… No temo a nada ni a nadie. En ese sentido, entre vosotros y yo hay una diferencia enorme. Vosotros sois unos seres oscuros, ciegos, embrutecidos, no veis nada y lo que veis no lo comprendéis… Os dicen que el viento rompe sus cadenas, que sois ganado, pechenegos, y vosotros os lo creéis; os dan una tunda y vosotros besáis la mano que os ha golpeado; un animal con pelliza de castor os despoja y a continuación os arroja una moneda de quince kopeks de propina y vosotros decís: «Deje que bese su mano, señor». Sois parias, dais pena… Mi caso es muy distinto. Vivo de manera consciente, lo veo todo, como el águila o el gavilán que planean sobre la tierra, y lo comprendo todo. Soy la encarnación de la protesta. Si veo un acto de arbitrariedad, protesto; si veo a un hipócrita o a un farsante, protesto; si veo a un cerdo triunfante, protesto. Y soy indomable, ninguna inquisición española me obligará a callar. Así es… Si me arrancan la lengua, protestaré con gestos; si me encierran en un sótano, pegaré tales gritos que me oirán en una versta a la redonda o me dejaré morir de hambre para que tengan un peso más sobre su sucia conciencia; si me matan, mi sombra reaparecerá. Todos mis conocidos me dicen: «¡Es usted totalmente insoportable, Pável Iványich!». Estoy orgulloso de esa reputación. He cumplido tres años de servicio en el Extremo Oriente y he dejado tras de mí un recuerdo que perdurará cien años: me he enfadado con todo el mundo. Mis amigos me escriben desde Rusia pidiéndome que no vaya, pero yo, solo por hacerles rabiar, he emprendido el regreso… Sí… Eso es vivir, darse cuenta de las cosas. A eso se le puede llamar vida.

Gúsiev no le escucha y mira por el ventanuco. En las aguas transparentes y turquesas, en las que cabrillea la cegadora y ardiente luz del sol, cabecea una barca en cuyo interior unos chinos desnudos tienden hacia lo alto unas jaulas con canarios y gritan:

—¡Canta! ¡Canta!

Una segunda barca choca con la primera; un cúter pasa a toda máquina.

De pronto aparece otra barca, en la que va sentado un chino obeso comiendo arroz con unos palillos. Sobre las lánguidas olas revolotean, también lánguidas, las blancas gaviotas.

«Habría que darle una buena paliza a ese gordo…», piensa Gúsiev, contemplando al chino grueso, y bosteza.

Luego se queda adormilado y se figura que la naturaleza entera se hunde en la somnolencia. El tiempo transcurre deprisa. El día pasa inadvertido y la noche llega de la misma manera… El vapor ha salido del puerto y prosigue su ruta.

IV

Pasan dos días. Pável Iványich ya no está sentado, sino tumbado; tiene los ojos cerrados y la nariz parece haberse vuelto más aguda.

—¡Pável Iványich! —le llama Gúsiev—. ¡Eh, Pável Iványich!

Pável Iványich abre los ojos y mueve los labios.

—¿Se encuentra usted mal?

—No es nada… —responde Pável Iványich, jadeando—. No es nada, al contrario, hasta me siento mejor… Mire, ya puedo tumbarme… Las molestias han remitido…

—Dios sea loado, Pável Iványich.

—Cuando me comparo con vosotros, me dais pena… sois unos desgraciados. Mis pulmones están sanos, esta tos viene del estómago… Soy capaz de soportar el infierno, no digamos el mar Rojo. Además, puedo mostrar una actitud crítica con mi propia enfermedad y los medicamentos. Mientras que para vosotros… pobres ignorantes… la situación es difícil, ¡muy difícil!

El barco no cabecea, la mar está en calma y hace tanto calor como en una sauna; cuesta trabajo no solo hablar, sino también escuchar. Gúsiev rodea las rodillas con los brazos, apoya en ellas la cabeza y recuerda su aldea natal. ¡Dios mío, en medio de ese bochorno, qué placer da pensar en la nieve y en el frío! Vas en trineo; de pronto los caballos se asustan y se embalan… Sin

distinguir los caminos, ni las zanjas ni los barrancos, recorren al galope, como enrabietados, toda la aldea, atravesando el estanque, pasando junto a la fábrica, internándose en el campo… «¡Detente! —gritan a pleno pulmón los obreros y los transeúntes—. ¡Detente!» Pero ¿por qué hacerlo? Que el viento helado y penetrante azote el rostro y muerda las manos, que los torbellinos de nieve, levantados por los cascos, aneguen el gorro, se deslicen por el cuello y por el pecho, que los patines del trineo chirríen, que el tiro y el balancín se rompan, ¡al diablo con ellos! Y ¡qué placer cuando el trineo vuelca y te caes sobre un montón de nieve, hundiendo la cara en los copos; luego te levantas todo blanco, con escarcha en el bigote, sin gorro, sin manoplas, con el cinturón desabrochado…! La gente se ríe a carcajadas, los perros ladran…

Pável Ivánich entreabre un solo ojo, mira a Gúsiev y le pregunta en voz baja:

—Gúsiev, ¿tu comandante robaba?

—Y ¡quién lo sabe, Pável Ivánich! Nosotros no sabemos nada; no nos enteramos de esas cosas.

Se produce un largo silencio. Gúsiev piensa, delira y no para de beber agua; le cuesta trabajo hablar y escuchar, y teme que le dirijan la palabra. Pasa una hora, luego otra y otra más; llega la tarde, cae la noche, pero él no se da cuenta; sigue sentado, evocando el frío.

Por el ruido, se diría que alguien ha entrado en la enfermería; se oyen voces, pero al cabo de unos cinco minutos todo queda en silencio.

—Que el Señor le conceda el reino de los Cielos y el reposo eterno —dice el soldado del brazo vendado—. ¡Qué hombre tan inquieto!

—¿Qué? —pregunta Gúsiev—. ¿Quién?

—Ha muerto. Acaban de llevarlo a cubierta.

—Bueno —balbucea Gúsiev, bostezando—, que el Señor le conceda el reino de los Cielos.

—Y ¿a ti qué te parece, Gúsiev? —le pregunta después de una pausa el soldado del brazo vendado—. ¿Irá al cielo o no?

—¿De quién hablas?

—De Pável Ivánich.

—Irá… Ha sufrido mucho… Además, pertenece al clero y los popes tienen mucha familia. Rezarán por él.

El soldado del brazo vendado se sienta en el catre junto a Gúsiev y dice en voz baja:

—Tú tampoco durarás mucho en este mundo, Gúsiev. No llegarás a Rusia.

—¿Lo ha dicho algún médico o enfermero? —le pregunta Gúsiev.

—No lo ha dicho nadie, pero se ve… Cuando un hombre va a morir, se ve enseguida. No comes, no bebes, has adelgazado tanto que da miedo mirarte. En una palabra, tienes tuberculosis. No lo digo para inquietarte, sino para que comulgues y recibas la extremaunción, si lo deseas. Y, en caso de que tengas dinero, deberías dárselo al comandante.

—No he escrito a casa… —suspira Gúsiev—. Me moriré y no sabrán nada.

—Lo sabrán —dice el marinero enfermo con voz de bajo—. Cuando mueras, anotarán tu fallecimiento en el diario de a bordo y, una vez en Odessa, entregarán una nota al gobernador militar, quien la remitirá al distrito o donde haga falta…

Esa conversación llena de angustia a Gúsiev, a quien comienza a acuciar un deseo indefinible. Bebe, pero no es eso; se arrastra hasta el ventanuco redondo y aspira el aire cálido y húmedo, pero no es eso; trata de pensar en su aldea natal, en el frío, pero no es eso… Por último, le asalta el convencimiento de que, si se queda un solo minuto más en la enfermería, se ahogará irremisiblemente.

—Me encuentro mal, muchachos… —dice—. Me voy arriba. ¡Llevadme arriba, por el amor de Dios!

—De acuerdo —conviene el soldado del brazo vendado—. No llegarás, pero te llevaré. Cógete de mi cuello.

Gúsiev se abraza al soldado, que lo sostiene con el brazo sano y lo lleva arriba. En cubierta duermen amontonados varios soldados y marineros que vuelven a su hogar; hay tantos que apenas se puede pasar.

—Pon los pies en el suelo —dice suavemente el soldado del brazo vendado—. Sígueme con cuidado, agárrate a mi camisa…

Reina la oscuridad. Ni en cubierta ni en los mástiles ni en el mar brilla luz alguna. En la proa se alza inmóvil, como una estatua, el centinela, pero se diría que también él duerme. Parece como si el vapor siguiera su propio

rumbo y navegara a su antojo.

—Acaban de arrojar al mar a Pável Ivánich… —dice el soldado del brazo vendado—. Lo metieron en un saco y lo echaron al agua.

—Sí. Así son las reglas.

—Es mejor reposar en casa, bajo tierra. Al menos tu madre irá a llorar a la tumba.

—Seguro.

Huele a estiércol y a heno. Junto a la borda hay algunos toros con la cabeza gacha. Uno, dos, tres… ocho en total. También hay un pequeño caballo. Gúsiev alarga el brazo para acariciarlo, pero el caballo sacude la testa, enseña los dientes y trata de morderle la manga.

—Maldito… —dice Gúsiev enfadado.

El soldado y él avanzan sin ruido en dirección a la proa, se detienen junto a la borda y, sin despegar los labios, miran ya hacia arriba ya hacia abajo. Arriba se extiende el cielo profundo, sereno, silencioso, las brillantes estrellas, igual que en la casa de la aldea; abajo reinan la oscuridad y el desorden. No se sabe para qué rugen las altas olas. Da lo mismo sobre cuál se pose la vista, todas tratan de sobrepasar a las demás, aplastándolas y rechazándolas; cada una de ellas, reluciente con su blanca cresta, se precipita sobre la anterior con estruendo, furiosa y horrible.

El mar no tiene conciencia ni piedad. Si el vapor fuera demasiado pequeño y no estuviera construido con gruesas planchas de hierro, las olas lo destrozarían sin compasión y se tragarían a todos los pasajeros, sin distinguir a los santos de los pecadores. El vapor también tiene una expresión indiferente y cruel. Ese monstruo narigudo avanza y corta a su paso millones de olas; no teme a la oscuridad, ni al viento, ni a los espacios inmensos, ni a la soledad; no le importa nada y, si el océano estuviera poblado de hombres, ese monstruo los aplastaría, sin distinguir tampoco a los santos de los pecadores.

—¿Dónde estamos ahora? —pregunta Gúsiev.

—No lo sé. Seguramente en medio del mar.

—No se ve tierra…

—¡Claro que no! Dicen que no la veremos en siete días.

Ambos guardan silencio y contemplan meditabundos la blanca espuma,

irisada de resplandores fosforescentes. Gúsiev es el primero en hablar.

—No tiene nada de terrible —dice—, pero se siente angustia, como en un bosque oscuro; si echaran una chalupa al agua y un oficial diera la orden de ir a pescar a cien verstas de aquí, yo iría; o si, pongamos por caso, un cristiano cayera al mar, yo me lanzaría tras él. A un alemán o a un chino no los salvaría, pero a un cristiano sí.

—¿No tienes miedo de morir?

—Sí. Me da pena de la casa. En la aldea ha quedado mi hermano, pero es un irresponsable; bebe, pega a su mujer sin motivo, no respeta a sus padres. Cuando yo falte, todo se echará a perder y mi padre y madre acabarán pidiendo limosna. Pero las piernas no me sostienen, amigo, y apenas puedo respirar… Vamos a acostarnos.

V

Gúsiev regresa a la enfermería y se tumba en el catre. Lo mismo que antes, se siente oprimido por un deseo indefinido, pero, por más que lo intenta, no consigue determinar qué necesita. Siente un peso en el pecho, un zumbido en la cabeza y una sequedad tal en la boca que apenas puede mover la lengua. Dormita y delira; por la mañana, atormentado por las pesadillas, la tos y el calor sofocante, se queda profundamente dormido. Sueña que en el cuartel acaban de cocer pan y que él se ha deslizado en el interior del horno, donde toma un baño de vapor y se frota con una escobilla de abedul. Duerme dos días seguidos y el tercero, a mediodía, dos marineros bajan a la enfermería para sacarlo de allí.

Lo cubren con una lona y, para que pese más, ponen a su lado dos barras de hierro. Una vez encerrado en la lona, parece una zanahoria o un rábano: ancho en la cabeza, estrecho en los pies… Antes de la puesta de sol lo llevan a cubierta y lo colocan sobre una tabla, uno de cuyos extremos se apoya en la borda y el otro en una caja situada sobre un taburete. Alrededor se agrupan los soldados licenciados y la tripulación, todos con la cabeza descubierta.

—Alabado sea el Señor —empieza el sacerdote—, ahora y siempre, por

los siglos de los siglos.

—¡Amén! —cantan tres marineros.

Los soldados licenciados y los miembros de la tripulación se santiguan y dirigen una mirada de soslayo a las olas. Es extraño que se encierre a un hombre en una lona y se lo arroje al mar. ¿No podría sucederle eso a cualquiera de ellos?

El sacerdote vierte un puñado de tierra sobre el cuerpo de Gúsiev y se inclina. Suenan los acordes del Réquiem.

El oficial de guardia levanta el extremo de la tabla, Gúsiev se desliza por ella, cae de cabeza, luego da una vuelta en el aire y ¡paf! La espuma lo envuelve; por un instante parece cubierto de encajes, pero al cabo de un momento el cadáver desaparece entre las olas.

Se hunde rápidamente. ¿Alcanzará el fondo? Dicen que hay una profundidad de cuatro verstas. Cuando ha recorrido ocho o diez *sazheny*[46], el cuerpo ralentiza su caída, se balancea rítmicamente, como si vacilara y, arrastrado por la corriente, se desplaza más deprisa de lo que se hunde.

Pero de pronto se topa en su camino con un banco de peces de los llamados pilotos. Al ver un cuerpo oscuro, los peces se detienen, como petrificados, y al punto se dan la vuelta todos a una y desaparecen. No ha pasado ni un minuto cuando, rápidos como flechas, se lanzan de nuevo sobre Gúsiev y empiezan a zigzaguear a su alrededor…

Después aparece otro cuerpo oscuro. Es un tiburón. Con aire altanero y displicente, como si no hubiera reparado en Gúsiev, pasa por debajo del cadáver, que cae sobre su lomo; luego el escualo se da la vuelta y, con la panza hacia arriba, retoza en el agua tibia y transparente, abriendo con languidez su mandíbula con dos hileras de dientes. Los pilotos están embelesados; se detienen y contemplan la escena. Tras jugar con el cadáver, el tiburón acerca con desgana las fauces, roza cuidadosamente con los dientes la parte inferior, y la lona se desgarra a lo largo de todo el cuerpo, de la cabeza a los pies; una de las barras cae, asustando a los pilotos, golpea al tiburón en un costado y se hunde rápidamente.

Durante ese tiempo, en la superficie, del lado de poniente, se amontonan las nubes; una de ellas parece un arco de triunfo, otra un león, una tercera unas tijeras… Por detrás de las nubes surge un ancho rayo verde que se

extiende hasta la mitad del cielo; poco después aparece a su lado uno violeta, a continuación uno dorado, luego uno rosa… El cielo se vuelve de un lila suave. Al contemplar ese cielo espléndido y fascinante, el océano empieza a ensombrecerse, pero pronto adquiere unos colores delicados, alegres, apasionados, que apenas encuentran definición en el lenguaje de los hombres.

Un hecho real

Rudyard Kipling
(1892)

Traducción: Catalina Martínez Muñoz

RUDYARD KIPLING (1865-1936) nació en 1865 en Bombay, donde su padre era profesor en la School of Art and Industry, pero, a los seis años, fue enviado a estudiar a Inglaterra. Vivió hasta los once años en una casa de huéspedes de Southsea, un lugar que siempre detestaría por el maltrato físico y psicológico que sufrió allí. Pasaba las vacaciones con una tía materna y su marido Edward Burne-Jones, el pintor prerrafaelita, al que Kipling adoraba por su «calidez, entusiasmo y sentido del humor». En 1882 regresó a la India para trabajar como periodista en publicaciones como *The Civil and Military Gazette* (Lahore) y *The Pioneer* (Allahabad), y empezó a escribir relatos breves en los que narraba la vida de la India colonial. Su volumen de cuentos *Plain Tales from the Hills* (1888) le convirtió en una auténtica celebridad literaria. Regresó a Inglaterra en 1889, y en 1892 contrajo matrimonio con la norteamericana Caroline Balestier, con quien viviría en Vermont hasta 1896. En 1902 fijaría su residencia en Sussex, aunque continuaría siendo un viajero incansable. Entre sus obras más famosas cabe destacar *El libro de las tierras vírgenes* (1894-1895), *Capitanes intrépidos* (1897), *Kim* (1901), *Puck* (1906), dos volúmenes de poesía: *Baladas del cuartel* (1892) y *Las cinco naciones* (1903), y su libro inacabado de memorias, *Algo de mí mismo*, que apareció un año después de su muerte. En 1907 se convirtió en el primer inglés ganador del Premio Nobel de Literatura.

«Un hecho real» («A Matter of Fact») apareció por primera vez en la revista *People* en enero de 1892, y más tarde formaría parte del volumen de relatos *Many Inventions*, publicado en Londres por Macmillan & Co, en junio de 1893. El extraordinario incidente que aquí se narra da pie a una cáustica reflexión sobre la verosimilitud, una «regla» que a menudo las anécdotas marineras tienen que desafiar.

Un hecho real

Si dudas de la historia que te cuento,
navega entre las olas del Pacífico sur;
llega hasta donde las ramas del coral
son batalla sin fin de vidas infinitas;
donde unidas al buque a la deriva
se hinchan y flotan medusas irisadas;
y una estrella de mar pasea de puntillas,
cantando entre las algas de la playa;
donde bajo miríadas de púas espinosas
se deslizan erizos sobre rocas.
Un cárdeno prodigio vagamente atisbado,
surge de las tinieblas donde duerme la sepia;
y varada en abismos más oscuros se oculta
la cegada pareja de serpientes marinas
que con pereza explora navíos naufragados,
llevados a sus labios entre las aguas negras.

Las palmeras

Una vez sacerdote, siempre sacerdote; una vez albañil, siempre albañil; pero una vez periodista, siempre y eternamente periodista.

Éramos tres, todos periodistas, los únicos pasajeros de un pequeño vapor errante que navegaba allí donde sus patrones ordenaban. Había estado en Bilbao, en el negocio del mineral de hierro, además de destacado por el gobierno español en Manila, y terminaba entonces sus días comerciando con culis en Ciudad del Cabo y realizando alguna que otra travesía a Madagascar

e incluso hasta Inglaterra. Supimos que zarpaba en lastre rumbo a Southampton y decidimos embarcar, porque el precio del pasaje era simbólico. Allí estábamos Keller, corresponsal de un periódico estadounidense, que regresaba a su país tras dar cuenta de las ejecuciones en el palacio; un hombre corpulento y mitad holandés, llamado Zuyland, propietario y director del periódico de una localidad próxima a Johannesburgo; y quien esto escribe, tras haber renunciado solemnemente al periodismo y jurado olvidar que alguna vez conoció la diferencia entre un anuncio impreso y otro radiado.

Diez minutos después de que Keller me dirigiera la palabra, mientras el Rathmines dejaba atrás Ciudad del Cabo, ya había olvidado yo mi fingida indiferencia y estaba enzarzado en una acalorada discusión sobre la inmoralidad de dilatar los telegramas más allá de un límite establecido. Salió entonces Zuyland de su camarote, y al instante nos sentimos los tres como en casa, pues sobraban las presentaciones entre hombres que compartían la misma profesión. Nos adueñamos formalmente del barco, forzamos la puerta del baño de pasajeros —los caballeros españoles que viajan en las líneas de Manila no se lavan—, limpiamos la costra naranja y las colillas del fondo de la bañera, contratamos a un *lascar*, un marinero oriental, para que nos afeitara durante la travesía, y finalmente nos preguntamos nuestros nombres.

Tres hombres corrientes habrían peleado de puro aburrimiento antes de llegar a Southampton. Nosotros, por nuestra profesión, éramos cualquier cosa menos hombres corrientes. Un amplio porcentaje de los relatos que circulan por el mundo, esos treinta y nueve que no pueden contarse a una dama y el otro que sí se le puede contar, son patrimonio común de un grupo común. Los contamos todos, por cortesía, con todas sus variaciones específicas y locales, que son sin duda asombrosas. A continuación, en los intervalos ociosos entre las largas partidas de cartas, vinieron historias más personales, de las aventuras y de las cosas vistas y sufridas: del pánico entre los blancos, cuando un miedo cerval se contagia de hombre a hombre en el puente de Brooklyn y la gente muere arrollada sin saber por qué; de fuegos y de rostros que abrían y cerraban la boca de un modo atroz enmarcados por el fuego en una ventana; de naufragios entre la nieve y el hielo referidos desde el remolcador de rescate con riesgo de congelación bajo el aguanieve; de largas

cabalgadas en persecución de ladrones de diamantes; de revueltas en la pradera y en los comités municipales con los bóers; de vislumbres de una política enmarañada y perezosa en Ciudad del Cabo y de la táctica de la tierra quemada en el Transvaal; historias de naipes, historias de caballos, historias de mujeres, a docenas y hasta un número de cincuenta; así hasta que el primer oficial, que había visto más que nosotros tres juntos, aunque carecía de palabras con que adornar sus narraciones, empezó a sentarse con nosotros boquiabierto hasta pasado el amanecer.

Cuando terminábamos de contar historias reanudábamos la partida de cartas, hasta que una mano curiosa o un comentario fortuito nos hacía decir a alguno: «Eso me recuerda a un hombre que… o a un asunto que…», y las anécdotas se sucedían mientras el *Rathmines* se abría camino hacia el norte entre las aguas cálidas.

Una mañana, tras una noche especialmente templada, nos sentamos los tres justo delante de la timonera; el contramaestre sueco, un hombre entrado en años a quien llamábamos «Frithiof el danés», se encontraba al timón, fingiendo que no oía nuestras historias. Frithiof dio un par de golpes bruscos de timón, y Keller levantó la cabeza desde una hamaca para preguntarle:

—¿Qué pasa? ¿Es que no sabe gobernar un barco?

—Noto algo en el agua que no llego a entender —respondió Frithiof—. Como si descendiéramos por una pendiente. El barco no se deja gobernar esta mañana.

Nadie parece conocer las leyes por las que se rige el pulso de las grandes aguas. A veces, incluso un hombre de tierra adentro puede ver cómo el cuerpo del océano se inclina y cómo el barco asciende con dificultad por una pendiente invisible y larga; y cuando ni el viento ni la fuerza de las máquinas justifican el rápido avance en un solo día, el capitán dice que el barco va cuesta abajo; pero hasta el momento no ha sido posible establecer con autoridad cómo se producen estas subidas y bajadas.

—Tenemos mar de popa —dijo Frithiof—, y con la mar de popa no es fácil manejar el timón.

El mar estaba liso como un estanque, salvo por una ligera hinchazón oleaginosa. Mientras me asomaba a la banda para ver desde dónde nos empujaba, el sol ascendió por el cielo completamente despejado, alcanzando

las aguas con tal intensidad que fue como si el mar golpeara contra un gong bien bruñido. La estela de la hélice y la pequeña franja blanca que abría en el mar la corredera, colgada en la proa, eran las únicas marcas en el agua hasta donde alcanzaba la vista.

Keller se levantó de la hamaca y fue a popa a por una piña del montón que maduraba colgado en la toldilla de popa.

—Frithiof, la corredera está cansada. Parece que vuelve a casa —dijo, arrastrando las vocales.

—¿Qué? —preguntó Frithiof, subiendo la voz varias octavas.

—Que vuelve a casa —repitió Keller, inclinado sobre la baranda de popa.

Corrí hasta allí y vi que la corredera, que hasta entonces iba bien tensada en la barquilla, se soltaba, formaba un lazo y se salía del carretel. Frithiof comunicó con el puente a través del tubo, y el puente respondió: «Sí, nueve nudos». Frithiof habló de nuevo, y la respuesta fue: «¿Para qué quieres al capitán?». Y Frithiof bramó:

—Dile que suba.

Para entonces, Zuyland, Keller y yo compartíamos la excitación de Frithiof, pues cualquier emoción a bordo resulta sumamente contagiosa. El capitán llegó corriendo desde su camarote, habló con Frithiof, miró la corredera, subió al puente de un salto, y en menos de un minuto sentimos que el barco viraba en redondo, a las órdenes de Frithiof.

—¿Volvemos a Ciudad del Cabo? —preguntó Keller.

En lugar de responder, Frithiof se aferró al timón. Luego nos pidió ayuda, y giramos el timón hasta que el Rathmines respondió y nos vimos frente a la espuma blanca de nuestra propia estela, y la proa rasgó la mar apacible y oleaginosa, a pesar de que no íbamos a más de media máquina.

El capitán asomó un brazo desde el puente y gritó. Un minuto después también yo habría dado cualquier cosa por gritar, pues una mitad del mar parecía levantarse, apoyada sobre la otra mitad, y avanzaba hacia nosotros como una montaña. No tenía cresta, ni bucle, ni voluta; era tan solo una masa de agua negra con pequeñas olas que se perseguían unas a otras en los flancos. La vi pasar como un río, al ras de la amura de proa, antes de que el barco empezara a elevar su masa, y me dije que aquélla sería mi última travesía. Después nos elevamos eternamente, hasta que oí que Keller me

gritaba al oído:

—¡Las entrañas de los abismos! ¡Dios mío! —Y el barco quedaba suspendido, la hélice enloquecida y golpeando contra la pendiente de un agujero que se hundía en las profundidades su buena media milla.

Con la mayor parte de la proa sumergida descendimos por aquel abismo que olía a humedad y a lodo, como un acuario vacío. Nos tocó subir otra montaña; hasta ahí pude ver lo que ocurría, pero el agua entró entonces en el barco y me lanzó contra la puerta de la timonera, y antes de que pudiera tomar aliento o abrir los ojos estábamos dando bandazos en el agua flagelada, mientras los imbornales escupían como aleros bajo una tormenta.

—Han sido tres olas —dijo Keller—, y las calderas se han inundado.

Los fogoneros habían subido a cubierta y, al parecer, esperaban el momento de ahogarse. El jefe de máquinas les ordenó que volvieran a sus puestos, y la atónita cuadrilla empezó a accionar la pesada bomba. No parecía que hubiéramos sufrido daños graves, y cuando vi que el Rathmines flotaba sobre el agua, y no por debajo, pregunté qué había pasado.

—El capitán dice que ha sido una explosión submarina; un volcán —dijo Keller.

—Pues yo no noto ningún calor —repliqué.

Estaba muerto de frío, y el frío es un fenómeno casi desconocido en esas aguas. Bajé a cambiarme de ropa y, cuando volví a cubierta, todo estaba envuelto por una niebla blanca.

—¿Nos esperan nuevas sorpresas? —le preguntó Keller al capitán.

—No lo sé. Den gracias de estar vivos, caballeros. Eso ha sido un maremoto producido por un volcán. Es posible que el fondo del mar se haya levantado varios metros en alguna parte. Lo que no entiendo es este frío. El termómetro indica que la temperatura del agua en la superficie es de 6,6º cuando debiera ser como mínimo de 20º.

—Es espantoso —dijo Keller, tiritando—. Pero ¿no debería accionar la sirena de niebla? Me ha parecido oír algo.

—¡Oír! ¡Santo cielo! No me extraña.

Tiró de la cuerda de nuestra sirena, que era muy débil. La sirena petardeó, se ahogó, porque la sala de máquinas se había inundado y las calderas se estaban apagando, y al fin soltó un gemido. Desde la niebla respondió una de

las sirenas más espeluznantes que he oído en mi vida. Keller se puso tan blanco como yo, pues la niebla, la niebla fría, nos envolvía, y es comprensible que cualquier hombre se atemorice ante una muerte que no consigue ver.

—¡Los de abajo, dadle vapor! —ordenó el capitán a la sala de máquinas —. ¡Vapor para la sirena, si es que vamos a morir lentamente!

La sirena sonó una vez más, y aguardamos la respuesta mientras de las toldillas caían gotas de agua sobre la cubierta. Esta vez el sonido pareció llegar desde popa, mucho más cerca que antes.

—¡Tenemos encima al Pembroke Castle! —dijo Keller; y añadió con saña—: Bueno, gracias a Dios se hundirá con nosotros.

—Es un barco de hélice lateral —susurré—. ¿No oyes las palas?

Esta vez silbamos y chillamos hasta que el vapor respondió, y su respuesta casi nos deja sordos. Se oyó un ruido frenético, como si una aventadora golpeara el agua a unos cincuenta metros de distancia, y una masa gris y roja surcó la niebla como un rayo.

—El Pembroke Castle con la proa en el aire —dijo Keller, que como periodista siempre buscaba explicaciones—. Son los colores de la naviera. ¡Vamos a presenciar algo increíble!

—El mar está embrujado —dijo Frithiof desde la timonera—. ¡Hay dos barcos!

Otra sirena sonó a proa, y nuestro pequeño vapor se bamboleó en la estela de algo que pasó sin ser visto.

—Es evidente que estamos rodeados por una flota —señaló Keller en voz baja—. Si no nos embiste uno nos embestirá otro. ¡Pfiuuu! ¿Qué demonios es eso?

Olfateé, pues percibí un olor emponzoñado y rancio en el aire frío, un olor que conocía.

—Si estuviéramos en tierra diría que es un caimán. Huele a almizcle —dije.

—Ni diez mil caimanes producirían ese olor —respondió Zuyland—. Yo sé cómo huelen.

—¡Embrujado! ¡Embrujado! —decía Frithiof—. El mar se ha vuelto del revés y caminamos sobre el fondo.

El Rathmines volvió a balancearse en la estela de un buque invisible, y una ola gris plata se derramó sobre la proa, dejando en la cubierta una lámina de sedimentos: el caldo gris de los espectrales abismos marinos. La espuma de la ola me empapó el rostro, y estaba tan fría que me escaldó como si fuera agua hirviendo. Las aguas muertas del mar, las más profundas e intactas, habían emergido a la superficie por la explosión del volcán submarino; las aguas quietas y gélidas que matan cualquier clase de vida y huelen a desolación y a vacío. No necesitábamos la niebla cegadora ni ese indescriptible olor a almizcle para ser más infelices, pues nos bastaba con temblar de frío y desesperación.

—Es el aire caliente en contacto con el agua fría lo que produce esta niebla —señaló el capitán—. Debería aclararse en poco tiempo.

—¡Toque la sirena! ¡Toque la sirena y salgamos de aquí! —le instó Keller.

El capitán volvió a tocar la sirena, y muy lejos, a popa, las sirenas de los dos vapores invisibles nos respondieron. Su aullido penetrante creció en intensidad hasta que pareció rasgar la niebla justo delante de donde estábamos, y me agazapé al sentir que la proa del Rathmines se hundía, atravesada por una doble ola.

—Basta —dijo Frithiof—. Ya es suficiente. Larguémonos de aquí, en el nombre de Dios.

—Si un torpedero con una sirena como el City of Paris hubiese enloquecido y roto sus amarras y contratado a un buque amigo para que lo ayudase, sería concebible que nos arrastraran como nos están arrastrando. Cualquier otra cosa es…

Keller no llegó a pronunciar las últimas palabras; se le desorbitaron los ojos y cayó su mandíbula. A unos dos metros por encima de las cuadernas, enmarcado en niebla y sin apoyo alguno, como la luna llena, colgaba un rostro. No era humano y ciertamente tampoco era animal, pues no pertenecía a esta tierra conocida por el hombre. La boca abierta revelaba una lengua ridículamente pequeña, absurda como la de un elefante; tenía tensas arrugas de piel blanca en las comisuras de los labios caídos; de la mandíbula inferior le salían unos tentáculos blancos como los de un barbo y no había en la boca rastro de dientes. Pero todo el horror de aquella visión residía en los ojos,

porque eran ciegos, con las cuencas blancas como un hueso rascado. Y, sin embargo, la cara, arrugada como la máscara de un león en una escultura asiria, estaba animada por la furia y el terror. Uno de los largos tentáculos blancos golpeó las cuadernas. El rostro desapareció a continuación, veloz como la serpiente de cristal al refugiarse en su madriguera, y lo siguiente que recuerdo es mi propia voz en mis oídos, hablando en tono grave con el palo mayor:

—A punto ha estado de escupir la vejiga natatoria por la boca.

Keller se me acercó, blanco como la ceniza. Sacó un cigarro del bolsillo, lo mordió, lo tiró, se introdujo en la boca el pulgar tembloroso y musitó:

—¡La grosella gigante y la lluvia de ranas! ¡Dame fuego! ¡Dame fuego! ¡He dicho que me des fuego! —Una gota de sangre cayó de la articulación de su pulgar.

Respeté sus motivos, por más que la expresión me pareciera absurda.

—¡Deja de morderte el dedo! —le ordené, y Keller soltó una risa entrecortada mientras recogía su cigarro. Zuyland, asomado sobre las cuadernas, parecía poseído. Poco después dijo que se encontraba muy mal.

—La hemos visto —dijo volviéndose hacia nosotros—. Era eso.

—¿Qué? —preguntó Keller, masticando el cigarro sin encender.

La niebla se fue haciendo jirones mientras Keller hablaba, y vimos el mar, embarrado y gris, ondulando alrededor y completamente despojado de vida. Vislumbramos en un punto un burbujeo que se transformó en el caldero de ungüento del que habla la Biblia. Y la criatura surgió del amplio círculo borboteante; una Cosa gris y roja, con cuello; una Cosa que rugía y se contorsionaba de dolor. Frithiof contuvo la respiración hasta que las letras rojas del nombre del barco, tejidas en su jersey, se agrandaron y se abrieron como una línea tipográfica mal compuesta. Después, con voz ligeramente ahogada, dijo:

—¡Pobre! ¡Es ciega! *Hur illa!* Esa criatura es ciega.

Y todos lanzamos un murmullo de piedad, pues era evidente que la criatura era ciega y estaba sufriendo. Algo le había hecho un tajo profundo y cruel en los enormes costados, y la sangre salía a borbotones. El lodo gris de las profundidades del mar le cubría los monstruosos pliegues del lomo, derramándose como una cascada. Lanzó hacia atrás la cabeza blanca y ciega,

para golpear las heridas, y el cuerpo atormentado se alzó nítidamente entre el rojo y el gris de la olas, asomando entonces unos hombros temblorosos, cubiertos de algas y de caparazones ásperos, pero tan blancos en los espacios vacíos como la cabeza calva, sin crin, sin dientes y ciega. En ésas surgió un punto en el horizonte, y se oyó un aullido desgarrador, y fue como si un torpedo estallase de pronto en el mar, y una segunda cabeza con cuello rasgó las capas marinas, levantando una susurrante pared de agua a babor y estribor. Las dos criaturas se encontraron, intacta la una y agonizante la otra; macho y hembra, dijimos; la hembra se acercaba al macho. Lo rodeó, sin dejar de lanzar bramidos, apoyó el cuello en la curva del gran lomo de tortuga del compañero, que desapareció un instante bajo el agua, pero emergió de nuevo, aullando de dolor y sin dejar de sangrar. Cuando la cabeza y el cuello del macho asomaron claramente por encima del agua y se tensaron, oí que Keller, como si presenciara un accidente en la calle, decía:

—¡Dadle aire! ¡Por el amor de Dios, dadle aire!

Se reanudó el combate con la muerte, entre calambres, convulsiones y sacudidas de la gigantesca masa blanca; nuestro pequeño vapor volvió a balancearse, y las olas cubrieron el casco de lodo gris. Lucía el sol, no soplaba el viento, y observábamos todos, la tripulación al completo, incluidos los fogoneros, entre la perplejidad y la compasión, más compadecidos que perplejos, tan indefensa y sola parecía aquella criatura, a pesar de su compañera. No debería contemplar el ojo humano semejante visión; resultaba monstruoso y obsceno exhibirse de ese modo en aguas comerciales, entre unos grados de latitud marcados en un mapa. Había sido vomitada a la superficie, destrozada y moribunda, desde su tranquilo hogar en el lecho marino, donde acaso podría haber vivido hasta el día del Juicio, y veíamos que la vida se le escapaba a chorros, tal como una corriente enfurecida pasa sobre las rocas en las garras de un temporal que avanza tierra adentro. La compañera se mecía en el agua a cierta distancia, sin cesar de rugir, y el olor a almizcle inundó el barco y nos hizo toser.

El combate por la vida concluyó finalmente entre grandes olas de colores. Vimos caer el cuello retorcido como un látigo, girar lateralmente el esqueleto hasta mostrar el destello de un vientre blanco y la inserción de una gigantesca pierna o aleta trasera. Todo se hundió entonces, y el mar se cerró formando

grandes burbujas, mientras la hembra nadaba en incesantes círculos, proyectando la cabeza en todas direcciones. Aunque podíamos haber temido que atacara el barco, ninguna fuerza terrestre habría podido apartarnos de donde en ese momento nos encontrábamos. Observábamos, conteniendo la respiración. La hembra abandonó su búsqueda; oímos batir el agua en sus costados; irguió el cuello cuanto pudo, ciega y sola en la inmensa soledad del mar, y emitió un aullido desesperado que resonó a través de las olas como un caparazón de ostra brincando sobre la superficie de un estanque. Se encaminó luego hacia el oeste, el sol reflejado en la cabeza blanca y en la estela que dejaba a su paso, hasta convertirse en un pequeño punto de plata perdido en el horizonte. Seguimos entonces nuestro curso; el Rathmines, cubierto de sedimentos marinos de proa a popa, parecía un barco al que el terror hubiera vuelto gris.

—Debemos contrastar nuestras notas —fue la única observación coherente de Keller—. Somos tres periodistas profesionales, y tenemos la mayor primicia de la historia. ¡Manos a la obra!

Me opuse a su propuesta. El periodismo no se beneficia de la colaboración cuando se manejan los mismos hechos, y cada cual se marchó a trabajar según su propio criterio. Keller escribió tres columnas, en las que hablaba de nuestro «galante capitán» y concluía con una alusión al espíritu aventurero estadounidense, puesto que era un ciudadano de Dayton, Ohio, quien había visto a la serpiente marina. Este comentario podría haber desacreditado su «creación», que era más bien un relato marino, aunque como muestra de escritura descriptiva de un pueblo semicivilizado resultaba muy interesante. Zuyland redactó una apretada columna y media, ofreciendo longitudes y anchuras aproximadas, así como la lista completa de la tripulación, a quien hizo jurar solemnemente que daría fe de los hechos descritos. No había en el texto de Zuyland ni un ápice de fantasía o extravagancia. Yo escribí tres cuartos de columna ordinaria, explicando lo ocurrido en líneas generales y absteniéndome de darle ningún tono periodístico, por razones que empezaba a vislumbrar.

Keller se mostraba insolentemente satisfecho. Pensaba enviar un cable al *World* de Nueva York desde Southampton, mandar su relato por correo el mismo día, paralizar Londres con sus tres columnas de información

apresuradamente hilvanada y, en general, borrar la faz de la tierra.

—Ya veréis cómo manejo una buena primicia cuando la consigo —dijo.

—¿Es tu primera visita a Inglaterra? —le pregunté.

—Sí. Tú pareces no apreciar la belleza de nuestra noticia. Es piramidal… ¡la muerte de la serpiente marina! ¡Por Dios bendito, amigo, es lo más grande que se ha vertido nunca en un periódico!

—Es curioso pensar que nunca se publicará en un periódico, ¿verdad? —Fue mi respuesta.

Zuyland, que estaba a mi lado, asintió rápidamente.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Keller—. Si eres tan británico para desperdiciar una oportunidad así, allá tú. Yo te tenía por periodista.

—Y lo soy. Por eso lo sé. No seas burro, Keller. Recuerda que soy setecientos años mayor que tú, y lo que tus nietos puedan aprender en quinientos años ya lo aprendí yo de mis abuelos hace cinco siglos. No harás nada, porque no puedes.

Tuvimos esta conversación en alta mar, donde todo parece posible, a varios cientos de millas de Southampton. Pasamos junto al faro de Needles al amanecer, y al levantarse el día divisamos las casas de estuco sobre el césped y el espantoso orden inglés: línea tras línea, muro tras muro, muelle de sólida piedra y pilares monolíticos. Esperamos una hora en la caseta de aduanas y dispusimos de tiempo en abundancia para que el efecto calara bien.

—Y ahora, Keller, afronta las consecuencias. El Havel zarpa hoy mismo. Envía tu carta con él, que yo te acompañaré a la oficina de telégrafos —le dije.

Vi que Keller vacilaba a medida que la influencia del país empezaba a afectarle, que se acobardaba como dicen que se acobarda un caballo de Newmarket Heath que no está acostumbrado a competir en terreno descubierto.

—Quiero retocar mi artículo. ¿Y si esperamos hasta llegar a Londres? —dijo.

Zuyland, por su parte, había roto su columna y la había arrojado por la borda a primera hora de esa mañana. Sus razones eran mis razones.

Keller empezó a revisar su texto en el tren, y cada vez que miraba los campos rasurados, las casas rojas y los terraplenes de la vía férrea, el lápiz

azul se clavaba implacable en los errores. Desempolvó el diccionario en busca de adjetivos. No se me ocurría uno solo que no hubiera empleado. Pero era un perfecto jugador de póker y nunca mostraba más cartas de las necesarias para llevarse el bote.

—¿No piensas dejarle un solo rugido? —le pregunté con simpatía—. Recuerda que en Estados Unidos todo vale, desde un botón de pantalón a un dólar de oro.

—Ésa es precisamente nuestra maldición —masculló Keller—. Los hemos tomado por imbéciles tantas veces que cuando al fin llega la verdad… preferiría publicar en un periódico londinense. Aunque tú tienes preferencia, claro.

—En absoluto. No pienso ofrecer esto a ningún periódico. Te lo cedo de mil amores, pero ¿no vas a enviar ese cable?

—No. No si consigo aquí la exclusiva y veo a los británicos pasmados.

—No lo conseguirás con tres columnas de palabras sensibleras, créeme. Los británicos no se pasman tan fácilmente como otros.

—De eso empiezo a darme cuenta. ¿Es que en este país todo da igual? —dijo, mirando por la ventanilla—. ¿Cuántos años tendrá esa granja?

—Es nueva. No creo que tenga más de doscientos años, como mucho.

—Ya. ¿Y los campos también?

—Llevarán unos ochenta años podando ese seto.

—La mano de obra es barata… ¿verdad?

—Bastante. Bueno, supongo que te gustaría intentarlo en el *Times*, ¿no es así?

—No —dijo Keller, mirando hacia la catedral de Winchester—. Sería como electrificar un almiar. ¡Y pensar que el *World* aceptaría las tres columnas y aún pediría más… y también ilustraciones! Es repugnante.

—Pero el *Times* podría… —empecé a decir.

Keller lanzó su artículo al aire, y el papel se abrió revelando su austera majestad de densa tipografía, chasqueando como una enciclopedia.

—¡Podría! Tú «podrías» atravesar el blindaje de un crucero. ¡Piensa en esa primera plana!

—¿De verdad lo ves así? —dije—. En ese caso te recomiendo que lo intentes con un periódico ligero y frívolo.

—¿Con algo como lo que tengo… lo que tenemos? ¡Esto es historia sagrada!

Le mostré un periódico que pensé sería de su gusto, pues seguía el modelo americano.

—Esto es corriente en mi país —dijo—, pero no recoge los hechos reales. Lo que a mí me gustaría es publicarlo en una de esas compactas columnas del *Times*. ¡Aunque seguramente me encontraría con un obispo en la redacción!

Cuando llegamos a Londres, Keller se perdió de vista rumbo al Strand. Desconozco cuáles fueron sus experiencias, aunque al parecer irrumpió en la oficina de un diario vespertino a las 11:45 h (yo le había dicho que a esa hora los directores de periódico ingleses tenían muy poco trabajo), y me mencionó como testigo presencial de su noticia.

—Casi me echan de allí —me contó furioso mientras almorzábamos—. En cuanto te mencioné, el viejo me pidió que te dijera que estaban hartos de tus bromas, y que si tenías algo que ofrecer ya sabías a qué hora debías pasar por allí, y que antes preferían verte condenado que ayudarte a divulgar una de tus patrañas infernales. Dime una cosa, ¿cómo es tu historial de veracidad en este país?

—Maravilloso. ¡Entraste con mal pie, nada más! ¿Por qué no te olvidas de los periódicos londinenses y envías ese cable a Nueva York? Allí todo vale.

—¿No ves que precisamente por eso no lo envío? —repitió.

—Eso lo vi hace mucho tiempo. Entonces, ¿no piensas enviarlo?

—Sí, lo haré —respondió, con el énfasis de quien no está nada seguro de lo que dice.

Esa tarde lo acompañé por la ciudad, por las calles que discurren entre las aceras como canales abiertos por lenguas de lava, por los puentes de piedra antigua, por pasos subterráneos pavimentados y revestidos de hormigón rugoso, entre casas que nunca se han reconstruido, y por escalones labrados junto al río en la piedra viva. Una niebla negra nos hizo refugiarnos en la abadía de Westminster y allí dentro, en la oscuridad, oí que los siglos pretéritos revoloteaban alrededor de la cabeza de Litchfield A. Keller, periodista estadounidense de Dayton, Ohio, cuya misión era dejar pasmados a los británicos.

Avanzó torpemente y boquiabierto en la densa penumbra, y el rugido del tráfico llegó hasta sus asombrados oídos.

—Vayamos a la oficina de telégrafos a poner ese cable —le insistí—. ¿No oyes cómo el *World* de Nueva York pide a gritos noticias de la gran serpiente marina, ciega, blanca y con olor a almizcle, herida de muerte por un volcán submarino y asistida en su trance por su amante esposa en mitad del océano, en presencia de un ciudadano estadounidense, el dinámico, informado e inteligente periodista de Dayton, Ohio? ¡Hurra por el estado de los castaños de indias! ¡A paso ligero! ¡En marcha! ¡Szzz! ¡Buum! ¡Aah!

Keller era un hombre formado en Princeton y parecía necesitar que lo animaran.

—Estoy en tu terreno —dijo, rebuscando en el bolsillo de su abrigo. Sacó su artículo, junto con los formularios para el telegrama, que ya había redactado, y me lo entregó todo con un gruñido—. Renuncio. Si no hubiera venido a tu maldito país… Si hubiera enviado ese telegrama desde Southampton… Si alguna vez te pillo al oeste de los Alleghannies, si…

—No te preocupes, Keller. No es culpa tuya. La culpa es de tu país. Si tuvieras siete siglos más harías lo que yo voy a hacer.

—¿Qué vas a hacer?

—Contarlo como una mentira.

—¿Como ficción? —Pronunció la palabra con todo el disgusto que siente el periodista por esta rama bastarda del oficio.

—Puedes llamarlo así, si te apetece. Yo diré que es una mentira.

Y en mentira se ha convertido, pues la verdad es una dama desnuda y, si por accidente surge del fondo del mar, corresponde a un caballero bien cubrirla con unas enaguas impresas, bien volver el rostro hacia la pared y jurar que no ha visto nada.

La empalizada roja

Un relato del viejo guardacostas
Bram Stoker
(1894)

Traducción: Marta Salís

ABRAHAM (BRAM) STOKER (1847-1912) nació en Clontarf, al norte de Dublín, hijo de un funcionario de la administración local. Hasta los siete años fue un niño enfermizo, al que su madre contaba leyendas tradicionales irlandesas e historias de terror que influirían posteriormente en su obra. Alumno brillante en el Trinity College, fue campeón de atletismo y presidente de la Sociedad Filosófica. Trabajó diez años como funcionario, labor que alternaba con la de periodista y crítico teatral, hasta que conoció al famoso actor inglés Henry Irving, con el que trabajó veintisiete como gerente del Lyceum Theatre de Londres. En 1878, contrajo matrimonio con Florence Balcombe, una antigua novia de su amigo Oscar Wilde. Escribió dieciocho novelas, además de numerosos artículos, relatos breves y adaptaciones teatrales. Entre las primeras cabe destacar *The Snake Pass* (1890), *La dama del sudario* (1909) y *La madriguera del gusano blanco* (1911), aunque el libro que le dio fama imperecedera fue *Drácula* (1897), «la obra de terror mejor escrita de todos los tiempos», según Oscar Wilde. Después de pasar muchas estrecheces, falleció a los sesenta y cuatro años sin haber conocido el éxito multitudinario de su novela.

«La empalizada roja» («The Red Stockade»), relato de una épica batalla entre las tropas del Imperio británico y una banda de sanguinarios piratas de Malasia, se publicó en septiembre de 1894 en *The Cosmopolitan: An Illustrated Monthly Magazine* (Londres). El elemento *gore* reaparece aquí, en el marco de esta antología, por primera vez desde Exquemelin… solo que ahora es ficción.

La empalizada roja

Estábamos al sur de nuestra base en China cuando el George Ranger recibió la orden de dirigirse al estrecho de Malaca, a fin de acabar con los piratas que se movían por la zona. Era la década de 1840, cuando los barcos eran barcos, y no cafeteras de hierro llenas de ruedas y otras cosas infernales; y aún se podía luchar cuerpo a cuerpo, en lugar de saltar por los aires en tu cubículo de acero sin ver al enemigo. ¡Los barcos eran barcos en aquellos tiempos!

Habían degollado a mucha gente y echado a pique muchos barcos, pues aquellos demonios no se detenían ante nada. Algunos de nosotros ya habíamos cruzado el estrecho, a bordo del Polly Phemus, de setenta y cuatro cañones, en dirección a nuestra base en China; y, aunque nunca nos habíamos enfrentado a los malayos, sabíamos que actuaban sin contemplaciones. Así que, cuando zarpamos de Singapur en el George Ranger, pues ése era el nombre de nuestra pequeña y aguerrida fragata de treinta y ocho cañones, fueron muchas las historias que se contaron en el castillo de proa, y durante las guardias, sobre lo que aquellos diablos amarillos habían hecho o eran capaces de hacer. Unos nos las tomamos de una manera, y otros de otra, pero, con alguna excepción, todos queríamos echarles la mano encima, a pesar de sus *keris*[47], sus bombas de humo y sus inventos diabólicos. A algunos de mis compañeros les era indiferente el acero templado de las armas convencionales, y se habrían enfrentado gustosos a sables y picas cualquier día del año, pero no les hacían ninguna gracia aquellos puñales sinuosos como llamas, que cortaban a un hombre en dos, y le sacaban fácilmente las entrañas. Como es natural, no les hacíamos ni caso, y nos reíamos de ellos; y algunas de nuestras bromas eran realmente crueles.

Lo cierto es que se contaban historias estupendas en las guardias, llenas de tajos y mandobles, sangre y torturas; y casi toda la tripulación se pasaba el día recordando e inventando cosas que nos dejaran sin aliento y nos hicieran palidecer de miedo. Supongo que el capitán y los oficiales estaban al corriente de lo que ocurría, pues no tardaron en llegar historias aún más terribles de la cámara de oficiales. Los cadetes disfrutaban muchísimo con ellas, como suelen hacer los grumetes, y uno de ellos, que tenía un *keris*, lo sacaba en cuanto podía para explicarnos cómo los utilizaban los piratas para arrancar corazones y rajar a hombres y mujeres de abajo arriba, hasta la barbilla. A veces nos ensañábamos con los más asustadizos (no siempre puede uno ser tan valiente como quiere, imagino), pero, en cualquier caso, no hay lugar para ellos en un barco de guerra, pues tienden a ayudar más muertos que vivos. De modo que los tratábamos sin compasión, y el capitán era el más despiadado de todos. El capitán Wynyard había estado al mando de la corbeta Sentinel con base en China, y había sido ascendido a capitán del George Ranger tras impedir que una flota de juncos hundiera el Rajah, de Cantón, que iba rumbo a Southampton con el primer cargamento de té de la temporada. Era un hombre que, en el combate, parecía un bulldog salido del infierno; jamás se habría permitido sentir miedo.

—Dios odia a los cobardes —dijo en una ocasión—; y aquí estoy, a las órdenes de Su Majestad británica, para cumplir con la voluntad de Dios. ¡Amarradlo y dadle doce latigazos!

Al menos esa historia contaban de cuando estaba en Shanghái, y uno de sus hombres había dado un paso atrás antes de saltar a un junco en llamas que bajaba con la marea. Y decían que había saltado él, y se había puesto al timón para desviarlo.

Bueno, el capitán sabía lo que nos esperaba, y que no era momento de llevarnos en palmas ni tratarnos con miramiento. Así que no hay que culparle de que la travesía no resultara demasiado grata para los hombres que temían caer en las garras de los malayos.

De vez en cuando se tomaba la molestia de ser muy desagradable con ellos; y, fueran hombres o muchachos, nunca se mordía la lengua para no decir algo horrible cuando veía a alguien demasiado pálido. Llevábamos un anciano a bordo al que llamábamos Finisterre[48], pues era de ese lugar, y que

había navegado con su hijo en el Billy Ruffian hasta que éste perdió la vida una noche durante el abordaje de una balandra griega en Navarino, en 1827. Solíamos tomarle el pelo cuando alguno de los muchachos tenía problemas, pues, según él, a su hijo podría haberle pasado lo mismo. Y, cuando nos burlábamos del temor que los malayos inspiraban a algunos, también nos reíamos de él; pero él se enfurecía, y contestaba que su hijo había muerto cumpliendo con su deber, y que él ya no tenía miedo de nada.

Una noche se desató una pelea entre los guardiamarinas, pues uno de ellos, llamado Tempest, reconoció tener miedo de que le mataran con un *keris*. Era un chico peculiar, inteligente y vivaracho, de unos trece años, que siempre andaba riendo y metiéndose en líos; pero tenía un corazón tierno, y a veces los demás muchachos le tomaban el pelo. Jamás escondía lo que pensaba, o sentía, y le habían empujado a confesar algo que ninguno de sus compañeros se habría atrevido a admitir, aunque fuera cierto. Bueno, el caso es que se enzarzaron en una inusitada pelea, ya que Tempest nunca se rendía con los puños, que casualmente llegó a oídos del capitán. Éste insistió en que le contaran qué sucedía, y, cuando el joven Tempest se lo explicó, dio una patada en la cubierta y gritó:

—No quiero cobardes en este barco —e iba a continuar cuando el muchacho le interrumpió:

—No soy ningún cobarde, señor; ¡soy un caballero!

—¿No ha dicho usted que tenía miedo? Contésteme: ¿sí o no?

—Sí, señor, lo he dicho, y ¡era cierto! Me asustan los *keris* malayos; pero eso no significa que vaya a rehuirlos. Enrique de Navarra tenía miedo y, a pesar de todo, él…

—¡Maldito sea Enrique de Navarra! —exclamó el capitán—, y ¡maldito sea usted también! Ha dicho que tenía miedo, y eso, por si no lo sabe, significa ser un cobarde en la Armada de Su Majestad. Y, si esto es así, podría al menos tener la decencia de callarse. ¡No, no me conteste! ¡Al palo el resto del día! ¡Quiero que mi tripulación sepa lo que debe evitar, y cómo reconocerlo!

Y entonces se marchó, mientras el muchacho, sin una palabra, trepaba a la cofa.

En cualquier caso, los hombres no hicieron casi ningún comentario. El

único que dijo algo fue Finisterre:

—Puede que sea un cobarde, pero ojalá fuera hijo mío.

Mientras cruzábamos el estrecho con un sol de justicia, y la humedad sofocante de ese lugar (¡bendito sea Dios!, no hay quien deje de sudar allí como una olla en la cocina, ni de día ni de noche), empezamos a otear el horizonte en busca de piratas; y ni un solo hombre se quedaba dormido en su guardia. Seguimos la costa hacia el norte, inspeccionando ensenadas y ríos. Era en rincones así donde los malayos se escondían; pues las fiebres y demás enfermedades que hacían caer como moscas a quienes son mejores que ellos no parecían afectarles lo más mínimo. Había rincones muy peligrosos río arriba, entre manglares que se extienden muchos kilómetros, hasta donde alcanza la vista, y en los que cuanto es venenoso, sea animal, pájaro, pez, reptil, insecto, árbol, matorral, flor o planta trepadora, se siente en su casa.

Pero los barcos piratas seguían más al norte, y, si volvían hacia el sur, se cruzaban con nosotros por la noche; así que continuamos avanzando hasta llegar casi al centro de la península, donde se habían producido los peores actos de piratería. Fingimos entonces, como pudimos, que nuestro barco se encontraba en apuros; y lo cierto es que engañamos a esos miserables, pues dos navíos llegaron un amanecer y empezaron a atacarnos. No eran nada bonitos —alargados, con la cubierta muy baja y velas latinas—, y llevaban el doble de tripulación.

Pero, si los barcos eran feos, los hombres todavía más; en mi vida he visto criaturas más horrorosas. Eran morenos, de tez amarillenta, unos con la cabeza rapada y los globos oculares blancos, y otros tan negros como nuestros zapatos; y nos avergonzó ver entre ellos a un par de blancos. Todos llevaban *keris* largos como brazos, y pistolas al cinto.

Apenas nos inmutamos. Dejamos que se acercaran, y luego lanzamos una andanada que barrió su cubierta como una tormenta de granizo; pero no tuvimos la suerte de apresarlos, porque se las arreglaron para cambiar de rumbo y salir huyendo. Arriamos rápidamente nuestros botes, pero no nos atrevimos a seguirles cuando se adentraron en los manglares, que se extendían hasta donde alcanzaba la vista. El otro bote llegó poco después, y nos contaron que habían subido por el río, que tenía bastante calado, por un cauce sinuoso que discurría entre grandes bancos de lodo repletos de

caimanes. Parecía haber una especie de fortín allí donde el río se estrechaba, y los piratas se habían refugiado en él y desaparecido en un recodo del río.

Entonces se iniciaron los preparativos. Teníamos dos barcos, como mínimo, atrapados en el río, y bastantes posibilidades de haber encontrado su guarida. Nuestro capitán no era un hombre al que le gustara retrasar las cosas, y al día siguiente, al rayar el alba, estuvimos listos para el ataque. La pinaza[49] y los cuatro botes partieron al mando del teniente primero para explorar la zona; el resto de la tripulación se quedó esperando a bordo a que regresáramos.

Fue un día espantoso. Yo iba en el segundo bote, y no nos separamos desde que empezó a estrecharse la desembocadura del río. Navegamos un par de horas con la marea a favor, y, cuando salió el sol, vimos agua por todas partes y una vegetación exuberante. Pero, en cuanto cambió la marea, y los bancos de lodo, inmensos y oscuros, comenzaron a aparecer por doquier, aquello dejó de ser agradable, se lo aseguro. Apenas distinguíamos por dónde discurrían los canales, pues la marea bajaba muy deprisa, y solo cuando el bote rozaba el limo negro sabíamos que estábamos sobre un banco. Nuestro bote estuvo a punto de encallar en dos ocasiones, pero tuvimos la suerte de ponerlo a flote y empujarlo de nuevo a la corriente; casi todos los botes vivieron algo parecido. Uno que se había separado un poco de los demás quedó embarrancado en una peligrosa hendidura entre dos bancos de lodo y, al bajar el nivel del agua, volcó pese a los esfuerzos de su tripulación; vimos cómo los pobres muchachos caían en el cieno. Más de uno intentó nadar hasta nosotros, pero detrás de ellos siempre surgió una sombra oscura y veloz; y, aunque gritamos e hicimos todo el ruido que pudimos, y disparamos muchos tiros al aire, los caimanes estaban demasiado cerca, y nuestros compañeros, entre alaridos, fueron arrastrados al fondo de aquel nauseabundo lodo. ¡Qué horror! Fue una visión terrible, y no ayudaba el hecho de que fuera nueva para casi todos. No sé cómo nos habría afectado si hubiéramos tenido tiempo para pensar —aunque estoy seguro de que muy pocos hombres se habrían quedado impasibles—, pero justo entonces cayó sobre nosotros una lluvia de tiros procedente de una flotilla de botes que se había acercado con mucho sigilo. Aparecieron de pronto detrás de un inmenso banco de lodo más empinado que los demás, y que además parecía más sólido, pues se veían

guijarros cada vez que las aguas menguantes se llevaban algo de fango. No lamentamos, se lo aseguro, tener hombres con los que luchar, en lugar de caimanes y bancos de lodo, mientras bajaba la marea en un extraño río tropical.

Nos lanzamos en su persecución, y la pinaza disparó el cañón de doce libras que llevaba en la proa, entre nuestros botes apiñados; y se oyeron gritos cuando los caimanes se abalanzaron sobre las cabezas de los malayos, que aparecían y desaparecían en medio de la corriente. Entonces los piratas dieron media vuelta y huyeron en desbandada, y nosotros les seguimos remando con todas nuestras fuerzas, hasta que, tras un recodo muy pronunciado, llegamos a un estrechamiento del río. Una de las orillas era bastante empinada, y tras ella se extendía una ciénaga salvaje, la más terrible que habíamos visto nunca; la otra orilla estaba coronada por una especie de fortín, construido sobre una elevación del terreno, pero protegido por una empalizada y un banco de lodo en su base. Desde allí nos llegó una lluvia de balas, y vimos varios mosquetes que nos apuntaban. No éramos lo bastante fuertes para atacar esa posición sin un reconocimiento previo, así que nos retiramos; pero no lo bastante rápido, ya que, antes de que saliéramos del alcance de sus disparos, una bala de cañón acabó con todos los remeros de estribor de uno de nuestros botes.

El regreso hasta el barco fue muy duro; teníamos la marea en contra, y no dejábamos de pensar en lo que diríamos a nuestros compañeros: habíamos perdido un bote con toda su tripulación, así como un grupo de remeros, y no habíamos conseguido nada.

El capitán se puso furioso; y aquella noche, desde la cámara de oficiales hasta el castillo de proa, nada se libró de su ira y de sus maldiciones. Incluso los muchachos, fuera cual fuera su rango, grumetes o guardiamarinas, querían atacar a los malayos. Las órdenes fueron muy tajantes; y, cuando amaneció, ya había tres botes ante la empalizada del fortín, reconociendo el terreno. Yo volvía a estar en uno de ellos; y, a pesar de lo que nos había dicho el capitán para enardecernos —y tenía una lengua como el vitriolo, se lo aseguro—, todos estábamos bastante desanimados cuando llegamos de nuevo a aquellos terribles bancos de lodo y vimos burbujear el limo bajo la luz cenicienta de la mañana.

Nos dimos cuenta de que tendríamos que tomar aquel fortín si queríamos seguir a los piratas río arriba, pues impedía por completo nuestro avance. Había un canal muy estrecho entre dos grandes lomas de grava, y era el único sitio por el que existía la posibilidad de continuar. Pero habían clavado estacas a ambos lados, y solo se podía pasar por el centro. Lo cierto es que desde aquel fortín habrían podido apedrear a cualquier barco, ¡si hubieran tenido una sola piedra en su maldito país!

Cuando volvimos, con dos casos de insolación a bordo, y dimos parte al capitán, éste ordenó que se iniciaran los preparativos para el ataque; y a la mañana siguiente empezó el baile. No fue un trabajo agradable. Llegamos bastante cerca del fortín, pero la marea empezó a bajar y tuvimos que retroceder para no quedar encallados. Todo aquel lugar era un hormiguero de diablos sonrientes. Era evidente que tenían algún modo de embarcar y desembarcar detrás de la empalizada. No nos dispararon ni una sola vez, al principio; y eso es lo más alarmante que puede pasar. Parecían saber algo que nosotros ignorábamos, y se limitaban a esperar. Mientras el nivel del agua seguía descendiendo y los bancos de lodo se volvían cada vez más empinados, el sol empezó a crepitar sobre ellos y ascendió un vapor que nos dio ganas de vomitar. ¡Bastaba mirar para que se te encogiera el corazón!

El limo despedía toda clase de colores, como el agua durante el embreado, y no se veía nada que no fuera horrible. Los caimanes no se acercaban demasiado a la orilla, pero aquellas aguas turbias estaban llenas de anguilas y serpientes de agua, y el fango era un hervidero de lombrices, sanguijuelas y horribles cangrejos de un color demasiado vivo. El aire estaba plagado de insectos: moscas de todo tipo, y una variedad con grandes rayas que llaman «mosquito tigre», que sale durante el día y cuya picadura quema como unas tenazas al rojo vivo. Ya era suficientemente malo para nosotros, hombres con toda la barba, pero algunos de los muchachos se pusieron blancos como la cera, y estuvieron un buen rato callados. De repente, los malayos que se apiñaban detrás de la empalizada pusieron los ojos en blanco, y empezaron a agitar sus *keris* en el aire y a gritar. Sabíamos que había alguna causa, pero no lográbamos dar con ella, y eso nos exasperaba aún más. Entonces el capitán dio la orden de atacar la empalizada; así que nos arrojamos al cieno. Sabíamos que no podía ser muy profundo en ese lugar,

por los guijarros que había debajo. Nos hundimos hasta la rodilla en un instante, pero logramos avanzar con dificultad, resbalando en el fango y tropezándonos; y, cuando llegamos a lo alto del banco de lodo, éramos la tropa más sucia y extraña que se ha visto jamás. Pero el barro no había minado nuestra moral, y los malayos, asomando la cabeza por encima de la empalizada, y con lo más parecido a una risa o a una sonrisa que el diablo les permite tener, retrocedieron y cayeron unos sobre otros en cuanto oyeron nuestros gritos de guerra.

Entre ellos y nosotros había una pequeña hondonada sobre la que había discurrido el agua mientras bajaba la marea, pero que ahora parecía tan seca como todo lo demás. Nuestra vanguardia se lanzó al ataque cuesta abajo, y ¡entonces comprendimos por qué habían guardado silencio y esperado! Habíamos caído en una trampa. Las primeras filas desaparecieron entre el fango y el légamo de la hondonada, y los que iban detrás se hundieron hasta las axilas antes de poder pararse. Aquellos diablos malayos cayeron sobre nosotros y, mientras intentábamos sacar de allí a nuestros compañeros, nos masacraron con toda clase de armas ligeras; su variedad era asombrosa, se lo aseguro.

No tuvimos más remedio, los pocos que quedábamos, que subir de nuevo la pendiente y volver a los botes; y, como nos faltaban manos para remar a buen ritmo, nos dirigimos al barco como pudimos, ya que una nube de botes empezó a cruzar el angosto paso junto a la empalizada. Pero, antes de marcharnos, vimos cómo sacaban del barro a los vivos y a los muertos, con garfios clavados en largas cañas de bambú; y oímos los gritos terribles de algunos pobres muchachos mientras les rajaban con los *keris*. No nos atrevimos a seguir allí; pero lo que presenciamos fue suficiente para que juráramos venganza. Cuando vimos a aquellos diablos clavando las cabezas sanguinolentas de nuestros compañeros en las estacas de la empalizada, estuvo a punto de producirse un motín porque el capitán nos impedía volver para intentar un nuevo ataque. Estaba muy sereno; y, cuando esbozó una sonrisa y mostró sus dientes blancos, los que le conocíamos bien y sabíamos lo que pensaba comprendimos que los piratas se arrepentirían de sus actos.

Cuando regresamos al barco y contamos lo sucedido, no tardaron en inflamarse los ánimos; y casi todos los hombres se turnaron en la piedra de

moler para afilar su sable como una cuchilla de afeitar. El capitán nos reunió a todos en cubierta, y explicó a cada uno cuál sería su misión en los botes, preparándonos para un nuevo asalto; y supimos que, antes del alba, cargaríamos de nuevo contra los piratas. Colocamos cañones de seis y doce libras en casi todos los botes, pues dispararíamos a mansalva antes de llegar.

Cerca de la empalizada, la marea empezó a bajar, y decidimos esperar a que amaneciera, pues era una pesadilla navegar entre los bancos de lodo en medio de la oscuridad. Así que esperamos un rato, y, cuando despuntó el día, nos dirigimos al fortín. Cuando lo divisamos, no hubo un solo hombre entre nosotros que no deseara una sangrienta venganza, pues allí, sobre las estacas de la empalizada, estaban las cabezas de todos los infortunados que habían caído la víspera en sus manos, rodeados de una nube de moscas y mosquitos, que iniciaban sus zumbidos en el crepúsculo matutino. Y, además de eso, habían pintado el exterior de la empalizada con sangre, convirtiendo aquel lugar en una masa carmesí. ¡Podíamos olerla cuando salió el sol!

Bueno, el caso es que fue un día muy duro. Abrimos fuego con nuestros cañones, y los malayos nos contestaron disparando todo lo que tenían. Una flotilla de botes salió desde detrás del fortín, y durante un rato monopolizó nuestra atención. Las armas de pequeño calibre también nos resultaron útiles; y sembramos el caos entre los botes, pues nuestras balas los atravesaban y hundimos casi la mitad. El río se llenó de cabezas que aparecían y desaparecían bajo el agua; pero la marea las alejó de nosotros, y sus gritos y alaridos resonaron más allá del fortín y acabaron desvaneciéndose. Los demás botes advirtieron el peligro, dieron media vuelta y huyeron por el angosto paso, dejándonos solos por unas horas. Luego volvimos a centrarnos en el fortín. Apuntamos con nuestros cañones a los troncos de la empalizada, y, como es natural, hicimos fuego; pero estábamos demasiado cerca, y ellos, con sus mosquetes de chispa, nos mataban demasiado rápido, por lo que tuvimos que retroceder para quedar fuera de su alcance. Antes de retirarnos, vimos que el boquete que habíamos abierto en la empalizada era solo exterior, y que el verdadero fortín estaba dentro. Tuvimos que bajar por el río, ya que no podíamos cruzarlo sin peligro de encallar, pero eso solo nos permitió verlo de costado, y, por más que lo intentamos, no pudimos reconocer el terreno.

¡Fue un día espantoso e interminable! Hacía un sol abrasador, y, entre el calor, las moscas, la sed y la ira, estuvimos a punto de volvernos locos. La temperatura era tan alta que, si rozabas algo de metal, te quemabas. Con la pleamar, el capitán ordenó que lleváramos los botes delante del fortín; y allí nos fue de maravilla hasta que empezó a bajar la marea y tuvimos que retroceder. Para entonces se nos habían agotado casi las municiones, y pensamos que deberíamos batirnos en retirada; pero de pronto llegó la orden de cargar contra el enemigo, y al cabo de unos minutos luchábamos por nuestra vida cruzando el río directamente hacia la empalizada. Los hombres lanzaron su grito de guerra, y los piratas se asomaron por encima de la empalizada y blandieron sus *keris*; y más de uno cortó en pedazos las cabezas que había en las estacas, y se burló de nosotros, ¡como si quisiera decirnos que ésa sería nuestra suerte! Cuando llegamos al pie de la empalizada, todos habían desaparecido y reinaba un silencio sepulcral. Era evidente que tramaban algo, pero no sabíamos qué, hasta que vimos salir a toda velocidad, justo detrás del fortín, una nueva flotilla de botes. Nos volvimos hacia ellos y, al igual que antes, les hicimos picadillo. Esa vez la marea nos favoreció, y las cabezas que aparecían y desaparecían bajo el agua pasaron a nuestro lado por docenas. De vez en cuando se oía el terrible alarido de los que se veían arrastrados al fango por los caimanes. Al cabo de un rato, cuando los teníamos suficientemente vapuleados para coger nuestros ganchos de hierro y escalar la empalizada, el teniente segundo, que estaba en el bote más alejado, gritó:

—¡Volved a los botes! ¡Rápido, volved! ¡La marea está bajando!

Y, sin pensar, todos iniciamos la retirada. En un instante, el lugar se convirtió en un hervidero de malayos, que empezaron a dispararnos con tanta rapidez que, antes de que la marea nos permitiera huir, mataron a muchos hombres dentro de los botes.

No tenía sentido continuar peleando ese día, y, después de ayudar a los heridos y de reparar los botes, pues tenían muchos agujeros de bala que taponar, remamos de regreso al barco. Había sido un buen día para los caimanes, y, mientras avanzábamos entre unos bancos de lodo cada vez más altos con el reflujo de la marea, los veíamos indolentemente tumbados, como si estuvieran ahítos. ¡Sí! Y les había sobrado alimento para los tiburones de

alta mar; pues los hombres de a bordo nos contaron que de vez en cuando algo bajaba con la marea, apareciendo y desapareciendo entre el oleaje, hasta que se acercaba una aleta veloz y dejaba de haber pirata.

¡Bueno! Cuando subimos a bordo, los demás estaban impacientes por saber qué había ocurrido; y, al iniciar nuestro relato con las cabezas en las estacas de la empalizada roja, los hombres rechinaron los dientes, y el viejo Finisterre dijo:

—¡La empalizada roja! ¡No olvidaremos ese nombre! Pronto será nuestro turno, y entonces seremos nosotros los que la pintaremos por dentro.

Y, desde entonces, ése fue el nombre que dimos al lugar. Aquella noche el capitán semejaba un hombre que fuera a cometer un asesinato. Su rostro parecía de acero, y sus ojos despedían llamas. Era como si no tomara en consideración a los demás; y se mostraba tan duro como si su corazón fuera de hierro. Ordenó que se hiciera todo lo necesario por los heridos, pero le dijo al médico:

—Cúrelos enseguida. ¡Andamos muy escasos de hombres!

Hasta entonces nos había tratado como seres humanos, pero ¡ahora solo veía en nosotros máquinas de matar! Aunque, a decir verdad, pensaba en sí mismo de idéntica forma. Aquella noche, en dos ocasiones, perdió los estribos de un modo inusitado. Como es natural, los hombres hablaban del ataque, y se oían muchas fanfarronadas y bromas; todos estaban enardecidos, y algunos insensatos se tomaban a risa la sangre y las torturas. El capitán salió a cubierta y, mientras paseaba, vio a un hombre al que desagradaban los *keris*, y cuyo aspecto obviamente le disgustó, pues se giró sobre sus talones y exclamó con vehemencia:

—¡Que venga el médico!

Cuando éste acudió, el capitán le dijo, frío como el hielo, y con la mayor educación:

—Doctor Fairbrother, ¡aquí tiene a un enfermo! Mire lo pálido que está. Debe de tener el hígado mal. Es lo único que da ese color al rostro de un marinero cuando se dispone a luchar. Lléveselo a la enfermería, y haga algo por él. ¡De buena gana le arrancaría ese maldito hígado blanco[50]! —Y, con estas palabras, bajó a su camarote.

Bueno, si antes teníamos ganas, ahora hervíamos en deseos de luchar, y

todos comprendimos que el siguiente ataque a la empalizada roja sería el último, ¡para bien o para mal! Tuvimos que esperar dos días antes de salir, pues había que poner a punto botes y aparejos, y esa vez no podía haber errores.

Pasada la medianoche, empezamos a prepararnos. Cada uno se dirigió a su puesto. La luna estaba en lo alto del cielo, y había más luz que en un día londinense; y el capitán, a nuestro lado, comprobó que todos estábamos donde debíamos, sin que se le escapara el menor detalle. Poco después, mientras se cargaba el bote número seis, y, antes de que embarcara el oficial que iba al mando, apareció Tempest, el joven cadete; al verlo, el capitán le llamó y exclamó delante de toda la tripulación:

—¿Por qué está tan blanco? ¿Qué le pasa? ¿También tiene mal el hígado?

Es cierto que el muchacho estaba muy pálido, pero, ante aquel insulto ignominioso, se le agolpó la sangre a las mejillas, que vimos rojas a la luz de las estrellas. Instantes después, su rubor desapareció, y pareció más blanco que antes.

—No puedo evitar que la sangre huya de mi rostro, señor —respondió con voz suave, pero muy erguido—. Si cree que soy un cobarde por mi palidez, quizá tenga razón. Pero ¡cumpliré con mi deber de todas formas! —Y, tras decir esto, se puso firme y, llevándose la mano a la gorra, saltó al bote.

El viejo Finisterre estaba detrás de mí en el mismo bote que él (ellos en el número cinco y yo en el seis), y me dijo entre dientes:

—¡Ha sido demasiado duro! Debería haber pensado que solo es un niño. Además, vendría con nosotros aunque estuviera muy asustado.

Remamos sigilosamente, y nos adentramos en el río con la marea alta. Cualquiera que hubiera dudado en otras ocasiones si se sentía enardecido antes de la lucha, ahora estaba seguro. Fueron unos minutos desoladores, se lo aseguro, pues casi todos sabíamos que, ganáramos o no, aquella noche habría muchos coys vacíos en el George Ranger; pero estábamos decididos a obtener la victoria, aunque eso significara acabar en las fauces de caimanes y tiburones. Aprovechando la pleamar, fuimos directamente al fortín. Al principio, como es natural, nos habíamos deslizado por el río en silencio, y creo que cogimos a aquellos miserables por sorpresa, pues llegamos antes de

lo que imaginaban. En cualquier caso, aparecieron enseguida, y no tardó en haber música a ambos lados de la empalizada. En aquella ocasión, no queríamos correr riesgos con los bancos de lodo, por lo que corrimos al pie de la empalizada con nuestros ganchos de hierro. Descubrimos que habían reparado la brecha que habíamos abierto en nuestro último ataque. Lucharon como diablos, pues sabían que, si lográbamos entrar, los derrotaríamos en el combate cuerpo a cuerpo; y volvieron a mandar los botes para que nos atacaran por el flanco, como habían hecho siempre. Pero esa vez nada nos haría retroceder, y dejamos que los botes más alejados se ocuparan de ellos, mientras nosotros hacíamos nuestro trabajo.

Fue un combate largo y sangriento. Ellos se guarecían en el interior, y sabían que el tiempo era su aliado, ya que, si no lográbamos entrar, volveríamos a tener problemas con los bancos de lodo en cuanto bajara la marea. Pero nosotros también lo sabíamos, y actuamos con la mayor celeridad. Aun así, los hombres son humanos, al fin y al cabo, y no podíamos salvar la empalizada volando desde los botes; y a aquellos que conseguían trepar les daban unos tajos terribles (¡hay que ver lo bien que manejan el *keris!*). Teníamos el ánimo tan inflamado que olvidamos que el tiempo transcurría, y de pronto nos dimos cuenta de que los botes habían embarrancado.

El nivel del agua había descendido, y estábamos varados al pie de la empalizada roja, separados de la mitad de nuestros mejores botes. Quedábamos unos treinta hombres, y era obvio que teníamos que seguir luchando tanto si nos gustaba como si no. No importaba demasiado, en cualquier caso, pues estábamos decididos a continuar hasta el final. El capitán, al ver la situación, ordenó que pusieran los botes en mitad de la corriente y abrieran fuego contra el fortín, mientras nosotros hacíamos lo imposible por entrar. Era inútil que tratáramos de tender un puente sobre los pilotes, ya que ni los mástiles de un viejo setenta y cuatro cañones habrían servido. Estábamos en un aprieto, se lo aseguro, atrapados entre dos fuegos, pues los nuestros no podían disparar lo bastante alto para no alcanzarnos sin que las balas se perdieran por encima del fortín, y más de un proyectil cayó sobre nosotros. El cúter entró en liza, y empezó a pegar cañonazos. A los piratas no les gustó nada, se lo aseguro, y a nosotros tampoco, pues corríamos

el mismo peligro que ellos; hasta que el capitán advirtió nuestros padecimientos, y ordenó que cesara el fuego. Pero conocía bien su oficio, y concentró todo el fuego de la artillería en un lado de la empalizada, hasta abrir un gran boquete que nos permitía entrar. Al ver esto, los malayos se refugiaron en el interior del fortín. Esto nos dio un respiro, pues no podían dispararnos desde lo alto, y nuestras armas tenían alejados a los botes que podrían atacarnos desde el agua. Pero era muy peligroso, y empezamos a caer víctimas de las balas perdidas, y de las bombas de humo y granadas de mano que seguían arrojándonos desde el otro lado de la empalizada.

Comprendimos que había llegado el momento de asaltar el fortín, o acabarían con nosotros uno por uno. Varios de nuestros botes se dirigían ya a la abertura, y parecía haber menos ajetreo detrás de la empalizada; algunos piratas estarían en otro lugar, preparando más inventos diabólicos. Aun así, seguían teniendo cañones en el fortín, y era muy arriesgado que nuestros botes pasaran por el boquete. Uno de ellos lo intentó, y en un instante se fue a pique con un buen agujero. De modo que irrumpimos en el interior de la empalizada, y nos encontramos en un lugar muy estrecho entre dos muros de pilotes. En cualquier caso, aquel lugar estaba más seco, y fue un alivio dejar de estar hundidos en el fango hasta las rodillas. No había tiempo que perder, y Webster, el teniente segundo, nos dio la orden de escalar la siguiente empalizada.

No era muy alta, pero la parte inferior estaba cubierta de limo y la superior, de grasa; y, a pesar de nuestros esfuerzos, no conseguimos trepar por ella. Un tiro de pistola acabó con la vida del teniente, y por unos instantes pensamos que no teníamos jefe. El joven Tempest venía con nosotros, en silencio, tan pálido como un fantasma, pero arrimando el hombro como los demás. De repente gritó:

—¡Vamos, muchachos! Cogedme y lanzadme al otro lado. No peso mucho, y sé que, cuando esté dentro, todos me seguiréis.

Ningún hombre se movió. Tempest dio un taconazo en el suelo, y repitió con una voz fuerte y juvenil que no he olvidado:

—Marineros, ¡cumplid con vuestro deber! ¡Estoy al mando!

Al oír esto, todos nos pusimos firmes, como si estuviéramos en el cuartel. Entonces Jack Pring, al que llamábamos el Gigante porque medía casi dos

metros y era más fuerte que un buey, dijo:

—No es nuestro deber, señor, arrojar a un oficial al infierno.

El cadete le miró y asintió con la cabeza.

—¡Voluntarios para una misión peligrosa! —gritó, y todos los hombres dimos un paso al frente.

—¡Muy bien, muchachos! —exclamó—. Y ahora cogedme y lanzadme al otro lado. Arriaremos esa bandera, en cualquier caso —y señaló la bandera negra que ondeaba sobre el asta del fortín; después cogió el gallardete de nuestra flota y lo guardó en su pecho, añadiendo—: Esto quedará mejor.

—¿No podría hacerlo yo? —preguntó Jack; y la risa del joven resonó en nuestros oídos.

—¡Caramba! ¿Tiene alguien una grúa para levantar al Gigante?

Tempest ordenó que le agarráramos y, cuando vio dudar a Jack, le dijo:

—Siempre hemos sido buenos amigos, Jack, y quiero que seas uno de los últimos en tocarme.

De modo que Jack le cogió de un lado, y Finisterre dio un paso al frente y le cogió del otro. Los demás, a esas alturas, estábamos quitándonos botas y camisas, con el cuchillo entre los dientes. Los dos hombres lanzaron al muchacho con tanta fuerza que pasó limpiamente por encima de la empalizada. Oímos al otro lado del río los vítores de nuestros botes cuando iniciamos el asalto. En el interior del fortín todo pareció detenerse unos segundos; y vimos cómo el muchacho trepaba al asta de bambú, que se doblaba bajo su peso, y arrancaba la bandera negra. Después sacó nuestro gallardete y lo colgó en lo alto del palo; y, saludándonos con la mano, gritó un «¡hurra!» que resonó al otro lado del río. Entonces cayó abatido por un disparo; y aquellos miserables, con un alarido salvaje, se abalanzaron sobre él mientras los vítores de nuestros botes llegaban como si fueran truenos.

Nunca supimos exactamente cómo logramos salvar la empalizada. ¡Aún no puedo creer que lo hiciéramos! Pero, cuando saltamos al interior del fortín, vimos algo que yacía al pie del asta… completamente ensangrentado; ¡y los *keris* también estaban manchados de sangre! ¡Aquellos diablos habían hecho su trabajo! Pero sería el último, pues les atacamos con nuestros sables sin que saliera un sonido de nuestros labios, y ¡los aplastamos del mismo modo que una tormenta de granizo aplasta el maíz! No dejamos a nadie con

vida en el interior de la empalizada roja, ¡ni lo habríamos hecho aunque hubieran sido un millón!

Pasó un rato antes de que volviéramos a oír los gritos de nuestros compañeros, pues, ahora que habíamos tomado el fortín, los botes estaban remontando el río, y los hombres tenían que dedicar todas sus energías a remar.

Entre nosotros, aquel día dejamos como una patena el nido de los piratas. Destruimos todos los botes que había en el río, así como los dos barcos que andábamos buscando y otro que estaba siendo carenado. Derribamos y quemamos todas las casas, embarcaderos y empalizadas; y fuimos inmisericordes con los piratas que cayeron en nuestras manos. Algunos huyeron por un sendero que conocían entre los cenagales, por el que no pudimos seguirles. El sol estaba a punto de ponerse cuando volvimos al barco. Habría sido un regreso feliz, a pesar de las bajas, de no ser por algo cubierto con la bandera del Reino Unido que iba en el bote del capitán. ¡Pobre muchacho! Cuando lo subieron a bordo, y los hombres se acercaron a mirarlo, estaba más pálido que nunca; y todos supimos que el capitán se inclinaba sobre él y le besaba en la frente para reparar un agravio.

—Mañana le daremos sepultura —dijo—, pero en alta mar, como corresponde a un marino valeroso.

Al día siguiente, al amanecer, yacía sobre un armazón de madera, envuelto en su coy y con una bala en los pies. La tripulación se congregó, y el capellán leyó la oración fúnebre. Después habló un poco sobre él —cómo había cumplido con su deber, y era un ejemplo a seguir—, y dijo cuánto le queríamos y admirábamos todos. Entonces los hombres a los que habían encomendado la tarea se prepararon para levantar el armazón y dejar que el valeroso muchacho se reuniera con los demás héroes que reposan en el fondo del océano; pero el viejo Finisterre dio un paso al frente, saludó al capitán llevándose la mano a la gorra, y preguntó si podía decir unas palabras.

—¡Diga lo que quiera, amigo mío! —respondió el capitán; y escuchó a Finisterre muy erguido, con su sombrero de tres picos en la mano.

—¡Compañeros! Ya habéis oído lo que ha dicho el capellán. ¡El muchacho ha cumplido con su deber, y ha muerto como el valiente caballero que era! A todos nos gustaría que estuviera aquí, pero, a pesar de todo, no

podemos estar tristes por él, ni lamentar lo que ha hecho, aunque le costara la vida. Hubo un tiempo en que yo tenía un hijo, y deseaba para él lo que nunca quise para mí mismo: que adquiriera fama y honor y se convirtiera en un almirante de la flota, como otros hicieron antes. Pero ¡qué Dios me ayude!, preferiría verlo yaciendo bajo la bandera como este valeroso muchacho, sabiendo por qué está ahí, que con sus charreteras en el alcázar de un buque insignia. ¡Ha muerto por su reina, por su país y por el honor de la bandera! ¿Qué más se puede pedir?

El mayor Stede Bonnet, pirata por temperamento

Marcel Schwob
(1894)

Traducción: Marta Salís

MARCEL SCHWOB (1867-1915) nació en Chaville, en la región de la Isla de Francia, en el seno de una familia acomodada e ilustrada. Escritor culto y adscrito al simbolismo, se considera uno de los estilistas más refinados y exigentes de la literatura francesa. Especialista en François Villon y Robert Louis Stevenson (después de cartearse con él, viajaría a las islas Samoa para visitar su tumba), y traductor de William Shakespeare y Daniel Defoe, publicó una serie de textos breves, entre el relato y los poemas en prosa, que influirían notablemente en otros autores, como Guillaume Apollinaire, William Faulkner, Jorge Luis Borges y Roberto Bolaño. Entre sus obras cabe destacar: *Doble corazón* (1891), *El rey de la máscara de oro* (1893), *Mimos* (1893), *El libro de Monelle* (1894) y *La cruzada de los niños* (1896). *Vidas imaginarias* (1896), quizá su libro más influyente, recoge una sucesión de biografías protagonizadas por personajes históricamente datados, en los que realidad y ficción aparecen tan íntimamente ligadas que son casi imposibles de separar. Murió a los treinta y siete años víctima de una enfermedad de la que cual solo se sabe que fue extraña y atroz.

«El mayor Stede Bonnet, pirata por temperamento» («Le Major Stede Bonnet, pirate par humeur») es una de las veintidós biografías de *Vidas imaginarias*, publicadas originalmente en *Le Journal* en 1894, y dos años más tarde en forma de libro (Charpentier, París). El tono paródico del narrador acentúa la desmesura de los planes del protagonista en relación con la dura realidad. Su carácter fantasioso y paradójico es realmente raro en el género de la literatura de piratas.

El mayor Stede Bonnet, pirata por temperamento

El mayor Stede Bonnet era un militar retirado que vivía en sus plantaciones de la isla de Barbados hacia 1715. Sus campos de caña de azúcar y de café le reportaban buenas ganancias, y disfrutaba fumando el tabaco que él mismo cultivaba. Había estado casado, pero su matrimonio no había sido feliz, y decían que su mujer lo había trastornado. En efecto, sus excentricidades no empezaron hasta que cumplió los cuarenta, y al principio sus vecinos y criados cedieron inocentemente a sus caprichos.

El mayor Stede Bonnet tenía esta obsesión: aprovechar cualquier oportunidad para despreciar la táctica terrestre y alabar la marina. Solo hablaba de Avery, de Charles Vane, de Benjamin Hornigold y de Edward Teach. Eran, según él, valerosos navegantes y hombres de iniciativa. En aquel tiempo saqueaban el mar de las Antillas. Si alguien los llamaba piratas delante del mayor, éste gritaba:

—Alabado sea Dios por haber permitido a estos piratas, como dice usted, ser ejemplo de la vida libre y comunitaria que llevaban nuestros antepasados. Entonces nadie poseía riquezas, ni mujeres, ni esclavos para obtener el azúcar, el algodón o el índigo; sino que un dios generoso abastecía a todos y cada uno recibía su parte. Por eso admiro tanto a los hombres libres que comparten los bienes y llevan juntos una vida de compañeros de fortuna.

Cuando recorría sus plantaciones, el mayor daba a menudo palmadas en

la espalda a algún trabajador, y le decía:

—Y ¿no harías mejor, estúpido, estibando en una urca o bergantín los fardos de la planta miserable que cultivas con el sudor de tu frente?

Casi todas las noches, el mayor reunía a sus sirvientes en el granero, donde les leía, a la luz de una vela y entre los zumbidos de las moscas de colores, los grandes episodios de los piratas de la Hispaniola y la isla de la Tortuga. Pues unas octavillas informaban de sus saqueos en pueblos y granjas.

—¡Maravilloso Vane! —exclamaba el mayor—. ¡Intrépido Hornigold, verdadero cuerno de la abundancia repleto de oro! ¡Sublime Avery, cargado de joyas del gran Mogol y del rey de Madagascar! ¡Admirable Teach, capaz de manejar una tras otra a catorce mujeres, y librarse de ellas, y al que se le ocurrió prestar todas las noches a la última (de solo dieciséis años) a sus mejores compinches (por pura generosidad, grandeza de espíritu y ciencia mundana) en su bonita isla de Okerecok! ¡Oh, qué feliz sería el que siguiera vuestra senda, el que bebiese su ron contigo, Barbanegra, patrón de La Venganza de la Reina Ana!

Discursos todos ellos que sus criados escuchaban asombrados y en silencio; y las palabras del mayor solo eran interrumpidas por el ruido apagado de los pequeños lagartos, a medida que caían del techo, pues el miedo les debilitaba las ventosas de las patas. Luego el mayor, protegiendo la vela con la mano, trazaba con el bastón, entre las hojas de tabaco, todas las maniobras navales de estos grandes capitanes y amenazaba con la Ley de Moisés (así llaman los piratas a una paliza de cuarenta latigazos) a cualquiera que no comprendiera la agudeza de las evoluciones tácticas propias de los filibusteros.

Finalmente, el mayor Stede no pudo resistirlo más; y, después de comprar una chalupa de diez cañones, la equipó de cuanto conviene a la piratería: machetes, arcabuces, escalas, tablones, arpeos, hachas, Biblias (para prestar juramento), barriles de ron, faroles, hollín para tiznarse el rostro, pez, mechas destinadas a arder entre los dedos de los ricos mercaderes y muchas banderas negras con calaveras blancas, dos tibias cruzadas y el nombre del barco: La Venganza. Entonces hizo subir a bordo a setenta de sus criados y levó anclas, de noche, rumbo al oeste, pegado a San Vicente para doblar el Yucatán y

saquear todas las costas hasta Savannah (donde no llegó).

El mayor Stede Bonnet no sabía nada de las cosas del mar. Empezó, pues, a perder la cabeza entre el compás y el astrolabio, confundiendo artimón con artillería, trinquete con trinchera, botalón con batallón, fuego de carronada con fuego de cañón, escotilla con escobilla, la orden de cargar el barco con la de cargar velas; en pocas palabras, tan agitado por el tumulto de las palabras desconocidas y el movimiento inusitado de la mar que habría vuelto a la tierra de Barbados si el glorioso deseo de izar la bandera negra a la vista del primer navío no le hubiera hecho ceñirse a su plan. No había embarcado provisiones, pues contaba con el pillaje. Pero la primera noche no divisaron la luz de ninguna urca. El mayor Stede Bonnet decidió entonces atacar un pueblo.

Hizo formar a sus hombres en el puente, les dio machetes nuevos y les exhortó a mostrar la mayor ferocidad; luego pidió que le trajeran un cubo de hollín con el que se tiznó el rostro, ordenándoles que siguieran su ejemplo, cosa que hicieron alborozados.

Finalmente, recordando la conveniencia de estimular a la tripulación con alguna bebida propia de piratas, les hizo echarse al coleto una pinta de ron mezclado con pólvora (al no tener vino, el ingrediente más común de la piratería). Los criados del mayor obedecieron; pero, cosa rara, sus caras no se inflamaron de ira. Se dirigieron juntos, casi al mismo tiempo, a babor y a estribor, y, asomando sus rostros negros por la borda, ofrecieron aquella mixtura al proceloso mar. Acto seguido, como La Venganza estaba prácticamente varada en la costa de San Vicente, desembarcaron tambaleándose.

Era por la mañana, y la expresión de sorpresa de los lugareños no incitaba a la cólera. Ni siquiera el corazón del mayor estaba para gritos. Hizo entonces con altanería sus compras de arroz y de legumbres secas con carne de cerdo salada, que pagó (a la manera de un pirata y con gran nobleza, en su opinión) con dos barricas de ron y un viejo cable. Luego sus hombres consiguieron con gran esfuerzo que La Venganza desembarrancara; y el mayor Stede Bonnet, orgulloso de su primera conquista, volvió a la mar.

Navegaron todo el día y toda la noche sin saber de dónde soplaba el viento. Hacia el amanecer del segundo día, cuando dormitaba apoyado en la

bitácora del timonel, de lo más incómodo con el machete y el trabuco, el mayor Stede Bonnet se despertó con el grito:

—¡Ah de la chalupa!

Y vio a menos de doscientos metros la botavara de un navío que se balanceaba. Había un hombre muy barbudo en la proa. Una pequeña bandera negra ondeaba en el mástil.

—¡Iza nuestra bandera pirata! —ordenó el mayor Stede Bonnet.

Y, recordando que su rango era del ejército de tierra, decidió sobre la marcha cambiar de nombre, siguiendo algunos ilustres ejemplos. Sin tardar contestó:

—Chalupa La Venganza a mi mando, capitán Thomas, con mis compañeros de fortuna.

Al oír esto, el hombre barbudo se rió.

—Bien hallado, compañero —dijo—. Podemos navegar en conserva. Venid a beber un poco de ron a bordo de La Venganza de la Reina Ana.

El mayor Stede Bonnet comprendió enseguida que acababa de conocer al capitán Teach, Barbanegra, el más famoso de cuantos admiraba. Pero su alegría fue menor de lo que hubiera esperado. Tuvo la sensación de que iba a perder su libertad de pirata. Taciturno, subió a bordo del navío de Teach, que le recibió con gran cortesía, con el vaso en la mano.

—Compañero —dijo Barbanegra—, te aprecio muchísimo. Pero no eres prudente navegando. Si confías en mí, capitán Thomas, y te quedas en nuestro hermoso barco, yo haré que dirija tu chalupa ese hombre valiente y experimentado llamado Richards; y en el navío de Barbanegra podrás disfrutar de la vida libre y ociosa de un caballero de fortuna.

El mayor Stede Bonnet no osó llevarle la contraria. Le quitaron el machete y el trabuco. Prestó juramente sobre el hacha (Barbanegra no podía soportar la visión de una Biblia), y le asignaron su ración de galletas y de ron, así como su parte en futuros botines. Al mayor no se le había pasado por la cabeza que la vida de los piratas estuviera tan reglamentada. Padeció los ataques de ira de Barbanegra y los contratiempos de la navegación. Habiendo partido de Barbados como caballero, para ser pirata a su manera, no le quedó otro remedio que convertirse en un verdadero pirata en La Venganza de la Reina Ana.

Llevó esta vida tres meses, en los que ayudó a su capitán en trece abordajes; y luego se las arregló para volver a su propia chalupa, La Venganza, al mando de Richards. Y fue una decisión acertada, pues la noche siguiente Barbanegra, a la entrada de su isla de Okerecok, fue atacado por el teniente Maynard, que venía de Bathtown. Barbanegra murió en el combate, y el teniente ordenó que le cortaran la cabeza y la amarraran en el penol del bauprés; así lo hicieron.

Entretanto, el pobre capitán Thomas huyó hacia Carolina del Sur y navegó apesadumbrado unas semanas más. El gobernador de Charlestown, advertido de su paso, envió al capitán Rhet para que lo capturara en la isla de Sullivans. El capitán Thomas se dejó coger. Fue conducido a Charlestown con gran pompa, bajo el nombre de mayor Stede Bonnet, identidad que volvió a asumir en cuanto pudo. Fue encarcelado hasta el 10 de noviembre de 1718, fecha en que compareció ante la corte del vicealmirantazgo. El presidente del tribunal, Nicolas Trot, le condenó a muerte con este bellísimo discurso:

—Mayor Stede Bonnet, es usted culpable de dos delitos de piratería, pero sabe que ha saqueado al menos trece navíos. Así que podrían imputársele once cargos más; pero dos serán suficiente —dijo Nicolas Trot—, pues van en contra de la ley divina que ordena: no robarás (Éxodo, 20, 15), y el apóstol san Pablo declara expresamente que los ladrones no heredarán el Reino de Dios (Corintios I, 6, 10). Y además es usted culpable de homicidio: y los asesinos —añadió Nicolas Trot— se consumirán también en el lago abrasador de fuego y azufre que es la segunda muerte (Apocalipsis, 21, 8). Y ¿quién podrá, así, habitar en el fuego eterno? (Isaías, 33, 14). ¡Ah!, mayor Stede Bonnet, me temo que los principios religiosos que le inculcaron en su juventud —prosiguió Nicolas Trot— se han corrompido con su mala vida y excesiva entrega a la literatura y a la vana filosofía de estos tiempos; pues, si su placer hubiera residido en la ley de lo Eterno —señaló Nicolas Trot—, y hubiera meditado sobre eso día y noche (Salmos, 1, 2), habría comprendido que la palabra de Dios era una antorcha a sus pies y una luz en su sendero (Salmos, 119, 105). Pero no lo ha hecho. Así que lo único que le queda es confiar en el Cordero de Dios —dijo Nicolas Trot— que quita el pecado del mundo (Juan, 1, 29), que ha venido a salvar lo que estaba perdido (Mateo, 18,

11), y ha prometido acoger a quien volviera a él (Juan, 6, 37). De manera que si quiere volver a él, aunque sea tarde —continuó Nicolas Trot—, como los obreros de la undécima hora en la parábola de los trabajadores de la viña (Mateo, 20, 6-9), todavía podrá recibirlo. No obstante, el tribunal dictamina —dijo Nicolas Trot— que sea usted conducido al lugar de la ejecución donde será colgado por el cuello hasta que la muerte le sobrevenga.

El mayor Stede Bonnet, después de escuchar arrepentido el discurso del presidente del tribunal, Nicolas Trot, fue ahorcado ese mismo día en Charlestown por ladrón y pirata.

Un mar de hielo

(fragmento de *El Fram más allá del Ártico*)
Fridtjof Nansen
(1897)

Traducción: Melitón Cardona

FRIDTJOF NANSEN (1861-1930) nació en Christiania, actual Oslo. Estudió zoología y trabajó en el Museo de Historia Natural de Bergen. En 1889 cruzó por primera vez Groenlandia de este a oeste, unos quinientos kilómetros, sobre unos esquíes y a una temperatura de cuarenta y cinco grados bajo cero. Gracias a esta hazaña, consiguió que la Sociedad Geográfica Noruega aprobara su nuevo proyecto, una expedición marítima al Polo Norte, para la que construyó el Fram [Adelante], un barco diseñado para soportar la presión del hielo. En 1893 el Fram se dejó ir a la deriva rumbo al Ártico, en un viaje que duraría más de tres años. Cuando Nansen comprendió que, debido al incierto rumbo y a la lentitud de la deriva, la nave tardaría cinco años en llegar al Polo, decidió desembarcar con Johansen, el más hábil conductor de perros, y alcanzarlo en trineo. El 14 de marzo de 1895 los dos hombres se despidieron de sus compañeros, que quedaron al mando de Otto Sverdrup, capitán del Fram. El barco seguiría a la deriva hasta el 13 de agosto de 1896, fecha en que dejaría el hielo atrás. El 17 de junio de ese mismo año, otra expedición había encontrado a Nansen y a Johansen en la Tierra de Francisco José, un archipiélago del Ártico. Aunque nunca llegó al Polo Norte, Nansen demostró su teoría de la deriva polar. Además de científico y explorador, fue un importante diplomático. Alto comisionado de la Sociedad de Naciones, creó el «pasaporte Nansen», un documento internacional de identidad que permitió liberar y repatriar a más de 450.000 prisioneros. En 1922 ganó el Premio Nobel de la Paz.

Nansen narraría los avatares de su azarosa expedición en *El Fram más allá del Ártico (From over Polhavet)*, que se publicó en 1897 (Aschehoug, Oslo). El fragmento elegido se encuentra en el apéndice del libro, escrito por el capitán Otto Sverdrup después de que Nansen y Johansen partieran solos hacia el Polo.

Un mar de hielo

(fragmento de *El Fram más allá del Ártico*)

La mañana del 21 nos despertó un violento crujido a popa. Nordahl bajó a ponerme en guardia, diciendo que el hielo amenazaba con derrumbarse sobre el barco. Descubrimos que una masa enorme se había comprimido y elevado cayendo sin obstáculos sobre nuestra popa; pero el Fram ya había pasado por situaciones parecidas y de nuevo aguantaba bien la presión. El hielo se había partido al chocar contra la recia popa y rodeaba ambos costados del barco a la altura de la cubierta intermedia, llegando hasta los obenques del palo de mesana. El Fram estaba ya casi a flote, y el hielo de alrededor se había dividido en una masa de témpanos de menor tamaño. Como las fuertes corrientes los arrastraban, no era tarea fácil moverse porque en cualquier momento se corría el riesgo de caer sobre la nieve derretida.

El 13 de mayo al atardecer, el corredor entre la pared de hielo y el barco empezó a hacerse mucho más grande, y en dos horas alcanzó los ochenta metros de ancho. Desde la cofa, divisé al sudeste un amplio canal, que se extendía hacia el sur hasta donde alcanzaba la vista; y el canal que se abría a nuestra popa se extendía hacia el nordeste hasta donde yo podía ver. Por consiguiente, salí en la chalupa para tratar de encontrar un paso que condujera al canal que iba al sudeste; pero fue en vano. Después de cenar, intenté de nuevo ir hacia el sur, pero seguí sin encontrar un paso. A las diez de la noche volví a subir a la cofa, y vi que el canal se había ensanchado

considerablemente y se extendía hacia el sur hasta donde alcanzaba la vista, bajo un aire oscuro.

Scott-Hansen y yo reflexionamos sobre lo que procedía hacer. Aunque no creí que fuera beneficioso, dadas las circunstancias, decidimos intentar liberar el barco. Primero hicimos explotar seis minas de pólvora en un mismo sitio, sin resultado. Luego tratamos de hacerlo con algodón pólvora. A las tres de la madrugada, decidimos poner término a las operaciones, ya que el hielo era tan grueso que el taladro era incapaz de perforarlo y la banquisa mezclada con barro, tan densa que nos era imposible desplazar los témpanos. A las ocho de la mañana pusimos otras dos minas que Scott-Hansen y Nordahl habían preparado por la noche, pero ninguna de las dos estalló. Un par de minas que habíamos hecho explotar durante el día habían producido algún efecto, pero tan nimio que no valía la pena continuar. Nos vimos obligados a esperar que la condición del hielo mejorara.

La primera quincena de enero, el tiempo fue generalmente bueno, despejado y con una temperatura de -40º o -50º. El día más frío fue el 15, cuando el termómetro marcó entre -50º y -52º. La segunda quincena de enero, la temperatura subió considerablemente, pero volvió a bajar en febrero; el día 13 llegó a -48º, y luego subió ligeramente hasta -35º, y así continuó el resto del mes. El 5 de marzo, el termómetro volvió a marcar -40º para después subir rápidamente. Así, el 12 de marzo estuvimos a -12º, y el 27 a -6º con algunos intervalos más fríos, desde luego. Abril fue bastante gélido en general, alrededor de -25º; el día 13 fue el más frío con -24º. La primera semana de mayo también fue bastante heladora, entre -20º y -25º; la segunda, algo más templada, alrededor de -14º; y el 21 de mayo fue la primera vez que no heló este año y el termómetro marcó al anochecer 0,9º.

Algunos días de aquel invierno se caracterizaron por considerables y repentinos cambios de temperatura. Un ejemplo fue el viernes 21 de febrero. Por la mañana estuvo nublado con una fuerte brisa del sudeste. A última hora de la tarde el viento cambió de pronto al sudoeste, y se moderó hasta alcanzar una velocidad de catorce pies; y la temperatura pasó de -7º a -25º poco antes de que cambiara el viento, para volver a subir rápidamente a -6,2º a las ocho de la noche.

En mi diario anoté ese día: «Mientras andaba por cubierta antes de

acostarme, eché un vistazo a popa. Cuando salí de la tienda, sentí una corriente de aire tan cálida que lo primero que pensé es que había fuego a bordo. Enseguida me percaté, sin embargo, de que la temperatura había subido bruscamente desde que había estado por última vez al aire libre. Luego Scott-Hansen y yo pusimos un termómetro en la tienda del buque: marcaba -19º mientras en el exterior hacía -6º. Paseamos un buen rato aspirando grandes bocanadas de aire cálido. Era indescriptiblemente agradable sentir la caricia del aire templado en las mejillas, porque hay una gran diferencia entre esa temperatura y respirar diariamente un aire entre -40º y -50º. Personalmente, no me molesta demasiado, pero muchos se quejan de un dolor profundo en el pecho. Lo único que noto cuando hago mucho ejercicio es que mi boca se queda seca».

[…]

A las seis de la mañana, Pettersen irrumpió en mi camarote y me dijo que había visto un par de osos cerca del Fram. Me apresuré a subir a cubierta, pero estaba tan oscuro que fui incapaz de divisarlos por mucho que Pettersen señalara hacia donde estaban. Finalmente, los vi trotar plácidamente hacia el barco; se detuvieron a menos de ciento cincuenta metros. Traté de apuntar, pero estaba tan oscuro que no podía fiarme de mi puntería. Esperé un poco, confiando en que se acercaran, pero se quedaron inmóviles observando el barco, y de repente dieron media vuelta y desaparecieron. Pregunté a Pettersen si podía freír algo que atrajera con su olor a los osos. «¡Que me aspen si no es así!», y arrojó por la borda el contenido de una sartén. Hacía tiempo que los osos habían desaparecido. Hacía frío, unos -35º calculé, y bajé a ponerme el abrigo de piel, pero, antes de que pudiera hacerlo, Bentzen apareció corriendo y me dijo que me apresurara porque los osos habían vuelto. Subimos a toda velocidad, y vimos que los animales estaban a tiro, a menos de cien metros. Me agaché detrás del pasamanos, apunté bien y… fallé el tiro. Los osos parecieron sorprendidos y a punto de emprender la retirada. Volví a cargar el rifle y disparé al más grande. Cayó patas arriba.

Disparé al otro y dio una buena voltereta antes de caer. Después los dos se levantaron, dieron unos pasos y volvieron a caer. Les disparé sendos tiros, los últimos que me quedaban, pero no fue suficiente para abatir a aquellos longevos animales. Pettersen se mostró la mar de interesado en aquel deporte. Bajó la pasarela a toda prisa y corrió desarmado hacia los osos, pero debió de sentir cierta inquietud porque pidió a Bentzen que le siguiera. A Bentzen, que tampoco estaba armado, no le gustó nada la idea de perseguir a dos osos heridos. Después de hacerme con unos cartuchos, alcancé a Pettersen a medio camino entre el Fram y los osos. Los animales se arrastraban a lo largo de una falla; me detuve a menos de treinta metros, pero antes tuve que gritar a Pettersen, quien, en su entusiasmo, corría delante de mí y estaba justo en mi ángulo de tiro. Finalmente, la hembra recibió un disparo mortal en la cabeza, y yo corrí a lo largo de la falla para ver dónde estaba el otro animal. De pronto asomó la cabeza y le metí una bala en el cuello.

Llamamos a toda la tripulación y el regocijo fue enorme. Se nos hacía la boca agua pensando en la deliciosa carne fresca que podríamos disfrutar mucho tiempo. Hacía unos dieciséis meses que no habíamos matado un oso, y catorce que no teníamos carne fresca, dejando aparte un par de platos de carne de foca y de aves que habíamos abatido en invierno. Bendecimos la sabrosa sartén de Pettersen, y cortamos la carne en filetes, picadillo, piezas para asar, etc. Incluso guardamos los huesos para sopa. Las costillas resultaron lo más suculento. Las tomamos para cenar, y todo el mundo aseguró que eran un manjar de dioses. Nos servimos grandes raciones, esperando que no tardaran en acercarse más osos. Desde aquel día, Pettersen se obsesionó tanto con la caza de estos animales que no hablaba de otra cosa. Un día se le metió en la cabeza que por la noche aparecería alguno. Estaba tan convencido que hizo todo tipo de preparativos nocturnos y pidió a Bentzen que le ayudara. Bentzen tenía el turno de guardia de la mañana y se comprometió a llamarlo tan pronto como llegaran las fieras. Un bromista, que quería ver cómo Pettersen disparaba a un oso, tuvo la precaución de colgar una campanilla en el rifle de Bentzen para no perdérselo. Por desgracia, no apareció ningún oso. Sin embargo, Pettersen estaba tan empecinado en matar uno que tuve que prometerle que le dejaría disparar cuando yo estuviera bien preparado, por si acaso sucedía lo inconcebible y él fallaba… algo de lo que

difícilmente podría recuperarse.

El bote salvavidas

Stephen Crane
(1897)

Traducción: Aurelio Martínez Benito

STEPHEN CRANE (1871-1900) nació en Newark (Nueva Jersey) en 1871, decimocuarto hijo de un pastor metodista. Aunque siguió algunos cursos en la Universidad de Syracuse y en el Lafayette College, su formación fue incompleta e irregular, y siempre se reconoció un mal estudiante. Trabajó como periodista en Syracuse y en Nueva York, donde su experiencia en los bajos fondos le llevó a escribir *Maggie, una chica de la calle* (1893). La novela, que publicó por su cuenta, pasó inadvertida, aunque con el tiempo habría de ser considerada la primera aportación norteamericana a la estética naturalista. Colaboró con relatos y esbozos en varios periódicos, pero el éxito le llegó con *La roja insignia del valor* (1894), cuyas innovaciones en el género de la novela de guerra tuvieron perdurable influencia. Fue corresponsal en la guerra greco-turca de 1897 y en la de Cuba en 1898. En 1897 se instaló en Inglaterra. Murió de tuberculosis en un sanatorio de Badenweiler en Alemania, a los veintinueve años.

«El bote salvavidas» («The Open Boat»), para H. G. Wells, «la cima literaria de su autor», apareció por primera vez en la *Scribner's Magazine* en junio de 1897, y luego formó parte del volumen *The Open Boat and Other Tales of Adventure*, publicado por Doubleday & McClure (Nueva York, 1898). Crane se había embarcado en el US Commodore rumbo a Cuba, para cubrir como corresponsal la sublevación que se gestaba contra el gobierno español, cuando el vapor naufragó frente a las costas de Florida; él y otros tres hombres, a bordo de un bote, lograron alcanzar la costa. Este relato es la crónica de su ardua desventura, prácticamente minuto a minuto, que, como en «Gúsiev» de Chéjov, los demás hombres ignoran y ante la que el mar (la naturaleza, el universo) es indiferente.

El bote salvavidas

(Una historia que intenta ser fiel a los hechos: el relato de las vicisitudes de cuatro hombres del buque naufragado Commodore)

I

Ninguno de ellos sabía de qué color era el cielo. Sus ojos, clavados en las olas que se les venían encima, solo miraban al frente. Las olas eran de color pizarra, salvo las crestas, que eran de espuma blanca, y aquellos hombres conocían bien los colores del mar. El horizonte se estrechaba y ensanchaba, descendía y se alzaba, y en todo momento su límite se veía dentado por las olas que a veces parecían surgir como peñascos.

Seguro que muchos tienen en su casa una bañera mayor que aquel bote que surcaba las aguas del mar. Las olas eran implacable e increíblemente abruptas y altas, y cada cresta de espuma constituía un obstáculo para el avance de una barquichuela como aquélla.

El cocinero, que estaba acurrucado en el fondo de la embarcación, no apartaba la visa de los quince centímetros de regala que les separaban del océano.

Tenía la camisa remangada sobre los gruesos antebrazos, y las dos solapas de su chaleco desabotonado oscilaban cada vez que se doblaba para

achicar el agua del bote. De vez en cuando exclamaba: «¡Dios Santo! De milagro nos hemos librado de ésta». Siempre que hacía semejante observación miraba hacia el este, por encima del turbulento mar.

El engrasador, que mantenía el rumbo del bote con uno de los remos, se levantaba a veces de repente para evitar el embate del agua, que entraba haciendo remolinos por la popa. El remo era pequeño y ligero, y con frecuencia parecía a punto de romperse.

El corresponsal, que empuñaba el otro remo, observaba las olas y se preguntaba por qué razón estaba él allí. El capitán, lesionado, estaba a la sazón sumido en esa profunda sensación de abatimiento e indiferencia que se apodera, temporalmente al menos, aun de los hombres más intrépidos y dotados de mayor resistencia, cuando, sin remisión posible, la compañía quiebra, el ejército es derrotado o el barco se hunde. Un capitán de barco nunca deja de pensar en la nave que gobierna, ya lo haga un solo día o durante diez años. Este capitán, en concreto, recordaba angustiosamente una escena en medio del brumoso amanecer: siete rostros se hallaban vueltos hacia él cuando una toza del palo mayor rematada con una bola blanca, que azotaba las olas en continuo vaivén, se hundió poco a poco hasta desaparecer entre las aguas. Después, advirtió que en su voz había algo extraño. Aunque firme, su timbre revelaba una profunda queja, un tono que desbordaba toda clase de plegarias o lágrimas.

—Vira el bote un poco más hacia el sur, Billie —dijo.

—Un poco más hacia el sur, señor —repitió el engrasador desde la popa.

Apenas había diferencia entre un asiento en aquel bote y la montura de un potro cerril que no cesara de pegar violentos brincos y, por seguir con la misma comparación, un potro no era mucho más pequeño. La embarcación se encabritaba, se empinaba y cabeceaba como si fuese un animal. Al llegar las olas y alzarse el bote a su encuentro, parecía un caballo atacando una gigantesca valla. El modo en que el bote se revolvía sobre aquellas murallas de agua tenía algo de místico; por si fuera poco, solía tropezar en la cima con los mismos obstáculos que en los rápidos: la espuma que desciende con celeridad desde la punta de cada ola y que obliga a dar un nuevo salto, un salto en el vacío. Luego, tras chocar desdeñosamente con una cresta, el bote se deslizaba, corría y chapoteaba pendiente abajo y, después de dar unos

cuantos bandazos y cabeceos, se encontraba ante la siguiente amenaza.

Uno de los inconvenientes peculiares del mar radica en el hecho de que, cuando logra superarse una ola, se descubre que detrás viene otra, no menos importante y no menos nerviosamente deseosa de aportar su granito de arena a la tarea de hundir embarcaciones. En un bote de tres metros, uno puede forjarse una idea de los recursos del mar, en cuanto a olas se refiere, que raramente puede imaginar un individuo normal, que desconoce lo que es encontrarse en una barca en alta mar. A medida que las murallas de agua pizarrosa se acercaban, todo lo demás desaparecía de la vista de los hombres del bote, y no tenía nada de extraño que pensasen que justo aquella ola era el embate final del océano, el esfuerzo postrero de tan siniestras aguas. Había un donaire terrorífico en el movimiento de la olas, las cuales, dejando aparte el gruñido de las crestas, llegaban en silencio.

En medio de aquella luz mortecina, las caras de los hombres debían de tener un color gris. Sus ojos, que no cejaban de mirar a popa, debían de brillar de forma extraña. Contemplada desde un balcón, seguro que la escena entera resultaría increíblemente pintoresca. Pero aquellos hombres no tenían tiempo para ver nada y, de haberlo tenido, no les faltaban otras cosas en que ocupar sus pensamientos. El sol fue alzándose poco a poco en el firmamento, y únicamente advirtieron que era de día porque el color del mar había dejado de ser pizarroso para transformarse en un verde esmeralda veteado de luces ambarinas y porque la espuma parecía una copiosa nevada. Ni se enteraron de que el día despuntaba. Solo se percataron del cambio que se había producido por el color de las olas que avanzaban hacia ellos.

Hablando de forma inconexa, el cocinero y el corresponsal discutían sobre la diferencia que hay entre un puesto de salvamento y un refugio. El cocinero había dicho:

—Justo al norte de la ensenada de Mosquito hay un refugio. En cuanto nos vean vendrán en nuestro auxilio, ya verás.

—¿En cuanto nos vea quién? —preguntó el corresponsal.

—El personal que está de guardia —contestó el cocinero.

—En los refugios no hay nadie —observó el corresponsal—. Si no me equivoco, son solo sitios donde se almacena ropa y comida para socorrer a los náufragos. No hay nadie que los atienda.

—Oh, sí. Ya lo creo que sí —dijo el cocinero.

—No, te digo que no —replicó el corresponsal.

—En todo caso, aún no hemos llegado —dijo el engrasador desde la popa.

—Bueno —observó el cocinero—, quizá no sea un refugio lo que digo que hay junto al faro de la ensenada de Mosquito. A lo mejor es un puesto de salvamento.

II

Cada vez que el bote daba un brinco desde la cresta de una ola, el viento levantaba con violencia el pelo de aquellos hombres con la cabeza descubierta, y cuando la embarcación volvía a desplomarse sobre la popa, los chorros de espuma restallaban por encima de ellos como cuchilladas. La cresta de cada una de aquellas olas era un montículo desde cuya cima los hombres contemplaban por unos instantes una inmensa y tumultuosa extensión, reluciente y hendida por el viento. Probablemente era espléndido, probablemente era glorioso aquel retozar del mar abierto, desbordante de luces de tonos esmeralda, blanco y ambarino.

—Por suerte, el viento sopla hacia tierra —dijo el cocinero—. Si no, no sé dónde estaríamos. De ésta sí que no salíamos.

—Es verdad —observó el corresponsal.

El engrasador, sin dejar de remar, asintió con la cabeza.

El capitán, que iba en la proa, rió entre dientes de una forma que expresaba humor, desdén y dramatismo, todo a la vez.

—Pero ¿acaso os creéis que hemos salido ya de ésta? —preguntó.

Por toda respuesta, los otros tres guardaron silencio, un silencio apenas interrumpido por ligeras toses y carraspeos. Cualquier muestra de optimismo en semejantes circunstancias les habría parecido pueril y estúpida, pero hacían todo lo posible por aferrarse a tal posibilidad. En ocasiones así la gente joven adopta una actitud porfiada. Por otra parte, desde un punto de vista ético, su situación les hacía rechazar de plano cualquier indicio de

desesperanza. Así que callaban.

—Oh, vamos —dijo el capitán, tratando de animar a sus muchachos—. Ya veréis cómo al final logramos salvarnos.

Pero algo había en el tono de sus palabras que hizo reflexionar a los demás. Así que el engrasador precisó:

—Pues claro, ¡siempre que la resaca no nos envíe al infierno!

Gaviotas, como tejidas de franela lisa, volaban cerca y lejos de ellos. A veces se posaban en el mar, junto a manchones de algas marrones que se arrastraban sobre las olas con un movimiento similar al que produciría una hilera de alfombras en medio de una galerna. Las aves, que se posaban plácidamente en bandadas, concitaban en el bote las envidias de más de uno, pues la cólera del mar no significaba para ellas más que para una pollada de chalchalacas a más de mil kilómetros tierra adentro. A menudo se acercaban mucho y se quedaban mirando fijamente a aquellos hombres con sus ojos negros, como abalorios. En tales ocasiones se mostraban misteriosas y siniestras mientras escudriñaban a los hombres sin el más leve parpadeo; éstos, coléricos, les lanzaban toda suerte de improperios para que se marcharan. Una de las gaviotas parecía resuelta a posarse en la cabeza del capitán. El ave volaba paralela al bote y, en lugar de describir círculos en el aire, daba saltitos de costado, como hacen los pollos. Sus ojos negros no perdían de vista la cabeza del capitán.

—¡Maldito bicharraco! —espetó el engrasador al ave—. Parece como si te hubiesen cincelado con una navaja.

El cocinero y el corresponsal soltaron horrendas imprecaciones contra el animal. Seguro que al capitán le habría encantado pegarle un golpe con una gruesa amarra, pero no se atrevía a hacerlo porque habría bastado el menor movimiento brusco para que el ya cargado bote zozobrase; así que, con la palma de la mano extendida, ahuyentó a la gaviota con sumo cuidado y delicadeza. Una vez el ave cejó en su persecución, el capitán pudo respirar tranquilo sin temer por sus cabellos, al igual que hicieron los demás náufragos, pues en semejante trance la gaviota les parecía un bicharraco de mal agüero.

Entretanto, el engrasador y el corresponsal no paraban de remar. Iban sentados juntos en el mismo banco y cada uno empuñaba un remo. Luego, el

engrasador cogió los dos remos; seguidamente hizo lo propio el corresponsal; después le tocó el turno al engrasador, y luego nuevamente al corresponsal. Remaban sin parar. El momento más delicado era cuando le llegaba el turno al que descansaba recostado en la popa. No es exagerado decir que habría resultado más fácil quitarle a una gallina los huevos que está empollando que cambiar de sitio en aquel bote. Primero, el hombre que estaba en la popa deslizaba la mano a lo largo del banco y, con sumo cuidado, se desplazaba como si fuera una porcelana de Sèvres. A continuación, el que había estado remando deslizaba la mano por el otro banco. Todo ello se hacía con sumo cuidado. Mientras los dos hombres se cruzaban sigilosamente, todo el grupo vigilaba la nueva ola que se venía encima, y el capitán gritaba:

—¡Atentos todos! ¡Agarraos bien!

Parecía como si los manchones de algas que de cuando en cuando se veían sobre las aguas fuesen islas, trozos de tierra. Aunque daban la impresión de desplazarse, lo cierto es que ni se aproximaban ni retrocedían. Prácticamente no se movían un dedo. Indicaban a los hombres del bote que avanzaban lentamente hacia la playa.

Tras remontar el bote una oleada, el capitán se levantó cautelosamente en la proa y dijo haber visto el faro de la ensenada de Mosquito. A renglón seguido, el cocinero observó que también él lo había visto. En ese momento, estaba a los remos el corresponsal y, por las razones que fuera, también él quería ver el faro; pero, como se encontraba de espaldas a la aún lejana orilla y las olas eran muy altas, durante un rato no tuvo ocasión de volver la cabeza. Al fin vino una ola más bonancible que las otras, y una vez en la cresta el corresponsal recorrió fugazmente con la mirada la línea occidental del horizonte.

—¿Lo ves? —inquirió el capitán.

—No —contestó el corresponsal al cabo de unos instantes—; no he visto nada.

—Vuelve a mirar —dijo el capitán, a la vez que hacía una señal con el dedo—. Justo por ahí.

En la cresta de otra ola el corresponsal hizo lo que se le había indicado, y esta vez sus ojos tropezaron con un punto pequeño e inmóvil en el extremo del ondulante horizonte. Apenas era mayor que la cabeza de un alfiler. Había

que tener una vista de lince para divisar tan minúsculo faro.

—¿Cree que conseguiremos llegar allí, capitán?

—Si se mantiene el viento y el bote no se hunde, no veo por qué no —respondió el capitán.

La barquichuela, alzada por cada una de las imponentes olas que se sucedían y rociada furiosamente por las crestas, hacía algunos progresos que, por la ausencia de algas, los hombres no podían apreciar. No parecía sino un minúsculo cascarón anegado que se bandeaba milagrosamente a merced de los cinco océanos. De vez en cuando, un aluvión de agua, como llamaradas de color blanco, se precipitaba sobre la embarcación.

—Achica el agua, cocinero —decía el capitán con voz serena.

—Ya va, capitán —respondía el animoso cocinero.

III

Sería difícil describir la sutil hermandad que se fraguó entre aquellos hombres en el mar. Ninguno la pregonaba. Ninguno la mencionaba nunca. Pero se respiraba en el bote y todos sentían su alentadora presencia. Eran un capitán, un engrasador, un cocinero y un corresponsal, y todos eran amigos… amigos en mayor grado, curiosamente, de lo que es habitual. El lisiado capitán, recostado contra la tinaja de agua en la proa, hablaba siempre en voz baja y con sosiego. Jamás mandaría tripulación más dispuesta y diligente en el cumplimiento de las órdenes que aquellos tres curiosos hombres del bote. Era algo más que el mero reconocimiento de que lo que hacían era lo mejor para su salvación. Sin duda, había algo personal e intenso en todo aquello. Y después de la lealtad al capitán del bote estaba aquella camaradería, que el corresponsal, por ejemplo, a quien habían enseñando a ser el más cínico de los hombres, comprendía incluso en semejante trance que era la mejor experiencia de su vida. Pero ninguno la pregonaba. Ninguno la mencionaba nunca.

—Nos haría falta una vela —observó el capitán—. A ver, muchachos, pongamos mi abrigo en la punta de un remo para que podáis descansar los

dos.

Así que el cocinero y el corresponsal sostuvieron el mástil y extendieron el abrigo cuanto pudieron, el engrasador mantuvo el rumbo y la pequeña embarcación siguió avanzando con su nuevo aparejo. A veces, el engrasador tenía que dar paladas sin cesar para evitar que una ola rompiese dentro del bote, pero, por lo demás, la navegación a vela fue todo un éxito.

Entretanto, el faro se había ido agrandando poco a poco. Para entonces casi podía distinguirse ya su color. Parecía una pequeña sombra gris recortada contra el cielo. El hombre que estaba a los remos no podía evitar volver continuamente la cabeza para tratar de vislumbrar aquella pequeña sombra gris.

Por fin, desde la cresta de cada una de aquellas olas, los hombres de aquel bote basculante pudieron divisar tierra. Si el faro era una sombra rectilínea en el cielo, la costa no parecía sino una sombra alargarda y negra en el mar; de grosor aún más fino que el de una hoja de papel.

—Debemos estar más o menos a la altura de New Smyrna —dijo el cocinero, que había recorrido a menudo aquel litoral a bordo de una goleta—. Por cierto, capitán, creo que ese puesto de salvamento fue abandonado hará un año más o menos.

—¿Ah, sí? —dijo el capitán.

Poco a poco amainó el viento. El cocinero y el corresponsal no se veían ya obligados a hacer esfuerzos sobrehumanos para mantener los remos en alto, pero las olas seguían lanzando sus impetuosos y ya archiconocidos embates contra la pequeña embarcación, y ésta, perdido el rumbo, se debatía a duras penas encima de ellas. El engrasador y el corresponsal volvieron a empuñar los remos.

Los naufragios nunca llegan en buen momento. Bastaría poder adiestrarse para la ocasión y que sobreviniesen cuando uno se encuentra en plenitud de facultades para que el número de ahogados disminuyese sensiblemente. De los cuatro hombres de la barquichuela, prácticamente ninguno había dormido los dos días con sus noches que precedieron al naufragio y, concentrados todos sus esfuerzos en aferrarse a la cubierta de un barco que se hunde, se habían hasta olvidado por completo de comer.

Por estas y otras razones, ni el engrasador ni el corresponsal tenían ganas

de remar en aquellos momentos. El corresponsal se preguntaba ingenuamente cómo diablos podía gustarle a alguien remar. La verdad es que no tenía nada de divertido. Era un castigo diabólico, y hasta la criatura más perversa no podría menos que concluir que remar no era sino una tortura para los músculos y un auténtico suplicio para la espalda. Luego, dirigiéndose a todos, dijo lo que opinaba sobre el deporte del remo, ante lo que el engrasador, dando visibles muestras de agotamiento, esbozó una sonrisa para manifestar su total conformidad. Por cierto, antes de que se hundiera el barco, el engrasador había tenido que hacer un doble turno de guardia en la sala de máquinas del barco.

—Remad despacio, muchachos —dijo el capitán—. No os fatiguéis. Si tenemos que atravesar la resaca, vais a necesitar de todas vuestras fuerzas, pues no habrá más remedio que nadar. Tomáoslo con calma.

Poco a poco la tierra fue surgiendo del mar. La línea negra del horizonte se desdobló en dos: una negra, de árboles, y otra blanca, de arena. Finalmente, el capitán dijo que podía divisar una casa en la playa.

—Seguro que es el refugio —observó el cocinero—. En cuanto nos vean saldrán a buscarnos.

El lejano faro sobresalía en el horizonte.

—Si mira con un catalejo, el torrero debería poder divisarnos ya —dijo el capitán—. Avisará a los socorristas.

—Ninguno de los otros botes debe de haber conseguido llegar a tierra para dar noticia del naufragio —dijo el engrasador, en voz baja—, pues de lo contrario la lancha de salvamento habría salido ya a buscarnos.

Con una lentitud exasperante, la tierra iba surgiendo del mar. El viento volvía a soplar, pero esta vez no del noreste sino del sureste. Finalmente, un nuevo estruendo retumbó en los oídos de los tripulantes. Era el ruido sordo de la resaca rompiendo en la orilla.

—Así no conseguiremos llegar al faro —dijo el capitán—. Vira la proa algo más al norte, Billie.

—Algo más al norte —repitió el engrasador.

Seguidamente, la punta de la barquichuela giró de nuevo para orientarse en la dirección del viento, y todos, menos el que estaba a los remos, vieron cómo el litoral se ensanchaba. Bajo el influjo de semejante dilatación, todas

las dudas y horribles recelos que pudieran albergar aquellos hombres se desvanecieron. Si bien el control del bote seguía siendo la tarea más absorbente, esto no impidió que mostraran una cauta alegría. Con un poco de suerte, en una hora estarían en tierra.

Las espaldas de aquellos hombres se habían habituado por completo al bamboleo de la embarcación y ahora cabalgaban a lomos de la encabritada chalupa como si fuesen artistas circenses. El corresponsal, que creía estar calado hasta los huesos, vio al llevarse la mano al bolsillo superior del sobretodo que en él había ochos habanos: si bien cuatro estaban empapados de agua salada, los otros cuatro seguían intactos. Tras unos instantes de búsqueda alguien sacó tres cerillas secas; seguidamente, aquellos cuatro desamparados siguieron cabalgando a lomos de su barquichuela y, con una mirada en la que relucía la confianza en un rescate inminente, aspiraron el humo de sus habanos e hicieron toda suerte de comentarios positivos y negativos sobre el género humano.

IV

—Cocinero —observó el capitán—, no parece que haya señales de vida en ese refugio.

—Tiene razón —contestó el cocinero—. Mira que es raro que no nos avisten.

Una ancha franja de litoral bajo se extendía ante los ojos de los hombres. Eran pequeñas dunas cubiertas de vegetación oscura. Podían percibir con claridad el ruido del oleaje, y en ocasiones hasta veían el reborde blanco de una ola barriendo la playa. Una casita se perfilaba negra contra el cielo. Al sur, el esbelto faro levantaba su pequeña prominencia gris.

Marea, viento y olas mecían el bote, llevándolo en dirección norte.

—Mira que es raro que no nos avisten —repetían una y otra vez aquellos hombres.

Aunque el rugido de la resaca les llegaba algo amortiguado, no dejaba de ser ensordecedor e impresionante. Cuando el bote sobrenadaba las

gigantescas olas, los hombres escuchaban impertérritos el estruendoso rugido.

—De ésta no hay quien nos salve —decían todos.

En este punto debe señalarse que en treinta kilómetros a la redonda no había ningún puesto de salvamento; pero, como aquellos hombres lo desconocían, se permitían hacer toda clase de horribles e infamantes comentarios sobre la agudeza visual de los socorristas del país. Cuatro hombres de ceñudo porte iban sentados en el bote y batían todas las marcas imaginables en materia de invención de epítetos.

—Mira que es raro que no nos avisten.

La alegría de los momentos precedentes se había desvanecido por completo. En su aguzado ingenio se agolpaban multitud de imágenes de toda suerte de incompetencia, ceguera y hasta cobardía. Aquel litoral estaba densamente poblado, y a cada momento que pasaba les resultaba más amargo comprobar que de él no salía la menor señal de auxilio.

—Bueno —dijo el capitán finalmente—, me parece que vamos a tener que intentarlo por nuestra cuenta. Si seguimos así mucho tiempo, a ninguno nos quedarán fuerzas para nadar cuando el bote se hunda.

Así pues, el engrasador, que estaba a los remos, hizo virar el bote y lo enfiló derecho hacia la orilla. Los músculos se tensaron al unísono y los rostros adoptaron un aire meditabundo.

—Si no conseguimos llegar todos a tierra —dijo el capitán—, si no conseguimos llegar todos a tierra, espero, muchachos, que sabréis dónde enviar noticia de mi suerte.

A continuación, intercambiaron brevemente una serie de direcciones y recados. En cuanto a sus reflexiones, que destilaban una rabia mal contenida, podrían formularse más o menos así: «Si he de morir ahogado… si he de morir ahogado… si he de morir ahogado, ¿por qué, en nombre de los siete dioses chiflados que rigen los destinos del mar, se me ha dejado llegar hasta aquí y contemplar la playa y los árboles? ¿Lo habrán hecho tan solo para que mi nariz olisquease el sagrado manjar de la vida cuando ya estaba a punto de hincarle el diente? ¡No tiene el menor sentido! Si esa vieja mentecata de la Fortuna no es capaz de hacerlo mejor, habría que prohibirle regir los destinos de la humanidad. No es más que una gallina clueca que no sabe de qué palo

colgarse. Si tiene pensado ahogarme, ¿por qué no lo ha hecho al principio y así me habría evitado padecer tanto? Nada tiene sentido… Pero no, no es posible que quiera ahogarme. No se atreverá a hacerlo. No puede hacerlo. Sobre todo, después de los ímprobos esfuerzos que he hecho». Tras lo cual, quien tales cosas pensaba debió de sentir un deseo irrefrenable de alzar un puño amenazador al cielo y exclamar: «¡Anda, atrévete a ahogarme, que ya verás cómo me las gasto!».

Las olas se volvieron más imponentes aún si cabe. Parecía que de un momento a otro fueran a romper en la barquichuela y a hacerla zozobrar en medio de un alud de espuma. Sus manifestaciones iban precedidas de un gruñido largo y sostenido. Nadie que no conociese bien el mar habría sido capaz de imaginar que aquel bote pudiera remontar tan enormes elevaciones. La orilla quedaba aún lejos. El engrasador, que era un avezado remero, dijo:

—Muchachos, el bote no resistirá ni tres minutos más, y aún estamos demasiado lejos para que podamos salvarnos a nado. ¿Qué le parece si lo conduzco de nuevo mar adentro, capitán?

—Está bien, adelante —respondió el capitán.

El engrasador, tras una serie de milagrosas maniobras y de continuas y rápidas paladas, hizo virar el bote en medio de la resaca y, sin mayor percance, lo condujo de nuevo mar adentro.

Se hizo un silencio sepulcral mientras el bote brincaba desde el mar encrespado hacia aguas más profundas. Luego, alguien dijo en tono desesperanzado:

—Bueno, en todo caso ya deben habernos avisado desde tierra.

Las gaviotas, en vuelo escorado, remontaban el viento en dirección al este, de un tono grisáceo y desolado. Una borrasca que anunciaban varias nubes deslustradas de color ladrillo, como el humo que sale de un edificio en llamas, surgió amenazadora por el sureste.

—¿Qué opináis de esos socorristas? ¿No os parecen la mar de graciosos?

—Mira que es raro que no nos hayan avistado ya.

—A lo mejor creen que estamos haciendo deporte. O bien que estamos pescando. O hasta puede que piensen que somos unos auténticos chiflados.

La tarde no parecía llegar a su fin. Un cambio en la marea trató de impulsarlos hacia el sur, pero el viento y las olas los llevaban hacia el norte.

Allá a lo lejos, donde el litoral, el mar y el cielo formaban un gigantesco ángulo, se veían una serie de puntitos que parecían indicar la existencia de una ciudad en la orilla.

—¿San Agustín?

El capitán negó con la cabeza.

—Demasiado cerca de la ensenada de Mosquito.

El engrasador remaba; luego le tocó el turno al corresponsal, y a continuación de nuevo al engrasador. Era un esfuerzo titánico. La espalda de un hombre puede ser el centro neurálgico de más dolores de los que se recogen en los manuales al estudiar la anatomía de todo un regimiento. Si bien es una superficie pequeña, puede llegar a convertirse en el escenario de innumerables complicaciones musculares, nudos, desgarros, tirones y otros estados no menos desagradables.

—¿Alguna vez te gustó remar, Billie? —inquirió el corresponsal.

—No —respondió el engrasador—. Pero ¡qué cosas se te ocurren!

El que dejaba los remos para acomodarse en la parte posterior del bote sufría una depresión corporal que le hacía despreocuparse de todo, excepto de la obligación de no mover ni un dedo. Y, aunque el fondo estaba cubierto de agua fría que salpicaba de un lado para otro, no ponía el mayor reparo. La cabeza, recostada en un banco, quedaba a escasos centímetros del remolino que formaban las crestas, y de vez en cuando una ola especialmente turbulenta se precipitaba sobre el bote y volvía a calarle hasta los huesos. Pero el que estaba tumbado no se incomodaba por algo tan nimio. Si la barca hubiese zozobrado, probablemente se habría hundido apaciblemente en el océano convencido de que era un mullido y gigantesco colchón.

—¡Mirad! ¡Hay un hombre en la orilla!

—¿Dónde?

—¡Allí! Pero ¿no lo veis? ¡No me digáis que no lo veis!

—Ahora se detiene. ¡Mirad! ¡Se vuelve hacia nosotros!

—¡Nos hace señas!

—¡Caray, pues es verdad!

—¡Cielo santo, estamos salvados! ¡Estamos salvados! Dentro de media hora tendremos aquí un bote de socorro.

—Sigue andando. Ahora corre. Se dirige hacia aquella casa.

La remota playa parecía hallarse por debajo del nivel del mar, y desde luego había que tener una vista de lince para distinguir aquella minúscula forma negra. El capitán atisbó un palo que flotaba en el mar y hacia él remaron. Por uno de esos extraños azares del destino en el bote había una toalla de baño y, después de atarla al palo, el capitán se puso a agitarla. Al que estaba a los remos, como no se atrevía a volver la cabeza, no le quedaba más remedio que hacer preguntas.

—¿Y ahora qué hace?

—Ha vuelto a detenerse. Está mirando, creo… Allí va otra vez… hacia la casa… Ahora vuelve a detenerse.

—¿Nos hace señas?

—No, ya no; antes sí las hacía.

—¡Mirad! ¡Ahora llega otro hombre!

—Va corriendo.

—Sí, y no para, ¿lo veis?

—Claro, como que va en bicicleta. Ahora llega a donde está el otro. Los dos nos hacen señas. ¡Mirad!

—¿No veis ahí algo avanzando por la playa?

—Sí, ¿qué diablos será?

—Pero ¡si parece una barca!

—No, es algo que va sobre ruedas.

—Pues es cierto. Claro, será la lancha de salvamento.

—No, maldi… es… es un ómnibus.

—Os digo que es una lancha de salvamento.

—¡Y dale! Es un ómnibus. Puedo verlo claramente. Pero ¿es que no lo veis? Es uno de esos grandes ómnibus que tienen los hoteles.

—Caramba, pues tienes razón. Es un ómnibus, no cabe la menor duda. Pero ¿qué diablos estarán haciendo ahí con un ómnibus? A lo mejor van recogiendo a los socorristas, ¿no os parece?

—Es muy posible. ¡Mirad! Uno de ellos agita una banderola negra. Está de pie en el estribo del ómnibus. Ahora aparecen dos más y se ponen a hablar con él. ¿Veis el tipo aquel de la banderola? No me digáis que no está ondeándola.

—Eso no es una banderola. Es su chaqueta. Pues claro que sí, es su

chaqueta.

—Tienes razón, es su chaqueta. Se la ha quitado y la ondea por encima de la cabeza. Fijaos a qué velocidad lo hace.

—¡Maldita sea!, entonces no hay puesto de salvamento que valga. No es más que el ómnibus de uno de esos hoteles que abren en invierno que ha llevado hasta allí a unos clientes para que vean cómo nos ahogamos.

—¿Qué querrá decir el imbécil ese con la chaqueta? Pero ¿qué demonios tratará de indicar?

—Parece como si quisiera indicarnos que nos dirijamos hacia el norte. Allí debe de haber un puesto de salvamento.

—No; cree que estamos pescando. Está pasando un buen rato a costa nuestra. ¿No lo veis? ¡Mira allí, Billie!

—Ojalá pudiera descifrar esas señas. ¿Qué querrá decir?

—No quiere decir nada. Está jugando, nada más.

—Si al menos nos estuviera haciendo señas para que intentásemos de nuevo atravesar allí, o para que nos dirigiésemos hacia el norte, o hacia el sur, o para que nos fuésemos al diablo, en fin, todavía podría entenderlo. Pero ¡miradle! Parece un pasmarote. No hace más que dar vueltas a la chaqueta como si fuese una rueda. Pero ¡será majadero!

—Ahí llega más gente.

—¡Madre mía, pero qué gentío! ¡Mirad allí! ¿No es un bote aquello?

—¿Dónde? Ah sí, ya lo veo. No, no es un bote.

—El tipo aquel sigue ondeando la chaqueta.

—Pensará que nos divertimos viendo cómo lo hace. Pero ¿por qué no se parará de una maldita vez? La verdad es que no entiendo nada.

—A mi modo de ver, creo que trata de indicarnos que nos dirijamos hacia el norte. Seguramente en esa dirección hay un puesto de salvamento.

—Vaya, hombre, y encima no se cansa. Fijaos con qué ganas lo hace.

—Me pregunto hasta cuándo aguantará así. Pero ¡será majadero! ¿Por qué no fletan un bote para socorrernos? Una barca de pesca, una de esas grandes yolas, podría llegar hasta aquí sin dificultades. Pero ¿por qué no hacen algo de una maldita vez?

—Pues porque ya no corremos peligro.

—Ahora que ya nos han visto, vendrán con un bote a rescatarnos en un

periquete.

Un tenue resplandor amarillo surgió en el cielo por encima de la tierra plana. Poco a poco las sombras fueron haciéndose más densas sobre las aguas. Soplaba un viento frío y los hombres empezaron a tiritar.

—¡Maldición! —dijo alguien, dejando que su voz expresara su irreverente estado de ánimo—. ¡La que nos aguarda si seguimos aquí como unos pasmarotes! ¡Menuda nochecita nos espera si no logramos salir de aquí!

—Pero ¡qué cosas dices! No te preocupes, hombre, que aquí no pasamos la noche. Ahora que nos han visto no tardarán en venir a buscarnos.

La tierra oscureció. El hombre que ondeaba la chaqueta se desvaneció poco a poco en la penumbra, que acabó tragándose también el ómnibus y al tropel de gente. La espuma de las olas, al saltar con estrépito sobre la borda, hacía que los navegantes se arrebujaran y soltaran toda clase de improperios como si los estuvieran marcando al rojo vivo.

—¡Cuánto daría por agarrar al majadero ése que ondeaba la chaqueta! De buena gana le propinaba una somanta, para que supiera con quién se las gasta.

—¡Vaya, hombre! Y eso ¿por qué?

—Oh, por nada. Es que el muy imbécil parecía la mar de contento.

Mientras tanto, el engrasador remaba; luego le relevó el corresponsal, y a continuación volvió a coger los remos el engrasador. Con el rostro ensombrecido e inclinados hacia delante, mecánicamente, por turno, empuñaban los pesados remos. La silueta del faro se había desvanecido de la línea meridional del horizonte, pero no tardó en surgir una trémula estrella que apenas se alzaba sobre las aguas. Las franjas de color azafrán que se veían hacia poniente desaparecieron ante la oscuridad que lo inundaba todo, y hacia levante el mar se tiñó de negro. La tierra había desaparecido, y solo se insinuaba por el sordo y monótono fragor de la resaca.

«Si he de morir ahogado… si he de morir ahogado… si he de morir ahogado, ¿por qué, en nombre de los siete dioses chiflados que rigen los destinos del mar, se me ha dejado llegar hasta aquí y contemplar la playa y los árboles? ¿Lo habrán hecho tan solo para que mi nariz olisquee el sagrado manjar de la vida cuando ya estaba a punto de hincarle el diente?»

El paciente capitán, recostado sobre la tinaja de agua, se veía obligado a

veces a dar instrucciones al que empuñaba los remos.

—¡La proa en alto! ¡La proa en alto!

—La proa en alto, señor. —Las voces eran débiles y evidenciaban una enorme fatiga.

Una gran calma reinaba en aquel atardecer. Excepto el que empuñaba los remos, todos los demás yacían exangües, como desplomados, en el fondo del bote. En cuanto al remero, sus ojos apenas lograban ver otra cosa que las enormes olas negras que avanzaban en medio del más siniestro de los silencios, apenas roto por algún que otro débil gruñido de una cresta.

El cocinero tenía la cabeza recostada en un banco y con supina indiferencia contemplaba el agua que discurría bajo sus mismas narices. Estaba absorto en otros menesteres. Finalmente, murmurando como en sueños, dijo:

—Billie, ¿qué clase de tarta te gusta más?

V

—¡Tarta! —exclamaron agitados el engrasador y corresponsal—. ¡No hables de esas cosas ahora, maldita sea!

—Bueno —dijo el cocinero—, es que estaba pensando en unos bocadillos de jamón y…

Una noche en alta mar, en un bote salvavidas, es una noche interminable. Finalmente, al ponerse el sol, el resplandor de la luz que se alzaba sobre el mar en dirección sur adquirió una tonalidad de oro puro. Al norte, en la línea del horizonte, surgió una nueva luz, un pequeño fulgor azulado en el límite de las aguas. Todo el mobiliario del mundo se reducía a aquellas dos luces. El resto eran olas.

Tan impresionantes eran las distancias en el bote que bastaba que dos hombres se arrebujasen en la popa para que el remero pudiera calentarse relativamente los pies embutiéndolos debajo de sus compañeros. De hecho, las piernas de éstos pasaban por debajo del asiento del remero hasta tocar los pies del capitán, que iba en la proa. A veces, pese a los esfuerzos que hacía el

extenuado remero, una ola, una helada ola nocturna, caía sobre el bote, y la gélida agua volvía a calarlos hasta los huesos. Por unos instantes, retorcían sus cuerpos y gruñían, pero no tardaban en volver a sumirse en un sueño profundo, mientras a su alrededor el agua gorgoteaba con el balanceo de la embarcación.

Según lo acordado por el engrasador y el corresponsal, cada uno remaba hasta que ya no podía más, momento en que despertaba al otro de su lecho de agua salada en el fondo del bote.

El engrasador estuvo remando hasta que la cabeza se le venció hacia delante y un sueño irresistible le nubló la vista, aunque siguió dando paladas. Luego, le tocó a uno de los hombres que estaban en el fondo del bote y, llamándole por su nombre, le dijo con voz apagada:

—¿Me relevas un rato?

—Pues claro, Billie —contestó el corresponsal, despertándose e incorporándose a duras penas hasta quedar sentado.

Con sumo cuidado, cambiaron de sitio, y el engrasador, acurrucándose junto al cocinero en el agua salada, pareció quedarse dormido al instante.

La especial turbulencia del mar había cesado ya. Las olas se sucedían sin emitir gruñidos. El cometido del hombre que iba a los remos era mantener la proa en alto para que el bote no zozobrase al bajar por la pendiente de las olas y procurar que no se anegase cuando las crestas se precipitaban por encima de él. Aquellas olas negras eran sigilosas y no se distinguían bien en medio de la oscuridad. A menudo casi se echaban encima del bote antes de que el remero pudiera siquiera advertirlo.

En voz baja, el corresponsal se dirigió al capitán. No estaba seguro de que estuviese desvelado, aunque aquel hombre de nervios de acero parecía no pegar ojo.

—Capitán, ¿rumbo norte, en dirección a aquella luz?

—Sí. Unos dos grados a la altura de la proa a babor —le respondió el capitán con el mismo tono de voz firme de siempre.

El cocinero se había atado un cinturón salvavidas alrededor del cuerpo a fin de procurarse siquiera el calor que aquel incómodo artilugio de corcho pudiera proporcionarle. Casi parecía una estufa cuando uno de los remeros, cuyos dientes habían empezado a castañetear con inusitada violencia en

cuanto dejó de remar, se tumbó para descabezar un sueño.

Mientras remaba, el corresponsal contemplaba a los dos hombres que dormían a sus pies. El cocinero rodeaba con su brazo los hombros del engrasador. Los dos, con la ropa hecha jirones y las facciones demacradas, eran las criaturas de la mar, una versión grotesca de esos niños de los cuentos que se pierden en el bosque.

El corresponsal debió de distraerse un momento en el desempeño de su tarea, pues de repente se oyó el retumbar del agua a la vez que la cresta de una ola entraba con gran estruendo en el bote, y de puro milagro no se llevó al cocinero flotando gracias a su cinturón salvavidas. Aunque éste siguió durmiendo, el engrasador se incorporó, parpadeando y tiritando a causa del alud de agua fría.

—Perdona, Billie, no sabes cuánto lo siento —dijo el corresponsal en tono contrito.

—No es nada, muchacho —respondió el engrasador, tras lo que volvió a recostarse y se quedó dormido.

Luego, en un momento en que el capitán parecía dormitar, el corresponsal se imaginó que él era el único hombre a flote en toda la mar océana. El viento dejaba oír su voz al soplar sobre las olas, y ésta era aún más lúgubre que la de la muerte.

Un prolongado y sonoro chasquido se oyó en la popa, y una reluciente estela fosforescente, como una llama azul, hendió un surco entre las negras aguas. Parecía como si lo hubiera hecho un descomunal cuchillo.

Luego volvió a reinar la calma, mientras el corresponsal respiraba boquiabierto contemplando el mar.

Súbitamente se oyó otro chasquido y pudo verse otro prolongado destello de luz azulada, pero esta vez fue al costado del bote y casi podría haberse alcanzado un remo. El corresponsal vio cómo una enorme aleta se deslizaba raudamente por las aguas como si fuese una sombra, hendiendo la espuma cristalina a la vez que dejaba una larga y resplandeciente estela.

El corresponsal miró al capitán por encima del hombro, pero éste tenía la cara oculta y parecía dormir. Luego, dirigió la mirada a las criaturas de la mar, pero dormían a pierna suelta. Así pues, privado de toda compañía, se ladeó un poco y se puso a lanzar imprecaciones al mar en voz baja.

Pero aquello no se alejaba de los aledaños del bote. A proa o popa, a babor o a estribor, a intervalos largos o cortos, surgía una y otra vez la larga estela centelleante, y podía oírse el zumbido de la oscura aleta. La celeridad y la energía de aquella criatura eran realmente prodigiosas. Hendía el agua como si fuese un gigantesco proyectil perforador.

La presencia de algo tan temible no horrorizó a aquel hombre tanto como lo habría hecho a un excursionista. Por toda reacción, se limitó a mirar al mar con expresión embobada y a maldecir en voz baja.

Pese a todo, al corresponsal no le apetecía nada quedarse a solas con aquello. Habría preferido que uno de sus compañeros acertara a despertarse y le hiciera compañía. Pero el capitán se abrazaba impasible a la tinaja de agua, y el engrasador y el cocinero estaban sumidos en un sueño profundo en el fondo del bote.

VI

«Si he de morir ahogado… si he de morir ahogado… si he de morir ahogado, ¿por qué en nombre de los siete dioses chiflados que rigen los destinos del mar, se me ha dejado llegar hasta aquí y contemplar la playa y los árboles?»

Cabe observar que, en el transcurso de aquella noche de pesadilla, cualquiera de los hombres habría deducido que los siete dioses chiflados tenían realmente la intención de ahogarle, aun cuando fuera una tremenda injusticia. Pues, indudablemente, ahogar a alguien que había hecho tan denodados esfuerzos por salvarse sería una tremenda injusticia. Para ese hombre sería un crimen realmente monstruoso. Otros muchos se habían ahogado en el mar desde que las galeras de velas pintadas pululaban por sus aguas, pero…

Cuando un hombre piensa que su vida no es importante para la naturaleza y que para ésta el universo no quedaría mutilado si prescindiese de él, lo primero que se le ocurre es ponerse a lanzar ladrillos contra el templo, pero monta en cólera al ver que no hay ni ladrillos ni templos. En semejantes ocasiones, cualquier expresión visible de la naturaleza es acogida con una

andanada de insultos.

Luego, si no encuentra nada tangible que denostar, sentirá probablemente deseos de dirigirse a una personificación y se pondrá a implorar con una rodilla postrada en tierra y las manos en actitud suplicante: «Sí, pero quiero vivir cueste lo que cueste».

Por toda respuesta, lo único que percibe es una mortecina estrella allá en la lejanía en una noche de invierno. Entonces, aquel hombre se da cuenta cabal de lo patético de su situación.

Si bien los hombres que iban en la barquichuela no habían hablado de estas cosas, era indudable que cada uno había reflexionado para sus adentros y a su manera. Era difícil apreciar en sus rostros otra expresión que no fuese la de agotamiento, común a todos ellos. Hablaran lo que hablaran, todo versaba exclusivamente sobre los avatares del bote.

Tratando de acompañar los acordes de sus emociones, la memoria del corresponsal se hizo eco misteriosamente de unos versos. Aunque no recordaba haberlos olvidado, lo cierto es que de repente le vinieron a la cabeza.

> Un soldado de la Legión yacía moribundo en Argel.
> No había una mujer atendiéndole, no había una mujer que vertiera lágrimas.
> Pero a su lado se hallaba un camarada, y cogiéndole de la mano le dijo:
> «Nunca más veré la tierra mía, la tierra donde nací».

En sus años de infancia, el corresponsal estaba familiarizado con el hecho de que un soldado de la Legión yaciera moribundo en Argel, pero nunca le había atribuido especial importancia. Miles de compañeros de estudios le habían contado la historia del fatal desenlace del legionario, pero de tanto oírla había terminado por resultarle totalmente indiferente. Nunca le había preocupado que un soldado de la Legión yaciese moribundo en Argel, ni había creído que fuese un motivo para entristecerse. Para él, no tenía más importancia que si se le rompiese la punta de un lápiz.

Ahora, en cambio, evocaba extrañamente aquellos versos como algo humano, como algo vivo. Ya no eran la simple imagen de cierto desasosiego que embargaba al poeta mientras tomaba el té junto a la chimenea y se calentaba los pies, sino algo real… algo triste, luctuoso y enternecedor.

El corresponsal veía con nitidez al soldado. Yacía sobre la arena, inmóvil y con las piernas estiradas. Mientras con la lívida mano izquierda se cubría el pecho en un intento de impedir que se le escapase la vida, la sangre le corría entre los dedos. Allá, en la remota lejanía argelina, una ciudad de formas cuadradas y bajas se proyectaba contra un cielo en el que se difuminaban las últimas luces del crepúsculo. El corresponsal, sin parar de remar e imaginándose los movimientos cada vez más pausados de los labios del soldado, se sintió conmovido por una simpatía profunda y totalmente impersonal. Sufría por el soldado de la Legión que yacía moribundo en Argel.

Aquello que durante un rato había estado siguiendo al bote en actitud expectante, debió sin duda de terminar por aburrirse de tanto esperar. Ya no se oía el chasquido del tajamar ni se veía el destello de la larga estela. Aún relucía tenuemente la luz que se divisaba al norte, pero el bote no parecía más cerca de ella. A veces, cuando el estruendo de la resaca resonaba en los oídos del corresponsal, éste hacía virar la embarcación mar adentro, remando sin parar. Hacia el sur, parecía que alguien hubiera encendido una hoguera en la playa. Aunque era demasiado pequeña y estaba demasiado lejos para ser visible, proyectaba un trémulo resplandor rosáceo sobre el acantilado que se alzaba detrás de ella y que podía divisarse desde el bote. El viento soplaba con más fuerza, y a veces una ola se enfurecía como si fuese un gato montés, y entonces podía apreciarse el fulgor y el centelleo de una cresta quebrada.

El capitán, que estaba en la proa, apartó la tinaja de agua y se incorporó hasta quedar erguido.

—Menuda nochecita, y ¡qué larga se hace! —dijo al corresponsal, a la vez que dirigía la mirada hacia tierra—. La verdad es que esos socorristas se lo toman con calma. —¿Ha visto cómo jugueteaba el tiburón por ahí cerca?

—Sí, claro. Era un bicho bien grande, ya lo creo.

—Ay, si hubiese sabido que estaba despierto.

Seguidamente, el corresponsal se dirigió a los que estaban en la popa del bote.

—¡Billie! —Se produjo un lento y gradual desenmarañamiento de cuerpos—. Billie, ¿me relevas?

—Pues claro —contestó el engrasador.

El corresponsal, nada más entrar en contacto con la fría y confortable agua del fondo y arrebujarse junto al cinturón salvavidas del cocinero, cayó profundamente dormido, pese a que sus dientes castañeteaban todas las canciones a la sazón en boga. Tan bien le sentó aquella cabezada que apenas habían transcurrido unos instantes cuando oyó una voz que pronunciaba su nombre en el tono característico de quien está próximo a caer de agotamiento:

—¿Me relevas?

—Pues claro, Billie.

La luz que se divisaba al norte se había desvanecido misteriosamente, pero el corresponsal siguió el rumbo gracias a las indicaciones que le daba el capitán, totalmente despabilado.

Ya entrada la noche, condujeron la embarcación algo más mar adentro, y el capitán ordenó al cocinero que cogiese un remo en la popa y se quedase de cara al mar.

Debía avisar si oía el ruido producido por la resaca. De esa forma, el engrasador y el corresponsal podrían descansar a la vez.

—Les daremos una oportunidad a esos muchachos para que se recuperen —dijo el capitán.

Los dos se arrebujaron y, tras unos cuantos castañeteos y escalofríos iniciales, volvieron a sumirse en un profundo sueño. Nadie se percató de que habían dejado al cocinero en compañía de otro tiburón… o quizá del mismo.

Mientras el bote brincaba sobre las olas, de cuando en cuando una rociada de agua se precipitaba por la borda y volvía a calarlos hasta los huesos, pero eso no les impedía seguir durmiendo. Los brutales embates del viento y las olas no les afectaban más de lo que afectarían a una momia.

—Muchachos —dijo el cocinero, con claras notas de fastidio en la voz—, la corriente ha arrastrado demasiado el bote. Supongo que uno de vosotros habrá de conducirlo de nuevo mar adentro.

El corresponsal, que se había despertado, oyó el estrépito de una ola al caer. Mientras remaba, el capitán le dio un poco de *whisky* y al punto le desaparecieron los escalofríos.

—Si salgo con vida de ésta y a alguien se le ocurre mostrarme un remo, aunque solo sea en fotografía…

Finalmente, hubo un breve intercambio de palabras.

—¡Billie!… Billie, ¿me relevas?

—Pues claro —respondió el engrasador.

VII

Cuando el corresponsal volvió a abrir los ojos, tanto el mar como el cielo tenían esa tonalidad gris propia del amanecer. Luego, el carmín y el dorado pintaron las aguas. Finalmente surgió la mañana en todo su esplendor, con el cielo de un azul cristalino, y la luz del sol refulgió en las puntas de las olas.

Sobre las lejanas dunas podían verse muchas casitas negras; un gran molino blanco se alzaba por encima de ellas. En la playa no se divisaban ni hombres, ni perros ni bicicletas. Las casitas podrían muy bien formar parte de un pueblo abandonado.

Tras examinar los navegantes la orilla, se celebró una conferencia a bordo del bote.

—Bueno —dijo el capitán—, visto que nadie acude a socorrernos, lo mejor será que intentemos atravesar la resaca cuanto antes. Si seguimos así mucho más tiempo acabaremos agotándonos y no podremos intentar nada.

Después de asentir los demás ante semejante razonamiento, se enderezó el bote hacia la playa. El corresponsal se preguntaba si nadie subía nunca al torreón o, caso de hacerlo, si es que nunca miraban hacia el mar. El torreón era un gigante vuelto de espaldas al difícil trance que estaban pasando aquellas hormiguitas. Para el corresponsal representaba, en cierto modo, la serenidad de la naturaleza frente a los esfuerzos del individuo: naturaleza en el viento y naturaleza en la visión de los hombres. No le parecía que fuese cruel, ni benéfica, ni traicionera, ni sabia… sino indiferente, lisa y llanamente indiferente. Es muy posible, quizá, que quien se encuentra en semejante situación, atónito ante el desinterés de que hace gala el universo, vea con claridad los innumerables errores que ha cometido en su vida, experimente un regusto desagradable y ansíe poder gozar de otra oportunidad. En ese instante, la distinción entre lo que está bien y lo que está mal le parece absurdamente clara, en esa flagrante ignorancia de quien se halla al pie de la

tumba y piensa que si se le diera otra oportunidad corregiría sus actos y sus palabras, y se comportaría mejor y con más brillantez al ser presentado a alguien o en una velada de té.

—El bote no va a tardar en hundirse, muchachos —dijo el capitán—. Lo único que podemos hacer es remar hasta donde sea posible y luego, cuando se hunda, lanzarnos al agua sin perder un segundo y nadar hacia la orilla. Conservad la calma y no saltéis al agua hasta que no veáis que se hunde.

El engrasador empuñó los remos y, después de observar la resaca por encima del hombro, dijo:

—Capitán, yo cambiaría de rumbo y pondría la proa de cara al oleaje para virar mar adentro.

—Está bien, Billie —respondió el capitán—. Vira mar adentro.

Seguidamente, el engrasador giró el bote y, sentados en la popa, el cocinero y el corresponsal se vieron obligados a mirar por encima del hombro para poder divisar la solitaria e indiferente orilla. Tanto alzaban el bote las imponentes olas que avanzaban hacia la costa que aquellos hombres pudieron volver a ver las blancas cortinas de agua que barrían la playa ligeramente inclinada.

—No podremos acercarnos mucho —dijo el capitán.

Cada vez que uno de aquellos hombres conseguía desviar la atención de las olas dirigía su mirada hacia la orilla, y en la expresión de sus ojos en esos fugaces instantes podía apreciarse algo realmente singular. El corresponsal, que observaba a los demás, pudo comprobar que no tenían miedo, pero no logró descifrar del todo el significado que encerraban sus miradas.

Él, por su parte, estaba demasiado fatigado para intentar hacerse una idea cabal de la situación. Si bien trató de doblegar sus pensamientos, éstos se hallaban dominados por los músculos, y a los músculos parecía traerles todo sin cuidado. Tan solo se le ocurrió que sería lamentable morir ahogado.

No había palabras atropelladas, ni facciones descoloridas, ni revuelo alguno. Aquellos hombres se limitaban a mirar la orilla.

—Recordad que al saltar tenéis que alejaros lo más posible del bote —dijo el capitán.

De repente, la cresta de una ola rompió con fenomenal estrépito, y una enorme y turbulenta masa de espuma se abalanzó rugiendo sobre el bote.

—Agarraos bien ahora —dijo el capitán.

Los hombres guardaron silencio. Desviaron la vista de la orilla a la masa de espuma y esperaron. El bote se deslizó hacia arriba, dio un salto al llegar a la enardecida cresta, rebotó por encima y bajó bamboleándose por el largo lomo de la ola. Había entrado agua en la embarcación, y el cocinero se apresuró a achicarla.

Pero también rompió la siguiente cresta. El bullente e impetuoso torrente de espuma atrapó el bote y lo hizo girar hasta ponerlo en posición casi perpendicular, mientras que el agua entraba a raudales por todas partes. Justo en ese momento el corresponsal tenía la mano sobre la regala, y al entrar el agua por allí retiró inmediatamente los dedos, como si no quisiera mojárselos.

La barquichuela, borracha con tal cantidad de agua, se tambaleó hundiéndose más en el mar.

—¡Achica, cocinero! ¡Achica! —exclamó el capitán.

—Ya capitán —contestó el cocinero.

—Bueno, muchachos, de la próxima no hay quien nos libre —dijo el engrasador—. No olvidéis alejaros del bote.

La tercera ola se vino encima, enorme, furiosa, implacable. Engulló por completo la barquichuela, y casi simultáneamente los hombres cayeron al mar. En el fondo del bote había un trozo de flotador, y al saltar el corresponsal por la borda lo apretó contra el pecho con la mano izquierda.

El agua estaba helada aquel día de enero, más fría, pensó el corresponsal, de lo que había imaginado que estaría en las costas de Florida. A su aturdida mente aquello le pareció lo suficientemente importante para percatarse al momento. La frialdad del agua resultaba penosa, trágica. Tal circunstancia se combinó, y en cierto modo vino a confundirse, con lo que pensaba de su situación, por lo que casi le pareció un buen momento para echarse a llorar. El agua estaba realmente fría.

Cuando salió a la superficie apenas se dio cuenta de otra cosa que del estruendo producido por el agua. Luego, vio cómo sus compañeros nadaban. En la carrera iba por delante el engrasador. Daba fuertes brazadas sin cejar. Más allá, a la izquierda del corresponsal, se veía sobresalir la espalda blanca y encorchada del cocinero, mientras en la retaguardia el capitán se aferraba con su mano sana a la quilla de la barquichuela zozobrada.

No cabe duda de que algo inmutable tiene la orilla del mar, y el corresponsal se maravilló al advertirlo en medio del fenomenal estruendo del oleaje.

Además, parecía sumamente atractiva. Pero el corresponsal sabía bien que el viaje sería largo, así que se puso a chapotear sin grandes prisas. Llevaba debajo el trozo de flotador, y a veces bajaba por la pendiente de una ola como si fuese montado en un trineo de mano.

Pero no tardó en llegar a un punto del mar en que la travesía se vio plagada de dificultades. Siguió nadando sin preocuparse por saber en qué clase de corriente se había metido, pero no lograba avanzar nada. Podía ver la orilla delante de él como si formase parte de un decorado teatral; la miró captando con la vista todos y cada uno de sus detalles.

—¡Vuélvete de espaldas, cocinero! ¡Vuélvete de espaldas y haz uso del remo!

—Ya, señor. —El cocinero se volvió de espaldas y, dando paladas con el remo, avanzó como si fuese una canoa.

Unos instantes después pasó también el bote a la izquierda del corresponsal, el capitán aferrado con una mano a la quilla. De no haber sido por las prodigiosas cabriolas que hacía el bote, se habría creído que aquel hombre se empinaba para mirar por encima de una valla de madera. El corresponsal se maravilló de que el capitán pudiera seguir sujeto a la embarcación.

Los tres hombres —el engrasador, el cocinero y el capitán— siguieron nadando hacia la orilla; detrás marchaba la tinaja, brincando jovialmente sobre las aguas.

El corresponsal seguía entre las garras de aquel extraño enemigo nuevo: una corriente. La orilla, con su blanca loma de arena y su acantilado verde coronado de casitas silenciosas, se extendía como un cuadro ante sus ojos. Aunque ya estaba muy cerca, se quedó impresionado como quien, en un museo, contempla una escena de Bretaña o de Argel.

Pensó: «Pero ¿será posible que vaya a ahogarme? ¿Será posible?». Hasta puede que sea normal considerar la propia muerte como el último fenómeno de la naturaleza.

Pero poco después una ola seguramente le sacó dando vueltas de aquella

corriente mortífera, pues de repente advirtió que volvía a avanzar hacia la orilla. Y unos momentos más tarde se apercibió de que el capitán, que seguía agarrado con una mano a la quilla de la barquichuela, tenía la cara vuelta hacia él y le decía a gritos:

—¡Ven hacia el bote! ¡Ven hacia el bote!

En sus denodados esfuerzos por llegar hasta el capitán y el bote, el corresponsal pensó que ahogarse puede ser un final agradable cuando uno llega al límite de sus fuerzas: un cese de hostilidades seguido de un inmenso alivio. De ahí que se alegrase, pues por unos instantes en lo único en que pensó fue en el horror de la agonía temporal; no quería de ninguna manera hacerse daño.

Luego vio a un hombre que corría por la orilla y se desvestía a increíble velocidad. Chaqueta, pantalones, camisa, todo salía como mágicamente despedido de él.

—¡Ven hacia el bote! —gritaba el capitán.

—Ya voy, capitán.

Mientras chapoteaba, vio cómo el capitán soltaba el bote y se zambullía en el agua. Luego, el corresponsal acometió una insólita hazaña. Una gran ola se apoderó de él y, con suma facilidad y una velocidad increíble, lo lanzó por encima de la barca y fue a caer bastante más allá. En semejante trance, aquello le pareció una proeza gimnástica y un auténtico milagro del mar. Un bote volcado en medio de la resaca no es precisamente un juguete para un nadador.

El corresponsal llegó a un lugar en que el agua solo le cubría hasta la cintura, pero su estado no le permitía mantenerse en pie un solo instante más. Cada nueva oleada le dejaba aún más aturdido, mientras que la resaca le arrastraba mar adentro.

Luego, vio cómo el hombre que corría y se desvestía, y seguía corriendo, se dirigía hacia el capitán; pero éste le indicó con la mano que no se molestase por él, y le remitió al corresponsal. Éste estaba desnudo, tan desnudo como un árbol en invierno, pero tenía un halo en la cabeza y resplandecía como si fuese un santo. El hombre lo agarró fuerte y sin cejar de la mano, y de un fenomenal estirón lo alzó de las aguas. El corresponsal, instruido en las fórmulas de cortesía, dijo:

—Gracias, buen hombre.

Pero de repente el hombre exclamó:

—Y ¿eso qué es? —señalando algo con un gesto rápido.

—Corra a verlo, ande —dijo el corresponsal.

Justo al borde del agua, boca abajo, yacía el engrasador. Su frente acariciaba un trozo de playa que periódicamente, entre ola y ola, se hallaba libre del mar.

El corresponsal no se enteró de nada de lo que aconteció después. En cuanto llegó a un lugar seguro se desplomó en tierra, golpeando la arena con cada partícula de su cuerpo. Era como si se hubiera caído desde un tejado, pero aquel ruido sordo le resultó grato.

Al parecer, la playa se pobló al instante de hombres con mantas, ropa y termos, y de mujeres con cafeteras y todos los remedios consagrados por la tradición. El recibimiento que tributó la tierra a los hombres procedentes del mar fue cálido y generoso; pero, mientras tanto, una figura rígida y chorreante era conducida lentamente playa arriba, y para ella la acogida de la tierra no puedo ser sino la lúgubre y bien distinta hospitalidad del sepulcro.

Al anochecer, las blancas olas seguían yendo y viniendo a la luz de la luna, y el viento traía la voz del océano a los hombres que estaban en la playa, que se creyeron entonces capaces de interpretarlo.

La voz

Rainer Maria Rilke
(1898)

Traducción: Anton Dieterich

RAINER MARIA RILKE (1875-1927) nació en Praga (Imperio austrohúngaro), hijo de un funcionario de ferrocarriles y de una madre con la cabeza llena de delirios de grandeza que lo vistió de niña hasta los nueve años. Ingresó en una academia militar, en Moravia, pero la abandonó por problemas de salud y estudió Literatura, Historia del Arte y Filosofía en Praga y Múnich. En 1896 conoció a Lou Andreas-Salomé, que le introdujo en los círculos artísticos y aristocráticos. Los dos viajarían juntos a Rusia, donde Tolstói, que dejó una profunda huella en él, les invitaría a visitarlo en Yásnaia Poliana. Más tarde, instalado en París, fue secretario de Auguste Rodin. Poeta errante, pasaba de los salones palaciegos a las pensiones de mala muerte, hasta que el editor Anton Kippenberg se hizo cargo de todos sus escritos y le aseguró un estipendio regular. Entre sus obras cabe mencionar *Canción de amor y muerte del corneta Cristóbal Rilke* (1906), *Nuevas poesías* (1907-1908), *Réquiem* (1909), *Cuadernos de Malte Laurids Brigge* (1910), su única novela, *Elegías a Duino* (1922), *Los sonetos a Orfeo* (1923) y *Cartas a un joven poeta* (1929). Fue uno de los poetas más influyentes del siglo XX.

«La voz» («Die Stimme») es una de las «historias cortas y apuntes» de *A lo largo de la vida (Am Leben hin)*, su primer libro de narraciones, publicado en 1898. Rilke convierte aquí lo que podría haber sido una simple anécdota de balneario en una intensa y sugerente visión de «otros barcos en otro mar».

La voz

El doctor Henke era en la ciudad un modelo de cumplimiento del deber; pero las seis semanas de vacaciones las pasaba soñando tumbado boca arriba en la blanca playa báltica de Misdroy entregado a una pereza heroica. Había colocado las manos como una almohada debajo de la cabeza rapada y contemplaba las altas copas de los árboles. En realidad estaba disgustado con su amigo Erwin, que estaba de pie delante de él arrojando piedrecitas a las fauces de las olas rompientes porque tenía que soltarle el siguiente discurso:

—Eres un borrico. Aquí has venido a descansar. No a urdir esas locuras. No entiendo lo que pretendes. «Una voz.» ¡A quién se le ocurre! Tú eres de los que hay que casar como sea. Creo que tendré que buscarte una novia. ¡Las cosas que he tenido que escuchar estos días! Defender a dos ladrones y a un atracador asesino, y poner en regla la herencia de una tía soltera y millonaria que ha muerto sin dejar testamento, no agota tanto como todas tus tonterías. Trabajas demasiado, ése es el problema.

Erwin sonrió a las olas:

—Quizá tengas razón. Estoy muy cansado. Y precisamente por eso lo añoro tanto. Recostarme en un sillón blanco y profundo, y dejarme contar cómo es la vida por una voz dulce. Reconciliarme con la vida a través de esa amable voz y volver a amar sus cosas, sus pequeños acontecimientos y sus grandes maravillas.

El doctor Henke alzó impaciente la cabeza y buscó los ojos del amigo. Él no tenía ningún sentido para la poesía, pero casualmente se le ocurrió que

aquellos ojos con su profundidad cambiante y su brillo misterioso e inesperado tenían algo de la naturaleza del mar. Sonrió irónicamente y gruñó:

—Dime por lo que más quieras cómo se te ha ocurrido esa idea.

Con un movimiento natural Erwin se echó hacia atrás el pelo rubio ceniza:

—Oh, es muy sencillo. Cuando vas caminando por la arena profunda, silenciosa, detrás de las tumbonas de mimbre de la playa, no ves a las personas que están sentadas en ellas, pero oyes voces, conversaciones o risas y entonces sabes: esa persona es de una determinada manera. Sientes que ama la vida, que tiene una gran añoranza o una pena por la que llora su voz incluso cada vez que se ríe.

El doctor se levantó de un salto:

—Y, entonces, mi querido Erwin se asoma un poco y se lleva un chasco cuando ve que las personas son completamente distintas de la voz que tienen.

Erwin negó con la cabeza:

—Yo no busco personas. Busco la voz.

Se volvió hacia el doctor y le atrajo hacia la orilla. Era la hora en que el mar se revela más extraño, en que cambia de color con rico derroche; y el sol se hallaba cerca del ocaso. Una única vela de color ocre claro brillaba en la superficie transparente, y a lo lejos, en una franja azul celeste, navegaba grande y blanco el barco de vapor de Rügen y las olas plateadas lo seguían, aleteando como una bandada de cigüeñas.

El barco de Rügen; de modo que ya son las seis, murmuró el doctor mecánicamente. Erwin asintió con la cabeza.

—Ya ves, nosotros lo vemos pasar todos los días. Nos hemos acostumbrado a él. Ya no nos alegra. Pero yo pienso en una voz dulce que dice: «El barco de vapor de Rügen», o: «El barco de vapor blanco», o: «El barco plateado». Y yo escucharía la voz como si fuera una campana suave, sagrada, y buscaría el barco de Rügen en el horizonte y lo vería como lo desea la voz; y entonces sentiría seguramente: es como un cisne blanco.

El doctor Henke movió la cabeza con desaprobación enérgica y refunfuñó algo para sus adentros. Luego caminaron en silencio abriéndose paso entre las enormes frondas de los helechos mientras sonaba por encima de ellos el fragor de las hayas.

Los días que siguieron fueron muy incómodos para el doctor. Cuando estaba, como de costumbre, tumbado boca arriba en el bosque, no dejaba de pensar en Erwin y notaba que ese pensamiento turbaba mucho su tranquilidad. Trató de librarse de él pasando las tardes entre la gente en la terraza del casino intentando convencerse de que hacía eso para leer los periódicos. Y de hecho estaba tan enfrascado en la lectura de un artículo de fondo que no vio a Erwin hasta que lo tuvo delante de él. El doctor se asustó cuando vio el aspecto alterado y excitado de su amigo y quiso hacerle una pregunta. Pero Erwin se le adelantó. Con una mirada inquieta le dijo: «Ven». El doctor no replicó y ambos enfilaron en silencio la avenida que conducía a la playa. Mientras caminaban por las dunas blancas, Henke miró de reojo a su amigo. Erwin avanzaba deprisa por la arena, sus ojos estaban alucinados y sedientos, y sus labios levemente abiertos como los de alguien que escucha. Entonces el doctor contempló a las personas que dormían o charlaban cómodamente en la arena saturada de sol, y el contraste entre su despreocupada tranquilidad y la prisa ansiosa de su compañero le resultó bastante inquietante. Por fin Erwin se detuvo y obligó también al doctor a que lo hiciese sujetándole firmemente de la muñeca.

Los dos amigos estaban detrás de una tumbona. Henke oyó entonces la voz de una vieja dama que no le era desconocida y luego una voz de muchacha suave, clara y extraña.

Se adelantó tirando de Erwin, que estaba temblando de los pies a la cabeza.

La vieja dama era la generala Wemer, vecina de mesa del doctor. La vieja dama le tendió cordialmente la mano y Henke descubrió a su lado a una muchacha desconocida. La joven tenía la cabeza ligeramente agachada y el sol del atardecer esparcía sus reflejos en su abundante cabellera oscura. La generala estrechó también la mano de Erwin. Luego volvió su fina cabeza y dijo cariñosamente:

—Hedwig.

La muchacha se levantó sin alzar la mirada.

La dama presentó a la joven:

—Es mi nieta.

Erwin se inclinó como ante una reina. Entonces la generala le susurró al

oído:

—Es ciega.

Erwin se estremeció y el doctor se puso a hablar de tenis y de una excursión a Stubbenkammer. Y más tarde la generala dijo:

—Yo no debo bañarme; pero a mi nieta le sienta muy bien.

La ciega asintió con la cabeza:

—Creo que es muy sano.

Su voz era como una canción.

Pero Erwin pensó: «Su voz es triste».

El doctor no paraba de hablar. Una vez se rieron en voz alta, la generala y él. Hedwig no se rió. Y Erwin le dijo en voz baja al doctor:

—Si ella pudiese ver una vez lo hermosa que es…

El doctor se encogió de hombros. La generala, que había oído el comentario, señalaba con la mano hacia el mar. A lo lejos, en una franja de color verde profundo navegaba, grande y blanco, el barco de vapor de Rügen.

El doctor consultó su reloj y dijo:

—El barco de Rügen, de modo que ya son las seis.

La generala dijo enternecida con su voz cansada y vieja:

—Qué bonita es la luz.

El doctor bostezó.

Erwin seguía mirando el mar y la inmensa superficie era de color gris plata. Con voz triste dijo más para sí mismo que para el doctor:

—Ella ve otros barcos en otro mar. Ella ve otro mundo. Por eso es así su voz.

Hombre al agua

Winston Churchill
(1899)

Traducción: Javier Marías

WINSTON CHURCHILL (1874-1965) nació en el palacio de Blenheim, Oxfordshire, en el seno de una familia aristocrática. Se graduó en la Academia Militar de Sandhurst, y se incorporó al Cuarto de Húsares, uno de los más reputados regimientos de caballería del ejército. Combatió en Cuba (a favor de los españoles), la India y el Sudán, y aprendió cuestiones prácticas de estrategia que posteriormente le servirían en sus cargos políticos. Renunció a la vida militar para dedicarse a la política, y se afilió al Partido Conservador; sería parlamentario durante medio siglo, ministro de Economía, dos veces lord del Almirantazgo y dos veces primer ministro. En 1953 obtuvo el Premio Nobel de Literatura «por su dominio de la descripción histórica y biográfica, así como por su brillante oratoria en defensa de los valores humanos más elevados». En 1900 había publicado una novela, *Savrola*.

«Hombre al agua» («Man Overboard») se publicó por primera vez en enero de 1899, en *The Harmsworth Magazine*, cuando Churchill no era más que un joven periodista conocido por sus crónicas de la Guerra de los Bóers. Peter Haining redescubrió este excelente relato en su antología *The Lucifer Society* (1972).

Hombre al agua

Fue poco después de las nueve y media cuando el hombre cayó por la borda. El vapor correo avanzaba a toda velocidad por el mar Rojo en la esperanza de recuperar el tiempo que las corrientes del océano Índico le habían robado.

La noche era clara, aunque la luna estaba oculta por nubes. El aire cálido estaba cargado de humedad. La tranquila superficie de las aguas se veía quebrada tan solo por la marcha del gran barco, desde cuya aleta las altas y sesgadas ondas salían disparadas como las plumas del astil de una flecha, y en cuya estela las burbujas de espuma y aire levantadas por la hélice dejaban un reguero que se iba estrechando hacia la oscuridad del horizonte.

Había un concierto a bordo. Todos los pasajeros se alegraban de romper la monotonía del viaje y se agrupaban en torno al piano en el salón al final del tambucho. Las cubiertas estaban desiertas. El hombre había estado escuchando la música y acompañando las canciones, pero hacía calor en la habitación y salió a fumar un cigarrillo y a disfrutar de una bocanada del aire que levantaba el rápido paso del barco. Era el único aire de todo el mar Rojo aquella noche.

La escala real no se había quitado después de dejar Aden, y el hombre salió a la plataforma, como si lo hiciera a un balcón. Apoyó la espalda contra la barandilla y lanzó una bocanada de humo al aire reflexivamente. El piano atacó una vivaz melodía y una voz empezó a cantar el primer verso de *Los chicos camorristas*. Las acompasadas vibraciones de la hélice eran un amortiguado acompañamiento añadido. El hombre conocía la canción, había

hecho furor en todos los teatros de variedades cuando él había partido para la India siete años antes. Le traía a la memoria las resplandecientes y bulliciosas calles que no había visto durante tanto tiempo, pero que pronto iba a volver a ver. Se disponía a acompañar el estribillo cuando la barandilla, que había quedado mal sujeta, cedió de pronto con un chasquido y él cayó de espaldas a la templada agua del mar en medio de una ruidosa zambullida.

Durante un segundo su aturdimiento físico fue demasiado grande para pensar. Luego se dio cuenta de que debía gritar. Empezó a hacerlo antes incluso de salir a la superficie. Logró un chillido ronco, inarticulado, medio ahogado. Un cerebro asustado sugirió la palabra, «¡Socorro!», y él la berreó con fuerza, en un frenético esfuerzo, seis o siete veces sin parar. Luego oyó:

> ¡Vamos! ¡Vamos! Abrid paso
> a los chicos camorristas.

El estribillo le llegó flotando a través del agua calma por que el barco ya había pasado completamente de largo. Y al oír la música una honda puñalada de terror le traspasó el corazón. Por primera vez su conciencia alumbró la posibilidad de que no lo recogieran. El estribillo empezó otra vez:

> Así que yo digo, chicos, ¿quién quiere una buena juerga?
> Rumba, timba, tunda, ronda, ¿quién quiere beber conmigo?

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro! —gritó el hombre, ahora con un miedo mortal.

Las últimas palabras se arrastraron cada vez más débiles. El barco navegaba rápido. El comienzo del segundo verso quedó confuso y quebrado por la creciente distancia. La oscura silueta del gran casco se iba difuminando. La luz de la popa menguaba.

Entonces se echó a nadar tras ellas con furiosa energía, deteniéndose cada doce brazadas para lanzar prolongados y enloquecidos gritos. Las agitadas aguas del mar empezaron a estabilizarse y a quedar de nuevo en reposo y las amplias ondas se convirtieron en rizos. La efervescente confusión de la hélice

se elevó con un burbujeo y desapareció. El ruido de la marcha y los sonidos de la vida y la música se desvanecieron.

El barco no era más que una luz aislada que se iba apagando sobre la negrura de las aguas y una sombra oscura contra el más pálido cielo.

Por fin el hombre cobró plena conciencia y dejó de nadar. Estaba solo; abandonado. Al comprender esto le dio vueltas el cerebro. Echó de nuevo a nadar, solo que ahora en vez de gritar rezó: rezos insensatos, incoherentes, las palabras tropezándose unas con otras.

De pronto una luz pareció parpadear y aclararse a lo lejos.

Una oleada de júbilo y esperanza recorrió velozmente su cerebro. Iban a parar: iban a hacer girar el barco y regresar. Y con la esperanza vino la gratitud. Su plegaria era atendida. Entrecortadas palabras de agradecimiento afloraron a sus labios. Se paró y vigiló atentamente la luz, el alma en los ojos. Según la miraba, la luz fue haciéndose gradualmente más y más pequeña. Entonces el hombre supo que su suerte estaba echada. La desesperación sucedió a la esperanza; la gratitud dio paso a las maldiciones. Golpeando el agua con sus brazos, deliró de impotencia. Prorrumpió en horribles juramentos, tan entrecortados como sus plegarias; e igualmente ignorados.

Pasó el arrebato de cólera, apremiado por el cansancio en aumento. Se quedó en silencio: en silencio como estaba el mar, pues hasta los rizos se iban aplacando en la lisa uniformidad de la superficie. Siguió nadando mecánicamente tras la estela del barco, sollozando calladamente para sí en la desdicha del miedo. Y la luz de la popa se convirtió en una mota minúscula, más amarilla pero apenas más grande que algunas de las estrellas, que relucían aquí y allá entre las nubes.

Pasaron casi veinte minutos y el cansancio del hombre empezó a tornarse agotamiento. El abrumador sentido de lo inevitable lo oprimía. Con la fatiga vino un extraño consuelo: no tendría que nadar interminablemente hasta Suez. Había otro camino. Moriría. Renunciaría a su existencia, ya que había sido abandonado así. Alzó las manos impulsivamente y se hundió.

Bajó, bajó a través de la templada agua. Lo asió la muerte física y empezó a ahogarse. El dolor de aquel salvaje asimiento hizo retornar su cólera. Luchó furiosamente con él. Agitando brazos y piernas trató de volver al aire. Fue un duro combate, pero salió victorioso y jadeante a la superficie. Lo aguardaba

la desesperación. Chapoteando débilmente con las manos, gimió en medio de su amarga desdicha:

—No puedo… Debo. ¡Oh, Dios! Deja que muera.

La luna, que estaba en su tercera fase, se abrió paso entre las nubes que la ocultaban y dejó caer un pálido, suave brillo por encima del mar. Vertical sobre el agua, a cincuenta yardas, había un negro objeto triangular. Era una aleta. Se le acercaba lentamente.

Su última súplica había sido escuchada.

Grito en el mar

Pío Baroja
(1900)

PÍO BAROJA (1872-1956) nació en San Sebastián y vivió casi siempre en Madrid, donde se doctoró en Medicina, profesión que apenas ejercería. Tras una serie de colaboraciones en diarios y revistas, escribió su primer libro, *Vidas sombrías* (1900), que recibió los elogios de Azorín, Galdós y sobre todo Unamuno, que quiso conocer a su autor. Cultivó, asimismo, la amistad de Maeztu; con él y Azorín formarían un breve período el «Grupo de los Tres», que se dio a conocer a través de un manifiesto publicado en la revista *Juventud*. Agrupó un poco arbitrariamente sus novelas en ocho trilogías y dos tetralogías: *Tierra vasca* (1900-1909); *La lucha por la vida* (1904-1905); *La raza*, cuya primera parte sería *El árbol de la ciencia* (1911) —obra emblemática de la generación del 98—, que consideraba su mejor novela; *El pasado* (1905-1907); *La vida fantástica* (1901-1906); *Las ciudades* (1910-1920); *El mar* (1911-1930); *Agonías de nuestro tiempo* (1926-1942); *La selva oscura* (1932) y *La juventud perdida* (1934-1936). Entre 1913 y 1935 aparecieron los veintidós volúmenes de una novela histórica, *Memorias de un hombre de acción*, basada en el conspirador Eugenio de Avinareta, uno de los antepasados del autor que vivió en el País Vasco en la época de las guerras carlistas. Publicó también cuentos, novelas cortas, libros de viajes, biografías y ensayos, así como unas memorias tituladas *Desde la última vuelta del camino* (1944-1948), siete volúmenes que constituyen un documento excepcional de la época y un importante testimonio de la vida del autor.

«Grito en el mar», relato breve cargado de lirismo, escrito en 1900, es uno de los cuentos incluidos en *Fantasías vascas* (Espasa Calpe, 1941).

Grito en el mar

La mañana y la tarde se habían pasado lloviendo; como lagrimones que brotan de un corazón oprimido, caían las gruesas gotas de la lluvia, brillando en el aire como reflejos de acero y haciendo saltar el agua de los charcos. Declinaba el día; las nubes grises que cerraban el cielo encontrábanse muy bajas, y leves neblinas empañaban el aire.

Un paisaje envuelto en la niebla tiene alguna semejanza con un alma sumida en la tristeza; ese fino cendal de ligera bruma que parece envolver y acariciarlo todo, ofrece para algunos encantos y atractivos mayores que los de un día esplendoroso de sol; la felicidad busca el astro vivificador que hace sonreír la tierra; el dolor, la oscuridad; la melancolía, mezcla de felicidad y dolor, busca la penumbra, mezcla de día y de noche.

Era día de niebla, relucía el suelo empapado de agua con amortiguado brillo, y relucían los charcos como trozos de espejo derramados por alguna hada en solitario camino; a la izquierda de éste veíase la falda de la montaña, entre cuyas peñas nacían helechos ya amarillentos; a la derecha, un prado cubierto de hierba, que exhalaba un olor fresco y saludable, terminado bruscamente por hallarse roto el terreno, formando un acantilado unido a otro de la costa cantábrica, para constituir un murallón enorme, siempre batido por el empuje vigoroso del océano.

La brisa húmeda y cargada de olores de mar salía de éste como lento y prolongado suspiro de un monstruo que duerme; las olas estallaban en las peñas con gran estruendo, y, al retirarse, engendraban un sordo murmullo que

parecía elevarse hasta el cielo.

El Cantábrico jugueteaba, y, sin embargo, al dejar caer la mirada desde lo alto del terraplén, el espíritu caía con ella y se sentía turbado por el horror primero, por la admiración después. Las rocas del pie del murallón espiaban los movimientos de las olas; el océano embestía con toda su fuerza; del choque de los dos enemigos saltaban nubes de espuma.

Si la tierra fuera la cabeza de un dios, el mar debía ser su cerebro; esas olas que avanzan cautelosas, oscuras, pérfidas como el alma de la mujer, que se agitan luego y parecen erizarse de llamas, que van jadeantes, se retuercen, se fatigan, se detienen para tomar alientos y vuelan después frenéticas a estrellarse contra las rocas; esos círculos de espuma que giran con rapidez vertiginosa, que cambian de color y se hacen amarillentos, rojos y plateados, serán solo montones de átomos movidos por el viento y refracciones del cloruro de sodio disuelto en el mar; pero parecen el ir y venir de las pasiones y la florescencia de las ideas en el cerebro de un ser grande.

El mar es como una reflexión del alma del hombre; su flujo es su alegría; su reflujo, la tristeza; vencido por la civilización, protesta contra ella en los días de tempestad; grande como es, no tiene misericordia ni para los pequeños ni para los humildes; a todos los aplasta con sus furores…

Sentado en una roca, y agarrado a otra con fuerza, contemplaba las evoluciones del monstruo, miraba con los ojos muy abiertos, dichoso al verme libre de mis amargas ideas. El ala de la imbecilidad venía a acariciar dulcemente mi espíritu.

La niebla iba ennegreciéndose; el mar tomaba una brillantez fosforescente por el reflejo de una nube blanquecina que apareció en el cielo. Entonces me pareció que bajo, muy bajo, entre aquellos remolinos turbios veía una barca con la quilla al descubierto; las olas la lanzaban como un ariete contra las peñas, y, al chocar, crujía como si se quejara dulcemente.

De pronto rasgó el aire un grito, quizá de un ave marina, para mí salido de una garganta humana; un grito largo, desesperado, estridente; aquella nota de dolor se perdió como un átomo de tristeza en la tristeza inmensa de la noche. El mar tomó un color de tinta; el viento murmuró con más fuerza; las olas siguieron mugiendo y mugiendo.

Me interné en el monte, pensando con espanto en las terribles aventuras

de un cadáver, juguete del mar. La noche estaba templada; un silencio de reposo absoluto reinaba en la tierra; la luna comenzaba a salir entre nubarrones oscuros, que corrían atropelladamente por el cielo, y sus pálidos rayos iban plateando la niebla; el aire húmedo y perfumado por las emanaciones del campo, venía del bosque como si fuera el aliento poderoso de la montaña. En el fondo del valle se adivinaba la aldea envuelta en la bruma; a lo lejos, de la silueta oscura de un caserío salía un rayo de luz como mirada rojiza de un ojo siniestro que contemplara parpadeando la noche.

Cuando, al anochecer, en la casa solitaria del pueblo, donde se desliza mi existencia, oigo el crujido de las ramas secas de los árboles y las desvencijadas puertas se estremecen y rechinan como modulando sardónica carcajada, recuerdos de lejanas épocas se agolpan en mi mente; no son de esos que regocijan el corazón y hacen aparecer a los labios alegre sonrisa, sino de los que contristan el ánimo, pero entre todos se destaca en el fondo gris de un día de niebla aquella nota aguda de dolor y vibra en mis oídos como el llamamiento desesperado de un moribundo; vibra, y la veo perderse como un átomo de tristeza en la tristeza inmensa de la noche.

En el reino de Samoa

(fragmento de *La vuelta al mundo en solitario*)
Joshua Slocum
(1900)

Traducción: Marta Salís

JOSHUA SLOCUM (1844-1909) nació en una granja de Mount Hanley, Nueva Escocia. A los dieciséis años, tras la muerte de su madre, se embarcó de marinero en un mercante que se dirigía a Dublín. A los dieciocho aprobó el examen de segundo oficial, y no tardó en ascender a primer oficial y luego a capitán. En 1893, un amigo le regaló un viejo velero de once metros, el Spray, que él reconstruyó por completo con el propósito de dar la primera vuelta al mundo en solitario. El 24 de abril de 1895, a los cincuenta y un años y sin saber nadar, Slocum levó anclas en Boston e inició un histórico viaje que le llevaría a navegar en solitario 46.000 millas; tardaría tres años, dos meses y dos días en regresar a Newport, Rhode Island. El Spray resultó ser un barco extraordinario, capaz de mantener el rumbo sin desviarse y sin llevar nadie al timón; hemos de recordar que aún no se conocía el piloto automático ni otros elementos que hoy facilitan la navegación en solitario.

Slocum escribió un relato de su extraordinario viaje, *La vuelta al mundo en solitario* (*Sailing Alone Around the World*), que se publicó por entregas a lo largo de siete meses en la *Century Illustrated Magazine*. En abril de 1900 el libro fue editado por la Century Company, con ilustraciones de George Varian y Thomas Fogarty, y se convirtió inmediatamente en un *bestseller*. Hoy en día se sigue reeditando, y es considerado un clásico de la literatura de viajes.

En noviembre de 1909, Slocum volvió a zarpar solo a bordo del Spray con destino al río Orinoco, y desapareció para siempre; jamás se encontró el menor resto de su embarcación.

En el reino de Samoa

(fragmento de *La vuelta al mundo en solitario*)

Pasar solo cuarenta y tres días puede parecer mucho tiempo, pero lo cierto es que los minutos volaban, y en vez de recalar en Nukahiva, cosa que podía haber hecho, continué hacia Samoa, donde deseaba hacer mi siguiente escala. Tardé otros veintinueve días en llegar, lo que supuso un total de setenta y dos días. No sentí el menor desamparo en toda la travesía. Siempre estuve acompañado; los arrecifes de coral me hacían compañía, o no me dejaban tiempo para sentirme solo, que viene a ser lo mismo, pues abundaban en el rumbo hacia Samoa.

Entre los incidentes (escasos) de mi navegación entre Juan Fernández y Samoa, destacaré la colisión que estuve a punto de tener con una ballena enorme que surcaba distraídamente el océano por la noche, mientras yo estaba en la cabina. Su resoplido de sorpresa, y la conmoción que causó en el mar al esquivar el velero, me hicieron subir a la cubierta justo a tiempo para que me empapara el agua que levantó la cola. Al parecer, el monstruo se dio un susto. Se dirigió veloz hacia el este; yo continué hacia el oeste. No tardó en pasar otra ballena, sin duda compañera suya, que seguía su estela. No vi ninguna más en esa etapa del viaje, cosa que agradecí.

Varios tiburones hambrientos se acercaron a menudo al barco cuando pasaba cerca de una isla o de unos arrecifes de coral. Disfruté disparándoles como si fueran tigres. Los tiburones son, después de todo, los tigres del mar.

Creo que no hay nada más pavoroso para la imaginación de un marinero que la posibilidad de encontrarse con un tiburón hambriento.

Siempre había pájaros; de vez en cuando se posaban en el palo para mirar el Spray desde las alturas, maravillándose, quizá, de sus extrañas alas, porque llevaba la vela mayor de la Tierra del Fuego, que, como la túnica de José, estaba hecha con muchos retazos. Ya no hay tantos barcos como antaño en los mares del Sur. No me crucé con ninguno en todo mi recorrido por el Pacífico.

La base de mi dieta en aquellas largas travesías eran normalmente patatas, bacalao en salazón y galletas, que hacía dos o tres veces a la semana. Tenía siempre mucho café, té, azúcar y harina. Solía llevar patatas en abundancia, pero antes de llegar a Samoa sufrí un contratiempo que me privó de este lujo tan preciado para un marino. Por culpa de mi encuentro en Juan Fernández con un portugués yanqui llamado Manuel Carroza, que era el rey de los trueques, me quedé sin patatas en medio del océano, algo que lamentaría después. Yo presumía de ser un buen comerciante, pero este portugués de las Azores pasado por New Bedford, que me cambió sus patatas nuevas por las viejas que yo había comprado en el Colombia, más de veinticinco kilos de la mejor calidad, me bajó los humos. Quería las mías, me dijo, «para cambiar de semilla». Cuando estuve en alta mar, me di cuenta de que sus tubérculos olían mal y eran incomibles, además de tener unas vetas amarillas repugnantes. Volví a cerrar el saco, y comí las pocas que quedaban de mis viejas existencias, convencido de que, cuando tuviera realmente hambre, las patatas de Juan Fernández sabrían mejor. Pero tres semanas después, cuando abrí la bolsa, ¡salieron volando un millón de alados insectos! Las patatas de Manuel se habían convertido en moscas. Me apresuré a cerrar el saco y lo arrojé por la borda.

Manuel tenía una buena cosecha de patatas en reserva, y, para atraer a los balleneros, deseosos siempre de comprar hortalizas frescas, me pidió que hablara de las ballenas de la isla de Juan Fernández; y lo cierto es que las he visto, y de gran tamaño, pero estaban muy lejos.

En conjunto, sin embargo, me las arreglé bastante bien con las provisiones incluso en la larga travesía del Pacífico. Encontré siempre algún pequeño suplemento que me ayudó a estar bien alimentado; para sustituir la

carne fresca, tenía pescado fresco, al menos con los alisios, cuando los peces voladores se estrellaban contra las velas en la oscuridad, y caían sobre la cubierta, a veces dos o tres, a veces una docena. Por las mañanas, salvo cuando había luna llena, solo tenía que recogerlos junto a los imbornales de sotavento. No necesitaba carne enlatada.

El 16 de julio, con gran cautela, algo de habilidad y mucho trabajo, el Spray echó el ancla en Apia, en el reino de Samoa, hacia el mediodía. Una vez fondeado, desplegué el toldo y, en vez de desembarcar enseguida, me senté a su sombra hasta el anochecer, escuchando con deleite la voz armoniosa de los hombres y mujeres samoanos.

Una canoa, con tres mujeres jóvenes que iban a puerto, se detuvo al lado del velero. Una de las hermosas tripulantes, dirigiéndome el ingenuo saludo nativo, *Talofa li* («bienvenido, jefe»), me preguntó:

—¿Acaba de llegar?

—*Talofa li* —dije, antes de responder que sí.

—¿Ha venido solo?

—Sí —volví a contestar.

—No me lo creo. Venía con otros hombres, y se los ha comido.

Ante esa salida, sus compañeras se echaron a reír.

—¿Por qué viene desde tan lejos? —preguntaron.

—¡Para oírlas cantar! —respondí.

—¡Oh! *Talofa li* —gritaron las tres, y se pusieron a cantar.

Sus voces llenaron el aire del atardecer; y su música llegó hasta el bosque de altas palmeras que había en el otro extremo del puerto y luego regresó. Poco después llegaron seis hombres jóvenes en la barca del cónsul general de Estados Unidos, cantando a varias voces al ritmo de sus remos. Mi entrevista con ellos fue más productiva que la que sostuve con las damiselas de la canoa. Traían una invitación del general Churchill para que fuera a cenar al consulado. Se percibía la mano de una mujer en los asuntos de este consulado en Samoa. La señora Churchill escogía los tripulantes para el barco del general, y se preocupaba de que llevaran un bonito uniforme y supieran cantar canciones marineras samoanas, que ella misma aprendió como si fuera una nativa la primera semana que llegó a la isla.

A la mañana siguiente muy temprano, con un tiempo espléndido, la mujer

de Robert Louis Stevenson vino al Spray y me invitó a Vailima al otro día. Como es natural, me maravilló conocer después de tantas peripecias a esta encantadora mujer, viuda desde hacía poco del escritor que tanto me había deleitado en la travesía. Sus ojos bondadosos brillaban cuando comparábamos nuestras aventuras. Me impresionaron algunas de sus experiencias y huidas. Me dijo que, con su marido, había navegado en toda clase de barcos desvencijados entre las islas del Pacífico; y añadió pensativa:

—Teníamos los mismos gustos.

A propósito de navegaciones, me regaló cuatro hermosos volúmenes con los almanaques náuticos del Mediterráneo, y escribió en las guardas del primero:

> Para el capitán Slocum. Estos volúmenes los leyó y releyó muchas veces mi marido, y estoy segura de que le alegraría que los heredara la clase de navegante que él apreciaba por encima de todo.
>
> FANNY V, DE G. STEVENSON

La señora Stevenson me dio también un gran almanaque del océano Índico. Sentí un temor reverencial al recibir esos libros casi directamente de la mano de Tusitala[51], «que duerme en el bosque». Aoelele[52], el Spray cuidará como un tesoro tu regalo.

El hijastro del novelista, el señor Lloyd Osbourne, me paseó por toda la mansión de Vailima, y me rogó que escribiera mis cartas en el viejo escritorio. Pensé que sería presuntuoso hacerlo; me parecía suficiente entrar en el vestíbulo y pisar el suelo donde «el contador de historias», a la manera samoana, acostumbraba sentarse.

Un día en que mis anfitriones y yo cruzábamos la calle principal de Apia para ir al Spray —la señora Stevenson a caballo, yo andando a su lado, y el señor Osbourne y su mujer en bicicleta detrás de nosotros—, nos encontramos de pronto, tras una pequeña curva, en medio de una numerosa procesión de aborígenes, no sé si festiva o fúnebre, encabezada por una especie de primitiva banda de música. Varios hombres corpulentos llevaban fardos de tela en unas varas. Era evidente que algunos eran *tapas*[53]. Pero había un cargamento entre dos palos, más voluminoso, que no resultaba tan sencillo de adivinar. Me picó la curiosidad por saber si era un cerdo asado o

algo más macabro, y lo pregunté.

—Ignoro —dijo la señora Stevenson— si es una boda o un funeral. Sea lo que sea, capitán, creo que nuestro lugar no está aquí.

Como el Spray estaba fondeado, fuimos hasta él desde la playa en mi pequeño bote de Gloucester, pintado de un bonito verde. Nuestro peso le hizo hundirse hasta la borda, y me vi obligado a maniobrar con muchísima cautela para que no se inundara. La aventura entusiasmó a la señora Stevenson, que, mientras remábamos, cantó: «Salieron a la mar en un bote verde». Comprendí entonces lo que quería decir, al hablar de ella y de su marido, con las palabras «teníamos los mismos gustos».

Cuanto más me alejaba del centro de la civilización, menos gente me preguntaba qué pagaría o dejaría de pagar. La señora Stevenson, al referirse a mi viaje, ni una sola vez me preguntó qué beneficios me reportaría. Cuando llegaba a una aldea de Samoa, el jefe no me preguntaba cuánto valía la ginebra, ni cuánto pagaría por el cerdo asado.

—Dólares, dólares —decía—; es lo único que entiende el hombre blanco. ¿Qué importa el dinero? Tapo ha preparado *ava*; ¡bebamos y seamos felices!

Tapo era la virginal anfitriona del pueblo; en este caso Taloa, la hija del jefe.

—Nuestro *taro* es bueno; comamos. En los árboles hay fruta. Dejemos que el día siga su curso; ¿por qué preocuparnos? Todavía quedan millones de días. El fruto del árbol del pan se dora al sol, y el vestido de Taloa está hecho con sus hojas. Nuestra casa, que es cómoda, solo cuesta el trabajo de construirla, y no hay cerradura en la puerta.

Mientras los días transcurren así en estas islas del Sur, nosotros, en el Norte, tenemos que luchar sin tregua para cubrir nuestras primeras necesidades.

Para alimentarse, los habitantes de estas islas no tienen más que extender la mano y coger lo que la naturaleza les ofrece; si plantan plataneros, de lo único que tienen que preocuparse es de que no broten demasiados. Tienen mucha razón al amar su país y temer el yugo del hombre blanco, pues con los arreos del arado, su vida dejaría de ser poética. […]

Cuando fui a despedirme de mis amigos de Vailima, encontré a la señora Stevenson con su sombrero panamá, y di un paseo con ella por el jardín.

Había unos hombres limpiando el terreno, y ella pidió que me cortaran, de un grupo de árboles que había plantado seis años antes, y que ya medían más de dieciocho metros, un par de cañas de bambú para el Spray. Las utilicé como arboladura de respeto, y el extremo de una me sirvió de botalón en mi viaje de regreso. No me quedaba ya más que beber *ava* con la familia antes de hacerme a la mar. Esta ceremonia, muy importante entre los samoanos, se celebró a la manera de los nativos. El sonido de un cuerno de Tritón[54] nos indicó que el brebaje estaba listo, y en respuesta todos aplaudimos. Como la reunión se celebraba en honor del Spray, la costumbre exigía que yo fuera el primero en verter unas gotas por encima del hombro; pero, al haber olvidado cómo se decía en samoano «¡Que beban los dioses!», solté algo semejante en ruso y chinook[55], pues recordaba una palabra de cada; y el señor Osbourne proclamó entonces que ya era un auténtico samoano. A continuación, después de decir *¡Tofah!* a mis queridos amigos de Samoa, y de que todos desearan *bon voyage* al Spray, levé anclas el 20 de agosto de 1896, y continué mi travesía. La soledad se apoderó de mí cuando las islas desaparecieron por popa, y, como antídoto, me dirigí a toda vela hacia la preciosa Australia, que ya conocía; pero, durante muchos días, Vailima poblaría mis sueños.

Los tigres del mar

Emilio Salgari
(1900)

Traducción: Cristina Marín Rubio

EMILIO SALGARI (1862-1911) nació en Verona, en una acomodada familia de tradición mercantil. De joven sirvió a bordo de un barco, el Italia Una, que recorrió la costa Adriática y Mediterránea, pero no hay pruebas de que hiciera más viajes por mar, aunque aseguraba que los lugares exóticos que aparecían en sus libros se basaban en sitios que había visitado personalmente. Autor de ochenta y cuatro novelas e incontables relatos, es conocido sobre todo por sus historias de intrépidos aventureros, temibles piratas y valerosos lobos de mar, entre las que destacan *Los piratas de la Malasia* (1896), *El corsario negro* (1899), *La reina de los caribes* (1901), *Los tigres de Mompracen* (1901), *Los dos tigres* (1905), *El rey del mar* (1906) y *El desquite de Sandokán* (1907). Maltratado por sus editores y desdeñado por la crítica, trabajó incansablemente y, a pesar de su éxito, pasó grandes estrecheces. Todo esto unido al desequilibrio mental de su mujer, la actriz Ida Peruzzi, con la que tuvo cuatro hijos, le empujó a suicidarse haciéndose el haraquiri, en Turín, el 25 de abril de 1911.

«Los tigres del mar» («Le tigri del mare») es uno de los cuentos publicados por la editorial Salvatore Biondo de Palermo. Aparecieron entre 1900 y 1906 en la colección «Bibliotechina Aurea Illustrata», que comenzó a salir periódicamente en 1897. Salgari publicó sesenta y siete cuentos en esta colección bajo el seudónimo de Capitano Guido Altieri, a fin de eludir las obligaciones del contrato que le obligaba a publicar con Donath, su editor de Génova, hasta 1902. Es otro buen ejemplo de literatura del mar como género popular.

Los tigres del mar

¡Los tigres del mar! Así llaman los marineros a los tiburones, los enemigos más terribles y feroces que los navegantes pueden encontrar en los océanos.

Si los tigres de la selva india son los seres más sanguinarios del mundo, los tiburones son los más abominables habitantes de los mares.

Ningún animal los supera; pueden considerarse unos angelitos comparados con los imponentes cachalotes, cuyas fauces pueden triturar y engullir de una vez hasta una chalupa equipada con una docena de hombres.

Se hallan por todas partes, tanto en los mares interiores como en los vastos océanos, y siempre donde exista la posibilidad de devorar carne humana.

No disminuyen en número pese a la caza encarnizada que llevan a cabo marineros y pescadores; afrontan con denuedo las balas de las carabinas y las heridas de los arpones.

No hay barco que se libre de llevar tras la popa al menos un par de ellos. Casi siempre van sumergidos, mostrando solo la aleta dorsal; mas cuando el cocinero arroja al mar las sobras de la comida, allí están ellos; surgen junto al timón, abren de par en par sus enormes bocas y engullen, de una sola vez, todo lo que cae al mar.

Latas de conserva, botellas, pantuflas viejas, trapos usados para limpiar las cacerolas, trozos de cuerda embreada; todo pasa por aquellas fauces que nunca se cansan de devorar.

Si un hombre cae al agua, allí están ellos, cual tigres, precipitándose sobre

la presa humana.

Con unos cuantos golpes de cola caen sobre el pobre desdichado, abren sus terribles mandíbulas armadas con una triple fila de dientes móviles, planos, duros como el acero y ¡crac!… El hombre desaparece en dos bocados.

Raudos nadadores, provistos de poderosas armas, impetuosos, insaciables y muy voraces, persiguen con saña a su presa con la boca desmesuradamente abierta, y casi siempre la consiguen.

Poseen una fuerza verdaderamente extraordinaria y una cola tan potente que es capaz de elevarse muchos metros por encima del agua.

He sabido de tiburones que saltaron hasta los gallardetes del trinquete para hincar sus dientes a un cadáver que un capitán negrero había hecho colgar allí.

Ahora que os he dado a conocer la ferocidad de estos tigres del mar, os quiero relatar un terrible suceso, acaecido hace algunos años en el golfo de México, del que tuve noticia en uno de mis viajes por Centroamérica.

Es uno de los casos más terribles registrados en la historia de los mares y por ello quería contarlo a mis pequeños lectores, ávidos de grandes emociones.

Si mal no recuerdo debió de tener lugar a finales de 1889.

Unas semanas antes del suceso, una gran nave española, la Girolda, había abandonado los puertos de Brasil con destino a Veracruz.

Se trataba de uno de los veleros más bellos de la marina transatlántica, equipado con una selecta tripulación al mando del capitán Álvaro Crey, un lobo de mar que había dado la vuelta al mundo no sé cuántas veces.

Desde su entrada en el golfo de México, los marineros habían observado, sobresaltados, que el bajel era escoltado con encono por una manada de tiburones de la especie más feroz, el tiburón blanco.

Había al menos una docena, y era tal su voracidad que, cuando el cocinero del barco lanzaba al agua las sobras, saltaban hasta la amurada de popa para disputárselas.

Aquel número verdaderamente extraordinario de escualos había sobrecogido a la tripulación, pues debéis saber que aquellos feroces habitantes de los océanos parecen captar la inminencia de una desgracia.

Podría decirse que la perciben a distancia, y desde ese instante jamás abandonan los barcos perseguidos por la fatalidad.

No obstante, la Girolda había llegado felizmente al golfo de México.

Hasta entonces, es decir, desde que abandonara las costas de Brasil, no había ocurrido ninguna desgracia a bordo de la embarcación.

Hasta el mar permanecía en calma y los vientos eran casi siempre favorables. Pero he aquí que un aciago día, cuando la Girolda se aproximaba a las playas de Puerto Rico, el cielo se cubrió de nubes y el aire adquirió una transparencia tan extraordinaria que los marineros divisaron las lejanas montañas de Cuba.

—Mala señal —exclamó el capitán, buen conocedor del golfo de México —. Está a punto de estallar una tormenta colosal.

El lobo de mar hacía bien en preocuparse.

La Girolda se encontraba en parajes tremendamente peligrosos, de funesta fama debido a la violencia de sus huracanes.

Son las Antillas las islas más espléndidas del mundo, pero también las más desgraciadas.

Con frecuencia se ven azotadas por ciclones de una furia increíble que devastan las playas y las tierras del interior, arrasan las ricas plantaciones de azúcar, de café y de cacao y a veces destruyen poblados enteros.

Los vientos adquieren tal fuerza que incluso son capaces de mover la gruesa artillería que se utiliza para defender los puertos.

Además, las olas, altas como montañas, se estrellan contra las costas con un ímpetu capaz de arrancar trozos enormes de escollos. ¡Ay de la embarcación que se encuentre entre aquellas moles líquidas que los vientos desenfrenados empujan de levante a poniente!

El capitán de la Girolda, que había soportado más de un ciclón en su larga carrera marítima, mandó llamar al patrón, un viejo de luenga barba blanca, que poseía un profundo conocimiento del golfo y una gran disposición para dar valiosos consejos.

—¿Tú qué piensas, Cardal? —le preguntó—. Esta transparencia del aire me da que pensar.

—Se prepara un ciclón, capitán —respondió el patrón tras observar un instante el cielo—. Conozco muy bien estas peligrosas rachas de viento.

—¿Qué me aconsejas hacer?

—Plegar buena parte de las velas y buscar refugio. Santiago de Cuba está a sesenta millas. Es un puerto de difícil acceso, pero también el más seguro de todo el golfo de México.

—Vayamos a Santiago, pues, y esperemos llegar antes de que el huracán nos sorprenda —concluyó el capitán.

El viejo Cardal hizo un gesto de duda con la cabeza, después señaló a los tiburones que en ese preciso momento emergían mostrando sus enormes fauces, y gruñó:

—Me temo que sus dientes ya saborean la carne humana.

La Girolda había cambiado el rumbo para sortear las costas de Puerto Rico, incapaces de ofrecer refugio alguno en aquellos parajes; se dirigía directa hacia Cuba, cuyas montañas podían avistarse merced a aquella insólita transparencia del aire.

La infortunada nave corría y corría, ansiosa de ponerse a seguro; mas el huracán también avanzaba veloz, proveniente del Atlántico.

Al anochecer aún quedaban treinta millas para llegar a Cuba; el cielo se había cubierto rápidamente de nubarrones negros como la pez, cargados de lluvia, mientras el viento soplaba con unas rachas tan potentes que curvaban la alta arboladura del barco.

A las diez, la oscuridad era tan profunda que los hombres situados en la toldilla no lograban distinguir a los que maniobraban más allá del palo mayor.

El mar rugía roncamente y lanzaba olas monstruosas contra la embarcación, levantándola de popa a proa con mil crujidos, mientras el viento ululaba terriblemente entre la jarcia y las velas.

El capitán, instalado en la toldilla, junto al timón, miraba la brújula mientras el viejo Cardal mantenía el rumbo.

De tanto en tanto se miraban el uno al otro, interrogándose con inquietud.

—El ciclón se acerca, ¿verdad, viejo amigo? —preguntó el capitán.

—Sí —respondió el patrón—. Se nos echa encima.

—¿Podremos resistir su embestida?

—La Girolda es un buen velero, pero…

—No te veo tranquilo, Cardal.

—Es cierto, capitán.

—Y ¡las costas de Cuba ni asoman!

—Y Santiago tiene un canal demasiado peligroso para enfilarlo con una tormenta a las espaldas.

—Confiemos en Dios, Cardal.

—Y en la solidez de nuestra nave.

A las once, los fulgurantes relámpagos iluminaban las nubes tormentosas y el retumbar de los truenos era cada vez más aterrador.

La Girolda, golpeada por las montañas de agua que la acometían por todas partes, brincaba desordenadamente, ora suspendida en la cresta del oleaje, ora hundida en su seno.

El agua corría por la cubierta barriéndolo todo en su fogosidad: marineros, amarras, barriles y cajas.

A cada instante, una ola rompía sobre los costados y brincaba sobre la toldilla con un estrépito ensordecedor.

El capitán y el anciano se esforzaban desesperadamente para mantener el rumbo de la Girolda, aunque no siempre lo conseguían.

Arrastrada por el viento que soplaba con una violencia increíble, acometida por las olas y desobedeciendo al timón, la nave iba a la deriva.

Se escoraba a menudo, ora de un lado, ora del otro, y el agua entraba a raudales.

El espectáculo era pavoroso y el miedo empezaba a cundir entre todos los navegantes, especialmente en el instante que vieron, a la luz de los relámpagos, la horda de feroces tiburones deslizándose por las olas turbulentas.

A medianoche, cuando mayor era la furia de los elementos desencadenados, se oyó una voz a proa que gritaba:

—¡Tierra a la vista!…

La tierra, en aquel momento, con aquel huracán que empujaba la embarcación, ya no suponía la salvación ansiada.

Representaba un grave peligro: tal vez la muerte.

El capitán ordenó cambiar el rumbo de inmediato, y entonces se oyó al viejo Cardal emitir un grito desesperado que anunciaba una desgracia irremediable.

El capitán regresó precipitadamente a la popa.

—¿Qué te sucede, Cardal? —preguntó.

—El timón ha dejado de funcionar —respondió el anciano con voz temerosa.

—¿Se ha estropeado la rueda del timón?

—Creo, más bien, que las olas lo han destrozado todo.

—¡Entonces, estamos perdidos! —exclamó el capitán—. Nos encontramos frente a las costas de Cuba.

—¡Ordene arriar las velas, capitán! —gritó Cardal.

—Eso no nos librará del huracán.

—Al menos será…

No había concluido la frase, cuando en la proa se oyó un estruendo aterrador.

Eran las olas que se estrellaban contra el rompiente.

Mientras tanto, la Girolda, privada de todo rumbo y medio escorada a estribor, crujía lúgubremente avanzando entre el oleaje.

Parecía lamentarse de su inminente final.

El capitán y Cardal se precipitaron a la proa mientras los marineros, perdida la calma, corrían por la cubierta como si hubieran enloquecido.

A la luz de un relámpago, los dos lobos de mar vieron una hilera de escollos contra la que rompían las olas con enorme furor.

Detrás de aquellos rompientes, a una distancia de dos o tres millas, habían distinguido las costas de Cuba.

—¡Estamos perdidos! —exclamó el capitán, pálido como un muerto.

—Sí, es el fin de la Girolda —respondió el patrón—. En unos minutos se estrellará contra aquellas rocas.

—¿No podemos intentar alguna maniobra para retrasar, al menos, la catástrofe?

—Ninguna, capitán y, además, la tripulación ya no obedecería.

—Preparémonos para el terrible impacto.

—¿Y las chalupas?

—Olvidémoslo, Cardal. Estas olas las hundirían en un santiamén. Mientras tanto, tratemos de arriar las velas para amortiguar el choque.

La orden fue dada sin demora y, como Cardal había previsto, nadie

respondió a la llamada del capitán.

Los marineros, trastornados por el miedo, ya no obedecían órdenes. Por el contrario, se afanaban alrededor de las chalupas para echarlas al agua en el momento del naufragio, si bien ellos también estaban convencidos de que no podrían resistir la furia del oleaje.

A las doce y cuarto de la noche, la Girolda, empujada por el viento que aumentaba sin cesar, se encontraba solo a unos cientos de metros de los escollos.

Las olas bramaban en torno a la desventurada nave, condenada ya irremediablemente; parecía que quisieran hundirla antes de que se desfondara sobre el arrecife.

Desde lo alto de la toldilla, el capitán y el patrón miraban con espanto la costa cubana, esperando con inquietud la catástrofe.

Unos minutos más tarde, el barco, encaramado en una ola monstruosa, se desplomaba sobre el primer rompiente.

El golpe fue tan colosal que los palos del trinquete y del bauprés se vinieron abajo.

En un instante, el agua invadió la cubierta y los costados de la desafortunada nave quedaron destrozados sobre los escollos con un estruendo atronador.

Las olas que se precipitaban sobre la toldilla impedían que el capitán y el patrón pudieran ver a los marineros aferrados a las chalupas.

—¡No abandonéis el barco! —gritaron ambos al unísono—. ¡Esperad al alba!

El viento se llevó las palabras.

Un momento después, una primera chalupa cargada de hombres se alejaba a estribor; a continuación, de inmediato, una segunda.

Entre los aullidos del oleaje y los silbidos del viento, el capitán y Cardal oyeron unos alaridos desesperados y, a continuación, un gran impacto.

¿Qué había sucedido? ¿Se habían estrellado las dos chalupas contra los rompientes, o habían logrado hacerse a la mar?

El viejo Cardal, pese al peligro que corría, había abandonado la toldilla y se precipitaba hacia la proa, agarrándose con fuerza a las amuradas para evitar que las olas lo arrastraran.

A su regreso, traía la cara descompuesta.

—¡Capitán! —exclamó con voz desgarrada—. Me temo que esos desgraciados han sido arrojados contra el rompiente y devorados por los tiburones que nos seguían.

—¿No has visto a nadie? —preguntó con angustia el capitán.

—No, solo he visto a los tiburones retorciéndose frente a los escollos.

—Y ¿no has oído ningún grito?

—No, capitán.

—¿Has visto algún resto en el rompiente?

—La oscuridad me lo impide.

—Esos infelices se han ahogado —dijo el capitán, reprimiendo un sollozo.

—Y quizá seamos nosotros los siguientes —añadió el patrón.

—Aún no está todo perdido, Cardal. El barco está profundamente encallado y si no lo derriban las olas podremos alcanzar la costa de Cuba.

—¿En una balsa?

—Sí, Cardal. Mientras, subamos a la cofa de mesana para impedir que nos arrastren las olas.

El consejo llegaba en el momento más oportuno, pues el barco se hundía poco a poco, como en un lecho de arena; las olas barrían incesantes la cubierta, destrozándolo todo.

El capitán y el patrón, aferrados a los flechastes, aprovecharon un momento de calma y alcanzaron felizmente la cofa, una especie de tabla semicircular situada casi en medio de los mástiles y que puede servir de refugio a cuatro e incluso a seis personas.

Desde aquella altura el espectáculo que el mar ofrecía era aterrador.

Olas enormes se encabalgaban confusamente, persiguiéndose, empujándose, rompiéndose y golpeando la desdichada nave y los rompientes.

La Girolda, ya desfondada por la proa, se hundía lentamente, acercándose cada vez más a las rocas.

Por los flancos destrozados entraba el agua a raudales, irrumpiendo en la bodega; a veces, de aquellos boquetes salían arcas y barriles que formaban parte de la carga.

El capitán y el patrón, agarrados con firmeza a las jarcias, miraban la

embarcación, cada vez más angustiados y temerosos de que se deshiciera de un momento a otro.

El mástil que los sostenía temblaba al embate de cada ola, como si fuera a quebrarse. La verga ya había sido arrancada junto con la vela; también había desaparecido la vela mayor.

La situación de los dos supervivientes era muy precaria.

De un momento a otro podían verse arrastrados junto con el mástil y estrellarse contra los amenazantes escollos.

Hacia las dos de la madrugada, la cubierta del barco ya se encontraba sumergida.

La Girolda se hundía poco a poco en el banco de arena, y los salientes de las rocas y el oleaje la destruían lentamente.

Los golpes de mar habían arrancado la tablazón de los costados y solo los dos mástiles resistían todavía.

—Capitán —dijo Cardal—, se acerca nuestra última hora. Pronto nos reuniremos con la tripulación que nos ha precedido en su viaje a la tumba.

—No perdamos el ánimo, viejo Cardal —respondió el lobo de mar, que aún albergaba alguna esperanza—. La embarcación se encalla cada vez más y resistirá la embestida de las olas.

—Y ¿qué vamos a hacer para salvarnos?

—No nos faltarán restos del barco en que sujetarnos.

—¿Y los tiburones? ¿No ve a esos malditos nadar sin cesar alrededor del barco? Mire: allí están todos, y se diría que solo esperan la caída del mástil para alimentarse de nuestra carne.

El patrón tenía razón.

Iluminados por los relámpagos, los terroríficos escualos continuaban nadando en torno a la desgraciada nave, mostrando sus enormes fauces.

El instinto los guiaba y, tras devorar a los marineros, esperaban con paciencia el momento de hincar sus dientes en los dos últimos supervivientes.

Parecían comprender la espantosa situación en la que se encontraban aquellas dos personas.

Algunos se habían dejado arrastrar a la cubierta, ya anegada, y giraban amenazadoramente alrededor del mástil, golpeándolo con sus robustas colas.

Ya eran los amos de la embarcación y podían impedir el descenso de los

dos desgraciados náufragos.

—Capitán —dijo el anciano, poco antes de que rayara el alba—, estamos condenados a una muerte segura.

—No lo creo, Cardal —respondió el capitán—. El barco, aunque sumergido, resistirá mucho tiempo la acometida de las olas. También he observado que el viento ha menguado su violencia y que el ciclón se desplaza hacia el sur.

—Y ¿cómo lograremos llegar a las costas de Cuba? Los tiburones impedirán que construyamos una balsa.

—Esperaremos aquí a que pase algún barco. Santiago no está muy lejos.

—Ha olvidado algo de vital importancia para nosotros.

—¿Qué?

—Que, si el barco anhelado se retrasa, corremos el peligro de morir de hambre, pues no tenemos ni un trozo de galleta.

El capitán sintió un escalofrío y lanzó una mirada desesperada a los tiburones hambrientos.

Cardal tenía razón. ¿Qué sería de los dos supervivientes si ningún barco se acercaba a recogerlos?

¿Cómo bajar para construir una balsa con aquellos feroces adversarios ya convertidos en amos del puente de la nave?

En cuanto el capitán y el patrón hubieran bajado unos cuantos metros, los tiburones no habrían tardado en aparecer.

Mejor dicho, con toda probabilidad estaban seguros de conseguir, antes o después, aquellas dos presas humanas.

Al amanecer, la situación de los dos náufragos no había variado.

La embarcación, varada en el arrecife, no se había desplazado y resistía tenazmente el ímpetu del oleaje.

No obstante, estaba totalmente sumergida y solo sobresalían parte de la toldilla y dos palos, el mayor y la mesana.

Apenas amaneció, el capitán y Cardal dirigieron la mirada hacia el rompiente sin poder reprimir un gesto de horror. Las dos chalupas yacían destrozadas y volcadas entre las rocas, y junto a ellas se veían dos cuerpos humanos sin piernas ni brazos.

—¡Nuestros infelices compañeros han sido devorados por los tiburones!

—exclamó el patrón, pálido como la cera.

—Así lo han querido —respondió el capitán—. Aún estarían vivos si se hubieran quedado a bordo y amparado en los mástiles.

—A esperar una muerte quizá más horrible, capitán.

—No perdamos el coraje, Cardal. ¿Reconoce la costa que se ve a poniente?

—Sí, capitán.

—¿De qué lado se encuentra Santiago?

—Hacia el sur, más allá del promontorio que acaba en punta —respondió Cardal.

—Bueno, algún barco aparecerá antes o después. Aún se mantiene la bandera en lo alto de la mesana y señalaremos nuestra posición.

Entretanto, los tiburones nadaban apiñados en torno al palo de mesana, dejándose arrastrar por las olas que no perdían un ápice su ímpetu.

Se retorcían impacientes por devorar a los dos náufragos, dejando ver unas veces los hocicos planos, y otras los dorsos pardo-grisáceos o las panzas plateadas.

Sus gigantescas bocas, semicirculares, se abrían de par en par para cerrarse después con un ruido sordo, mientras agitaban sus mandíbulas armadas de dientes aterradores.

Sus ojos pequeños, casi redondos, de iris color verde oscuro y pupila azulada, no se despegaban de la cofa de mesana.

Espiaban ansiosamente a sus dos presas humanas, dispuestos a engullirlas en dos bocados.

El capitán y el patrón, agazapados en la cofa, miraban en dirección a la costa de Cuba, a la espera de divisar algún punto blanco o cualquier nube de humo que les indicara la presencia de algún velero o algún vapor.

¡Qué largas transcurrían aquellas horas!…

Y ¡nada asomaba por aquel mar todavía borrascoso! ¿De verdad estaban destinados a morir de hambre en el mástil o a dejarse caer entre los tiburones para abreviar su larga agonía?

No, la Providencia velaba por los dos náufragos.

Eran las cuatro de la tarde cuando Cardal, con vista de lince, divisó un punto blanco que parecía rozar las costas de Cuba.

—¡Capitán! —exclamó con voz tonante—. ¡Un barco! ¡Veo un barco!

El capitán se incorporó de un salto.

Un punto blanco avanzaba desde el sur y parecía dirigirse presuroso hacia el rompiente contra el que se había destrozado la Girolda.

—¡Hagamos señales! —gritó el capitán.

Cardal trepó hasta la punta del mástil, arrancó la bandera y la amarró a la cofa.

La embarcación se acercaba, recorriendo largas bordadas. Era un bello bergantín que tal vez hubiera salido de Santiago rumbo a las Pequeñas Antillas.

Su tripulación ya debía haber visto aquellos dos mástiles que emergían del agua y la nave corría para salvar a los dos náufragos.

Una hora más tarde, la nave llegaba a quinientos metros de los escollos y los bordeaba lentamente.

Los marineros hacían señales con las banderas, a las que respondían Cardal y el capitán.

Lanzaron al agua una chalupa con cuatro hombres que se dirigió a los escollos a gran velocidad, con el mar ya en calma.

—¡Bajen! —gritaban—. Estamos aquí para salvarlos.

—¡Hay tiburones! —respondieron al unísono Cardal y el capitán.

Afortunadamente, los marineros iban armados de fusiles.

Al divisar a los tiburones alrededor del mástil realizaron algunas descargas, obligándolos a huir, heridos en su mayoría.

Diez minutos más tarde, la lancha embarcaba a los dos náufragos y los conducía felizmente a bordo del bergantín.

Estaban tan agotados que apenas podían mantenerse en pie; pero bastaron unos cuantos vasos de vino viejo de España para reanimarlos.

El día siguiente Cardal y el capitán desembarcaban en Santiago de Cuba.

El vino del mar

Emilia Pardo Bazán
(1900)

EMILIA PARDO BAZÁN (1851-1921) nació en La Coruña, ciudad que siempre aparece en sus novelas bajo el nombre de «Marineda», en el seno de una familia gallega noble y acaudalada. Lectora infatigable desde la infancia, compuso sus primeros versos a los nueve años y publicó su primer cuento, *Un matrimonio del siglo XIX*, a los quince. En 1868 se instaló en Madrid. Después de viajar con su familia por varios países de Europa, entró en contacto con el krausismo a través de Francisco Giner de los Ríos, con quien le uniría una gran amistad. Poco antes de aceptar la dirección de la *Revista de Galicia*, en 1880, escribió su primera novela, *Pascual López. Autobiografía de un estudiante de medicina*. En 1881 publicó *Un viaje de novios*, cuyo prólogo es fundamental para comprender lo que significa el naturalismo en su obra, y en 1882 *La tribuna*, novela de tema político-social. Su obra maestra es *Los pazos de Ulloa* (1886), un duro retrato del mundo rural gallego muy alejado de la visión idílica que ofrecía Pereda. Posteriormente evolucionó hacia un mayor simbolismo y espiritualismo. Además de novelas y cuentos, escribió estudios literarios, libros de viajes, obras dramáticas, composiciones poéticas y más de mil quinientos artículos. Mujer fuerte e independiente, excepcional en la España de su época, tuvo que esperar hasta 1916 para ser nombrada catedrática de Literaturas Neolatinas, venciendo la oposición de los profesores de la Universidad Central de Madrid. No logró, sin embargo, ser admitida en la Real Academia.

«El vino del mar» se publicó por primera vez en *El Imparcial* el 18 de junio de 1900, y un año después formaría parte del volumen *En tranvía* (*cuentos dramáticos*). Emilia Pardo Bazán, sin duda la más fecunda creadora de cuentos de nuestra literatura, fue uno de los autores que más contribuyeron al desarrollo de la narración breve en el siglo XIX.

El vino del mar

Al reunirse en el embarcadero para estibar el balandro Mascota, los cinco tripulantes salían de la taberna disfrazada de café llamada de «América» y agazapada bajo los soportales de la Marina fronterizos al Espolón; tugurio donde la gentualla del muelle: marineros, boteros, cargadores y «lulos», acostumbra juntarse al anochecer. De cien palabras que se pronuncien en el recinto oscuro, maloliente, que tiene el piso sembrado de gargajos y colillas, y el techo ahumado a redondeles por las lámparas apestosas, cincuenta son blasfemias y juramentos, otras cincuenta suposiciones y conjeturas acerca del tiempo que hará y los vientos reinantes. Sin embargo, no se charla en «América» a proporción de lo que se bebe; la chusma de zuecos puntiagudos, anguarina embreada y gorro catalán es lacónica, y si fueseis a juzgar de su corazón y sus creencias por los palabrones obscenos y sucios que sus bocas escupen, os equivocaríais como si formaseis ideas del profundo Océano por los espumarajos que suelta contra el peñasco.

Acababan de sonar las ocho en el reloj del Instituto cuando acometieron aquellos valientes la faena de la estibadura, entre gruñidos de discordia. Y no era para menos. ¿Pues no se emperraba el terco del patrón en que la carga de bocoyes de vino, si había de ir como siempre en la cala, fuese sobre cubierta? Aquello no lo tragaba un marinero de fundamento como tío Reimundo, alias Finisterre, que había visto tanta mar de Dios. Ahí topa la diferencia entre los que navegaron en mares de verdad, donde hay tiburones y huracanes, y los que toda la vida chapalatearon en una ponchera. ¡Zantellas del podrido rayo!

¿Quería el patrón que el barco se les pusiese por sombrero? ¡Era menester estar loco de la cabeza, corcias! ¡Para más, en noche semejante, con lo falsa que es esa costa de Penalongueira, y habiendo empezado a soplar el Sur, un viento traidor que lleva de la mano el cambiazo al «Nordés»! No se la pegaba al tío Reimundo la calma de la bahía, sobre cuya extensión tersa y plácida prolongaban las mil luces de la ciudad brillantes rieles de oro; al viejo le daba en la nariz el aire «de allá», de mar adentro, la palpitación del oleaje excitado por la mordedura de la brisa. Todo esto, a su manera, broncamente, a media habla, lo dijo Finisterre. El Zopo, otro experto, listo de manos y contrahecho de pies, opinaba lo mismo.

Pero Adrián y el Xurel —mozalbetes que acababan de alegrarse unas miajas con tres copas de caña legítima y sentían duplicados sus bríos— ya estaban rodando los bocoyes por encima de la Mascota. Sabedores de que aquellos toneles encerraban vino, los manejaban con fiebre de alegría codiciosa, calculando la suma de goces que encerraban en sus panzas colosales. ¿A ellos qué les importaban los gruñidos de Finisterre? Donde hay patrón no manda marinero.

Entre gritos furiosos para pujar mejor, el «¡ahiaaá!» y el «¡eieiea!» del esfuerzo, acabose la estibadura en una hora escasa. Sobre el cielo, antes despejado, se condensaban nubes sombrías, redondas, de feo cariz. Un soplo frío rizaba la placa lisa del agua. Juró Finisterre entre dientes y renegó el patrón de los agoreros miedosos. Mejor si se levantaba viento; ¡así irían con la vela tan ricamente! El balandro no era una pluma, y necesitaba ayuda, ¡carandia! Y ocupó su lugar, empuñando el timón. ¡Ea, hala, rumbo avante!

Como por un lago de aceite marcharon mientras no salieron de la bahía. Según disminuía y se alejaba la concha orlada de resplandor y el rojo farol del Espolón llegaba a parecer un punto imperceptible, y otro la luz verde del puerto, el vientecillo terral insistía, vivaracho, como niño juguetón. Habían izado la cangreja, y la Mascota cortó el oleaje más aprisa, no sin cabecear. Descansaban los remeros, bromeando. Solo Finisterre se ponía fosco. A cada balance de la embarcación le parecía ver desequilibrarse la carga.

Ya transponía la barra, y el alta mar luminosa, agitada por la resaca, se extendía a su alrededor. Para «poncheras» según el despreciativo dicho del tío Reimundo, la ponchera «metía respeto». El patrón, a quien se le iba

disipando el humo de la caña, fruncía las cejas, sintiendo amagos de inquietud. Puede que tuviese razón aquel roñicas de Finisterre; la mar, sin saber por qué, no le parecía «mar de gusto»… Tenía cara de zorra, cara de dar un chasco la maldita…

Al vientecillo se le antojó dormirse, y una especie de calma de plomo, siniestra, abrumadora, cayó encima. Fue preciso apretar en los remos porque la vela apenas atiesaba. El balandro gemía, crujía, en el penoso arranque de su marcha lenta. Súbitas rachas, inflando la cangreja un momento, impulsaban la embarcación, dejándola caer después más fatigada, como espíritu que desmaya al perder una esperanza viva. Y cuando ya veían a estribor la costa peligrosa de Penalongueira, que era preciso bordear para llegarse al puertecillo de Dumia y desembarcar el género, se incorporó de golpe Finisterre, soltando un terno feroz. Acababa de percibir, allá a lo lejos ese ruido sordo y fragoroso de la tempestad repentina, del salto del aire que azota de pronto la masa líquida y desata su furor. El patrón, enterado, gritaba ya la orden de arriar la vela. Aquello fue ni visto ni oído.

Enormes olas, empujándose y persiguiéndose como leonas enemigas, jugaban ya con el balandro, llevándolo al abismo o subiéndolo a la cresta espantosa. De cabeza se precipitaba la embarcación, para ascender oblicuamente al punto. El patrón, sintiendo su inmensa responsabilidad, hacía milagros, animando, dirigiendo. ¡La tormenta! ¡Bah! Otras habían pasado y salido con bien, gracias a Dios y a nuestra señora de la Guía, de quien se acordaba mucho entonces, con ofrecimientos de misa y excotos de barquitos, retratos de la Mascota para colgar en el techo del santuario… Verdad; no era el primer temporal que corrían; pero… no llevaban la carga estibada sobre cubierta, sino en el fondo de la cala, bien apañadita, como Dios manda y se requiere entre la gente de oficio. Y los que habían cometido aquella barbaridad supina, ahora, a pesar de las furiosas voces de mando del patrón, perdían los ánimos para remar, como si sintiesen en las atenazadas mejillas el húmedo beso de la muerte… Solo una resolución podía salvarlos. Finisterre la sugirió, mezclando las interjecciones con rudas plegarias. El patrón resistía, pero el cariño a la vida tira mucho, y por unanimidad resolvió largar al agua los malditos bocoyes. ¡Afuera con ellos, antes de que se corriesen a una banda y sucediese lo que se estaba viendo venir! Sin más ceremonias

empujaron una de las barricas para lanzarla por encima de la borda…

Los que intentaron la faena solo tuvieron tiempo de retroceder a saltos. La barrica andaba; la barrica se les venía encima ella sola. Y las demás, como rebaño de monstruos panzudos la seguían. Corrían, rodaban locas de vértigo, a hacinarse sobre la banda de babor, y el balandro, hocicando, con la proa recta a la sima, daba espantoso salto, el pinche-carneiro vaticinado por Finisterre, y soltando en las olas toda su carga, barricas y hombres, flotaba quilla arriba, como una cáscara de nuez.

La primera noticia del naufragio se supo en el puertecillo de Ángeles, frontero a la bahía, porque dos bocoyes salieron allí, a la madrugada, y quedaron varados en la playa al retirarse la marea. Corrió el rumor de la presa, y se apiñaron en la orilla más de cien personas —pescadores, aldeanos, carreteros, carabineros, sardineras, mujerucas, chiquillería—. Nadie ignoraba lo que significa la aparición de bocoyes llenos en una playa de la costa. Aún les retumbaba en los oídos el bramar de la tormenta. Pero ahora hacía un sol hermoso, un día magnífico, «criador». Era domingo; por la tarde bailarían en el castañal; y con la presa, no había de faltar vino para remojar la gorja. ¡Nadie hizo comentarios tristes, sino los pescadores, que, sin embargo, se consolaron pensando en el rico vientre de las barricas…! Solo una vejezuela, que había perdido a su mozo, su hijo, de veinte años, en un lance de mar, escapó de la playa dando alaridos y apostada cerca del carro en el cual fueron llevados los toneles al campo de la romería, chillaba:

—¡No bebades, no bebades! Ese vino sabe a la sangre de los hombres y al amarguío de la mar.

Le hicieron el mismo caso que los tripulantes del balandro a Finisterre.

El último viaje del Shamraken

William H. Hodgson
(1908)

Traducción: Marta Salís

WILLIAM HOPE HODGSON (1877-1918) nació en Blackmore End, en el condado de Essex, segundo de los doce hijos de un pastor anglicano. A los trece años se enroló en la marina mercante, y dio tres veces la vuelta al mundo. A los veintiuno decidió volver a tierra, cansado de su vida errante. Mientras iniciaba su carrera de escritor, trabajó como fotógrafo y como profesor de gimnasia. Entre sus obras cabe destacar las novelas *Los náufragos de las tinieblas* (1907), *La casa en el confín de la tierra* (1908), *Los piratas fantasmas* (1909) y *El reino de la noche* (1912). Publicó también numerosos relatos cortos en diferentes *pulps* (revistas populares hechas con papel de pulpa), que más tarde serían recogidos en distintas antologías. Uno de sus personajes más célebres fue Carnacki, un investigador de casos sobrenaturales, cercano al John Silence de Algernon Blackwood. En la Primera Guerra Mundial se alistó en el ejército británico y combatió en Francia, donde murió alcanzado por una granada alemana. Considerado uno de los precursores de la literatura fantástica y de terror contemporánea, Hodgson ejerció una gran influencia sobre autores posteriores como H. P. Lovecraft, a quien fascinó su capacidad de recrear atmósferas angustiosas y oprimentes.

«El último viaje del Shamraken» («The Shamraken Homeward-Bounder») se publicó en *Putnam's Monthly*, en abril de 1908, y más tarde se incluyó en el volumen de relatos *Men of the Deep Waters* (Eveleigh Nash, Londres, 1914).

El último viaje del Shamraken

I

El Shamraken, un viejo velero, había pasado incontables días sobre las aguas. Tenía muchos años, más años que los hombres que lo gobernaban, que ya es decir. Deslizaba sin prisa su viejo y abombado casco de madera por los mares. ¿Para qué apresurarse? Más pronto o más tarde llegaría a puerto, como había hecho hasta entonces.

Dos cosas llamaban la atención de sus tripulantes, que también eran sus propietarios: la primera, la edad de todos ellos; la segunda, el fuerte lazo familiar que parecía unirlos, como si fueran parientes; pero no era así.

Era una tripulación muy curiosa de ancianos barbudos y canosos; pero no había en ellos ningún síntoma de esa severidad característica de la vejez, como probaba el hecho de que no refunfuñaran e hicieran gala de la alegría serena que solo embarga a quienes se han liberado de las pasiones más violentas.

Cuando tenían que llevar a cabo alguna faena, no se oían los gruñidos que acompañan siempre las travesías de los marineros. Trepaban a la jarcia para hacer el «trabajo», fuera el que fuera, con la sabia resignación que solo la edad y la experiencia proporcionan. Trabajaban con parsimonia y tenacidad, con una especie de indolente determinación, convencidos de que la faena *tenía* que hacerse. Además, sus manos tenían la destreza madura que solo

procuran larguísimos años de práctica, y que compensaban con creces la debilidad propia de su edad avanzada. Y sus movimientos, sobre todo, aunque fuesen lentos, eran infalibles. Habían repetido tantas veces la misma faena que, prescindiendo de lo inútil, habían encontrado el modo más breve y sencillo de realizarla.

Habían pasado, como he dicho, muchas jornadas sobre el agua, pero no creo que ninguno de los tripulantes supiera con exactitud cuántas. Aunque es posible que el capitán Abe Tombes, al que todos llamaban capitán Abe, tuviera alguna idea; pues a veces le veían ajustar con solemnidad un prodigioso cuadrante, lo que indica que registraba de algún modo las horas y la posición del barco.

Media docena de marineros del Shamraken se sentaban en cubierta, dedicados tranquilamente a sus quehaceres. Pero había más hombres en el exterior del barco. Dos paseaban por la banda de sotavento, fumando y cruzándose alguna que otra palabra. Otro, al lado de uno de los que trabajaban, hacía algún comentario de vez en cuando mientras fumaba su pipa. Y un cuarto, encaramado al bauprés, pescaba bonitos con un sedal, un anzuelo y un trapo blanco. Este último era Nuzzie, el grumete. Tenía la barba gris, y había cumplido cincuenta y cinco años. Llevaba embarcado en el Shamraken desde los quince, y seguía siendo su «grumete», como si no hubieran transcurrido cuarenta años; pues los hombres del Shamraken vivían en el pasado, y él les parecía solamente un niño.

Nuzzie había terminado su turno de guardia, y le tocaba dormir. Lo mismo podría decirse de los otros tres hombres que conversaban y fumaban; pero ni se les pasaba por la cabeza acostarse. Cuando un anciano goza de buena salud apenas necesita conciliar el sueño; y estos marineros tenían una salud de hierro, a pesar de su edad avanzada.

De pronto, uno de los hombres que paseaban por la banda de sotavento en la cubierta principal, al mirar por azar hacia proa, vio que Nuzzie seguía encaramado al bauprés, dando tirones al sedal para que algún bonito ingenuo confundiera el trapo blanco con un pez volador.

El marinero dio un codazo a su compañero.

—El muchacho tendría que estar dormido.

—Ni que lo digas —dijo el otro, quitándose la pipa de la boca y clavando

la mirada en la figura sentada en el bauprés.

Los dos se quedaron unos segundos inmóviles, como efigies de la inquebrantable determinación de la *Vejez* de guiar a la insensata *Juventud*. Ambos tenían la pipa en la mano, y el humo de sus cazoletas se elevaba formando volutas.

—No hay quien meta en vereda a ese chico —dijo el primero, de lo más tajante. Luego recordó su pipa, y dio una calada.

—Los grumetes son rebeldes y testarudos —comentó el segundo, llevándose también la pipa a la boca.

—¡Mira que pescar mientras los demás duermen! —dijo su compañero con un gruñido.

—Los grumetes necesitan dormir mucho —afirmó el otro—. Me acuerdo de mis tiempos de grumete. Supongo que es porque están creciendo.

Entretanto, el pobre Nuzzie seguía pescando.

—Voy a decirle ahora mismo que baje —exclamó el primer marinero, y se dirigió a los peldaños que subían al castillo de proa.

—¡Grumete! —chilló en cuanto asomó la cabeza—. ¡Grumete!

Nuzzie miró a uno y otro lado, al oír el segundo grito.

—¿Qué? —respondió con voz fuerte y clara.

—Baja de ahí —gritó el anciano, con una voz que se había vuelto estridente con la edad—. Seguro que esta noche te quedas dormido al timón.

—Vamos —añadió su compañero, que le había seguido hasta el castillo de proa—, baja de una vez y ve a acostarte.

—¡Bueno! —dijo Nuzzie, y empezó a enrollar el sedal.

Era obvio que ni se le ocurría desobedecer. Saltó a cubierta, y pasó a su lado sin decir nada, rumbo a su litera.

Los otros dos marineros, por su parte, bajaron lentamente del castillo de proa, y reanudaron sus paseos de proa a popa por la banda de sotavento de la cubierta principal.

II

—¿Sabes, Zeph? —dijo el hombre que fumaba sentado en la escotilla—, yo creo que el capitán Abe tiene razón. Hemos ganado unos pocos dólares con este viejo cascarón, y ya no somos tan jóvenes.

—Sí, así están las cosas —respondió el marinero que estaba a su lado, guarniendo una polea.

—Y ya es hora de que nos hagamos a la idea de quedarnos en tierra —continuó el primero, que se llamaba Job.

Zeph sujetó la polea entre las rodillas, y buscó su tabaco de mascar en el bolsillo trasero del pantalón. Mordió un poco y lo guardó de nuevo.

—Cuesta creer que ésta sea su última travesía —comentó masticando con firmeza, con la barbilla apoyada en la mano.

Job dio dos o tres caladas profundas a su pipa antes de contestar.

—Supongo que algún día tenía que ocurrir —exclamó finalmente—. Ya he pensado en un bonito lugar donde atracar. ¿Y tú, Zeph?

El hombre que sujetaba la polea entre las rodillas movió la cabeza, y se quedó mirando el mar con aire sombrío.

—No sé, Job; no tengo ni idea de lo que haré cuando vendamos el viejo cascarón —murmuró—. Desde que murió Maria, no se me ha perdido nada en tierra.

—Yo nunca me casé —dijo Job, aplastando el tabaco encendido en la cazoleta de la pipa—. Creo que los hombres de mar no deberían casarse.

—Eso está bien para ti, Job. Pero cada uno tiene sus gustos. Yo quería mucho a Maria… —se calló de pronto y siguió contemplando el mar.

—Yo siempre he soñado con establecerme en una granja de mi propiedad. Supongo que podré hacerlo con los dólares que he ganado —dijo Job.

Zeph no le contestó, y los dos se quedaron un buen rato en silencio.

Poco después aparecieron dos figuras en la puerta del castillo de proa, en el costado de estribor. También formaban parte del «turno de descanso». Parecían más viejos que los demás marineros que había en cubierta; la barba blanca, aunque con algunas manchas del tabaco que mascaban, les llegaba casi hasta la cintura. Por lo demás, habían sido unos hombres grandes y

vigorosos, pero ahora caminaban encorvados como si les pesaran los años. Se dirigieron sin prisa a la popa. Cuando llegaron a la altura de la escotilla principal, Job levantó la vista y dijo:

—¿Sabes, Nehemiah? Zeph ha estado pensando en Maria, y no he conseguido animarlo.

El más menudo de los recién llegados movió la cabeza lentamente.

—Todos tenemos nuestras penas —exclamó—. Todos tenemos nuestras penas. Yo perdí a mi nieta. Estaba muy encariñado con ella, era tan encantadora… Pero tenía que ocurrir, tenía que ocurrir, y Zeph tiene que vivir con eso.

—Maria fue una buena esposa, ya lo creo —dijo Zeph, hablando muy despacio—. Y, cuando nos quedemos sin el viejo cascarón, temo que voy a sentirme muy solo en tierra —e indicó vagamente con la mano que la costa se encontraba en algún lugar, más allá de la batayola de estribor.

—Sí —dijo el otro recién llegado—. A mí también me da mucha pena despedirme de este viejo velero. He navegado sesenta y seis años en él. ¡Sesenta y seis años! —repitió, moviendo la cabeza con tristeza, y encendió un fósforo con manos temblorosas.

—La vida es así —dijo el hombre más menudo—. La vida es así.

Y, con estas palabras, él y su compañero se acercaron a una verga estibada junto a la amurada de estribor, donde se sentaron a fumar y a meditar.

III

El capitán Abe y Josh Mathews, el primer oficial, estaban de pie tras el pasamanos que cruzaba el castillo de popa. Al igual que los demás tripulantes del Shamraken, los años se les habían echado encima, y la escarcha de la eternidad les cubría la barba y el pelo.

—Es más duro de lo que pensaba —dijo el capitán Abe, apartando la mirada de su compañero, y clavando los ojos en las desgastadas y blanqueadas cubiertas.

—No sé qué voy a hacer sin este barco, Abe —comentó el viejo Mathews —. Ha sido nuestro hogar más de sesenta años. —Mientras decía esto, dio un golpecito a la pipa para vaciarla y desmenuzó un poco de tabaco para cargarla de nuevo.

—¡La culpa es de esos malditos fletes! —exclamó el capitán—. Perdemos dinero en cada travesía. Son esos barcos de vapor los que nos han hundido.

Suspiró cansado, y mordió suavemente su tabaco de mascar.

—Ha sido un barco muy cómodo —murmuró Josh, como si pensara en voz alta—. Y, desde que murió mi hijo, se me han quitado las ganas de volver a puerto. No me queda ningún pariente en tierra.

Dicho esto, empezó a cargar la pipa con sus viejos dedos temblorosos.

El capitán Abe guardó silencio. Parecía ensimismado. Se apoyaba en el pasamanos del castillo de popa sin dejar de mascar tabaco. No tardó en incorporarse, y se acercó a sotavento. Escupió por la borda, y se quedó allí unos instantes, oteando el horizonte, como tenía por costumbre desde hacía cincuenta años. Súbitamente, llamó al primer oficial.

—¿Qué te parece aquello? —le preguntó, cuando los dos llevaban un rato escudriñando el mar.

—No lo sé, Abe; quizá sea una especie de bruma originada por el calor.

El capitán Abe respondió que no con la cabeza; pero, como no tenía nada mejor que sugerir, se quedó callado.

—Es algo muy extraño, Abe —prosiguió Josh—. Estas latitudes son un misterio.

El capitán Abe asintió, y continuó mirando lo que acababa de divisar a sotavento de la proa. Era como una gigantesca muralla de niebla rosada que se elevaba hacia el cielo, pensaron los dos. Estaba casi delante de ellos, y al principio les había parecido una pequeña nube que resplandecía en el horizonte; pero cada vez era más grande, y su borde superior había adquirido el color del fuego.

—Es realmente precioso —dijo Josh—. Siempre había oído que las cosas eran diferentes en estas latitudes.

Cuando, poco después, el Shamraken se acercó a la niebla, los tripulantes tuvieron la impresión de que ésta envolvía la inmensidad del cielo. Y, al entrar en ella, todo cambió súbitamente… Guirnaldas inmensas de niebla

rosada flotaban a su alrededor, difuminando y embelleciendo cabos, vergas y mástiles, como si el viejo barco fuera una nave encantada en un mundo desconocido.

—Jamás había visto nada parecido, Abe… ¡Jamás! —exclamó Josh—. ¡Es maravilloso! ¡Maravilloso! Como si nos hubiéramos adentrado en el crepúsculo.

—Estoy atónito… atónito —respondió el capitán Abe—; pero es bonito, muy bonito.

Los dos viejos compañeros se quedaron callados, sin poder apartar la vista de aquello. Desde que habían entrado en la niebla, el silencio era más profundo. La bruma parecía atenuar el crujido de palos y jarcias; y era como si en el inmenso mar sin espuma se hubiera amortiguado ese ronquido áspero y susurrante con que las olas acogían su paso.

—Parece algo sobrenatural, Abe —dijo Josh, casi sin voz, al cabo de un rato—. Como si estuviéramos en la iglesia.

—Sí —contestó el capitán Abe—. No parece de este mundo.

—Jamás pensé que el Cielo fuera tan diferente —susurró Josh.

Y el capitán Abe no le llevó la contraria.

IV

Poco después el viento empezó a amainar, y decidieron que todos los tripulantes ayudarían a izar el juanete mayor cuando sonaran ocho campanadas. En cuanto avisaron a Nuzzie (el único a bordo que estaba acostado), sonaron las ocho campanadas, y todos los tripulantes dejaron a un lado su pipa, y se prepararon para halar de las drizas; pero ninguno de ellos hizo ademán de trepar al palo para desaferrar la vela. Eso era cosa del grumete, y Nuzzie aún no se había presentado en cubierta. Cuando apareció al cabo de un minuto, el capitán Abe se dirigió a él con dureza.

—Vamos, sube enseguida y libra la vela. ¿Acaso pretendes que un hombre mayor haga ese trabajo? ¡Debería darte vergüenza!

Y Nuzzie, el grumete de barba canosa y cincuenta y cinco años, trepó

humildemente a la jarcia como le ordenaban.

Unos minutos más tarde, gritó que la vela estaba lista para ser izada, y la fila de ancianos empezó a cobrar las drizas. Entonces Nehemiah, que era el encargado de marcar el ritmo, empezó a cantar con su voz chillona:

—*Thar wor an ole farmer in Yorkshire did dwell*.[56].

Y un coro estridente de gargantas cascadas entonó el estribillo:

—*Wi'me ay, ay, blow thar lan' down*.[57].

Nehemiah continuó con la historia:

—*e'ad'n ole wife, 'n'e wished'er in 'ell*.[58]

—*Give us some time ter blow thar lan' down*[59]— gritó el coro tembloroso de viejas voces.

—*O, thar divvel come to 'im one day at thar plough*[60] –prosiguió el viejo Nehemiah; y el grupo de ancianos repitió el estribillo:

—*Wi' me ay, ay, blow thar lan' down*.

— *I've comed fer th' ole woman, I mun 'ave 'er now*[61] –cantó Nehemiah; y se volvió a escuchar:

—*Give us some time ter blow thar lan' down*.

Y siguieron así hasta llegar a las dos últimas estrofas. Y, mientras entonaban su canción marinera, les envolvía aquella increíble bruma rosada, que, por encima de sus cabezas, tenía un maravilloso fulgor rojo, como si, más allá del tope de los mástiles, el cielo fuera un silencioso océano de fuego.

—*Thar wor three leetle divvels chained up ter thar Wall*[62] –añadió Nehemiah, con voz chillona.

—*Wi' me ay, ay, blow thar lan' down* —repitió el coro.

—*She tuk off 'er clog, 'n she walloped 'em all*[63]— canturreó Nehemiah, seguido una vez más por el vetusto y entrecortado estribillo—. *These three leetle divvels fer marcy did bawl*[64] –continuó Nehemiah con voz vacilante, alzando la vista para comprobar si la verga había llegado casi al tope del palo.

—*Wi' me ay, ay, blow thar lan' down* —cantó el coro.

—*Chuck out this ole hag, or she'll mur*[65]…

—¡Hacedlas firmes! —gritó Josh, interrumpiendo con su enérgica orden la vieja canción marinera. Todos se callaron en cuanto el primer oficial abrió la boca, y unos minutos después, las escotas estaban adujadas, y la tripulación había vuelto a sus quehaceres.

Habían sonado ocho campanadas, así que tocaba el cambio de guardia; pero eso solo pareció afectar al timonel y al vigía, apenas supuso la menor diferencia para aquellos ancianos inmunes al sueño. El único cambio visible entre los hombres de cubierta era que los que antes solo fumaban ahora fumaban y trabajaban; mientras que los que antes trabajaban y fumaban ahora se limitaban a fumar. Reinaba, así, una armonía perfecta mientras el Shamraken se deslizaba como una sombra rosada por la resplandeciente niebla; y solo el mar inmenso, silencioso y encalmado que surcaba en medio de aquel fulgor parecía darse cuenta de que la nave era algo más que una sombra.

Zeph no tardó en gritarle a Nuzzie que subiera el té de la cocina; y poco después los que no estaban de guardia tomaron una cena ligera. Lo hicieron sentados en escotillas y vergas, dondequiera que se encontraran; y, mientras comían, charlaban con los compañeros que sí trabajaban sobre la niebla resplandeciente en la que se habían adentrado. Era obvio, por sus palabras, que aquel extraordinario fenómeno les había causado una profunda impresión, y había despertado en ellos su espíritu supersticioso. Zeph, desde luego, no ocultó su convencimiento de que se trataba de algo sobrenatural. Dijo que tenía la sensación de que su Maria no andaba lejos.

—¿Quieres decir que estamos cerca del paraíso? —le preguntó Nehemiah, de lo más atareado cosiendo unos refuerzos para proteger la jarcia.

—No sé —contestó Zeph, señalando con un gesto el cielo que se escondía tras la bruma—, pero reconocerás que es una maravilla; supongo que, si es el paraíso, será porque algunos de nosotros estamos muy hartos de la tierra. Me muero de ganas de ver a Maria.

Nehemiah asintió lentamente con la cabeza, y los demás ancianos de cabello blanco se mostraron uno tras otro de acuerdo.

—Imagino que mi nieta estará allí —dijo, tras meditar unos segundos—. Sería raro que Maria y ella no se conocieran.

—Maria hacía amistades con mucha facilidad —comentó Zeph, pensativo —, y se llevaba muy bien con las niñas. Parecía tener ese don.

—Yo nunca estuve casado —dijo Job en ese momento, sin que viniera demasiado al caso. Se enorgullecía de ser soltero, y a menudo se jactaba de

ello.

—No creo que sea ninguna ventaja, muchacho —exclamó uno de los ancianos de barba blanca, que hasta entonces había guardado silencio—. Habrá menos gente en el Cielo que te dé la bienvenida.

—Tienes razón, Jock, seguro… —asintió Nehemiah, y miró a Job con tanta severidad que éste no volvió a despegar los labios.

Cuando poco después sonaron tres campanadas, Josh se acercó a decirles que dejaran sus faenas para el día siguiente.

V

Se produjo el cambio de guardia, y Nehemiah y el resto de su grupo se dirigieron a la escotilla principal para tomar el té con sus compañeros. Cuando terminaron, como si se hubieran puesto de acuerdo, se sentaron en el cabillero del palo mayor; y allí, con los codos apoyados en la regala, se quedaron contemplando el misterio del color que les envolvía. De vez en cuando, alguien se quitaba la pipa de la boca, y desvelaba un pensamiento al que había dado muchas vueltas.

Sonaron ocho campanadas; pero, salvo el timonel y el vigía, nadie se movió.

Dieron las nueve, y la noche cayó sobre el mar; pero lo único que se notó en medio de aquella niebla es que el color rosado, cada vez más intenso, se convertía en un rojo carmesí que parecía brillar con luz propia. Por encima de los mástiles, el inmenso cielo, sangriento y silencioso, parecía haber estallado en llamas.

—Columna de nube por el día, columna de fuego por la noche[66] –le susurró Zeph a Nehemiah, agachado a su lado.

—Parecen palabras de la Biblia —dijo Nehemiah.

—No sé —respondió Zeph—; pero son las que le oí decir al pastor Myles cuando encontramos aquel barco ardiendo. A la luz del día casi todo era humo; pero, cuando oscurecía, parecía el fuego eterno.

Sonaron cuatro campanadas, y el timonel y el vigía fueron relevados.

Poco después, Josh y el capitán Abe bajaron a la cubierta principal.

—Es algo inexplicable —dijo el capitán Abe, como si no le diera importancia.

—¡Ya lo creo! —exclamó Nehemiah.

Después se sentaron entre sus compañeros, en actitud expectante.

A las diez y media sonaron cinco campanadas, y se oyó al mismo tiempo un murmullo de los que estaban a proa y un grito del vigía. Todos fijaron su atención en un punto situado casi delante de ellos. En ese lugar, la niebla parecía irradiar un extraño y misterioso fulgor rojo; e, instantes después, apareció ante sus ojos un arco inmenso de nubes llameantes.

Al ver aquello, los hombres lanzaron un grito de asombro y corrieron al castillo de proa, donde se apiñaron todos, incluso el capitán y el primer oficial. El arco pareció abrirse a ambos lados de la proa, así que el velero pasaría justamente por debajo.

—Es el Cielo, seguro —dijo Josh para sus adentros; pero Zeph le oyó.

—Deben de ser las Puertas del Cielo de las que tanto hablaba Maria —contestó.

—Supongo que enseguida volveré a ver a mi hijo —murmuró Josh, estirando el cuello con un brillo de impaciencia en los ojos.

La nave estaba sumergida en el silencio. Solo soplaba una brisa ligera y constante por la amura de babor; pero, en la proa, como si salieran del resplandeciente arco, las aguas sin espuma se alzaban negras y oleosas.

De pronto, en medio del silencio, se oyeron unas notas musicales, que se elevaban y decaían como el lamento de una lejana arpa eólica. Parecían venir del arco; y era como si la niebla circundante las atrapara e hiciera retumbar el eco de sus sollozos en las profundidades purpúreas, fuera del alcance de la vista.

—Están cantando —dijo Zeph—. A Maria le gustaba muchísimo cantar. Escuchad…

—¡Chsss! —le interrumpió Josh—. ¡Es mi hijo! —Su voz cascada se alzó casi en un grito.

—Es maravilloso, maravilloso; ¡tan sorprendente! —exclamó el capitán Abe.

Zeph se había colocado delante de los demás. Protegiéndose los ojos con

las manos, miraba fijamente aquel fulgor; y su rostro reflejaba una inmensa excitación.

—La veo. Creo que ya la veo —decía entre dientes, una y otra vez.

Detrás de él, dos ancianos sujetaban a Nehemiah, que se sentía, según explicó, «un poco mareado» ante la idea de ver a su nieta.

Mucho más a popa, Nuzzie, el grumete, estaba al timón. Había oído aquel lejano lamento; pero, como solo era un muchacho, es de suponer que ignoraba la *cercanía* del otro mundo, que resultaba tan evidente para sus jefes.

Pasaron unos minutos y Job, que seguía pensando en la granja de sus sueños, se aventuró a decir que el cielo no estaba tan cerca como creían sus compañeros; pero nadie pareció oírle, y él guardó silencio.

Casi una hora después, hacia la medianoche, un murmullo de los tripulantes anunció la aparición de un nuevo fenómeno. Seguían muy lejos del arco, pero pudieron verlo con claridad: una prodigiosa umbela carmesí; pero su cresta era negra, salvo en la parte superior que irradiaba una deslumbrante luz roja.

—¡El Trono de Dios! —gritó Zeph a pleno pulmón, y se hincó de rodillas.

Los demás siguieron su ejemplo, e incluso el viejo Nehemiah hizo un gran esfuerzo para colocarse en esa posición.

—El Cielo parece estar aquí al lado —susurró con voz ronca.

El capitán Abe se puso bruscamente en pie. Jamás había oído hablar de aquel insólito fenómeno eléctrico, la «tempestad de fuego», que se ve quizá cada cien años y precede a algunos ciclones de enorme violencia; pero su experta mirada descubrió de repente que la umbela carmesí era una columna de agua que giraba y reflejaba la luz roja. Le faltaban conocimientos teóricos para saber que su origen era un gigantesco remolino de aire; pero había visto a menudo trombas marinas. Con todo, seguía indeciso. Aquello escapaba a su comprensión; aunque tenía claro que la monstruosa columna giratoria de agua que despedía aquel fulgor rojo no coincidía con su idea del Cielo. Y entonces, antes de que se desvanecieran sus dudas, llegó el primer bramido salvaje del ciclón que se avecinaba. Mientras el estruendo les golpeaba con violencia en los oídos, los ancianos se miraron aturdidos, con el miedo

reflejado en los ojos.

—Supongo que es la voz de Dios —dijo Zeph en voz baja—. No somos más que unos miserables pecadores.

Un instante después, el aliento del ciclón llegó a sus gargantas, y el Shamraken, que regresaba a casa, franqueó el umbral de la eternidad.

Un deporte de reyes

(fragmento de *La travesía del Snark*)
Jack London
(1911)

Traducción: Marta Salís

JACK LONDON (1876-1916) nació en San Francisco en 1876, hijo ilegítimo de un astrólogo ambulante que pronto los abandonaría a él y a su madre, una joven «huida» de una acomodada familia de Ohio. Poco después de dar a luz, la madre se casó con John London, carpintero y vigilante jurado entre otros oficios, de quien el hijo tomaría el apellido. Jack dejó el colegio a los trece años, y desde entonces hasta los veintisiete, edad en la que se consagraría como escritor, su juventud fue inquieta y agitada: sus biógrafos y él mismo convertirían en leyenda sus múltiples trabajos y vagabundeos, de ladrón de ostras a buscador de oro en Alaska, así como su visionaria vocación política, formalizada con su ingreso en 1896 en el Partido Socialista de los Trabajadores. En 1903 publicó un reportaje sobre el proletariado del East End londinense, *Gente del abismo*, y el relato *La llamada de la selva*, que le lanzó a la fama. Su experiencia marinera fue la base de *El lobo de mar* (1904), otro gran éxito, y a partir de entonces publicó asiduamente narrativa y ensayos, pronunció conferencias por todo el mundo y emprendió nuevos viajes. Son de especial interés sus textos autobiográficos, la novela *Martin Eden* (1909) y las «memorias alcohólicas» de *John Barleycorn* (1913). En 1906 empezó a construir el Snark, un velero de cuarenta y cinco pies con el que zarparía de San Francisco en 1907. Después de veintisiete meses recorriendo Hawai, las islas Marquesas, Tahití, Fiji, Samoa y las islas Salomón, su salud delicada le obligó a interrumpir lo que iba a ser un viaje alrededor del mundo.

«Un deporte de reyes» («A Royal Sport») es un fragmento del libro que recoge las vicisitudes de este viaje, *La travesía del Snark* (Macmillan, Nueva York, 1911), y recrea cómo el autor descubrió el surf y empezó a practicarlo.

Un deporte de reyes

(fragmento de *La travesía del Snark*)

Esto es lo que es, un deporte real para los soberanos naturales de la tierra. La hierba llega hasta el agua en la playa de Waikiki, a quince metros del inmenso océano. Los árboles crecen también hasta la orilla, y podemos sentarnos a su sombra y contemplar cómo las olas majestuosas rompen en la arena a nuestros pies. A media milla de distancia, en los arrecifes, las olas de cresta blanca se elevan hacia el cielo con violencia, más allá del apacible azul turquesa, y continúan avanzando hasta la costa. Llegan una tras otra, a lo largo de una milla, con sus crestas humeantes, como blancos batallones del ejército infinito del mar. Y escuchamos su rugido perpetuo, y observamos su secuencia infinita, y tenemos la sensación de ser insignificantes ante esta arrolladora fuerza que se expresa a través de la furia, la espuma y el ruido. Nos sentimos microscópicamente diminutos, y es lógico que la idea de enfrentarnos a esas olas nos cause desazón e incluso miedo. Y es que esos monstruos de gigantescas fauces miden una milla y pesan cientos de toneladas, y se abalanzan sobre la playa a una velocidad que nadie puede igualar corriendo. ¿Qué posibilidad hay de derrotarlos? Ni la más mínima, sentencia un ego alicaído; y nos quedamos sentados, mirando y escuchando, convencidos de que el césped y la sombra son un lugar maravilloso.

En la lejanía, una ola se eleva hacia el cielo, surgiendo como una divinidad marina entre un maremágnum de espuma blanca; y, sobre su cresta

impetuosa, amenazante e inestable, aparece de pronto la cabeza oscura de un hombre. En un instante se alza entre el oleaje. Sus hombros negros, el pecho, el abdomen, sus brazos y piernas… todo queda súbitamente a la vista. Donde hace un momento solo existía la enorme desolación y el estruendo atronador del mar, ahora hay un hombre erguido, que no intenta desesperadamente mantener el equilibrio ni se ve sepultado, aplastado o zarandeado por ese poderoso monstruo, sino que continúa, sereno y magnífico, sobre la turbulenta cima, con los pies hundidos en la espuma que salpica sus rodillas, y el resto del cuerpo fuera del agua bajo la resplandeciente luz del sol; y vuela por los aires, vuela hacia delante, tan rápido como la ola sobre la que cabalga. Es un Mercurio, un Mercurio de piel bronceada. Sus talones son alados, y tan veloces como el mar. De hecho, se ha montado de un salto en su lomo, y galopa sobre unas aguas que rugen y braman sin conseguir librarse de él. Pero no hay brusquedad en sus movimientos. Parece impasible, inmóvil como una estatua tallada inesperada y milagrosamente en las profundidades del océano del que ha surgido. Y vuela hacia la orilla con sus talones alados sobre la cresta blanca de la ola. Cuando ésta rompe en la playa, a nuestros pies, la espuma estalla con violencia y se oye un largo y tumultuoso estruendo; y, muy cerca de nosotros, pisa tranquilamente la arena un canaco de piel bronceada por el sol de los trópicos. Minutos antes era una mota a un cuarto de milla de distancia. Ha cabalgado victorioso sobre las olas; y el orgullo que siente por su proeza se refleja en la majestuosidad de su porte cuando nos mira de pasada mientras descansamos en la sombra. Es un canaco, y sobre todo, un hombre, un miembro de la especie superior que ha dominado la materia y las bestias, y reina sobre la creación.

Y recordamos el último combate que Tristán libró contra el mar aquella mañana aciaga; y comprendemos que este canaco ha hecho algo que Tristán no hizo nunca, y sabe disfrutar del mar de un modo que Tristán no imaginó. Y seguimos con nuestras reflexiones. Es estupendo estar sentado a la sombra en esta playa, pero eres un ser humano, un miembro de la especie superior, y puedes hacer lo que ha hecho este canaco. ¡Vamos! Llevas demasiada ropa en este clima tan cálido, ¡quítatela! Entra en el mar y lucha con él; que tus talones vuelen con la destreza y la fuerza que atesoras; enfréntate a las olas, dómalas y cabalga en su lomo como lo haría un rey.

Y así fue como decidí hacer surf. Y, ahora que lo he practicado, estoy más convencido que nunca de que es un deporte de reyes. Pero dejadme, en primer lugar, explicar sus principios físicos. Las olas son una perturbación. El agua que compone el cuerpo de la ola no se desplaza. Si lo hiciera, cuando tiramos una piedra a un estanque y las ondas se propagan formando círculos, aparecería un agujero cada vez mayor en el centro. No, el agua que compone el cuerpo de una ola es estacionaria. Por ese motivo, si observamos una zona determinada de la superficie del océano, vemos cómo la misma agua se eleva y desciende miles de veces por la perturbación que propagan una sucesión de olas. Imaginemos que esta perturbación avanza hacia la orilla. A medida que disminuye la profundidad, la parte inferior de la ola es la primera en rozar la arena y se frena. Pero el agua es un fluido, y la parte superior no ha rozado nada, por lo que sigue avanzando y propagando su perturbación. Y, cuando la parte superior sigue adelante mientras la inferior se queda atrás, algo ocurre. El fondo de la ola desaparece y la parte superior se derrumba con estrépito. La causa de que las olas rompan es el roce de su parte inferior con el suelo.

Pero la transformación de una suave ondulación en una gran ola solo es violenta cuando la profundidad disminuye bruscamente. Si lo hace poco a poco desde un cuarto de milla hasta una milla, ésta será la distancia que ocupará toda la transformación. Así es el fondo de la playa de Waikiki, y genera unas olas magníficas para hacer surf. Uno se monta sobre la cresta de una ola justo cuando empieza a romper, y continúa sobre ella mientras sigue rompiendo hasta llegar a la orilla.

Hablemos ahora de los principios físicos del surf. Subamos en una tabla plana, de un metro ochenta de longitud por sesenta centímetros de anchura, y con una forma ligeramente ovalada. Tendámonos sobre ella como un niño en una colchoneta y rememos con las manos hasta llegar a aguas más profundas, donde las olas empiezan a formar su cresta. Sigamos tranquilamente echados sobre la tabla. Una ola tras otra irán rompiendo delante, detrás, por encima y por debajo de nosotros, y avanzarán hacia la orilla dejándonos atrás. Cuando se forma la cresta, la ola se vuelve más vertical. Imaginémonos con nuestra tabla en la pared de esta empinada ladera. Si estuviera quieta, nos deslizaríamos por ella como un niño con su trineo por la nieve. Pero, me dirán, las olas no están quietas. Es cierto, pero el agua que forma parte de

ellas sí lo está, y ése es el quid del asunto. Si empezamos a deslizarnos por la ola, nunca llegaremos a su seno. Por favor, no se rían. Es posible que la ola solo tenga dos metros de altura, pero podremos descender por ella un cuarto de milla, o media milla, sin llegar a su seno. Pues, dado que la ola no es más que una perturbación, y que el agua que compone una ola cambia a cada instante, entra agua nueva en ella a la misma velocidad con que viaja. Nos deslizamos por esta agua nueva, pero seguimos en el mismo lugar con respecto a la ola, y nos deslizamos por el agua nueva que va elevándose y formando parte de la ola. Nos deslizamos exactamente a la misma velocidad con que avanza la ola. Si lo hace a quince millas por hora, nos deslizaremos a quince millas por hora. Entre nosotros y la playa se extiende un cuarto de milla de agua. A medida que la ola avanza, el agua se ve obligada a entrar en ella; la fuerza de la gravedad hace el resto, y allá vamos, deslizándonos a lo largo de toda la ola. Si, en esos instantes, no hemos olvidado que el agua se mueve con nosotros, extendamos los brazos e intentemos remar con ellos; descubriremos que, para impulsarnos, hay que moverlos con enorme rapidez, pues el agua se mueve hacia atrás tan deprisa como avanzamos.

Pasemos ahora a los principios físicos del surf. Toda regla tiene su excepción. Es cierto que el agua de una ola no avanza, pero existe lo que llamamos resaca. El agua se mueve hacia delante en la parte superior de la ola, como advertiremos enseguida si nos golpea en la cara, o nos rompe encima y quedamos sumergidos medio minuto, a punto de ahogarnos. El agua de la parte superior de la ola se apoya en la de la parte inferior; pero esta última se para al rozar la arena, mientras la parte superior sigue avanzando sin una base que la sustente. Donde antes había una masa de agua sólida, ahora hay aire; y por primera vez siente la fuerza de la gravedad, y se desploma, separándose violentamente del fondo que queda atrás y lanzándose hacia delante. Y, por ese motivo, hacer surf es algo más que deslizarse plácidamente por una pendiente. Es como si nos cogiera de la mano un titán y nos arrojara a la costa.

Abandoné el frescor de la sombra, me puse un traje de baño y conseguí una tabla de surf. Era demasiado pequeña. Pero yo no lo sabía, y nadie me avisó. Me uní a un grupo de muchachos canacos en aguas poco profundas, donde las olas eran pequeñas y menos violentas: el clásico parvulario.

Observe a los niños canacos. Cuando se acercaba algo parecido a una ola, se tumbaban boca abajo en la tabla, se impulsaban con los pies y cabalgaban sobre la cresta hasta la playa. Traté de imitarlos. Me fijaba en ellos, intentaba hacer lo mismo y fracasaba estrepitosamente. La ola pasaba de largo y yo no estaba sobre ella. Probé un montón de veces. Me impulsaba con el doble de fuerza, y seguía sin conseguirlo. Habría media docena de muchachos. Nos montábamos todos en la tabla ante una buena ola. Nuestros pies agitaban el agua como ruedas de paletas de un vapor fluvial, y los pequeños granujas salían disparados mientras yo me quedaba atrás avergonzado.

Pasé un hora seguida intentándolo, y no logré convencer a ninguna ola para que me empujara hacia la orilla. Y entonces llegó un amigo, Alexander Hume Ford, un trotamundos profesional siempre en busca de experiencias nuevas. Y las había encontrado en Waikiki. Camino de Australia, se había detenido una semana para ver si el surf era emocionante, y se había enamorado de este deporte. Llevaba un mes practicándolo a diario, y no había el menor indicio de que su fascinación estuviera decreciendo. Me habló como un experto en el tema.

—Bájate de esa tabla —dijo—. Tírala ahora mismo. ¡Cómo vas a conseguir nada así! Si la parte delantera toca el fondo, te romperás la crisma. Toma, coge la mía. Tiene el tamaño indicado para un hombre adulto.

Siempre soy respetuoso cuando alguien sabe más que yo. Y Ford sabía. Me enseñó cómo debía montar en su tabla. Luego esperó la llegada de una buena ola, me dio un empujón en el instante preciso y me subió en ella. ¡Ah, qué sensación tan deliciosa cuando la ola me impulsó hacia delante! Me deslicé velozmente por el agua unos cincuenta metros, y acabé en la orilla. Desde ese momento, quedé fascinado. Regresé con esfuerzo hasta donde estaba Ford. La tabla era grande, bastante gruesa y pesaba unos treinta y cinco kilos. Mi amigo me dio muchos consejos. Nadie le había enseñado, y me explicó en media hora todo lo que había aprendido laboriosamente en unas semanas. En realidad, fue él quién me contó lo esencial. Media hora después era capaz de coger las olas y cabalgar sobre ellas. Lo hice una y otra vez, y Ford aplaudía y me daba consejos. Por ejemplo, me enseñó a qué altura tenía que poner los pies, aunque en una ocasión debí de adelantarlos demasiado, pues, mientras me acercaba a la playa como una exhalación,

aquella antipática tabla clavó su proa en el fondo, se detuvo en seco y salió catapultada, interrumpiendo violentamente nuestra relación. Me lanzó al aire como si fuera un guiñapo, y acabé ignominiosamente hundido debajo de la ola rota. Comprendí que, de no haber sido por Ford, me habría roto la crisma.

—Ése es uno de los peligros del surf —dijo Ford.

Puede que le ocurra a él antes de abandonar Waikiki, y entonces estoy seguro de que su anhelo de emociones se enfriará una temporada.

Tengo el convencimiento de que el homicidio es peor que el suicidio. Ford evitó que me convirtiera en un homicida.

—Imagina que tus piernas son el timón —me explicó—. Júntalas, y gobierna la tabla con ellas.

Unos minutos después, me deslizaba sobre una ola. Al acercarme a la playa, justo delante de mí, apareció una mujer con el agua hasta la cintura. ¿Cómo iba a detener la ola sobre la que cabalgaba? Sentí que su muerte era inminente. La tabla pesaba treinta y cinco kilos, y yo otros setenta y cinco. Había que añadirle una velocidad de quince millas por hora. La tabla y yo éramos como un proyectil. Dejo que sean los físicos quienes calculen la fuerza del impacto contra aquella pobre mujer. Y entonces me acordé de mi ángel de la guarda, Ford. «¡Gobierna la tabla con las piernas!», resonó en mis oídos. Así lo hice; desvié su rumbo bruscamente con el peso de mis piernas. La tabla giró y se puso de costado en la cresta. Sucedieron muchas cosas al mismo tiempo. La ola me dio un bofetón al pasar; un golpe suave como el que suelen dar las olas, pero lo bastante fuerte para que yo perdiera el equilibrio y aquellas aguas revueltas me arrastraran al fondo, contra el que me estrellé con violencia mientras las olas me zarandeaban. Conseguí sacar la cabeza para respirar, y luego hice pie. La mujer estaba delante de mí. Yo me sentía un héroe. Le había salvado la vida. Y ella se rió de mí. No estaba histérica. No había sido consciente del peligro. En cualquier caso, pensé que no había sido yo sino Ford quien la había salvado, y no tenía por qué sentirme un héroe. Además, eso de gobernar la tabla con las piernas era magnífico. Con un poco más de práctica, logré abrirme paso entre algunos bañistas y quedarme en lo alto de la ola en lugar de debajo de ella.

—Mañana —dijo Ford— te llevaré a mar abierto.

Miré donde señalaba, y vi las grandes rompientes que convertían en

pequeñas ondas las olas por las que me había deslizado. Ignoro qué habría dicho si no hubiera recordado que era un miembro de la especie superior. Así que lo único que respondí fue:

—Muy bien, mañana me enfrentaré a las rompientes.

Las aguas de la playa de Waikiki son las mismas que bañan todas las islas Hawai; y en muchos sentidos, sobre todo para los bañistas, son unas aguas maravillosas. Producen una sensación agradable de frescor, pero son lo bastante cálidas para que un nadador pase en ellas todo el día sin sentir frío. Bajo el sol o bajo las estrellas, a mediodía o a medianoche, da igual en qué momento, están siempre a la misma temperatura: ni muy caliente, ni muy fría, en el punto perfecto. Son unas aguas maravillosas, saladas como el viejo océano, puras y cristalinas. Cuando se analiza su naturaleza, no resulta tan sorprendente que los canacos sean una raza de excelentes nadadores.

Así pues, a la mañana siguiente, cuando apareció Ford, me metí en aquellas maravillosas aguas por tiempo indefinido. Subidos en nuestras tablas, o, mejor dicho, tumbados boca abajo, remamos con los brazos a través del parvulario donde jugaban los pequeños canacos. No tardamos en llegar a aguas profundas, donde rugían las rompientes. El mero hecho de luchar contra ellas, hacerles frente y seguir avanzando era ya un deporte de por sí. Había que aguzar el ingenio, pues era una batalla en la que te asestaban golpes tremendos y solo podías defenderte con astucia: un combate entre la fuerza bruta y la inteligencia. Enseguida aprendí una cosa. Cuando una ola se curvaba sobre mi cabeza, podía ver fugazmente la luz del día a través de su cuerpo esmeralda; en ese momento tenía que bajar la cabeza y agarrarme a la tabla con todas mis fuerzas. Entonces la ola rompía, y, para cualquiera que me mirara desde la playa, yo desaparecía bajo las aguas. En realidad, la tabla y yo atravesábamos la cresta y salíamos tranquilamente a la superficie por el otro lado. No recomiendo esta experiencia a ninguna persona enferma o de salud delicada. Son golpes contundentes, y el impacto del agua es como un chorro de arena. A veces hay que cruzar seis olas, una tras otra, y en esos momentos uno tiende a descubrir las ventajas que ofrece la tierra firme, así como nuevas razones para quedarse en la orilla.

Allí fuera, entre una sucesión de olas enormes y espumosas, se unió a nosotros un tercer hombre, un tal Freeth. Emergí de una ola y, mientras me

quitaba el agua de los ojos para vislumbrar la siguiente, lo vi deslizarse por ella, de pie sobre la tabla, como la cosa más natural del mundo, un joven dios bronceado por el sol. Cruzamos la ola sobre la que él cabalgaba. Ford le llamó. Freeth se arrojó de un salto al agua, recuperó la tabla y se acercó a nosotros remando con los brazos; luego ayudó a Ford con sus lecciones. Hay algo en concreto que aprendí de él: cómo enfrentarme a esas olas gigantescas que llegan de vez en cuando. Su violencia es terrible, y era muy peligroso hacerles frente encima de la tabla. Pero Freeth me enseñó que, ante una ola de ese calibre, me metiera en el agua y sujetara la popa de la tabla con las manos por encima de la cabeza. De ese modo, si la ola me arrancaba la tabla de las manos e intentaba golpearme con ella (algo que suelen hacer esta clase de olas), habría un cojín de agua de treinta centímetros o más entre mi cabeza y el encontronazo. Cuando la ola pasaba, volvía a subirme a la tabla y seguía remando con los brazos. Me enteré de que muchos surfistas habían resultado gravemente heridos al golpearse con sus tablas.

Aprendí que en el surf no había que oponer resistencia. Esquiva los golpes. Zambúllete bajo la ola que va a estrellarse contra tu cara. Sumérgete a mucha profundidad, con los pies por delante, y deja que pase por encima esa gran rompiente que trata de aplastarte. No te pongas rígido. Relájate. Cede ante esas aguas que no dejan de acosarte. Cuando la resaca te arrastre mar adentro y hacia el fondo, no luches contra ella. Si lo haces, correrás el peligro de ahogarte, pues es más fuerte que tú. Déjate llevar. Nada con la resaca, no en su contra, y dejarás de sentir su empuje. Y, mientras te dejas llevar, engañándola para que no te aprisione, nada hacia arriba. Te resultará fácil alcanzar la superficie.

El hombre que quiera aprender a hacer surf debe ser un buen nadador y estar muy acostumbrado a bucear. Además de eso, ha de tener algo de fuerza y sentido común. La potencia de una ola grande es impredecible. Hay veces en que el surfista y la tabla aparecen a más de cien metros el uno del otro. El surfista debe saber cuidarse. Por muchos surfistas que tengas alrededor, no cuentes con su ayuda. La sensación de seguridad que me daban Ford y Freeth me hacía olvidar que era mi primera incursión en mar abierto entre aquellas olas gigantescas. Lo recordé, sin embargo, y bastante súbitamente, cuando llegó una ola enorme y los dos hombres volaron hasta la orilla montados en

ella. Podría haberme ahogado de doce maneras diferentes antes de que volvieran a mi lado.

Te deslizas cuesta abajo por la pared de la ola, pero hay que saber iniciar ese descenso. El surfista y su tabla tienen que impulsarse muy rápido hacia la costa antes de que la ola les alcance. Cuando se acerca la ola por la que quieres deslizarte, tienes que darle la espalda y remar con todas tus fuerzas en dirección a la playa, como si los brazos fueran aspas de molino. Es una especie de esfuerzo sobrehumano justo delante de la ola. Si la tabla adquiere suficiente velocidad, la ola la acelerará, y te deslizarás por ella un cuarto de milla.

Jamás olvidaré la primera gran ola sobre la que cabalgué en mar abierto. La vi acercarse, me di la vuelta y remé como si me fuera en ello la vida. Llegué a ir tan deprisa que mis brazos parecieron a punto de descoyuntarse. No tenía ni idea de lo que pasaba detrás de mí. Es imposible mirar atrás y remar como si los brazos fueran aspas de molino. Oí cómo la cresta de la ola silbaba y se revolvía; y entonces mi tabla se elevó y salió impulsada hacia delante. Tardé medio minuto en comprender lo que sucedía. Aunque tenía los ojos abiertos, no veía nada, pues estaba sumergido en su cima espumosa. Pero me daba igual. Estaba radiante de felicidad por haber conseguido que la ola me impulsara. Al cabo de medio minuto, sin embargo, empecé a ver cosas, y a respirar. Vi que la parte delantera de la tabla tenía casi un metro fuera del agua y se deslizaba por el aire. Eché el peso de mi cuerpo hacia delante y la obligué a bajar. Entonces me quedé inmóvil, en medio de aquel vertiginoso movimiento, y observé cómo la costa y los bañistas de la playa se volvían cada vez más nítidos. No llegué a recorrer el cuarto de milla, pues, para evitar que la tabla se hundiera, eché el peso demasiado hacia detrás y caí por la parte posterior de la ola.

Era el segundo día que practicaba el surf, y estaba muy orgulloso de mí. Pasé cuatro horas en el agua, y, al acabar, decidí que al día siguiente me pondría de pie. Al día siguiente estaba en la cama. No tenía fiebre, pero me sentía muy desgraciado y estaba en la cama. Al describir las maravillosas aguas hawaianas, se me olvidó describir el maravilloso sol hawaiano. Es un sol tropical, y, para colmo, en la primera mitad de junio cae a plomo. Además es un sol pernicioso y traicionero. Por primera en mi vida me quemé sin

darme cuenta. Mis brazos, mis hombros y mi espalda se habían quemado ya muchas veces y estaban curtidos; pero no mis piernas. Y, durante cuatro horas, había expuesto mis tiernas pantorrillas, en ángulo recto, a ese sol hawaiano que caía en vertical. No fui consciente de que me había quemado hasta que llegué a la playa. Al principio solo se siente calor; pero luego éste se vuelve muy intenso y aparecen las ampollas. Además, la piel de las articulaciones pierde su elasticidad. Por eso me quedé en la cama al día siguiente. No podía andar. Y por eso hoy escribo esto acostado en la cama. Es más fácil hacerlo que no. Pero mañana, ¡ah, mañana!, volveré a esas aguas maravillosas, y me pondré en pie como Ford y Freeth. Y si mañana no lo consigo, lo haré al día siguiente, o al otro. Hay algo que tengo muy claro: el Snark no zarpará de Honolulú hasta que yo también pueda volar sobre las aguas y transformarme en un Mercurio quemado y medio despellejado por el sol.

El buque fantasma

Richard Middleton
(1912)

Traducción: Marta Salís

RICHARD MIDDLETON (1882-1911) nació en Staines, condado de Surrey, en el seno de una familia acomodada de la clase media inglesa. Se educó en el Cranbrook School de Kent y, entre 1901 y 1907, trabajó en Londres para el Royal Exchange Assurance Corporation Bank, como administrativo. Joven de extraordinaria sensibilidad, talante romántico y personalidad depresiva, empezó a escribir relatos breves, poemas y artículos, y se unió al círculo literario de los Nuevos Bohemios. Dejó su trabajo para llevar la vida bohemia con la que soñaba, pero apenas logró subsistir vendiendo sus escritos a importantes publicaciones de la época (*Vanity Fair*, *The Academy*, *The English Review* y *The Century*). Pasó los últimos nueve meses de su vida en Bruselas, donde se suicidó a los veintinueve años envenenándose con cloroformo. Tras su muerte, y en menos de dieciocho meses, se publicaron dos volúmenes de relatos y artículos, *El buque fantasma y otros relatos* (1912) y *The Day Before Yesterday* (1912), y dos series de *Poems and Songs*. En la década de 1930, el escritor, poeta y compilador de antologías John Gawsworth editó un tercer libro de cuentos, *The Pantomime Man* (1933), y recopiló muchos otros en varias antologías. En sus cuentos, lo mejor de su obra, rebosan la tristeza, el humor, el terror y la fantasía.

«El buque fantasma» («The Ghost Ship»), uno de los relatos de fantasmas más famosos de la literatura inglesa, da título a uno de sus volúmenes de cuentos, publicado en 1912 por T. F. Unwin en Londres.

El buque fantasma

Fairfield es un pequeño pueblo cerca de la carretera de Portsmouth, a mitad de camino entre Londres y el mar. Los forasteros que llegan por azar dicen que es un lugar bonito y anticuado; a los que vivimos allí y lo consideramos nuestro hogar no nos parece tan bonito, pero nos daría pena vivir en otro sitio. Es como si tuviéramos grabado en el cerebro la taberna, la iglesia y el parque comunal. En cualquier caso, jamás nos sentimos a gusto fuera de Fairfield.

Por supuesto, los *cockneys*, con sus casas horribles y sus calles ruidosas, pueden llamarnos paletos si quieren, pero, aun así, es mucho mejor vivir en Fairfield que en Londres. Nuestro médico dice que, cuando va a Londres, su espíritu se siente aplastado por el peso de los edificios; y es su ciudad natal. Tuvo que residir allí cuando era pequeño, pero ahora es más sabio. Pueden reírse ustedes, caballeros —quizá alguno sea londinense—, pero creo que un testimonio así vale más que un montón de argumentos.

¿Aburrido? Es posible que les parezca aburrido, pero les aseguro que he escuchado todas las historias de Londres que han contado esta noche, y no son nada al lado de las cosas que pasan en Fairfield. Supongo que es por nuestra mentalidad, y porque no nos metemos en la vida ajena. Si alguno de sus londinenses se sentara en el parque comunal un sábado por la noche, cuando los fantasmas de los jóvenes muertos en la guerra se citan con las muchachas que descansan en el cementerio, sería incapaz de contener la curiosidad y no entrometerse, y entonces los fantasmas se marcharían a otro

lugar más tranquilo. Pero nosotros les dejamos ir y venir a su antojo, y no armamos ningún alboroto; por eso Fairfield es el lugar con más fantasmas de Inglaterra. He llegado a ver un hombre sin cabeza sentado en el borde del pozo a plena luz del día, mientras los niños jugaban a sus pies como si fuera su padre. Créanme, los espíritus saben dónde están cómodos tan bien como los humanos.

Aun así, he de admitir que lo que voy a contar resultó extraordinario incluso en este rincón del mundo, donde tres jaurías de perros fantasmas salen regularmente a cazar toda la temporada, y el bisabuelo del herrero pasa la noche poniendo herraduras a las monturas de los caballeros muertos. Seguro que esto no ocurriría en Londres, porque la gente se mete donde no la llaman, pero aquí el herrero se acuesta en el piso de arriba y duerme como un lirón. Una vez que le dolía mucho la cabeza, gritó a los de abajo que no armaran tanto ruido, y por la mañana descubrió que le habían dejado una vieja guinea en el yunque, a manera de disculpa. Ahora la lleva siempre colgada en la cadena del reloj. Pero será mejor que siga con mi historia; si empezara a contarles las cosas raras que suceden en Fairfield, no acabaría nunca.

Todo se debió a la gran tormenta que hubo en la primavera del noventa y siete, el año en que tuvimos dos buenos temporales. Ésta fue la primera, y lo recuerdo muy bien, pues por la mañana vi que se había llevado, como si fuera una cometa, el tejado de paja de mi porqueriza hasta el jardín de la viuda. Cuando miré por encima del seto, la viuda —se trataba de la viuda de Tom Lamport— escardaba sus capuchinas con una pequeña azada. Después de mirarla un rato, fui a La Zorra y las Uvas para contarle al tabernero lo que me había dicho. Éste se echó a reír, pues es un hombre casado y conoce a las mujeres.

—Por cierto —me dijo—, la tempestad ha arrojado algo en mi sembrado. Parece una especie de barco.

Me quedé muy sorprendido, hasta que me explicó que solo era un buque fantasma y no estropearía los nabos. Comentamos que el temporal debía de haberlo traído desde el puerto de Portsmouth, y luego hablamos de otras cosas. Se habían caído dos pizarras de la rectoría y un árbol enorme en la dehesa de Lumley. Había sido una tormenta extraordinaria.

Imagino que el viento desperdigó nuestros fantasmas por toda Inglaterra. Durante días fueron volviendo con los caballos agotados y los pies doloridos, en la medida de lo posible, tan contentos de regresar a Fairfield que algunos subían la calle gritando como niños. El terrateniente dijo que el bisabuelo de su bisabuelo no había estado tan agotado desde la batalla de Naseby, y él es un hombre instruido.

Entre una cosa y otra, supongo que transcurrió una semana antes de que todo volviera a la normalidad, y fue entonces cuando me encontré con el tabernero en el parque comunal; y parecía preocupado.

—Me gustaría que vinieras conmigo y echaras un vistazo a ese barco que tengo en el sembrado —dijo—. Creo que está aplastando los nabos. No quiero ni pensar lo que dirá mi mujer cuando lo vea.

Bajé por el sendero con él y, en efecto, había un barco en medio de su sembrado; pero un tipo de barco que nadie ha visto en el agua desde hace trescientos años y, menos aún, en medio de un sembrado de nabos. Tenía el casco pintado de negro y lleno de relieves, y un gran ventanal en la popa, exactamente igual que el del salón del terrateniente. Llevaba un montón de cañoncitos negros en cubierta, asomando por las troneras, y un ancla por proa y otra por popa que lo sujetaban al duro suelo. He visto las maravillas del mundo en algunas tarjetas postales, pero jamás he contemplado nada igual.

—Parece demasiado sólido para ser un buque fantasma —dije, al ver lo disgustado que estaba el tabernero.

—Yo diría que no es ni carne ni pescado —contestó, pensativo—, pero va a estropear unos cincuenta nabos, y mi mujer querrá que lo saque.

Nos acercamos y tocamos uno de sus costados, y estaba tan duro como el de un barco de verdad.

—Más de un compatriota encontraría esto muy extraño —añadió.

Bueno, no sé mucho de barcos, pero creo que ese buque fantasma pesaba sus buenas doscientas toneladas, y parecía haber venido para quedarse, así que me dio lástima el tabernero, que era un hombre casado.

—Ni todos los caballos de Fairfield podrían sacarlo de mis nabos —dijo, mirándolo con el ceño fruncido.

Justo entonces oímos un ruido en la cubierta, y, al levantar la vista, vimos que un hombre acababa de salir del camarote de proa y nos miraba

pacíficamente. Vestía un uniforme negro con enmohecidos galones dorados, y llevaba en un costado un gran sable en una funda de latón.

—Soy el capitán Bartholomew Roberts —dijo, en tono caballeresco—, haciendo escala para enrolar tripulantes. Creo que me he adentrado demasiado en el puerto.

—¿En el puerto? —gritó el tabernero—. Está usted a más de ochenta kilómetros del mar.

El capitán Roberts se quedó tan fresco.

—¿Tan lejos? —preguntó sin inmutarse—. Bueno, qué más da.

El tabernero se contrarió un poco al oír esto.

—No quisiera ser poco amistoso —dijo—, pero ojalá no hubiera traído su barco a mi sembrado. Verá, estos nabos significan mucho para mi mujer.

El capitán cogió un pellizco de rapé de una cajita preciosa de oro que sacó del bolsillo, y, con elegancia suma, se limpió los dedos con un pañuelo de seda.

—Solo pasaré unos meses aquí —aclaró—, pero me alegraría mucho que un testimonio de mi estima apaciguara a su señora esposa —y, con estas palabras, se quitó un gran broche de oro del cuello de la casaca y se lo tiró al tabernero.

Éste se puso rojo como un tomate.

—No negaré que a mi mujer le encantan las joyas —dijo—, pero es demasiado por medio saco de nabos.

Y lo cierto es que era un broche muy hermoso.

El capitán se echó a reír.

—Vamos, hombre —exclamó—, es una venta forzosa, y merece usted un buen precio. No diga nada más.

Y, deseándonos un buen día, se dio media vuelta y entró en el camarote.

El tabernero subió por el sendero como si le hubieran quitado un peso de encima.

—Esa tempestad me ha traído un poco de suerte —dijo—; mi mujer estará feliz con el broche. Es mejor que la guinea del herrero.

1897 era el año del Jubileo, del segundo Jubileo[67], como saben, y en Fairfield lo celebramos por todo lo alto, así que apenas nos quedó tiempo para preocuparnos del buque fantasma; aunque, en cualquier caso, no

tenemos por costumbre meternos en la vida ajena. El tabernero vio a su inquilino un par de veces mientras escardaba los nabos y le dio los buenos días, y su mujer llevaba el broche nuevo a la iglesia todos los domingos. Pero no solíamos mezclarnos mucho con los fantasmas, salvo el tonto del pueblo, ¡el pobre no notaba la diferencia entre un hombre y un fantasma! El día del Jubileo, sin embargo, alguien le contó al capitán Roberts por qué repicaban las campanas, y él izó la bandera y disparó sus cañones como un leal súbdito inglés. Es cierto que los cañones estaban cargados, y que uno de los disparos agujereó el establo del granjero Johnstone, pero nadie le dio importancia entre tanto festejo.

Hasta que nuestras celebraciones terminaron, no nos percatamos de que algo iba mal en Fairfield. Fue el zapatero quien me lo comentó por primera vez una mañana en La Zorra y las Uvas.

—¿Conoces a mi tío tatarabuelo? —preguntó.

—Te refieres a Joshua, ése tan pacífico —respondí yo, que lo conocía bien.

—¿Pacífico? —exclamó el zapatero indignado—. ¿Pacífico, dices? Pero ¡si llega a casa como una cuba a las tres de la mañana, y despierta a todo el mundo con el alboroto que arma!

—¡No puede ser Joshua! —protesté, pues le consideraba uno de los fantasmas jóvenes más respetables del pueblo.

—¡Claro que es Joshua! —dijo el zapatero—. Y, como no se ande con ojo, cualquier noche de éstas vamos a ponerle de patitas en la calle.

Esta conversación me dejó mal sabor de boca, se lo aseguro, pues no me gusta que nadie critique a su familia, y era incapaz de creer que un joven tan serio como Joshua se hubiera dado a la bebida. Pero justo entonces apareció Aylwin, el carnicero, tan enojado que apenas si podía beber cerveza.

—¡El muy mocoso! ¡El muy mocoso! —repetía; y el zapatero y yo tardamos algún tiempo en descubrir que hablaba de un antepasado suyo que había muerto en Senlac[68].

—¿Bebe? —preguntó el zapatero esperanzado, pues a nadie le gusta estar solo en la desgracia; el carnicero asintió con aire sombrío.

—¡El muy mocoso! —exclamó, vaciando de un trago su jarra.

Bueno, a partir de entonces agucé el oído, y descubrí que por todo el

pueblo corrían las mismas historias. Apenas quedaba algún joven fantasma en Fairfield que no volviera a casa a las tantas, borracho. Solía despertarme por la noche y oír cómo pasaban dando tumbos, cantando canciones de lo más indecorosas. Lo peor es que no pudimos guardar en secreto todo aquel escándalo, y los vecinos de Greenhill empezaron a hablar de «la beoda Fairfield» y enseñaron a sus hijos a cantar esto sobre nosotros:

> ¡Beoda Fairfield, beoda Fairfield, que no emplea pan ni manteca!
> ¡Con ron desayuna, con ron almuerza, con ron merienda y con ron cena!

En nuestro pueblo todos tenemos buen carácter, pero aquello no nos hacía ninguna gracia.

Por supuesto, no tardamos en enterarnos de dónde iban a beber los jóvenes, y al tabernero le disgustó muchísimo que su inquilino resultara ser tan poco recomendable; pero su mujer se negaba a devolver el broche, así que no podía pedirle al capitán que se marchara. Con el tiempo, sin embargo, las cosas fueron de mal en peor, y a cualquier hora del día se veía a aquellos jóvenes depravados durmiendo la mona en el parque comunal. Casi todas las tardes un carromato fantasma llegaba traqueteando al barco con un cargamento de ron; y, aunque los fantasmas más viejos eran menos proclives a aceptar la hospitalidad del capitán, los jóvenes eran incapaces de despreciarla.

Y una tarde llamaron a mi puerta mientras dormía la siesta; y allí estaba el párroco, muy serio, como si tuviera ante él una tarea de lo más desagradable.

—Voy a hablar con el capitán de todas las borracheras que hay en el pueblo, y quiero que me acompañes —dijo sin andarse por las ramas.

No puedo decir que me apeteciera mucho la visita, e insinué al párroco que, como solo eran un grupo de fantasmas, no importaba tanto.

—Vivos o muertos, soy responsable de su buena conducta —exclamó—, y pienso cumplir con mi deber y acabar con este desbarajuste. Y tú vas a venir conmigo, John Simmons.

Así que fui con él; el párroco era un hombre muy persuasivo.

Bajamos hacia el barco, y, al acercarnos, vi al capitán tomando el fresco en cubierta. Cuando divisó al párroco, se quitó educadamente el sombrero; y

les aseguro que fue un alivio para mí descubrir que guardaba el debido respeto a los hábitos. El párroco le devolvió el saludo y se dirigió a él en tono imperativo.

—Señor, me gustaría tener unas palabras con usted.

—Suba a bordo, señor; suba a bordo —dijo el capitán, y comprendí, por su voz, que conocía el motivo de nuestra visita.

El párroco y yo trepamos por una especie de escala muy incómoda, y el capitán nos condujo al gran camarote que había a popa, donde estaba el gigantesco ventanal. Era el lugar más maravilloso del mundo, repleto de vajillas de oro y plata, espadas con piedras preciosas en sus vainas, sillas de roble tallado y cofres enormes con tantas guineas que parecían a punto de reventar. Incluso el párroco se quedó asombrado, y no dijo enérgicamente que no con la cabeza cuando el capitán cogió dos copas de plata y las llenó de ron. Probé la mía, y no me importa decir que cambió por completo mi visión de las cosas. Aquel ron no tenía nada de fantasmal, y me pareció una tontería censurar a los muchachos por excederse en su bebida. Sentí como si la miel y el fuego corrieran por mis venas.

El párroco le expuso el caso sin rodeos, pero yo no estuve muy atento a sus palabras; estaba demasiado ocupado sorbiendo mi bebida y mirando por el ventanal los peces que nadaban de un lado para otro entre los nabos del tabernero. En aquel momento me pareció lo más normal del mundo que estuvieran allí; aunque más tarde, por supuesto, eso me confirmara que se trataba de un buque fantasma.

Pero incluso entonces me extrañó ver a un marinero ahogado que flotaba en el aire con el pelo y la barba llenos de burbujas. Era la primera vez que veía algo semejante en Fairfield.

Mientras yo contemplaba las maravillas de las profundidades, el párroco explicaba al capitán Roberts que ya no había paz ni tranquilidad en el pueblo por culpa de las malditas borracheras, y que los fantasmas jóvenes daban muy mal ejemplo a los viejos. El capitán le escuchaba con suma atención, y solo le interrumpía de vez en cuando para decir que los niños no son más que niños y que a los jóvenes les gusta la juerga. Pero, cuando el párroco dejó de hablar, rellenó nuestras copas de plata y dijo de un modo muy florido:

—Lamentaría causar molestias donde he sido tan bien recibido; le

alegrará saber que mañana por la noche me haré a la mar. Y ahora tienen que beber ustedes por el éxito de mi travesía.

Así que nos pusimos en pie y brindamos en su honor, y aquel espléndido ron fue como aceite hirviendo en mis venas.

Entonces el capitán nos mostró algunas de las curiosidades que había traído de otros países; y, aunque después fuera incapaz de recordarlas con claridad, sé que nos quedamos maravillados. Y luego me encontré cruzando el sembrado de nabos con el párroco, mientras le contaba los prodigios de las profundidades que había visto por el ventanal de popa.

—Si yo fuera tú, John Simmons —me dijo con severidad—, me iría directamente a la cama.

El párroco tiene una forma de plantear las cosas que se sale de lo normal, y yo seguí su consejo.

Bueno, pues al día siguiente hacía viento, y éste empezó a soplar cada vez más fuerte; hasta que, hacia las ocho de la tarde, oí un ruido y me asomé al jardín. Supongo que no van a creerme, incluso a mí me cuesta trabajo, pero el viento había vuelto a llevarse el tejado de paja de mi porqueriza hasta el jardín de la viuda. Me pareció mejor no quedarme a oír lo que mi vecina tenía que decir, así que me dirigí a La Zorra y las Uvas a través del parque comunal, y el viento era tan infernal que avancé bailando de puntillas como una muchacha en un día de feria. Cuando llegué, el tabernero tuvo que ayudarme a cerrar la puerta; era como si una docena de cabras empujaran en contra para refugiarse de la tormenta.

—¡Menudo temporal! —exclamó, poniéndome una cerveza—. Dicen que se ha caído una chimenea en Dickory End.

—Tiene gracia lo mucho que saben del tiempo estos marineros —respondí—. Cuando el capitán aseguró que zarparía esta noche, pensé que necesitaría un poco de viento para llevar de nuevo el barco hasta el mar, pero esto es demasiado.

—¡Ah, sí! —dijo el tabernero—. Es cierto que se va hoy; pero ¿sabes?, aunque me haya pagado un buen alquiler, no creo que sea una pérdida para el pueblo. Me molestan esos señoritos que traen sus bebidas de Londres, en lugar de ayudar a los comerciantes locales a ganarse la vida.

—Pero tú no tienes un ron como el suyo —exclamé yo, para tirarle de la

lengua.

Vi cómo su cuello enrojecía por encima de la camisa, y temí haber ido demasiado lejos; pero no tardó en recuperar el aliento con un gruñido.

—John Simmons —dijo—, si has venido en una noche tan ventosa para hablar de estupideces, has hecho el viaje en balde.

Bueno, como es natural, tuve que apaciguarlo alabando su ron; y que el Cielo me perdone por jurar que era mejor que el del capitán. Pues un ron así no lo han probado los labios de los vivos, si exceptuamos los del párroco y los míos. Lo cierto es que, de un modo u otro, conseguí calmarlo, y acabamos tomando una copa de su mejor ron para comprobar la calidad.

—¡A ver si puedes superar esto! —exclamó, y los dos nos llevamos la copa a los labios; pero nos detuvimos a medio camino para mirarnos estupefactos. Pues el viento, que había estado aullando en el exterior como un perro rabioso, se volvió de repente tan melodioso como los villancicos de un coro infantil en Nochebuena.

—Seguro que no es mi Martha —dijo en voz baja el tabernero; Martha era una tía abuela que vivía en la buhardilla.

Nos acercamos a la puerta, y el viento la abrió con tanta violencia que el pomo se incrustó en el yeso de la pared. Pero ni nos dimos cuenta en ese instante; pues, por encima de nuestras cabezas, navegando plácidamente entre las estrellas azotadas por el viento, se encontraba el barco que había pasado el verano en el sembrado del tabernero. Los portillos y el ventanal de popa resplandecían llenos de luz, y en la cubierta se oían canciones y violines.

—Se ha ido —gritó el tabernero por encima de los bramidos de la tormenta—. Y ¡se ha llevado a la mitad del pueblo con él!

Solo pude decir que sí con la cabeza, pues mis pulmones no se asemejan a un fuelle de cuero.

Por la mañana pudimos comprobar la violencia de la tormenta; y, además de destrozar mi porqueriza, había ocasionado suficientes daños en el pueblo para que todos tuviéramos algo que hacer. Es cierto que los chicos se libraron de cortar leña para la chimenea aquel otoño, pues el viento había tirado más ramas de las que podían cargar. Muchos de nuestros fantasmas se desperdigaron, pero en esta ocasión volvieron muy pocos, ya que todos los jóvenes se habían embarcado con el capitán; y no solo fantasmas, pues el

pobre tonto del pueblo había desaparecido, y los demás decidimos que viajaba de polizón o quizá se había enrolado de grumete, único puesto al que podía aspirar.

Entre los lamentos de las jóvenes fantasmas y los gruñidos de las familias que habían perdido algún antepasado, el pueblo pasó un tiempo algo desquiciado; y lo más gracioso es que la gente que más se había quejado de las juergas de los jóvenes era la que más protestaba contra su marcha. No me daban ninguna pena el zapatero ni el carnicero, que iban diciendo por ahí cuánto echaban de menos a los suyos, pero me entristecía ver el desconsuelo de las pobres muchachas cuando llamaban a sus enamorados, al anochecer, en el parque comunal. No me parecía justo que perdieran a su pareja por segunda vez, después de haber renunciado a la vida, probablemente, para reunirse con ellos. Aun así, ni siquiera los espíritus están tristes para siempre, y al cabo de unos meses nos hicimos a la idea de que los que se habían embarcado nunca volverían, y dejamos de hablar del tema.

Y de repente un día, más o menos un par de años después, cuando aquel asunto había caído en el olvido, ¿quién llegó dando tumbos por la carretera de Portsmouth? Pues el pobre idiota que se había embarcado sin esperar a morir para convertirse en fantasma. Jamás han visto un muchacho como él. Llevaba un gran sable oxidado al cinto, colgado de un cordel, y tatuajes de colores por todo el cuerpo, por lo que su cara parecía un muestrario para jovencitas. Tenía en la mano un pañuelo lleno de conchas extrañas y monedas antiguas, muy curiosas, y se acercó al pozo de la casa de su madre y bebió agua como si no hubiera estado en ningún sitio en especial.

Lo peor es que volvía con tan poco seso como antes de marcharse, y, por mucho que lo intentamos, no logramos sonsacarle nada congruente. Dijo toda clase de sandeces sobre cabos que le arrastraban por debajo de una quilla, paseos por la tabla[69] y sangrientos asesinatos, cosas que un marino decente debe ignorar; así que tuve la impresión de que, a pesar de sus modales, el capitán tenía más de pirata que de caballero del mar. Pero pretender que aquel muchacho dijera algo con sentido era como pedir peras al olmo. Había una historia ridícula que siempre repetía, y, al escucharla, uno tenía la sensación de que era lo único que le había pasado en la vida.

—Estábamos fondeados —contaba— cerca de una isla llamada la Cesta

de las Flores, enseñando palabrotas a un montón de loros que los marineros habían capturado, y que revoloteaban por la cubierta diciendo cosas horribles. Entonces alzamos la vista y vimos los mástiles de un barco español fuera del puerto. El enemigo estaba allí, así que arrojamos los loros por la borda y levamos anclas para atacarlo. Y los loros se ahogaron en el mar entre espantosos juramentos.

Era esa clase de chico; solo hablaba tontamente de loros cuando le preguntábamos por el combate. Y nunca tuvimos la oportunidad de instruirlo un poco, pues al cabo de dos días se escapó de nuevo, y nadie ha vuelto a verlo desde entonces.

Ésta es mi historia, y les aseguro que en Fairfield pasan cosas así constantemente. El barco no ha vuelto nunca, pero no sé por qué, a medida que envejecen, los vecinos parecen convencidos de que cualquier noche de viento volverá navegando por encima de los setos con todos los fantasmas desaparecidos a bordo. Bueno, cuando aparezca será bienvenido. Hay una joven fantasma que jamás ha perdido la esperanza de que su amado regrese. Todas las noches está en el parque comunal, forzando su pobre vista para divisar las luces de los mástiles entre las estrellas. Una muchachita fiel, pensarán ustedes; y creo que no se equivocan.

El sembrado del tabernero no se estropeó un ápice con la visita, pero dicen que, desde entonces, los nabos que crecen en él saben a ron.

Vuelven

Maksim Gorki
(1913)

Traducción: Fernando Otero Macías

ALEKSÉI MAKSÍMOVICH PESHKOV (1868-1936), **MAKSIM GORKI** para el mundo de las letras, nació en Nizhni Nóvgorod. Huérfano a corta edad, fue criado en casa de sus abuelos maternos, y a los doce años fue obligado a dejar la escuela para aprender un oficio. El chico fue, entre otras cosas, aprendiz de pintor de iconos y de zapatero, y trabajó como lavaplatos en un barco, donde un cocinero le enseñó a leer. A los veintiún años intentó suicidarse de un disparo en el pecho, del que sobrevivió, pero que le causó trastornos crónicos de pulmón. Luego emprendió una vida errante, desempeñando toda clase de oficios, entre ellos el de reportero en algunos periódicos de provincias. En 1892 adoptó el seudónimo de Gorki, que en ruso significa «amargo»: pronto los medios literarios tuvieron noticia de «un vagabundo del Volga con un enorme talento» y el mismo Chéjov se convirtió en su mentor. Encarcelado con frecuencia por «asociación revolucionaria», hubo de exiliarse bajo el régimen zarista y también bajo el gobierno de Lenin, que había apoyado pese a ciertas reticencias iniciales. Vivió en Alemania e Italia y en 1932 volvió definitivamente a la URSS a petición personal de Stalin. La obra de Gorki es ingente y cubre desde la narrativa hasta el teatro y el ensayo: novelas como *La madre* (1907), obras como *Los bajos fondos* (1902) y libros de memorias como *Mi infancia* (1914), *En el mundo* (1916) y *Mis universidades* (1923). Murió en Moscú en 1936.

«Vuelven» («Yédut…»), breve estampa inspirada en los recuerdos juveniles del autor (concretamente, en su travesía de regreso del Cáucaso a Nizhni Nóvgorod en otoño de 1892), se publicó por primera vez en el diario moscovita *La Palabra Rusa* (*Rússkoie slovo*), en julio de 1913.

Vuelven

Las imponentes rachas de viento de Jiva[70] se estrellaban en las negras montañas de Daguestán[71]; una vez rechazadas, se precipitaban en las frías aguas del mar Caspio, levantando un oleaje encrespado cerca de la orilla.

Miles de blancas crestas se elevaban sobre la superficie, girando y danzando, como cristal fundido bullendo en un inmenso caldero. Los pescadores hablan de «mar picada» para referirse a ese juego del viento y el agua.

Un polvo blanco, formando nubes vaporosas, sobrevolaba el mar, envolviendo una vieja goleta de dos mástiles; venía de Persia, del río Sefid-Rud, y se dirigía a Astracán, con un cargamento de frutos secos: uvas pasas, orejones, melocotones. A bordo viajaba un centenar de pescadores —gente cuya suerte está «en manos de Dios»—, originarios todos de los bosques del alto Volga; hombres sanos, recios, tostados por el viento abrasador, curtidos por las aguas salobres del mar, con barbas crecidas: bestias nobles. Se habían ganado su buen dinero, estaban encantados de volver a casa y alborotaban como osos en cubierta.

Bajo la blanca casulla de las olas, latía y respiraba el cuerpo verde del mar; la goleta lo penetraba con su afilada proa, igual que un arado labrando los campos, y se hundía hasta la borda en la nieve de su espuma rizada, empapando los foques con las heladas aguas otoñales.

En las velas, hinchadas como globos, crujían los remiendos; rechinaban las vergas; las jarcias, muy tirantes, zumbaban melodiosamente. Todo estaba

en tensión, lanzado en un vuelo impetuoso. En el cielo corrían alocadas las nubes y entre ellas se bañaba un sol de plata; el mar y el cielo tenían una extraña semejanza: también el cielo parecía en ebullición.

Silbando con furia, el viento arrastraba hasta el mar las voces de los hombres, sus risas profundas, los retazos de su canción; llevaban un buen rato cantando, pero no habían sido capaces de concordar sus voces armoniosamente: el viento iba arrojando a la cara de los cantantes un fino polvo salado, y solo en algunos momentos se alcanzaba a oír una desgarrada voz femenina, que se elevaba lánguida y lastimera:

Cual serpiente de fuego…

Un aroma espeso y dulzón brotaba de los hermosos orejones, ni siquiera el intenso olor del mar era capaz de ocultarlo.

Ya habían dejado atrás Uch-Kosa[72], pronto pasarían junto a la isla de Chechen; son lugares conocidos de antiguo por los rusos: de ahí solían partir los guerreros de Kiev en sus expediciones contra Tabaristán[73]. A babor, en el límpido azul otoñal, aparecían fugazmente para perderse luego de vista las oscuras montañas del Cáucaso.

Sentado al pie del palo mayor, con sus anchas espaldas apoyadas en él, viajaba un joven de un tamaño colosal; llevaba una blanca camisa de lienzo y unos pantalones persas de color azul; no tenía barba ni bigote; sus labios eran gruesos y rollizos, sus ojos infantiles, zarcos, muy radiantes, ebrios de alegría juvenil. Tenía las piernas extendidas sobre la cubierta, y en sus rodillas reposaba una joven cortadora de pescado, alta y corpulenta como él. La muchacha, pecosa, con la tez irritada por el viento y el sol, tenía las cejas negras, espesas y grandes como las alas de las golondrinas, y los ojos entrecerrados por el sueño. La cabeza colgaba lánguidamente de las piernas del muchacho, y entre los pliegues de su blusa roja, desabrochada, se alzaban unos pechos firmes, como tallados en marfil, con unos pezones virginales en torno a los cuales las venas dibujaban un arabesco azul.

El brazo del muchacho, largo y nudoso, descansaba en el pecho izquierdo de la joven, y con su ancha manaza, negra como el hierro colado, acariciaba gravemente su cuerpo rotundo; en la otra mano sostenía una jarra de vino

espeso: unas gotas de color lila caían sobre la blanca pechera de su camisa.

Los hombres los rodeaban, envidiosos; con ávidos ojos palpaban a la muchacha tendida, sujetándose los gorros para que no se los llevaran las rachas de viento y arrebujándose en sus ropas. Más allá del barco, a babor y estribor, observaban las desgreñadas olas verdes; mientras, las nubes se deslizaban por el cielo abigarrado, chillaban las gaviotas insaciables, el sol otoñal parecía bailar en el agua espumeante: tan pronto la revestía con sus sombras azuladas como encendía sobre ella sus piedras preciosas.

A bordo todo el mundo gritaba, cantaba, reía. Sobre un montón de sacos descansaba un gran odre de vino de Kajetia[74] alrededor del cual se agolpaban unos grandullones de largas barbas. La escena tenía un aire antiguo, legendario: hacía pensar en el regreso de Stepán Razin[75] de su expedición a Persia.

Los marineros persas, vestidos de azul, huesudos como camellos, mostrando cordialmente sus dientes perlados, contemplaban la alegría de los rusos: en los ojos soñolientos de esos hombres de Oriente brillaban débilmente unas sonrisas enigmáticas.

Un anciano taciturno, de nariz curva, con un rostro hirsuto de hechicero, desgreñado por el viento, se detuvo al pasar junto al mozo y la mujer, levantó la cabeza con una energía impropia de su edad, y gritó:

—¡Por todos los diablos! ¿Qué haces ahí tirada? ¡Desvergonzada! Pero ¡si estás medio desnuda!

La mujer no se movió, no se dignó siquiera abrir los ojos, solo sus labios temblaron levemente; mientras, el muchacho se estiró, dejó la jarra en la cubierta, colocó también la otra mano en el pecho de la mujer y dijo con determinación:

—¿Qué pasa, Yákim Petrov? ¿Te da envidia? ¡Peor para ti! ¡Largo de aquí! No se hizo la miel para la boca del asno… —Levantó las manazas y, poniéndolas de nuevo en el pecho de la mujer, añadió triunfante—: ¡Vamos a amamantar a toda Rusia!

En ese momento la mujer sonrió lentamente y todo —la goleta, los hombres— pareció suspirar a su alrededor, alzarse como un pecho; después una ola golpeó la borda con estrépito, y las gotas saladas salpicaron a todo el mundo, también a la mujer. Entonces ella, entreabriendo los ojos oscuros,

dirigió al anciano, al joven, a todos, una mirada amigable y, con mucha calma, se tapó.

—¡No hace falta! —dijo el joven, apartándole la mano—. ¡Que miren! No te preocupes…

A popa, hombres y mujeres interpretaban una tonada bailable; una embriagadora voz juvenil cantaba vivamente, pero de forma inteligible:

> Para nada necesito tus riquezas,
> más preciado que ellas es mi amado…

Unos taconazos resonaron en la cubierta; alguien ululó como un inmenso búho; un triángulo tintineó con delicadeza; se oyó una *zhaleika*[76] calmuca[77] y, en un crescendo, una voz femenina se impuso provocativa:

> Aúllan los lobos en los campos:
> será que el hambre les aprieta;
> podrían zamparse a mi suegro:
> ¡seguro que es un buen bocado!

La gente reía a carcajadas, y alguien gritó de un modo ensordecedor:

—¿Qué dicen los suegros?

El viento sembró en el mar las risas festivas.

El mocetón cubrió indolentemente a la mujer con el faldón de su armiak[78] y, desencajando sus redondos ojos de chiquillo, dijo, mirando al frente:

—¡En cuanto lleguemos a casa, todo irá de maravilla! ¡Ay, Maria, ya verás qué bien nos va!

El sol de alas de fuego volaba hacia occidente; las nubes lo perseguían, pero no le daban alcance, y se asentaban en las cumbres nevadas sobre las negras aristas de las montañas.

El barco del tesoro

Saki
(1914)

Traducción: Marta Salís

HECTOR HUGH MUNRO (1870-1916), más conocido por el seudónimo **Saki**, nació en Akyab, Birmania, antigua colonia británica y actual Myanmar, en 1870. Tras la muerte de su madre, cuando apenas tenía dos años, fue enviado con sus hermanos a casa de su abuela en North Devon (Inglaterra), donde se crió al cuidado de dos tías solteronas, ignorantes y crueles, que dejaron una profunda huella en su carácter y le hicieron aborrecer el mundo de los adultos. La tradición familiar le empujó a alistarse en la policía militar de Birmania, pero un ataque de malaria le obligó a volver a Inglaterra, donde empezó a escribir como articulista. Fue corresponsal del *Morning Post* en los Balcanes, Rusia, Polonia y Francia. Macabro, ácido y divertido, Saki cultivó la sátira social, revelándose como un maestro del estilo. Entre sus obras destacan los volúmenes de cuentos, ejemplos de brevedad y eficacia, *The Chronicles of Clovis* (1912) y *Beasts and Super-Beasts* (1914). Discípulo de Oscar Wilde, Lewis Carroll y Rudyard Kipling, tendría gran influencia sobre P. G. Wodehouse. Su estilo se ha comparado con frecuencia al de O. Henry y Dorothy Parker. Al estallar la Primera Guerra Mundial se alistó como voluntario en la Compañía de Fusileros Reales y murió en combate cerca de Beaumont-Hamel (Francia), en 1916.

«El barco del tesoro» («The Treasure-Ship») está incluido en el volumen *Beasts and Super-Beasts* (título que parodia el *Man and Superman* de George Bernard Shaw), publicado en 1914 (John Lane, The Bodley Head, Londres). En él, un motivo clásico de la literatura de aventuras (el barco hundido con un tesoro) sirve a un propósito totalmente inesperado, que lo despoja cómicamente de todo romanticismo.

El barco del tesoro

El enorme galeón yacía en un semirretiro bajo la arena, las algas y el agua de la bahía septentrional donde, hacía mucho tiempo, lo habían arrastrado los azares de la guerra y el mal tiempo. Habían transcurrido trescientos veinticinco años desde el día en que se hiciera a la mar como importante unidad de una escuadra de guerra; en qué escuadra exactamente era algo sobre lo que los entendidos no se ponían de acuerdo. El galeón no había aportado nada al mundo, pero, según la tradición y las crónicas, le había arrebatado mucho. Pero ¿cuánto? En esto también discrepaban los entendidos. Algunos eran tan generosos en sus cálculos como un inspector del fisco, otros se mostraban más críticos con los cofres del tesoro sumergido, y reducían su contenido a monedas de oro de los duendes. Entre los primeros estaba Lulu, la duquesa de Dulverton.

La duquesa no solo estaba convencida de la existencia de un tesoro hundido de seductoras proporciones; también creía conocer un método que le permitiría localizar y desenterrar el tesoro con unos costes muy reducidos. Una tía de su familia materna había sido dama de honor en la corte de Mónaco, y había mostrado un respetuoso interés por las investigaciones marinas en las que la corona de este país, exasperado quizá por sus limitaciones terrestres, solía sumergirse. A través de esta pariente, la duquesa oyó hablar de un invento, perfeccionado y a punto de ser patentado por un sabio monegasco, que permitiría estudiar la vida cotidiana de la sardina mediterránea a muchas brazas de profundidad con una luz blanca y fría más

brillante que la de un salón de baile. El invento llevaba consigo (y, a ojos de la duquesa, era su parte más atractiva) una draga de succión eléctrica, especialmente diseñada para sacar a la superficie los objetos de interés y valor que pudieran encontrarse en los niveles más accesibles del fondo del océano. Los derechos del invento podrían adquirirse por mil ochocientos francos, y el aparato por unos cuantos miles más. La duquesa de Dulverton era rica, tal como el mundo computaba la riqueza; ella albergaba la esperanza de ser un día rica según sus propios cálculos. A lo largo de tres siglos se habían creado compañías y emprendido esfuerzos para rescatar los supuestos tesoros del interesante galeón; con la ayuda de ese invento, pensaba que podría trabajar en el pecio en privado y con independencia. Después de todo, uno de los antepasados de su madre descendía de Medina Sidonia[79], así que, en su opinión, tenía tanto derecho como cualquiera al tesoro. Adquirió el invento y compró el aparato.

Entre otros vínculos y cargas familiares, Lulu tenía un sobrino, Vasco Honiton, un joven caballero que gozaba de una pequeña renta y un gran círculo de parientes, y que vivía equitativa y precariamente de ambos. Es posible que le hubieran puesto el nombre de Vasco con la esperanza de que hiciera honor a su tradición aventurera, pero él limitaba estrictamente sus andanzas al ambiente familiar, y prefería explotar lo seguro a explorar lo desconocido. El trato entre Lulu y él se había reducido en los últimos años al proceso negativo de estar fuera de la ciudad cuando él la visitaba, y escasa de fondos cuando le escribía. En ese momento, sin embargo, se le ocurrió que sería idóneo para dirigir el experimento de la búsqueda del tesoro; si alguien podía extraer oro de una situación poco prometedora, éste era con seguridad Vasco… por supuesto, con las garantías necesarias en cuanto a supervisión. En cuestiones de dinero, la conciencia de Vasco era propensa a los ataques de silencio más obstinados.

En algún lugar de la costa oeste de Irlanda, las tierras de los Dulverton incluían unas cuantas hectáreas de guijarros, rocas y brezo, demasiado áridas para acometer siquiera una ofensiva agrícola, pero que tenía una pequeña bahía, bastante profunda, en la que se pescaban langostas casi todo el año. Había una casita inhóspita en esas tierras; y para los amantes de la langosta y la soledad, capaces de aceptar las ideas de una cocinera irlandesa sobre lo que

podía perpetrarse en nombre de la mayonesa, Innisgluther era un exilio tolerable en los meses de verano. Lulu rara vez aparecía por allí, pero prestaba generosamente la casa a amigos y familiares. Y la puso entonces a disposición de Vasco.

—Será el sitio perfecto para practicar y experimentar con ese aparato de rescate —le dijo—; la bahía es bastante profunda en algunos lugares, y podrás probarlo todo a conciencia antes de iniciar la búsqueda del tesoro.

Antes de que transcurrieran tres semanas, Vasco se presentó en la ciudad para informar de sus progresos.

—El aparato funciona de maravilla —informó a su tía—; cuanto más se acerca al fondo, más diáfano se ve todo. Y ¡hemos encontrado una especie de pecio para nuestros ensayos!

—¿Un pecio en la bahía de Innisgluther? —exclamó Lulu.

—Una motora hundida, la Sub-Rosa —explicó Vasco.

—¡No! ¿De veras? —dijo Lulu—. La lancha del pobre Billy Yuttley. Recuerdo que se hundió en algún lugar de esa costa hará unos tres años. El mar arrastró su cuerpo hasta la Punta. En aquel tiempo se dijo que la había volcado a propósito… un caso de suicidio, ¿sabes? La gente siempre dice cosas así cuando sucede una tragedia.

—En este caso tenían razón —señaló Vasco.

—¿Qué quieres decir? —se apresuró a preguntar la duquesa—. ¿Qué te hace pensar eso?

—Lo sé —se limitó a contestar Vasco.

—¿Lo sabes? ¿Cómo que lo sabes? ¿Cómo puede saberlo alguien? Hace tres años que pasó.

—En un armario de la Sub-Rosa he encontrado una caja fuerte estanca. Tenía unos documentos.

Vasco se detuvo con aire teatral y buscó unos instantes en el bolsillo interior de su abrigo. Sacó una hoja de papel doblada. La duquesa se la arrebató con una premura casi impúdica y se acercó sensiblemente a la chimenea.

—¿Estaba en la caja fuerte de la Sub-Rosa? —preguntó.

—Oh, no —dijo Vasco, sin inmutarse—; es una lista de personas conocidas que se verían involucradas en un escándalo muy desagradable si

los documentos de la Sub-Rosa salieran a la luz. Te he puesto la primera, los demás están por orden alfabético.

La duquesa contempló impotente la ristra de nombres, que en principio parecía incluir a casi toda la gente que conocía. De hecho, su propio nombre a la cabeza de la lista paralizó casi por completo su capacidad de raciocinio.

—Supongo que habrás destruido los documentos, ¿no? —preguntó, cuando consiguió recuperarse un poco.

Se dio cuenta de que hacía este comentario con una falta absoluta de convicción.

Vasco dijo que no con la cabeza.

—Pues deberías haberlo hecho —exclamó Lulu, enojada—; si, como dices, son tan comprometedores.

—Oh, claro que lo son, eso te lo aseguro —exclamó el joven interrumpiéndola.

—Entonces deberías ponerlos a salvo enseguida. Si alguien los difundiera, piensa en todos esos pobres desdichados que se verían salpicados por el escándalo —y Lulu dio un golpecito en la lista con nerviosismo.

—Desdichados quizá, pero no pobres —le corrigió Vasco—; si lees sus nombres con detenimiento, advertirás que no me he tomado la molestia de incluir a nadie cuya posición económica esté en entredicho.

Lulu guardó silencio y fulminó con la mirada a su sobrino. Luego preguntó con voz ronca:

—¿Qué vas a hacer?

—Nada… durante el resto de mi vida —contestó él, muy gráficamente—. Cazaré un poco, quizá —prosiguió—; y tendré una casa en Florencia. Villa Sub-Rosa será un nombre original y pintoresco, ¿no crees?; para muchas personas tendría sentido. Y supongo que debo tener algún pasatiempo; es muy probable que coleccione cuadros de Raeburn.

La pariente de Lulu que vivía en la corte de Mónaco recibió una respuesta de lo más airada cuando escribió para recomendar un nuevo invento en el campo de la investigaciones marinas.

La historia

Joseph Conrad
(1917)

Traducción: Marta Salís

JÓSEF TEODOR KONRAD KORZENIOWSKI (1857-1924), **JOSEPH CONRAD** para el mundo de las letras, nació en Berdiczew (Ucrania) bajo el imperio zarista. Sus padres, de la pequeña nobleza rural polaca, murieron cuando era niño, en el exilio impuesto por sus actividades antirrusas, y él quedó bajo la tutela de su tío Tadeusz Bobrowski. En 1874 éste cedió al «quijotesco» anhelo de su sobrino de hacerse a la mar y le envió a Marsella, donde el joven sirvió en la marina mercante francesa (a veces embarcando mercancías clandestinas para los círculos legitimistas) antes de unirse a un buque británico en 1878 como aprendiz. En 1886 obtuvo la nacionalidad británica y la licencia de patrón de la marina mercante de ese país. Ocho años después abandonó la vida del mar por la vida de las letras: su primera novela *La locura de Almayer*, se publicó en 1895 y un año después se casaba y establecía en Kent, donde en quince años escribió —en inglés, su tercera lengua— relatos y novelas que pronto se convertirían en clásicos: *Lord Jim* (1900), *Juventud* (1902), *El corazón de las tinieblas* (1902), *Nostromo* (1904), *El agente secreto* (1907), *Azar* (1914), *Victoria* (1915) y *La línea de sombra* (1917).

«La historia» («The Tale»), la única de sus obras que transcurre en la Primera Guerra Mundial, se publicó por primera vez en *Strand Magazine*, en octubre de 1917, y apareció de forma póstuma en *Cuentos de oídas* publicado por T. Fisher Unwin en 1925. En este cuento de guerra moderno, que recrea sin embargo una situación clásica de la literatura del mar (una densa niebla), hay una nueva e invisible amenaza: los submarinos. Conrad, por su parte, aporta toda su espesa atmósfera moral.

La historia

Al otro lado del único ventanal, la luz crepuscular se desvanecía lentamente en un gran brillo cuadrado sin color, enmarcado rígidamente en las sombras crecientes de la habitación.

Era un cuarto alargado. La irresistible marea de la noche inundaba su rincón más apartado, donde la voz susurrante de un hombre, intensamente interrumpida e intensamente reanudada, parecía discutir con los murmullos de infinita tristeza que le contestaban.

Finalmente, no se oyó ningún murmullo de respuesta. Cuando se puso lentamente en pie, junto al sofá profundo y lleno de sombras ante el que había estado arrodillado y en el que se adivinaba la presencia de una mujer recostada, pareció muy alto en aquella habitación de techo bajo; lo único que destacaba de él en la penumbra era un cuello blanco bajo la silueta de la cabeza y el tenue y fugaz destello dorado de un botón aquí y allá en su uniforme.

Se quedó observando a la mujer unos segundos, masculino y misterioso en su inmovilidad, antes de sentarse en una silla cercana. Solo podía ver el óvalo desdibujado de su rostro vuelto hacia él, y, extendidas sobre el vestido negro, las pálidas manos, instantes antes abandonadas a sus besos y ahora estáticas, como si estuvieran demasiado agotadas para moverse.

No se atrevió a emitir ningún sonido, rehuyendo como haría un hombre las necesidades prosaicas de la existencia. Como siempre, fue la mujer la que tuvo el valor. Su voz se oyó primero… casi convencional, mientras su ser

vibraba con las emociones más contrapuestas.

—Cuéntame algo —dijo.

La oscuridad ocultó la sorpresa del hombre, y luego su sonrisa. ¿No acababa de decirle todo lo que valía la pena decir en este mundo? ¡Y no por primera vez!

—¿Qué quieres que te cuente? —preguntó, en un tono encomiablemente sereno.

Empezaba a agradecerle ese tono definitivo de voz que había suavizado la tensión.

—¿Por qué no me cuentas una historia?

—¿Una historia?

No podía estar más asombrado.

—Sí. ¿Por qué no?

Estas palabras sonaron un poco malhumoradas, como un indicio de la voluntad caprichosa de una mujer amada, que solo es caprichosa porque se considera una ley, embarazosa a veces y siempre difícil de eludir.

—¿Por qué no? —repitió él, ligeramente burlón, como si le hubiera pedido la luna.

Pero estaba algo irritado por esa volubilidad femenina que se deshace de una emoción con la misma facilidad que se desharía de un vestido maravilloso.

La oyó decir, con cierta vacilación y una especie de entonación inquieta que le recordó súbitamente el vuelo de una mariposa:

—Hubo un tiempo en que contabas muy bien… tus… tus historias cotidianas y… y profesionales. O lo bastante bien para que me interesaran. Tenías una… una especie de don… antes… antes de la guerra.

—¿De veras? —dijo él, con involuntaria añoranza—. Pero ahora, como ves, la guerra continúa —añadió en un tono tan apagado y uniforme que ella sintió un escalofrío.

Y, sin embargo, insistió. Pues no hay nada más inquebrantable que el capricho de una mujer.

—No tiene que ser una historia de este mundo —explicó ella.

—¿Quieres una historia del otro mundo, de ese otro mundo mejor? —preguntó él, con un asombro lleno de pragmatismo—. Para esa tarea tendrías

que invocar a los que ya están en él.

—No. No digo eso. Me refiero a otro… a algún otro… mundo. En nuestro universo… no en el Cielo.

—Eso me tranquiliza. Pero olvidas que solo tengo cinco días de permiso.

—Lo sé. Yo también me he tomado cinco días libres de… de mis deberes.

—Me gusta esa palabra.

—¿Qué palabra?

—Deber.

—Es horrible… a veces.

—Bueno, porque te parece un concepto limitado. Pero no es así. Encierra infinitos, y… y por eso…

—¿A qué viene esto?

Él no hizo caso a su desdeñosa interrupción.

—La absolución, por ejemplo —prosiguió—. En cuanto a ese otro mundo del que hablas, ¿quién irá en su busca, y en la de su historia?

—Tú —dijo ella, con una extraña, casi brusca, dulzura aseverativa.

Él mostró su conformidad con un vago ademán, cuya ironía ni la oscuridad circundante logró volver enigmática.

—Como quieras. En ese mundo, pues, había una vez un Oficial al Mando y un Noruego. Ponlo en mayúsculas, por favor, porque no tenían otro nombre. Era un mundo de mares, continentes e islas…

—Como la Tierra —murmuró ella, amargamente.

—Sí. ¿A qué otra cosa puedes aspirar si envías a un hombre hecho de nuestra arcilla vulgar y atormentada a un viaje de descubrimiento? ¿Qué otra cosa podría encontrar? ¿Qué otra cosa podría comprender o interesarle, o sentir siquiera su existencia? Era un mundo en el que había comedia, y matanzas.

—Siempre como la Tierra —dijo ella en voz baja.

—Siempre. Y, como solo puedo encontrar en el universo lo que está profundamente enraizado en las fibras de mi ser, también había amor en él. Pero no hablaremos de eso.

—No, no lo haremos —respondió ella, en un tono neutro que disimulaba a la perfección su alivio, o su decepción. Tras unos instantes de silencio, añadió—: Será una historia cómica.

—Bueno… —También él hizo una pausa—. Sí. En cierto modo. Podría ser humor negro. Será una historia humana; y, como sabes, la comedia solo depende del ángulo visual. Y no será una historia ruidosa. Todos sus cañones estarán mudos… mudos como tantos telescopios…

—¡Ah, entonces hay cañones! Y ¿puedo preguntar… dónde transcurre?

—A bordo de un barco. Recuerda que el mundo del que hablamos tenía mares. Y estaba en guerra. ¡Era un mundo tan extraño! Y estaba terriblemente ofuscado. Su guerra se libraba en la tierra, sobre el agua, bajo el agua, en el aire, e incluso en el subsuelo. Y muchos jóvenes, casi siempre en salas de oficiales y cantinas, solían comentar entre ellos —y perdona el vocabulario —, solían comentar: «Es una guerra asquerosa, pero mejor esto que no tener guerra». Suena frívolo, ¿verdad?

Oyó un suspiro nervioso e impaciente en el fondo del sofá mientras proseguía:

—Y, sin embargo, es menos superficial de lo que parece. Encierra más sabiduría. La frivolidad, como la comedia, no es más que una cuestión de primera impresión visual. El mundo del que hablo no era muy sabio. Pero había en él cierta dosis de sagacidad. Quienes más la ponían en práctica, sin embargo, eran personas de países neutrales, y lo hacían de maneras muy diferentes, tanto públicas como privadas, que había que vigilar; y de esta vigilancia se ocupaban intelectos perspicaces y ojos penetrantes. Y tenían que ser muy penetrantes, te lo aseguro.

—Puedo imaginármelo —la mujer le dio la razón.

—¿Hay algo que no puedas imaginar? —preguntó él, con seriedad—. Llevas el mundo en tu interior. Pero volvamos al Oficial al Mando, que, por supuesto, comandaba algún tipo de barco. Mis historias, aunque a menudo profesionales (como acabas de señalar), jamás han sido técnicas. Así que me limitaré a decir que el barco había sido muy vistoso en el pasado, grácil, elegante y lleno de lujos. ¡En el pasado, sí! Era como una mujer hermosa que de repente se hubiera puesto un traje de arpillera y un revólver al cinto. Pero flotaba con ligereza, se movía ágilmente, y hacía su papel.

—¿Era ésa la opinión del Oficial al Mando? —dijo la voz desde el sofá.

—Así es. Solían enviarlo a recorrer con él ciertas costas para ver… lo que pudiera ver. Solo eso. Y a veces tenía alguna información previa que le

ayudaba, y a veces no. Y daba lo mismo, en realidad. Era como si le informaran de la situación y las intenciones de una nube, o de un fantasma que tomara forma material aquí y allá y resultará imposible de apresar.

»Eran los primeros días de la guerra. Lo que al principio sorprendía al Oficial al Mando era el semblante inalterado de las aguas, con su expresión de siempre, ni más amistosa ni más hostil. Cuando hace buen tiempo, el sol centellea en el azul; aquí y allá se ve una apacible espiral de humo suspendida en la lejanía, y resulta imposible creer que el claro y familiar horizonte trace el límite de una gran emboscada circular.

»Sí, es imposible creerlo, hasta que un día ves cómo un barco que no es el tuyo (eso no impresiona tanto), sino otro barco cercano, salta por los aires y se hunde antes de que puedas comprender lo que ha pasado. Entonces empiezas a creerlo. Y a partir de ese momento, sales a cumplir con tu misión de ver… lo que puedas ver, y lo haces convencido de que algún día morirás por culpa de algo que no has visto. Al final de la jornada, envidias a los soldados, enjugándose el sudor y la sangre del rostro, contando los muertos que han causado, contemplando los campos devastados, la tierra asolada que parece sufrir y sangrar con ellos. Los envidias, de veras. La brutalidad suprema, el sabor de la pasión primitiva, la franqueza feroz del golpe asestado con la propia mano, la llamada directa y la respuesta clara. Bueno, el mar no proporcionaba nada de eso, y parecía fingir que al mundo no le pasaba nada.

Ella le interrumpió, con cierta vehemencia.

—Oh, sí. Sinceridad… franqueza… pasión: tres palabras de tu evangelio. ¡Las conozco bien!

—¡Piénsalo! ¿Acaso no es el nuestro… el evangelio en que ambos creemos? —preguntó él con inquietud, pero sin esperar una respuesta, y a continuación prosiguió—: Ésos eran los sentimientos del Oficial al Mando. Cuando la noche se arrastraba sobre el mar, ocultando lo que parecía la hipocresía de un viejo amigo, era un alivio. La noche te ciega con franqueza; y hay circunstancias en las que la luz del sol puede resultar tan odiosa como la propia falsedad. La noche está bien.

»Por la noche, el Oficial al Mando podía dejar que sus pensamientos volaran… no te diré dónde. Era un lugar donde solo se podía elegir entre la

verdad y la muerte. Pero, cuando había niebla, aunque ésta te cegara, no experimentabas ese alivio. La niebla es traicionera, y su luminosidad sin vida, irritante. Es como si uno estuviera *obligado* a ver.

»Un día oscuro y desapacible el barco avanzaba frente a una costa rocosa y erizada de peligros, que destacaba con negra intensidad como un dibujo en tinta china sobre un papel grisáceo. El segundo de a bordo se dirigió a su comandante. Creía haber divisado algo en el agua, mar adentro. Un pequeño pecio, quizá.

»—Pero ahí no debería haber ningún pecio, señor —comentó.

»—No —dijo el Oficial al Mando—. Según el último parte, los barcos hundidos por los submarinos se encuentran mucho más hacia el oeste. Es posible que haya más desde entonces, de los que no se ha informado o que no se han avistado. Desaparecidos con todos sus tripulantes.

»Así empezó todo. El rumbo del barco se modificó para pasar cerca del objeto; pues era necesario ver debidamente lo que se pudiera ver. Cerca, pero sin tocarlo; ya que no era aconsejable entrar en contacto con objetos que flotaban a la deriva, fuera cual fuera su forma. Cerca, pero sin detenerse ni reducir siquiera la velocidad; porque en aquellos días no era prudente quedarse en ningún lugar concreto, siquiera unos instantes. Te diré sin pérdida de tiempo que el objeto no era peligroso en sí. No merece la pena describirlo. Podría decirse que era tan anodino como, por ejemplo, un barril de forma y color determinados. Pero era importante.

»La suave ola de proa lo elevó como si quisiera examinarlo más de cerca, y entonces el barco, recuperado su rumbo, le dio la espalda con indiferencia, mientras veinte pares de ojos en cubierta miraban en todas direcciones para ver… lo que pudieran ver.

»El Oficial al Mando y su segundo intercambiaron sus opiniones de expertos. No les parecía tanto una prueba de la sagacidad como de la actividad de algunos barcos neutrales. Dicha actividad se había concretado en muchos casos en un reabastecimiento en el mar de las bodegas de ciertos submarinos. Era una creencia generalizada, aunque no se tuviera la certidumbre. Pero la propia naturaleza de las cosas en aquellos primeros días apuntaba en esa dirección. El objeto, visto de cerca y dejado atrás con palpable indiferencia, probaba sin lugar a dudas que algo así había ocurrido

en las inmediaciones.

»El objeto en sí era más que sospechoso. Pero el hecho de que lo hubieran abandonado tan ostensiblemente despertaba otras sospechas. ¿Era el resultado de algún propósito oscuro y diabólico? Toda especulación en ese sentido enseguida les pareció inútil. Finalmente, los dos oficiales llegaron a la conclusión de que lo más probable es que lo hubieran dejado allí por casualidad, empujados quizá por algún imprevisto; como, por ejemplo, la necesidad imperiosa de huir de aquel lugar, o algo parecido.

»Las frases concisas y cabales que presidieron su diálogo estuvieron separadas por silencios largos y pensativos. Y sus ojos no dejaron de escrutar el horizonte, en su esfuerzo incesante y casi mecánico de vigilancia. El hombre más joven, en tono grave, resumió la situación:

»—Bueno, es una prueba. Eso es lo que es. Una prueba de algo que ya sabíamos casi con seguridad. Y contundente, además.

»—¡Menuda ayuda! —dijo el Oficial al Mando—. ¡Los contendientes están a muchas millas; el submarino solo el diablo sabe dónde, dispuesto a matar; y el noble barco neutral escabulléndose hacia el este, dispuesto a mentir!

»El segundo de a bordo se rió un poco de su tono. Pero supuso que el barco neutral ni siquiera tendría que mentir mucho. Los tipos así, si no se les pillaba con las manos en la masa, se sentían a salvo. Podían permitirse alguna risita. Seguro que aquel sujeto se estaba riendo por lo bajo. Es muy posible que no fuera ningún novato, y le importara un pepino haber dejado una prueba. En aquel juego uno se volvía audaz y salía airoso con la práctica.

»Y volvió a reírse levemente. Pero su Oficial al Mando se rebelaba contra el sigilo criminal de los métodos y la atroz insensibilidad de las complicidades que parecían contaminar la fuente misma de las profundas emociones y las más nobles actividades de los hombres; y corromper su imaginación que forja las ideas irrevocables sobre la vida y la muerte. Sufría…

La voz del sofá interrumpió al narrador.

—¡Comprendo tan bien lo que siente!

Él se inclinó ligeramente hacia delante.

—Sí. Yo también. Todo debería ser diáfano en el amor y en la guerra.

Tan diáfano como el día; pues ambos obedecen a la llamada de un ideal que es muy fácil, terriblemente fácil, degradar en nombre de la Victoria.

Hizo una pausa; luego prosiguió:

—No sé si el Oficial al Mando ahondó tanto en sus sentimientos. Pero sufría por ellos… con una especie de tristeza desencantada. Incluso es posible que sospechara que estaba loco. El hombre es inconstante. Pero no tuvo mucho tiempo para la introspección, porque un muro de niebla había avanzado hasta su barco desde el sudoeste. Grandes espirales de bruma llegaron volando, y se arremolinaron en torno a los mástiles y la chimenea, que empezaron a desvanecerse y acabaron desapareciendo.

»El barco se detuvo, todos los sonidos cesaron, y la propia niebla se quedó estática, cada vez más densa, sólida en su asombrosa y muda inmovilidad. Los hombres en sus puestos dejaron de verse entre sí. Los pasos sonaban furtivos; unas voces extrañas, impersonales y remotas se extinguían sin eco. Una ciega quietud blanca se adueñó del mundo.

»Daba la sensación, además, de que duraría días. No quiero decir que la densidad de la niebla no variara un poco. De vez en cuando se volvía misteriosamente menos tupida, y mostraba a los hombres una imagen más o menos espectral de su barco. Varias veces, la sombra de la propia costa flotó oscuramente ante sus ojos entre la fluctuante claridad opaca de la enorme nube blanca que se aferraba al agua.

»Aprovechando esos momentos, el barco se había acercado con cautela a la costa. No tenía sentido navegar con aquella niebla. Sus oficiales conocían hasta el último recoveco de la costa que tenían que inspeccionar. Pensaron que sería mejor refugiarse en cierta cala. No era muy grande, justo lo suficiente para que el barco fondeara. Estarían más tranquilos hasta que la niebla se disipara.

»Muy despacio, con infinita precaución y paciencia, se aproximaron cada vez más, sin ver de los acantilados más que una silueta borrosa, evanescente y oscura con una estrecha franja de furiosa espuma a sus pies. En el momento de echar el ancla, la niebla era tan espesa que, a tenor de lo que veían, podrían haber estado a mil millas en alta mar. Sin embargo, podían sentir el amparo de la costa. Había algo peculiar en la quietud del aire. Muy débil, esquivo, se oía el ruido de las olas que, con pausas repentinas y misteriosas,

batían la tierra circundante.

»Dieron fondo, y se tomó la sonda con el escandallo. El Oficial al Mando bajó a su camarote. Pero no llevaba mucho tiempo allí cuando una voz al otro lado de la puerta requirió su presencia en cubierta. Pensó: "¿Qué pasará ahora?". Le exasperó un poco que lo llamaran de nuevo para enfrentarse a aquella incómoda niebla.

»Vio que volvía a ser menos densa y había adquirido el tono sombrío de los oscuros acantilados que, aunque sin forma ni silueta, se alzaban como una cortina de sombras alrededor del barco, excepto en un lugar muy luminoso, que era la entrada desde el mar abierto. Varios oficiales miraban hacia ahí desde el puente. El segundo de a bordo lo recibió con la noticia susurrada entrecortadamente de que había otro barco en la cala.

»Varios pares de ojos lo habían divisado un par de minutos antes. Estaba fondeado muy cerca de la bocana, una mancha borrosa entre la claridad de la niebla. Y el Oficial al Mando, al mirar fijamente donde le señalaban varias manos impacientes, acabó por distinguirlo. Era algún tipo de barco, no cabía la menor duda.

»—Es un milagro que no nos lo hayamos tragado al entrar —exclamó su segundo.

»—Envíe un bote a bordo antes de que desaparezca —dijo el Oficial al Mando.

»Supuso que era un barco de cabotaje. ¿Cómo iba a ser otra cosa? Pero otro pensamiento lo asaltó de pronto:

»—Es un milagro —dijo el segundo de a bordo, cuando volvió después de enviar el bote.

»Para entonces los dos estaban extrañados de que el barco tan repentinamente descubierto no hubiera tocado la campana para advertir de su presencia.

»—Hemos entrado sin hacer ruido, es cierto —concluyó el oficial más joven—. Pero, al menos, tienen que haber oído a los marineros con el escandallo. No hemos pasado a más de cincuenta metros. ¡Casi los hemos rozado! A lo mejor nos han visto y todo; sabían que entraba algo. Y lo más raro es que nosotros no hayamos oído nada. Los tripulantes habrán estado conteniendo la respiración.

»—Sí —dijo el Oficial al Mando, pensativo.

»A su debido tiempo, el bote de reconocimiento regresó, apareciendo de repente por un costado, como si hubiera excavado un túnel bajo la niebla. El oficial encargado de la misión subió para informar, pero el Oficial al Mando no esperó a que empezara.

»—Es un barco de cabotaje, ¿no? —gritó de lejos.

»—No, señor. Es extranjero… de un país neutral —fue su respuesta.

»—No. ¿De veras? Bien, cuéntenoslo todo. ¿Qué hace aquí?

»El joven explicó entonces que le habían contado una historia larga y complicada de problemas en las máquinas. Pero resultaba verosímil desde el punto de vista estrictamente profesional, y reunía las características de siempre: avería, deriva peligrosa a lo largo del litoral, niebla más o menos densa durante días, temor a un temporal, decisión de refugiarse y fondear en algún lugar de la costa, etcétera. Todo bastante verosímil.

»—¿Las máquinas siguen averiadas? —preguntó el Oficial al Mando.

»—No, señor. Están en marcha.

»El Oficial al Mando se llevó aparte al segundo de a bordo.

»—¡Diantre! —dijo—, tenía usted razón. Estuvieron conteniendo la respiración mientras pasábamos. Seguro.

»Pero el segundo de a bordo tenía dudas.

»—Una niebla así amortigua los sonidos débiles, señor —comentó—. Y, además, ¿cuál sería su objetivo?

»—Escabullirse —respondió el Oficial al Mando.

»—Entonces, ¿por qué no lo ha hecho? Habría podido, usted lo sabe. No sin que nos diéramos cuenta, quizá. No creo que hubiera cobrado la cadena sin hacer ruido. Pero en unos minutos habría desaparecido; ni siquiera habríamos llegado a verlo.

»Los dos hombres se miraron. El Oficial al Mando movió la cabeza. Una sospecha como la que le asaltaba no era fácil de defender. Ni siquiera la expresaba abiertamente. El oficial de reconocimiento terminó de informar. El cargamento del barco era útil e inofensivo. Su destino era un puerto inglés. La documentación y todo lo demás estaban en regla. No se había detectado nada sospechoso.

»En cuanto a los hombres, dijo que no había nada raro en la tripulación de

cubierta. Los mecánicos de siempre, satisfechos de haber reparado las máquinas. Un segundo de a bordo muy huraño. El capitán, un buen espécimen de Noruego, era bastante educado, pero había bebido. Parecía recuperarse de una borrachera habitual.

»Le he hecho saber que no podía darle permiso para salir. Me ha respondido que no se atrevería a mover su barco con este tiempo, con permiso o sin él. He dejado un hombre a bordo, por si acaso.

»—Muy bien.

»El Oficial al Mando, después de meditar un rato sobre sus sospechas, llamó aparte a su segundo.

»—Y ¿si fuera el mismo barco que ha estado abasteciendo a algunos submarinos enemigos? —dijo en voz baja.

»Su subalterno dio un respingo. Luego añadió con convicción:

»—Quedaría impune. No podría demostrarlo, señor.

»—Quiero echarle un vistazo personalmente.

»—Por lo que nos han contado, me temo que ni siquiera podría justificar una sospecha razonable, señor.

»—Subiré a bordo de todos modos.

»Había tomado esa decisión. La curiosidad es la gran fuerza motriz del odio y del amor. ¿Qué pensaba encontrar? No habría podido decírselo a nadie… ni siquiera a sí mismo.

»Lo que realmente esperaba encontrar era la atmósfera, la atmósfera de traición gratuita, que, en su opinión, nada podía disculpar; porque pensaba que ni la pasión por el mal podía justificarla. Pero ¿sería capaz de detectarla? ¿Olerla? ¿Paladearla? ¿Recibiría alguna comunicación misteriosa que convirtiera sus sospechas insalvables en una certeza lo bastante rotunda para desencadenar una acción con todos sus riesgos?

»El capitán se reunió con él en la toldilla, tras surgir de la niebla entre las formas borrosas de la superestructura del barco. Era un Noruego barbudo y corpulento, con todo el vigor de la juventud. Llevaba una gorra redonda de cuero ajustada a la cabeza. Tenía las manos hundidas en los bolsillos de una chaqueta corta de cuero. Sin sacarlas de ahí, le explicó que en el mar vivía en el cuarto de derrota, donde le condujo con grandes zancadas. Justo antes de llegar a la puerta que había bajo el puente, se tambaleó un poco y recuperó el

equilibrio; luego la abrió de golpe y se hizo a un lado, apoyando el hombro como sin querer en un costado de la cabina, y mirando distraídamente el espacio lleno de niebla. Pero enseguida siguió al Oficial al Mando, cerró la puerta, encendió la luz eléctrica, y se apresuró a meter las manos de nuevo en los bolsillos, como si temiera que se las agarraran, ya fuera por amistad o por hostilidad.

»El lugar estaba mal ventilado y hacía mucho calor. En lo alto, había un estante lleno de cartas náuticas; y en la mesa, una carta enrollada junto a una taza vacía sobre un platillo con restos de un líquido oscuro. Una galleta mordisqueada reposaba en el estuche del cronómetro. Había dos sofás, uno de ellos convertido en cama con una almohada y varias mantas, todas revueltas. El Noruego se dejó caer en él, sin sacar las manos de los bolsillos.

»—Bueno, aquí estoy —dijo con cierta extrañeza, como si le sorprendiera el sonido de su voz.

»El Oficial al Mando observó desde el otro sofá su rostro atractivo y sonrojado. Algunas gotas de niebla pendían de la barba y el bigote rubios del Noruego. Las cejas, mucho más oscuras, se unieron en un gesto de perplejidad. El capitán se puso en pie de un salto.

»—Lo que quiero decir es que no sé dónde estoy. De veras que no lo sé —exclamó, con la mayor seriedad—. ¡Qué demonios! De algún modo, he dado la vuelta. La niebla me persigue desde hace una semana. Más de una semana. Y, para colmo, se han averiado los motores. Le contaré cómo.

»Se volvió muy locuaz. Su discurso era pausado, pero firme. No era continuo. Se veía interrumpido por pausas de lo más peculiares y reflexivas. Éstas no duraban más de dos segundos, y tenían la profundidad de una meditación infinita. Cuando proseguía, nada en él traicionaba la menor conciencia de esos intervalos. Continuaba con la misma mirada fija, la misma seriedad inalterada en el tono. No se daba cuenta. De hecho, más de una de estas pausas se produjo en medio de una frase.

»El Oficial al Mando escuchaba su historia. Le parecía más verosímil de lo que suele ser la simple verdad. Pero eso quizá fuera un prejuicio. Mientras el Noruego hablaba, el Oficial al Mando era consciente de una voz interior, un murmullo grave en lo más profundo de su ser, que le contaba otra historia, como si quisiera mantener viva en él su indignación y su ira ante esa infamia

de la codicia o del mero punto de vista que subyace a menudo en las ideas más comunes.

»Era la historia que ya le había contado el oficial de reconocimiento más o menos una hora antes. El Oficial al Mando asentía un poco con la cabeza de vez en cuando. El Noruego concluyó su relato y apartó la mirada. Y entonces, como si se le acabara de ocurrir, añadió:

»—Tantas tribulaciones, ¿acaso no son suficientes para sacar a un hombre de quicio? Y, además, es la primera vez que vengo a esta zona. Y el barco es mío. Su oficial ha visto la documentación. Como puede ver, no es gran cosa. Solo un viejo carguero. A duras penas consigo mantener a mi familia.

»Levantó un brazo enorme para señalar una hilera de fotografías pegadas al mamparo. El movimiento fue lento y trabajoso, como si el brazo fuera de plomo. El Oficial al Mando dijo, como si tal cosa:

»—Aún podrá ganar una fortuna para su familia con este viejo barco.

»—Sí, si no lo pierdo —dijo el Noruego, con pesimismo.

»—Digo después de la guerra —añadió el Oficial al Mando.

»El Noruego clavó en él esa mirada peculiar, a un tiempo extraviada y llena de interés, que solo brilla en los ojos de un azul especial.

»—Y no se enojaría por ello, ¿verdad? —dijo—. Es usted demasiado caballeroso. Nosotros no somos responsables de lo que sucede. Y, si nos quedáramos sentados llorando, ¿de qué serviría? Que lloren los culpables de todo esto —concluyó, con energía—. El tiempo es dinero, como dicen ustedes. Bueno… *este* tiempo *es* dinero. ¡Ya lo creo!

»El Oficial al Mando trató de disimular el profundo asco que sentía. Pensó que no era razonable. Los hombres eran así: caníbales morales que se alimentaban de las desgracias ajenas. Dijo en voz alta:

»—Ha explicado perfectamente por qué está aquí. Su cuaderno de bitácora lo confirma con todo detalle. Por supuesto, un cuaderno de bitácora se puede falsear. No hay nada más fácil.

»El Noruego no movió un músculo. Tenía la vista en el suelo; pareció no haberlo oído. Levantó la cabeza al cabo de un rato.

»—Pero no puede sospechar de mí —dijo en voz baja, con aire despreocupado.

»El Oficial al Mando pensó: “¿Por qué habrá dicho eso?”.

»El hombre que tenía enfrente se apresuró a añadir:

»—Mi cargamento es para un puerto inglés.

»Su voz sonó más ronca de lo habitual. El Oficial al Mando reflexionó: "Tiene razón. No puedo sospechar de él. Pero ¿por qué estaba con las máquinas encendidas en medio de esta niebla? Y ¿por qué, al oírnos entrar, no dio señales de vida? ¿Por qué? ¿Podría haber otro motivo que no fuera una conciencia culpable? Tuvo que saber por los marineros encargados del escandallo que éramos un buque de guerra. Sí… ¿por qué? —Siguió dándole vueltas—. Y ¿si se lo pregunto mirándolo a la cara? De alguna forma se delatará. Es evidente que ha bebido. Sí, ha bebido; pero seguro que tiene una mentira preparada". El Oficial al Mando era uno de esos hombres a los que incomoda moral y casi físicamente la idea de tener que desenmascarar una mentira. Eludió esta acción con un desprecio y una repugnancia a los que no logró sobreponerse, pues eran más temperamentales que morales.

»Así pues, salió a cubierta e hizo formar la tripulación para pasar revista. Su impresión coincidió con lo que había imaginado tras el informe del oficial de reconocimiento. Y en las respuestas a sus preguntas no descubrió nada que desmintiera el cuaderno de bitácora.

»Les dijo que rompieran filas. Le pareció un grupo escogido, al que habían prometido un puñado de dinero si aquello salía bien; todos estaban un poco inquietos, pero no asustados. Ninguno de ellos tiraría de la manta. No temían por su vida. ¡Conocían de sobra Inglaterra y la manera de actuar de los ingleses!

»Se sintió alarmado al comprender que, en su fuero interno, sus más vagas sospechas se estaban convirtiendo en certeza. Desde luego, no había ni sombra de razón en sus deducciones. No había nada que descubrir.

»Volvió al cuarto de derrota. El Noruego se había quedado allí; y el Oficial al Mando, al percibir algo sutilmente diferente en su porte, un mayor atrevimiento en su cristalina mirada azul, concluyó que el tipo había aprovechado la oportunidad para dar otro trago a la botella que tendría oculta en algún rincón.

»Se dio cuenta también de que el Noruego, al cruzarse sus miradas, adoptaba una expresión forzada de sorpresa. Al menos, eso le pareció. No podía fiarse de nada. Y el inglés, con asombrosa convicción, se encontró

frente a una enorme mentira, sólida como un muro, imposible de atravesar para llegar a la verdad; una mentira cuyo horrible rostro asesino parecía mirarlo a escondidas con una sonrisa cínica.

»—Supongo —dijo de pronto— que estará sorprendido de mi forma de actuar; aunque no estoy impidiendo que se vaya, ¿verdad? ¿Se atrevería a moverse con esta niebla?

»—No sé dónde estoy —exclamó el Noruego, con seriedad—. De veras que no lo sé.

»Miró a uno y otro lado, como si el propio cuarto de derrota le resultara desconocido. El Oficial al Mando le preguntó si no había visto objetos extraños flotando en el mar.

»—¿Objetos? ¿Qué clase de objetos? Llevamos varios días navegando a tientas en medio de la niebla.

»—Hemos tenido algunos intervalos de claridad —dijo el Oficial al Mando—. Le contaré lo que hemos visto y la conclusión a la que he llegado.

»Se lo contó en pocas palabras. Oyó una aspiración fuerte a través de unos dientes cerrados. El Noruego, con una mano sobre la mesa, se quedó completamente inmóvil y mudo. Como si estuviera estupefacto. Entonces sonrió con engreimiento.

»O al menos eso le pareció al Oficial al Mando. ¿Sería significativo o carecería de importancia? Lo ignoraba, era incapaz de decirlo. Toda la verdad había desaparecido del mundo, como arrastrada, absorbida por la monstruosa vileza de la que aquel hombre era… o no… culpable.

»—El fusilamiento se queda corto para quienes conciben la neutralidad de este modo tan bonito —exclamó el Oficial al Mando, tras unos instantes de silencio.

»—Sí, sí, sí —se apresuró a asentir el Noruego; luego añadió inesperadamente con voz soñadora—: Quizá.

»¿Fingía estar borracho, o solo intentaba parecer sobrio? Su mirada era directa, pero un tanto vidriosa. Sus labios se perfilaban con firmeza bajo el bigote rubio. Pero temblaban. ¿Temblaban? Y ¿por qué se encorvaba de ese modo?

»—No hay quizás que valgan —contestó el Oficial al Mando con severidad.

»El Noruego se había puesto derecho. Y de pronto pareció tan implacable como su interlocutor.

»—No. Pero ¿qué pasa con los instigadores? Mejor matarlos a todos. Hay unos cuatro, cinco, seis millones —dijo, sombríamente; pero enseguida añadió en tono quejumbroso—: Pero será mejor que me calle. Alberga usted algunas sospechas.

»—No, no es cierto —respondió el Oficial al Mando.

»Nunca había vacilado. En ese momento tuvo la certeza. El aire del cuarto de derrota estaba cargado de una culpa y una falsedad que se enfrentaban al descubrimiento, y desafiaban la justicia, el decoro, todo sentimiento humanitario, todo escrúpulo de conciencia.

»El Noruego aspiró una larga bocanada de aire.

»—Bueno, sabemos que ustedes los ingleses son unos caballeros. Pero seamos sinceros. ¿Por qué tenemos que quererlos tanto? No han hecho nada que lo justifique. Tampoco queremos a los otros, por supuesto. Tampoco ellos se lo merecen. Un tipo llega con una bolsa de oro… No he estado en Rotterdam en mi última travesía para nada.

»—Podrá, entonces, contar algo interesante a los nuestros cuando llegue a puerto —le interrumpió el Oficial al Mando.

»—Podría. Pero ustedes tienen personas a sueldo en Rotterdam. Que les informen ellas. Yo soy neutral, ¿no? ¿Ha visto alguna vez a un hombre pobre a un lado y una bolsa de oro en el otro? Por supuesto, yo no me dejaría tentar. Me falta valor para eso. De veras. El dinero me da igual. Le estoy hablando sin rodeos por una vez.

»—Sí. Y yo le estoy escuchando —dijo el Oficial al Mando.

»El Noruego se inclinó sobre la mesa.

»—Ahora que sé que no abriga sospechas, hablaré. Usted no sabe lo que significa ser pobre. Yo sí. Yo soy pobre. Este viejo barco no es gran cosa, y además está hipotecado. Tengo lo justo para vivir, nada más. A mí me faltaría valor, desde luego. ¡Pero un hombre con coraje! Mire. Lo que suben a bordo se parece a cualquier otro cargamento: paquetes, barriles, latas, tubos de cobre… y toda la pesca. No sabe cómo funciona. No es algo real para él. Pero sí ve el oro. Eso es real. A mí nada me induciría a hacerlo, por supuesto. Padezco una dolencia interna. O me volvería loco de inquietud… o… o… me

daría a la bebida o alguna otra cosa. El riesgo es demasiado grande. Sería… ¡la ruina!

»—Debería ser la muerte.

»El Oficial al Mando se levantó tras esta cortante declaración, que el otro recibió con una mirada dura curiosamente mezclada con una sonrisa llena de ambigüedad. El oficial sintió náuseas ante la atmósfera de criminal complicidad que le rodeaba, más densa, más impenetrable, más acre que la niebla exterior.

»—El dinero no me importa —murmuró el Noruego, tambaleándose visiblemente.

»—Por supuesto que no —el Oficial al Mando le dio la razón, haciendo un gran esfuerzo por mantener la voz queda y serena. Su certeza era absoluta —. Pero voy a librar esta costa de todos ustedes cuanto antes. Y empezaré con usted. Le doy media hora para que se marche.

»En ese momento el oficial caminaba por la cubierta con el Noruego a su lado.

»—¡Qué dice! ¿Con esta niebla? —exclamó este último, con voz ronca.

»—Sí, tendrá que marcharse con esta niebla.

»—Pero no sé dónde estoy. De veras.

»El Oficial al Mando se dio la vuelta. Una especie de furia se había apoderado de él. Los ojos de los dos hombres se encontraron. Los del Noruego reflejaron un profundo asombro.

»—Ah, no sabe cómo salir —el Oficial al Mando habló con mucha calma, pero su corazón latía de ira y de terror—. Yo se lo indicaré. Ponga rumbo sur cuarta al sudeste durante cuatro millas y luego podrá virar al este y dirigirse a su puerto. La niebla no tardará en disiparse.

»—¿Tengo que hacerlo? ¿Qué podría inducirme a ello? Me faltan agallas.

»—Tiene que irse de todos modos. Salvo que quiera…

»—No quiero —dijo el Noruego con un resoplido—. Ya he tenido suficiente.

»El Oficial al Mando desembarcó por el costado. El Noruego se quedó inmóvil, como si estuviera clavado a la cubierta. Antes de que el bote llegara a su barco, el Oficial al Mando oyó que el vapor empezaba a levar el ancla. Acto seguido, borroso en medio de la niebla, se alejó siguiendo el rumbo

dado.

»—Sí —dijo a sus oficiales—. He dejado que se marche.

El narrador se inclinó hacia el sofá, donde ningún movimiento revelaba la presencia de un ser vivo.

—Escucha —dijo forzadamente—. Ese rumbo conduciría al Noruego en línea recta a un peligroso arrecife. Y el Oficial al Mando le mandó allí. Zarpó… encalló… y se hundió. Así que había dicho la verdad. No sabía dónde estaba. Pero eso no prueba nada. Ni en un sentido ni en otro. Quizá fuera la única verdad de toda su historia. Y, sin embargo… Es como si le hubiera obligado a marcharse una mirada amenazadora… solo eso.

Se cansó de fingir.

—Sí, yo le di ese rumbo. Me pareció la prueba suprema. Creo… no, no lo creo. No lo sé. En aquel momento estaba seguro. Todos se ahogaron; e ignoro si les castigué como merecían, o cometí un asesinato; si he añadido a los cadáveres que cubren el fondo del insondable mar los cuerpos de unos hombres completamente inocentes o vilmente culpables. No lo sé. Nunca lo sabré.

Se puso en pie. La mujer del sofá se levantó y le rodeó el cuello con los brazos; y sus ojos despidieron dos destellos en la intensa penumbra de la habitación. Ella conocía su pasión por la verdad, su horror al engaño, su humanidad.

—Oh, mi pobre… pobre…

—Nunca lo sabré —repitió él duramente; y, deshaciéndose de su abrazo, le besó las manos y salió.

El cazador Graco

Franz Kafka
(1917)

Traducción: Isabel Hernández

FRANZ KAFKA (1883-1924) nació en Praga (Imperio austrohúngaro), en el seno de una familia de comerciantes judía. Se formó en el ambiente cultural alemán, y se doctoró en leyes. A pesar de su mala salud (enfermó de tuberculosis en 1817), de la hostilidad manifiesta de su familia a su vocación literaria, de sus relaciones con Felice Bauer, Milena Jesenská y Dora Dymant, y de su empleo de burócrata en una compañía de seguros, Franz Kafka se dedicó en cuerpo y alma a la literatura. En 1922 diría a su amigo Robert Klopstock: «Escribir es para mí lo más importante del mundo (de una forma que es horrenda para cuantos me rodean, tan inefablemente horrenda que no hablo de este tema); igual que para el loco es importante su engaño (si lo perdiera se volvería "loco") o para una mujer lo es su embarazo». Entre sus obras cabe mencionar la novela corta *La metamorfosis* (1915) y las novelas inacabadas *El castillo* (1922), *El proceso* (1925) y *América* o *El desaparecido* (1927), así como un gran número de relatos cortos. Dejó además una abundante correspondencia y escritos autobiográficos. La relación con su autoritario padre le marcó profundamente y le animó a escribir su famosa *Carta al padre* (1919). Poco antes de su muerte, pidió a su amigo Max Brod que quemara todos sus escritos, incluso los escasos textos publicados, pero éste se negó a cumplir sus deseos.

«El cazador Graco» («Der Jäger Gracchus»), la historia inacabada (llena de comas sueltas y espacios en blanco) de un cazador de la Selva Negra condenado a vagar toda la eternidad entre el mundo de los vivos y el de los muertos porque su barca no encuentra el camino hacia el más allá, se ha considerado una metáfora del pensamiento kafkiano, un documento fundamental de la literatura moderna y una de las cumbres narrativas de su autor. Escrita a principios de 1917, se publicó póstumamente en *Beim Bau der Chinesischen Mauer* (Berlín, 1931).

El cazador Graco

Dos niños estaban en el muelle jugando a los dados. Un hombre leía un periódico en los escalones de un monumento a la sombra del héroe que blandía un sable. Una muchacha llenaba un cubo de agua en la fuente. Un vendedor de fruta estaba junto a su mercancía y miraba el mar. A través de las ventanas y de la puerta abiertas de una taberna se veía, al fondo, a dos hombres bebiendo vino. El tabernero estaba más en primer término, dormitando sobre una mesa. Una barca se adentraba silenciosa en el pequeño puerto, como si el agua la llevara. Un hombre con una camisola azul saltó a tierra y amarró la cuerda en las argollas. Tras el timonel otros dos hombres con chaquetones oscuros de botones plateados llevaban una camilla, en la que al parecer yacía un hombre bajo un gran paño de seda deshilachado, con motivos florales. En el muelle nadie se preocupaba de los recién llegados, nadie se acercó siquiera cuando bajaron la camilla para esperar al contramaestre que seguía ocupado con las amarras, nadie les preguntó nada, nadie se fijó en ellos. El que iba en cabeza se detuvo un momento por una mujer que se dejó ver en cubierta en ese momento, con los cabellos sueltos y un niño en su seno. Luego se adelantó, señaló hacia una casa amarillenta, de dos plantas, que se elevaba recta, a la izquierda, cerca del agua; los porteadores levantaron la carga y atravesaron con ella la puerta, baja, pero construida con finas columnas. Un muchacho abrió una ventana justo para ver cómo la tropa desaparecía en el interior de la casa y volvió a cerrarla rápidamente. También se cerró la puerta; era de madera de roble,

cuidadosamente ensamblada. Una bandada de palomas, que hasta entonces había estado revoloteando sobre el campanario, se posó en ese momento en la plaza, delante del edificio. Como si en esa casa se almacenara su comida, las palomas se agruparon delante de la puerta. Una voló hasta el primer piso y picoteó el cristal de la ventana. Eran animales de color claro, bien cuidados, vivaces. Con gran ímpetu, la mujer les arrojó unos granos desde la barca, los recogieron y después volaron hacia ella. Un anciano con una chistera con cinta de luto bajaba por una de las estrechas y oscuras callejuelas que conducían al puerto. Miraba con atención a su alrededor, todo le preocupaba, la visión de la basura en una esquina le hizo contraer el rostro, en los peldaños del monumento había cáscaras de fruta, las retiró con su bastón mientras pasaba. Llamó a la puerta de las columnas a la vez que se quitaba la chistera con la mano derecha, enguantada de negro. Abrieron al instante, unos cincuenta muchachos formaron una hilera a lo largo del pasillo e hicieron una reverencia. El contramaestre bajó las escaleras, saludó al caballero y lo condujo hasta arriba; en el primer piso recorrió con él el patio interior bordeado por unas columnas de construcción sencilla y, mientras los muchachos los seguían a una distancia respetuosa, ambos entraron en una estancia amplia y fría de la parte posterior de la vivienda, que ya no daba a ninguna otra casa más, solo a una pared rocosa, desnuda, de color negruzco. Los porteadores estaban ocupados colocando y encendiendo unos largos cirios a la cabecera de la cama; pero con ellos no conseguían obtener luz, por así decirlo tan solo asustaron e hicieron titilar sobre las paredes a las sombras que antes estaban allí tan tranquilas. Habían retirado el paño de la camilla. En ella yacía un hombre de barba y cabellos muy revueltos, de piel bronceada, parecido a un cazador. Yacía allí sin moverse, aparentemente sin respirar, con los ojos cerrados; aun así, únicamente lo que lo rodeaba indicaba que probablemente se trataba de un muerto.

El caballero se acercó a la camilla, puso una mano sobre la frente del yacente, después se arrodilló y rezó. El contramaestre hizo una señal a los porteadores para que salieran de la habitación; éstos salieron, echaron a los muchachos que se habían congregado fuera y cerraron la puerta. Pero al caballero pareció no bastarle ese silencio; miró al contramaestre, éste comprendió y se retiró por una puerta lateral a la habitación contigua. Al

instante, el hombre de la camilla abrió los ojos, con una sonrisa dolorida volvió el rostro hacia el caballero y dijo:

—¿Quién eres?

Sin un asombro visible el caballero abandonó su postura orante y respondió:

—El alcalde de Riva.

El hombre de la camilla asintió, con el brazo débilmente estirado señaló un sillón y dijo, una vez que el alcalde hubo seguido su invitación:

—Ya lo sabía, señor alcalde, pero al principio siempre lo olvido todo, todo me da vueltas y es mejor que pregunte aunque lo sepa todo. Probablemente usted también sabrá que soy el cazador Graco.

—Claro —dijo el alcalde—. Esta noche me han anunciado su llegada. Hacía ya rato que dormíamos. Entonces, alrededor de la medianoche, mi esposa exclamó: «¡Salvatore! —Ése es mi nombre—. Mira la paloma de la ventana». En verdad era una paloma, pero tan grande como un gallo. Voló hasta mi oído y dijo: «Mañana llega el difunto cazador Graco, recíbelo en nombre de la ciudad».

El cazador asintió y entresacó la punta de la lengua por los labios:

—Sí, las palomas llegan antes que yo. Pero, señor alcalde, ¿cree usted que debo quedarme en Riva?

—Eso no puedo decírselo aún —respondió el alcalde—. ¿Está usted muerto?

—Sí —dijo el cazador—, ya lo ve. Hace muchos años, deben ser ya un montón, me despeñé por un monte en la Selva Negra, eso está en Alemania, cuando perseguía un rebeco. Desde entonces estoy muerto.

—Pero también está vivo —dijo el alcalde.

—En cierto modo —dijo el cazador—, en cierto modo también estoy vivo. Mi barca de la muerte erró el camino, un giro equivocado del timón, un instante de descuido del piloto, un desvío por mi hermosa patria, no sé lo que fue, solo sé que me quedé en tierra y que desde entonces mi barca surca las aguas terrenales. Así que yo, que solo quería vivir en sus montañas, viajo ahora por todos los países de la tierra.

—Y ¿no entra usted en el más allá? —preguntó el alcalde frunciendo el ceño.

—Siempre estoy —respondió el cazador— en la gran escalera que conduce hasta allí. No dejo de moverme por esa escalera infinitamente ancha, ya de arriba abajo, ya de un lado a otro, siempre en movimiento. Pero, si tomo un buen impulso y llego a ver en lo alto la luz de la puerta, entonces despierto en mi vieja barca solitaria en unas aguas terrenales cualesquiera. Ese error esencial que cometí al morir me sonríe con sarcasmo en mi camarote; Julia, la mujer del contramaestre, llama a la puerta y me lleva hasta la camilla la bebida matutina del país cuya costa bordeamos en ese momento.

—Un destino cruel —dijo el alcalde con la mano alzada en actitud defensiva—. Y ¿no tiene usted culpa alguna?

—Ninguna —dijo el cazador—; yo era cazador, ¿acaso hay alguna culpa en eso? Trabajaba como cazador en la Selva Negra, donde entonces aún había lobos. Yo estaba al acecho, disparaba, acertaba, los despellejaba, ¿hay alguna culpa en eso? Mi trabajo era un trabajo bendito. Yo era el mayor cazador de la Selva Negra. ¿Hay alguna culpa en eso?

—A mí no me corresponde decidirlo —dijo el alcalde—, pero a mí tampoco me parece que haya en ello ninguna culpa. Pero entonces ¿quién tiene la culpa?

—El piloto —dijo el cazador.

—Y entonces ¿piensa quedarse aquí en Riva, con nosotros? —preguntó el alcalde.

—Yo no pienso —dijo el cazador sonriente y, para enmendar la broma, puso la mano sobre la rodilla del alcalde—. Estoy aquí, no sé más, no puedo hacer más. Mi barca no tiene timón, se mueve con el viento que sopla en las regiones más inferiores de la muerte.

Soy Graco, el cazador, mi patria es la Selva Negra, en Alemania.

Nadie leerá lo que aquí escribo; nadie vendrá a ayudarme; si la tarea de ayudarme fuera una obligación, las puertas de todas las casas permanecerían

cerradas, todas las ventanas cerradas, todos estarían en la cama, con la manta sobre la cabeza, toda la tierra sería un albergue nocturno. Esto tiene sentido, porque nadie sabe nada de mí y, de saberlo, no conocería mi paradero y, de conocerlo, no sabría cómo retenerme allí y, de saber retenerme allí, no sabría cómo ayudarme. La idea de querer ayudarme es una enfermedad y debe curarse en la cama.

Yo lo sé y, por tanto, no escribo para pedir ayuda, ni siquiera en esos instantes, en los que, rebelde como soy, pienso mucho en ello, como por ejemplo ahora. Pero para quitarme de encima tales pensamientos seguro que basta con mirar a mi alrededor y darme cuenta de dónde estoy y, y eso puedo afirmarlo muy bien, de dónde vivo desde hace siglos. Mientras escribo esto estoy tumbado sobre un catre de madera, llevo puesta (no produce placer alguno observarme) una sucia mortaja, tengo los cabellos y la barba entrecanos y bien enmarañados, mis piernas están cubiertas con un gran chal de seda, con motivos florales, deshilachado ya hace tiempo. En el cabecero hay un cirio de iglesia que me ilumina. En la pared de enfrente hay un cuadro pequeño, parece un bosquimano que me apunta con una lanza y procura ocultarse tras un escudo soberbiamente pintado. En los barcos se encuentran algunas de estas estúpidas representaciones, pero ésta es una de las más estúpidas. Por lo demás, mi jaula de madera está completamente vacía. Por un tragaluz de la pared lateral entra el aire cálido de la noche meridional y oigo cómo el agua golpea la vieja barca.

Aquí estoy desde entonces, cuando el cazador Graco, aún vivo, perseguía un rebeco en su patria, en la Selva Negra, y se despeñó. Todo ocurrió según lo indicado. Lo perseguí, me despeñé, me desangré en una quebrada, me morí y esta barca debería haberme llevado al más allá. Aún recuerdo la alegría con la que me estiré por vez primera aquí, en este catre; las montañas jamás me habían oído cantar como lo han hecho estas cuatro paredes, entonces aún en penumbra. Me había gustado vivir y me había gustado morir; antes de pisar la borda me quité de encima dichoso todo lo que llevaba en las cartucheras, en los bolsillos, en la chaqueta, y que siempre había llevado orgulloso, y me metí en la mortaja como una muchacha en su traje de novia. Aquí me tendí y esperé.

Entonces sucedió.

—Cazador Graco, ¿cómo es que llevas siglos navegando en esa vieja barcaza?

—Hace ya mil quinientos años.

—¿Y siempre en esta nave?

—Siempre en esta barca. Barca es el nombre correcto. ¿No entiendes de barcos?

—No, hoy es la primera vez que me intereso por ellos, desde que sé de ti, desde que he pisado tu barco.

—No hay disculpas. Yo también soy de tierra adentro. No era marinero, tampoco quería serlo, montaña y bosque eran mis amigos y ahora… el marino más viejo, el cazador Graco, patrón de los marineros, el cazador Graco al que reza con las manos entrelazadas el grumete asustado en la cofa una noche de tormenta. No te rías.

—¿Tendría que reírme? No, realmente no. Con el corazón palpitante me planté ante la puerta de tu camarote, con el corazón palpitante entré. Tu carácter amable me tranquiliza un poco, pero no olvidaré jamás de quién soy huésped.

—Por supuesto, tienes razón. Sea como sea, yo soy Graco, el cazador. ¿No quieres beber un vino? No conozco la marca, pero es dulce y con cuerpo, el patrón me abastece bien.

—Ahora no, gracias, estoy demasiado nervioso. Quizá más tarde, si me permites quedarme aquí más tiempo. ¿Quién es el patrón?

—El dueño de la barca. Por cierto, esos patrones son gente extraordinaria. Solo que no los entiendo. No me refiero a su lenguaje, porque como es natural muchas veces tampoco entiendo su lenguaje. Pero esto solo lo digo al margen. Lenguas he aprendido suficientes a lo largo de los siglos y podría hacer de intérprete entre antepasados y contemporáneos. Pero lo que no entiendo es la forma de pensar de los patrones. Tal vez me la puedas explicar tú.

—No tengo muchas esperanzas. ¿Cómo podría explicarte algo yo, que a tu lado no soy siquiera un niño que balbucea?

—No es así, una y mil veces no. Me harías un favor si actuaras con más hombría, con más confianza en ti mismo. ¿De qué me sirve una sombra de

huésped? De un soplo la echo al mar por el tragaluz. Necesito varias explicaciones. Tú que te mueves por ahí fuera me las puedes dar. Pero, si aquí, en mi mesa, tiemblas y, engañándote a ti mismo, te olvidas de lo poco que sabes, puedes largarte ahora mismo. Lo digo como lo pienso.

—Hay algo de cierto en lo que dices. En efecto, sé más que tú de algunas cosas. Así que trataré de dominarme. Pregunta.

—Mejor, mucho mejor, exageras en ese sentido y te imaginas una superioridad ficticia. Solo tienes que entenderme bien. Soy un hombre como tú, pero unos siglos más impaciente, los que te saco en edad. Bueno, estábamos hablando de los patrones. Presta atención. Y bebe vino, para que agudices el entendimiento. Sin timidez. Con fuerza. Todavía queda una carga entera en la barca.

—Graco, es un vino excelente. Que viva el patrón.

—Lástima que haya muerto hoy. Era un buen hombre y se ha ido en paz. Unos niños ya crecidos y bien educados estuvieron junto a su lecho mientras agonizaba; al pie de la cama su mujer se desmayó, pero su último pensamiento fue para mí. Un buen hombre, de Hamburgo.

—Santo cielo, de Hamburgo, y tú aquí, en el sur, ¿sabes que ha muerto hoy?

—¿Cómo? ¿Cómo no iba a saber cuándo se muere mi patrón? Eres muy ingenuo.

—¿Es que quieres ofenderme?

—No, en absoluto, lo hago contra mi voluntad. Pero no debes asombrarte tanto, sino beber más vino. Con los patrones sucede lo siguiente: en un principio la barca no pertenecía a nadie.

—Graco, un favor. Dime primero, brevemente, resumiéndola, cuál es tu verdadera situación. Para serte sincero: no lo sé. Naturalmente para ti son cosas evidentes y, a tu manera, supones que todo el mundo las conoce. Pero en la corta vida de los hombres, porque la vida es corta, Graco, intenta comprenderlo, en esta corta vida, digo, siempre hay montones de cosas que hacer a fin de sacar adelante a uno mismo y a la familia. Así que, por muy interesante que sea el cazador Graco, lo digo por convicción, no por servilismo, no hay tiempo para pensar en él, para informarse sobre él o siquiera para preocuparse por él. Tal vez en el lecho de muerte, como le ha

pasado a ese patrón tuyo de Hamburgo, no lo sé. A lo mejor en él ese hombre tan laborioso tuvo por vez primera tiempo para tumbarse y entre sus pensamientos ociosos pasó de repente Graco, el cazador verde. Pero por lo demás, como te he dicho, yo no sabía nada de ti, estoy en el puerto por negocios, he visto la barca, la pasarela estaba puesta y he subido por ella… pero ahora sí que me gustaría saber algo de ti.

—Buah, algo. Las viejas historias de siempre. Todos los libros están repletos de ellas, en todas las escuelas los maestros las escriben en la pizarra, las madres sueñan con ellas mientras amamantan a sus niños… y tú vienes y me dices que te cuente algo. Tienes que haber tenido una juventud especialmente licenciosa.

—Es posible, lo propio de toda juventud. Pero a ti creo que te sería muy útil andar un poco por el mundo. Por muy extraño que te pueda parecer, yo mismo casi me asombro, pero es así, tú no eres objeto de ninguna conversación en la ciudad, aunque se hable de muchas cosas tú no estás en ellas, el mundo sigue su curso y tú sigues tu viaje, pero nunca hasta ahora había percibido que os hubierais cruzado.

—Ésas son tus observaciones, querido amigo, otros han hecho otras diferentes. Aquí solo hay dos posibilidades. O te callas lo que sabes de mí o lo haces con alguna intención oculta. En ese caso te digo con toda sinceridad: vas desencaminado. O a lo mejor es verdad que piensas que no vas a poder acordarte porque confundes mi historia con otra. En ese caso solo te digo que yo soy… ¡No, no puedo, todo el mundo lo sabe y soy yo precisamente quien te lo tiene que contar! Hace ya tanto tiempo… ¡Pregunta a los historiadores! Boquiabiertos ven en sus estudios lo que ha ocurrido en el pasado y lo describen sin cesar. Ve a verlos y regresa luego. Hace tanto tiempo. ¿Cómo puedo conservarlo en este cerebro tan repleto?

—Espera, Graco, te lo voy a poner más fácil, te voy a preguntar yo. ¿De dónde eres?

—De la Selva Negra, como todo el mundo sabe.

—Claro, de la Selva Negra. Y allí te dedicabas a cazar en el siglo IV.

—Pero hombre, ¿es que no conoces la Selva Negra?

—No.

—De verdad que no sabes nada. El hijo pequeño del timonel sabe más

que tú, de veras, mucho más. ¿Quién te ha empujado a entrar? Es una maldición. Tu modestia inicial estaba de hecho muy bien fundada. Eres un cero a la izquierda que yo trato de hacer valer. Ni siquiera conoces la Selva Negra. Hasta los veinticinco años anduve cazando por allí. Si el rebeco no me hubiera engañado, bueno, eso ya lo sabes, habría tenido una vida de cazador larga y hermosa, pero el rebeco me engañó, me despeñé y me maté al golpearme con las rocas. No sigas preguntando. Aquí estoy, muerto, muerto, muerto. No sé por qué estoy aquí. Entonces me subieron a la barca de la muerte, como es debido, un pobre muerto; hicieron conmigo las tres o cuatro maniobras de costumbre, igual que con cualquiera, ¿por qué hacer excepciones con el cazador Graco? Todo estaba en orden, yo yacía bien estirado en la barca.

El congrio

Liam O’Flaherty
(1925)

Traducción: Marta Salís

LIAM O'FLAHERTY (1896-1984) nació en Irishmore, la más grande de las islas Aran, en el condado de Galway. Estudió en el Rockwell College de Tipperary y en el Holy Cross College de Dublín, con la intención de ordenarse sacerdote. Al estallar la Primera Guerra Mundial, abandonó los estudios y se alistó en la Guardia Irlandesa. Herido en el frente francés en 1917, tuvo que abandonar el ejército; sus experiencias en el campo de batalla le marcaron para siempre y fueron quizá la causa de la enfermedad mental que se le declaró en 1933. Militó en su juventud en el Partido Comunista de Irlanda y participó activamente en la revolución irlandesa. Su larga e intensa carrera literaria, en inglés y en gaélico, lo convirtió en una de las figuras más representativas de la narrativa irlandesa contemporánea. En 1923 publicó su primera novela, *Thy Neighbour's Wife*; y en 1925, su obra más conocida, *El delator* (1925), un retrato de los bajos fondos dublineses que sería llevada al cine diez años después por su primo John Ford. Escribiría once novelas más, entre las que destacan *Mr Gilhooley* (1925), *The Assassin* (1928), *Hambre* (1937) —para muchos su obra maestra—, *Land* (1946) e *Insurrección* (1951). O'Flaherty fue también un maestro del relato breve, género que cultivó entre 1922 y 1958, y que recopiló en ocho volúmenes, uno de ellos —*Deseo*— en gaélico.

«El congrio» («The Conger Eel») apareció en la revista *The Dial* en enero de 1925, y más tarde fue uno de los cuentos incluidos en el volumen *Short Stories* (Jonathan Cape, Londres, 1937). No queríamos que faltara en esta antología un relato protagonizado por un habitante de las profundidades marinas…

El congrio

Medía dos metros y medio. En el centro del lomo su perímetro era de sesenta centímetros. Deslizándose sinuosamente por el fondo del mar, a una velocidad vertiginosa, su cuerpo negro y misterioso brillaba y se retorcía como una brizna de hierba en medio de una catarata espumeante. Los ojos diminutos, muy separados en su cráneo ancho y aplastado, escudriñaban el océano en busca de alimento. Recorrió vorazmente muchas millas al pie de los acantilados. No tuvo suerte; lo único que encontró fueron tres crías de abadejo que se tragó de un bocado sin interrumpir su avance. Tenía mucha hambre.

Dobló entonces un abrupto promontorio, y entró en un puerto rodeado de peñascos donde el mar era oscuro y silencioso, ensombrecido por los cóncavos acantilados. Observó con fiereza sus tenebrosas aguas. Luego dio un coletazo y, con una rotación del cuerpo, se alejó a toda prisa. El largo y fino bigote, que le colgaba del mentón como una etiqueta, se agitaba por debajo de su vientre. Durante unos segundos, su mirada vidriosa se posó con ferocidad en unas manchas blancas diminutas que se movían velozmente a lo lejos. El congrio había avistado su presa. Había un banco de caballas a una milla de distancia.

Se acercó muy deprisa, como un rayo. Surgió de las profundidades bajo sus vientres blancos, y, abriendo bien las fauces, cogió una de ellas antes de que su hocico llegara a la superficie. Luego, como si sufriera un desmayo, empezó a dar vueltas con el cuerpo flácido y las convulsiones de un gusano

aplastado, y se hundió cada vez más hasta que finalmente se tragó el pez. Enseguida volvió a enderezarse y a dar coletazos, dispuesto a hacer una nueva presa.

El banco de caballas, cuando apareció el pavoroso monstruo, nadaba justo bajo la superficie. Cuando el congrio se abalanzó sobre ellas, saltaron fuera del agua con el estrépito de incontables granos de arena sacudidos en un inmenso cedazo. Mil peces blancos y azules centellearon unos instantes a la luz del sol, y desaparecieron luego, dejando una gran superficie de agua negra agitándose con violencia. Diez mil pequeñas aletas cortaron la superficie del mar mientras las caballas huían a toda prisa. Sus vientres blancos dejaron de ser visibles. Se sumergieron en las profundidades, donde sus lomos y sus costados azul oscuro, el color del mar, las ocultaban de su enemigo. El congrio siguió su rastro describiendo inmensos círculos; pero se le habían escapado.

Medio hambriento, medio saciado, continuó dando vueltas media hora, como un gigante enloquecido, avanzando sin descanso a una velocidad pasmosa. Finalmente, sus ojos diminutos volvieron a avistar la presa. Pequeños puntos blancos flotaban a lo lejos como pálidas gotas de sal. Se apresuró a nadar allí. Abrió la mandíbula en cuanto las manchas cobraron forma, y el banco de peces estuvo a escasa distancia. Pero, en el instante en que iba a comerse el más cercano, sintió un golpe salvaje. Algo duro, pero intangible, le oprimía la cabeza y bajaba luego por su lomo. El congrio saltó, y dio una vuelta completa en el aire. El objeto duro que le retenía lo envolvía por completo. Estaba en una red. A su alrededor, las caballas se retorcían y boqueaban en la malla.

El congrio se detuvo unos segundos sorprendido y aterrorizado. Entonces vio una telaraña de filamentos negros que milagrosamente colgaba en el agua, por todas partes, mientras sus enemigas de agallas jadeantes se quedaban inmóviles: unas con la cabeza y la cola aprisionadas, y el cuerpo arqueado; otras enredadas en los desiguales pliegues; otras con las agallas enganchadas en un único hilo negro. Centelleando, se arremolinaban empujadas por la corriente submarina: una masa de peces estrangulados en el fondo del mar.

El congrio empezó a luchar con fiereza por escapar. Se lanzó en todas direcciones, avanzando y retrocediendo con su largo y escurridizo cuerpo,

desgarrándose el hocico, saltando precipitadamente hacia delante, agitando el agua. Rasgó y rompió la red, haciendo unos cortes muy profundos. Pero, cuanto más la rompía y cortaba, más enredado estaba. No consiguió liberarse, pero dejó libres algunas caballas. Cayeron de aquella malla rasgada, rígidas y mutiladas, y se hundieron como objetos inertes. Y de pronto, una tras otra, parecieron despertar, movieron la cola y se alejaron velozmente, mientras el gigantesco congrio veía su escurridizo cuerpo cada vez más aprisionado. Finalmente, exhausto y medio ahogado, se quedó inmóvil, sin dejar de jadear.

Acto seguido sintió que recogían la red. Ésta se cerró a su alrededor, y las pequeñas y brillantes caballas, atrapadas con él, le rozaron los costados y se pegaron a él blandas y suaves. Él siguió quieto. Llegó a la superficie y comenzó a boquear, pero no hizo el menor movimiento. Entonces lo subieron trabajosamente a un bote, y cayó en el fondo con un golpe seco.

Dos hombres empezaron a soltar juramentos cuando vieron el monstruoso congrio que les había roto la red y echado a perder la pesca de la caballa. El anciano que remaba en la proa dijo:

—Desengánchalo, y mata a ese cabrón.

El joven que cobraba la red miró con espanto el monstruo resbaladizo que tenía entre los pies, y que le observaba con unos ojos diminutos y maliciosos que parecían humanos. Se estremeció al agarrar la red, y empezó a desenredarla.

—Córtala con tu navaja —gritó el anciano—, antes de que haga más destrozos.

El joven cogió la navaja de la regala donde la tenía enganchada y cortó la red, liberando el congrio. Éste, con un movimiento brusco y asombroso, se deslizó por la cubierta del bote, mostrando así toda su extensión.

Luego se dio la vuelta, haciendo que la barca se balanceara con sus coletazos, y golpeando con el vientre el agua acumulada en el fondo. Los dos pescadores gritaron, y dijeron al mismo tiempo:

—¡Mátalo, o acabará ahogándonos!

—¡Pégale en la cabeza!

Ambos trataron de alcanzar el palo corto y grueso que colgaba de un gancho en medio del bote. El joven lo cogió e, inclinándose, asestó un golpe al congrio.

—¡Pégale en la cabeza! —repitió su compañero—; sujétalo, sujétalo, y dale la vuelta.

Los dos hombres se agacharon y agarraron el pez, soltando palabrotas y jadeando, mientras el bote se balanceaba de un modo alarmante y el gigantesco congrio se arrastraba de un lado para otro a increíble velocidad. Sus manazas arañaban los costados del pez, y resbalaban por su piel como patines sobre el hielo. Lo aprisionaban con las rodillas, lo pisaban e intentaban echarse sobre él, pero estaban tan agitados que no conseguían retenerlo.

Finalmente, el joven lo cogió en brazos, sujetando con fuerza su parte central, como si quisiera aplastarlo.

—¡Vamos, pégale en la cabeza! —gritó al anciano.

Pero entonces su compañero, que se había tambaleado hacia delante, se tambaleó hacia atrás, y el bote se balanceó. Soltó el pez con un juramento, extendiendo los brazos para recobrar el equilibrio. La cabeza del congrio cayó sobre la borda inclinada. Su hocico se sumergió en el mar. Sacudiéndose con violencia, descendió y descendió como una flecha, hasta alcanzar las sombrías rocas cubiertas de algas que había en el fondo.

Y, extendiéndose cuan largo era, se dirigió al arco de gran anchura que conducía a su enorme guarida, en algún lugar remoto y silencioso de las profundidades.

Una mala travesía

Francis Scott Fitzgerald
(1929)

Traducción: Marta Salís

FRANCIS SCOTT FITZGERALD (1896-1940) nació en Saint Paul, Minnesota, en el seno de una familia católica irlandesa, y cursó estudios en la Universidad de Princeton, que abandonó en 1917 para alistarse en el ejército. Su primer libro, *A este lado del paraíso*, se publicó en 1920, el mismo año de su boda con Zelda Sayre, y constituyó un rotundo éxito. Después vendrían títulos como *Hermosos y malditos* (1922), *El gran Gatsby* (1925), considerada su mejor novela, o la muy autobiográfica *Suave es la noche* (1934), para él la culminación de su obra. Se trasladó a Francia con su mujer, que inspiraría todas las «muchachas doradas» que pueblan sus novelas en la década de gloria que les tocó vivir; pero que sería el centro de sus preocupaciones a partir de 1930, cuando él se hundió en el alcohol y ella en la esquizofrenia (Zelda moriría en 1948, en un incendio en el psiquiátrico donde estaba confinada), y los dos tuvieron que afrontar el fracaso y la miseria. Miembro de la llamada Generación Perdida, junto con Dos Passos, Hemingway, Faulkner y Steinbeck, describió como nadie los felices años veinte y la era del *jazz*, así como los excesos que empujarían al país a la Gran Depresión. Francis Scott Fitzgerald murió de un ataque al corazón en Hollywood, donde escribía guiones para la Metro-Goldwyn-Mayer, mientras trabajaba en su quinta novela, *El último magnate*. Considerado uno de los grandes maestros de la narrativa breve, escribió más de ciento cincuenta cuentos.

«Una mala travesía» («The Rough Crossing») se publicó por primera vez en el *Saturday Evening Post* el 8 de junio de 1929.

Una mala travesía

I

Cuando llegas a esos muelles largos y techados, entras en un país fantasmal que no es ni Aquí ni Allá. Especialmente por la noche. Hay una bóveda brumosa y amarilla donde resuenan gritos y voces. Hay camiones que traquetean y baúles que se amontonan, el chirrido de una grúa y el primer olor a mar. Aprietas el paso, aunque hay tiempo de sobra. El pasado, el continente, está a tus espaldas; el futuro es aquella entrada luminosa en el costado del barco; este oscuro y turbulento pasadizo es un presente muy confuso.

Subes por la pasarela, y la visión del mundo se reajusta, se hace más pequeña. Eres ciudadano de un estado menor que Andorra. Ya no te sientes tan seguro de nada. Los hombres del mostrador del sobrecargo se muestran extrañamente circunspectos, el camarote parece una celda, los pasajeros y sus amigos miran con desdén, un oficial demasiado solemne, sumido en sus pensamientos, contempla a la multitud desde la desierta cubierta de paseo. Te asalta por última vez la idea peregrina de que no tenías por qué viajar, se oye el sonido lastimero y atronador de las sirenas, y todo —el barco no, por supuesto, más bien una intuición, un estado de ánimo— parece adentrarse en la inmensidad de una noche negra.

Adrian Smith, una de las celebridades a bordo —no una gran celebridad,

pero lo bastante importante para que un fotógrafo al que habían dado su nombre, y que no sabía muy bien a qué se «dedicaba», lo deslumbrara con sus *flashes*—, Adrian Smith y Eva, su mujer rubia, subieron a la cubierta de paseo, pasaron junto al melancólico oficial, y apoyaron los codos en el pasamanos para observarlo todo desde la silenciosa atalaya.

—¡Nos vamos! —gritó él, y los dos rieron felices—. Nos hemos escapado. Ya no podrán alcanzarnos.

—¿Quiénes?

Él dijo adiós con la mano a la tiara cívica.

—Todas esas personas de ahí fuera. Vendrán con sus patrullas y sus órdenes judiciales, y una lista de delitos que hemos cometido, y llamarán a nuestro timbre de Park Avenue y preguntarán por Adrian Smith y su mujer, pero ¡ja, ja, ja!, Adrian Smith y su mujer, con sus hijos y la niñera, se han largado a Francia.

—Me has hecho creer que habíamos cometido algún delito.

—No podrán tenerte —exclamó él, frunciendo el ceño—. Solo me persiguen por eso; saben que no me merezco a alguien como tú, y están furiosos. Por eso estoy tan contento de marcharme.

—Querido —dijo Eva.

Tenía veintiséis años, cinco menos que él. Era un tesoro para todos los que la conocían.

—Me gusta más este transatlántico que el Majestic o el Aquitania —comentó ella, traicionando a los barcos donde había pasado la luna de miel.

—Es mucho más pequeño.

—Pero es muy elegante, y tiene todas esas pequeñas tiendas en los pasillos. Y creo que los camarotes son más grandes.

—La gente es muy estirada, ¿te has dado cuenta? Como si los demás fueran unos granujas. Y dentro de cuatro días la mitad de los pasajeros se estarán tuteando con la otra mitad.

Cuatro jóvenes se acercaron: un cuarteto de muchachas que caminaban una al lado de otra. Ocho ojos se posaron unos instantes en Adrian y Eva, y todos ellos apartaron la mirada maquinalmente, salvo dos en los que se encendió un pequeño brillo de emoción. Su dueña era una de las jóvenes que iba en el centro, la única pasajera de las cuatro. No tendría más de dieciocho

años: una belleza menuda y morena con esa hermosa aureola cristalina que, en las mujeres de cabello oscuro, ocupa el lugar del áureo resplandor de las rubias.

«¿Quién será? —pensó Adrian—. La he visto antes.»

—Es muy bonita —dijo Eva.

—Sí.

Adrián siguió preguntándose quién sería, y Eva dejó de acaparar por un momento su atención; luego ella le sonrió, y él volvió a sentir su complicidad.

—Cuéntame algo más —le pidió ella.

—¿Sobre qué?

—Sobre nosotros… Cuéntame lo mucho que nos divertiremos, y cómo seremos mejores y más felices, y estaremos siempre muy unidos.

—Sería imposible estar más unidos —Adrian la atrajo hacia él.

—En fin, que no discutiremos nunca por tonterías. ¿Sabes?, cuando me diste mi regalo de cumpleaños la semana pasada —los dedos de Eva acariciaron las delicadas perlas que llevaba al cuello—, decidí que intentaría no volver a decirte nada desagradable.

—Nunca lo haces, cariño.

Y, aunque la estrechó contra él, ella supo que el momento de completo aislamiento había pasado casi antes de empezar. Adrian había sacado las antenas para sentir aquel nuevo mundo.

—Casi todos los pasajeros son horribles —dijo—: morenos, bajitos y feos. Los norteamericanos no eran así.

—Son deprimentes —asintió ella—. Será mejor que no conozcamos a nadie, que hagamos la travesía mano a mano.

Sonó un gong, y los camareros empezaron a gritar por las cubiertas: «¡Visitantes a tierra, por favor!»; y las voces formaron un estridente coro. Las pasarelas estuvieron un rato abarrotadas de gente; luego se quedaron vacías, y la muchedumbre apiñada detrás de la barrera saludaba con la mano y gritaba cosas ininteligibles, sonriendo con afecto. Cuando los estibadores empezaron a retirar los cabos, llegó corriendo un joven de nariz chata, un tanto despistado, al que ayudaron a embarcar un taxista y un maletero. Después de que el barco se lo tragara con la misma indiferencia que si fuera un misionero

rumbo a Beirut, comenzó una vibración queda y portentosa. El muelle con todos sus rostros empezó a moverse, y, por unos instantes, el barco no fue más que una pieza desgajada accidentalmente de él; luego los rostros se volvieron mudos y lejanos, y el muelle fue una de las mil manchas amarillas al borde del agua. El puerto avanzó rápidamente hacia el mar.

En un paralelo más al norte estaba formándose un huracán que se dirigía hacia el sur sudeste precedido de un fuerte viento del oeste. En su curso estaba destinado a hundir el Peter I. Eudin, de Ámsterdam, con una tripulación de sesenta y seis personas, así como a romper la botavara del barco más grande del mundo, y a llevar dolor y miseria a las mujeres de cientos de hombres de mar. Este transatlántico, que zarpaba de Nueva York el domingo al anochecer, entraría el martes en la zona de la tormenta y el miércoles por la noche en la del huracán.

II

El martes por la tarde Adrian y Eva hicieron su primera visita a la sala de fumadores. Esto no iba en consonancia con sus intenciones —«no querían volver a ver un cóctel en su vida» cuando salieron de Norteamérica—, pero habían olvidado la soledad escrutadora de los barcos, y que toda la actividad se centraba en el bar. Así que entraron solo un momento.

Estaba lleno. Había pasajeros que no se habían movido desde el almuerzo, y pasajeros que se quedarían hasta la cena, por no hablar del grupito de fieles que llevaban allí desde las nueve de la mañana. Era una concurrencia adinerada, que se divertía con el *bridge*, los solitarios, los cuentos de detectives, el alcohol, las discusiones y el amor. Hasta aquí podría equipararse con la que frecuenta clubs y casinos de cualquier país, pero lo cierto es que reinaba una energía tensa y contenida, una impaciencia apenas disimulada que se percibía tanto en los viejos como en los jóvenes. La travesía había empezado, y habían disfrutado de ella al principio, pero el espectáculo era demasiado monótono para durar seis días, y deseaban que terminara de una vez.

En una mesa cercana, Adrian vio a la hermosa joven que le había mirado en la cubierta superior la primera noche. Volvió a sentirse fascinado por su belleza; nada enturbiaba su brillo deslumbrante en medio de la confusión de aquella sala llena de humo. Eva y él habían decidido, al leer la lista de pasajeros, que debía de ser «la señorita Elizabeth D'Amido y doncella», y él había oído que la llamaban Betsy cuando pasó al lado de unos jugadores de tenis. Entre los jóvenes que la acompañaban, vio al hombre de nariz chata que había sido «lanzado a bordo» la noche que zarparon; la víspera había paseado melancólicamente por cubierta, pero ahora, según parecía, había recuperado el ánimo. La señorita D'Amido le dijo algo al oído, y él miro a los Smith con curiosidad. Adrian llevaba tan poco tiempo siendo una celebridad que se dio la vuelta cohibido.

—El barco se mueve un poco. ¿Lo notas? —preguntó Eva.

—Quizá deberíamos tomar dos copas de *champagne*.

Mientras las pedía, en la mesa vecina sostenían una breve conversación; un joven se levantó enseguida y se acercó a ellos.

—¿Es usted el señor Adrian Smith?

—Sí.

—Nos gustaría saber si podemos apuntarlo en el torneo de tenis. Vamos a tener un torneo de tenis.

—Bueno, no sé qué decir… —respondió Adrian.

—Me llamo Stacomb —exclamó el joven—. Todos conocemos sus obras de teatro o lo que escriba, ya sabe… y nos preguntábamos si querrían venir a nuestra mesa.

Un tanto abrumado, Adrian se rió. El señor Stacomb, con su elocuencia y sus maneras suaves, esperó inclinado hacia delante; era evidente que creía haberle dirigido un gracioso cumplido.

Adrian, consciente de esto, contestó:

—Gracias, pero tal vez sería mejor que vinieran ustedes a la nuestra.

—Tenemos una mesa más grande.

—Pero nosotros somos más viejos, y estamos más… asentados.

El joven se rió amablemente, como si quisiera darle la razón.

—Puede apuntarme —dijo Adrian—. ¿Cuánto le debo?

—Un dólar. Llámeme Stac.

—¿Por qué? —preguntó Adrian, sorprendido.

—Es más corto.

Cuando el joven se marchó los dos sonrieron de oreja a oreja.

—¡Cielos! —Eva dio un pequeño grito—. Creo que vienen hacia aquí.

Así era. Con gran escándalo, derramando sus bebidas, llamando a los camareros y arrastrando sillas, tres muchachos y dos jovencitas se cambiaron a la mesa de los Smith. Si alguien se sintió cohibido, fueron solo los anfitriones; pues los recién llegados se sentaron a su alrededor entusiasmados, mirando a Adrian con respeto —demasiado respeto—, como si pensaran: «Es posible que nos equivoquemos y esto no sea divertido, pero quizá nos sirva en el futuro, en nuestra vida académica, por ejemplo».

En un instante, la señorita D'Amido le cambió el sitio a uno de los jóvenes, y llevó su luminoso ser al lado de Adrian, al que contempló con manifiesta admiración.

—Me enamoré de usted en cuanto lo vi —dijo de forma audible y con el mayor desenfado—; así que soy la culpable de esta invasión. He visto su obra cuatro veces.

Adrian llamó al camarero para que tomara nota de lo que querían.

—¿Sabe? —continuó la señorita D'Amido—, vamos a entrar en una tormenta, y quizá se pase usted tumbado el resto de la travesía; no podía arriesgarme.

Adrian vio que no había ironía ni segundas intenciones en lo que decía, ni necesidad de ellas. Las palabras se bastaban a sí mismas, y la deferencia con que desatendía a los tres jóvenes para mostrarse cortés con él era, en cierto modo, muy conmovedora. Sintió una oleada de satisfacción; estaba pasando un rato realmente agradable.

Eva no se estaba divirtiendo tanto; pero el joven de nariz chata, que se llamaba Butterworth, tenía algunas amistades que ella conocía, y eso pareció dar a la situación un poco más de fundamento y seriedad. A ella no le gustaba conocer gente nueva, a menos que tuvieran «algo que aportar», y a menudo se aburría con la avalancha de personas, de toda clase y condición, que pasaban por la vida de Adrian. Ella «lo tenía todo» —estaba llena de cualidades y de encanto—, y el hecho de que alguien fuera una novedad no le parecía suficiente para ofrecerle eternamente lo que tenían.

Cuando se levantó media hora después para ir a ver a los niños, se alegró de que el episodio hubiera acabado. Hacía más frío en cubierta, y el ambiente era tan húmedo que casi parecía lluvia; era indudable que el barco se movía. Al abrir la puerta del camarote, le sorprendió encontrar al mozo de la limpieza sentado lánguidamente en su cama, con la cabeza en la almohada. El hombre la miró sin fuerzas, pero no hizo ademán de levantarse.

—Cuando acabe de dormir la siesta, vaya a buscar una funda limpia para la almohada —dijo Eva, enérgicamente.

Pero el hombre continuó inmóvil. Ella se dio cuenta de que tenía la tez verdosa.

—Si está mareado, no puede quedarse aquí —exclamó con firmeza—. Váyase a su camarote.

—Me duele el costado —respondió él, débilmente.

Intentó ponerse en pie, se le escapó un gemido bronco y volvió a desplomarse en la cama. Eva llamó a la camarera.

El barco empezó a cabecear y a balancearse con violencia, y ella no sintió compasión del mozo, lo único que quería es que se lo llevaran cuanto antes. Era vergonzoso que un miembro de la tripulación se mareara. Cuando llegó la camarera, intentó explicárselo; pero le zumbaba la cabeza, y, echándose en la cama, se tapó los ojos.

—Él tiene la culpa —protestó cuando vinieron a ayudar al hombre—. Yo estaba perfectamente, me he mareado al verlo. Ojalá se muera.

Adrian entró al cabo de unos minutos.

—¡Estoy mareada! —sollozó ella.

—¡Mi pobre tesoro! —Él se agachó, y la estrechó entre sus brazos—. ¿Por qué no me dijiste nada?

—Arriba estaba bien, pero había un mozo de la limpieza… Oh, estoy demasiado mareada para hablar.

—Será mejor que cenes en la cama.

—¿Cenar? ¡Qué horror!

Él esperó solícitamente, pero ella quería oír su voz, que ésta acallara el sonido quejumbroso de los baos.

—¿Dónde has estado?

—Ayudando a que la gente se apuntara en el torneo.

—¿Lo celebrarán aunque haga este tiempo? En ese caso, perderé por ti.

Adrian no contestó; al abrir los ojos, ella vio que estaba frunciendo el ceño.

—No sabía que quisieras jugar dobles —dijo.

—Bueno, sería la única gracia.

—Le he dicho a la joven D'Amido que jugaría con ella.

—¡Vaya!

—Ni lo pensé. Ya sabes que preferiría jugar contigo.

—Entonces, ¿por qué se lo dijiste? —preguntó Eva con frialdad.

—Ni se me pasó por la cabeza.

Ella recordó que en su luna de miel habían llegado a la final y ganado un premio. Los años pasaban. Pero Adrian solo fruncía el ceño con aquel aire compungido cuando se sentía un poco culpable. Tambaleándose por el camarote, sacó del baúl el traje para la cena; ella cerró los ojos.

Cuando un bandazo especialmente violento la despertó sobresaltada, Adrian se había vestido y estaba poniéndose la corbata. Parecía muy joven y vigoroso, y le brillaban los ojos.

—¿Qué tal? —preguntó—. ¿Te animas a venir?

—No.

—¿Necesitas algo antes de que me vaya?

—¿Dónde vas?

—He quedado con esos chicos en el bar. ¿Necesitas algo?

—No.

—Querida, odio dejarte así.

—No seas tonto. Solo necesito dormir.

Aquel solícito ceño fruncido… cuando ella sabía que se moría por salir del angosto camarote. Se alegró cuando él cerró la puerta. Lo que tenía que hacer era dormir, dormir.

Arriba… abajo… hacia un lado. ¡Cuidado, tan escorado no! ¡Enderézalo! Un balanceo, a la derecha… a la izquierda… ¡C…r…c! Una fuerte sacudida. Caemos en picado.

Unas horas después, Eva fue vagamente consciente de que Adrian se inclinaba sobre ella. Quería que la abrazase y la sacara de aquel incómodo letargo, pero, cuando se despertó, el camarote estaba vacío. Había ido a verla

y se había marchado. Cuando volvió a abrir los ojos, el camarote estaba oscuro y él dormía en la cama.

Amaneció un día frío y ventoso, y el mar estaba lo bastante en calma para que Eva decidiera levantarse. Desayunaron en el camarote y, con la ayuda de Adrian, ella se arregló lo mejor que pudo y los dos subieron a la cubierta de botes. El torneo de tenis había empezado, y una docena de cámaras de filmar para aficionados estaban en funcionamiento, pero casi todos los pasajeros eran bultos inertes sobre las tumbonas, al lado de unas bandejas que nadie probaba.

Adrian y la señorita D'Amido jugaron su primer partido. Ella jugaba con gracia y maestría; descaradamente bien. Había incluso más calidez que la víspera tras el color marfil de su piel. El primer oficial pasó por allí y se detuvo a hablar con ella; media docena de hombres que ni la conocían tres días antes la llamaban Betsy. Ya era la beldad de la travesía, el centro de atracción de los ojos hambrientos del barco.

Al cabo de un rato, Eva prefirió contemplar las gaviotas en las antenas de radio y el lento deslizamiento del cielo que giraba en lo alto. Casi todos los pasajeros resultaban ridículos con sus cámaras de filmar —las habían comprado apresuradamente y ahora no sabían qué hacer con ellas—, pero los marineros que pintaban los candeleros del bote salvavidas eran silenciosos, curtidos y solidarios, y lo más probable es que desearan, como ella, que terminase el viaje.

Butterworth se sentó en la cubierta al lado de su tumbona.

—Están operando a uno de los camareros. Tiene que ser terrible con un mar así.

—¿Operando? ¿Por qué? —preguntó Eva lánguidamente.

—Apendicitis. No han podido retrasar la intervención porque el tiempo va a empeorar.

—¡Pobre hombre! —exclamó ella, comprendiendo que se trataba de su mozo de la limpieza.

Adrian hacía gala de su gran amabilidad y cortesía en la pista.

—Lo siento. ¿Se ha hecho daño?… No, ha sido culpa mía… Será mejor que se ponga la chaqueta enseguida o cogerá un resfriado.

El partido finalizó, y habían ganado.

Acalorado y feliz, Adrian se acercó a la tumbona de Eva.

—¿Qué tal te encuentras?

—Fatal.

—Los ganadores van a celebrarlo en el bar —dijo él, como si quisiera disculparse.

—Voy con vosotros —le contestó, pero de pronto sintió náuseas y se desplomó de nuevo en la tumbona.

—Será mejor que te quedes. Te mandaré algo de beber.

Ella sintió que la trataba con un poco menos de dulzura.

—¿Volverás?

—¡Claro! Enseguida.

Eva se quedó sola en la cubierta de botes, si exceptuamos un oficial solitario que caminaba oblicuamente por el puente. Cuando llegó su cóctel, hizo un esfuerzo para beberlo y se sintió mejor. Intentando distraerse con cosas agradables, rememoró las animadas conversaciones que Adrian y ella habían tenido antes de embarcar: estaba la pequeña villa de Bretaña, los niños aprendiendo francés… era lo único que podía recordar: la pequeña villa de Bretaña, los niños aprendiendo francés; así que repitió estas palabras una y otra vez en su fuero interno, hasta que perdieron todo su sentido, como un anchuroso cielo blanco. De pronto no supo por qué estaban allí; se sintió desalentada, insignificante, y deseó que Adrian volviera enseguida, tierno y comprensivo, para tranquilizarla. Era con la esperanza de encontrar algún secreto para vivir en la belleza y la gracia, alguna compensación por haber perdido la irreflexiva confianza de los veintiún años, por lo que iban a pasar un año en Francia.

El día transcurrió oscuro y lluvioso, y se vieron menos pasajeros por el barco. Dieron las cinco, y todos volvían a estar reunidos en el bar; el señor Butterworth le hablaba de su pasado. Eva bebía alegremente *champagne*, pues le ayudaba a sentirse menos mareada, como si la causa del malestar fuera su alma plantando cara a ciertas incrustaciones antinaturales.

—Es usted la imagen que tengo en la cabeza de una diosa griega, físicamente —estaba diciendo Butterworth.

Era muy agradable ser la imagen de una diosa griega para el señor Butterworth, pero ¿dónde estaba Adrian? La señorita D’Amido y él se habían

ido a proa para que les salpicaran las olas. Eva se oyó prometer que sacaría sus colores y pintaría la Torre Eiffel en la camisa de Butterworth para la fiesta de esa noche.

Cuando Adrian y Betsy D'Amido, empapados, abrieron la puerta luchando contra un viento infernal y se encontraron al socaire que ofrecía la cubierta de paseo, se detuvieron y se miraron el uno al otro.

—¿Y bien? —dijo ella.

Él se quedó de espaldas al pasamanos, contemplándola, temeroso de decir nada. Ella también guardó silencio, pues quería que él hablase primero; así que, por unos instantes, no ocurrió nada. Luego la joven se acercó a él, y Adrian la estrechó entre sus brazos y le dio un beso en la frente.

—Te doy pena, eso es todo —ella empezó a llorar un poco—. Solo quieres ser amable conmigo.

—Me siento tan mal…

La voz de Adrian sonaba forzada y temblorosa.

—Entonces bésame.

La cubierta estaba vacía. Él se inclinó solícito hacia ella.

—Así no, bésame de verdad.

Adrian fue incapaz de recordar algo tan joven y tan puro como sus labios. La lluvia, al igual que lágrimas derramadas por él, resbalaba por sus mejillas brillantes y delicadas de porcelana. Ella era un ser virginal, y sus ojos eran apasionados.

—Te amo —susurró ella—. Es algo que no puedo evitar. La primera vez que te vi… no, en el barco no, hace un año… Grace Heally me llevó a un ensayo, y de pronto te pusiste en pie en la segunda fila y empezaste a decir a todos lo que tenían que hacer. Te escribí una carta y luego la rompí.

—Tenemos que irnos ya.

Ella lloraba cuando recorrieron la cubierta. De nuevo, imprudentemente, levantó la cara hacia él en la puerta de su camarote. A Adrian le latía el corazón con violencia cuando entró en el bar.

Agradeció que Eva apenas reparara en su presencia, o supiera siquiera que había estado fuera. Poco después fingió interesarse por lo que hacía.

—¿Qué es eso?

—Está pintando la torre Eiffel en la parte delantera de mi camisa para

esta noche —explicó Butterworth.

—Ya está —dijo Eva, dejando a un lado el pincel y limpiándose las manos.

—¿Qué tal ha quedado?

—Una *obra maestra*.

Eva recorrió con la mirada el grupo de admiradores, y sus ojos se detuvieron como si tal cosa en Adrian.

—Estás mojado. Ve a cambiarte.

—Ven conmigo.

—Quiero otro cóctel de *champagne*.

—Ya has bebido suficiente. Tenemos que vestirnos para la fiesta.

A regañadientes, cerró sus pinturas y fue delante de él.

—Stacomb ha reservado una mesa para nueve —comentó Adrian por el pasillo.

—Ese círculo de jovencitos —dijo ella con excesiva amargura—. ¡Vaya por Dios! Y tú pasándolo en grande… con una niña.

Tuvieron una larga discusión en el camarote, en la que ella se mostró desagradable y él evasivo, y que concluyó cuando el barco dio un cabeceo repentino y gigantesco; Eva, nerviosa sin su *champagne*, volvió a sentirse mareada. Después de tomar un cóctel en el camarote, decidieron ir a la fiesta; ella parecía creerle ahora, o le daba lo mismo.

Adrian se arregló enseguida; jamás se disfrazaba.

—Me voy arriba. No tardes mucho.

—Espérame, por favor; el barco se mueve tanto…

Él se sentó en la cama, disimulando su impaciencia.

—No te importa esperar, ¿verdad? No me apetece subir sola con esta vestimenta.

Estaba ajustándose un traje oriental que había alquilado al peluquero.

—Los barcos hacen que la gente enloquezca —señaló Eva—. Me parecen horribles.

—Sí —dijo él entre dientes, distraídamente.

—Cuando se mueve mucho, pienso que estoy en la copa de un árbol, balanceándome. Pero al final no hago otra cosa que engañarme, y acabo diciéndome que estoy cuerda cuando sé que no es cierto.

—Como sigas rumiando esas cosas, te volverás loca.

—Mira, Adrian —Eva levantó la sarta de perlas antes de cerrar el broche —. ¿No son preciosas?

Empujado por su impaciencia, Adrian tenía la sensación de que ella se movía por el camarote como una figura a cámara lenta. Al cabo de un rato preguntó:

—¿Vas a tardar mucho? Hace un calor horrible.

—¡Pues vete! —contestó Eva con vehemencia.

—No quiero…

—¡Vete, por favor! Me estás poniendo nerviosa con tantas prisas.

Como si la obedeciera a regañadientes, Adrian se marchó. Después de vacilar unos instantes, bajo un tramo de escalera y llamó a una puerta de la cubierta inferior.

—Betsy.

—Un momento.

La joven salió al pasillo con un chaquetón y unos pantalones rojos que le había prestado al ascensorista.

—¿Crees que tendrá pulgas? —preguntó—. Llevo un montón de ropa debajo por si acaso.

—Tenía que verte —se apresuró a decir él.

—Cuidado —susurró ella—. La señora Worden, que se supone que es mi carabina, se aloja ahí enfrente. Está enferma.

—Y yo estoy enfermo de amor por ti.

Los dos se besaron apasionadamente, abrazados en el angosto pasillo, balanceándose con el barco.

—No te vayas —dijo ella en voz baja.

—Tengo que hacerlo. Tengo…

La juventud de ella pareció embargar sus sentidos; y se abandonó a un delicado éxtasis romántico que trascendía a la pasión. No podía renunciar a aquello; había descubierto algo que creía haber perdido para siempre con su juventud. Mientras avanzaba por el pasillo, comprendió que había dejado de pensar, que ya no se atrevería a pensar.

Se encontró con Eva cuando iba a entrar en el bar.

—¿Dónde has estado? —preguntó ella con una sonrisa forzada.

—Quería ver si estaba en orden lo de nuestra mesa.

Ella estaba preciosa; su elegancia serena triunfó sobre aquel disfraz tan anodino e hizo resurgir en él la aprobación y el orgullo. Los dos se sentaron en una mesa.

El temporal arreciaba, y el hecho de cruzar el pasillo se había vuelto una empresa bastante ardua. En todos los camarotes amarraron los baúles a los lavamanos; y muchas damas con los nervios alterados, que, maltrechas y mareadas, daban bandazos en la cama, recordaron la tragedia del Vestris con todo detalle. En la sala de fumadores, un corpulento caballero se había caído violentamente de espaldas y tenía un gran corte en la cabeza; y las sillas y las mesas más ligeras estaban apiladas y trincadas a los mamparos.

Había unos dieciséis pasajeros que se habían disfrazado y cenaban juntos. El único requisito que les faltaba para ser socios de aquel club era la pericia de llegar a la sala de fumadores. Había desde un abogado de Groton-Harvard[80] hasta un inculto corredor de bolsa, al que habían apodado Gyp the Blood[81], pero las distinciones habían desaparecido; en aquel momento eran samuráis, elegidos entre varios cientos por su victoriosa resistencia al temporal.

La cena de gala, sobre la que colgaban sarcásticamente faroles y banderines, se vio interrumpida por violentos desplazamientos colectivos por el salón, huidas precipitadas y vino derramado, mientras el transatlántico rugía y se quejaba de ser, bajo su panoplia de palacio, un barco después de todo. En la cubierta de arriba, una docena de parejas intentaban bailar, arrastrando los pies y galopando de un lado para otro en una especie de fandango enloquecido, sometidos a una voluntad que no era suya. Dado el tormento que padecían cientos de pasajeros en las cubiertas de abajo, aquello era un tanto indecente, como armar una juerga en una casa que estuviera de luto; no tardó en dirigirse al bar una partida de los cada vez menos numerosos supervivientes.

Al llegar la noche, la sensación de irrealidad de Eva aumentó. Adrian había desaparecido —probablemente con la señorita D'Amido—; y su imaginación, confusa por el mareo y el *champagne*, empezó a exagerar la importancia de este hecho. La irritación se convirtió poco a poco en un sentimiento oscuro de ira, amargura y desesperación que la corroía por

dentro. Nunca había intentado atar a Adrian, jamás lo había necesitado, pues eran personas serias, con toda clase de intereses comunes, y estaban muy a gusto juntos, pero aquello era incumplir su contrato, algo cruel. ¿Cómo podía pensar que ella no se daba cuenta?

Le pareció que habían pasado horas cuando Adrian se apoyó en la silla del bar, donde ella daba a otra mujer una intensa charla sobre niños pequeños.

—Eva, será mejor que nos vayamos a la cama —dijo él.

Ella frunció los labios.

—Para dejarme allí y luego regresar con tu jovencita de dieciocho años.

—¡Cállate…!

—No, no iré a acostarme.

—Como quieras. Buenas noches.

El tiempo transcurrió y los comensales cambiaron. Los camareros querían cerrar la sala; y cuando Eva pensó en Adrian, su Adrian, diciendo cosas tiernas a una preciosa joven, se echó a llorar.

—Pero si está en la cama —le aseguraron sus últimos acompañantes—. Hemos visto cómo se marchaba.

Ella movió la cabeza. Sabía lo que pasaba mejor que nadie. Había perdido a Adrian. El largo sueño de siete años se había roto. Lo más probable es que fuera un castigo por algo que había hecho; cuando le asaltó esta idea, sintió que los crujidos del maderamen empezaban a murmurar lo que finalmente había adivinado. La causa de todo era lo egoísta que había sido con su madre, que se oponía a su boda con Adrian; así como todos los pecados y omisiones de su vida. Se puso en pie, diciendo que necesitaba salir para tomar un poco el aire.

La cubierta estaba oscura y empapada por la lluvia y el viento. El barco cabeceaba violentamente a través de los valles, huyendo de las montañas negras que se abalanzaban rugiendo sobre él. Al contemplar la noche, Eva comprendió que lo único que podía salvarlos era que ella expiara sus culpas y se ganara el favor de la tempestad. Era el amor de Adrian lo que se exigía de ella. Deliberadamente, se quitó el collar de perlas, se lo llevó a los labios —sabía que con él desaparecían los años más felices y hermosos de su vida—, y lo arrojó al mar.

III

Adrian se despertó a la hora de comer, pero supo que un sonido más fuerte que una campanada había interrumpido su profundo sueño. Entonces advirtió que el baúl se había soltado y andaba dando tumbos entre un armario y la cama de Eva. Con una exclamación, se levantó de un salto, pero ella estaba sana y salva, profundamente dormida sin haberse quitado aún el disfraz. Cuando el camarero le ayudó a trincar el baúl, Eva abrió solo un ojo.

—¿Qué tal estás? —preguntó Adrian, sentándose en su cama.

Ella cerró el ojo, y lo abrió de nuevo.

—Estamos en medio de un huracán —señaló él—. El camarero dice que el peor que ha visto en veinte años.

—Mi cabeza —se quejó ella—. Sujétame la cabeza.

—¿Cómo?

—Por delante. No veo nada. Creo que me estoy muriendo.

—¡Qué tontería! ¿Llamo al médico?

Un pequeño y extraño jadeo de ella asustó a Adrian; pulsó el timbre, y mandó al camarero en busca del médico.

El joven doctor apareció pálido y agotado. Tenía una barba incipiente. Apenas inclinó la cabeza para saludarlos, y, volviéndose hacia Adrian, dijo con muy pocas ceremonias:

—¿Qué ocurre?

—Mi mujer no se siente bien.

—Bueno, qué quiere usted… ¿bromuro?

Algo contrariado por su brusquedad, Adrian dijo:

—Será mejor que la examine para ver lo que necesita.

—Necesita bromuro —respondió el médico—. He dado órdenes de que no le sirvan más alcohol a bordo.

—¿Por qué no? —preguntó Adrian, estupefacto.

—¿No sabe lo que pasó anoche?

—No, estaba dormido.

—La señora Smith estuvo vagando una hora por el barco sin saber lo que hacía. Un marinero recibió la orden de seguirla; y, cuando la enfermera trató

de acompañarla al camarote, su mujer la insultó.

—¡Santo Cielo! —exclamó Eva, débilmente.

—La enfermera y yo hemos pasado toda la noche levantados con el camarero Carton, que ha fallecido esta mañana —dijo el médico, cogiendo su maletín—. Le enviaré bromuro para la señora Smith. Adiós.

Durante unos minutos reinó el silencio en el camarote. Luego Adrian se apresuró a abrazar a su mujer.

—No te preocupes. Ya lo arreglaremos.

—Ahora lo recuerdo —la voz de ella era un susurro atemorizado—. Mis perlas. Las arrojé por la borda.

—¿Que las arrojaste por la borda?

—Entonces empecé a buscarte.

—Pero si yo estaba en la cama.

—Pensaba que no era cierto… que estabas con esa chica.

—Se cayó redonda en la cena. Yo estaba dormitando aquí.

Con el ceño fruncido, Adrian llamó al timbre y pidió al camarero que les llevara el almuerzo y una botella de cerveza.

—Lo siento, señor, pero no podemos servir cerveza en su camarote.

Cuando el hombre se marchó, Adrian explotó:

—Esto es un atropello. Solo estabas trastornada por la tormenta, no pueden ser tan prepotentes. Hablaré con el capitán.

—¿No es espantoso? —dijo Eva en voz baja—. Ese pobre camarero ha muerto.

Se dio la vuelta y empezó a sollozar en la almohada. Alguien llamó a la puerta.

—¿Puedo pasar?

El perseverante señor Butterworth, impecable y con un aire sorprendentemente saludable, entró en aquel camarote que tanto le atraía.

—Bueno, ¿qué tal se encuentra la mística? —preguntó, refiriéndose a Eva —. ¿Se acuerda de cómo rezaba a los elementos ayer por la noche en el bar?

—No quiero recordar nada de ayer por la noche.

Le contaron lo de la enfermera, y, al hablar de ello, la situación les pareció más graciosa; los tres se rieron juntos.

—Voy a buscarle una cerveza para el almuerzo —dijo Butterworth—.

Deberían subir a la cubierta.

—No se vaya —le pidió Eva—. Es usted tan divertido y tan encantador.

—Puedo quedarme diez minutos.

Cuando su visitante se marchó, Adrian llamó al timbre para que les prepararan dos baños.

—Nos pondremos nuestras mejores galas y daremos tres vueltas orgullosamente por la cubierta —dijo.

—Sí —contestó ella; e, instantes después, añadió distraída—: Me gusta ese joven. Anoche fue adorable conmigo cuando tú desapareciste.

El camarero encargado de los baños les comunicó lo peligroso que sería bañarse con aquel tiempo. Estaban en el centro del huracán más violento de los últimos diez años en el Atlántico Norte; dos pasajeros se habían roto el brazo aquella mañana al intentar tomar un baño caliente. Una dama de edad avanzada se había caído por la escalera, y no se esperaba que sobreviviera. Además habían recibido señales de socorro de varios barcos en las últimas horas.

—¿Acudiremos en su ayuda?

—Todos navegan detrás de nosotros, señor, así que tenemos que dejárselos al Mauretania. Si tratáramos de dar la vuelta con este mar, los portillos se romperían.

Aquel despliegue de calamidades minimizó sus propios problemas. Después de tomar una especie de almuerzo y de beber la cerveza que les había conseguido Butterworth, se vistieron y subieron a cubierta.

A pesar de que solo se podía avanzar muy poco a poco, agarrados a un cabo o al pasamanos, se veía más gente que la víspera. El miedo les había empujado a salir de su camarote, donde los baúles iban de acá para allá y las olas azotaban los portillos, convencidos de que, en cualquier momento, les avisarían para ponerse a salvo en los botes. De hecho, cuando Adrian y Eva estaban en la cubierta transversal encima de la segunda clase, hubo un toque de campana, al que siguió una reunión de camareros en la cubierta inferior. Pero el barco estaba a salvo, había sobrevivido a uno de sus tripulantes: el camarero James Carton iba a recibir sepultura en el mar.

Fue una ceremonia muy británica y muy triste. Había varias filas de hombres y mujeres firmes y disciplinados bajo una lluvia torrencial, y un

bulto bajo la bandera del Imperio que ha vivido junto al mar. El sobrecargo leyó el oficio religioso, se cantó un himno, y el cuerpo se precipitó en el huracán. Eva estalló en llanto ante ese humilde final, y una última cuerda pareció romperse en su interior. La verdad es que ya no le importaba. Respondió con entusiasmo cuando Butterworth propuso llevar *champagne* a su camarote. A Adrian le preocupaba su estado de ánimo; Eva no estaba acostumbrada a beber tanto, y él no sabía lo que debía hacer. Cuando le sugirió que durmieran, ella se limitó a reír; y el bromuro que el médico había enviado seguía intacto sobre el lavamanos. Fingiendo que escuchaba las trivialidades de varios señores Stacomb, Adrian la vigilaba; para su sorpresa y malestar parecía haber una gran intimidad e incluso algo sentimental entre Butterworth y ella, y se preguntó si no sería una forma de vengarse de él por ser tan atento con Betsy D'Amido.

El camarote lleno de humo, el sonido incesante de las voces, el cese de toda actividad, la espera del final de la tempestad estaban alterando sus nervios. Solo llevaban cuatro días embarcados; parecía un año.

Los dos señores Stacomb se marcharon al fin, pero Butterworth seguía allí. Eva le estaba pidiendo otra botella de *champagne*.

—Ya hemos bebido suficiente —protestó Adrian—. Deberíamos acostarnos.

—¡No pienso acostarme! —exclamó ella—. ¡Estás loco! Tonteas por ahí todo lo que quieres, y luego, cuando yo encuentro a alguien que… que me gusta, pretendes que me vaya a la cama.

—Estás histérica.

—Al contrario, jamás he estado más cuerda.

—Creo que será mejor que se vaya, Butterworth —dijo Adrian—. Eva no sabe lo que dice.

—No se irá, no dejaré que lo haga —Eva cogió la mano de Butterworth con vehemencia—. Es la única persona que ha sido medio decente conmigo.

—Será mejor que se vaya, Butterworth —repitió Adrian.

El joven lo miró indeciso.

—Me parece que es usted injusto con su mujer —se aventuró a decir.

—Mi mujer está fuera de sí.

—Eso no es motivo para intimidarla.

Adrian perdió los estribos.

—¡Lárguese de aquí! —gritó.

Los dos hombres se miraron unos segundos en silencio. Después Butterworth se volvió hacia Eva y, antes de salir del camarote, dijo:

—Volveré más tarde.

—Eva, tienes que calmarte —exclamó Adrian cuando se cerró la puerta.

Ella no respondió, y lo miró malhumorada, con los ojos medio cerrados.

—Pediré que nos traigan la cena y después intentaremos dormir un poco.

—Voy a subir para enviar un mensaje por radio.

—¿A quién?

—A algún abogado parisino. Quiero el divorcio.

A pesar de su irritación, Adrian se rió.

—No seas tonta.

—Entonces quiero ver a los niños.

—Bueno, vete a verlos. Yo pediré la cena.

Adrian esperó veinte minutos a que volviera. Luego abrió con impaciencia la puerta al otro lado del pasillo; la niñera le dijo que la señora Smith no había entrado.

Presintiendo repentinamente una desgracia, corrió escaleras arriba, miró en el bar, en los salones, incluso llamó a la puerta de Butterworth. Luego dio una vuelta apresurada por las cubiertas, avanzando entre los negros rociones y la lluvia. Un marinero le dio el alto junto a la estiba de los cabos.

—Hay órdenes de que no pase nadie, señor. Una ola ha llegado hasta la sala de telegrafía.

—¿Ha visto a una señora?

—Había una señora joven por aquí… —Se detuvo y miró a uno y otro lado—. Bueno, ya se ha ido.

—¡Ha subido por la escalera! —dijo Adrian con inquietud—. ¡Va a la sala de telegrafía!

El marinero corrió a la cubierta de botes. Tropezando y resbalándose, Adrian fue tras él. Mientras saltaba la escalera que conducía a los camarotes, una enorme masa de agua golpeó el barco con asombrosa violencia; cuando éste escoró un ángulo de cuarenta y cinco grados, Adrian salió rodando por la cubierta empapada y chocó, aturdido y magullado, con un candelero.

—¡Eva! —gritó.

Su voz resultaba inaudible en medio de la negra tempestad. Sobre la ventana mal iluminada de la sala de telegrafía, vio cómo el marinero seguía adelante.

—¡Eva!

El viento lo empujó al igual que una vela contra uno de los botes salvavidas. Entonces se oyó otro estruendo espantoso, y en lo alto, por encima incluso del mismo barco, vio una gigantesca ola blanca y centelleante; y, en la fracción de segundo que se irguió sobre ellos, advirtió que Eva estaba a seis metros, junto a un manguerote de ventilación. Separándose del candelero, trató desesperadamente de llegar hasta ella, en el preciso instante en que la ola rompía con un rugido estremecedor. Un metro y medio de agua les pasó por encima de la cabeza, barriendo la cubierta con enorme brutalidad; y el mar arrastró un cuerpo humano, que él abrazó con frenesí, antes de arrojar a ambos contra el pasamanos. Adrian sintió el golpetazo, pero siguió aferrado a su carga; y, cuando el barco se adrizó lentamente, los dos, fuertemente enlazados, rodaron por las tablas mojadas de la cubierta. Por unos instantes no supo más.

IV

Dos días después, mientras el tren se dirigía tranquilamente al sur, con destino a París, Adrian intentó que sus hijos contemplaran el paisaje normando por la ventanilla.

—Es precioso —les aseguró—. Las pequeñas granjas parecen de juguete. ¡Por el amor de Dios! ¿Por qué no miráis?

—Prefiero el barco —dijo Estelle.

Sus padres se cruzaron una mirada infanticida.

—Aún siento el balanceo —exclamó Eva, estremeciéndose—. ¿Tú no?

—No. No sé por qué, todo me parece muy lejano. Tuve la sensación de que no conocía a los pasajeros cuando pasamos por la aduana.

—La mayoría de ellos ni habían salido del camarote.

Él vaciló antes de continuar.

—Por cierto, he pagado en efectivo el cheque de Butterworth.

—Qué tonto eres. Ya puedes despedirte de ese dinero.

—Tenía que estar muy desesperado para recurrir a mí.

Una joven pálida y lánguida, que iba por el pasillo, los reconoció y se asomó a la puerta.

—¿Qué tal están?

—Fatal.

—Yo también —dijo la señorita D'Amido—. Dudo que mi prometido me reconozca en la Gare du Nord. ¿Saben que dos olas llegaron hasta la sala de telegrafía?

—Lo hemos oído —respondió Adrian secamente.

La joven siguió andando grácilmente por el pasillo y salió de sus vidas.

—Lo único real es que nada de eso ocurrió —dijo Adrian poco después —. Fue una pesadilla… una pesadilla horrorosa.

—Entonces, ¿dónde están mis perlas?

—Querida, hay perlas mucho mejores en París. Yo me encargaré de ellas. Estoy convencido de fuiste tú quien salvó el barco.

—Adrian, no conozcamos nunca a nadie más. Solos tú y yo… juntos para siempre.

Él puso la mano de Eva debajo de la suya, y se sentaron más cerca el uno del otro.

—¿Quiénes eran esos señores Smith que iban en el barco? —preguntó Adrian—. Yo no, desde luego.

—Ni yo.

—Eran otras dos personas —dijo él, convencido en su fuero interno—. Hay tantos Smith en el mundo.

Apuestas

Roald Dahl
(1952)

Traducción: Carmelina Payá y Antonio Samons

ROALD DAHL (1916-1990) nació en Cardiff (Gales) de padres noruegos, que lo llamaron así en honor del explorador polar Roald Amundsen, un héroe nacional en su país. En 1939 se unió a la Royal Air Force y combatió en la Segunda Guerra Mundial. No iniciaría su carrera literaria hasta 1942, cuando fue destinado a Washington. Lo primero que publicó, animado por C. S. Forester (autor de la saga protagonizada por Horacio Hornblower), fue un relato breve titulado «Pan comido», que apareció en el *Saturday Evening Post* en agosto de ese mismo año. Conocido sobre todo por sus libros infantiles, Roald Dahl escribió algunas de las historias para niños más amadas del siglo XX, tales como *James y el melocotón gigante* (1961), *Charlie y la fábrica de chocolate* (1964), *La maravillosa medicina de Jorge* (1981), *Las brujas* (1983) y *Matilda* (1988). Sus cuentos para adultos, recopilados en volúmenes como *El gran cambiazo* (1974), *Historias extraordinarias* (1977), *Relatos de lo inesperado* (1979) y *Mi tío Oswald* (1979) ponen de manifiesto su maravilloso ingenio, su destreza narrativa, su humor negro y su inagotable capacidad de sorpresa. Estuvo treinta años casado con la actriz Patricia Neal, con la que tuvo cinco hijos. Murió de leucemia a los setenta y cuatro años.

«Apuestas» («Dip in the Pool») es un macabro y divertido relato que se publicó por primera vez el 19 de enero de 1952 en *The New Yorker*. Un año después se incluiría en el volumen *Someone Like You*, (Alfred Knopf, Nueva York). Más tarde, en 1979, sería uno de los dieciséis relatos que compondrían *Relatos de lo inesperado*.

Apuestas

En la mañana del tercer día el mar se calmó. Hasta los pasajeros más delicados —los que no habían salido desde que el barco partió—, abandonaron sus camarotes y fueron al puente, donde el camarero les dio sillas y puso en sus piernas confortables mantas. Allí se sentaron frente al pálido y tibio sol de enero.

El mar había estado bastante movido los dos primeros días y esta repentina calma y sensación de confort habían creado una agradable atmósfera en el barco. Al llegar la noche, los pasajeros, después de dos horas de calma, empezaron a sentirse comunicativos y a las ocho de aquella noche el comedor estaba lleno de gente que comía y bebía con el aire seguro y complaciente de los auténticos marineros.

Hacia la mitad de la cena los pasajeros se dieron cuenta, por un ligero balanceo de sus cuerpos y sillas, de que el barco empezaba a moverse otra vez. Al principio fue muy suave, un ligero movimiento hacia un lado, luego hacia el otro, pero fue lo suficiente para causar un sutil e inmediato cambio de humor en la estancia. Algunos pasajeros levantaron la vista de su comida, dudando, esperando, casi oyendo el movimiento siguiente, sonriendo nerviosos y con una mirada de aprensión en los ojos. Algunos parecían despreocupados, otros estaban decididamente tranquilos, e induso hacían chistes acerca de la comida y del tiempo, para torturar a los que estaban asustados. El movimiento del barco se hizo de repente más y más violento y cinco o seis minutos después de que el primer movimiento se hiciera patente,

el barco se tambaleaba de una parte a otra y los pasajeros se agarraban a sus sillas y a los tiradores como cuando un coche toma una curva.

Finalmente el balanceo se hizo muy fuerte y el señor William Botibol, que estaba sentado a la mesa del sobrecargo, vio su plato de rodaballo con salsa holandesa deslizarse lejos de su tenedor. Hubo un murmullo de excitación mientras todos buscaban platos y vasos. La señora Renshaw, sentada a la derecha del sobrecargo, dio un pequeño grito y se agarró al brazo del caballero.

—Va a ser una noche terrible —dijo el sobrecargo, mirando a la señora Renshaw—, me parece que nos espera una buena noche.

Hubo un matiz raro en su modo de decirlo.

Un camarero llegó corriendo y derramó agua en el mantel, entre los platos. La excitación creció. La mayoría de los pasajeros continuaron comiendo. Un pequeño número, que incluía a la señora Renshaw, se levantó y echó a andar con rapidez, dirigiéndose hacia la puerta.

—Bueno —dijo el sobrecargo—, ya estamos otra vez igual.

Echó una mirada de aprobación a los restos de su rebaño, que estaban sentados, tranquilos y complacientes, reflejando en su cara ese extraordinario orgullo que los pasajeros parecen tener, al ser reconocidos como buenos marineros.

Cuando terminó la comida y se sirvió el café, el señor Botibol, que tenía una expresión grave y pensativa desde que había empezado el movimiento del barco, se levantó y puso su taza de café en el sitio que había ocupado la señora Renshaw, al lado del sobrecargo. Se sentó en su silla e inmediatamente se inclinó hacia él, susurrándole al oído:

—Perdón, ¿me podría decir una cosa, por favor?

El sobrecargo, hombre pelirrojo, pequeño y grueso, se inclinó para poder escucharle.

—¿Qué ocurre, señor Botibol?

—Lo que quiero saber es lo siguiente…

Al observarlo, el sobrecargo vio la inquietud que se reflejaba en el rostro del hombre.

—¿Sabe usted si el capitán ha hecho ya la estimación del recorrido para las apuestas del día? Quiero decir, antes de que empezara la tempestad.

El sobrecargo, que se había preparado para recibir una confidencia personal, sonrió y se echó hacia atrás, haciendo descansar su cuerpo.

—Creo que sí, bueno… sí —contestó.

No se molestó en decirlo en voz baja, aunque automáticamente bajó el tono de voz como siempre que se responde a un susurro.

—¿Cuándo cree usted que la ha hecho?

—Esta tarde. Él siempre hace eso por la tarde.

—Pero ¿a qué hora?

−¡No lo sé! A las cuatro, supongo.

−Bueno, ahora dígame otra cosa. ¿Cómo decide el capitán cuál será el número? ¿Se lo toma en serio?

El sobrecargo miró al inquieto rostro del señor Botibol y sonrió, adivinando lo que el hombre quería averiguar.

−Bueno, el capitán celebra una pequeña conferencia con el oficial de navegación, en la que estudian el tiempo y muchas otras cosas, y luego hacen el parte.

El señor Botibol asintió con la cabeza, ponderando esta respuesta durante algunos momentos. Luego dijo:

−¿Cree que el capitán sabía que íbamos a tener mal tiempo hoy?

—No tengo ni idea —replicó el sobrecargo.

Miró los pequeños ojos del hombre, que tenían reflejos de excitación en el centro de sus pupilas.

—No tengo ni idea, no se lo puedo decir porque no lo sé.

−Si esto se pone peor, valdría la pena comprar algunos números bajos. ¿No cree?

El susurro fue más rápido e inquieto.

—Quizá sí —dijo el sobrecargo—. Dudo que el viejo apostara por una noche tempestuosa. Había mucha calma esta tarde, cuando ha hecho el parte.

En la mesa los demás habían dejado de hablar y escuchaban al sobrecargo mirándolo con esa mirada intensa y curiosa que se observa en las carreras de caballos, cuando se trata de escuchar a un entrenador hablando de su suerte: los ojos medio cerrados, las cejas levantadas, la cabeza hacia delante y un poco inclinada a un lado. Esa mirada medio hipnotizada que se dirige a una persona que habla de cosas que no conoce bien.

—Bien, supongamos que a usted se le permitiera comprar un número. ¿Cuál escogería hoy? —susurró el señor Botibol.

—Todavía no sé cuál es la clasificación —contestó pacientemente el sobrecargo—, no se anuncia hasta que empieza la apuesta después de la cena. De todas formas no soy un experto, soy solo el sobrecargo.

En este punto el señor Botibol se levantó.

—Perdónenme —dijo, y se marchó abriéndose camino entre las mesas.

Varias veces tuvo que cogerse al respaldo de una silla para no caerse, por culpa de uno de los bandazos del barco.

—Al puente, por favor —dijo al ascensorista.

El viento le dio en pleno rostro cuando salió al puente. Se tambaleó y se agarró a la barandilla con ambas manos. Allí se quedó mirando al negro mar, las grandes olas que se curvaban ante el barco, llenándolo de espuma al chocar contra él.

—Hace muy mal tiempo, ¿verdad, señor? —comentó el ascensorista cuando bajaban.

El señor Botibol se estaba peinando con un pequeño peine rojo.

—¿Cree que hemos disminuido la velocidad a causa del tiempo? —preguntó.

—¡Oh, sí, señor! La velocidad ha disminuido considerablemente al empezar el temporal. Se debe reducir la velocidad cuando el tiempo es tan malo, porque los pasajeros se caerían del barco.

Abajo, en el salón, la gente empezó a reunirse para la subasta. Se agruparon en diversas mesas, los hombres un poco incómodos, enfundados en sus trajes de etiqueta, bien afeitados y al lado de sus mujeres, cuidadosamente arregladas. El señor Botibol se sentó a una mesa, cerca del que dirigía las apuestas. Cruzó las piernas y los brazos y se sentó con el aire despreocupado del hombre que ha decidido algo muy importante y no quiere tener miedo.

La apuesta, se dijo a sí mismo, sería aproximadamente de siete mil dólares, o al menos ésa había sido la cantidad de los dos días anteriores. Como el barco era inglés, esta cifra sería su equivalente en libras, pero le gustaba pensar en el dinero de su propio país, siete mil dólares era mucho dinero, mucho. Lo que haría sería cambiarlo en billetes de cien dólares, los

llevaría en el bolsillo posterior de su chaqueta; no era un obstáculo. Inmediatamente compraría un Lincoln descapotable, lo recogería y lo llevaría a casa con la ilusión de ver la cara de Ethel cuando saliera a la puerta y lo viera. Sería maravilloso ver la cara que pondría cuando él saliera de un Lincoln descapotable último modelo, color verde claro.

«¡Hola, Ethel, cariño! —Diría, hablando, sin darle importancia a la cosa —. Te he traído un pequeño regalo. Lo vi en el escaparate al pasar y pensé que tú siempre deseaste uno. ¿Te gusta el color, cariño?» Luego la miraría.

El subastador estaba de pie detrás de la mesa.

—¡Señoras y señores! —gritó—, el capitán ha calculado el recorrido del día, que terminará mañana al mediodía; en total son quinientas quince millas. Como de costumbre, tomaremos los diez números que anteceden y siguen a esta cifra, para establecer la escala; por lo tanto serán entre quinientas cinco y quinientas veinticinco; y naturalmente, para aquellos que piensen que el verdadero número está más lejos, habrá un «punto bajo» y un «punto alto» que se venderán por separado. Ahora sacaré los primeros del sombrero… Aquí están… ¿Quinientos doce?

No se oyó nada. La gente observaba al subastador desde sus asientos; había cierta tensión en el aire y, al ir subiendo las apuestas, la tensión fue aumentando. Esto no era un juego: la prueba estaba en las miradas que dirigía un hombre a otro cuando éste subía la apuesta que el primero había hecho; solo los labios sonreían, los ojos estaban brillantes y un poco fríos.

El número quinientos doce fue comprado por ciento diez libras. Los tres o cuatro números siguientes alcanzaron cifras aproximadamente iguales.

El barco se movía mucho y cada vez que daba un bandazo los paneles de madera crujían como si fueran a partirse. Los pasajeros se cogían a los brazos de las sillas, concentrándose al mismo tiempo en la subasta.

−Punto bajo —gritó el subastador—, el próximo número es el punto más bajo.

El señor Botibol tenía todos los músculos en tensión. Esperaría, decidió, hasta que los otros hubiesen acabado de apostar, luego se levantaría y haría la última apuesta. Se imaginaba que tendría por lo menos quinientos dólares en su cuenta bancaria, quizá seiscientos. Esto equivaldría a unas doscientas libras, más de doscientas. El próximo boleto no valdría más de esa cantidad.

—Como ya saben todos ustedes —estaba diciendo el subastador—, el punto bajo incluye cualquier número por debajo de quinientos cinco. Si ustedes creen que el barco va a hacer menos de quinientas millas en veinticuatro horas, o sea hasta mañana al mediodía, compren este número. ¿Qué apuestan?

Se subió hasta ciento treinta libras. Además del señor Botibol, había algunos que parecían haberse dado cuenta de que el tiempo era tormentoso. Ciento cincuenta… Ahí se paró. El subastador levantó el martillo.

−Van ciento cincuenta…

—¡Sesenta! —dijo el señor Botibol.

Todas las caras se volvieron para mirarle.

−¡Setenta!

—¡Ochenta! —gritó el señor Botibol.

—¡Noventa!

—¡Doscientas! —dijo el señor Botibol, que no estaba dispuesto a ceder.

Hubo una pausa.

—¿Hay alguien que suba a más de doscientas libras?

«Quieto —se dijo—, no te muevas ni mires a nadie, eso da mala suerte. Contén la respiración. Nadie subirá la apuesta si contienes la respiración.»

−Van doscientas libras…

El subastador era calvo y las gotas de sudor le resbalaban por su pelada cabeza.

−¡Uno…!

El señor Botibol contuvo la respiración.

—¡Dos…! ¡Tres!

El hombre golpeó la mesa con el martillo. El señor Botibol firmó un cheque y se lo entregó al asistente del subastador, luego se sentó en una silla a esperar que todo terminara. No quería irse a la cama sin saber lo que se había recaudado.

Cuando se hubo vendido el último número lo contaron todo y resultó que habían reunido unas mil cien libras, o sea, seis mil dólares. El noventa por ciento era para el ganador y el diez por ciento era para las instituciones de caridad de los marineros. El noventa por ciento de seis mil eran cinco mil cuatrocientas; bien, era suficiente. Compraría el Lincoln descapotable y aún

le sobraría. Con estos gloriosos pensamientos se marchó a su camarote feliz y contento dispuesto a dormir toda la noche.

Cuando el señor Botibol se despertó a la mañana siguiente, se quedó unos minutos con los ojos cerrados, escuchando el temporal, esperando el movimiento del barco. No había señal alguna de temporal y el barco no se movía lo más mínimo. Saltó de la cama y miró por el ojo de buey. ¡Dios mío! El mar estaba como una balsa de aceite, el barco avanzaba rápidamente, tratando de ganar el tiempo perdido durante la noche. El señor Botibol se sentó lentamente en el borde de su litera. Un relámpago de temor empezó a recorrerle la piel y a encogerle el estómago. Ya no había esperanza, un número alto ganaría la apuesta.

—¡Oh, Dios mío! —dijo en voz alta—. ¿Qué voy a hacer?

¿Qué diría Ethel, por ejemplo? Era sencillamente imposible explicarle que se había gastado la casi totalidad de lo ahorrado los dos últimos años en comprar un *ticket* para la subasta. Decirle eso equivalía a exigirle que no siguiera firmando cheques. ¿Y qué pasaría con los plazos del televisor y de la *Enciclopedia británica*? Ya le parecía estar viendo la ira y el reproche en los ojos de la mujer, el azul convirtiéndose en gris y los ojos mismos achicándosele como siempre les ocurría cuando se colmaban de ira.

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué puedo hacer?

No cabía duda de que ya no tenía la menor posibilidad, a menos que el maldito barco empezase a ir marcha atrás. Tendrían que volver y marchar a toda velocidad en sentido contrario: si no, no podía ganar. Bueno, quizá podría hablar con el capitán y ofrecerle el diez por ciento de los beneficios, o más si él accedía.

El señor Botibol empezó a reírse, pero de repente se calló y sus ojos y su boca se abrieron en un gesto de sorpresa porque en aquel preciso momento le había llegado la idea. Dio un brinco de la cama, terriblemente excitado, fue hacia la ventanilla y miró fuera.

«Bien —pensó—. ¿Por qué no?» El mar estaba en calma y no no sería difícil mantenerse a flote hasta que le recogieran. Tenía la vaga sensación de que alguien ya había hecho esto anteriormente, lo cual no impedía que él hiciera lo mismo. El barco tendría que parar y lanzar un bote y el bote tendría que retroceder quizá media milla para alcanzarlo. Luego tendría que volver al

barco y ser izado a bordo, esto requeriría por lo menos una hora. Una hora eran unas treinta millas y así haría disminuir la estimación del día anterior. Entonces entrarían en el punto bajo y ganaría. Lo único importante sería que alguien le viera caer; pero esto era fácil de arreglar. Tendría que llevar un traje ligero, algo fácil para poder nadar. Un traje deportivo, eso es. Se vestiría como si fuera a jugar al frontón, una camisa, unos pantalones cortos y zapatos de tenis. ¡Ah!, y dejar el reloj.

¿Qué hora era? Las nueve y quince minutos. Cuanto más pronto mejor. «Hazlo ahora y quítate ese peso de encima. Tienes que hacerlo pronto porque el tiempo límite es el mediodía.»

El señor Botibol estaba asustado y nervioso cuando subió al puente vestido con su traje deportivo. Su cuerpo pequeño se ensanchaba en las caderas y los hombros eran extremadamente estrechos. El conjunto tenía la forma de una pera. Las piernas, blancas y delgadas, estaban cubiertas de pelos muy negros.

Salió cautelosamente al puente y miró a un lado y otro. Solo había una persona a la vista, una mujer de mediana edad, un poco gruesa, que estaba apoyada en la barandilla mirando al mar. Llevaba puesto un abrigo de cordero persa con el cuello subido de tal forma que era imposible distinguir su cara.

La empezó a examinar concienzudamente desde lejos. Sí, se dijo, ésta, probablemente, servirá. Éra casi seguro que daría la alarma enseguida. «Pero espera un momento, tómate tiempo, William Botibol. ¿Recuerdas lo que pensabas hacer hace unos minutos en el camarote, cuando te estabas cambiando? ¿Lo recuerdas?»

El pensamiento de saltar del barco al océano, a mil millas del puerto más próximo, le había convertido en un hombre extremadamente cauto. No estaba en absoluto tranquilo, aunque era seguro que la mujer daría la alarma en cuanto él saltara. En su opinión había dos razones posibles para no hacerlo. La primera: que fuese sorda o ciega. No era probable, pero por otra parte podía ser así y ¿por qué arriesgarse? Lo sabría hablando con ella unos instantes. Segundo, y esto demuestra lo suspicaz que puede llegar a ser un hombre cuando se trata de su propia supervivencia, se le ocurrió que la mujer podía tener uno de los números altos de la apuesta y por tanto una poderosa

razón financiera para no querer que el barco se detuviera. El señor Botibol recordaba que había gente que había matado a sus compañeros por mucho menos de seis dólares. Se leía todos los días en los periódicos. ¿Por qué arriesgarse entonces? «Arréglalo bien y asegura tus actos. Averígualo con una pequeña conversación.» Si además la mujer resultaba agradable y buena, ya estaba todo arreglado y podía saltar al agua tranquilo.

El señor Botibol avanzó hacia la mujer y se puso a su lado, apoyándose en la barandilla.

—¡Hola! —dijo galantemente.

Ella se volvió y le correspondió con una sonrisa sorprendentemente maravillosa y angelical, aunque su cara no tenía en realidad nada especial.

—¡Hola! —le contestó.

«Ya tienes la primera pregunta contestada −se dijo el señor Botibol−, no es ciega ni sorda…»

—Dígame —dijo, yendo directamente al grano—. ¿Qué le pareció la apuesta de anoche?

—¿Apuesta? —preguntó extrañada—. ¿Qué apuesta?

—Es una tontería. Hay una reunión después de cenar en el salón y allí se hacen apuestas sobre el recorrido del barco. Solo quería saber lo que piensa usted.

Ella movió negativamente la cabeza y sonrió agradablemente con una sonrisa que tenía algo de disculpa.

—Soy muy perezosa —dijo—. Siempre me voy pronto a la cama y allí ceno. Me gusta mucho cenar en la cama.

El señor Botibol le sonrió y dio la vuelta para marcharse.

—Ahora tengo que ir a hacer gimnasia, nunca perdono la gimnasia por la mañana. Ha sido un placer conocerla, un verdadero placer…

Se retiró unos diez pasos. La mujer le dejó marchar sin mirarle.

Todo estaba en orden. El mar estaba en calma, él se había vestido ligeramente para nadar, casi seguro de que no había tiburones en esa parte del Atlántico, y también contaba con esa buena mujer para dar la alarma. Ahora era solo cuestión de que el barco se retrasara lo suficiente a su favor. Era casi seguro que así ocurriría. De cualquier modo, él también ayudaría un poco. Podía poner algunas dificultades antes de subir al salvavidas, nadar un poco

hacia atrás y alejarse subrepticiamente mientras trataban de ayudarle. Un minuto, un segundo ganado, eran preciosos para él. Se dirigió de nuevo a la barandilla, pero un nuevo temor le invadió. ¿Le atraparía la hélice? Sabía que eso les había ocurrido a algunas personas al caerse de grandes barcos. Pero no iba a caer, sino a saltar y esto era diferente: si saltaba a buena distancia, la hélice no le cogería.

El señor Botibol avanzó lentamente hacia la barandilla a unos veinte metros de la mujer. Ella no le miraba en aquellos momentos. Mejor. No quería que le viera saltar. Si no lo veía nadie, podría decir luego que había resbalado y caído por accidente. Miró hacia abajo. Estaba bastante alto, ahora se daba cuenta de que podía herirse gravemente si no caía bien. ¿No había habido alguien que se había abierto el estómago de ese modo? Tenía que saltar de pie y entrar en el agua como un cuchillo. El agua parecía fría, profunda, gris. Solo mirarla le daba escalofríos, pero había que darse ánimos, ahora o nunca.

«Sé un hombre, William Botibol, sé un hombre. Bien… ahora… vamos allá.»

Subió a la barandilla y se balanceó tres terribles segundos antes de saltar, al mismo tiempo que gritaba:

—¡Socorro!

—¡Socorro! ¡Socorro! —siguió gritando al caer.

Luego se hundió en el agua.

Al oír el primer grito de socorro la mujer que estaba apoyada en la barandilla dio un salto de sorpresa. Miró a su alrededor y vio al hombrecillo vestido con pantalones cortos y zapatillas de tenis, gritando al caer. Por un momento no supo qué decisión tomar: tocar la campanilla, correr a dar la voz de alarma, o simplemente gritar. Retrocedió un paso de la barandilla y miró por el puente, quedándose unos instantes quieta, indecisa. Luego, casi de repente, se tranquilizó y se inclinó de nuevo sobre la barandilla mirando al mar. Pronto apareció una cabeza entre la espuma y un brazo se movió una, dos veces, mientras una voz lejana gritaba algo difícil de entender. La mujer se quedó mirando aquel punto negro; pero pronto, muy pronto, fue quedando tan lejos que ya no estaba segura de que estuviera allí.

Después de un ratito apareció otra mujer en el puente. Era muy flaca y

angulosa y llevaba gafas. Vio a la primera mujer y se dirigió a ella, atravesando el puente con ese andar peculiar de las solteronas.

—¡Ah, estás aquí!

La mujer se volvió y vio a la otra, pero no dijo nada.

—Te he estado buscando por todas partes —dijo la delgada.

—Es extraño —dijo la primera mujer—, hace un momento un hombre ha saltado del barco completamente vestido.

—¡Tonterías!

—¡Oh, sí! Ha dicho que quería hacer ejercicio y se ha sumergido sin quitarse siquiera el traje.

—Bueno, bajemos —dijo la mujer delgada.

En su rostro había un gesto duro y hablaba menos amablemente que antes.

—No salgas sola al puente otra vez. Sabes muy bien que tienes que esperarme.

—Sí, Maggie —dijo la mujer gruesa, y sonrió otra vez con una sonrisa dulce y tierna.

Cogió la mano de la otra y se dejó llevar por el puente.

—¡Qué hombre tan amable! —dijo—. Me saludaba con la mano.

Notas

[1] Primo de Beatriz Enríquez de Arana, madre de Hernando Colón. *[Esta nota, a menos que se indique lo contrario, es de los traductores*.] <<

[2] Henry Morgan (1635-1688), famoso bucanero galés que, en connivencia con los gobernadores jamaicanos, bajo autoridad británica, emprendió varias campañas bélicas contra las posesiones españolas en el Caribe. <<

[3] Población de Venezuela, al sudeste del lago Maracaibo. <<

[4] Los piratas exigían este «tributo de quema» a cambio de no incendiar las poblaciones y llevar a la hoguera a sus habitantes. <<

[5] Lucas, 6-31. <<

[6] Salmos, 42, 8. <<

[7] Prisionero del comandante Barnstable, Christopher Dillon es un malvado, cobarde y egocéntrico abogado. <<

[8] Miembro de una de las familias más legendarias de balleneros de Nantucket, Tom Coffin, con su metro noventa de altura, es el personaje más admirado y querido de la novela. <<

[9] William Wilberforce (1759-1833), político y filántropo inglés, que, como miembro del Parlamento británico, lideró una larga campaña en contra de la esclavitud. Tardaría dieciocho años en conseguir que la trata de esclavos fuera abolida en 1883. <<

[10] En la actual Nigeria. El puerto de Bonny fue un importante centro del comercio de esclavos. <<

[11] En el original *Fine Bone*, juego de palabras entre *bone*, «hueso», y Bonny, su lugar de origen. <<

[12] Se refiere al albatros de *La balada del viejo marinero* de Samuel Taylor Coleridge (1772-1834). <<

[13] Se refiere a Demóstenes (384 a. C.-322 a. C.). <<

[14] Shakespeare, *Medida por medida*, III, i. <<

[15] *Der Erlkönig* («El rey de los alisos»). <<

[16] Se refiere a Ptolemy Hephestion, un misterioso personaje imaginario que aparece en varias obras de Poe: *Eleonora*, *Eureka*, *Berenice* y *Mellonta Tauta*. <<

[17] Jonas Ramus (1649-1718), sacerdote e historiador noruego. <<

[18] En la mitología griega, río de fuego que corre por el Hades. <<

[19] Athanasius Kircher (1601-1680), jesuita alemán, políglota, erudito, científico y humanista, comparado con algunos con la figura de Leonardo Da Vinci. <<

[20] Ver Arquímedes, *De Incidentibus in Fluido*, lib. 2. *[N. del A.]* <<

[21] Ham, sobrino de los Peggotty, había estado siempre enamorado de la nieta del señor Peggotty, Emily, y hasta comprometido con ella. Sin embargo, ésta se fugó con Steerforth, un joven seductor que había sido compañero de internado del narrador (David Copperfield). En este momento, Steerforth ha abandonado ya a Emily. <<

[22] Aunque aquí no se nombra, el ahogado es su antiguo amigo y seductor de Emily, Steerforth. <<

[23] Bandera de Carolina del Sur, el primer estado que decidió abandonar la Unión, en diciembre de 1860. La Guerra de Secesión empezaría meses después, en abril de 1861. Es interesante recordar al lector que el relato de Trollope se publicó ese mismo año. <<

[24] «Hambre maldita de oro», *Eneida* de Virgilio, canto 3, verso 57. <<

[25] En inglés *grumpy*, de ahí que más adelante el autor lo llame señor Grumpy. <<

[26] «Maldito sea aquel que piense mal», conocido lema de la Orden de la Jarretera. <<

[27] Permiso. <<

[28] Dando un rodeo. <<

[29] Antigua moneda francesa equivalente a 5 céntimos. <<

[30] Interesado. <<

[31] Adiós, muy buenas. <<

[32] Allí. <<

[33] Zuecos. <<

[34] A fe mía. <<

[35] Maldita sea. <<

[36] Funcionarios. <<

[37] Tendero. <<

[38] ¡Cielos! <<

[39] Hay que fijar una suma. <<

[40] Compréndalo. <<

[41] No soy tan idiota. <<

[42] Hipómenes logró casarse con Atalanta gracias a las tres manzanas de oro que le regaló la diosa Afrodita. Al detenerse a recoger la tercera, Atalanta perdió la carrera que ambos disputaban. <<

[43] Philip Carteret (1733-1796), oficial naval y explorador británico que participó en dos expediciones de circunnavegación. Descubrió varios grupos de islas en el océano Pacífico, como las islas Pitcairn, las islas Carteret y las islas del Duque de Gloucester. <<

[44] Henry Wadsworth Longfellow (1807-1882), versos de *The Golden Legend*. <<

[45] Nombres cómicos inventados por Gógol en *Almas muertas*. <<

[46] Sazhen, antigua medida de longitud rusa que equivale a 2,13 metros. <<

[47] *Keris* o *kriss*: tradicional daga asimétrica —además de objeto espiritual— de Malasia y otros países de la zona. <<

[48] *Land's End*: se refiere al punto más occidental de Inglaterra, en la península de Penwith (Cornualles). <<

[49] Nao de una sola cubierta, popa cuadra y muy poco porte, que arbolaba tres palos: el trinquete con una vela cuadra, el mayor con dos y el de mesana con una vela latina. <<

[50] Existía la creencia de que un hígado blanquecino era señal de debilidad y cobardía. <<

[51] «Contador de historias»: así llamaban los samoanos a Robert Louis Stevenson. <<

[52] «Nube que surca los cielos»: así llamaban los samoanos a Fanny Stevenson. <<

[53] Tejidos fabricados con la corteza de un árbol joven. <<

[54] Caracola marina. <<

[55] Familia de lenguas hablada por los chinook, grupo de tribus amerindias del noroeste de Estados Unidos. <<

[56] Había un viejo granjero en el condado de Yorkshire. <<

[57] Conmigo, sí, sí, bajad al camino. <<

[58] Su mujer era vieja y en el infierno la quería ver. <<

[59] Danos tiempo para bajar al camino. <<

[60] Un día se le apareció el demonio mientras araba. <<

[61] Vengo a por tu vieja mujer, me la llevaré ahora. <<

[62] Había tres diablillos encadenados al muro. <<

[63] Ella se quitó el zueco y les pegó a todos. <<

[64] Los tres diablillos pidieron clemencia. <<

[65] Aparta a esa vieja bruja o… <<

[66] Éxodo, 13, 21. <<

[67] Se refiere al Jubileo de Diamante de la Reina Victoria, cuando se celebraron con gran pompa los sesenta años de su reinado. <<

[68] Se refiere a la batalla de Hastings. El 14 de octubre de 1066, el ejército del duque de Normandía, futuro Guillermo I el Conquistador, derrotó a las tropas de Harold el Sajón, último rey anglosajón de Inglaterra, en la colina de Senlac, a once kilómetros al norte de Hastings. Guillermo se coronaría rey de Inglaterra el 25 de diciembre de 1066. <<

[69] Método utilizado por las piratas para deshacerse de sus prisioneros. Con los ojos tapados y las manos atadas, les obligaban a caminar por un tablón de madera, tendido sobre la borda, rumbo a los tiburones que se arremolinaban en el agua. <<

[70] Ciudad situada al oeste de la actual república de Uzbekistán, en la frontera con Turkmenistán; fue la capital del janato de Jiva, enfrentado al Imperio ruso en las décadas centrales del siglo XIX, hasta que fue dominado por éste en 1873. <<

[71] República del Cáucaso norte, ribereña del mar Caspio, hoy integrada en la Federación Rusa. <<

[72] Cabo situado en la república de Daguestán, en la orilla occidental del mar Caspio. <<

[73] Región histórica del norte de Persia, ribereña del mar Caspio; se corresponde, aproximadamente, con la moderna provincia iraní de Mazandarán. <<

[74] Región oriental de la república caucásica de Georgia. <<

[75] Stepán (o Stenka) Timoféievich Razin (1630-1671), cosaco del Don, cabecilla del levantamiento popular de 1670. <<

[76] Instrumento de viento tradicional ruso. <<

[77] Los calmucos son un pueblo de origen mongol presente en la región del Volga inferior desde el siglo XVII; la actual república de Kalmukia, integrada en la Federación Rusa, se sitúa al noroeste del mar Caspio. <<

[78] Prenda de abrigo tradicional rusa, de tela basta, con capucha y sin botones. <<

[79] Se refiere a Alonso Pérez de Guzmán, VII duque de Medina Sidonia, que iba al mando de la Armada Invencible cuando, en 1588, fue derrotada por los ingleses. <<

[80] Groton School es uno de los internados privados más prestigiosos y elitistas de Estados Unidos, del que salen muchos alumnos que estudian en Harvard. <<

[81] Mote de un famoso gángster neoyorquino, Harry Horowitz, llamado «Gyp» por su aire gitano (gypsy) y «The Blood» por la elegancia de su vestimenta; murió en la silla eléctrica en 1914. <<